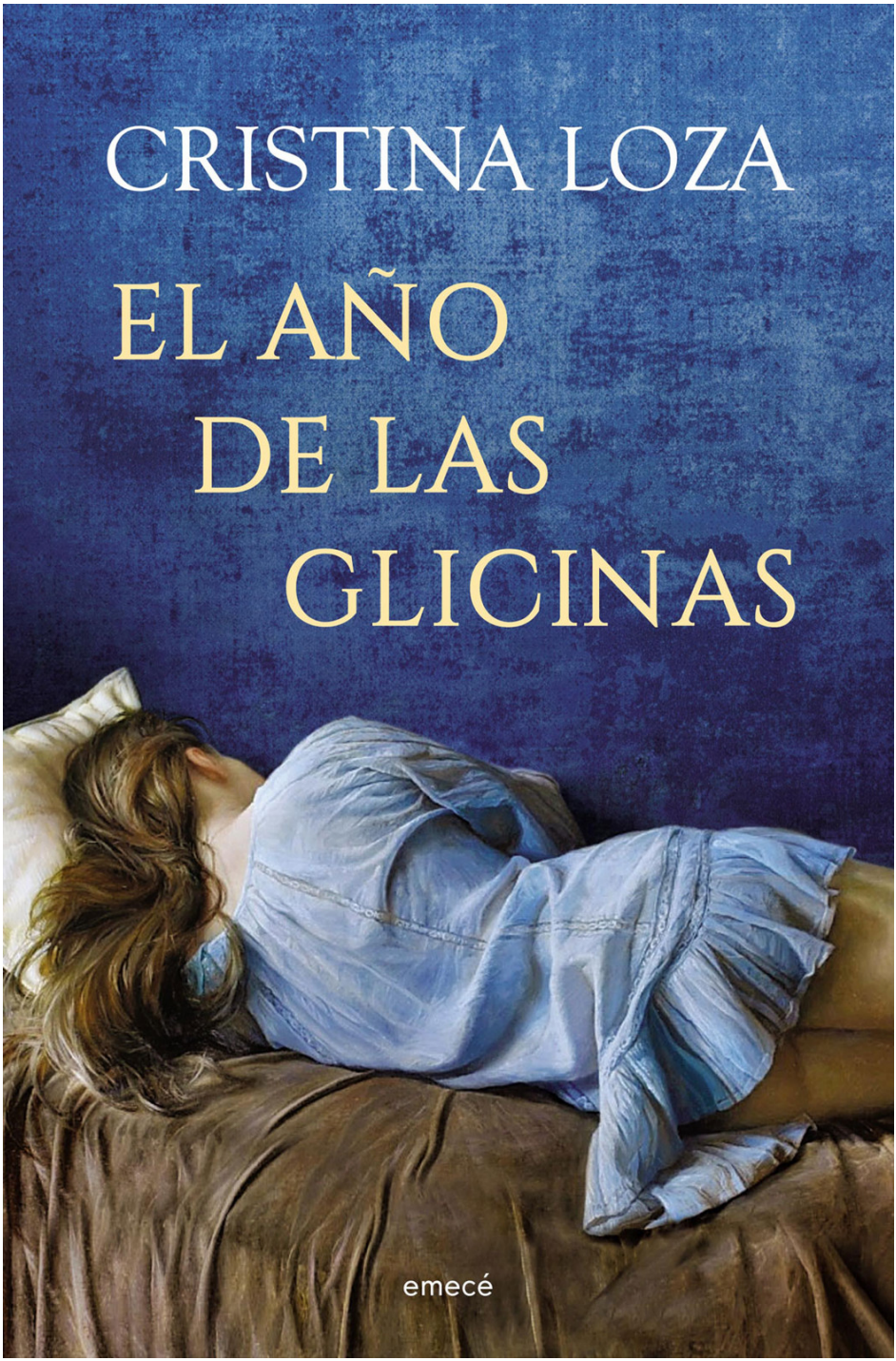
CRISTINA LOZA

EL AÑO DE LAS GLICINAS



emecé

Índice de contenido

Portadilla

Primera parte. El pasado

1. Como los perros
2. Al Universo le encantan los rituales
3. Los ríos se han hecho para cruzarlos
4. El ladrón de recuerdos
5. Debe haber un error
6. Seguir las flechas
7. Como a las glicinas
8. No nos sacaban el apero
9. Están usando mis cosas
10. No es tiempo de amores
11. Como el agua y el aceite
12. ¡Hay que arrearlos!
13. Un viejo pájaro con las alas rotas
14. Balalaika
15. Caballos lerdos, mujeres ligeras
16. Ladrillos ajenos
17. ¡Vos tuviste la culpa!
18. Sus ojos verán la luz del Señor
19. Paloma herida
20. ¡Se vende campo con muerto y todo!
21. Yo no creo en estas cosas
22. Su lugar en el mundo
23. El hombre se hace árbol
24. Como las hormigas
25. Cómo se cuenta una vida
26. ¡No lo vayan a tirar donde lo pisen las vacas!
27. Nacho

28. Huesos pintados de rojo
29. Los bellacos de Isabel
30. Como los esclavos en los barcos
31. La culpa de todo la tiene Perón
32. Matar al cordero
33. Ella se lo buscó
34. ¡Cerrá!
35. Andan robando mucho
36. Telar de desdichas
37. Las tardes con mamá
38. La hija mayor
39. No se metan en mis cosas
40. El último viaje
41. Verdades bajo las piedras
42. Limpia de todo pasado

Segunda parte. Pura vida

43. El mundo es redondo para darle la vuelta
44. Modo Tamarindo
45. Un cangrejo ermitaño
46. Los ojos del cocodrilo
47. El hogar soy yo
48. Todos somos ladrones y mentirosos
49. Secretos al sol
50. Todo está bien
51. El año de las glicinas

Agradecimientos

El año de las glicinas

Cristina Loza

El año de las glicinas

Loza, Cristina
El año de las glicinas / Cristina Loza. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Emecé, 2017.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-04-3914-5

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© 2017, Cristina del Valle Loza

Ilustración de cubierta sobre pintura original de Serge Marshennikov

Todos los derechos reservados

© 2017, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Emecé ®
Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: octubre de 2017
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-04-3914-5

Para aquellos dos que me dieron la vida. Para los tres a los que se las di. Para los cinco que vienen de esos tres. Números con los que honramos la existencia, con el ferviente deseo de que se multipliquen, reparen y curen en el amor del gran árbol que nos cobija.

Todos somos todos.

A quien no le crezcan dientes,
no sobrevivirá.
Quien no sepa aullar
no encontrará a su manada…

PRIMERA PARTE
EL PASADO

CAPÍTULO UNO

Como los perros

Tener el padre vivo cuando uno ha pasado los sesenta, es extraño.

El progenitor se convierte en un par.

Y en un espejo.

Ella tenía dudas sobre si era mejor verlo, acompañarlo en ese inexorable deterioro, o esperar.

Si esperaba, se ahorraría el desasosiego de la vigilia, del agónico latido donde se puede percibir, en el aliento anhelante y en el brillo opacado de las pupilas, el fatigoso retroceso de las células heridas de muerte. Mirarlo sería como asomarse al futuro en un cristal maligno.

En el otro platillo de la balanza, la oportunidad del perdón. La expiación de los pecados.

Quedarse en ese rincón del mundo, de su mundo, o salir a la intemperie. La verdadera.

Somos nuestras decisiones.

Había corrido tanto, y cuando volteó para mirar sobre su hombro, no había nadie.

Los monstruos estaban dentro de ella, la habitaban, y dejarlos en libertad significaba un arduo y doloroso trabajo. Para eso debía abrir las compuertas, y permitir que el torrente anegara todos los espacios en el mismo lugar en donde la matriz sangrante la había parido.

Volver al clan que nos engendra y luego nos devora, estruja nuestros huesos y escupe las sobras, dejándonos desnudos y limpios como una hostia.

Al final, todos somos todos, todos somos lobos.

A ese nido debía volver.

La sangre y la tierra, Pilar, el mejor legado, sentenciaba el abuelo Pancho. Y allá debe ir, a mojarse los labios en la sangre y poner los pies en esa tierra seca, abonada con el orgullo ciego, con los huesos calcinados por el odio, los secretos y los amores ocultos.

¿Cuál Pilar era la que iba a regresar?

Tendría que averiguarlo, pasar la prueba, y oler, y dejar que la huelan.

Como los perros.

Otoño, 2010.

En el aeropuerto de París, Pilar supo lo que era sentirse realmente sola. Estaba sentada mirando pasar a la gente sin fijarse en nadie en particular. Registró el horario de salida de su avión en los monitores que colgaban del techo y supo que el tiempo se le haría eterno. Había llenado los casilleros del interminable papeleo, organizado el despacho de su equipaje y recorrido los escaparates de tentaciones, donde compró algunos regalos, y la silla en la que esperaba se le iba tornando dura, incómoda.

El flujo de gente crecía y menguaba, y los colores, los perfumes de cientos de cuerpos, el aroma del café, los sonidos de las ruedas de las valijas al deslizarse, de los pasos tragados por la cubierta de goma de los pisos y las escaleras mecánicas, eran olas que chocaban contra sus oídos, contra su cuerpo crispado. No podía relajarse.

No era la primera vez que esperaba en un aeropuerto, solo que en cada ocasión el motivo había sido diferente. De febril encuentro, de amor anhelante algunas; otras, despidiendo a los hijos o de visita a sus padres.

En la última, había traído a Ari. En su más racional pensamiento sabía que él había elegido irse. Aun así, lo que la martirizaba era que ella misma lo había dejado en la puerta del avión. Jamás lo volvería a ver. Hoy, su tremenda soledad era solo comparable con la decisión de buscar lo que había dejado atrás.

Intentó distraerse. La revista llena de imágenes se movía entre sus manos, pero sus ojos no lograban detenerse con atención en ningún detalle. Levantó la mirada. Un hombre de mediana edad, alto y elegante, de traje y con el abrigo doblado sobre un brazo y en la otra mano la manija de la maleta, caminaba hacia ella. Se arregló por instinto el cabello y enderezó la espalda. Sus piernas estaban cruzadas con elegancia. Se demoró en el rostro del viajero: buena mandíbula, frente ancha, cabello peinado con prolijidad. Pulcro. Su cuerpo reaccionó al estímulo, sintió el latir de su corazón y un nerviosismo extraño la invadió. El hombre estaba acomodando su maleta al costado de la silla que iba a ocupar. Cuando por fin se sentó, Pilar bajó los ojos y los sepultó en la revista.

Momentos después, se animó a mirarlo de nuevo. Él había abierto una agenda y, concentrado, hacía anotaciones. Ella sintió el antiguo impulso, suave, el maldito había estado dormido, esperando, para saltar sin previo aviso como un ladrón en la oscuridad. Por un instante sus miradas se cruzaron y Pilar entendió por qué le era tan familiar: el parecido con Tristán, con el Coronel, era extraordinario. El desconocido le dedicó media sonrisa y siguió trabajando en sus anotaciones.

¡Qué estúpida!, se reprochó mientras se levantaba para ir hacia los sanitarios. La luz despiadada sobre los espejos, el metal y el mármol la hizo sentir desnuda. Su rostro tenía huellas que el maquillaje no podía disimular. Se mojó las manos, y todavía húmedas las pasó por el cabello, anudó mejor el pañuelo de seda en el cuello; el traje de chaqueta y pantalón estaba un poco ajado pero se notaba la calidad del corte y de la tela. La cartera de cuero con cierre dorado y los zapatos de taco bajo haciendo juego le daban un aspecto distinguido, una señora elegante que seguramente había sido muy bonita en su juventud. Se pasó la barra de labial por la boca tensa, y el movimiento la ablandó. Se había permitido demasiado, el sentimiento primitivo la atravesó cuando estaba distraída y tremendamente expuesta. No pudo discernir si la turbación que sintió era por la atracción física, o porque el responsable de esa emoción le recordó a aquel desgraciado. Por un instante, extrañó la perversidad de sus años jóvenes, esa dosis de hijoputez que la distinguía y que le trajo sus mejores y peores momentos. Los escrúpulos llegan con la edad, le dijo un día don Pancho; y su abuelo sabía de qué hablaba.

En su vida, los hombres, en general, le habían sido funcionales. Hasta que llegó Ari. Con él, perdió las uñas.

Cuando volvió a la sala de embarque, todas sus defensas estaban altas nuevamente y se sentó un poco más lejos, desde donde podía observar al hombre sin ser vista. Él estaba concentrado en su agenda, y cierta relajación en los músculos de la cara le restaba años. Pilar se dio cuenta de que el parecido con Tristán estaba más en la pulcritud, el pantalón bien planchado y el rostro que denotaba una afeitada reciente.

Su mente salió de allí, de las grandes superficies vidriadas, de los aviones llegando y saliendo, de las luces y la multitud.

Volvió a La Algarroba, a la estancia de don Pancho, su abuelo, a un día y un momento en especial. El viejo parado en toda su presencia frente al corral. A su lado el Coronel, impecable, y el brillo de los anteojos oscuros cuando, como si la presintiera, el visitante volteó para mirarla. Tristán Arrambide. Y la mano en la suya. El sol iluminaba el recuerdo y hacía nítidos los detalles, su propia respiración al caminar, su estrenada curiosidad, el olor de ese lobo a colonia y a cigarrillo, y a poder.

El olor del poder que atraviesa la ropa y se mete en la nariz, y en la mente. Un afrodisíaco, o el terror más extremo, todo dependía de la vereda en que uno se encontrara. Suspiró hondo. Recuerdos inútiles. El hombre cuyo recuerdo evocaba estaba muerto hacía tanto tiempo… Treinta años, para ser exactos. Su abuelo también. La democrática muerte, que pasaba el raso, nivelaba, con cierto garbo poético, las

iniquidades cometidas. Pero eso no bastaba. No era comparable, no había mística posible en la muerte de Ari. Su querido, amado esposo.

La llamada para embarcar la sustrajo de esa espiral maligna, que solo la llevaba a la peligrosa nostalgia.

Quizás porque iba ensimismada mientras hacía el recorrido en el bus, mirando ese afuera de aviones, canteros prolijos de plantas de lavanda gris azulada, y el sonido de la escalera del avión, metal tembloroso a cada paso, y el viento tibio que la despedía, no se percató de que el hombre cuya presencia la había hecho sentir ridícula, pueril en su reacción, venía detrás de ella.

Respondió el saludo atento de la azafata, que le señaló cuál era su lugar. Ojalá no viniera nadie a sentarse a su lado, rogó de manera egoísta, y se lo reprochó de inmediato; el asiento era amplio y tenía privacidad suficiente. Acomodó el respaldo hacia atrás hasta que despegaran, y cerró los ojos. Los sonidos se escuchaban distintos así, los pasos, el chasquido de los compartimentos altos, las voces, el calor y los olores de tantos cuerpos, desconocidas humanidades que compartirían el aire y el espacio mientras durara el viaje.

Pensó que el vuelo se le haría interminable. No tenía esa avidez de los otros pasajeros por ver películas ni emborracharse; tampoco quería tomar su habitual pastilla para dormir, como si el hacerlo la pusiera en peligro de relajarse tanto que su cabeza pudiera caer sobre un hombro desconocido, o de tener la boca abierta, o, y ahí el pensamiento ridículo la hizo reírse sola, de dar una imagen babeante al resto del pasaje. Aún no podía con esa parte suya.

Necesitaba un poco de clemencia.

Intentó relajarse respirando profundo, reconociendo cada parte de su cuerpo, inspirando y expirando sin abrir los ojos. Estaba lográndolo cuando, antes de sentir el peso físico de quien se sentaba a su lado, percibió el perfume y la intensidad de la presencia.

Tuvo pudor, y abrió los ojos.

Disimuló su sorpresa mirando hacia afuera, el movimiento incesante de los empleados que revoleaban maletas en el aire desde una plataforma sobre ruedas hacia la bodega de la nave.

¿Podía ser tamaña casualidad? El hombre estaba terminando de guardar su equipaje de mano y cuando se dio vuelta lo tenía a su lado, no tan cerca, pero contiguo. La sonrisa fue más amplia, como si recordara haberla visto, o quizás porque sabía que iban a compartir varias horas de vuelo. Devolvió la sonrisa, más cauta, no iba a caer otra vez. Al verlo tan próximo, pudo calcularle la edad. Unos sesenta y cinco, muy bien llevados. La piel ajada del cuello, las manos de nudosos dedos y las canas se equilibraban con la vestimenta elegante.

Un saco con los codos recubiertos en cuero le inspiró la sensación de querer protegerlo, esa peligrosa costumbre femenina, quizás resabio de algún encuentro amoroso con un poeta pobre.

Buscó en su bolso un libro, meter la nariz en las páginas la preservaría hasta que decidiera cómo actuar. La señal de ajustarse los cinturones y los saludos de rigor la distrajeron un poco.

El despegue fue tranquilo, suave, apenas experimentó un zumbido molesto en los oídos, que pronto cedió.

Simuló leer aunque su atención estaba puesta en el hombre, que escribía en su agenda y chequeaba en una pequeña computadora cuando se habilitó el permiso para usar los aparatos.

El aroma que le llegaba era potente sin ser agresivo, pero no tenía nada que ver con el de aquel otro, el del Coronel. El recuerdo de Tristán estaba impregnado con el olor de la sangre, de la pólvora. Tampoco era el de Ari. Su esposo tenía la fragancia del jabón de flores que usaba en casa. Ella lo había elegido y a él no le importaba demasiado, aunque bromeaba que quizás era demasiado femenino. La piel de Ari en estado natural era espléndida y despertaba su instinto más antiguo, más privado y genuino.

Cerró el libro. Era inútil, las letras no adquirían sentido, y puso su atención en los videos graciosos que pasaban por las pantallas. Personas cayendo en trampas, viviendo el ridículo, embarrados, engañados en su buena fe, para luego sorprenderse con una cámara oculta que había captado esos forcejeos, esa candidez, y por fin, reírse junto a aquellos que filmaban a escondidas sus desastres. Hubiera querido que todo lo sucedido en su vida estos últimos años, fuera así. Que alguien dijera: ¡Despierta, es un error, Ari está aquí, ya vuelve, todo es una enorme broma, ya pasa!, y verlo llegar, entrar a la casa, y hacer con su sola presencia que su mundo fuera perfecto. En esas pegajosas ilusiones se había hundido por mucho tiempo, hasta que, en carne viva, comenzó a cicatrizar. Solo quedó un punto, candente y tenaz, que le recordaba el abandono, la tremenda sensación de que algo había quedado pendiente y que la muerte lo había cercenado de cuajo, sin dejar resquicio alguno para entender.

Pero ese vacío se llenó de interrogantes diferentes: su padre estaba enfermo y era hora de intentar acercarse, de saber si el clan la dejaría entrar.

El sonido del carro metálico la distrajo de sus reflexiones. Servirían la cena. El tiempo se había ido rápido, la mente tenía sus propios ritmos.

Iba a ir hasta el baño, para luego comer y tratar de descansar,

cuando encendieron las luces de los cinturones y el personal de abordo retrocedió con los carros. Pilar sintió que su cuerpo era llevado por una fuerza poderosa hacia abajo, y el estómago se le revolvió. ¡Turbulencias! Se abrió con estrépito un compartimento y voló una maleta pequeña, que el pasajero al que iba a golpear pudo frenar con ambos brazos. El movimiento fue muy brusco. El avión iba panzeando sobre pozos, todos se movían para los costados, para arriba y abajo, en un torbellino imposible de parar. Gritos, frases invocando a Dios —la histeria es contagiosa, como el miedo—, alguien que lloraba, el berrido de un niño y la voz metálica que invocaba serenidad desde la cabina del capitán.

Se aferró a los apoyabrazos de su asiento, blancos los nudillos por el esfuerzo, y de pronto, un pensamiento la atravesó más intenso que el temor: tenía tanto que buscar, que hablar con su padre. No estaba segura de poder sortear el abismo que se había abierto durante su exilio, y las imágenes se sucedían con la misma violencia que los barquinazos. Ella venía de un duelo y quizás estaba yendo hacia otro, pero necesitaba saber tantas cosas que el peligro inminente de morir la sublevó. Los recuerdos deshilachados, distorsionados, informes, la descalabraron. Los rostros de Irina y de Noah, sus hijos, aparecieron nítidos, vivaces, queridos.

Gritó. Y el grito trajo las lágrimas. Alguien la sujetó, sintió que ajustaban más su cinturón para impedir que su cuerpo rebotara, y supo que su cara estaba contra el pecho de quien la auxiliaba. No pudo medir en tiempo el suplicio, pero cuando por fin el avión dejó de dar tumbos tuvo noción de la vergüenza. Estaba acurrucada como una criatura entre los brazos del desconocido.

Se soltó, farfulló disculpas, en sus manos tenía un pañuelo, que ni recordaba que le hubieran dado, mojado en lágrimas y con restos de su máscara de pestañas.

—Perdón, no quise provocar una escena, disculpe —y las palabras se deshacían en el aire contra la expresión preocupada y amable de su ocasional compañero de viaje.

—No hay por qué disculparse. Es natural, fue un momento difícil, creo que yo también tuve ganas de gritar, pero, usted sabe, los hombres estamos diseñados para proteger.

Pilar buscó un espejo, midió los daños en su maquillaje, compuso un poco el semblante y quiso decirle que no era cierto, que su marido prefirió morir en tierras lejanas por un ideal que tenía fecha de vencimiento antes que quedarse a cuidarla… Mas no tendría sentido, y en este momento solo deseaba salir del bochorno.

Cuando la aeromoza se inclinó solícita, no tuvo empacho en pedir un

whisky. Necesitaba algo fuerte.

—Que sean dos —dijo su acompañante.

Le gustó el tono de esa voz. Grave, sin ser ronca, y dedujo que no fumaba: no había aroma a tabaco en su ropa. Nada peor que un converso, pensó recordando el tiempo en que ella fumaba, muchos años atrás. En este momento, cuando el primer trago pasaba ardiendo por su garganta, habría encendido uno para celebrar.

Pasado el susto, digería la debilidad, lo vulnerable que había quedado. Ella no podía saberlo, pero el hombre que también bebía a su lado y que en este momento le ofrecía un brindis —leve choque de vasos, miradas que se cruzan— también sentía una emoción extraña: el haber contenido a esa mujer lo hizo sentirse particularmente vivo.

El pasaje volvió a su cauce, el ir y venir hacia el baño, caminar, y cuando llegó la comida los dos bajaron las bandejas al mismo tiempo, provocando la risa espontánea.

—¡Parece que se nos abrió el apetito! —admitió él, y extendiendo la mano, agregó—: Es hora de saber quiénes somos. Rodolfo Cabrera.

Por un brevísimo instante, esa frase hizo eco y nido en el corazón de ella. *Quiénes somos.*

—Pilar Montero —afirmó mientras le estrechaba la mano.

Se descubrió atenta, curiosa, un estado de ánimo impensado, escuchando a un hombre inteligente, con un particular sentido del humor. Dos o tres veces le arrancó una carcajada haciendo comentarios sobre el evento que habían vivido, el susto, pero sin burla, sin mofarse de su temor.

—Parecías —dijo, y a ella le gustó el natural tuteo—, un pollito mojado, y me atrevo a pensar que tenías lágrimas guardadas de otros dolores.

—Creo que sí —aceptó ella—, ¡me vino bien juntar las cuitas!

Después de un sabroso café y otro whisky, Pilar, con una locuacidad inesperada, le hizo saber que era viuda, que tenía dos hijos, y que volvía después de muchísimo tiempo a ver a su familia. Ella se enteró de que Rodolfo era arquitecto y de Buenos Aires seguía hacia Mendoza, aunque vivía en Córdoba; estaba divorciado, sin hijos. Venía de un congreso, una feria mundial en París, y estaba preparando un proyecto de un hotel en la ciudad cuyana.

Pilar se levantó y fue al baño.

El pasillo se le antojó larguísimo. A su alrededor comenzó a oscurecer, se atenuaron las luces del techo y solo quedaron las pantallas luminosas de los que miraban películas; algunos ya tenían su antifaz puesto, la aeromoza alcanzaba las mantas, y atrás, los que pasarían el resto de la noche bebiendo o conversando con el personal de a bordo.

Un par de mujeres cuchicheaban eligiendo perfumes y alhajas de fantasía, chucherías, compradas a la azafata. Sin impuestos. Ella recordó que eso solía gustarle, pero parecía de otra vida, de alguien ajeno.

En el pequeño cubículo, se miró al espejo. ¡Qué luz más cruel! Se sintió vieja. En algún lugar de su mente se formó un reproche, ese que aparecía cada vez que algo le gustaba, o que le hacía sonreír. Lavó sus manos y sus dientes, necesitaba la boca fresca, se arregló el maquillaje, ordenó su ropa y abrió un sobre con fragancia, con la que mojó sus muñecas y detrás de las orejas. Le agradó el resultado, y su estima subió un poco. Después de todo, él no estaba obligado a conversar con ella y parecía muy a gusto. Quizás todo se debía a su falta de gimnasia. Tantos años con su Ari —¿su Ari?— y después, los que pasaron desde su muerte, la habían sacado del ruedo y no tenía idea de si se podía volver, aunque solo fuera un inocente y adulto coqueteo.

Al regresar a su lugar, él se había cubierto las piernas con una manta, y cuando ella terminó de ajustar el cinturón, Rodolfo la ayudó con la suya. Hacía mucho que nadie la arropaba, pensó mientras agradecía la penumbra que ocultaba su repentino rubor.

—Voy a dormir un poco, debo seguir mañana y necesito estar lúcido —dijo él mientras se colocaba de costado, sin darle la espalda pero con un gesto considerado de privacidad.

Ella no iba a dormir.

Lo miraba con disimulo, y pronto, a juzgar por la respiración, supo que él estaba sumido en un profundo sueño. Lo envidió. La iluminación tenue le daba al cabello de su nuca un reflejo dorado.

Tantos seres, en ese momento, cada uno en su pequeño mundo, pero juntos en este viaje, surcando el cielo oscuro con el mar debajo, tantos alientos, cuerpos, pensamientos, planes, nervios, los insomnes y los relajados, los empastillados, los que con unos tragos acortaban el tiempo, un tiempo muerto que para ella, hoy, había cambiado. Todavía no sabía cuánto.

Cerró los ojos, dispuesta por lo menos a descansar un rato la mente.

Cuando volvió a abrirlos, a juzgar por el sobresalto, la sensación de extrañeza al mirar a su alrededor, supo que en algún momento el sueño la había vencido. Las voces anunciaban el aterrizaje, y los movimientos de los pasajeros aprontando sus cosas la despabilaron. El asiento a su lado estaba vacío. Cuando ya dudaba de si todo lo vivido en el viaje fuera ilusión o realidad, Rodolfo apareció, refrescado el rostro, húmedo el cabello, y una fragancia que se esparció discreta por el lugar. Le

ayudó a bajar su bolso, y ella sintió su cuerpo detrás mientras caminaban hacia la salida. El sonido de sus pasos y el de las ruedas de las valijas recorriendo la manga, y la multitud que se apuraba ahora a su alrededor, impidieron cualquier intimidad. Ninguno tenía equipaje para retirar, sus maletas seguían hasta el destino, y él, acercándose un poco, la invitó:

—Tenemos tiempo para tomar algo. ¿Vamos?

La espera por su conexión hacia Córdoba, que era larga, se acortaría con la compañía de Rodolfo. Pilar pensó que la mensura del tiempo tiene que ver con cómo lo vivimos, con qué lo llenamos y con nuestra actitud para atravesarlo.

El bar, repleto de gente, con olor a café y esas grandes vasijas transparentes donde burbujeaba el jugo de naranja, le pareció de estreno al mirarlo todo con ojos de niña.

¿Era su ocasional acompañante, con su agradable conversación, el causante de este modo de percibir las cosas? O quizás el incidente del avión, su vulnerabilidad… También, se dijo, era este prepararse para lo que vendrá, como si su familia y las circunstancias que la traían de regreso fueran un desafío, una amenaza a su ya conflictiva existencia. Evocó la costumbre que tenían en algunas perfumerías, donde percibir las fragancias de varios frascos anestesiaba en algún momento la nariz, y entonces, con unos granos de café se limpiaba el olfato. *Estoy oliendo café, entre una y otra vida*. Porque cruzar el mar no solo era un viaje, sino abrir cajas que estaban guardadas hacía mucho tiempo.

Rodolfo, en un gesto inequívoco de afecto, estiró las manos por sobre la mesa, tomó las de Pilar y las apretó. Ella sintió el calor y apreciando lo genuino, se permitió dejarlas un momento.

Cuando la soltó, el hombre buscó en el bolsillo interno de su chaqueta y le alcanzó su tarjeta personal.

Pilar la recibió, y le dijo turbada:

—No tengo un número de teléfono para darte.

Buscó en su cartera con cierta culpa, se sentía extraña. Sacó su cuaderno, arrancó un pedazo de papel y anotó la dirección de la casa que había alquilado.

—Aquí voy a vivir —le explicó sintiéndose pueril, inexperta, temiendo que pensara que estaba mintiendo para sacárselo de encima. Siempre su mente, su enemigo más acérrimo e inoportuno.

Rodolfo le sonrió, y guardando el papel dijo:

—Tengo donde buscarte, si no me llamas.

Qué locura, en su aturdimiento no había querido darle el número de teléfono… ¡y le había dado el domicilio!

Escuchando los altavoces, amortiguados por tantos ruidos, mirando

hacia los monitores y luego a su reloj pulsera, el hombre aprontó sus cosas y le dijo:

—Mi avión sale antes, habría querido acompañarte hasta que subieras al tuyo…

Pilar se puso de pie, y mientras él liquidaba la cuenta con el mozo pensó qué agradable lo que le había dicho.

Las palabras tienen ese poder de trocar en emociones primarias: este encuentro fortuito no resistía un análisis muy profundo; sin embargo, con el pensamiento mágico, Pilar lo transformó en cálida y emotiva expresión de deseo.

El beso que Rodolfo le da en su mejilla, y el que ella retribuye, les queda a los dos como un sello. Cuando lo ve alejarse, se reprocha levemente esa apertura hacia otro ser; el sentirlo familiar o la posibilidad de extrañarlo, no estaba en sus planes. Sin embargo, presiente que se volverán a encontrar.

Al llegar al avión, la tonada cordobesa, tan particular, la envolvió; ella nunca la había tenido, como si desde niña fuera una extranjera en su propia tierra. Y luego de tantos años de hablar en francés, su lengua debía volver a acomodarse en su boca, más amplia, más llana, sin esos giros guturales o gorjeos que le costaron al principio hasta que se dejó atravesar por ellos, mientras Ari le ofrecía lo logrado en ese año en que él se instaló en Francia y ella terminó de despegarse de sus cosas y de su país para poder estar juntos.

El exilio es menos doloroso si el motivo por el cual uno huye es salvar la vida, y vivirla desde el amor más intenso. *Para siempre*, dijeron, con la ilusión de que dos caminos fueran uno y se extinguieran al unísono.

Suspiró mientras se aprontaba a recorrer la distancia que le restaba para llegar. Como de costumbre, el libro abierto delante de sus ojos, la cabeza gacha, le sirvieron de refugio ante posibles intrusos. En los viajes se despierta una irrefrenable necesidad, en ciertas personas, de compartir el momento, por soledad, por miedo o simple espíritu gregario. Ella no quería hablar, dispersar su energía en conversaciones insulsas, banales.

El aviso de pronto aterrizaje la sobresaltó. Todo estaba tan cercano y era tan real que sintió que le flaqueaba el ánimo. ¿Qué rol iba a ocupar, el de hija, el de hermana, el de viuda? Quizás todos o ninguno, pensó, *ya es hora de que te vistas con tu desnudez, Pilar, te lo has ganado.*

Nadie la miraba, cada uno inmerso en sus asuntos, el pasillo se pobló con los que iban hacia el baño; volteó hacia atrás, y los vio haciendo

fila, esperando para hacer sus necesidades o para lavarse la cara, en fin, ordenar el cuerpo y el rostro para comenzar otro tiempo, lejos del cielo. Abrió la cartera y sacó su espejo, que le devolvió la imagen de una mujer madura cuyos ojos conservaban el vigor, las arrugas haciendo un paréntesis que enmarcaba la boca resuelta, que acentuó con el lápiz labial. Acomodó su cabello y puso rubor en los pómulos. Levantó la cortina de su ventanilla y movió el dispositivo para que el aire le llegara mejor hacia su lado. Esa pequeña corriente de frescura la ayudó a mirar hacia afuera. Campos verdes, dameros oscuros, y la ciudad que se le mostraba de a poco en pequeñas construcciones, como si supiera que ella necesitaba ir despacio. Era mucho lo que llevaba en el corazón, y los ojos debían ser precavidos para absorber lo que la aguardaba. Porque creía, o necesitaba creer, que a alguien le importaba su regreso.

CAPÍTULO DOS

Al Universo le encantan los rituales

Encontró distinta la entrada a la ciudad. Aunque el viaje desde París, con sus escalas y sus muchas horas en el aire, le había resultado largo, el hecho de cambiar de geografía, de continente, desafiaba la razón y los sentimientos: el cerebro y el corazón no se acomodan al ritmo de las millas del avión.

No había avisado a nadie la hora y el día de su llegada, era mejor así, pertrecharse detrás de las emociones que iría estrenando, o que se le despertaran al recorrer las calles de un territorio que había conocido de niña, de adolescente y de joven. Otros eran sus ojos, otro su espíritu, esa ingrata debilidad que la invadía, esa sensación de desaparecer que se infiltraba por sus nervios y sus venas, haciendo un dibujo desvaído, un mapa de su interior que estallaba en la garganta como un calor malsano. Eso tenía nombre: miedo.

No venía de paseo, sino a quedarse.

Por eso, había hecho las previsiones del caso. Que Federico, el marido de su hermana Magdalena, estuviera en el negocio inmobiliario, facilitó la búsqueda para encontrar una casa, en lo posible amueblada. Providencialmente, como se le daban a veces las cosas, le había conseguido esa casona fuera de la ciudad, pero no alejada. Había pertenecido, por lo que le contó en sus correos electrónicos, a una señora muy rica y muy mayor, con hijos también grandes que vivían en la capital y que no tenían el ánimo ni las ganas de venir a desarmar una casa, con todo lo que eso significa. Prefirieron alquilarla así.

Pilar cerró el trato llevándose solo por la intuición y unas fotografías que le envió su cuñado, y pagó el alquiler de un año por adelantado. Quizás la galería vidriada, los sillones de cretona con flores, el hogar en el comedor y los ventanales con cortinas de romántico vuelo influyeron en su decisión. También supo que en uno de los extremos del espacioso parque, con un bosquecillo de álamos ceñidos y profusos cercos de jazmines amarillos, vivía un casero.

El taxi iluminaba la naciente oscuridad, el atardecer se había instalado entre las sierras lejanas, y después de apartarse del pavimento y hacer un par de cuadras de tierra, el chofer le avisó que habían llegado.

Miró la casa. Amurallada de verde, la fachada oscurecida por la hora

brillaba con tonos blanquecinos y rosáceos. El taxista le bajó la valija y ella le pidió que esperara un momento, no se atrevía a quedarse y correr el riesgo de que no estuviera el cuidador. Tocó varias veces el timbre, que resonó adentro de la casa. Después de unos minutos que le parecieron más largos por sentir la mirada del chofer en su espalda, un perro ladró lejos, en el jardín trasero, y se encendió una luz entre las sombras del parque y otra dentro de la casa. Por fin apareció una persona. No era muy alta, y con la luz del porche Pilar pudo ver las facciones de un hombre un poco mayor que ella, de ancha espalda, vestido con camisa a cuadros y pantalón de trabajo.

—Señora, ¡no la esperaba hoy! —exclamó.

Pilar estrechó la mano que el hombre le tendía, y girando un poco el cuerpo despidió con un gesto al taxista, que arrancó de inmediato. Los faros en la oscuridad y el polvo que levantó a su paso construyeron una imagen que a ella le quedó grabada. Así parecía irse su pasado. El hoy se abría oscuro, frío y desconocido como esa sala en la que ahora entraba.

Tuvo escalofríos. Lo atribuyó al cansancio de tantas horas de viaje. Ramón, que así se llamaba el casero, arrastraba su maleta mientras iba encendiendo las luces a medida que hablaba y le explicaba sobre los cuartos. La escalera ancha y de madera lustrada parecía prometer algo, aunque no sabía qué desde aquí abajo.

—Voy a encender la estufa, ayer puse unos troncos, en la noche se calentará la casa —dijo el hombre.

Pilar subió escalón por escalón mirando los cuadros colgados en las paredes del rellano. Cuando llegó a la planta alta, vio varias puertas. El hombre se adelantaba pidiéndole permiso, encendiendo las lámparas, hasta que llegaron a la habitación principal. En el centro, una gran cama de hermosa madera trabajada con figuras, flores o racimos, no distinguía bien. Su atención pasó al pequeño escritorio, la lámpara de pie y los libros en la biblioteca. El impulso que tuvo en la escalera de volver sobre sus pasos y salir huyendo dio cabida a un tremendo sentimiento de aceptación, de curiosa alegría, como si de algún modo esos objetos, esas paredes, se alegraran con su llegada.

Ramón le preguntó si había comido y prometió subirle algo. Cuando quedó sola con la valija a un costado, se dio cuenta de que no era mucho el equipaje; se había traído a sí misma, y con eso bastaba.

Le gustó el baño, una bañera tras la cortina de algodón con pequeños dibujos azules, mínimos paisajes, y el lavabo de elegante y macizo pie, un búcaro de cristal con flores secas y una ventana pequeña con un

visillo de tejido antiguo, que la oscuridad de afuera le impedía ver si daba hacia el parque. No se desvistió por las dudas que no hubiera agua caliente, pero al abrir la canilla, después de esperar un poco, la fuerza del agua y el vapor que brotaron por la regadera la sorprendieron gratamente, instándola a disfrutarla. El ambiente se caldeó pronto. Se desnudó y frotó enérgica su cuerpo, el jabón que encontró tenía un olor a lavanda, o pino, no supo definirlo, pero se quedó un rato dejando que el agua corriera sobre ella, vacía la mente en una actitud estrenada, sin juzgar ni preguntarse nada. No importaba el lugar, ni de quién había sido: la cobijaba, le servía, y eso era suficiente.

Ramón parecía haber esperado que cesaran los sonidos de la ducha porque tocó la puerta con discretos golpes cuando Pilar ya estaba envuelta en su bata, roja la piel mientras se untaba con crema la cara y las manos.

Una bandeja con pan, queso, fruta y una ensalada de tomates minúsculos —eran del invernadero que a la mañana le iba a mostrar, le dijo el hombre—, más una jarra con agua fresca, la reconciliaron con el viaje, con sus designios y misterios. Se despidió del casero, quien pidiendo permiso le había dejado la bandeja sobre la mesita cerca de la biblioteca. Comió con una voracidad que hacía mucho no experimentaba; el dulzor de los tomates, el queso un poco picante, hasta el olor del pan y de las manzanas, le ablandaron algo por dentro. Se cubrió el rostro con las manos, tocando la humedad de las lágrimas que corrían silenciosas. Sencillamente, dejó que pasara. Secó su cara con la manga de la bata, y después comió hasta quedar saciada.

Durmió profundamente varias horas, sin sueños. Al despertar, el sol se filtraba entre los cortinados. Se tomó unos minutos para reconocer el lugar. Con la luz del día la habitación lucía distinta, y sin la tonalidad ambarina de las lámparas había perdido la magia de la noche anterior. Las sábanas olían a limpio, pero a ese limpio que ha estado guardado en la oscuridad del ropero; los libros mostraban sus lomos gastados, las mesas de noche tenían alguna marca en el lustre, y la alfombra, cuando estiró el cuerpo y miró hacia el piso de hermosos mosaicos, mostraba su vejez en el escaso pelaje y los colores desvaídos.

Al levantarse, vio su valija abierta mostrando alguna prenda por un costado; el traje fino, ajado por las largas horas entre aeropuertos, aviones y taxis; los zapatos lejos uno del otro; el abrigo sobre una silla. No le molestó ese desorden: o estaba muy cansada, o había sentido al llegar que podía hacer un fuerte en esa casa llena de recuerdos que

nadie evocaba. Necesitaba ese lugar, sin nada propio, donde no le recordaran con gestos o con objetos, con rincones llenos de voces, momentos sucedidos mientras ella estaba tan lejos.

Al descorrer la cortina la atropelló el día, entretenido entre tantas plantas. Esos despertares mirando un paisaje desconocido le evocaban siempre otras ventanas, resonaban en su corazón. La mente la llevó como un relámpago a otra mañana en La Algarroba, adonde había llegado treinta años atrás con una crisis existencial, confusa, triste, para refugiarse al lado de su abuelo, el hombre fuerte y temible al que terminó cuidando hasta el final. ¡Qué infantiles parecían esos dolores que la impulsaron a ir a la estancia aquel verano del 80! Tonterías, si las juzgaba bajo el peso de todas las otras circunstancias de sus vidas. Pero en aquellos días todo parecía tan extremo… Ismael, su primer marido, con su amor intenso, tan desparejo al lado de los sentimientos que tenía para con él. Aquella edad de la soberbia, de la belleza que dolía en las manos del hambriento, y que ella brindaba o retaceaba con perversa inocencia. La vida había tenido la paciencia suficiente para esperarla y sacudirla hasta sus cimientos dejándola maltrecha, asustada. Quizás todo era así de sencillo: a hierro matas, a hierro mueres, y la vida se lo cobraba. Con creces.

Le asustó la fuerza poderosa del dolor para lastimarla, desordenando el mundo, dándole la lección más necesaria: la de la humildad para aceptar lo imprevisible, lo que nunca, ni en nuestros sueños más atormentados, podría pasar.

Y pasó. Claro que no todo se aprendió al principio. Aún hoy, transcurrido un tiempo, el enojo solía clavar su espina y arder, hasta que con mucho esfuerzo lograba encontrar de nuevo su eje, su centro, para poder seguir.

El descubrimiento más sensible fue ver cómo todo podía seguir sin Ari.

Sus pacientes, los de Ari, luego del estupor, de la pena inicial, acomodaron sus dolencias y sus quebrantos a otro oído, a otras manos. Irina, su hija, había aceptado esa herencia viva de caras y de fichas médicas, de cuerpos cuyo olor ya era familiar en el consultorio, el de la ventana abrigada por el nogal inmenso. Sus cosas, su ropa, sus zapatos cansados de recorrer las calles empinadas hasta los senderos más escarpados de la montaña —Ari decía que no valía la pena poner en marcha el auto por unos pasos, o unos kilómetros—, dejaron de esperar. Olidas por ella, abrazadas hasta quedar empapadas por sus lágrimas, las prendas que cubrieron su cuerpo un día se fueron. El vacío del ropero mostrando la madera desnuda le producía llantos impensados, temblores en las piernas, y una congoja que se le puso al

lado, dispuesta a caminar con ella. Varias veces cambiaron los tonos del follaje en su refugio, hasta que se permitió entender que Ari no volvería nunca más.

Hizo girar la falleba y abrió las hojas de la ventana. El aire estaba fresco y traía perfume de tierra húmeda, de ramas apretadas trepando por las paredes de piedra. El invierno retrocedía en ese parque.

Allá abajo, entre los canteros de lirios azules, Ramón carpía la tierra sacando malezas y un zumbido de insectos atravesaba el aire. ¡Necesitaba esto! No estaba preparada aún para el sonido invasor de los automóviles y el olor del combustible. Quiso gritarle al hombre, avisarle que se daría un baño y luego bajaría, pero se contuvo: esta casa no era La Algarroba, él no era Nacho ni Machingo, y había que empezar de nuevo desde el principio.

Los nombres traían rostros; estos, palabras, y estas, las emociones de un tiempo que tenía un color de encarnada nostalgia. Su memoria, con una sabiduría piadosa, rescataba paisajes de infancia, de este país, dando un salto, un agujero en sus recuerdos.

Atrás había quedado la campiña francesa, la dulzura del refugio doméstico, previsible como la escarcha, el olor picante de los pinos, el tiempo de las castañas, las amapolas cubriendo la montaña, el olvido que intenta conseguir y la tristeza que la alcanza y le salta al cuello como un animal enardecido, para chuparle la sangre. Un olvido engañoso, construido de fragmentos de vidrios de colores, filosos cortes de paisajes, de besos, de amor intenso susurrado tras las paredes, amordazado para que los niños no escuchen.

Necesitaba ordenar el hoy, para que el pasado no la atormentara. ¿Cuántos pasados caben en un pasado? Un juego de palabras, pero que tenía sentido: aquel rincón en Francia, Ari, los mellizos, estaban en una caja, y en esos años había tenido la precaución de que no se mezclaran con las otras, las de su familia de nacimiento; solo unos cruces en esos viajes donde se movían las emociones, cuando trajo sus niños para que los conocieran en aquellos días en que su padre, su hermana, el mismo Chico, estaban en proceso de acomodar las cargas después de la muerte del viejo, de don Pancho.

Hoy, el viejo era Alfredo.

Se propuso organizar sus días en esta casa, y Ramón la ayudaría. Cuando bajó por la escalera, renovada por el baño y la ropa limpia, su cabeza iba haciendo listas de compras, y el primer café, en la cocina

grande, luminosa, con enseres esmaltados y ollas de cobre, más el colorido de las flores minúsculas recién cortadas en un jarrón frente al servicio de desayuno, le provocaron el primer suspiro de alivio, de sutil alegría.

Caminaba despacio, sobre escombros, aún existía el peligro de pisar una mina, un recuerdo imprevisto, que la sometiera a ese dolor conocido. *Todo está bien*, se repitió, *puedo manejarlo, nada puede ser igual a lo vivido.*

Tanto tiempo pensando que se puede recuperar el pasado. Y no es cierto.

Solo recordamos a destajo, en pedacitos, y cuando parece que todo, en cierto modo, está armado, alguien, cualquiera, con quien compartimos esos recuerdos, nos lo modifica y lo cuenta distinto, convencido, fervoroso en su evocación. Somos encarnizados defendiendo el humo indescifrable de esos instantes carcomidos de tiempo.

Si recuerdo, si no recuerdo. La disyuntiva, un acertijo, una encrucijada, baraja de palabras que distrae la mente.

Afuera, en alguna parte del jardín, entre las hojas grita crispado el benteveo.

Está tan luminosa la mañana, piensa Pilar, que sumergirse en esas aguas profundas tiene olor a pecado. A sacrilegio.

Sin embargo, descubre algo, una epifanía. Ya no duelen los recuerdos. Son solo cuadros de una película que es necesario contar. Por eso le gusta escribir, porque contando se repara, cicatriza. Corre la lapicera en los renglones como un ritual, la tinta dibuja signos establecidos, códigos comunes, que se llenan de sensaciones y olores, singulares, perfectos aún en sus más sórdidos detalles.

Ha cubierto las tapas de sus cuadernos, diarios de un largo período de su vida, con papel marrón. Como el cuaderno de la tía Merceditas.

Al Universo le encantan los rituales.

CAPÍTULO TRES

Los ríos se han hecho para cruzarlos

Se permitió un par de días para asentarse, para ordenar sus ideas. Luego avisó a sus padres que estaba en la ciudad, y que iría a verlos. Chico estaría allí.

Esa tarde, la de la visita, se descubrió nerviosa, revolviendo en su ropa hasta entregar casi al azar la elección del atuendo. Mientras se arreglaba el cabello —el rojizo vibrante de la juventud había tornado a un color herrumbre con las vetas de las canas y hacía mucho que no usaba el tinte artificial, eso le había dado un gran alivio— se miró al espejo, y pensó cómo la verían los otros y cómo los encontraría ella.

Ramón le facilitó un número telefónico, y en unos minutos, cuando bajaba por la escalera, escuchó la bocina del remise que la esperaba en la puerta de entrada.

La ciudad, mucho más ruidosa y poblada de automóviles, pasaba a su lado, y aunque prestó atención a calles, plazas, y percibió ciertos cambios evidentes en edificios y nuevas rutas para movilizarse con más fluidez, sus pensamientos estaban entregados a una evocación de mero carácter informativo.

En su momento, Magdalena le contó que Alfredo había puesto a Chico bajo su ala —o bajo su zapato, según se lo mirara— como el hijo varón que no tuvo. Sofía, su madre, le dejó entrever en una conversación telefónica que su hermana tenía celos por esa situación. Una sola vez vio a Chico; fue cuando, restablecida la democracia después de la nefasta dictadura, volvió al país para que la familia conociera a sus hijos pequeños. Después, aunque había viajado en varias oportunidades —bastante espaciadas entre sí, algunas por varios años—, y un par de veces había ido hasta el campo, no se encontró con su primo. Chico estaba por Santiago del Estero, llevando un lote de animales para una feria, y en otra ocasión en Buenos Aires, con algunas gestiones de Alfredo.

Luego vino la noticia sorpresiva: La Algarroba se vendía. Alfredo, Aurora, Catalina y Nacho habían quedado con campos aledaños al morir la abuela Isabel —algo que, en su momento, enfureció a su dueño — pero el casco, la casa, esa que albergara la muerte de su abuelo y el

despertar candente de su amor por Ari, fueron adquiridos por extraños. A Pilar le costaba pensar que ya no vería ese paisaje, aunque el campo que había tomado su padre a pocos kilómetros, casi colindante con el de su abuelo, era muy parecido en su vegetación y serranías.

En los últimos quince años, mientras en su vida los hilos se tejían con la armonía de un amor bueno y sus hijos crecían y se formaban con la impronta soñadora de Ari y cierto baño de realismo, de practicidad, que ella les inculcara con su manera de ser, Pilar había descubierto su fascinación por llevar algún registro de los acontecimientos plasmándolos en el papel. Cuadernos prolijos, ordenados en un cajón del escritorio, el de las ventanas sombreadas por las añosas enredaderas.

Sus pies estaban acostumbrados al pasto húmedo, al olor silvestre y al bosque bajo el azulado cobijo de las montañas cercanas. Consiguió plasmar ese paisaje en las telas; Ari la había animado, y así pudo descubrir el don que aparece cuando menos lo esperamos, cuando más lo necesitamos. El granero, detrás de la casa, se hizo espacio para sus lienzos, y el olor del óleo y los diluyentes se mezcló con el del pasto de los fardos para los caballos en el invierno, y del maíz para sus gallinas. Abrieron una ventana más en el costado este, y el amanecer la sorprendió en alguna ocasión esbozando un rostro; solía tomar fotografías pidiendo permiso a sus vecinos, y esos retratos se fueron convirtiendo en pinturas. Escenas de vida sencilla, la anciana sentada en su mecedora con su gato en brazos, el niño jugando con su perro, los patos en el arroyo, la luz portentosa del atardecer sobre las trenzas de una joven en bicicleta, el verdor del pasto primero, las paredes antiguas del viejo molino, todo, hasta el pequeño cementerio, con sus tumbas de piedra, los pinos y el parapeto desde donde se veía el mar, azul profundo.

¿Fue feliz? Era una pregunta que se hizo alguna vez, pero recién después del desastre. Ese que no pudo pasar a palabras, completarlo con detalles, aun los más descarnados, hasta ese día en que pudo confiar en alguien para desahogarse. La pregunta no era fácil de responder. Ante el dolor increíble de la pérdida, todo tiempo anterior a ese hecho parecía encantador.

Volvió a pensar en su primo. En Chico.

Su más antiguo registro del muchacho eran las manos largas, delicadas, como las de su padre, Lisandro, el desaparecido asesinado por don Pancho, su abuelo. Los ojos de Merceditas, las dulces líneas de la cara de la que se colgó aquella noche y que ella, Pilar, niña, vio meciéndose en el aire de la mañana. La memoria es tan acomodaticia, vibra de acuerdo a la nota emocional, al momento en que el alma

plasmó el dolor o la alegría. La imagen de su tía con el cuello torcido, martirizado por la cuerda, se unió indisoluble al abrazo de su abuelo. Ese abrazo que hizo crecer en su corazón la compasión necesaria para cuidarlo cuando volvió al campo, allá por los ochenta, para cambiar su vida, conocer a Ari, su compañero desde entonces, asistir a la muerte del Coronel, del Lobo, y poder mostrar a Chico, el hijo bastardo y negado escondido en la cueva, con su larga figura —el sello distintivo de los Montero—, su espíritu sensible y esa giba que deformaba su perfil.

Recordó una fotografía que le había enviado Magdalena, donde estaban todos frente a la galería de la casa del campo nuevo. La construcción sencilla, las vigas y los pilares, y una planta de jazmín que recorría el frente descolgando verdor y perfume de ramilletes blancos que tenía la impronta de Sofía. Parados, Alfredo, de botas y bombacha campera, Sofía a su lado, Magdalena con una fusta en la mano —el sol, que tenían de frente, sacaba destellos de su pelo—, los ojos cerrados de su padre, el pecho amplio, la espalda derecha, y Chico en idéntica postura que su tío: tieso, el pecho hacia adelante para compensar su espalda encorvada. Su cuerpo parece más macizo, mejor plantado. El aguaribay les brinda marco y sombra, y a un costado, se ve la parte delantera del auto: un Falcon color claro. Alfredo amaba los Falcon.

Puso su atención en la calle: estaban llegando. La esquina se le presenta, la casa no ha cambiado, las ventanas tienen las persianas arriba, y al detenerse el auto vislumbra la mesa, la lámpara, y la puerta de vidrio esmerilado que separa el comedor de la cocina.

Los ríos se han hecho para cruzarlos. Le da vueltas esa frase en la cabeza mientras toca con los nudillos el vidrio de la puerta grande, la de la entrada de autos.

Porque está en la orilla, porque tiene los brazos cansados y los pulmones no la acompañan como antes. A pesar de ello, no hay otra manera de seguir que la de arrojarse al torrente que grita entre las piedras. Mirar el encresparse del agua, olerla, salpicarse los pies, y sentir el viento en la cara mientras el pasto se inclina y aplasta bajo sus pasos. Es inútil, es absurdo, qué hace mirándola sin hacerla suya, sin sumergirse y nadar hasta sentir el cuerpo que estalla por el esfuerzo, los músculos ardiendo bajo la piel, más viva que nunca en el intento. Tenía la perturbadora sensación, certera, de que ninguno de sus logros valía. Debía vencer esa emoción, no era verdad, no tenía que demostrarle nada a nadie: todos estaban viejos, incluso ella. Pero la molestia era un punto doloroso, que desde el fondo de los tiempos ardía esperando la mirada ajena.

El perro verde, la oveja negra, soñadora sin límites, sin fronteras, el

baldón de la familia.

Siempre volviendo. Porque hay que volver, para tener paz.

Chico le abre la puerta. La fotografía que tenía Pilar no le hacía justicia. Su primo se había convertido en un hombre sólido; su forma de pararse, de mover las manos y de saludarla denunciaban al hombre de campo, cierta afable y medida compostura, disuelta cuando ella le ofrece su abrazo y se demora un momento apretado al pecho de su prima.

Se los ve contentos.

Un abrazo puede tener ese efecto, el borrar muchos años, y este lugar trocarse en otro, en la cueva del monte, y Pilar sentir que es joven de nuevo, y Chico, el desangelado, el bastardo que aprendió lo que era el afecto, los sentimientos amorosos, con Ari y con ella.

La casa olía igual que como la recordaba. Las ausencias dejan su rastro en alguna prenda, en el aliento nocturno, lleno de suspiros y de sueños, adosado a las paredes como líquenes formados de rostros, de pasos y de voces.

Pilar escucha esas voces amortiguadas por el tiempo, o lo que queda de ellas en los oídos de la memoria. Sus abuelos están en las fotografías oscuras, en un bastón, un sombrero, y tiene la sensación de que podrían aparecer en cualquier momento. Siempre supo de una manera instintiva que algunos seres nunca se van del todo.

A juzgar por el ritmo de la casa, otro era el pensamiento de los demás. En la cocina, el olor de una confitura venía del horno. Sofía, sentada en una silla en la cabecera de la mesa, está pelando unas manzanas. Su madre recibe el abrazo mientras la mira con fijeza.

—¡Estás más gorda! —le dice, demostrando que ese sigue siendo un tema trascendental en su vida. Observaba en los demás lo que ya no veía en sí misma: su cuerpo engrosado, la cintura perdida y los pechos vencidos eran el ejemplo. Aunque, sobre el tejido liviano del pullover, el collar de perlas daba elegancia a cualquier maldad de la naturaleza. Su cabello estaba arreglado con prolijidad. Del cuello, Pilar lo sintió al acercarse y besarla, emanaba el suave perfume de siempre. Una empleada, supuso, se acercó a darle la mano y terminó besándola cuando se presentaba.

—Soy Marta, yo cuido a su papá.

La mirada de Sofía, risueña pero socarrona, la sorprendió.

—Sí, a tu papá, porque yo estoy muy bien —dijo, con aparente necesidad de aclarar ese punto.

Chico esperaba paciente, de pie cerca de la puerta que llevaba a los otros aposentos.

El sonido de un timbre, pulsado con enfático afán, los sorprende.

—Es el viejo, ya te ha escuchado y no aguanta mucho tiempo solo en la pieza —explica Chico.

Sofía, en un rapto vehemente, les dice:

—¡No le hagan caso, es un viejo jodido!

Pilar piensa que el olor de la casa está igual, pero algunos hechos se han agudizado.

—Vamos —dice, tratando de parecer segura mientras enfila por el pasillo hacia el dormitorio de su padre.

Chico se queda atrás.

No tiene tiempo de ver el mobiliario, aunque no parece haber cambios; la biblioteca que abarca el ancho de la cama, que es de una sola plaza, está llena de libros. Pilar siente como si ese momento ya lo hubiera vivido, quizás por la semejanza de la situación cuando llegó a La Algarroba, allá por el ochenta, y era don Pancho el que se encontraba enfermo.

Como si esos treinta años en los que construyó su felicidad y en los que la atravesó la desgracia lejos de esa mirada, se esfumaran otra vez, aunque solo fuera por un momento, cuando se para en la puerta de la pieza mirando al que yace en la cama. Alfredo, su padre.

Y ella niña, mujer, vieja.

Pilar Montero.

El cuerpo de su padre acusa el deterioro. Está más delgado de lo que ella recordaba, los huesos muestran sus formas bajo la ropa. La nariz y las orejas parecen haber decretado su autonomía, cierta rebeldía en seguir creciendo en desmedro del resto, en franco retroceso. Está recostado sobre almohadas y el periódico desparramado en el suelo, cerca de sus pantuflas.

Levanta un brazo enfundado en el piyama, en señal de bienvenida.

Pilar se acerca y le besa la mejilla. Siente la tensión, los Montero no se tocan mucho, y sonriendo, busca la intimidad de sentarse a los pies de la cama.

Alfredo la observa, y cuando ella ensancha la sonrisa, le dice, levantando las cejas en un gesto muy suyo:

—Me dijeron que llegaste hace un par de días.

Listo. Un golpe a la mandíbula. Es solo información, pero para ella, conociendo el talante de su padre, significa: *Te tardaste dos días en venir a verme.*

Si se diera vuelta, vería el gesto resignado de su primo y a Sofía que, parada en la puerta del dormitorio y sin poder quedarse callada, le espeta:

—¡Habrá tenido otras cosas que hacer, no tiene por qué venir corriendo a verte! ¡Si se va a quedar mucho tiempo!

Alfredo, después de haber lanzado la estocada, rápido como una cobra, sonríe y amable le pregunta:

—¿Es cierto, vas a quedarte?

Vacila el viejo, no termina la frase, como dándole espacio a lo que quiere oír. Pilar se levanta, y buscando asiento en una poltrona cerca de la cama, le contesta:

—Es mi intención, vamos a ver cómo me tratan…

La risa de Sofía airea el diálogo mientras dice, atropellada:

—¡Y cómo te vamos a tratar si somos tu familia!

La conversación se hace fluida, acercan sillas alrededor de la cama, llega un mate, *a ella le gusta el café*, acota Sofía y pide a la cuidadora que se lo prepare. Pilar cuenta, de a poco, algo de su viaje, y la intención de adquirir un automóvil. Chico le ofrece su ayuda y Alfredo lo mira, parece que va a decir algo, pero se lo impide la mirada fulminante de su mujer que con un dedo sobre los labios apretados, hace: *¡Shisss!*

Para alivio de varios, el café que llega interrumpe esa atmósfera extraña. Pilar piensa que los circuitos del poder siguen intactos: el viejo, aunque limitado por la enfermedad, sigue marcando su territorio.

Y se ríe, una risa sin motivo aparente que sorprende a todos, cuando ve debajo de la cama el recipiente para orinar.

Ella sabe que esto recién comienza, y que cada día será una experiencia que está dispuesta a afrontar. O eso cree.

—Te llevo —dijo Chico cuando le vio en la cara las ganas de irse.

Se despidió y prometió volver. El pasillo se hacía largo con la mirada de su padre en la espalda; Sofía, en cambio, la acompañó con alegría hacia la puerta de calle.

Fueron en silencio unas cuadras. Pilar le dio la dirección y dejó que su primo eligiera el camino.

—Todavía no me ubico, la ciudad ha cambiado —se disculpó, como si tuviera la obligación de reconocer aun lo que se ha desmoronado, lo que se levanta después del derrumbe, las calles viejas con edificios nuevos.

—Ya le vas a encontrar la vuelta —le dijo su primo.

Conducía ensimismado, o quizás solo era esa reserva que lo caracterizaba de hablar lo justo y necesario: no era sencillo tejer palabras mientras los faros iluminaban la oscura y fría noche.

Dos veces se equivocó al guiarlo y entraron por calles de tierra, de

casas con jardines y rejas; no había nadie, solo el sonido del motor, y un perro que cruzando delante del auto los sobresaltó con sus ojos enceguecidos, con un ladrido que se perdió entre matorrales. Baldíos, vías de tren que los hicieron mirar hacia ambos lados cuando las ruedas mordieron los rieles, hasta que una casa en especial le dio a Pilar la pista que necesitaba y pudieron llegar a la que ella habitaba ahora.

—¿Querés pasar a tomar un café?

Pilar invita y su propia voz le suena impostada: la casa donde va a entrar, todo es un decorado necesario. Chico la sigue en la oscuridad, la cerradura se opone al intento de la que tiene la llave pero no conoce la puerta.

—¿Te ayudo?

Su primo alarga la mano y ella entrega la llave, y se corre hacia atrás. Un chasquido, empujón con el hombro y ya pueden entrar. Pilar pasa y enciende las luces, en un ejercicio de memoria.

—Un poco grande para vos sola… —comenta Chico mientras la sigue cuando la luz despeja las sombras en la cocina.

Se sienta y apoya los codos sobre la mesa. Mira cómo Pilar apronta la cafetera, busca el café en la alacena, coloca el filtro y llena el recipiente. Las tazas están a la vista, azúcar, cucharas, y el aroma entibia y los envuelve, y ayuda a crear ese clima que necesitan para poder hablar. Ambos se han mirado de reojo, cuesta empezar un diálogo, ¿dónde están ellos, los del monte?, la joven fascinada por el que, escondido en la cueva, suma desgracias en su vida y peso para su espíritu. Aquel Ari, el médico, el nieto del amigo de su abuelo Pancho, y este hombre que tiene enfrente, criado como un animalito, alejado del pecho de su madre en el momento de nacer. ¿Qué queda de aquellos que fueron, en ese verano del ochenta?

—Perdoname —dice Pilar—, no te pregunté, quizás preferías mate…

—No, está bien un café, la mateada la dejo para cuando estoy solo en el campo, o cuando me pongo a conversar con alguien largo y tendido.

Pilar acostumbra todavía su oído a la voz de Chico, no es este el sonido que recuerda. Cuando lo vio en la cueva, apenas articulaba las palabras, con una evidente dificultad para modular, y en esa época ella pensó que tenía cierto retraso mental. Cuando volvió a mostrar sus hijos a la familia, allá por el ’85, él hablaba más fluido; su aspecto y su mente habían cambiado, mostrando el potencial oculto en años. Hoy, Chico la sorprende por su manejo del lenguaje, su inclinación al estudio, y por todo lo que trabaja y maneja del campo y de los asuntos personales de Alfredo.

—¿Es extraña la vida, no es cierto? —Pilar habla siguiendo su propio

pensamiento, se percata de ello y dice—: Estaba pensando en el día que te vi por primera vez.

Los dos se van lejos en el tiempo. Chico hacia el dolor, la injusticia del rechazo de una familia que lo desconoce haciéndolo vivir en las sombras, sin nombre, sin identidad. Los pecados ocultos emergen, como esos muertos que se hinchan y flotan desde el fondo de los lagos o de los ríos.

Pilar, en cambio, va a ese mismo lugar, pero regresa de inmediato, es un sitio donde el recuerdo se le engancha como el pelo o la ropa en las espinas del monte. Ir hacia allí es pensar en Ari, y hoy no quiere que eso pase.

¿Para qué ir tan atrás? Busca en el verter el café en la taza, alcanzar el azúcar, unas galletas de una lata, llenar ese agujero denso y oscuro y virar hacia un terreno donde los dos puedan caminar.

—El viejo no cambia… —ni pregunta ni afirma, solo espera que el otro tome la frase y la convierta en algo manejable, conocido.

Chico bebe un sorbo, pierde la mirada un instante en el líquido y pregunta:

—¿Por qué habría de hacerlo, si así le va bien?

El tono, el tono, recordaría después, cuando él se hubiera marchado, no tenía conexión con el joven que ella conoció. La vida lo había abierto, dejando esas fisuras por donde se cuela el desaliento, el cinismo, los matices de lo sardónico, que antes eran propiedad exclusiva de Alfredo. El rebote, el boomerang de las acciones que devuelven ese crujir, ese sonido doloroso, del que está entrampado con la llave en la mano y por oscuras razones, no escapa.

Pilar espera una palabra más, un hilo que la lleve por la conversación, pero su primo sigue interesado en el humo leve que escapa del café.

Es largo el silencio. Lo rompe Chico que, levantando la vista, le dice:

—¿Querés ir al campo, un día de estos?

Se ilumina la cara de ella al contestar que sí, que pronto, ¡que le encantaría!

—Lo organizamos, entonces.

Chico se levanta para irse y cuando, en la puerta de calle, lo despide con un abrazo y un beso en la mejilla, siente en el cuerpo una emoción nueva, el principio de algo que no puede definir pero que la alegra.

CAPÍTULO CUATRO

El ladrón de recuerdos

Comprar el auto y volver a tomar el volante fue sencillo. En Francia manejaba mucho más ella que Ari; a él le gustaba que lo llevara o lo fuera a buscar en las ocasiones que debía ir a otro pueblo, incluso a la capital.

Tenían una camioneta cómoda, que muchas veces oficiaba de ambulancia para el traslado urgente de alguno de sus pacientes hasta el hospital más cercano.

Tuvo que poner mucha atención, pues lo que en Francia era regla tajante, inamovible, como aminorar la marcha cuando la luz del semáforo vira al amarillo, aquí era zona franca para acelerar, para ganar esos instantes antes del rojo que nos deja en brutal flagrancia. Necesitó un tiempo, solía volver a la casa con una molesta punzada en la cabeza por los sonidos desaprensivos, enloquecedores de las bocinas, como si tocar bocina fuese una prolongación de las emociones desatadas de los conductores. Ira, bronca, odio, frustración, tristeza, eran disparadores de ese movimiento frenético que, si se observaba bien, iba acompañado de una expresión adecuada al sentimiento. Caras contraídas, bocas abiertas desbordando gritos, imprecaciones, insultos, otros que se encogían a simple vista, o desviaban la mirada por el temor de verse involucrados en el caos. Ella venía de un lugar donde la bocina solo se usaba para advertir en una emergencia, o para evitar un accidente.

El desdoblamiento de ser a la vez observadora y parte que siempre la había caracterizado, le permitía conducir tranquila, sin enfervorizarse ante las situaciones cotidianas que atravesaba en medio de un tráfico intenso.

El automóvil le dio la libertad de recorrer la ciudad, un intento de volver a verse en esas calles, plazas, barrios, verse como era antes de Ari, antes de Ismael, antes de ser esta de hoy. Construirse y desarmarse parecía ser el ejercicio, con esa sensación de extrañeza, de nunca saber si era característica humana o solo de ella. Ella, la rara.

Se miraba en el espejo y trataba de conciliar la imagen actual, o por lo menos la imagen que daba al exterior, y le resultaba imposible enlazarla con la que había recorrido estas calles hacía mucho, la que se equivocaba, la que pasaba horas sentada en una plaza, esperando, para

llegar a su casa y querer hablar de la fuente, de los pájaros sedientos y de las miradas. Esas miradas que la estremecían, pero que no podía descifrar. Nadie sabía el código. En su casa, solo golpes, su cuerpo supo de violencia apenas el vestido empezó a abultar en su pecho y sus caderas se ensancharon, y supo que eso por lo cual le pegaba su padre, allá afuera era un valor.

No todo volvía de súbito, cada recuerdo la esperaba en una esquina, en un bar, en la luz del atardecer del boulevard de los árboles panzones y llenos de espinas, en la música de la radio que acompañaba a Ramón en sus tareas de jardín. La ciudad, en cada una de sus salidas, de sus vueltas a veces sin rumbo, le hablaba a los gritos o en pérfidos, arteros susurros.

Debía ir más despacio, no quería que la sometieran las evocaciones, le había costado mucho armar esa mujer que fue con Ari, y que parecía diluirse mientras más se convencía de su ausencia y reverberaba en su cuerpo aquella otra. La que cada día que escapaba de su casa buscando consuelo, y calmar ese hambre que no podía saciar; la que volvía con olor a piel ajena, y antes de llegar al baño, al agua que limpia, encontraba los golpes. Sin aviso, con esa ira contenida mascullando tras el bigote, y el cinturón, y las manos hechas cachetada abierta, llenas de una rabia que no podía entender. Después, cuando la casa se callaba en crispado silencio, se encerraba en el baño, y las lágrimas corrían bajo el agua y ardían los moretones.

Harta, aceptó el amor desesperado de Ismael. Un casamiento que la sacara de allí. Creyó que sería capaz de amarlo con un cariño tranquilo, pero eso no era lo que Ismael pretendía. Los celos lo mataban…

Pilar se despabila, sacude enérgica la cabeza y sigue manejando, no tienen sentido estos pensamientos, menos hoy, cuando está juntando los fragmentos para armarse otra, distinta, antes de que todos los personajes de esta tragicomedia desaparezcan. Ladinos, solapados, traicionando sus esfuerzos, donde cada cosa fue tomando su lugar, los momentos vividos le salen al encuentro para demostrarle que estaba equivocada, que sumar nuevas experiencias y una mirada diferente al mundo no aniquilaba los sucesos. El trago había que apurarlo pero, antes, averiguar por qué, o quizás, descubrir que eso era lo menos importante.

Esos primeros días, donde comenzó la extraña rutina de acomodarse en la nueva casa, de las conversaciones nocturnas con Irina y de conectarse con Noah por internet, y las visitas a lo de sus padres, Pilar entendió lo que significa volver para un exiliado. Las palabras, los

gestos deben medirse, porque delante de Alfredo era una mujer; el viejo hacía un juego de tensiones y aflojes, disfrutaba de lo nuevo, a todos los otros los había desgastado. Con su madre fue distinto. Quiso encontrarla, sentir lo que significaba esa relación, y descubrió a una anciana en proceso de olvidar.

Magdalena le contó de los médicos, del diagnóstico, un nombre difícil para enmarcar el olvido; a diferencia del cáncer, que genera más células, locas, anárquicas, lo que tenía su madre era mezquino. Achicaba los recuerdos, se devoraba pasajes enteros de las vidas, no solo de la propia, sino de las de todos sus afectos.

Consternada, piensa: *Todos aquellos que fuimos, en la cabeza de ella estamos muriendo.* La Pilar que, parada sobre la mesa, esperaba que Sofía le marcara el ruedo con la boca llena de alfileres. La que se casó con Ismael, el vestido también lo había confeccionado su madre, sencillo, corto, ni ella se reconoce en esas fotografías viejas. Como el delicioso postre, el milhojas, capa tras capa se fueron sumando los días con la experiencia, los dolores, y el amor, o lo que llamaban amor, y hoy querían unir los puntos hasta que saliera la figura como en los cuadernos infantiles, y no había manera: el pasado es arcilla, es hielo bajo el sol, y solo se ven los charcos del agua, la sombra de los días, el hálito que se escapó de la boca de los moribundos.

Le llaman el ladrón. A la enfermedad. Ella cree que es el justiciero. ¿Qué haría su madre si, como aquel personaje de Borges, recordara todo? Enloquecer, seguramente. Cada mirada, desplante, dominio, golpe moral, cada vez que tuvo que morder el pan de la desdicha sazonado con el rencor, se rompieron sus dientes de apretarlos, de aguantar. Hoy, su rosada encía, sus dientes falsos, mastican la papilla del anciano como un niño pequeño que solo vive el presente. Justiciero y piadoso, el ladrón.

CAPÍTULO CINCO

Debe haber un error

Debe haber un error, los cardenales no son pájaros y el cinturón no sostiene la ropa, sostiene la mano que castiga.

INÉS MANZANO
Debe haber un error

Esa mañana decidió ir hasta el centro. Guardó el auto en una playa de estacionamiento, prefería caminar, recorrer, buscaba un regalo para su padre. Eran las once, y a esa hora la peatonal era un hervidero. Manteros, vendedores ambulantes, gritos. El olor del praliné, del maní azucarado, la tentó. Compró un delgado cilindro envuelto en celofán transparente y fue comiendo de a uno, melosos los dedos, mientras recorría con sus ojos las vidrieras.

Caminó sin apuro, tratando de encontrar los rastros de aquello que fue. Las pérgolas no las recordaba, pero a juzgar por los retorcidos troncos de las buganvillas debían tener varios años.

Ya no estaba el bar donde conoció a Ismael. La galería comercial había mudado de cara, las baldosas, los maniquíes y los carteles le eran extraños, como quien regresa de una larga convalecencia y debe retomar el idioma, los gestos, las letras; estaba entumecida, sin la gimnasia de lo cotidiano era una extranjera en su tierra. Allá, adelante, los árboles y las palomas aturdidas le señalaron la calle de las iglesias, y ese otro bar, que no había cambiado, donde apenas despuntaba el día solían desayunar con Ismael al regreso del casino en las sierras. El olor del café la atrajo; buscó una mesa en la vereda y se sentó de cara a la plaza. La luz sobre la iglesia, ese color marfil, rosado, como si las paredes se ruborizaran. Esos viejos muros que no sabían de vergüenza la habían extraviado en el laberinto de los tiempos. El extraño sortilegio del tiempo colonial, primitivo, desnudo como las piernas de los indios, como la tonsura de los frailes, y hoy, edificios espejados custodiando esas paredes, la reja inmensa, los oscuros escondites, los santos con esos ojos desesperados, la tierra y las arañas sobre los mantos…

—Su café —dijo el mozo, depositando la taza sobre la mesa.

El recuerdo la había arrastrado a la infancia, a las procesiones, al olor del incienso. Por herencia de Alfredo, odiaba todo lo monacal, y sin embargo, una rara obsesión la llevó a espiar a las monjas en sus días de escuela. Y su tía Carmen, tan bella, flor que se marchitaba bajo el sudario del hábito.

Sorbió con apuro el brebaje, llamó al mozo, pagó y se levantó. Iría calle abajo.

No midió los pasos ni las bocacalles, solo el olor iba cambiando, guiándola como a un perro, olor a verdura abandonada en las calles, a fritura, a pescado, el mercado estaba cerca. La avenida la sorprendió porque venía por una callejuela con vidrieras plagadas de objetos de plástico, otras ofreciendo rezagos militares —botas, uniformes, cantimploras, faroles, todo cubierto por una pátina tenaz de polvo—, adornos de cotillón, y tras un vidrio, la jaula, los perros, la boca del cachorro, abierta y rosada en el grito mojado que nadie escucha.

Se alejó hacia la esquina y descubrió dónde estaba. El balcón, arriba, cemento y reja, seguía intacto a pesar de los años.

El mareo le sobrevino como un latigazo y tuvo que apoyarse en el poste de luz.

La habitación era a compartir. Dos camas, un pequeño ropero, la mesa, dos sillas; el baño afuera, para todas las piezas. No había traído equipaje, no hasta dos días después. En ese momento solo quería dormir, y esperar que los arañazos en el cuello y en las manos se atenuaran. Pagando una semana por adelantado, evitó las preguntas. La noche la encontró insomne, los ojos en la blancura de la luna que entraba por el balcón. El ardor en el cuello le recordaba inmisericorde lo vivido. Estaba harta. Y se lo dijo ese día a su padre. Se iría de la casa. Intentó levantar un poco de ropa, y sus libros. Los libros de la Facultad. Y el volcán rugió. Una y otra vez los gritos, las cachetadas, *¡no te vas a llevar nada de aquí, nada!* Y ese hartazgo iracundo que le brotó desde el fondo de la impotencia de años, y le recorrió las venas, y salió como flecha ardiente de la punta de sus dedos, y se hizo añicos contra la cara, los anteojos, el bigote y el labio endurecido y crispado de Alfredo. Dio tantos golpes como los recibidos. La sala quedó patas para arriba, las sillas, los cuadros, y su madre, luego de un par de gritos, hecha un nudo en la cama, refugiada en la migraña. Ese oscuro monstruo que la exculpaba, sacándola del medio de todas las batallas.

Pilar huyó hasta encontrar ese refugio. Al otro día por la mañana, cuando Alfredo estaba en su oficina, fue con Ismael en su pequeño auto hasta su casa; olió el miedo, el silencio, el paño frío sobre la frente de

Sofía acostada en la oscuridad y, como un ladrón, recogió todo lo que pudo metiéndolo en una valija, y se fue perseguida por el gemido de su madre.

Le mintió a Ismael que tenía dinero suficiente, y supo lo acuciante que puede ser el hambre. Una sola comida diaria. Chocolate con churros. Grasosos, proteicos, llenadores. A media cuadra del mercado, el olor la tentó el primer día. Al mes, le daban arcadas antes de llegar a la esquina. No faltó un solo día a la Facultad. Rindió todas las materias. Su madre, pasados los días, vino de visita. Sí, esas cosas pasaban. Le levantó el ruedo de una falda, le dejó comida en una vianda enlozada, un frasco de café soluble, y se marchó por las escaleras retorciendo las manos de Magdalena y de Celeste, puros ojos las dos para guardar la imagen de la rebelde. Abajo, en el auto, Alfredo blanqueaba los nudillos apretando el volante. Una sola vez miró hacia lo alto, y se encontró con los ojos de su hija. Aceleró al salir como si se lo llevara el diablo.

En poco tiempo, se convirtió en la esposa de Ismael.

—¿Señora, se siente bien?

Una mujer la sostenía del brazo, apoyándola contra la puerta de un negocio. Reaccionó volviendo aquí, abajo del balcón, el mismo donde colgaba su ropa interior mojada en aquel verano, hasta que trajo sus otras prendas.

—Estoy bien, gracias —dijo, y la mujer insistió:

—¿Quiere que llame a alguien? Puede usar el teléfono.

Cuando en el mostrador, junto a la caja, se apoyó para marcar el número, supo que el oleaje que la había arrastrado hoy no la dejaría en paz hasta que limpiara todo. No era Ari, ni su muerte, ni la soledad. Era su vida anterior, que se cobraba su presa. En el bolsillo de la chaqueta, tocó la llave del auto. Las piernas le flaquearon.

—¿Chico? ¿Podés venir a buscarme? Sí, me robaron la cartera.

—La ciudad se ha vuelto insegura —dijo Chico mientras le abría la puerta de su camioneta.

Subió con la vergüenza colgada en la cara.

—Me dejé llevar… —argumentó sin mucha convicción.

Se había descuidado, como si creyera que porque había vuelto estaría protegida, libre para evocar, para caminar como lo hacía en esa juventud portentosa, descarnada y bella, donde todo se precipitaba en su vida amorosa o familiar, pero nunca había tenido miedo en la calle.

Los peligros, para ella, estaban en su círculo más cercano.

Anduvieron unas cuadras y Pilar le indicó dónde había dejado el auto. En la cartera tenía solo un poco de dinero, los anteojos de sol, un labial.

—¿Seguro que podés manejar?

Chico parecía inquieto, ella lo tranquilizó:

—Todo está bien, me iré a casa, no ha sido nada.

—Te acompaño, cuando busques el coche te sigo.

No protestó. Necesitaba eso ahora, un hombre que la protegiera, sobre todo de sí misma.

En la calle, lo veía por el espejo. Cuidadoso para conducir calculaba el tiempo en los semáforos, y en ese mirarse mutuamente, llegaron a la casa.

La llave… estaba en la cartera.

Pulsó el timbre mientras Chico estacionaba. Ramón abrió, y ella le dijo:

—Voy a necesitar otra llave, me robaron…

El hombre se llenó de preocupación, de preguntas.

—Estoy bien —lo tranquilizó ella—, un descuido, no pasó nada.

—¿Ha comido la señora? —preguntó, y Pilar sintió otra vez esa ilusión, engañosa y necesaria, de que todo estaba bien. —Mi hija dejó unos canelones, y sopa para la noche. Están en la heladera.

Cuando, sentados a la mesa con Chico, compartieron ese almuerzo impensado, tardío, Pilar le contó que su casero tenía una hija que le limpiaba y le preparaba comidas sencillas, aliviándola de la tarea doméstica.

Él comía esperando que su prima hablara, o quizás solo dejaba que el momento pasara. Pilar tomó un trago de agua y un poco de coraje.

—Me atropellaron recuerdos que nunca pensé que saldrían, cosas viejas, dolorosas, pero con todos esos años encima, creí… En fin, el cuerpo y la mente me traicionaron. En ese lugar, donde me buscaste, estaba la pensión donde me alojé cuando me fui de casa. Las peleas con el viejo no daban para más. Fueron días difíciles, pero sin embargo los recuerdo como un tiempo en el que, entre otras cosas, fui libre. Hambreada de amor y de comida, en esa época creí que podía, que lograría hacerlo sola; y me traicionó el miedo.

Pilar se levantó y fue a preparar café. La siesta se demoraba luminosa en los vidrios de la cocina, propicio el aire para acercarse. Despacio.

—Anoche —continuó— Irina me preguntó qué estaba haciendo aquí. Y no supe qué contestarle. La salud del viejo, alejarme de los lugares donde todo me recordaba a mi esposo, o venir a buscar esa parte mía

que creí olvidada. Nunca me pasó esto, de que todo el pasado me salte al cuello, en ninguno de mis viajes anteriores… como si al venir con Ari y los chicos hubiera estado protegida por un escudo invisible. ¡Era invulnerable con ellos!

Chico recibe la taza de café y espera que ella prosiga. Pilar mira el jardín, hay una leve bruma que se levanta desde los canteros, o ella tiene los ojos nublados por las lágrimas.

—Una vez, volví a donde había vivido muchos años, allá, en el monte santiagueño —dice Chico—. Un viejo al que le compraba cabritos me invitó a cazar. Íbamos a hacerlo esa noche. El hombre tenía un lindo caballo, y me lo ofreció para recorrer el lugar mientras ellos carneaban unas cabras. Lo ensillé y cuando pasé el primer montecito, y se abrió el campo hacia la sierra, me alejé en ese desierto. El agua escaseaba y, sin darme cuenta, estaba del otro lado, después de una ciénaga seca. Miré alrededor para orientarme, no iba a perderme como un chuncano, y a lo lejos vi un horno y unos pajonales con una construcción. Al principio creo que no quise darme cuenta. Pero cuando desmonté y até las riendas en un algarrobo, y di unos pasos hacia la tapera, porque eso era, una tapera, las paredes del rancho destruidas, supe que esa había sido mi casa. O la casa de los que me criaron. Todo vacío. Chelcos y lagartijas eran dueñas del lugar ahora. En una de las piezas, donde faltaba un poco de paja en el techo dejando pasar la luz, encontré una zapatilla. Y unos trapos, botellas de plástico, latas, y los yuyos creciendo donde hubo gente. Nosotros. Cinco chicos y el matrimonio, él era hachero, trabajaba para los hornos de carbón, y su mujer lidiaba con todos. Busqué la huerta y solo encontré las malezas, la batea donde se hacía el arrope, y nada, todo era páramo. Me senté en un tocón de quebracho y me quedé quieto, y cerré los ojos. Cuando uno cierra los ojos, Pilar, si está en el lugar donde debe estar, todo vuelve. Y volvió. Me vi corriendo, esquivando la chancleta, trayendo el balde chorreante desde el pozo, juntando huevos, o algodón, con la bolsa colgando entre las piernas. La siesta llena de catas, nos quedábamos duros y les pegábamos a unos tarros ahuyentándolas, cuidando que no se comieran la semilla recién sembrada. Escuché el gemido como de un recién nacido: así balaban los cabritos. Nos mandaban al monte a buscarlos porque la cabra que había parido volvía a la casa, la encerrábamos y cuando tenía las ubres llenas, la largábamos, seguíamos el rastro del tramajo que le poníamos colgando del cuello, y con la punta del palo iba dejando surco en la tierra. Seguí el berrido y, al lado del piquillín, vi el duende. Como te veo a vos, Pilar. Éramos cuatro, y clavamos todos juntos las zapatillas en la arena, aterrorizados. Era petiso, con sombrero rojo y zapatos con

puntas hacia arriba. Estaba, y enseguida, nada. Corrimos para la casa dejando piel, ropa, llanto entre las espinas del monte. Cuando el hombre buscó la escopeta, alertado por nuestros alaridos, fue y no había nada. La mujer nos dijo que ella lo había visto también, pero que nadie le creía.

»En el rancho vivía un abuelo, que un día se cortó él mismo una arteria del brazo cuando le dio un ataque de presión. Sangró como un chancho, pero se salvó. El horno me recordó el pan, Pilar; esa mujer amasaba todos los días, y colgaba las bolsas de un gancho del techo para que no lo comiéramos todo. Buscábamos cómo trepar. Y donde había abejas, ese era el pan más dulce para robar. Esas cosas son las que me hicieron soportar. Dame otro café —pide.

Pilar le sirve y él continúa.

—Cuando murió ese viejo que te conté, vinieron los yernos, y con una saña y una rabia que yo no entendía, carnearon muchos animales; carnearon cabras preñadas; los cabritos nonatos boqueaban en el suelo, y los perros no se acercaban hasta que no dejaban de moverse. La vida es muy dura en esos lugares; no había adónde ir, no tenía idea de quién era yo, nadie nos explicaba nada, solo existíamos. Pero nos reíamos mucho; cazábamos palomas; nos gustaba juntar moras, higos, tunas, y empacharnos hasta cagarnos encima, meternos en la represa a refrescar el cuero en los días de enero, y matar las víboras a pura piedra. Nos daban con el rebenque parejito, pero no es lo que más me ha quedado de esa época.

»Cuando me llevaron al campo de los Montero —Chico se detiene un momento— desde la cueva espiaba hacia la casa. Después vino Ari, y vos. Y los libros. Con esto y tantas otras cosas que me vienen a la cabeza, quiero decir que yo elijo cómo y qué quiero recordar. Si lo más lindo o lo más feo. Ese es mi derecho. Yo que vos haría lo mismo. Pero para elegir, tenés que volver a pasarlo por tu cabeza. —Chico se levanta, y dice—: Por hoy me parece que ya está bien. Me voy yendo.

Pilar se pone de pie para acompañar a su primo, y le dice:

—Lamento que las veces que vine al país no pudimos encontrarnos.

Llegan a la puerta de calle. Sin darse vuelta, Chico le responde en voz baja, contenida:

—Tu papá se encargó de que eso no ocurriera. Casualmente tuvo encargos, trabajos para mí, que coincidían con esas fechas.

Cuando lo despide y sube las escaleras para ir hacia su habitación, Pilar siente que el entorno se achica ante sus ojos y la oprime. Se va la tarde, pero ella quiere guardar esa energía, destilar los pasajes de su vida que se precipitan a su encuentro. Les hará frente como a un temporal, hasta que pase. Ella sabe que, de una u otra manera, pasará.

Un pensamiento le llega como una ráfaga: Chico habló de su niñez en el monte, pero ni una palabra sobre sus orígenes. Ella, antes de irse siguiendo a Ari tras la muerte de don Pancho, lo había legitimado delante del clan como el hijo de Merceditas, como primo suyo, pero ¿cuánto sabría en realidad, alguien le habría contado los detalles truculentos, terribles? Y lo que le dijo antes de irse, sobre la voluntad de Alfredo de alejarlo de ella… Desecha el tema, no es necesario cargarse con más problemas ajenos.

En la cama, cuando apaga la luz y la oscuridad se llena de manchas, la breve claridad de algún farol que filtran las cortinas desdibuja los objetos; es fácil, al desconocer lo que ve, irse a cualquier parte, allá atrás en el tiempo, desdoblarse, hablar consigo misma como nunca lo ha hecho.

¿Ahora, y en este momento de tu vida? *¡Sí! Es este único momento el que importa.* ¿Y todas las palabras? Las bonitas, y redondas, y rebuscadas, idílicas palabras, aun las que nombraban lo innombrable, las que enumeraban y edulcoraban los fragmentos sangrientos, las astillas, el filo de la navaja. Las que escribiste en los cuadernos. *Esas, sobre todo esas.* ¿Y cuáles buscaría ahora? No sabe; las otras, las que no se han dicho. ¿Se atrevería? ¿Y por qué ahora? *Porque sí, porque voy a morir.* ¿Estás enferma? *No, pero soy humana y estoy viva. Eso me hace candidata firme a desaparecer.* Pero antes de desaparecer, antes de perder su identidad en otro rol macabro, debe contar. ¿Contar? ¿Qué? La verdad, sea lo que fuere que eso signifique. La verdad sobre algunos momentos que se van perdiendo en el pasado, se esfuman como las cosas, los hechos y los nombres se han ido de la mente de Sofía.

Necesita recordar esos años, esos días en que vagaba por las calles y a veces encontraba a alguien. Aterrizaba en una cama y sostenía un miembro húmedo, con esa tensión increíble, hinchándose al mínimo roce, con las palabras sucias o con las dulces, solo hinchándose con las venas resaltando bajo la fina piel. A veces recordaba una boca, o la curvatura de una oreja, o ropa sobre una silla, un baño frío, inhóspito, y calles oscuras. Y el ruego de que no hubiera nadie esperando su llegada. Que todos estuvieran dormidos. Y que aunque despertaran, no preguntaran nada. Porque a las respuestas hay que hacerles frente, y no había nadie tan valiente en esa familia.

Novios. Eso traía a casa. Novios. Pretendientes. Festejantes. «El chico con el que mi hija habla». *No hablábamos, mamá, no en ese refugio detrás*

de la enredadera. Estaba segura porque estaba en casa. Ellos creían eso. Recuerda una noche de luna monstruosa, blanca como los capullos del mimbre, esa planta que su madre tenía en el jardín; una noche así lo hizo acabar en su mano, y las gotas quedaron como leche espesa en las baldosas con dibujos geométricos. A él le brillaba la cara de sudor, la luna hacía sombras de muerte bajo sus ojos, eyaculaba con su energía más vital y la sombra de la barba se tornaba amenazante, como si hubiera un adulto apareciendo de pronto detrás de su piel juvenil. Todavía tenía granos. Ella se enojaba porque se los apretaba y aparecía con las marcas. *Tenía una punta horrible, blanca*, se disculpaba él. Ella quería sus ojos de gatito y su cabello con rulos, que fijaba con un líquido que luego se escamaba sobre sus hombros. Una vez lo vio desnudo en la orilla del río. No tenía un solo pelo en el pecho, en las piernas apenas, y algo en las axilas. Era esmirriado, pobre de carne. Sus omóplatos eran puntas que miserablemente añoraban plumas. Era un niño mimado por una madre desesperada porque su otro hijo había muerto, de nueve o diez años, en una turbia historia de navidad. Dicen que el chiquillo encendía cohetes, fuegos artificiales, y que un vecino lo persiguió iracundo por las estampidas. El infarto lo mató en la vereda, con la cara vuelta hacia un cielo que explotaba de luces como explotó su corazón. Como un colibrí asustado. A Pilar le contaron que la madre dormía en la puerta inmensa del cementerio. No quiso creerlo, porque ni siquiera quiso imaginarlo. Eso hacía que el muchacho que se restregaba contra su cuerpo en el refugio del jardín fuera lo más valioso que esa mujer tenía.

¿Qué habría pasado si, parada frente a su bonita casa de material con jardincito y auto en la puerta, Pilar le hubiera dicho que en la panza le crecía algo que podía parecerse a lo que perdió? Pero no corrió riesgos, no habló. El riesgo más grande era que eso se quedara ahí.

Plata, necesito plata.

¿Cuánto?

Oh, la rata de cara asustada. La luz del día en la plaza, cruda y luminosa, no dejaba lugar para esconderse. Todo el miedo estaba ahí.

¿Tanto?

¿Podés o no podés conseguirla? No puedo esperar más.

Tengo una dirección, le dijo.

El papel arrugado sale del bolsillo, una dirección que ella se aprende de memoria. Sabe que si la descubren, tendrá que hacerlo un bollito y tragárselo. Le pasó con la carta. Cuesta tragar el papel, como si la saliva no quisiera ayudar, y hay que tomar mucha agua para que se disuelva y se haga una pasta. El papel y las letras que chorrean tinta en su

esófago, letras que los ácidos de su estómago trituran, pulverizan, hasta ser lo que eran.

Pura mierda.

Excusas de un inútil, cobardía escrita. Las mujeres de esta familia salen adelante; la cara, el pecho, las manos van hacia adelante. Y ella no quiere ir, ella quiere acurrucarse en un rincón oscuro, en una selva donde la trague la espesura o un animal salvaje, y que nadie encuentre ni siquiera sus huesos.

Hasta los huesos le tiemblan de miedo al caminar por esa calle. Un timbre. Dos escalones. El corredor. Extrañamente, lo que recuerda es la pajarera, una casita de techo a dos aguas y tela metálica. Cardenales. Las palabras engañosas. Cardenales: pájaros de copete rojo. Hombres con poder y gorro rojo. Y las marcas que deja la rabia.

Libertad, ley, castigo. En todo ese palabrerío faltaba la ignorancia. Ella no sabía que ese maldito sexo le traería tanto dolor. No había a quién preguntar ni con quién hablar.

La mujer la hizo pasar. La siesta se agachó a espiar tras la puerta, y por la banderola apenas abierta se escuchaba el sonido metálico, los quejidos, la respiración del animal herido que quiere escapar y no puede. Corta, hurga, corta, hurga. Las rodillas son cabecitas lívidas y temblorosas queriendo juntarse, queriendo unirse para rezar, para pedir perdón, para no dejar, nunca más, que ocurra.

Vas a esperar acá un rato. La mujer la ayudó a enderezarse. Al incorporarse todo se le nublaba. Un té azucarado le acomodó la presión y el ánimo. Las entrañas bramaban, laceradas, enojadas por tanto tormento. La vida de los santos mártires, ardidos, crucificados, apaleados. Ella no sería santa ni aun con ese sufrimiento. Ardería en el infierno.

Un infierno estallaría en su casa si no arreglaba ese asunto. Esa idea la sostuvo mientras se vestía, cuando en el baño la arcada llegó traicionera y el sudor le pegaba el pelo a las sienes.

Ya va a pasar, en un par de días estarás bien.

Un par de días yendo al colegio, haciendo la vida normal. Pero ya no volvería a ser normal. Su madre le preguntaba: *¿Qué te pasa que tenés esa cara, una mala nota? Sí, tengo que levantar matemáticas.* Listo, punto. Resuelto.

Levantar matemáticas.

Y levantar el mundo que se le había caído encima.

—Pobre muchacho —dijo Sofía—. Me llamó su madre llorando, dice que sufre porque lo dejaste.

Estaban todos en la mesa, cenando. Su padre limpiaba un resto de salsa del bigote.

—Después que nos hiciste ir al cine con el baterista —dice y se ríe, con esa risa fea, de costado, esa que declama que son todos idiotas y que Dios acaba de pronunciarse entre truenos y centellas.

Dios no comería tan rápido ni se chorrearía de salsa, piensa Pilar mientras recuerda el momento al que se refiere Alfredo haciéndola presa del escarnio.

El escuálido la había invitado al cine, a ella y a sus padres. No tuvo tiempo de detenerlo, la invitación se la hizo cuando ellos lo saludaron. Hubiera querido matarlo. Pero después pensó, con ingenuidad, que sería lindo compartir ese momento con Sofía y Alfredo. Ellos supieron tener la costumbre de ir al cine una vez por mes cuando su padre cobraba el sueldo, pero eso había sido hacía mucho.

Ese día, todos vestidos para la ocasión, el joven apareció con sus ojos enormes, su pelo engominado y un traje de tela con un brillo plateado que se le acentuaba en el ancho de las botamangas. Fueron en el colectivo al centro. Al bajarse para caminar hasta el cine, Pilar escuchó que Alfredo le decía a Sofía: *Caminemos lejos del baterista*, en alusión a la vestimenta del muchacho. Dolió. No por el noviecito, él era un accidente en su vida. Dolió por el juicio implícito sobre su cualidad innata para equivocarse en las elecciones.

Pensó que el baterista ridículo había tenido una excelente puntería. ¡Este zoncito puso un huevito, y adentro de tu hija!

No lo volvió a ver. Su quejosa madre siguió un tiempo más las conversaciones telefónicas con Sofía, hasta que un día se terminaron.

Fluyen los recuerdos. Los domingos en la casa de su abuela y las siestas en las que el tranvía paraba en la avenida con el cantero al medio, justo frente al kiosco de metal que ofrecía la fruta a los que visitaban los enfermos. Se estilaba llevar frutas: manzanas envueltas en papel azul, naranjas llenas de jugo. ¿Quién miraba o cuidaba a los niños? Ella iba al hospital y deambulaba por esa corte de los milagros haciendo amigos. Seres contrahechos; el metal rey y señor de camillas, ascensores, sillas de rueda, muletas. Metal, dolor, olores. Las mesas de noche con patas altas, de hierro, y las camas en las salas largas. Corredores, abierta la intimidad a todas las miradas; los biombos eran el privilegio de los que iban a morir.

¿Qué hacía una jovencita allí? Su abuela en la casa de pensión albergaba enfermos y familiares que venían a acompañarlos. Gente del norte, de países limítrofes. Cartas de papel que llegaban para que se les

guardara lugar, una cama en la casa, estratégicamente ubicada a metros del hospital. Las operaciones eran largas; los meses de yeso y rehabilitación eran motivo de que se instalaran en ese hospedaje como una gran familia.

Pilar había visto deformidades, rengueras, gorduras increíbles, ojos cerrados por un parche de vendaje, la escayola blanca en una pierna que con los días se tornaba grisácea, sucia.

Ella conocía todos los recovecos, la parte de atrás de ese inmenso edificio, allí donde el metal se hacía chatarra entre tubos de oxígeno. Un primer beso fue detrás de esa casilla, entre unos escombros. No era un buen lugar. Solo la impulsó el ímpetu de la adolescencia que asomaba como sus pezones bajo el liviano tejido de la remera, que a ella la avergonzaban tanto como atraían las miradas varoniles. Esos botones hinchados, esperando eclosionar con el leve roce de la tela o de unas manos ávidas, aunque ella esquivara la entrega. Su abuela se había dado cuenta de su incomodidad cuando la vio agachar la cabeza y cruzar los brazos sobre el pecho. Ella le compró el primer corpiño.

¿Por qué no eligió una plaza, una arboleda cómplice, el zaguán de la casa de su abuela? Después sí serían escondites perfectos, estremecedores. Pero ese día la acuciaba el deseo, luchando entre la moral y el desmadre, y el peligro de que alguien los sorprendiera era exquisito.

Era un muchacho un poco más grande que ella, quizás un par de años. El primer beso húmedo, una boca llena de saliva con una lengua dura, invasora, prepotente, como el bulto que le crecía en la bragueta y que apoyaba contra su pubis. Quizás ese fue su primer acercamiento al poder, ese poder sin límites que moraba en su cuerpo.

A veces alguien retorcía sus pechos, y el dolor se mezclaba con el placer. Y cuando en su casa, en la privacidad de su pieza, se miraba en el espejo, la piel enrojecida, martirizada, la complacía. A la noche, cuando sus padres se hubieran retirado a dormir, sonaría el teléfono y ella se enroscaría en el rincón del living. Hablarían horas, y escucharía relatos banales, cotidianos, pero lo que importaba era la respiración. Se volvió experta en escuchar los cambios en el ritmo de la respiración de su chico. Era el termómetro para medir cómo se caldeaba el clima. Había encontrado la medida del deseo, la posibilidad infinita de dominar, aunque no se daba cuenta de que al darse se perdía, se alejaba de sí misma, desgajada en esos brazos tan olvidables, tan efímeros.

El otro hospital, donde visitaba a su abuelo operado de una hernia inguinal, era distinto. Los pabellones de muros amarillentos estaban manchados de musgo bajo las ventanas altas, y había rincones con

árboles, vericuetos y pasadizos donde esconder lo que ella compartía con ese otro muchacho. Era mayor, bastante, de pecho sumido; el piyama a rayas le quedaba grande, y la bragueta no tenía botones, solo una hendidura en la tela atada a la cintura con un cordón. Él le guiaba la mano, hervía adentro, el gusano hervía, el joven siempre tenía fiebre y más allí, entre el vello áspero, intrincado. Aprendió rápido, y esa vez él tosió hasta la asfixia por el esfuerzo infernal del frenético movimiento. Las manos de Pilar cobraban vida, los dedos hacían un anillo y atrapaban el miembro hasta que reventaba escupiendo su espuma babosa. Alguna vez pensó que él podía morirse. Bajo el dintel de las ventanas del pabellón, con sus persianas metálicas, una vez un viejo los espió. Los ojos y la boca despoblada se abrieron con desmesura, y se volvió hacia adentro con más vergüenza que morbosa curiosidad. Un día, a la hora de visita, dejó las naranjas en la mesa de metal, acomodó las revistas que había comprado en el kiosco de la entrada, y vio la cama, allá, a dos de la de su abuelo, vacía. El viejo siguió la mirada, y movió la cabeza. *Ayer. Estaba muy mal.* Le costó asimilar la idea, no de la muerte —había visto algunos—, sino de que ese miembro, que se erguía al mínimo roce en ese agujero obsceno y triste, no precisaba ya su mano. Recordó los ojos hundidos, las ojeras y, de una manera muy sabia, su cabeza borró el nombre. Era el primer paso para el olvido: no se recuerda lo que no existió.

Se internaba por las calles. Recuerda en especial una de tierra, y la calesita con sus caballitos de madera de ojos pintados y curiosos, y ella llevando a Magdalena de la mano para subirla y que riera con esa risa temerosa y tímida. ¿Y con quién está Pilar? Con un pensionista, que así llamaban a los que se hospedaban en casa de su abuela. Rompiendo las capas del tiempo, vuelve a ver las manos de dedos largos y la boca angurrienta siempre húmeda. Alguien después le dijo que era tísico. Como una característica, como si dijera rengo, o ciego. No había demasiada información por aquellos días. Un par de besos robados y un bacilo arisco que, por azar, no anidó en sus pulmones.

Una catarata imparable de evocaciones, de imágenes resquebrajadas por el tiempo, se apodera de ella. Pero el dolor en el pecho que tiene hoy, acá, sola en esta casa ajena, es nuevo. Se le instala bajo el esternón y le molesta para respirar hondo. No sirve enojarse con Sofía, ni siquiera sabría de qué está hablando si le reclamara que no la cuidó, que no la miraba. Recapacita recordando años más cercanos: el cepo, la prisión de los decretos, los mandatos. Alfredo llevaba el patriarcado como el capitán su barco, y no permitía nada que saliera fuera de su control. Para ella, traspasar esos límites se convirtió en su religión.

El Negro. Así de sencillo. Con cierto viso de dignidad, le agregaban

el apellido: el Negro Salinas. Su padre lo odiaba por eso. Por morocho y por vivir en esa barriada popular, en las barrancas cerca del cementerio. Ella iba a la casa de él, que vivía con sus padres y hermanos, y cuando regresaba a su hogar contaba en la mesa: *Allá comen sangre guisada*. Y daba los pormenores de la receta de sangre con cebollita de verdeo.

Alfredo se ponía verde. Ella sostuvo unos meses ese noviazgo. A la distancia, y a nivel inconsciente, el motivo podría ser la rebeldía contra su padre. Pero en esos días, otra era la causa para alargar una relación tan despareja socialmente. El Negro tenía una habilidad en la punta de los dedos, del índice y del mayor. Dos dedos pasando por el costado del elástico de la bombacha en la oscuridad del cine. Tamborileando como un operador de código morse. La hacía acabar donde fuera, en la terraza, mientras Alfredo roncaba abajo en su dormitorio, tranquilo porque su hija estaba en casa.

Cuando al fin lo sacó de su vida, fue por mentiroso. El Negro decía que estaba estudiando, en tercer año de Medicina. Pero ella comenzó a notar los agujeros en sus dichos, en sus horarios e historias. Demasiado tiempo libre para seguirla, celarla, espiarla. Una mañana se llegó por la Facultad y preguntó. Dijo su nombre. La uña pintada de rojo violento de la secretaria fue rozando renglón por renglón. *No, acá no figura. Ha rendido una materia, mal, y desapareció*.

Por la noche, en el porche de su casa, tras la enredadera cómplice, le dijo: *Andate.*

Él intentó convencerla con las manos bajo su falda, y ella lo apartó, hielo en las venas.

El Negro amenazó con tirarse desde el puente, ese que estaba cerca, el que ella cruzaba en cada pelea con Alfredo para ir a lo de su tío.

Tirate.

Desapareció de su vida dejándole una experiencia: allí abajo pasaban cosas lindas. Aprendió a buscar su propio goce bajo las colchas, mordiéndose para que no la escucharan.

Ismael fue mal alumno. Ella quiso enseñarle. Ni hablar cuando le propuso que bajara con su lengua a ese delicado y sensible lugar.

—No es tan difícil —le dijo—, a vos te gusta que yo te lo haga.

—Es distinto —contestó el infeliz. Y pasó a explicar—: Eso solo lo hace el Negro Cucho —parece que era una habilidad de los negros— en el cabaret.

El Negro Cucho, aseguró, era capaz de sacar con la lengua una moneda del fondo de un vaso de whisky. Y remató el cuento con el nombre de la vedette que el habilidoso había llevado hasta el desmayo sobre el verde afelpado de una mesa de billar.

—Sos poco hombre —le espetó Pilar, y sumó un pretexto más entre tantos a la hora de irse.

Con Ari ni siquiera tuvo que hablarlo. El sonido de la lengua golpeteando contra la sensible cresta de su clítoris, ese sonido le recordaba algo que al principio no supo descifrar. Hasta que un día, o una noche cualquiera, en que él lamía con fruición su vulva, llegó el recuerdo: la oscuridad en la pieza de su tía Merceditas, y el perro, el Cocho, huyendo hacia afuera, atropellando casi a la niña parada en la puerta.

Dio muchas vueltas en la cama, hasta que no aguantó más ese revoltijo de trastos viejos, pasados, en ese dormitorio ajeno, y se levantó a bañarse, a encender la luz, a hacerse un té. Todo estaba mezclado esa madrugada y el sueño llegó al amanecer por puro cansancio.

CAPÍTULO SEIS

Seguir las flechas

La reunión era en la casa de sus padres. Hacía mucho tiempo que no compartía un cumpleaños con ellos.

Manejó por las calles de una ciudad que todavía se le antojaba hostil, ajena. Hacía mucho frío; la gente caminaba rápido, con los rostros cubiertos por las bufandas. Ella estaba acostumbrada al invierno en las montañas, cuando la nieve cambiaba el paisaje de la noche a la mañana. Suspiró ante el recuerdo repentino. Estacionó cerca de la casa. Ya había otros autos, reconoció el de su hermana y el de Chico, y a la vuelta, la camioneta de Catalina.

Ladra el perro cuando golpea sobre el vidrio de la puerta. Sofía aparece detrás de la empleada.

Hay clima de fiesta, está tibio el aire, los calefactores encendidos, el mantel y las copas desplegados, y un aroma a empanadas, a pan recién horneado, que le trae un recuerdo vivaz y nítido de su casa, la que dejó en la campiña francesa. Acá es una invitada. Alfredo preside la mesa; ha dejado la corbata de lado —ciertos permisos que se otorga por derecho adquirido, o por pura pereza—, y luce una camisa rosa que le asoma bajo una campera de lana azul. Está elegante, como siempre. Su piel tiene un tinte amarillento, y en sus ojos se adivina el cansancio.

—¡Hay que llegar a los 89! —grita Sofía, y el orgullo exultante se traduce en esa frase.

Una afirmación de alabanza hacia la vocación empecinada y militante de estar vivo que tiene su marido, el dueño de ese cuerpo que ha librado miles de batallas, sobreviviente incluso del ataque de los asesinos enmascarados de la medicina moderna, con una mente enciclopédica y un corazón que, lentamente y con recelo, enfundado en el traje amable pero no siempre cómodo de la fe, transita caminos que inexorablemente conducen a la desaparición.

Entre el bullicio familiar recibe saludos, besos, aplausos. La bengala chispea escandalosa sobre la torta, una burla eufórica y ficticia de la cruel vejez. Alfredo sonríe después de soplar y Pilar captura el gesto con su cámara. Su madre se inclina en ese mismo instante para darle un beso, y en la fotografía, parece que lo está besando en la boca. La imagen es el espectro de algo que ni siquiera es recuerdo, aplastado por el peso cotidiano de los incontables días que pasaron juntos, dos

universos que se tocan y se revuelven en las diferencias irreconciliables. Sin embargo, en ese beso se resume la infinita necesidad que tiene el uno del otro. Saben que el camino de la vejez puede ser inhóspito, y es preferible atravesarlo con tu mejor enemigo.

Pilar observa a todos alrededor del patriarca. Su tía Catalina es una anciana con la boca pintada de un rosado extravagante y los párpados azules, un rostro de mural egipcio surcado de profundas arrugas. La espalda derecha, el cabello fino con tinte rubio y la mirada altiva. Los delicados dedos enjoyados. Está sentada al lado de Alfredo y Pilar percibe la intimidad: los hermanos son afines, cómplices, ella sabe de las alianzas que forman los Montero en aras de una supervivencia no siempre amenazada. El hijo de Catalina, Eugenio, se ve como alguien que ríe solo con la boca. Los ojos son los mismos que cuando esperaba meterse al tanque para mojarse y disfrutar con los otros chicos. Esos ojos han visto cosas, y se abren, a veces, en una expresión de asombro. Eugenio parece no terminar de creer que él es el sobreviviente. Su hermana, desde el altar del martirio, desaparición y muerte, se llevó hasta lo que por derecho le correspondía: la atención de sus padres.

Magdalena conserva el cabello rubio de su niñez, ahora teñido; lo lleva en un extraño y elaborado peinado recogido, que combina con el trajecito Chanel con cadenas en el cuello. Tintinean sus pulseras cuando reparte porciones de torta. Federico, su esposo, conversa con Alfredo del precio de los campos y de impuestos inmobiliarios. Los niños que corren alrededor y luego van hacia el patio son los nietos de Magdalena. *Cuatro y en escalerita*, le dijeron apenas llegó. Todos varones. Las tres hijas de Magdalena y sus esposos han hecho un grupo en los sillones de la gran sala. Desde que Pilar volvió de Francia, no los ha visto mucho por ahí. Hablan de compras y ventas, todos trabajan en el comercio, lucen ávidos de novedades, a caballo de un vertiginoso ritmo que exige cambios cada vez más rápidos. *Cocodrilo lerdo es cartera*, dicen riendo. Le preguntan sobre su viaje, sobre el otro lado del mundo, pero ella sabe que no a todos les importa.

Doce años son una brecha difícil de sortear entre su edad y la de Magdalena. Y otros treinta fuera del país hacen que se sienta extraña, ajena.

Le viene a la mente aquel día cuando iba a encontrarse con Ari en ese aeropuerto enorme, el de París; entró por una puerta equivocada y luego se extravió. Aturdida, recorrió pasillos iluminados pero solitarios. Cuando amenazaba invadirla el pánico infantil, irracional, vio las flechas en carteles, algunos luminosos, y las siguió. Cuando arribó a la inmensidad de las salas de espera, la multitud la mareó.

Y en medio del gentío, de la cacofonía de sonidos y de voces, vio a

su amado, su querido Ari, el brazo en alto, la sonrisa más radiante del universo. Su amor la abrazó, diciendo sin palabras que se había terminado el miedo, que debía tener confianza. Le parece mentira que, transcurrido tanto tiempo, sea tan vívido el recuerdo; ese que ella remoza para dejar al otro atrás, cuando lo llevó al mismo aeropuerto en un viaje sin regreso. ¿Cómo contar todo esto, como transmitirlo para que lo sepan, y entiendan? Es imposible; solo se expresan los titulares, los hechos más relevantes, los nacimientos, los estudios de los hijos. La desaparición de Ari como un mártir: esa parte aún no ha podido compartirla.

Se siente una extranjera entre la manada. Eso es. Y hay que mostrar los dientes crecidos para obtener su lugar. Pero no es tiempo todavía. De todas maneras, de los que están allí ninguno juega un papel distinto. Cada uno hace de sí mismo, y eso, a pesar de todo, es tranquilizador. Ella solo debe seguir las flechas.

La ciudad comienza a abrirse, a mostrarle algo más que sus calles o las esquinas donde sus rodillas se hincaron, donde el error marcó su frente con una señal más profunda que la de Caín. Disfruta de un barcito que está cerca de donde vive, en una avenida arbolada, donde se sienta cerca de la ventana a mirar la gente y la vida pasar. Se le ocurrió llegarse y tomar un café, pero era tarde: estaba cerrado. La reunión familiar se había alargado, pacífica, hasta altas horas de la noche. Entonces enfiló hacia su casa. Estaba adoptando el posesivo: aunque nunca supiera hasta cuándo, necesitaba sentir que tenía un refugio. Una guarida.

Entró el auto y el portón se cerró a su espalda. El parque dormía. La casa también. La despertó al encender las luces, y antes de subir las escaleras, encontró sobre la mesa de la cocina un mensaje de Ramón, junto a una tarjeta que, al levantarla, hizo que los latidos se pisaran en su corazón.

Señora Pilar, decía el mensaje en torcidas letras de la mano acostumbrada a la tierra, la pala y la azada, *vino un señor, y le dejó esta tarjeta. Me pidió el número de teléfono de acá, pero no se lo di. Dijo que lo llame. Ramón.*

Necesitó sentarse. Rodolfo Cabrera. Rodolfo y su afable modo, y sus manos haciendo lugar a las suyas.

Miró una y otra vez la tarjeta, el nombre, la profesión, la dirección, los teléfonos: era la misma que le había dado en el Aeropuerto y que ella había dejado en un bolsillo de la cartera. Todavía estaba envuelta en las sensaciones de hace un rato, el olor de los perfumes de cada uno

de los integrantes de su familia que la habían despedido con un beso; la tibieza de la mejilla de Sofía; la piel de su padre, amarillento cuero: toda ella vibraba en esa frecuencia, y esta tarjeta la llevaba a otra muy distinta. Pero al mismo tiempo se dio cuenta de que, como si hubiera pasado muchísimo tiempo desde el vuelo y la experiencia compartida, no sentía la emoción que supuso le sobrevendría si volvían a verse.

Con la tarjeta en la mano, apagó las luces y subió a su dormitorio.

Bajo el agua que le cambiaba el ánimo, recordó aquellos instantes de pánico y de sutil coquetería y sonrió. Lo vivido con Rodolfo había sido guardado en un lugar de su memoria y, acuciada por los acontecimientos, no había vuelto a pensar en él. En la situación que atravesaba hoy, con la tensión que le producía ir a la casa de sus padres, esta irrupción era inesperada, levemente incómoda…

Cuando cerró los ojos, tras los párpados se mezclaban peligrosamente las imágenes de la tarde, del cumpleaños y del aeropuerto. Un saco con parches en los codos. ¿Dónde podría tener cabida en su vida actual?

Se dijo que al día siguiente, con la cabeza más despejada, le haría una llamada.

Lo citó en el barcito que le gustaba; en la casa sería demasiada intimidad. Cuando estacionó el auto, no vio mucha gente adentro del local y pensó qué gracioso sería que Rodolfo no viniera. Entró. El ambiente estaba caldeado, y el aroma del café y de los panecillos tostados le alertó las ganas. Caminó mirando el piso entre las mesitas rumbo a la de siempre, cerca de la ventana. Al levantar la vista tropezó con la imagen de Rodolfo sentado, esperando. Él le sonrió, divertido.

—¡Pilar! —exclamó mientras se ponía de pie para recibirla.

Se sintió vieja, extravagante, tal vez no debió ponerse esa blusa, aunque se había arreglado con cuidado. Él parecía más joven, quizás en el avión, el cansancio…

—¿Vas a quedarte parada?

Le tomó la mano y la llevó hacia la silla. Quedaron enfrentados. Cuando se acercó la moza, le pidieron café.

—¿Querés algo de comer? ¿Pastel, torta, algo salado? —Rodolfo la interroga como se le pregunta a un niño, o a alguien querido.

Se concentró en los detalles. Quería parecer desenvuelta, pero se sentía varada, como si el cuerpo se le hubiera endurecido. Debía ser que estaba fuera de combate, desacostumbrada. En realidad, hacía más de treinta años desde la última vez que había seducido a un hombre. Al mejor, al único que valió la pena. Y la pena valió: una penuria que se

alargó sobre sus días, cubriéndola como un perfecto escudo. Todo este tiempo había sido «la viuda». Ahora, ante Rodolfo, se sentía indefensa. Desnuda. Pero él no se quedaba en su estado civil: había ido a buscarla y ella sintió el escozor de la culpa, porque con el vértigo de sus días, imbuida en el papel de la que regresa como sobreviviente de una guerra desconocida, no le había dedicado ni un pensamiento a quien tenía enfrente. Lindos dientes, los ojos con una tonalidad mansa y con el brillo chispeante de quien parece haber encontrado cierto secreto, alguna herramienta de esas que abren a lugares perfectos, desconocidos, entrañables…

Se reprochó las digresiones, su mente saltaba como una langosta y él le estaba hablando. ¡Parecía tan fácil! Él le estaba dando tiempo, contándole de su trabajo: estaba remodelando una casa antigua que había comprado y que sería su hogar.

—Me gustaría que la vieras y me dieras tu opinión —dijo, y con esa frase captó la atención flotante de Pilar.

—¿Mi opinión? —repitió, sintiéndose imbécil de inmediato.

Esto no iba nada bien. No debía haber venido. ¿De qué podía hablarle? Del deterioro horrendo de sus padres, de las marcas que quedaban de su pasado y que estaban resurgiendo como hongos después de la lluvia, abriéndose como flores carnívoras que atrapaban su mente con la larga lengua de los recuerdos que ella había creído sepultados.

—Rodolfo… —lo nombra, estrena el modo de decirlo, y sin darse cuenta, comienza a hablar.

Las manos le sudan. No transpiran, las siente empapadas. Despacio, como caminan los convalecientes, con las mutilaciones físicas y las del alma, habla.

—Mi padre está muy viejo y enfermo, pero no declina su carácter tirano, y mi madre está hundida en una neblina, olvidando cada día un poco más de pasado. Yo me siento una extranjera, al no haber participado de tantos años en la familia. Voy tratando de armar una relación hecha de pedacitos de lo compartido hace años con este día a día que me perturba; cada vez que voy a verlos regreso cansada, como engripada. Me voy acostumbrando a la ciudad, pero la siento hostil, como si estuviera enojada conmigo.

Se detiene, ha vuelto a caer en su costumbre de personalizar lo inanimado; sin embargo, siente que quizás Rodolfo pueda entender.

Quiere contarle algo mejor, no instalarse en la queja, pero comenzar una relación de cualquier índole es una tarea ciclópea, o por lo menos así lo percibe ella.

—¿Qué esperabas encontrar? O mejor, ¿qué viniste a buscar?

Pilar tiene ganas de saltar, de decirle que no es su incumbencia, pero se domina: ese es el abuelo Pancho, es Alfredo, que pugnan dentro de ella por aparecer para que nadie sepa ni toque al puercoespín.

Mira hacia la calle, los vidrios empañados le dan solo ráfagas de autos, manchas, personas que pasan apuradas, y vuelve sus ojos hacia el hombre que la interroga con una expresión amigable en la cara.

—No lo sé, salí de Francia huyendo de los fantasmas, y como el viejo estaba enfermo… Pero acá encontré otros fantasmas, mucho por arreglar, por entender.

Rodolfo levanta el brazo. La moza viene y cuando le traen la cuenta, paga y se levanta con una sonrisa que no admite una negativa:

—¡Fantasmas son los que tengo en la casa que quiero que veas, andando!

La toma del brazo y el camino hacia la puerta es corto, fácil, y al salir, el frío la despeja, y sigue, otra vez, las flechas.

—Vamos en mi auto, si te parece, y luego te traigo para que busques el tuyo.

Se deja llevar, es más sencillo de lo que se imaginaba, y le gusta la experiencia. Eso es, una experiencia sin cuestionarse.

Se descubre cómoda, relajada en la butaca. Vuelve un poco su cuerpo hacia el conductor y le gusta lo que ve: el perfil, las manos grandes pero livianas sobre el volante, y la sonrisa mientras le describe las calles por donde están pasando. Cuando se detiene y estaciona, parece natural que él descienda, dé la vuelta y le abra la puerta para que ella baje. Y que tome su mano.

El bochorno que le sube por el cuello la hace sonreír, y agradece que él se adelante para abrir una puerta de la reja que abraza y contiene al jardín. Una palmera gigantesca oficia de faro entre las hojas de los agapantos. Ella los imagina florecidos, azules, cimbrando en el viento del verano.

El pasillo de entrada es ancho, con paredes recubiertas hasta la altura de los ojos por mayólicas de exquisitos dibujos. Su mente va grabando los detalles, pero la atención está puesta en la espalda y los pasos ágiles del que, con el entusiasmo de un adolescente, le muestra, bajo la luz que rebota contra el techo, una bóveda de vidrio con arcos elegantes y columnas de metal. Las puertas de las habitaciones, sólidas, con banderolas, se abren hacia ese espacio.

Rodolfo le explica, le cuenta, comparte y su voz reverbera en los espacios vacíos. El eco los persigue mientras dibuja sus planes frente a los ojos de una Pilar asombrada por el lugar y por la situación que la lleva sin admitir pretextos; cuando alguien está creando de manera genuina, confiada, no hay cabida a los malos pensamientos. Camina

sobre escombros, hay olor a cal, a polvo, una planta de palán asoma desde un patio interno, hojas verdes en lo desolado de una casa que debe haber albergado vidas y sueños.

—¿Qué estás pensando?

Rodolfo se ha detenido, la observa, y ella titubea, teme balbucear. Conecta sus neuronas, *Pilar, Pilar,* se recrimina, *estás grande para esto…*

—Pienso en quién habrá vivido aquí, en los proyectos de gente que ni imaginamos cómo era.

—No es tan así —dice él—, por la distribución, la cantidad de habitaciones, la época, se puede conocer bastante de la vida privada. Una casa es como un espejo que guarda lo vivido en ella.

Es encantador, piensa Pilar, y siente una emoción cálida, con una cantidad de adrenalina que la sorprende.

—Aquí tendría mi estudio, y esto se uniría con la sala de estar. La luz es muy importante —y la mira, la mira como hace tanto tiempo nadie la ha mirado—. ¡Estás hermosa bajo esta luz!

Ella va a decir que no es cierto, que al contrario, que todo se ve más crudo de día, que él intenta hacerla sentir bien, pero la expresión en la cara de Rodolfo la detiene; en una milésima de segundo sabe que no debe decir nada, o quizás, ese *gracias* que acaba de pronunciar sea suficiente.

Se descubre hablando de plantas, de cortinas y de sutiles cambios en esa casona. Apela a su buen gusto: ese era su trabajo cuando tenía el negocio de arte y la regalería con Laura. Laura… Supo que había muerto no hacía mucho tiempo. Su socia y amiga, la que cubrió su ausencia cuando se separó de Ismael y se fue a buscar respuestas a La Algarroba, la estancia de su abuelo. La que la ayudó a vender, a liquidar sus pertenencias, para dejar todo atrás y reunirse con Ari. Pero no quiere hablar de esto, no debe, no hay tiempo físico para tanto recuerdo cuando se está empezando a conocer a alguien, o por lo menos, a acercar una vida con la otra.

Rodolfo escucha sus consejos con atención. Se han sentado en el polvoriento banco de hierro en un rincón. Antes, él lo sacudió con su pañuelo pidiendo disculpas, *esto es así, están en obra*, y se mueven las manos de ambos, y trazan dibujos en el aire, y aparece una libreta, un lápiz y un boceto a mano alzada, números, ideas que se hacen letras en los renglones, y la risa que cloquea extraña, suelta. Y es natural, que se acerquen un poco y las cabezas se junten para ver lo que se plasma en el papel, y hablan, mucho, es un pequeño espacio con aire, como cuando un barco naufraga y se hunde, y los que están abajo encuentran esos refugios que el agua no ha invadido: un rincón para pensar cómo salvarse.

Pilar respira hondo, largo, y Rodolfo le pregunta si está bien, si quiere irse; teme haberla aturdido con su entusiasmo.

Tocándole el brazo, ella le responde que todo está perfecto. Que tiene que irse, pero que hacía mucho tiempo que no la pasaba tan bien. La vieja frase calza perfecto, tan poco original, estrenada por cada humano que la pronuncia.

—Parece que nos hubiéramos conocido de antes, ¿verdad? De hace mucho tiempo —agrega.

Cuando salen, emergiendo de esa realidad suspendida de la casa a reciclar, perciben que quizás ellos también puedan hacerlo, sacar flores de las ruinas, de la decadencia, usar lo viejo para construir algo nuevo.

En el auto, ella descubre que no hay necesidad de llenar los huecos de la conversación, que el silencio es grato. Al llegar a la calle donde recogerá el suyo, el beso que Rodolfo le da, breve, sobre los labios, le regala una liviandad nueva en los pasos. Quedan en hablarse, y ella sabe, aunque no quiere darse vuelta hasta abrir la puerta y ponerse en marcha, que él la está mirando.

El semáforo los detiene, lado a lado, y se descubren riéndose, la mano en alto para despedirse: él dobla en una avenida, ella debe seguir.

Los puentes de Madison, piensa. *¡Ay, Pilar, qué loco se pone esto, estás vieja para trotar, pero qué lindo pensarlo!* Sin expectativa, se propone solo vivir el día a día, como vaya pasando.

CAPÍTULO SIETE

Como a las glicinas

Unos días después del festejo de cumpleaños, Alfredo enferma. Y hay una romería, un desfilar de médicos y consultas entre profesionales. El viejo es tozudo, no quiere ir a ningún hospital, teme, desconfía, huele la trampa. *Allá me llevan para terminar conmigo*, alega en postura de niño caprichoso. Sin embargo, nadie lo enfrenta. Sus ojos son odio líquido, el rencor los cubre cual gelatina con una lámina amarillenta. Sus párpados se han vuelto transparentes, como si quisiera, aún cerrados, no perderse ningún detalle de lo que ocurre a su alrededor. Duerme poco y mal. Pilar descubre, mirando y hablando con su cuidadora y con Sofía, que el miedo a morir lo desvela.

No es solo Alfredo, con sus achaques cada vez más agudos y esa manera de comerse la energía vital de los otros. Sofía también es voraz, quiere parte del botín, y se encela su corazón ante tanta atención puesta en su marido. Le crecen los dientes cuando habla y se enoja al ver la demanda brutal, caprichosa, inclemente de Alfredo. Chico es el muro donde van a parar los lamentos, el que se encarga de traslados, visitas a consultorios, incluso algunos intentos de rehabilitar las piernas que apenas sostienen al viejo. Todo lo que se intenta es pasado por un tamiz sardónico; el sobreviviente de tantos tratamientos se muestra cínico, enojado. Pero con Pilar, no se anima. La furia alcanza hasta las paredes de su habitación, desde donde, por la ventana, espía su auto. Chico lo ha metido en la cochera, bien adentro, de tal modo que su dueño pueda gozar de la vista. Hay que ponerlo en marcha cada dos o tres días; el auto tose y refunfuña, hasta que se apiadan y Chico lo saca unas cuadras para que no se empaste y atragante el viejo motor.

Al pasar los meses, Pilar siente que le avanzan por la sangre dos fuerzas paralelas: la compasión y el enojo. La enoja el maltrato, la intransigencia áspera de su padre, y se siente entrampada en esas rutinas que fue creando de manera impensada. La araña tejía la tela con gestos, con palabras que no se decían, pero que luego alegaba haber pronunciado, o que le habían dicho. Y se enrarecía el aire entre los humores que brotaban de ese cuerpo decrépito y lo que exudaba el carácter turbio, que aclaraba como ciertos amaneceres de otoño, de

niebla y polvo dorado, cuando Pilar buscaba temas y conversaban, y los libros y las historias que el viejo recreaba se adueñaban del escueto espacio donde transcurrían sus difíciles días.

Podía ser encantador o déspota, no se estaba seguro nunca, pero el aire mudaba, viraba la veleta y el viento escocía los ojos, arrasando lo construido trabajosamente, a pulso, con voluntad de misericordia.

Su desahogo son los ocasionales encuentros con Rodolfo, en los que disfrutan de la mutua compañía. Han ido ampliando los paseos a las sierras, incluyendo almuerzos, alguna cena, pero con un acuerdo tácito de cuidada intimidad. Cada uno trae sus cicatrices, y ninguno quiere perder por un momento de torpeza lo que se va construyendo. Pilar no le ha confiado a nadie de esta relación, la preserva, la oculta. Omisiones. Cuando Magdalena le comentó lo bien que la veía a pesar de las circunstancias, ella alegó que era por la alimentación y los cosméticos que había traído de Francia. Ni una palabra sobre el arquitecto. Una doble vida, hasta con el entusiasmo del secreto y la aventura.

—No es fácil —le admitió Pilar a Chico, un día en que el viejo estaba particularmente malvado—. Tengo que hacer un esfuerzo, y desde el corazón, amarlo. Desde la memoria, no pisaría nunca más su casa.

Magdalena renunciaba a convencerlo, porque caía en las redes del maltrato. *¡Para vos es fácil hablar* —le gritó un día él desde la cama— *porque estás sana, caminás, podés salir a donde quieras!* Era infernal darse cuenta de que el viejo envidiaba la salud de sus hijos.

—Fijate qué podés hacer vos —le dijo a Pilar cuando Alfredo la mandó a la mierda porque le trajo un andador para que se pudiera movilizar sin el temor a caerse.

Pilar caminó por el pasillo, y una imagen tremenda la frenó como si hubiera chocado contra una pared, como si le hubieran dado un golpe de puño en el estómago.

Su padre, parado, temblequeando, orinaba hacia el piso. No en el orinal, tampoco había llamado a su cuidadora, meaba directamente sobre las baldosas, un charco hediondo y él mirando con regodeo el desastre.

Ella retrocedió, creía que no la había visto, y buscó a Marta, que preparaba el té en la cocina.

—Vaya a verlo, que está haciendo un estropicio —le avisó, y salió hacia la cochera. Por la ventana escuchó el reto, manso, y las excusas en la voz del gran simulador: que estaba solo, que tenía apuro y que llamó pero no había ido nadie.

A Pilar le era más fácil pensar que lo hacía a propósito, que conjeturar algún daño en sus neuronas. Por su forma de ser y de pararse ante el mundo, uno se inclinaba hacia lo perverso y no hacia lo senil. Hasta ese punto Alfredo había manipulado la realidad. Solo que Pilar titubeaba sobre cuál era la realidad.

Por eso, después, se lo dijo con firmeza, mirándolo a los ojos.

—El andador, papá, es para que cuando te sientas débil puedas agarrarte y no caer. Es tu decisión, por supuesto, pero hasta donde sé, una fractura de cadera se lleva puesto a un hombre de tu edad.

Mágicas palabras. Desde ese momento, comenzó a usar el demonizado ayudante de metal para desplazarse por la casa.

El invierno dejó paso a una primavera que Pilar aprovecha. El jardín de la casa que habita se puebla de colores tan vívidos e intensos, que la protegen y la alimentan cuando llega extenuada después de las visitas a casa de sus padres. Necesita llenarse de verde, del aroma de los pinos; en el rincón más sombrío huele, mira, roza con los dedos las hojas nuevas, las arvejillas que trepan sobre el alambre, el invernadero, donde Ramón experimenta con esquejes, semillas y gajos.

Esa mañana, después del desayuno bajó al parque y sus ojos se detuvieron en una pérgola, cerca de la casilla donde se guardaban las herramientas. La planta que formaba la techumbre de follaje no tenía flores. Una planta vieja a juzgar por su tronco, retorcido sobre sí mismo. Era una glicina, estaba segura, pero ¿por qué no estaba en flor, si era la época? La invadió una profunda nostalgia, tristeza de tiempos idos, cuando, de paseo un día con Ari en un poblado cercano al de ellos, vieron un castillo al lado de un pequeño cauce de agua, piedra cargada de años, vestidas sus paredes, sus jardines y hasta un puentecito con los racimos violáceos, perfumados, de las glicinas. *Esas paredes sonríen*, le dijo a su marido, provocando con la frase la risa que tanto amaba. *¡Qué ocurrencia!,* le respondió asombrado, divertido por las cosas que su mujer pensaba o hacía.

Pilar recuerda y se solaza en la imagen florecida. Hoy sabe que esos muros vetustos tenían no solo la luz de las glicinas, sino la que proyectaba su corazón en plenitud. No supo lo feliz que era hasta que todo se derrumbó. Y este pensamiento la lleva a un estado de crispación, de necesidad, siente el cuerpo como una cuerda tensa que vibra, esa emoción de la piel y de las entrañas, como cuando anhelaba tener a su hombre dentro de ella. La sensación la hace temblar, las rodillas ceden y busca el banco de hierro bajo la sombra. Quería que esta planta la cubriera de fragancia y de pétalos azules, lo quería como

si de ese absurdo deseo dependiera su vida. Otra vez la maraña de melancolía, el pozo de los pedidos inútiles: que el tiempo volviera atrás, hasta esos días de amor y de abrazos donde lo cotidiano se hizo sagrado, gestos, hábitos, miradas. Sus particulares miradas hacia el mundo. La piedad, la compasión, el entrelazar los pensamientos. Ari era el altruista y ella se plegó, se comportó como el musgo que toma la forma de la piedra que cubría. Pero eso no era real. Si sus ojos hubieran percibido de la manera que lo hacía Ari, no le hubiera costado tanto despedirlo. Entender. No, ella era egoísta, no quería a la humanidad entera, no quería ofrendar ese cuerpo hermoso en el altar de las convicciones, de los profundos sentimientos y valores.

Ramón se le acerca y, al hablarle, la rescata del torbellino; iba en picada hacia un abismo que ya había conocido, y al que no debía ni quería regresar.

—¿Por qué no está florecida esta glicina?

La pregunta sorprende al hombre. Aunque interrogantes, las palabras tienen el énfasis de un reclamo.

—No dio flor nunca. Le cambié la tierra, puse fertilizantes. La señora Blanca, perdón, la que era dueña de esta casa, la esperó muchos años, como esperaba las visitas de sus hijos y nietos. Perdón, perdone, no debí decir esto. Usted no la conoce y nada tiene que ver con esa historia.

—No se preocupe, la cabeza nos lleva a lugares extraños, Ramón. Yo recordé otras glicinas… Está hermoso el jardín, usted lo mantiene muy bien —dice Pilar y se levanta—. Se me hace tarde —se disculpa, mientras el hombre sonríe paladeando el elogio que la mujer le ha dejado.

Cuando va hacia la casa a buscar su cartera y las llaves del auto, intenta pensar lo que la anciana habría vivido. Tanto tiempo espiando las ramas leñosas, buscando que los ojos registren y descubran un brote más henchido, la señal de que ese verde nuevo se desplegará durante la noche como un abanico vivo, tan frágil que duele, y que se abrirá en ese celeste violáceo de capullos de pura seda, y mirarlos hasta que los ojos se enturbien con las lágrimas de puro gozo.

Despertarse cada mañana y sentir la espera, aguardando que el prodigio haya sucedido mientras dormía.

Pero nada.

Ese retorcer de las ramas, trenzando con sus nudos grises el aire del amanecer, del mediodía brumoso o del atardecer con el viento del este que refresca la cara y el alma, esas mismas ramas cual blanquecinas cadenas dibujan fantasmales líneas contra la oscuridad nocturna.

Año tras año.

Ni una flor.

¿Y qué harías si florece?, se pregunta camino hacia el auto.

¿Qué haría?

Reírse. Eso haría. Reírse hasta que le doliera todo el cuerpo, la cara, hasta que el estómago le pidiera basta y las lágrimas corrieran libres. Reírse del milagro y reírse de la espera.

Porque, como la señora aquella a las glicinas, ella esperó quieta y marchando en esquinas oscuras, en puentes oxidados, en el borde de balcones, en aleros volando sobre el abismo. Esperó como esperan las mujeres de los pescadores, las de los mineros, de los que van a las guerras luego de besar esa boca que se aleja, oliendo en su aliento a la muerte, que también espera.

La vida, en realidad, se dijo, *es una enorme sala de espera.*

Diciembre llegó con un calor agobiante. Pilar extrañaba la nieve, la forma en que la Navidad entraba en su casa con un chisporroteo de leños, de colores y luces, de viajes hasta la capital a comprar regalos para todos. Ella lo había generado, una manera de festejar que Ari compartía con una entrega que cualquiera, desde afuera, podría confundir con cierta indiferencia. Las cosas eran así, y así lo tomaba. Ella había inventado la Navidad, nueva, extravagante, con medias de lana colgadas en la estufa, que llenaba de caramelos. Como le contaba su madre. Y el arbolito con luces, y los niños llenos de expectativa, de curiosa espera hasta el amanecer del día siguiente, cuando saltaban de la cama y abrían los regalos en piyamas, los ojitos llenos de sueño y de alegría.

Ella siguió todas las costumbres y empatizó con sus vecinos, caminando al anochecer hasta la iglesia para cumplir con el rito. Ari, siendo judío, acompañaba como uno más, como el médico del poblado, y todo era sereno. La realidad nos ciega. Como las cartas de una baraja, los días se acostaron unos sobre otros, tan fuertes y frágiles, tan ciertos solo por el empeño que cada uno ponía. Ari estaba en descorchar el vino, en trozar el pavo y acompasar sus rodillas inquietas al galope de los niños; una parte de él les perteneció, pequeña y doméstica, que guardaba la otra, esa capaz de abrir la puerta para irse y no volver.

Los reproches eran inútiles. Tampoco ella había sido tan auténtica. Como las telas que, blancas, esperaban por los trazos y colores, dio vuelta la página y comenzó con Ari una vida donde solo se esbozaban su casamiento con Ismael y la pésima relación con su padre. Pasó por alto cientos de hechos olvidables, sórdidos, de los que dejan un sabor amargo, los que pertenecen a ese otro que nos habita y consume, y se

desdobla, y sale por las calles a buscar algo intangible, en un intento inacabado y repetido del alma por respirar. Solo ahogos, solo asfixia, boqueando en las arenas de un desamparo tan viejo, tan ancestral, que creyó calmar en los brazos de Ari. Solo encontramos y vemos en los que elegimos aquello que nos representa, nuestras carencias. Era casi lógico que él hubiera encontrado su fin en tierras lejanas. Con el bagaje que portaba, además del color de ojos y el apellido venían los sueños inconclusos, los que deben tener su lugar en el árbol familiar, cargado de presagios, de dolor y de víctimas.

¿Podría haber sido diferente? Se lo preguntó en las noches más oscuras, en los amaneceres que la encontraban con los ojos hinchados de tanto llorar. Una vida normal. Envejecer juntos. Eran enunciados graciosos, candorosos, cuando todos los días la incertidumbre era la regla. La vida no interpreta deseos, solo transcurre, magma que nunca cesa, que tapa y perdura, que nos atraviesa. Y un día nos damos cuenta de que somos viejos.

Quizás, pensó Pilar, era este espíritu navideño de mierda, el din-don-dan y toda la parafernalia que veía desplegarse en las vidrieras, en los centros comerciales, y ella, como un salmón que va a desovar donde nació nadando contra la corriente, con un pueril y enfático intento de comprar obsequios para la familia más cercana.

Se comunicó con los hijos. Noah miraría un cielo con la luna al sesgo, distinta a la de su madre y a la de su hermana, y tomaría unas copas con amigos abrazando a alguna mujer, cuyo nombre Pilar no retenía porque cambiaría en semanas. Irina también había organizado una cena en la casa, con amigos de la facultad.

En sus voces, en las llamadas que habían intercambiado, quiso creer que estaban bien, tranquilos, que no había necesidad sensiblera y quejumbrosa de apretarse otra vez a seguir con el duelo. Ya era suficiente, por lo menos para ellos. Tan jóvenes, con tanta vida para gastar. No era mensurable el dolor de perder el padre o perder el esposo; sin embargo, Pilar sentía que su desgracia era mucho más grave, su herida más profunda, porque se había perdido a sí misma. Esa que había construido desde el instante en que sus vidas se cruzaron en la cueva, en el monte perfumado y maldito.

Vio tras los cristales los frascos de perfumes, los renos que no pertenecían a estas latitudes, y un Papá Noel con cara de enfermo y bastante malhumorado. Pensó quién haría la selección para ocupar ese rol. Se descubrió ácida en estos pensamientos, y la culpa la invadió. ¿Era posible que realmente estuviera enfermo el hombre de vientre y barba falsos? ¿Que fuera su último deseo, o que estuviera ganando unos pesos por la lástima de los que lo contrataron? Sacudió enérgica la

cabeza desechando tanta estupidez que se formaba en su mente, y puso su atención en las compras.

La mesa estaba en la cochera, el toldo corrido dejaba ver un pedazo de cielo oscuro y estrellas, pocas por la luminosidad de la ciudad. Sobre la mesa, un mantel bordado, el que Sofía guardaba para las ocasiones especiales. Copas y cubiertos, relucientes.

Magdalena llegó temprano, con fuentes de carnes y postres. En la casa, la cuidadora se había esmerado con un pavo al horno y delicados entremeses para degustar antes de los platos principales.

Alfredo estaba sentado en un costado por comodidad; era más fácil, si se cansaba, pasarlo a la silla de ruedas, que esperaba escondida en un rincón del patio. Sofía ocupó la cabecera, con indisimulada alegría de niña vieja. Los sonidos, los olores, el masticar, un destello en los anteojos de su padre, el color enfermizo de su piel, sus orejas. ¿Por qué las orejas en los viejos son más grandes? Pabellones de cartílago con pelos insolentes, una pequeña mata creciendo en el camino de las palabras. Pilar se descubrió una mañana levantando su cabello para espiar sus propias orejas. Pequeñas, por ahora.

Federico llegó, y una de las hijas, y dos niños. Pilar no retenía nombres, una molesta sensación que trataba de ocultar, como si no pudiera terminar de incorporarse o de hacer propios a los integrantes de la familia. Todos se comportaban con decencia, los niños con modales educados, y los platos con sus preciosas flores esmaltadas pasaban llenos de comida buena y casera, como en los viejos tiempos. Aunque no solo los tiempos habían envejecido. A la medianoche, Alfredo estaba descompuesto y las copas se levantaron después, cuando él y su cuidadora enfilaban con la silla hacia su refugio, donde las crisis eran superadas en la cama que era su nido, su útero. Todo podía ser paliado y entretenido entre los libros y las sábanas, el olor de su almohada, y su perro, compañero tan alienado como el habitante de ese mundo creado por su mente infatigable.

CAPÍTULO OCHO

No nos sacaban el apero

La primera vez que vio a su padre a punto de morir, con los ojos perdidos mirando hacia arriba en un punto lejano, traspasado todo objeto o plano espacial, Pilar aceptó. Magdalena, al presentir un próximo desenlace, comenzó a gritar, a rogar, invocando a los dioses y a las vírgenes y a él para que no la dejara, porque era su único sostén. Pilar, en cambio, le tomaba la mano a Alfredo y le decía: *Ya está, viejo, ya está.*

Chico estaba frenético, llamaba a la ambulancia, al médico, *debo darle otra oportunidad*, decía.

Dejalo ir, Magdalena, le pedía Pilar, pero no había forma de sacar de allí a su hermana, que rezaba sobre el pecho del moribundo y le describía enérgica y aterrorizada el verde del campo, los terneros por nacer, las lluvias por venir, los árboles, *papá, papito, mi único sostén*, repetía clamando a viva voz.

La camilla con ruedas chirriantes que traían los del servicio de emergencias era demasiado ancha para el corredor que iba al dormitorio. Sacaron al moribundo tomando las puntas de sus sábanas, cargaron su cuerpo maltrecho y su final al hombro, aturdida la propia muerte de tantas voluntades desatadas.

—¡Devuélvanmelo vivo! —clamaba desesperada Sofía—. Devuélvanmelo vivo, él es la cabeza, él es el que piensa todo en esta casa.

Mientras recorrían la ciudad partiendo el tránsito con la sirena, Pilar pensaba en el tremendo peso de las decisiones.

¿Qué hacía allí, en el auto del viejo, con Chico al volante y la mirada fija en la puerta de la ambulancia, como si temieran que el vehículo que los precedía desapareciera o que al llegar a destino estuviera vacío, sin nadie en la camilla? ¿Qué hacía ella fuera de su vida, después de treinta años en los que vivió una realidad elegida, hermosa, tan propia?

Había cosas por arreglar, asuntos que terminar o que ver por primera vez. Pero Alfredo no lo permitía, no cedía el protagonismo. La angustia, impensada a su edad después de haber atravesado lo indecible, se había instalado en un punto bajo el esternón de Pilar, dos dedos más abajo, con palpitaciones y un sudor frío y viscoso que le pegoteaba el cabello contra la frente.

Después vino el encarnizado y atroz modo de conservarle la vida. La diálisis, las agujas partiendo cada vena, hurgando despiadadas, un cuerpo pinchado de arriba abajo cual muñeco de algún siniestro rito. Los días en que toda su sangre entraba y salía, en un intento de salvarlo hasta que sus riñones, cansados de llorar, quisieran reanimarse y reír.

Reír, mearse de la risa.

Resistió todo.

Magdalena, Chico y ella se desgajaban en las esperas, en acomodar sus caras y las propias en el horario estricto entre un parte médico y otro. El amor abnegado o el deber inexorable son rostros de la esclavitud. *No nos sacaban el apero,* le comentó Chico, cuando pasó lo peor, a una de las visitas circunstanciales; así se habían sentido, como los caballos a los cuales no se liberaba de la montura para el merecido descanso.

Chico se había convertido en un hombre duro, tomando de Alfredo y de su abuelo Pancho la armadura, una rigidez en el caminar en bloque, como todos los Montero. La prominencia en la espalda, al crecer y echar cuerpo, no era tan evidente como en su juventud, cuando Pilar lo viera por primera vez. Esa espalda retorcida parecía llevarlo por dos caminos distintos, como si a cada paso que diera, dos seres lucharan dentro de él. Pilar no sabía de Lisandro más que lo que Merceditas había escrito en su diario íntimo: un cantor enamorado. Su historia, y la historia de sus genes quedaron sepultadas junto a Lucifer, el mejor caballo de su abuelo, con la explosión que había tapado la mina. Pero las verdades se filtran, se deslizan entre mínimos resquicios atravesando la piedra y el tiempo. Era calmo estar a su lado. *¡Otra oportunidad!*, había gritado cuando Alfredo estuvo a punto de morir. ¿Devolvía de ese modo lo que le había dado el padre de Pilar al acogerlo, instruirlo y darle un hogar? Para Sofía fue como el varón que no tuvo, el que esperaba cuando nació Pilar. *¡Te quisimos igual!*, le había dicho a su hija con descarnada naturalidad.

Chico había sufrido esa demencial, atávica y perversa necesidad de perpetuarse en el hombre —sobrino por sangre, heredero por elección —, y Alfredo había tomado esa arcilla en sus manos.

Alfredo. El gran seductor, el viejo pájaro, el niño asustado y maltratado por los curas, por su padre, por la misma vida. ¿Con cuál de los pedacitos de ese prisma podía quedarse Pilar?

En la entrada de la Terapia Intensiva usaron todos los recursos para sobornar, si cabe el término, a los enfermeros para tener unos momentos más con el viejo, o ingresar en horarios inusuales a calmarlo como a un niño aterrado, a veces enojado, otras caprichoso. Una de esas noches, ella cruzó el silencio interrumpido por las sibilancias de

pulmones exhaustos y aparatos con luces intermitentes poniéndose la bata blanca en el camino. Su padre estaba en el último cubículo del lugar, y vio a la distancia que el enfermo estaba desnudo, y que el médico al verla acercarse lo tapaba con premura con la sábana. Del otro lado de la cama, el enfermero con el cual Pilar se había enfrentado en un par de ocasiones. Alfredo estaba con sus ojos malos, enojado. Quería levantarse al baño, y todo el cablerío que lo mantenía controlado, catéteres y sondas, se lo impedía. Ella captó la escena en un instante, y trató de tranquilizarlo.

—Ya te van a ayudar, papá —le dijo.

Él resopló impotente, nunca tan patrón, tan dueño de estancia, impotente prisionero de extraños que no sabían quién era él. Eso le había dicho esa misma mañana, cuando lo visitó. *¡No saben quién soy yo!*

La primera reacción de Pilar, instintiva, fue sacarlo de allí, llevarlo en sus brazos a la cama protectora, entre los libros y las fotos de sus ancestros. Pero retrocedió y, dejando un paquete con medicamentos que le habían pedido, saludó y dijo mirando al enfermo:

—Hasta mañana, tratá de descansar, nosotros estamos allá —y señaló hacia las puertas de salida.

En la espalda llevaba, clavados como puñales, los ojos de su padre. Ella supo, muy dentro de sí, que Alfredo debía pasar por este proceso y aprender la humildad de la entrega.

Sola en la salita de espera, a veces se levantaba y espiaba por el espacio entre las dos puertas, sin pudor, intentando ver. El mundo parecía escindido en dos partes: los de acá, que podían caminar, abrir una ventana, ver el sol o la luna detrás de los edificios cuando se alejaban por las noches para tomar un café, mirar la gente pasar, los autos, las luces de la calle. Y los de allá, postrados, que escuchaban los pasos amortiguados, ayes, gemidos, el sonido metálico de los enseres denigrantes, las voces de los médicos, las enfermeras. La noche anterior había entrado muy tarde, absolutamente fuera de horario; el salvoconducto le había costado una bandeja con masas finas, y al trasponer la entrada, cuando tomó la bata del perchero, escuchó las risas y un batir de telas; en el office donde las luces titilaban en un tablero, una mujer sacaba de un bolso ropa, perfumes y bijouterie. Pilar bajó los ojos y pasó como una sombra.

Alfredo se lo había advertido, al decirle ella que no los dejaban entrar por la noche para que los pacientes descansaran.

—¿Descansar? ¡Esto es un mercado persa! Venden, compran, comen,

joden. Yo me hago el estúpido para que no me dopen. ¡Aquí no hay reglas, no hay relojes ni ventanas! ¿Sabés qué hago para no volverme loco? Los vigilo, y cuando cambian las caras sé que han pasado ocho horas, y falta menos para que vengas.

Su voz se aquietaba, se hacía íntima, en esos cortos momentos en que conversaban.

Tenían códigos. Se aliaron cuando se dieron cuenta de que el enfermero crecía con su tremenda cuota de poder. Allá adentro eran otras las reglas. Su padre le comentó, con pudor y enojo, que no habían querido levantarlo para ir al baño, y al no poder hacer sus necesidades en la chata, el enfermero le puso un pañal. Estaba sucio y molesto. Cuando Pilar fue a hablar con el hombre, este le contestó que si iba a higienizar a su padre, se le acortaba la hora de visita. Pilar tragó saliva y todas las palabras que le vinieron a la mente, y volvió al lado de la cama.

—Papá, ¿podés olvidarte por un momento de lo que ha ocurrido en los Países Bajos? Así podemos hablar de la parte médica, y de sacarte de aquí para que vayas a una habitación privada.

Los ojos del viejo acusaron un entendimiento, y siguieron hablando con tranquilidad.

Ese mismo día, Alfredo le dijo: *Te quiero mucho*. Anonadada, cuando salió les contó este extraordinario suceso a su hermana y a su primo. Los dos habían tenido la misma experiencia, recibido el mismo regalo, pero no lo habían comentado, quizás por pudor, o por pensar si no habría sido producto de su imaginación. Años esperando esa frase. Quizás era tiempo de perdón, o solo eran palabras nacidas desde el miedo. Los tres parecieron vivirlo como un milagro.

Esa mañana se abrieron las dos puertas, y Pilar saltó de la silla. Supo que era Alfredo el que venía en la camilla, debajo de las sábanas y frazada, por el libro abierto y los anteojos sobre el vientre, sostenidos por la mano amoratada.

—¡Vamos con el París Dakar! —exclamó al verlo salir, con esa alegría contenida en la garganta de quien espera a un prisionero que es liberado.

Lo acomodaron en la habitación, y en la otra cama se recostó Magdalena.

El calor de enero enervaba las paredes, el dintel de la ventana, calentando el aire detrás de las cortinas. Chico y Pilar habían ido a comprar un aparato de aire acondicionado, la casa de Alfredo era muy caliente y cuando saliera de la clínica debía estar en un sitio fresco y

confortable. Al regresar a la pieza, se quejaron del calor. Magdalena se les unió, por haber pasado una mala noche haciendo guardia en la puerta de la terapia.

Alfredo, con gesto hosco y ojos socarrones, los interrumpió:

—¡Bueno, compónganse, que la serenata es larga!

No había piedad en esa voz, solo demanda, como los niños, una revancha tardía, descarnada, tirana. *La vaca cuando engorda da la patada.* Apenas salido de la terapia, avanzaba con toda su artillería sobre los que quedaban en pie.

A los pocos días, ya estaba en su casa.

—¡Nunca más me llevan a un hospital, esos asesinos, carceleros! —gritaba apenas recuperó el espacio y se hizo dueño nuevamente de los objetos, los libros, las paredes que guardaban suspiros, ronquidos, y sueños entrecortados—. ¡Muerto me sacan de acá!

Que así sea.

CAPÍTULO NUEVE

Están usando mis cosas

En las largas horas de encierro Alfredo viajaba con la mente, contrariado, enojado con su destino de carne enferma. Elucubraba soluciones mágicas, médicos que quería visitar, pócimas y menjunjes, pastillas y tratamientos que, como si frotara la lámpara y esperara al genio, le devolverían su cuerpo sano, su juventud, y con ello, la posibilidad de volver a sus dominios. El campo. En los momentos de paz se iba con su imaginación a cualquier parte donde había sido feliz.

Pilar agotaba sus energías en llenar esas horas en que le hacía compañía. De su primer viaje al campo había traído muchas fotografías. Las pasó a la computadora y se las mostró a Alfredo, que rumiaba desencuentros con el mundo y con él mismo desde su cama. Él se entretuvo bastante y hasta se le iluminaron los ojos, viva la mirada sobre la potranca recién nacida, los lomos relucientes de las vacas, el molino destellando sobre un cielo tan ancho y tan calmo que uno sentía que estaba allí, escuchando el sonido de sus propios pasos sobre la arena del camino. Pero no duró mucho el contento de Alfredo. Ella aún escuchaba los pasos, los pájaros, el agua temblando en el tanque, las hojas girando en loco baile, los insectos. Su padre, proscripto, sin la tierra bajo los pies, escuchaba algo muy diferente: la invasión, la usurpación de todo lo logrado.

—¡Están usando mis cosas! —exclamó con una mirada de encono.

¿Quién…? No sabe Pilar si lo dijo o lo pensó; el único que cuidaba y hacía marchar el campo era Chico. Incrédula, miró a su padre y no vaciló en decirle:

—Si no fuera por él, ¿cómo harías para costear todo lo que necesitás?

—Ja —exclama Alfredo—. Si no fuera por mí, todavía viviría en la cueva.

En un solo paso dialéctico acaba de borrar el hecho de que había sido Pilar quien salvó a Chico y lo legitimó frente a la familia. Alfredo, como en todos los asuntos, seguía siendo el padre de la criatura, de cualquier idea.

Esa noche, cansada por el esfuerzo que debía hacer para comprender y aprehender a su padre —no en ese rol, sino en el de un hombre enfermo y desesperado por sus circunstancias—, después de una

comida ligera Pilar se acostó y apagó la luz. Le era suficiente la luminosidad que entraba por la ventana. Se olía el otoño en el aire, en los murmullos del parque; las plantas comenzaban su declinar arrugando sus hojas, acurrucadas, como si antes de desprenderse habiendo dado lo mejor de sí, fueran al centro de las cosas. La reflexión era para ella también. Así andaba buscando sus respuestas, tratando de ser la mejor versión de sí misma. No para los otros; era un trabajo interno, privado, una filigrana emocional, que como un orfebre trabajaba al comienzo y al cierre de cada jornada.

Se adormeció. El día había sido largo, y estaba molesta por la crispación que le producían las actitudes de Alfredo al acomodar los tantos inclinando siempre la balanza a su favor. Al viejo, enojado, contrariado por no poder calzarse sus botas, la impotencia lo tornaba injusto, arbitrario.

Algo le punzaba en la cabeza. *«Si no fuera por mí, todavía estaría en la cueva.»* Dio un par de vueltas en la cama, pero supo que no iba a dormir. Encendió una luz y buscó su computadora.

Las imágenes le llenaron los ojos y la llevaron de regreso al campo, con Chico.

Por fin habían logrado encontrar el día, el modo. Alfredo hostigaba y era un martirio organizar un viaje con sus directivas, marchas y contramarchas antes de salir.

La mañana en que partieron, vio el encono en los ojos de su padre. Era difícil de entender con la razón, pero visto desde el hombre que erigió su vida sobre ese territorio, se comprendía. Él no los consideraba como la prolongación de sí mismo, como aquellos que seguirían manteniendo el legado del que hacía usufructo. No era tan sencillo. El bucólico traspaso de una generación a otra era posible en las películas, en las novelas. En la vida real, por lo menos entre los Montero, la posesión era poder. Y no estar en condiciones de ejercerlo, era una muerte civil. Quien hollaba sus campos se convertía en un invasor.

Dos veces volvieron ella y Chico sobre sus pasos para recibir otra indicación, una nueva orden. Pilar vio la espalda de su primo encorvarse bajo techo y enderezarse cuando bajaron en la primera estación de servicio. Atrás quedaron los ojos de Sofía sonriendo, diciendo: *¡La próxima voy yo también!,* y levantando un puño en el aire hacia la habitación de quien fuera su compañero de tantos años. El puño llevaba bronca, un gesto heredado: la rabia venía en la sangre y no había perdido fuerza al cruzar el mar, al contrario, se concentró en gotas que dormían y emergían cuando el dolor era insoportable.

Al salir de la ciudad, Pilar sintió que se le abría el pecho. Agradeció que Chico fuera callado. Solo quería ver, sentir, en un intento de

imprimir sobre sus recuerdos otros nuevos que no dolieran incordiando el ánimo. No fue fácil.

Hicieron varias paradas para cargar combustible, para comprar pan y fiambres, y por fin, llegaron al sitio donde había que doblar a la izquierda.

Iban conversando sobre sucesos del lugar. Chico había hecho amigos, gente con la cual negociaba lo que había que hacer en el campo. Cruzaron el pueblo sin detenerse y entraron en el camino de tierra. Junto con el polvo que iban dejando atrás, una nube rojiza que impedía la visión, Alfredo y sus reclamos también quedaban atrás. La culpa podía picar, pero el mismo campo con sus árboles, sus palmeras, una perdiz escondiéndose presurosa entre los arbustos de la orilla, y un vuelo abierto de tordos y palomas silvestres, cubrió con sus pequeños esplendores el molesto sentimiento.

Tres días. Tres días para conocer, reconocer y disfrutar de una casa y un espacio que había caminado en otras circunstancias. La mano de Sofía estaba en todos los detalles, y supo que en lo grande también: Alfredo alardeaba de sus posesiones, pero el brazo y la practicidad de la eslovena lo habían ayudado a no naufragar.

Descubrió, al compartir lo cotidiano de las horas, a un Chico que no tenía ni tuvo carestía de neuronas; solo se había guardado las palabras y los roces, los abrazos negados, y hoy se movía con eficiencia en medio de los corrales, el ganado, la administración, hasta lo doméstico de tirar un poco de carne en las brasas para degustar un buen asado.

El viaje fue el primer acercamiento a una realidad: fuera del influjo de Alfredo, de su área de influencia, todos —Pilar se descubrió incluida — respiraban con alivio, podían ser ellos mismos.

Aunque, en rigor de verdad, había una sabiduría en Alfredo, nacida de la sempiterna desconfianza, que le otorgaba esa fama de no equivocarse.

Con los ojos cansados, cerró la computadora y apagó la luz. Su mente trataba de procesar situaciones, pero el espacio entre esos dos puntos, cuando se marchó y hoy, que había vuelto para quedarse, era inmenso. *No corras Pilar, nadie te corre, paso a paso, hay arenas movedizas, y puentes engañosos.*

Y siguieron los días con esa inmensa tarea por delante, los días de un hombre que se gastó la vida en cuidarla.

Pilar recuerda que el único que consumía tantos medicamentos era Alfredo: frascos de vidrio marrón que prometían una vida perfecta, un corazón fuerte y que la comida se quedaría dentro del estómago. A

pesar del tiempo transcurrido, los nombres estaban intactos en su mente. Cardiotonina, Nervigenol, Uvasal. Recordó a doña Inés, una vecina que colocaba las inyecciones, y que por sus enormes tetas era víctima de comentarios crueles en bromas descarnadas. ¡Alfredo decía que la mujer lo noqueaba con el golpe de uno de sus pechos antes de inyectarlo! Lo recuerda en la casita de los suburbios —herencia de los padres inmigrantes de Sofía—, en el patio con el parral, con sus enormes calzoncillos celestes haciendo sus ejercicios respiratorios, subir y bajar los brazos, inspirando, expirando y flexionando las rodillas. Los vómitos, la ira, el espíritu bilioso, colérico, la infalibilidad manifiesta, repentina, y la violencia, autoridad y sumisión. La gula, los toallones húmedos sobre el vientre sacando el calor de los intestinos castigados por los excesos.

Al verlo hoy, piensa en la verdad de algunas sentencias. *Hay algunos que se cavan la fosa con los dientes.*

Alfredo absorbe la vitalidad, las fuerzas de los que caen en su círculo de olores viejos, de papeles, diarios, libros y excremento. El control de lo que entra y sale de su cuerpo se ha vuelto un asunto de Estado. Cada médico es buscado con ahínco, por referencias y con esperanzas, y es luego denostado, rebajado a su mínima expresión, ante el aparente fracaso o su incapacidad para traer la poción mágica, la receta magistral de la juventud perdida, de la salud recuperada. Frustraciones de él y de cada uno de los que debían soportar las críticas: la culpa, la maldita, indomable y sempiterna culpa, siempre era de otro. Alfredo era una víctima de la ineptitud o de la desidia que enrostraba al que cayera primero.

—Mamá —reclamó Irina en la llamada nocturna—, no te reconozco, estás cambiada. Quiero que tomes los medicamentos como te los di, una recaída para tus nervios podría ser muy difícil, acordate cuánto te costó salir.

Claro que se acuerda, imposible olvidar. No, sabe que no quiere volver a esa mazmorra, inmunda celda donde los fantasmas eran ratas royendo su corazón, limando sus defensas hasta dejarla aterida, un desecho que devuelve el mar después de las mareas.

Irina tiene razón, pero la mujer a la que le prescribió los calmantes no es la misma. Esta es alguien que recorre los lugares más oscuros, como si su vida con Ari hubiera borrado, por tantos años, la pesadilla, los secretos, la sordidez de algunos sucesos y de malas elecciones.

Atravesarlo de nuevo, le dijo Chico, y eso estaba haciendo. Dando golpes como un ciego que aporrea una reja; cada sonido repercute en

su cuerpo, un cuerpo que se malgastó en abrazos inútiles, ajenos.

CAPÍTULO DIEZ

No es tiempo de amores

Entre los avatares de la salud de Alfredo, Pilar construía una realidad paralela en su relación con Rodolfo. De a poco, iban encontrando un ritmo; se veían un par de veces a la semana para compartir un café, o hacer las compras que ambos disfrutaban.

Rodolfo la empujaba a retomar los pinceles, pero ella sabía que no era solo cuestión de adquirir los elementos: era un proceso del alma, su alma que necesitaba otro paisaje, otro latido del tiempo. No quería el arte como un escape, para mitigar lo cotidiano y dramático, sino para plasmar su entorno con alegría.

Para acomodar las cargas y respirar un poco de aire puro después de las horas pasadas en casa de sus padres, tenía sus cuadernos. En los renglones que sostenían el peso de las palabras, ella recuperaba el ánimo, su esencia vital. Sentía que los ancianos ejercen cierta forma de vampirismo sobre los que caen bajo su influjo.

—¿Esa es tu percepción? —le preguntó Rodolfo.

Estaban sentados en un café que tenía sus mesas bajo los árboles añosos del parque. La tarde se deslizaba mansa, poca gente; el otoño se asentaba en la hojarasca, en el viento fresco, y ellos intentaban rescatar esos momentos de bonanza.

—Sí —dijo Pilar—, es una sensación de vacío, como si me estrujaran sacándome las ganas. Cuando salgo, en el auto bostezo tanto que me doy vuelta como un guante.

Rodolfo no evita la risa, ¡es tan gráfica ella en sus descripciones!

—Hablamos de muchas cosas, pero… —el hombre vacila un momento—, me gustaría que me cuentes eso que tanto duele, quisiera acompañarte.

Se detiene. Teme haber cometido un error irreparable, pero por alguna razón Pilar sabe que este es el momento, y esta la persona.

—¿Querés saber lo que me pasó?

En otras ocasiones, le había esbozado los sucesos ocurridos en La Algarroba, su matrimonio frustrado con Ismael y los acontecimientos que precipitaron la muerte del Coronel, la huida de Ari y la identidad de su primo, devuelto al clan de los Montero.

Rodolfo tomó todos los datos, los incorporó y no volvió a tocar esos temas. Hoy era distinto. Quería los detalles. Pilar pensó que se los

daría, quizás con la intención oculta de que esto que ella iba a contarle lo ahuyentara, lo disminuyera en su hombría, y se alejara. No estaba dispuesta todavía a reconocer que el arquitecto estaba haciendo mella en su corazón, y se boicoteaba a sí misma. La culpa es mala consejera, y ella se culpaba por inaugurar emociones nuevas sin Ari. Además, tener intimidad la asustaba, pero sabía que no podía dilatarlo más.

—¿Pedimos otro café? —dijo él, intuyendo que las palabras no tardarían en salir de la boca de esa mujer que lo intrigaba y le gustaba tanto. Le hacía bien su compañía.

—Y un whisky —agrega ella, para calmar, como en el avión, las turbulencias que se estaban formando en su alma.

Cuando ella fue a reunirse con él, le costó muy poco vender sus cosas y armarse un pasado que entrara en unas valijas. Todo lo que quería era lo porvenir. Y se compró a ese Ari al que conoció escondido en el campo de su abuelo, el de las manos prodigiosas para amarla hasta el cansancio y para curarla.

Pasaron tan veloces esos años…

¿Por qué él no pudo quedarse con lo que habían conseguido? La campiña francesa, los hábitos frugales, la huerta, las gallinas, esa casa grande, caliente en invierno, las paredes tapizadas de hiedra, y los comederos en el parque que atraían las aves en todas las estaciones del año. El otoño era particularmente hermoso, con ese aire que comenzaba a enfriarse, vivificante, trayendo el aroma del bosque cercano. Los mínimos gestos, las rutinas de los días buenos. Pilar acostumbró el cuerpo a los paseos en bicicleta y ayudaba a Ari a atender a sus pacientes, vecinos de una comunidad que les permitió criar a los niños y ser, de una manera esplendorosa y luego calma, felices. Había encontrado cierta singularidad en las lecturas, como si todo le sirviera de marco, de contexto: una tarta de frutas del bosque, amasar el pan, amar el rubicundo cuerpo de Ari que se le hizo tan familiar. Fue aceptando los cambios, primero imperceptibles y luego evidentes, solo porque los puso en foco, después de años de preparar mochilas, meriendas, de aprender el idioma de sus vecinos y acomodar el ánimo y los gestos a la cocina y el entorno campestre. Esos días se habían ido. El villorrio con sus pequeños dramas, una boda, un velorio, momentos en que ella se permitía compartir, tomarse unos tragos de alguna bebida espirituosa y sentarse cabeza a cabeza con otros que parecían llevar marcado el destino en su cara. La gente nacía, vivía y moría en esa villa, y ella se acomodó.

Los hijos.

Irina había hecho toda la carrera de medicina. Alumna brillante, querida por sus compañeros y profesores, era bastante retraída. Noah, en cambio, era un joven expansivo. Abarcaba todo lo que se le pusiera en el camino: vidas, trabajos, mujeres, paisajes diferentes. La audacia iba en su mochila, y aunque muchas veces lo vio morderse el labio hacia el costado, igual que su bisabuela Isabel, luego de la duda arremetía contra las paredes hasta hacer un agujero y poder vencer el obstáculo. Y si no era así, se aburría y comenzaba otra aventura.

Pilar tuvo que hacer un tremendo ejercicio de desapego para entender y soltar. Con Irina le costó más, la veía frágil, como sin armas ante un mundo cambiante, a veces maravilloso, a veces cruel o despiadado. Irina trabajaba en el hospital en París. Noah, en una agencia de turismo, aunque siempre con un pie afuera; no le gustaba la luz artificial de las oficinas, amaba las montañas, escalar, y conocía todos los ríos y los senderos más cercanos a su casa y de otros lugares. Pilar se convencía a sí misma de que había adquirido las herramientas necesarias con sus viajes, sus dos o tres idiomas y ese particular don para enamorar mujeres. De ella, supuso o creyó, había heredado el afán de ir más lejos, el olor del desafío le acicateaba el ánimo y ponía alas en sus pies. Irina, en cambio, tardaba en cada decisión que debía tomar, le costaba afrontar sus días, y cuando murió Ari, al desaparecer ese sostén formidable, el tablero se le dio vuelta y todas las piezas quedaron desparramadas.

El desconcierto. La casa con olor a confitura horneada, los libros, la mesa de madera bajo los árboles, la música al lado de la estufa encendida: al no volver el suicida —porque aún no podían digerir nombrarlo de otro modo—, todo se transformó en un mero decorado, una carcaza, y adentro el dolor, el desvarío.

El viento volaba los papeles, los recuerdos, los motivos para seguir viviendo, esos motivos planeados en noches de amor y plenitud, abrazados en la cama. Pero los encuentros se habían espaciado, el sueño llegaba antes, por las noches el cuerpo tenía una llama tibia y se iban diluyendo las ganas de avivarla. Todo fue virando hacia esa pendiente leve de la madurez y del hábito. Aún compartían las caminatas por el bosque en busca de hongos con el penetrante olor de la resina, los espacios de la casa, las comidas, el consultorio, la vida doméstica y pueblerina.

Hasta ese día en que lo encontró armando sus bolsos y le vio el resplandor decidido en la mirada. Ese día Pilar reclamó, respetuosa primero, con furia después, y por último con miedo. El miedo esperaba para colarse y avanzar por sus venas y por su voluntad. Hubo palabras duras, el temor le hacía decir barbaridades. Él se iba de voluntario a

Israel, quería ayudar, para eso era médico, y también era su patria. ¿Su patria?

—Argentina fue tu patria, y ahora este lugar lo es, tantos años en que fuimos construyendo este rincón de trabajo, la huerta, el camino conocido. Sabemos los nombres de nuestros vecinos, somos valorados, ¿y cuando llega el tiempo del reposo quieres tirar todo, destruirlo? ¿Es que no me amas?

La pregunta es un grito, un reclamo infantil, como si un sentimiento pudiera cambiar esa historia. Ari la miró como cuando el enfermo que tenía enfrente era un niño, un campesino torpe o un anciano. Pilar sintió que se hacía pequeña, no de niña sino de mezquina. Era tan grande el temor de perderlo, que no le daba espacio para entender eso que con la cabeza fría asimilamos: que el otro es un otro.

—No se trata de amor —dijo Ari—. Estuvimos juntos mucho tiempo. Se trata de ideales, de intentar mover las agujas, Pilar, y creer que puedo hacer algo más que dormir bajo el castaño, leer un libro o tomarme un trago con los amigos.

—¡Sos mi marido! —exclamó ella en un absurdo, estúpido argumento como manotazo de ahogado.

—Es verdad, y no voy a dejar de serlo. Pero soy el hijo de Shoshana, de Gabriel, nieto de León y sobrino de Vicktor, sobreviviente del gueto de Varsovia. Hoy ellos gritan y me guían.

Él se fue, y a ella le quedaron los recuerdos.

El gemido entrecortado, el espasmo en la garganta de Ari, un lamento que de solo acordarse la excitaba de manera intensa y frenética, el estremecimiento de su carne aún dentro de ella, ese sonido que susurraba en sus oídos o en el hueco de su cuello. Eso extrañaba.

No hay hombre más peligroso que el que hace feliz a una mujer. Sus virtudes, cualesquiera sean, ensalzarán su memoria. Pero, en las noches de soledad y ausencia, será recordado por su mujer por esa manera lenta o potente, por esa humilde dedicación al dulce trabajo de amar, acicateado por el perfumado almizcle de su sexo, llevando al extremo a esa magnífica eclosión de la carne lamida, mordida, besada y penetrada sin descanso. Ari nunca llegaba a su orgasmo si no lo hacía ella primero.

Algunas veces, cuando Ari viajaba a hacer algún curso, o dar alguna clase en París, ella daba vueltas y vueltas en la cama con un insomnio feroz. Lo extrañaba de forma animal; no era lógico, después de tantos años, que no calmara su sed física o emocional. Se enojaba por estar pendiente de su presencia o de sus ausencias para acomodar sus días, su vida. Cumplía con todo, con sus deberes domésticos, escribía en su diario, describía frases, gestos, posturas y gemidos, hasta que

sorprendida de su propia urgencia y desenfado cerraba el cuaderno y se dormía casi al alba, exhausta. Nunca le habló de esto a él, no podía o no quería darle ese poder sobre ella, sobre su vida, aunque lo tuviera.

Cómo se reprochó no habérselo dicho, cuando él no volvió. Cuánto se arrepintió.

Sus vecinos, asustados, hablaron con sus hijos. Los gritos en el bosque eran de alguien demente, desquiciado. Y así quedó durante días, que se hicieron meses. Irina la cuidó solícita, con economía de gestos y una gran practicidad. Era la primera vez que parecía estar más sólida, más madura, como si ese revoltijo de nervios y emociones en carne viva en que se había transformado su madre la hubiese hecho crecer. Noah se quedó más tiempo del que estaba acostumbrado a compartir, un descanso obligado rompiendo su mundo particular, donde solo importaban él y su hedonismo, el disfrute y la experimentación constante que eran su religión.

Cuando ella comenzó a mejorar, su cuerpo acusaba los efectos como si una larga y devastadora enfermedad la hubiera atacado. Le costaba levantar los pies, los arrastraba como una marioneta sin hilos, rota, vacía.

La primavera llegó al valle y cubrió las montañas de minúsculas flores, que coloreaban manchones de luz al mirarlas desde abajo.

Iba saliendo del letargo. Irina la llevaba a hacer cortas caminatas; como quien emerge de una larga convalecencia, tuvo que aprender a mirar todo de nuevo.

Después de lo sucedido, su mente cerró las puertas. Las conjeturas, las imágenes que la invadieron, eran tan estremecedoras y vívidas que supo que debía pararlas. El peligro de que se convirtieran en una obsesión enconada. La palabra era de su abuelo Pancho, el encono, esa espina como las de la acacia, de punta cruel y lacerante, que producían un dolor difícil de describir o de dimensionar, como si todo el sufrimiento del mundo pudiera instalarse en la punta de la espina. Enconado. El carácter de permanencia del rencor o del odio. Ella estaba enojada con Ari y con el mundo, y debía curarse. Por eso se había ido. Por eso volvió.

Pilar apura el vaso hasta el fondo y mira desafiante a un Rodolfo callado, que gira el líquido ambarino con leves movimientos de muñeca.

—¿Cómo murió? —pregunta, tomándole una mano por sobre la mesa.

Ella le responde que voló por los aires. No quiere describir, no

quiere volver a esas imágenes, pero al contárselo siente alivio.

—Lo más terrible es la culpa de no haberlo comprendido, acompañado. Nuestros últimos gestos parecen convertirse en lo más importante.

—Creo que estás siendo muy mala contigo, no puedes flagelarte por una reacción lógica en una esposa. No pueden borrarse tantos años buenos por esos instantes.

—Tengo que irme —dice ella, levantando su cartera, y se despide con un beso.

Sabe que no es la mejor manera, pero siente que ha pasado el límite de hablar demasiado. Cuando sube al auto, él está pagando la cuenta. No la mira. *Es posible,* se reprocha ella, *que lo hayas arruinado, has sido demasiado explícita, un vómito de muerte y de sexo que Rodolfo no merecía.*

Supongo que es justo si no quiere verme más. No es tiempo de amores, reflexiona, aunque el nudo en el estómago le avisa que algo hizo mal. Mejor no pensar, demasiada carga en su vida para agregar una piedra más.

CAPÍTULO ONCE

Como el agua y el aceite

Su última adquisición había sido un televisor. Lo ubicó en el dormitorio. Quería experimentar esa soledad de galletas y pizzas en la cama, de libros y escritura en esa habitación que se le iba haciendo familiar a medida que el aire iba tomando sus perfumes, el aliento de sus noches, esos bostezos matutinos suyos que a Ari le causaban tanta gracia; pero ahora, cada paso que daba era individual, sin testigos. Le gustaba llegar por las noches, cuando volvía de la casa de sus padres, encender el aparato y buscar con su pulgar indeciso, a veces frenético, de acuerdo a la vibración que traía, y que sobrevivía soterrada aun después de la ducha. Capas que se le adosaban, hechas de palabras, de gestos, de recuerdos apenas esbozados que reventaban en su cabeza mientras conducía de regreso.

La pregunta siempre regresaba: ¿para qué había vuelto? ¿Por qué no seguir en su casa, donde la presencia-ausencia de Ari le aseguraba la compasión y el afecto de sus vecinos y la posible intimidad con Irina? Su hija era un territorio por explorar, un ser con potenciales sólidos y metas claras. Hablaban dos o tres veces por semana y a Pilar le asombraba esa mujer, como si fuera una desconocida que había tomado el mando cuando el barco hacía agua por los cuatro costados. Todavía no se reprochaba estar lejos, la suponía tan eficiente en gestionar su vida que se tranquilizaba.

Otra pregunta la desvelaba: ¿por qué había alejado de manera tan torpe a Rodolfo? Él no había vuelto a acercarse. Ella tampoco, la vergüenza se lo impedía.

Estaba tan inmersa en lo cotidiano que, sin premeditarlo, había dejado pasar mucho tiempo. Un mes, calculaba. Desechó el pensamiento por estéril y se preparó para distraerse un poco. Estaba grande para esas elucubraciones.

Esa noche, se llevó una bandeja con café y unos alfajores, regalo de Chico; su primo la sorprendía a veces con esos placeres, alfajores santafesinos, de masa ondulante y quebradiza y dulce de leche.

—¡Te los regalo porque me gustan a mí! —le dijo al darle la caja, que compartieron café de por medio.

—¿Sabías que eran la debilidad del abuelo Pancho? —le comentó ella mientras desenvolvía el suyo—. Aurora le supo llevar uno de los

grandes, esos como una torta, y para no convidar lo escondió adentro del piano de la abuela Isabel. ¡Se olvidó por un tiempo, y cuando fue a buscarlo las hormigas se lo habían devorado! Mirá cómo saltan los genes…

—La diferencia —dijo Chico con una sonrisa—, es que yo comparto.

Recordaba esto mientras buscaba algo interesante para ver en la televisión.

Las imágenes que veía en la pantalla la fascinaban: la mujer pueblerina, el deseo inmanejable, el fotógrafo exótico, el respeto y la atracción, los códigos, las miradas y los besos, las risas cortas y nerviosas, el arreglo del cabello, los modos en que una mujer despierta por ser deseada… La mujer espía el amor que va a desaparecer, empapado en medio de la calle y luego subiendo a la camioneta, mientras ella está con su torpe marido que no ve lo que sucede y que hace sonar esa bocina maldita. Se retuerce de dolor, la mano en la manija de la puerta blanqueando los nudillos, mirando la nuca del que maneja esa camioneta delante de ellos, que no avanza, que la espera, que ella no sabe pero la esperará toda la vida…

Una vez más Pilar se involucra de manera emocional y primitiva con esa película que vio tantas veces y se cree toda la historia. Suspira y se dice: *Yo habría abierto la puerta.* Ese rostro en la lluvia, la camioneta, el tocar la medalla colgando en el espejo, y la tremenda impotencia y desesperación. Quedarse en una vida anodina, inmolarse por la mirada ajena, por un mundo de mandatos alienados, y dejar que el amor nos sacuda, murmure promesas en nuestro oído, y aun así, no atreverse. Dejarlo ir.

La trampa.

Sin embargo, algo le hacía ruido. La revelación la atravesó: ella no había abierto la puerta. El temor o la culpa la habían cegado, y vio irse a Rodolfo con su amistad, con esa atracción que iba creciendo despacio, con respeto, y se quedó en la camioneta, con su recuerdo de Ari volando en pedazos.

Todos caemos alguna vez en la trampa, piensa Pilar. Su padre también había caído, allá lejos y hacía tanto.

¿Por qué Alfredo eligió a Sofía? Ella siempre decía: somos tan distintos como el agua y el aceite.

¿Quién era el agua, y quién el aceite? A primera vista, o después de tantos años de verlos, se podía aventurar que Sofía era el agua que se amoldaba a toda situación, acomodando su fluir al caprichoso modo de la piedra. Sin embargo, después supo que ella podría ser la gota, el ensordecedor e hipnótico, amenazante, sonido de la gota: tumba, retumba, gotea, perdura, perfora, perturba y aniquila. El aceite es

pesado; con brillos de plumas de pavo real, se extiende sinuoso por todo resquicio inundando los espacios, tomando posiciones, resbaladizo, esquivo. El aceite de las armas, de las guerras: dominio y peso.

Con los años, el agua se hizo torrente embravecido, arrastrando a su paso guijarros, troncos huecos, pájaros, mariposas mojadas, y con ese cargamento a cuestas trocó en pantano burbujeante, quejoso, impaciente, fétido de secretos, trampa oculta para el incauto. Y el aceite se alivianó, infiltró los huecos que desangran las heridas y desovó milagros, tolerancias, quitó escudos, depuso las armas y aprendió el antiguo juego de las últimas palabras.

Su padre, como un barco veterano, fue cambiando el rumbo, tirando de vez en cuando un par de cañonazos para disuadir a quien creyera que podía abordar y saquear. Un barco lleno de nichos, quejoso y húmedo en algunos rincones oscuros, pero poblado de pájaros que ocupan con sus gritos y sus plumas los agujeros de las velas, siempre hacia adelante, abriendo surco en el agua. *Si habré sorteado temporales*, alegaba desparramando fuegos de artificios fatuos, chisporrotear que iluminaba el cielo de su habitación, abría el techo, corría las paredes y hacía entrar el aire ensanchando la mente, ilusionando los viejos pulmones.

Pilar se pregunta: ¿Dónde va toda esa energía acumulada, capaz de hacer andar una central nuclear y de encender las luces de una ciudad entera?

Y lo más importante: ¿Le importa a alguien esta historia? La vida de este hombre, noventa años, un parpadeo en la línea de la humanidad…

Sin embargo, es fascinante esa vejez que se resiste, que añora el pasado, ese misterio de una mente que lucha por permanecer lúcida en un cuerpo que tiene fecha de vencimiento. Venimos con una fecha escrita en la espalda; el pájaro negro posado en un hombro del que hablan los budistas avisa el día, la hora, el instante en que nos convertimos en una masa corruptible, que durante años había mantenido a raya hongos, parásitos, bacterias, desengaños, heridas descomunales que amoratan el alma y la piel. Vencida carne que ha resignado, por fin, su castillo.

Cuando apaga la luz y se dispone a descansar, Pilar sigue pensando y preguntándose por qué sus padres se quedaron juntos. Una vez, se lo cuestionó a Sofía. *Ustedes eran muy chicas y nos precisaban*, le contestó, creyéndose su propia mentira.

Sofía anda asustada. Demasiada gente que va y que viene en su casa. Se

aturde y le cuesta unir caras con nombres, y su desconcierto solo se calma cuando pela verduras, cuando intenta unir los ingredientes de una receta de comida, primero en su cabeza, luego en la olla.

Él ya casi no se levanta de la cama, su territorio. Su coto de caza se reduce cada vez más, aunque su fabulosa puntería todavía logra que los disparos lleguen lejos. Sofía pasa algunas horas allí, el mate en la mañana y el té de las tardes; para el almuerzo, Alfredo se levanta despacio y va hasta la cocina.

La habitación donde reposa se ha transformado en su bunker. Dormita, sueña, lee. Siempre necesita alguien con quien conversar. Sofía se sienta en la poltrona baja, levanta el diario desparramado en el suelo, pero ya no tiene en los ojos el reproche sempiterno. Él la mira: ha engrosado su cuerpo, está llena de arrugas pero su piel sigue suave. Ella ceba el mate, se equivoca, y la cuidadora la reemplaza. Alfredo le dice:

—¿Te acordás cómo nos conocimos?

Los ojos de Sofía se avivan, una luz de memoria se prende. La calle, el vestido de algodón de colores, los tacos con plataforma y pulsera al tobillo, el pelo ondeado y suave al sol, ese que él aprovecha para el requiebro:

—Qué lindo solcito para broncearse.

Ella subió al colectivo y él la siguió. Sofía sabía que ese joven atildado en su uniforme no vivía en su barrio, nunca lo había visto; sin embargo, la siguió hasta su casa. Así había empezado la historia, hacía tantos años.

Alfredo marca y describe detalles, grandes o pequeños, que van armando vías nuevas, acciones que salen de las neuronas de Sofía y se unen a otras generando otra sensación, otro recuerdo.

—Vos te peleaste con unos muchachos del barrio… —hasta allí llega ella con su cabecita, y él aprovecha:

—Te iba a visitar, me bajé del colectivo, y como iba uniformado…

—Sí —le corta Sofía—, yo te dije que no me gustaban los militares.

—Yo estaba haciendo el servicio militar —sigue Alfredo; ella lo mira como un niño que escucha un cuento—, y aparecieron dos o tres de por ahí diciendo que por qué buscaba a las chicas del barrio, que me fuera al centro…

—¡Y les pegaste con la espada! —interrumpe su mujer con alegría de niña.

—Era un sable —la corrige—, y les di unos planazos en el lomo para que no jodieran más.

El silencio le indica a Pilar que Alfredo se regodea en evocar la escena. El poder.

Sofía se impacienta y golpea con sus pies en el piso. Alfredo mete de nuevo la mano en la galera:

—Fuimos de luna de miel a Catamarca…

—¡Yo tenía un trajecito rosa! —exclama Sofía, encantada por la imagen que se proyecta en esa pantalla en blanco que es su mente. Alfredo pone unas letras, un paisaje, y ella absorbe cada instante con la sed de los animales.

Se tropieza con la evocación, y él la guía. Pilar, que está pasando la tarde con ellos, escucha desde el patio los retazos de la charla y la curiosidad la domina. Monólogos interrumpidos cuando las neuronas de Sofía se enlazan y encuentran la forma, el modo, alguna secuencia de la película que ha olvidado y que él le recrea.

—Vos querías dejarle tu ramo de novia a la Virgen, y cuando llegamos habían cerrado los portones de reja. El ómnibus se nos iba, teníamos los boletos, no podíamos quedarnos un día más.

—¡Sí! —salta Sofía impulsada por el recuerdo.— Vos tiraste el ramo por encima de la reja, y cayó justo a los pies de la Virgen con todas las cintitas acomodadas, como yo lo hubiera hecho. Florcitas como azahares de nácar.

Cada vez que llega a la casa y los encuentra juntos, Pilar teme que en algún momento Sofía, que camina como un ciego por un estrecho sendero de montaña, caiga en la trampa y la engulla el vértigo de los días oscuros de las peleas, del odio atrincherado tras los dientes, y la salpique el torrente de maldiciones escupidas por lo bajo y por lo alto.

Las frases de su madre golpean como pedradas contra un cristal y se desintegran contra el muro frágil de la memoria.

«¡En la luna de miel, él me violó… No me tuvo paciencia!»

«*Una sola vez me levantó la mano, y yo hice lo que me enseñó la abuela. Tomé un banquito de madera, y se lo estrellé en la espalda. Ella me dijo: Cuando te pegue, te defendés. Ellos aprenden así. No te volverá a tocar*».

Muchas de esas tardes, Pilar contiene el aliento cuando ante un nombre Sofía frunce el ceño, contrariada porque no llega la palabra hasta su lengua mientras la emoción se desparrama en su pecho.

—Aurora no es buena, no servía para nada —arremete un día en que la charla recae en sus cuñadas.

Pero en un pase de prestidigitador Alfredo mezcla los naipes y muestra su as: un viaje, el campo, una película, y la realidad se mezcla con la ficción.

Cumbres borrascosas, *Lo que el viento se llevó* eran en sus títulos el vivo ejemplo de que las palabras pueden ser pétalos, dagas, nubes, volcanes. Sofía baila al compás de un vals, una partitura especialmente dibujada para ella sola.

Pilar escucha a su padre y entre esas líneas ella también se llena de imágenes convulsas, enrabiadas, sin sustento de dolor, solo escenas de una vida anterior. Sus tías, en su casa, probándose los vestidos que Sofía cortaba e hilvanaba con la boca llena de alfileres, agachada en el suelo para medir el largo de un ruedo. La noche la encontraba con el pie en el pedal de la máquina, Magdalena dormía, Alfredo también, y ella estudiaba en el comedor sobre los libros abiertos.

Recuerda vívido el calor de esas noches. Sobre la mesa, como panes que esperan leudar, las camisas blancas que Sofía planchaba con el cabello pegoteado sobre las sienes por el sudor y el perfil agachado sobre la prenda.

Las cuñadas llegaban en sus coches, el perfume y el brillo en los dedos enjoyados, y se iban con la promesa de que los vestidos estarían a tiempo para la fiesta, el teatro, las salidas al campo. Sofía era la Cenicienta.

Mientras los dos viejos conversan en la pieza, Pilar siente que el pasado, la iniquidad y el despojo de esas mujeres que pagaban poco por esos trabajos, se instala allí, detrás de las grandes macetas con pie de cemento y helechos lánguidos.

Sofía había diseñado y cosido vestidos de baile para Celeste, su pequeña prima que estudiaba danzas, y Catalina quería los mejores atuendos para ella. Uno en especial, de varias capas de tul negro, que hacía llorar los ojos a su madre de tanto coser de noche. En una de las charlas se enteró de que también había hecho el traje de novia de Catalina, con una cola de metros de raso que Sofía, agachada, había acomodado con cuidado sobre la alfombra roja que cubría los peldaños de la Catedral.

De pronto Pilar, en un visible estado de agitación y ante la mirada intrigada de la cuidadora de Alfredo, abre la puerta de calle y dice: *¡Ya vuelvo!*

Camina hasta la esquina. El kiosco está abierto. A mitad de cuadra, se sienta en la verja de una casa y enciende el primer cigarrillo después de años.

Le duele el pecho, un ardor intenso con el que intenta calmar el otro, ácido, que corroe su esófago al escuchar las palabras de sus padres.

Aspira otra vez. El humo se esparce por sus pulmones y su sangre. Comienza a tranquilizarse. Mira hacia la casa, nadie había salido a buscarla.

Una mujer grande, fumando sentada en la verja de un jardín, pensando en hechos ocurridos miles de días atrás. Celeste estaba muerta, sus vestidos juntando tierra y desolación en el oscuro armario de la pieza que Catalina convirtió en museo, y Sofía no recordaba nada.

Las peleas de sus padres, los portazos, la violencia, todo era polvo que el viento dispersaba.

¿Por qué le dolía tanto? No se puede volver atrás el tiempo, ni torcer los destinos. Cada quien tenía lo suyo, las acciones son hachazos en el tronco de un árbol, no se borran como se esfumaban de la mente de Sofía.

Esa era la gracia del universo. Lo que para su entorno podía ser doloroso, para ella, la protagonista, era un regalo del cielo.

Cuando tira el cigarrillo, Pilar repara en que no le molestaban tanto esas injusticias contra la inmigrante, la que se pasó la vida haciendo méritos, sino la manera ladina de su padre de plantarle los recuerdos más bonitos, donde todo era perfecto y él, un héroe de película. ¿No hay perdón, no hay disculpas?

Vuelve a la casa y cuando entra, Sofía, que está en la cocina, le dice, sentenciosa:

—¿Vos estás fumando? ¡Qué olor! Yo fumaba, poco, cuando cosía de noche, y una vez, sentí que me ardía la garganta, y dije: Ah, no, esto lo dejo ahora, antes de que me haga mal. ¡Y a otra cosa, mariposa! ¿Querés un cafecito?

Cuando entra al dormitorio dispuesta a increpar, no sabe de qué manera, a su padre, este le pide:

—Poné la Piaff, la canción que me gusta tanto…

Je ne regrette rien. No me arrepiento de nada. Y es así, recapacita Pilar. ¿Para qué sirve arrepentirse? Se sigue adelante sin mirar hacia atrás. Atrás solo queda el pasto quemado.

Como un devastador incendio que se comiera todas las vidas, ella y su padre han sido campeones en comerse los momentos de los otros. Una intensa y perversa energía que devoraba las horas, los días, esos años que podían ser distintos. Ella se había atragantado, angurrienta, con la muerte de Ari, no dejándole nada a nadie. La pertenencia. Su padre, como su abuelo, eran los dueños que anhelaban con pasión ciega la tierra. Su tierra. El territorio de Pilar, en cambio, era el dolor.

Sofía se emocionaba con los valses de Strauss. La nostalgia es una moneda brillante de tanto sobarla en la mano de los viejos. El último refugio ante la catástrofe de la vejez es el recuerdo repetido de algunos hechos, que se impregnan de nuevos colores en cada evocación, como los rayos del sol reverberan en un lago al atardecer. El enorme consuelo de la vejez es el olvido de sí mismo en el momento presente, para caminar esos pasillos que solo cada uno conoce, donde cada paso y cada mirada resume el momento vivido.

Ese fue siempre tu plan B, papá, piensa Pilar. Hacer pie en lo logrado, en lo vivido, a veces inventado, imaginado y creíble de tanto repetirlo. El mundo puede ser un lugar muy hostil para quien carece de imaginación.

CAPÍTULO DOCE

¡Hay que arrearlos!

Una de esas tardes en las que visita a sus padres se cruza con Magdalena, que ha pasado un rato. Su hermana le da las novedades y sale apurada:

—Voy al dentista —explica, y las llaves y las pulseras tintinean en el aire—. Nos hablamos después. ¡Acá todo bien!

La frase queda colgando en los vidrios de la cochera. Todo bien.

Pilar camina por el pasillo y escucha voces apagadas detrás de la puerta del baño, murmullos, sonidos del agua y una risa corta. La sujeta el respeto y el temor del enojo, y la curiosidad la impulsa hacia adelante.

Abre un poco mientras dice: *¿Necesitan algo?*

La imagen la golpea. El viejo desnudo sobre la silla alta, los brazos flacos, el pelo del pecho entrecano blanco de espuma, las piernas entreabiertas, laxas, mostrando sin pudor el sexo como un gusano dormido entre el vello escaso. La mujer con la esponja en la mano, mojados los brazos, gira la cabeza. La mirada de ella tiene un poder que delata prepotente sus dominios, sus ojos marcan territorio como un perro orina el tronco de un árbol. Los ojos de él, en cambio, tienen la ironía del enojo y la molestia de antaño.

Cierra la puerta y sale hacia el patio. Su madre está regando las plantas y levanta los ojos cuando se acerca.

—Están lindas, ¿no?

Busca la mirada cómplice de Pilar, su gusto por todo lo verde heredado de ella y multiplicado en cada gajo que plantó a lo largo de su vida. En el silencio, bajo el leve sol que deja pasar el toldo, se escuchan los sonidos del baño que se escapan por la banderola. Sofía la mira y dice:

—Esos dos… se llevan muy bien.

Hay encono, celos en la voz. Reverdecen viejos recuerdos. Pilar la desvía con una pregunta sobre un helecho, pero ella ha quedado con su oído atento hacia la ventanita que da al patio. Los sonidos se trasladan al dormitorio, y entonces Pilar se entrega a la experiencia con ella y le murmura:

—Vos no podés atenderlo, agradecele que haga su trabajo.

—Es cierto —le contesta, y una sonrisa le nace mientras va hacia

otra maceta—. Así se acomodan los tantos —dice.

El olor de la colonia Atkinson y el talco llegan hasta el patio, Alfredo acicala su cuerpo detrás de las rejas. Después, el sonido de las hojas del periódico; recostado sobre varias almohadas, lee. Su rostro recién afeitado lo hace ver más joven. La mujer, después de acomodarlo, se ha retirado.

—¿Estás bien, papá? Con un buen baño es otra cosa, ¿no?

Pilar llena el silencio con su voz, aunque los ojos de él la atraviesan de lado a lado dejándola indefensa por un momento. Pero está entrenada, no han sido en vano todos estos años en los que construyó otra Pilar: esa es la que acude en su auxilio cuando todo parece desmoronarse.

Intenta volver inocente lo que vio, digerir esa relación que su padre arma con sus empleadas.

—Andás bien con ella, es buena gente, te cuida…

Deja las palabras en suspenso, espera que él acuse recibo y puedan entablar otra vez el diálogo. Se siente en desventaja por el error de haber abierto esa puerta: había roto la intimidad del viejo y él, con solo una mirada, la hizo retroceder.

El periódico baja un poco y el hombre dice:

—Hay que arrearlos… No sabés lo que es estar en la soledad más absoluta… Con Sofía —es raro cómo la nombra, no dice: «tu madre»—, no se puede contar, olvida todas las cosas y no te podés descuidar.

El peso de la sentencia la desborda. Las frases rebotan dentro de su cabeza: «negros de mierda», «gringos de mierda», «negra cursienta», y esa manera que tenían su abuelo y sus tías de tener controlado al «sirvientaje», mirando siempre desde arriba, ofreciendo regalos mínimos en cumpleaños o en agradecimiento por alguna tarea especial. Piedras de colores, espejitos, chucherías, alguna ropa, zapatos usados. *Sin juicio*, se dice. *No puedes juzgar a nadie fuera de su contexto histórico*. Eran palabras del propio Alfredo, que le resultaban muy convenientes.

En algún punto intuye que él quiere conservar esa imagen de patrón de estancia, pero que con esta mujer, Marta, la relación es especial.

Pilar observa sus ojos, la tremenda voluntad de querer controlarlo todo desde el lecho, pese al deterioro físico y los límites que se dibujan maléficos, los pies que no responden, los músculos atrofiados.

—¿Qué sabés de tu hijo? —pregunta por Noah.

Le extraña el interés del viejo.

—Sigue viajando, ahora está en México —le responde.

Dos veces han venido sus hijos, dos veces en tantos años. Los trajo para que los conocieran cuando aún no comenzaban la escuela y el país en cierta forma se había tranquilizado. Los efluvios de la democracia

llenaban el aire y los corazones. Pero debajo de esa apariencia clamaban los secretos más tenebrosos, un infierno que iba a esperar hasta salir pútrido por cada hendija: no hay voces más terribles que los gritos amordazados, las bocas cosidas a golpes, los cuerpos violentados que explotan desde el silencio, las persianas bajas por donde espían los ojos ciegos de miedo, los dedos que aparecen desenterrados o que emergen de las aguas señalan directo al pecho de los que callaron, de los pusilánimes, de los cobardes, de los que no vieron, no quisieron o no pudieron hacer nada.

En esa época, ella regresó y pudo mostrar la felicidad lograda milímetro a milímetro con Ari allá en Francia. Después de quince años, vino otra vez con sus hijos que ya eran jóvenes, formados en el aire de otro cielo.

—¿No piensa volver? —pregunta de improviso Alfredo, y Pilar no entiende la pregunta.

—¿Volver, Noah? ¿A dónde?

—Este es su lugar, es hombre, aquí hay mucho por hacer

—contesta el viejo acostado que parece convencido de que puede seguir tejiendo los hilos de vidas ajenas.

—Papá —dice Pilar, inesperadamente alerta y a la defensiva—, Noah nació en Francia y trabaja en México, y cuando termine sus cursos de buceo su destino puede ser cualquier lugar del mundo.

—Deberías convencerlo de que venga…

Al ver la expresión en el rostro de su hija, asombro, quizás desprecio, Alfredo retrocede, y hundiendo la barbilla en el pecho, con voz lastimera dice:

—Dejame, voy a dormir un rato.

Se ha puesto de costado y tapa sus ojos con la mano: un perfecto escondite hasta la próxima batalla.

Ella entiende cómo este viejo ha podido manejar los destinos de quienes cayeron en sus redes. La seducción y el terror juntos en el mismo cuerpo escondidos en esa osamenta vestida, en esos ojos de lince y ese apetito de hiena. Sin embargo, una sensación la acompaña por el pasillo: la compasión es una flor extravagante que la inunda con un perfume desconocido, mezclada con la ternura.

Ha visto al niño asustado, ese que él se solaza en mostrar en la foto del colegio, un chico patitas flacas y pantalón corto sentado entre tantos otros rodeando al cura dueño del cielo, la tierra, los castigos y las recompensas. Pero no de los pensamientos. Ese niño, que vuelve desde el fondo de los tiempos, es lo único que salva a ese viejo. Y él se encarga de recordárselo a todos.

CAPÍTULO TRECE

Un viejo pájaro con las alas rotas

Pilar toca con los nudillos en la puerta. El perro ladra y escucha la voz de Sofía, que abre la ventana:

—¡Yo sabía que ibas a venir! —exclama agitada, sin acertar con la llave. Vuelve tropezando hacia la cocina, llamando a la señora que la cuida.

—¡Vamos, vamos rápido, que está mi mamá en la puerta!

A Pilar se le estruja algo por dentro, y le grita:

—¡Mamá, soy yo, tu hija, no te apures, espero!

—Claro —dice Sofía mientras vuelve sobre sus pasos—, ¡ya sé que sos vos!

Pilar deja sus cosas, y cuando va a pasar hacia el dormitorio del viejo, ella le pregunta:

—¿Qué le pasa a tu papá?

Sus ojitos están atentos, curiosos, una mirada que no tiene edad.

—Está intoxicado —le explica—, sus riñones no filtran bien. Pero, aparte, tiene miedo de morirse…

Los ojos de Sofía se avivan con una luz de certezas, cuando declara muy suelta de cuerpo:

—¡Yo le dije esta mañana que nos tenemos que morir, sigue naciendo gente y no hay lugar para tantos! —Se le acerca, y en un susurro le hace la confidencia—: Ya no sirve como hombre.

La perturba la frase, no esperaba ese comentario que suena a reclamo, su madre ha pasado con holgura los ochenta. Sale del paso riéndose, y para descomprimir le dice:

—Mamá, cómo pretendés algo así, apenas puede con su cuerpo, está muy viejito, casi noventa…

Ella la mira fijamente desde un lugar de juventud perdida, de tiempo frustrado, y mastica las palabras mordidas de una verdad tan sólida como inútil:

—Pero yo estoy bien.

Cuando Pilar se recompone, cuando trata de pensar sin cargar las tintas sobre esa realidad, sobre ese hombre y esa mujer que la engendraron, le plantea:

—¿Querés un amante a domicilio? Por la obra social no creo que lo consigas. Y como sos viejita, será tarifa doble. ¡Eso sí, te va a dejar muy

relajada!

Pilar se ríe. A ella misma le cuesta imaginar la situación por lo absurda, pero en el aire queda flotando esa intimidad expuesta, esa desenfadada queja que llega tarde expresada por una mente que recuerda de manera caprichosa.

La cuidadora está ocupada, y Pilar lleva a Sofía hasta el baño, ella se lo pide, y la ayuda a subirse la bombacha. El apósito que se coloca entre las piernas como un pañal es indigno, pero necesario. Al rozarle las piernas y la ingle, le dice riendo:

—¡No te entusiasmes!

—¡Shhh! —la amonesta Sofía—. ¡De eso no se habla!

Camina por el pasillo hacia el dormitorio, nunca sabe qué le espera, qué nuevo dolor se ha ensañado con ese viejo cuerpo.

Se asoma a ese calabozo lleno de libros y diarios desparramados debajo de la cama.

Es un enorme pájaro de patas huesudas, un pájaro con las alas rotas. Encorvado sobre sí mismo, su padre levanta el brazo y muestra una banda elástica con dos agarraderas. Con gran esfuerzo la cruza bajo el pie, y con las dos manos tira acercando la pierna al cuerpo, dos, tres, cuatro flexiones. Mientras se mueve, Pilar toca el músculo en su muslo, un espasmo rebelde, y le dice:

—Ya está bien, ya es suficiente para mostrarme.

Se detiene. Sus ojos brillan desde el fondo de un túnel, sorprenden con su vivacidad, cuando declara:

—Viste, yo no me entrego.

A ella la atraviesa una emoción contradictoria: por un lado, quiere que descanse de una vez, pero por otro teme extrañar demasiado esa mirada que fue acusadora, y se le amontonan las palabras*: «desprejuiciada», «desquiciada», «no tenés juicio…»*

El pájaro duerme, cae en pequeños sueños con la boca abierta, vulnerable. No inspira el temor de antaño.

Otro temor nace hoy: el miedo a que le pase algo.

¿Qué es «algo»? La muerte. Somos profesionales de los eufemismos, campeones en la tarea de custodiar las puertas de la terapia intensiva.

Hay una tozudez, una empecinada conducta de esas células envejecidas, que sobreviven a pequeños y a grandes males.

Un legionario. Cruzando desiertos cuya única finalidad es llegar a ninguna parte, el pájaro no vuela, no deja huella, camina apenas al borde del terror, del desasosiego nocturno. El miedo de la noche es un páramo lleno de muertos propios y ajenos, que no tranquilizan por su

proximidad; los muertos, aunque cercanos, son eso, esa dimensión desconocida con una identidad estrenada en el último aliento, quizás un poco antes, en el tono amarillento de la piel, en el vacío de los ojos. No, a la noche, ellos no son buena compañía.

—¿Querés que recemos?

La pregunta la sorprende a ella misma, el rezo no es una costumbre ni creencia efectiva en su vida. Le ofrece lo que se le acaba de ocurrir, al sentir en el cuerpo de él la tremenda energía del miedo. El miedo que atrapa a su padre, haciéndolo temblar sin continencia. El enfermo junta las manos, sus dedos enflaquecidos, la maltrecha y amoratada piel abierta en tajos, una piel que florece en pequeñas heridas, frágil envoltura de huesos contrariados.

«Padre Nuestro que estás en los Cielos…»

En la mitad de la plegaria, una laguna mental, un vacío enorme como la pena que le inspira el estado de este hombre que le ha dado la vida.

Un espermatozoide luchando entre millones, ciego, moviendo la cola, buscando corriente arriba el nido: un duro, redondo y verdadero óvulo eslavo.

Ese fue el principio.

Una larga, escarpada vida, montes y valles. Hoy le tocaba estar a su lado, sentada mientras él yacía enroscado en sí mismo, madeja de atávico temor, células intoxicadas, sangre que no lleva el oxígeno al cerebro, y su alma escurriéndose entre las hendijas y pasadizos secretos, entre el bombardeo químico para mantenerlo tranquilo.

—Sosiego —le dice—, necesitás paz.

—Sí —le contesta él, y sus ojos se enturbian. El desasosiego es una tortura—. ¡Qué larga agonía! —dice dolido.

Al escucharlo, Pilar cree que no se refiere a una muerte cercana, sino que expresa un desesperado lamento que viaja por las venas, que se convierte en siete mil hormigas caminando, urticantes, bajo la piel.

Un cura.

Alguien comenzó a mencionar el tema, llamar a un sacerdote.

¿Él se lo pidió?, le pregunta Pilar a la señora que los cuida. Le dice que sí.

Buscan infructuosamente en tres parroquias cercanas. No hay un solo cura en varias cuadras a la redonda.

Localiza uno por internet. Servicio Sacerdotal de Urgencia. De 21

horas a 6 de la mañana. Espera impaciente que den las nueve de la noche, no hay chance de morirse en otro horario.

La atienden por teléfono. La voz habla de turnos, de una lista, de urgencias. Pilar corta la perorata y apremia.

—¿Está lúcido, está en trance de muerte? —pregunta el cura.

—No lo sé —contesta—, y usted tampoco.

El cura llega cerca de la una de la mañana. Pasa unos minutos en la habitación a solas con el viejo, que está dormido.

Cuando sale, dice que no lo dejen solo. Se va sin dejar huella.

¿Cuántas veces te golpea la puerta la vida?, se pregunta Pilar. Cuántas veces pasa el tren, y te hace un guiño con su enorme ojo para que te subas, para que en el traqueteo, entre las luces que titilan y la quejumbrosa melodía de los hierros, te sientes en una butaca del lado de la ventanilla a que te muestren lo que no hiciste, lo que faltó, ese fragmento que involucra vidas, y sin saberlo, las esquirlas de esa explosión viajan todavía por tu vida.

Una vez ella tuvo un muerto, si es lícito usar el posesivo, pero en realidad era más de otra, de otros, que de ella. Murió cuando ella estaba lejos, en todo sentido. Le otorgó identidad de desaparecido dejando un esbozo, una silueta. Ismael fue un escape, el salvoconducto para salir de una casa que ya no era hogar. Casarse para emerger de esas aguas oscuras, conseguir una pátina social aceptada, que se descascaró sin piedad a los pocos años. ¡Malditos amores desparejos! Ismael murió mientras ella edificaba su vida con pétalos de amapola, con copos de nieve, pensando que lo hacía con piedras tan duras como las del castillo cerca de su aldea.

Y luego hubo otro muerto. Amado. Con locura. No quiere pensar, volar en pedazos es una imagen que hiela la sangre. Y ella no estaba allí. Es ridículo el planteo, la culpa de un último instante cuando se ha acompañado tanto tiempo, se ha amado todos y cada uno de los días, aun los amargos, y sin embargo, arde, punza, mínimo clavo que sacamos con razonamiento puro, pero la emoción insiste. Esa maldita costumbre de apropiarnos, de querer ser testigos de primera fila.

Ahora se acerca otra muerte. ¿Estará a la altura de las circunstancias? Siente el espasmo en la vagina, esas irreprimibles ganas de orinar que produce el miedo cuando la situación está fuera de la voluntad. Como el teléfono que timbra en la madrugada, como esa voz apenada, o las sentencias en la lengua culpable o indiferente de un médico.

Anda cerca, la huele a la innombrable. Nadie dice, nadie puede

decir, pero todos saben que más temprano o más tarde, se llevará al viejo pájaro encallado en su lecho.

CAPÍTULO CATORCE

Balalaika

Alfredo ha visto un concierto en televisión. En él, una cantante lírica, una soprano, suelta al aire su voz privilegiada. Pilar llega a la casa, y no alcanza a dejar la cartera y saludar cuando su padre le expresa su deseo de escucharla. A la soprano. La encuentra en la computadora, en varias presentaciones en teatros del mundo. Se llama Virginia Tola, y es argentina. Como el viejo tiene muchas dificultades para oír bien, Pilar le calza los auriculares. Y le busca una selección de temas.

Mientras él escucha, ella va al baño, se lava las manos, y al mirarse en el espejo observa su cara, los cambios en su rostro en este tiempo donde busca sin saber, y encuentra sin querer. Sonríe y recompone el semblante para volver al dormitorio, pero antes va a buscarse un café. Sofía mira televisión, se la nota cansada, y Marta está batiendo huevos y harina para una torta. Su madre está viendo una serie vieja, de estancias y vaqueros, y mientras se prepara el café, Pilar les cuenta lo que Alfredo está haciendo.

—Mejor que se entretenga —dice Marta—, hay días que la chancha se pone que no es de andar.

El dicho campero norteño —su padre ha elegido esta cuidadora por ser del norte— significa que alguien no se deja llevar ni guiar, se opone a las órdenes. Pilar asimila la frase sobre el carácter de su padre y la intimidad con que fue pronunciada. Levanta la taza, bebe un par de sorbos y se la lleva hacia el dormitorio.

—En un rato tenemos el bizcochuelo —le avisa Marta.

Llega a la pieza, y la imagen de lo que tiene enfrente la conmociona: Alfredo, con los ojos cerrados, los auriculares en las orejas, mueve apenas la mano llevando el compás. Por sus mejillas las lágrimas bajan en silencioso camino. El viejo llora como Pilar nunca lo ha visto. No tiene tiempo de volverse, ir a la cocina, dejarlo en su intimidad; él ha abierto los ojos, y tiene la mirada de un niño viejo. Sucede todo tan rápido, los instantes encimados unos sobre otros. Alfredo se desprende de los cables, las canciones deben haber terminado, la cara aún está húmeda, blandas las facciones, y con alegría, enfatiza los elogios hacia la soprano.

—Es increíble, espectacular.

Pilar se propone buscar en las disquerías la obra de esta mujer que

con sonidos voltea muros, diques de contención, y logra este maravilloso y breve estado.

A poco, Alfredo enarbola una queja, un reclamo, y todo vuelve a los cauces normales.

Otro día, escuchando esa música que tanto lo emociona le dice a Pilar:

—Ella piensa que soy un superficial.

«Ella» es Sofía, su esposa.

—Nadie sabe la riqueza de mi vida —agrega.

—Nadie nos conoce nunca a fondo —replica ella.

Sin premeditarlo, a Pilar le vienen todos los comentarios, los que nadie dijo pero hierven detrás de los párpados cerrados, de las lenguas atadas por mandato, por miedo. Vuelve a poner la atención en su padre.

Susurra palabras que no comprende al principio, y cuando las repite ante su extrañeza, cae en la cuenta de que son nombres propios.

Jeanette McDonald y Nelson Eddy.

Rápido, Pilar toma su computadora y busca esos nombres.

Aparece una película musical, con una pareja cantando. Ella, ondas rubias en el pelo largo, vestido lujoso, joyas brillantes rodeando el terso cuello. Él, impecable en su uniforme militar.

At the Balalaika.

El viejo repite la palabra con una voz que se llena como si las cuerdas vocales rejuvenecieran al influjo de los recuerdos.

Balalaika.

Él la tararea. Es una disonante repetición de vocablos tomando la última sílaba que se pasea desnuda por el aire del dormitorio, hasta hace unos momentos celda donde se confinan los sueños, los movimientos recordados de un cuerpo que ya no puede.

—Una película rusa —dice el viejo pájaro que escucha extasiado y que acompaña al tenor, canta y mueve la mano siguiendo la cadencia de la música.

El momento es hermoso.

—¿Dónde los veías? —le pregunta.

—En el cine. Yo iba mucho al cine.

La atraviesa la pena de no conocer más a este hombre y la necesidad de averiguar, ahora que parece estar más cerca del final de su camino.

Sin embargo, ambos son cenizas de un tiempo pasado. Él está aferrado a un presente hecho de pesadillas, de preguntas y de drogas que no logran domar al niño que grita desde adentro de esa trampa de huesos, que inquiere a quienes lo rodean, apretando los puños,

intentando que le contesten lo que nadie sabe con certeza. Y ella se aferra a los recuerdos girando el caleidoscopio, buscando sin saber lo que busca.

El viejo tiene los ojos cerrados, la boca abierta, y comienza ese ronquido tan conocido, el que corrió a Sofía del lecho conyugal.

Sentada en el sillón, cerca de la cama, Pilar vuelve a la pantalla de la computadora. La pareja que desgrana y declara su amor cantando, la seduce. Busca los audífonos en el estuche, los conecta y los coloca en sus orejas. La música la invade, y mientras observa a su padre lo piensa allí, donde más le gustaba estar.

CAPÍTULO QUINCE

Caballos lerdos, mujeres ligeras

La oscuridad lo protege, lo envuelve como un nido. La luz de la pantalla dibuja las cabezas, los perfiles, las expresiones de los rostros atentos, desnudos ante las emociones que saliendo de la imagen, de la música, de las voces, se adentran en el alma sin permiso, atropellando. Y se mueven los labios, se estiran en la sonrisa, en la abertura espontánea de la carcajada, en el nudo en la garganta que se hace carraspera en los varones y las lágrimas que se deslizan sin pudor en las mujeres, que buscan en las carteras el pañuelito que enjuga el llanto. Eso buscaba él, sentirse abrazado, confiar en la historia que se develaba en las películas y le daba energía para salir, lo vestía de héroe o de villano, de amante fervoroso, jinete, militar, vaquero, soldado. Cualquier disfraz era bueno y oportuno para esconderse y abrevar en la música, los violines, el romance o la balacera. Él podía ser otro, y eso, al salir a la luz de la tarde que lo dejaba indefenso en la puerta del cine, el ser otro era un artilugio para sobrevivir.

Volver a su casa, a los ojos llenos de reproches de Sofía, al llanto de la niña, era un desafío, una proeza que solo podía atravesar siendo uno de aquellos, y en ocasiones, todos a la vez.

Costaba volver. Caminaba, subía al colectivo, miraba por la ventanilla la ciudad que pasaba ante sus ojos, pero en algún momento enfocaba la vista en el reflejo donde su rostro, prematuramente adulto con los anteojos y el bigote, lo miraba desde el cristal.

Un hombre casado, eso le dijo su madre el día de su boda. Sofía miraba con expresión seria, media sonrisa y una especie de temor en la mirada que él disfrutaba. Por fin él tenía algo suyo, todo suyo, a pesar de la circunstancia de tener que volver a esa casa llena de extraños —la casa de sus suegros—, un laberinto de piezas, recovecos, pasillos y ventanas de persianas metálicas. Ese lugar donde comenzaron su vida matrimonial después del casamiento con misa de esponsales, cuatro padrinos a puro jaquet y las damas con grandes sombreros, y de esos días de luna de miel en la ciudad norteña —la de la basílica de paredes doradas y escaleras moldeadas por las rodillas suplicantes—, luego de tomar por fin lo que le pertenecía por libreta.

Ese fue el precio que comenzó a pagar para tenerla a su merced. Ella solo tenía ojos para él, lo miraba desde su piel blanca de inmigrante, el cabello claro cayéndole en ondas al costado de su cara.

El primer trabajo que tuvo fue en la Legislatura, donde el traje era su segunda piel y el olor de los libros de la inmensa biblioteca lo mareaba. Su tío, aquel hombre amable y tan alto como su padre, le había conseguido el trabajo. Fue en ese tiempo en que cometió el pecado capital, el que lo empujó a un exilio devastador con su dignidad maltrecha y ofendida. Su padre lo pulverizaba con palabras, con actos, con pensamientos. Nada era suficiente para castigar al blasfemo, traidor, exonerado de la familia aunque siguiera cumpliendo algunos ritos elementales. Sus hermanos hicieron causa común con el jefe de la manada.

Su pecado fue hacerse peronista. La marca en la frente como Caín sin haber matado al hermano, tratando de matar al padre que lo ensombrece con su peso, deshilando el vínculo con su familia y forzado a esta intimidad compartida con los padres de Sofía y con todos los demás. Gente que entraba y salía, que dormía o que se quejaba o reía en las habitaciones de esa gran casa con olor a repollo, a sopas, saliendo de la cocina de paredes ahumadas.

Entrar. Eso costaba, no solo volver. La pieza que les habían destinado tenía una puerta que daba a la calle. Sin embargo, estaba clausurada. Intentó hablar con Sofía, convencerla, pero ella habló de escapes, de huidas, de posibles robos. Historias oscuras, pequeñas, de pensionistas que se iban por la noche sin pagar dejando sus míseras pertenencias, valijas de cartón, ropa con olor a desamparo, que su suegra acomodaba en una pila en el techo bajo un cobertizo de chapa. De vez en cuando le prendía fuego, hasta que la pila volvía a formarse. Y por esos clandestinos abandonados a su suerte él tenía que pagar un costo que a veces le resultaba muy alto: entrar por la puerta del pasillo, de frente a la gran heladera, atravesar la puerta de vidrios coloreados que llevaba hacia un patio interno, hacia las habitaciones, y doblar a la derecha, cruzar el comedor de muebles oscuros y pesados donde estaba la escalera, debajo de la cual había una puerta que ocultaba las bolsas de tela llenas de harina, de azúcar, con las cucharas hundidas en esa blancura a granel.

La abundancia y su propia escasez. Los bolsillos vacíos y una vida de grandeza en su mente y en su romántico corazón. La vida real era esto: su mujer de piel blanca y de manso cuerpo, que soportaba sus embates. Ella cerraba los ojos y él también. El llanto de la niña en la cuna muchas veces cortaba ese momento. Entonces ella se levantaba a atenderla y él ponía un brazo sobre sus ojos. Era mejor no mirar. La

oscuridad le permitía pensarse en otra vida, en otro lugar.

El sueldo era magro. Quiso duplicarlo, o algo así. Su tío fue el causante de la tentación. Aficionado a los caballos, traía en la sangre la costumbre norteña de las cuadreras. Don Pancho era el que tenía esos hermosos ejemplares de raza. La semana anterior el tío había llegado con el pecho hinchado, los ojos brillantes, la sonrisa fácil y esas manos, suaves como las de una mujer de tanto sobar los mazos de naipes, metidas en los bolsillos llenos. Varias veces les había propuesto lo mismo: algunos de los empleados de su círculo más íntimo le daban el sueldo y él apostaba. Nunca les falló. Si perdía, tenía recursos personales para afrontarlo.

En la Legislatura donde trabajaban, había repartido propinas y pagado rondas de café, y a Alfredo le había tocado una interesante suma de dinero. Dinero dulce. A la salida del trabajo, se compró un traje y zapatos. En la gran tienda de la avenida vio un maniquí de cintura estrecha como la de Sofía, con un vestido de tela suave. Imaginó el roce sobre sus manos al recorrer el cuerpo, arisco a veces, que le pertenecía. Entró a comprarlo con el ánimo exaltado de un niño en Navidad. Caminó entre los escaparates y eligió también un vestido para su hija. No volvería a la casa hasta la tarde.

En el restaurante, frente a la plaza Mayor, con el sol chispeante contra las copas brillantes y los manteles blancos, acomodó los paquetes en una silla y se repantigó en otra, cómoda, de cuero fragante. El olor suave de las comidas se mezclaba con el perfume de las mujeres que pasaban. Sus sentidos estaban tan atentos que escuchaba el roce de las medias de seda en el cruce de las piernas, o el sonido amortiguado de los tacones sobre la alfombra. Cuando le sirvieron la carne y las papas doradas, el aroma al entrar por sus fosas nasales le causó un estremecimiento. Comió con la voracidad de un adolescente y pidió su postre predilecto: dulce de batata y queso. Al terminar el último bocado limpió su boca con el albor de la servilleta de hilo graneado. Llamó al mozo y se permitió lo espléndido de una buena propina; el saludo, la sonrisa del empleado, se le prendieron en la solapa como una medalla. Tenía tiempo para un café, se quedaría en un bar hasta tomar el colectivo. La primera carrera era a las tres.

Rompió en mil pedazos los boletos. Le ardía el estómago, una acidez de lava hirviente subía desde el revoltijo de tripas y la saliva caliente le llenaba la boca. Tuvo que escupir hacia un costado en el polvoriento

camino hacia la salida del hipódromo. Al hacerlo se miró los zapatos cubiertos de tierra. Sacó el pañuelo del bolsillo y se los limpió con furia, recuperando el brillo del calzado. Se reprochó esas horas enajenado, delirando, pensando que podía transformar unos pocos pesos en una pequeña fortuna. No quiso contar lo que le quedaba en los bolsillos porque sabía que no era mucho.

Subió al colectivo enredado en las explicaciones que daría en la casa cuando se enfrentara a la expresión de las caras que lo aguardaban. Sofía querría ocultar lo que pasaba en un heroico esfuerzo de preservar los momentos mágicos del noviazgo y el casamiento. Pero era infructuoso su intento: el castillo se había desmoronado y los naipes marcados habían definido el juego antes de barajar. No, ella no era lo peor. Los verdaderamente temibles eran los viejos, los dueños de casa, aquellos que forzados el día de la boda al traje de gala y al tocado ridículo de plumas y tafetas, dejaron por un momento la cuchara de albañil, las herramientas de labranza y el delantal de cocina para ser otros, partícipes de una realidad ajena que terminaba ni bien se hubiera ido el último invitado. La vida, para ellos, era otra cosa. Era el café muy temprano en la cocina todavía a oscuras; la colada inmensa donde con una madera su suegro hacía girar el grisáceo amasijo de las sábanas en el gran fuentón de hojalata; alimentar los pájaros cautivos en sus jaulas, otro castillo de alambre tejido y de pedacitos de manzana que se oscurecían con el paso de las horas. Alfredo, sin embargo, apreciaba la comida abundante y sabrosa, la intimidad de la pieza ganada a punta de pistola, atravesado por las miradas curiosas, por las preguntas que no le hacían y que pesaban en el aire esperando una respuesta.

Sofía esperaba el sueldo y, mientras se acortaba la distancia para llegar a destino, Alfredo elucubraba el pretexto: un atraso en la cobranza. Por suerte era viernes y tenía el fin de semana para inventar una salida a semejante atolladero. Pensó en su madre, ella lo había ayudado algunas veces de manera subrepticia cuando se encontraban en alguna reunión familiar, y sus manos blancas, de uñas cuidadas con anillos que adornaban su virtud, se deslizaban en sus bolsillos fuera de los ojos del águila, del depredador. Pero no había ninguna reunión en días próximos, y no podía correr el riesgo de ir a la casa de sus padres y cruzarse con él. No había motivo para ir, solo se llegaba allí de rodillas, plegando la voluntad como un frágil papel.

Se colgó una sonrisa bajo el bigote pero no pudo hacerla llegar hasta los ojos. Los paquetes que traía y que despertaron la curiosidad de los habitantes de la casa fueron motivo de distracción, asombro y alegría. Sofía aún no estaba contaminada por el avieso gesto de la desconfianza que tenían sus suegros, pero no faltaba mucho; eran demasiadas las

horas que pasaba con el enemigo.

No le era fácil volver a seducirla, captar su atención y su amor. Estaban en la débil frontera, y Sofía caminaba por el borde escurridizo entre la admiración y el miedo. Esto le había costado varios días de insomnio con los brazos en la nuca, mirando el techo. Un techo ajeno. Tener un techo, darles el techo, esas expresiones le taladraban la cabeza en la oscuridad, mientras miraba la espalda de Sofía que subía y bajaba al respirar. Una espalda que reprochaba, que era una negativa de huesos y de carne, barrera inexpugnable cuando él ardía de rabia y de calentura. A veces las dos emociones se parecían peligrosamente y ella lo sentía. Él necesitaba desahogarse y como no podía gritar, no era su casa, la poseía de esa forma rápida y violenta, con los ojos bien cerrados. Ella era ella pero podía ser cualquiera, alguna de la calle. En el hipódromo había visto unas coquetas, cintura breve, labios pintados de un rojo escandaloso, las piernas enfundadas en medias de seda; uno podía imaginarse levantando la falda y desprendiendo las medias del portaligas.

Su cabeza bullía del enojo. ¡Qué estúpida idea haber ido a la carrera! ¡Como si la vida fuera una película! Su realidad era otra: una mujer, una hija y un sueldo dilapidado en minutos en las patas de un caballo que ese día, justo ese, decidió dejar su fama tirada en la arena.

Apenas volvió al trabajo, con vergüenza pero sin otra salida, habló con su tío. El hombre, a quien quería y respetaba, lo miró breve y solo dijo unas palabras mientras metía la mano en el bolsillo del pantalón:

—Para hacer algunas locuras hay que tener espalda.

Alfredo tomó el consejo y el dinero, y se hundió en los papeles, los libros y el trabajo.

Pero no le alcanzaba con el préstamo, había que hacer otra cosa.

Confesar la falta le dio alguna ventaja: alivio en el alma y poder compartir el problema con Sofía. Ella guardó el secreto y aguantó las arremetidas de sus padres, que a poco de andar y de convivir junto a la pareja vislumbraron que «el pituco», como le decían, no era tan buen partido. Quizás debieron haber sido más firmes y casarla con un paisano. Los paisanos eran previsibles, trabajadores, bebían, buscaban el canto y el acordeón.

Pero María, la madre, recordaba que, en su amado país, el que había dejado hacía tanto, un muchacho llevaba su nombre grabado en el corazón y ella pronunciaba de vez en cuando, cada vez menos, el de él. Creyó que Sofía sería más feliz. Le bastó ver el gesto adusto —a Alfredo se le enojaba hasta el bigote— y las ojeras de Sofía para entender que esos dos eran, como después repitió toda la vida, el agua y el aceite.

Había que hacer algo. *Vender algo*, dijo Alfredo. *Vender no, empeñar*,

dijo Sofía, y con pena se sacó la alianza de oro, que Alfredo juntó con la suya. En el Monte Pío entregó los símbolos de un amor, un contrato que sobreviviría a tantas batallas. Por una o por varias razones, las alianzas no se recuperaron más. Quedó como un episodio punzante, una herida que de vez en cuando volvía ardiendo en alguna pelea.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Ladrillos ajenos

Aquella tarde, Alfredo había salido del cine. No podía dejar de ir, esas horas en la oscuridad de la sala eran su alimento. Los uniformes, la pantalla, el brindis de los soldados levantando las copas, la música, los capotes entorchados, el poderoso influjo de las voces entonando en coro una canción de amor. El amor y la guerra, para él, eran lo mismo. Prefirió subir al tranvía, tardaba un poco más y el traqueteo en las vías le acomodaba las ideas produciendo en su cuerpo un adormecimiento hipnótico, esa pesadez en los párpados, como en aquellas mañanas inhóspitas de la infancia, con el estómago latiendo de hambre mientras las letanías de la misa se sucedían en un oleaje que arrastraba su mente a territorios más benignos. Su mente, el tesoro más preciado. Con ella viajaba en los libros, imaginaba victorias y venganzas, ya sabrían ellos quién era él. Ellos.

A mitad del recorrido la vio subir. Cabello largo en ondas, tomado sobre un costado de la cabeza con un lazo de terciopelo. Los ojos de párpados pesados, una nariz pequeña y la boca de labios delicados, de un rosado natural. Se sentó delante de él y pudo olerla con su nariz más primitiva, esa que conectaba en forma directa con su bragueta. Se inclinó un poco hacia el respaldo del asiento que la contenía; si levantaba la mano —y desechó la tentación—, podía tocar el sedoso cabello. Todas sus cuitas quedaron atrás. Era solo él y su presa. Un cazador.

El tranvía seguía con su traqueteo. Supo que estaba pasando por la esquina de su casa, donde lo esperaban Sofía y sus responsabilidades. Agachó un poco el cuerpo y se estiró hacia atrás, la madera del marco de la ventanilla lo protegió. Se sintió a salvo pasadas unas cuadras, y volvió a poner la atención completa en la intensidad de lo prohibido. En la avenida, a unas veinte cuadras de donde él vivía, ella se levantó. Fue natural bajar tras el perfume y el movimiento de las caderas.

Se llamaba Virginia. En la puerta alta de la vieja casa con un pasillo de mosaicos en blanco y negro, él soltó despacio la línea, la caña en la mano. Ella vivía con sus padres, era secretaria de un consultorio médico. Él fue entonces el hijo de un estanciero, que compraba y vendía hacienda y que era soltero.

Fueron días gloriosos. Hacerse el novio, ir desovillando las

emociones, ver cómo iba cambiando la expresión, la coloratura de sus ojos que lo miraban como él quería ser mirado.

Vendía y compraba animales. Ese era su trabajo. Mostró una foto en la que lucía bombacha campera, bota alta, rastra a la cintura con seis monedas de plata a cada lado de la hebilla ovalada en la que brillaban sus iniciales, parado frente al balcón del escritorio de su padre, en la estancia.

Se convirtió en maratonista. Urdía reuniones, compromisos, temas que lo mantenían lejos de Sofía, de la pensión, y cada vez que pasaba frente a su casa, esquivando hasta su sombra de las miradas que pudieran descubrirlo, se le ensanchaba el pecho y la adrenalina corría por sus venas.

Se volvió audaz. Inventaba, tejía situaciones a la medida de esas dos realidades. En casa de Virginia, tomaba el té con sus padres ancianos. Se aparecía con masas finas y con su mejor traje. Para Sofía, estaba politiqueando. Para los padres de Virginia era el candidato ideal, educado, bien parecido, de familia con rancia alcurnia, descendiente de caballeros españoles. Bajo la luz de la lámpara de cristal, en la mesa con mantel de hilo, Alfredo desgranaba historias casi novelescas, aventuras en el campo, y ellos, los dueños de casa, vivían las peripecias, la cacería, el disparo certero en la cabeza del puma. Podían sentir los aullidos desesperados de los perros, algunos despedazados por las garras, otros ladrando su miedo o su valentía. Otra tarde era la víbora de cascabel brillando entre las piedras, mortal belleza que latía al sol hasta que él la veía; luego, era solo un lánguido cuero seco colgado de un palo. Los viejos y su novia —ella decía: *soy tu novia*— saboreaban sus palabras, las inflexiones de su voz, los silencios que quedaban flotando en la sala aun horas después, cuando la casa estaba oscura y Virginia soñaba con su boda. Todas sus amigas y primas ya estaban casadas y con hijos, ella había tenido otros pretendientes, pero ninguno la había conformado. Hasta ahora.

¿Qué loca ilusión lo impulsaba? ¿Cómo pensó que podía mantener esos dos mundos donde de alguna manera era feliz?

Con Virginia tenía la aventura, la pasión de estreno, eran nuevas las horas en esas tardes robadas, exquisitas por lo difícil que era disponer de ellas en puntas de pie, para no enredarse con sus propias mentiras. No quería perder a Sofía, era su legítima esposa, la que había conseguido y con la que había armado una familia con la criatura, que crecía al amparo de los abuelos. Sofía y Pilar eran la prueba de que él podía hacerlo, de que podía tener una vida normal.

Ese día, el de la catástrofe, había llevado a Virginia al cine. ¡La excitación era tan intensa! En la oscuridad veía el perfil de su novia, el pequeño sombrero pegado a su cabeza, con dos plumas curvas que le rozaban las mejillas y un tenue velo que llegaba hasta sus ojos y que ella levantaba en ese instante para disfrutar mejor la película. Él todavía espiaba, furtivo, a un lado y al otro de la gran sala, buscando temeroso alguien conocido. No había mucha gente, había elegido esa hora temprana aduciendo un viaje inmediato. La película se llamaba *Naughty Marietta*.

Una fiesta, la lámpara que derrama la luz en cascadas de cristal, caireles que reflejan los pasos, el brillo de las sedosas telas, los hombres de uniforme, copas, la belleza insinuante de los escotes despertando pasiones que se mantenían ocultas, solo los ojos y las sonrisas delataban las intenciones. La protagonista de la película, rubia platinada, se da vuelta entre la gente y comienza a cantar, porque ha visto a ese hombre pasar delante de sus ojos. «*Ah, sweet mystery of life»,* la voz sube y se desliza amorosa, suplicante, con destellos de energía y de melancolía. No se entiende su idioma; sin embargo, el hombre a quien se la dedica, parado al pie de la escalera con sus ojos anhelantes, asombrados, sube y baja su pecho como en un largo suspiro. Es tremendo el clima que se crea, ella termina su canto y corre avergonzada, pasando a su lado y subiendo las escaleras con el rostro bajo. Interrumpe su huida la voz potente, él la llama, acusa el impacto y responde magnífico, varonil, soberbio como el macho de una pareja de ciervos que braman en el bosque. El cortejo infinito y delirante desde el principio de los tiempos. La música sube y baja y se pierde en los corazones, los ensancha, cambia su latido renovando la sangre. El beso, el perfecto roce de las bocas, los ojos cerrados, un juego de perfiles iluminados de violines, sahumados de luces, y la música que sigue y sigue hasta que el pesado cortinaje corre y va ocultando la pantalla.

Él atrapa hasta el último destello de la película, los nombres, las letras, mientras sobre su cabeza y a su espalda se van encendiendo las luces de la sala. Se queda en la butaca hasta que las voces se alejan y el chasquido de las sillas es solo un eco en sus oídos.

Reacciona con la mano de Virginia que aprieta la suya mirándolo azorada. Alfredo le sonríe. Se levantan, y aunque la lleva levemente del brazo, camina como un sonámbulo: le pesan los pies, los párpados quieren permanecer cerrados para que no se escapen las imágenes y para que el hechizo dure un poco más. La película que acaba de ver le muestra lo que él anhela: el amor romántico donde el hombre atrae con su apostura, su uniforme, su poder. Las mujeres son frágiles, y sin

embargo, fuertes en la seducción basada en la femineidad. Pícaras. Ellos son sólidos, previsibles. Un mundo perfecto. El orden natural de las cosas. Alfredo quería eso, sin reparar en los medios para lograrlo.

Después del incidente que cambió el curso de su vida, Alfredo le dedicó muchas horas al pensamiento recurrente en el trabajo, en la soledad de la sala de lectura. La biblioteca era un lugar ideal para esconderse. Un libro podía ser una muralla, un fuerte o una isla.

Estaba metido hasta la nariz en ese atolladero. Llegó a pensar si su propia mente no lo habría traicionado por haber llegado tan lejos con sus mentirosas redes. Virginia, la dulce Virginia, soñaba con su boda, con un futuro promisorio. Sus padres, en una de esas tardes de té donde los fascinaba con sus cuentos, le habían dejado entrever con discreción que la casa —que era muy grande, recalcaban—, estaba ya a nombre de su hija. Su única hija. Alfredo sudó en frío. Otra vez, aunque fuera imposible, le tendían la trampa hecha de ladrillos.

Esa siesta, a la salida del cine, pasó los límites. Todos estos meses, casi había llegado a convencerse de que era invisible, o de que los dioses lo protegían para que pudiera morder esos bocados de alegría clandestina sin riesgos.

Quizás la decisión de esperar para salir últimos de la sala no había sido feliz. La luz de la calle lo deslumbró, y cuando acomodó sus ojos, por instinto masculino tomó el brazo de Virginia, que levantó su rostro y le sonrió con discreta pero indiscutible entrega.

Esa es la imagen que se refleja en los ojos de la mujer que los mira sin disimular su asombro y su enojo.

Alfredo la ve parada en la puerta de la tienda, y todo el paisaje se vacía, se congela: no hay nadie más que él, Virginia y Tosca, la mejor amiga de Sofía.

Soltó el brazo de Virginia, pero el daño ya estaba hecho. La mujer, que vivía en el piso superior de la casa de pensión de sus suegros, se había quedado mirándolos, fijando cada uno de los detalles de la ropa y del rostro de la joven que acompañaba al adúltero.

Tosca no tenía por qué huir, solo se había corrido un poco hacia una de las vidrieras para dejar libre el paso.

Alfredo tuvo una fugaz visión, en la misma vidriera, de su propia imagen: un hombre pálido de traje con una señorita a su lado, que se le colgaba del brazo sin que él pudiera impedirlo. Solo pudo encaminar su inseguro andar hacia la parada del tranvía. No se dio vuelta, pero sentía los ojos de Tosca en su nuca, que le ardía como si lo hubieran azotado.

Alegó urgencias, hiló dos o tres frases con algún sentido, vio en el semblante de Virginia, con esa inocencia que la caracterizaba, una mezcla de emociones encontradas: extrañeza, miedo… La escuchó decir si estaba enojado con ella, si había hecho algo que lo molestara; era una gacela asustada, atrapada por el temor de perderlo. Eso, que en otro momento lo hubiera llenado de placer, ahora lo irritaba.

Contrariado, con el miedo visceral que le afloja las tripas, sintió el espasmo en el bajo vientre y se despidió, aguardando solo unos instantes a que ella subiera al vehículo. No se quedó, como era costumbre, parado, mirando el rostro preocupado de ella en la ventanilla. No tenía margen, ni en su espíritu quebrantado ni en su cuerpo que amenazaba traicionarlo vilmente, con la misma sensación que experimentó al salir del hipódromo.

Su estupidez, su tremenda estupidez. ¿Qué pensó? ¿Que nunca lo iban a descubrir?

La diferencia era que la pérdida de dinero, de alguna manera podía arreglarse con dinero. Pero este error inconmensurable no se podía reparar con nada. Presintió que lo que se le venía encima sería terrible.

Volvió hacia el lugar del hecho, aunque sabía que no iba a encontrar a su testigo. Y aunque la encontrara, ¿qué iba a decirle? ¿Que no hablara? ¿Por qué haría eso? Cuando se cruzaban, solo había obtenido de él un saludo altanero. Alfredo no tenía nada que ver con la gente que rodeaba a Sofía, al contrario, siempre le daba la impresión de que murmuraban a sus espaldas. Todos estaban en su contra.

Se dio cuenta de que estaba cerca de la Legislatura, y entró sintiendo que era un refugio y una solución para sus intestinos insurrectos. Cruzó los salones, saludó a un par de conocidos. El mozo, que pasaba con la bandeja hacia el recinto, lo miró y antes de que le preguntara nada alegó asuntos pendientes, arrepintiéndose de inmediato. ¡Qué mierda le importaba al tipo, qué tenía que explicarle su presencia!

En el baño, desahogó su atormentado triperío.

Al lavarse las manos, se miró en el espejo. Mojó su cara. La sombra oscura de la barba incipiente le daba más dramatismo a su palidez. Demacrado. Ojeroso. Culpable.

Podía escuchar, como en tantas películas que había visto, el preparar de las armas del pelotón de fusilamiento parado frente a él, que con las manos atadas por detrás de un poste, abierta la camisa, ofrecía el pecho a las balas asesinas.

Se lavó otra vez la cara, el agua fría lo espabiló un poco. Él no quería ofrecer su pecho, aunque sabía que ninguna mentira ni estrategia era posible.

No tenía escapatoria. Lo habían visto.

En la sala, terminó el café que el diligente empleado le había traído. Aunque su lugar en ese trabajo era quizás el más bajo del escalafón, disfrutó por un instante de tener a alguien a quien mandar. Cuando salió a la calle, se encendían las primeras farolas de la plaza. Se le había hecho tarde.

Subió al tranvía. Recorrió el largo trayecto viendo cómo la noche se abría al paso de ese refugio traqueteante, iluminado en su interior, donde todos podían verlo desde afuera: un hombre atrapado que regresaba a un lugar que no era su hogar. Él no tenía hogar. Con seguridad, lo estarían esperando para expulsarlo. Otra vez.

Cuando descendió, trastabilló un poco, se recompuso y cruzó la avenida. Respiró hondo y se obligó a desechar pensamientos infantiles. Él era un hombre.

El pasillo de la entrada se le antojó lúgubre, con esa lamparita de luz débil para ahorrar energía. Cruzó el hall, el latido del reloj de péndulo le golpeaba como un tambor en el cuerpo. El silencio era una trampa.

Pasó por delante del dormitorio de los dueños de la casa; no se veía a nadie tras los visillos. Oía las voces de los pensionistas hacia la cocina, al fondo, pero mientras acortaba la distancia hacia su pieza, sintió un calor intenso, como el que precede a las tormentas bravas de verano.

Tras la puerta creyó escuchar susurros, algún llanto. Abrió.

Con la luz de un velador sobre la mesa de noche, vio a Sofía sentada a un costado de la cama. Lloraba apretando un pañuelo contra su boca. Estaba sola. Alfredo respiró aliviado por el momento. Sin embargo, se alarmó de inmediato. Su hija no estaba en la cuna. Tuvo una fugaz sensación de pena; su mujer tenía el rostro desfigurado por el llanto.

Al acercarse a ella la pudo ver replegarse sobre sí misma cuando le dijo con la voz atragantada:

—¡¿Dónde está Pilar?!

Ella comenzó a balbucear, pero recordó todo lo que le había contado su amiga, y se envalentonó:

—¿Para qué querés que esté la criatura, para escucharte a vos mentir y a mí llorar como una estúpida? ¡Está durmiendo con mi mamá!

Ahí estaba. La tropa había cerrado filas.

—Te llenó la cabeza tu amiguita, ¿no? —disparó sin darle tiempo a reaccionar. Y siguió—: Ni siquiera esperaste a que llegara, a que yo te diera alguna explicación. Sabía, cuando la vi parada mirándome con esos ojos de víbora, que vendría desesperada a inventar cualquier historia, pero tuve una mínima esperanza, mientras venía para acá, de que no le creyeras. ¿Esta es la mujer que yo elegí? ¿Esta es la compañera de un hombre que quiere buscar un futuro político y un

futuro para su familia?

—¡Estabas saliendo de un cine con una mujer del brazo! —gritó Sofía.

—¡Eso es lo que te dijo que vio, lo que no significa que sea la verdad! Ella salía del cine. Es la hermana menor de un compañero de trabajo, he ido a su casa. Nos encontramos de casualidad y la acompañé hasta el tranvía. Es todo.

—¡Tosca dice que te miraba con amor y que la llevabas del brazo!

—¡Tosca te tiene envidia!

La expresión en la cara de Sofía, el silencio, como cuando se hace un alto al fuego en una batalla, le dio a Alfredo la certeza de que con esa acusación había dado un golpe magistral.

Algunos comentarios que su mujer dejaba caer en las conversaciones domésticas armaron esa estrategia de defensa en la mente minuciosa de Alfredo, que aprovechaba una falla del enemigo. Un comentario sobre el vestido que él le había regalado; el hecho de tener un marido de traje y corbata mientras el de Tosca era un obrero sin roce ni educación, hacían que esta amiga tuviera siempre opiniones adversas hacia su esposo. Alfredo no sabía todos esos detalles, pero su olfato le decía que estaba bien orientado.

Antes de que Sofía reaccionara, antes de que tuviera la posibilidad de volver a atacar, Alfredo se enderezó cuan alto era y acercándose de nuevo a su mujer le gritó:

—¡Se acabó, mañana busco algún lugar y nos vamos a la mierda de acá!

Pilar se sobresalta, volviendo del pasado que se arma en su cabeza con esas frases sueltas oídas a escondidas detrás de las puertas, comentarios mordaces de sus tías, quejas en sordina de sus abuelos. Se saca los auriculares pues Alfredo ha estirado la mano y la toca, reclamando su atención.

Lo mira distinto. Ese anciano tiene detrás de sí una larga y azarosa vida. Cuando trae la sopa, que ella misma ha cocinado, él se endereza para comer y le dice:

—¡No hay sopa más rica que esta!

El seductor ha descansado un poco, en esos sueños breves, y vuelve a la carga con todas sus armas.

CAPÍTULO DIECISIETE

¡Vos tuviste la culpa!

La noche se encoge en los vidrios de la ventana. El cuarto está iluminado por el velador sobre la cama de Alfredo. Está de buen humor. El sueño en la tarde lo ha puesto locuaz, habla buscando temas, entretiene el tiempo; la vigilia nocturna es un infierno que aguarda agazapado, y trata de mantenerlo lejos con la agradable compañía. Pilar aprovecha esa predisposición para preguntarle sobre el nombre de la calle donde se mudaron la primera vez, cuando salieron de la casa de sus abuelos en la que ella había nacido.

—Remedios de Escalada… —Alfredo rebusca en sus archivos prodigiosos, y encuentra el número—: ¡130! —exclama, orgulloso de su memoria privilegiada.

Sofía pega un grito, sus ojos giran, se violenta su cuerpo, agita los brazos:

—¡Vos y esa otra! ¡Mi hijo, mi hijo! ¡Vos tuviste la culpa!

Pilar la sostiene y la abraza. Sofía, convulsa, se desborda, los recuerdos salen de sus ojos pero no de su boca, se descomponen sus facciones, hasta que por fin cede. Acepta el desconsuelo que la abarca, una tristeza honda de dolor antiguo, y la amargura de emociones rancias que no han visto nunca la luz.

Marta ya ha llamado a un servicio de emergencia, que llega con premura. Le controlan la presión, miran el fondo de sus ojos, auscultan su corazón envejecido. Una pastilla bajo su lengua y una inyección en su blanco y regordete trasero completan la intervención.

Cuando se van, Pilar se recuesta al lado de su madre. Desde la habitación de enfrente se filtran murmullos, cuchicheos entre Marta y su padre. Alfredo alega descompostura por el mal rato, insiste en que se queden con él. La mujer sale a preparar una infusión, y cuando Pilar pasa hacia el baño con la seguridad de que Sofía está descansando, mira hacia la cama de su padre.

El viejo, recostado en sus almohadas, tiene un libro en las manos, que suelta con rapidez sobre el pecho mientras su rostro adopta una expresión compungida. Su cabeza se mueve en una negativa, con la pretensión de que su hija entienda el martirio. Ella se siente una intrusa en ese drama. Y, sin embargo, sabe que es un personaje imprescindible de la historia.

Cuando sale del baño, la puerta de su padre está entornada. No se escucha nada. La cuidadora tampoco está a la vista. Busca un sillón, pero cambia de idea y decide acostarse en la cama grande, al lado de su madre. Le impresiona el perfil de la anciana, apuntando hacia el techo. Pilar sabe que no va a dormir, que no puede soltar el alma, solo descansar un poco el cuerpo. Esta casa está llena de sonidos extraños, más ajenos que los de la que habita ahora. Aquí hay historias de dolor y de muerte, sórdidas, y ella intenta escuchar las notas dulces, amigables, de la armónica de su abuelo, pero el ronquido suave de Sofía las tapa, las esconde.

Entonces trata de pensar en aquella época, y en la dirección que Alfredo le dio.

Remedios de Escalada 130. La escuela. Ese edificio enorme de paredes despintadas, las veredas más largas y más solas del planeta. Y Sofía con su panza, y su mano que aferraba con fuerza la de Pilar como si supiera que, de algún modo, en este o en otro momento, se escaparía.

Lleva un guardapolvos planchado con almidón Colman. Pilar la miraba mientras mojaba las prendas, la plancha largaba humo y Sofía fruncía el ceño ante los bollos de ropa, las camisas de Alfredo. La caja del almidón era roja y amarilla con el dibujo de una plancha.

Era sencillo el trámite pero la mañana de lluvia lo complicaba, el paraguas no las cubría a las dos, y Sofía la hacía caminar muy rápido.

Pilar nunca había visto tantos chicos juntos. Los chicos y sus madres. Ni un solo padre. La campana ordenó el caos y se encontró en esa fila, con el brazo extendido hasta tocar el hombro de la niña que estaba delante de ella. Dos veces bajó el brazo, dos veces la señora de blanco la obligó a subirlo.

Sofía estaba apoyada en una de las columnas de la galería y alguien le trajo una silla. Su panza lograba eso, su panza y su pálida cara. Como fuera, era lo único conocido en ese lugar, así que cuando la llevaban hacia una de las aulas, Pilar se resistió y corrió hacia ella cruzando el patio de baldosas mojadas. Llovía con fuerza, y llegó a la galería con la ropa y la cabeza empapadas.

Sofía tenía el desconcierto colgado de los ojos, de la boca, no podía ser que justo su hija, entre todas, diera la nota. Que le hiciera esto.

Llegaron refuerzos: la maestra, la directora. La arrastraron hasta lo que, como aprendería rápido, llamaban «La Dirección». Le hablaban y le hablaban levantando un dedo acusador, y mirando a Sofía que se abanicaba en un rincón.

La puerta estaba abierta, y aprovechando que nadie esperaba eso

Pilar salió corriendo. Su madre la siguió, pañuelito en mano, entre suspiros y sollozos de vergüenza; le molestaba no poder dominar la situación, porque las miradas estaban ahora sobre ella, la que no había podido domar a la fierecilla antes de que creciera.

Llegaron a la calle y ella farfullaba, amenazaba, *ya vas a ver cuando lo sepa tu padre*, decía, y al darse vuelta, viendo que todavía las maestras observaban desde la entrada del colegio, le pegó dos veces con su paraguas.

Debieron haber sido todo un espectáculo, para la época, marzo de 1947. La lluvia hacía globitos en la calle y una mujer con un avanzado estado de gravidez arrastraba a una niña con el guardapolvo chorreando el blanco del almidón.

Los chirlos duelen. Los de su padre, más.

Al día siguiente, el colegio inhóspito le resultaba un poco más familiar. De todas maneras, solo un año le quitaron la luz del cielo esas paredes…

Quizás no fue exactamente el día después. Hay una nube oscura que cubre los momentos, las fechas; solo están las sensaciones, el miedo, la culpa. Pilar estaba en la escuela cuando las cosas pasaron. Cuando llegó a su casa no encontró a su madre, y una vecina se ocupó de ella.

Había gente extraña en ese lugar donde comió poco. Era comida ajena, y era raro todo lo que pasaba. Después llegó su tío, el hermano de Sofía. Y sin explicarle nada, se la llevó con él. En el auto había un bolso, donde vería después que estaba su ropa. Su camisón. Sus bombachas. Un par de días sin escuela, esperando que le dijeran lo que todos sabían y callaban.

Por fin, la llevaron de regreso a su casa. Sofía tenía los ojos rojos y trataba de aguantar el llanto que le brotaba a cada rato. Había gente, tías, vecinas, un ir y venir de personas que Pilar no veía tan seguido. Sofía la abrazó, y ella se dio cuenta de que la panza ya no estaba. La cuna tan bonita, con sábanas bordadas, tampoco.

¡Qué pena, era un varón! La mujer que lo dijo se tapó la boca, asustada al verla entrar en la cocina, y no hubo tiempo para pensar porque escuchó llegar a su padre. Él dejó el portafolios sobre la mesa y pasó al baño. Cuando salió, las visitas habían desaparecido y Sofía se afanaba en preparar la comida.

Alfredo miró a Pilar con esos ojos que se le ponían oscuros y la niña se encogió. Tuvo miedo, su padre parecía un animal a punto de saltar.

—¡Mocosa de mierda! —dijo, y ella supo que había hecho algo, aunque no podía entender qué enojaba tanto a su papá.

—Dejala, no tuvo la culpa, y vos lo sabés… —la defendió tímida su madre.

—¡Callate vos también! —arremetió el hombre. Enfurecido, dijo que no iba a comer y se levantó para encerrarse en el dormitorio.

Sofía acercó una silla, la tomó de la mano y la sentó a su lado.

—Tu hermanito se murió, y está en el cielo… —las lágrimas irrumpieron en la cara desolada, que desmentía sus palabras.

En la cabeza de Pilar se mezclaban su desobediencia, la lluvia, los gritos, las caras de sus maestras y la panza, esa enorme panza que no dio fruto, que se quedó sin nada.

Sobre ese recuerdo, se impregna la rabia de Alfredo. Eso bastó, y duró toda una vida. Su cabecita borra, su madre calla, y sin embargo, queda esa espina clavada en su lugar más secreto.

Sofía se despierta, murmura. Pilar la tranquiliza. Ha dejado el velador encendido con un pañuelo encima de la pantalla, y las cosas se ven tan difusas como los recuerdos de su madre. Los ojitos tratan de enfocar a la hija, mientras, erráticos, buscan en el techo y en las paredes de enfrente, hasta que se detienen en la fotografía antigua. Es la foto de cuando llegaron de Eslovenia, en la que ella siempre será niña y su madre joven. Esos rostros parecen darle fuerza, firmeza y rumbo a sus palabras.

—Tu papá —susurra—, tenía otra mujer cuando yo estaba embarazada de tu hermano.

Dice «hermano» y Pilar siente que quiere vomitar, o gritar, o salir corriendo. Pero se queda, y escucha. Hilachas, papeles borroneados, cartas bajo el agua que a veces bastan para armar los cuadros de las tragedias.

—¿A dónde van a ir? —preguntó alarmada, sorprendida, la madre de Sofía.

No hubo demasiadas explicaciones: el casado casa quiere.

—Sí —dijo el suegro—. Pero casa propia, no alquilada. Eso es quemar la plata.

La mudanza fue sencilla. La mesa, unas sillas, la cama grande, la cama chica, unas valijas de cartón con la ropa fina, el vestido de novia, el de bautismo de Pilar y un mantel bordado a mano en punto relleno. En el mantel, ramos de rosas de sombras profundas, rojas como el vino, amarillas, rosadas, veteadas de un blanco que nimbaba la luz al tocar los pétalos. Fueron horas agachada sobre el lino y los dibujos marcados

en la tela, horas en las que su cabeza imaginaba lo que podía imaginar una jovencita cuyo único capital era un océano cruzado en barco, un segundo grado de la escuela inconcluso y el curso de corte y confección.

A las valijas se agregó el escritorio oscuro con cuatro cajones llenos de los papeles de Alfredo y una heladera larga como una caja que se abría por arriba, para meter la barra de hielo que un señor traía a la casa apoyada en su hombro con bolsas de arpillera goteando a su paso. Allí guardaría la botella de leche, la de vino, manteca, un poco de carne, alguna fruta.

Casi dos años pasarían en esa casa fea, que daba a una calle de tierra que tornaba inútil la limpieza: los vientos depositaban sobre los muebles esa pátina que a Sofía, ama de casa de pies a cabeza, la ponía frenética. Los días de lluvia era peor: el barro en el calzado y las salpicaduras en los vidrios de las ventanas, que restregaba con alcohol de quemar y agua en una especie de guerra santa.

El pequeño jardín se llevó sus esfuerzos: plantas de hojas grandes y un poco de pasto que se agrisaban con el polvo de la calle. Tarde descubrió que el barrio, ubicado en los suburbios de la ciudad, tenía problemas con el suministro de agua; ella debía acarrearla desde una canilla pública. Otra de las trampas en las que caía por aceptar las palabras de Alfredo.

Y el nuevo embarazo. Ya le faltaba poco. Su trabajo se iba a multiplicar con un bebé, Pilar en la escuela, la cocina y la limpieza. Alfredo le había prometido una chica para que la ayudara los primeros días, quizás trajera alguna chinita del campo. Así les decían su suegro y sus cuñadas: chinitas. *Ojalá sea varón*, se dijo, y lo repitió como un rezo, un ruego hacia el cielo.

Caminaba por la avenida, se sentía muy pesada. A pesar de que se cuidaba mucho en no comer demasiado, el cuerpo se le había deformado: redondo, con las piernas hinchadas, donde la blancura transparentaba sus venas azules exigidas por el sobrepeso. Lo decían el espejo y la mirada indiferente de Alfredo, que desde los primeros meses de la gestación ya no la buscaba. Ella quería pensar que era natural, que él esperaba que todo pasara, pero de vez en cuando imaginaba el cuerpo de su marido cubriendo otro cuerpo joven y grácil.

Entró a la mercería. Una campanilla sonó al trasponer la puerta provocando la mirada de la dueña del lugar. Había otra clienta que no se dio vuelta, entretenida en elegir botones. Sofía dejó vagar la mirada en las puntillas y los festones, el olor de la naftalina le afrentaba la nariz. Hacía bastante que no tenía náuseas, pero le vino a la boca un poco de saliva caliente. Tragó y pensó en otra cosa. Se apoyó con

levedad en el vidrio de la vitrina larga y llena de cajones que dejaban ver corpiños, bombachas y una miríada de prendas blancas o de suaves colores con una intimidad sin estrenar. La clienta ya había elegido y la dueña envolvía la compra en papel de estraza. La mujer pagó y salió.

A Sofía le llamaron la atención los rulos apretados en la cabeza de quien ahora preguntaba por su necesidad.

—Cinta bebé —pidió.

—¿Color? —y la mirada se posó en el vientre que apuntaba resuelto bajo la blusa.

—Blanco, mejor —contestó—, ojalá supiera que puedo comprar celeste…

Puso el paquete en la bolsa y salió. Tenía que caminar unas cuadras hasta su casa, ahora en pendiente hacia arriba. Iba por la vereda con la verja blanca que abarcaba todo el largo del edificio de varios pisos del hospital cuando se estremeció sin motivo. Aún faltaba para que naciera el niño, pero no le gustaban esos lugares. Siempre los había asociado con el dolor, con las enfermedades de sus padres y ella cuidándolos. Sofía había asumido ese rol desde que tenía memoria.

Una mujer elegante pero de rostro avejentado prematuramente venía caminando en dirección contraria; quizás el mechón de canas que ondeaba sobre su frente contribuyera a esa impresión. Al ver a Sofía se detuvo como asombrada, sus ojos recorrían las facciones de la embarazada como si la tocaran hasta detenerse en el vientre que abultaba bajo la ropa.

Sofía sintió una repentina incomodidad. Esa mujer la miraba de frente y hasta con fiereza. No la conocía, o por lo menos no recordaba haberla visto nunca, pero ella sí parecía conocerla, su expresión era de enojo.

—¡Pero miren qué suerte ha tenido esta mujer, otra vez la panza llena!

La sacudió la familiaridad, la torpeza del insulto.

La otra se acercó peligrosamente, levantando las manos para tomarla de los brazos. Sofía quiso deshacerse de esas uñas que se clavaban atravesando la tela del vestido, pero instintivamente protegió el vientre.

Los ojos de la desconocida permanecían clavados en los de ella, y la saliva saltaba de su boca mientras, como una poseída, le escupía una andanada de palabras.

—¡Todo, con todo te quedaste, con él y con sus hijos! ¡Mi papá se murió del disgusto y mi madre lo siguió al poco tiempo!

La zamarreaba mientras Sofía pugnaba por soltarse. Por la calle, quizás porque era el mediodía, no pasaba nadie.

—¡Seguro que vos tuviste un vestido, y una fiesta, y regalos! ¡Mi vestido quedó en su caja, en su maldita caja! —gritaba y lloraba la agresora—. ¿Sabés quién soy, sabés que tu marido me dejó con todo comprado? ¡Soy Virginia, su novia!

Y sollozaba mientras seguía retorciendo los brazos de Sofía, que sentía caer sobre sí todas las mentiras vividas en los últimos años: el peso de ser mujer de Alfredo y de las humillaciones, de vivir penando por el dinero escaso, los problemas con la política, las peleas con su suegro… Ella le había creído a él, cuando Tosca se lo contó, ¡quiso creer, necesitaba creer!

—Lo busqué, lo busqué en su trabajo, y lo encontré… —seguía diciendo la mujer, la cara deformada de llanto, de rabia—; tomamos café, y me dijo que iba a dejarte, que esperara un poco… ¡Mentiroso, mentiroso! La última vez me sacó a los empujones y amenazó con matarme. Me fui de la ciudad, a la casa de una prima, y dejé que pasara el tiempo. Le hice llegar cartas y pensé que si esperaba un poco…

—apenas se detiene para enjugar las lágrimas; todavía tiene una mano sobre el brazo de Sofía que, pálida, la mira espantada—. Arruinó mi vida, no puedo hacer nada ya, ¡arruinó toda mi vida!

El dolor y la rabia que sentía Virginia pasaron por sus manos como una carga letal, insidiosa, un veneno de tristeza y fraude que se le pegó a Sofía. Sintió un punzante ardor que desde su pecho bajó y se hizo nudo, espasmo, y cuando miró hacia las baldosas, la sangre dibujaba un camino que solo podía anunciar más desgracias. Virginia lo vio, se mordió el puño y salió corriendo hacia la puerta del hospital.

Acostada en la camilla, con el corazón enloquecido entre los gestos apurados de médicos y enfermeras y ese calambre en su vientre que apretaba tanto, Sofía buscó a la otra con la mirada, pero no la vio más.

El olor dulzón de la máscara sobre su cara borró la realidad.

Cuando abrió los ojos, Alfredo miraba por la ventana de la sala. La náusea volvió y la enfermera se apresuró a alcanzarle una toalla. Ya no había nada en su panza. Solo la blancura de la sábana, y su marido con el reproche dibujado en el rostro.

Sofía tenía gritos en su garganta, gritos que debían haber salido antes, cuando esa mujer le retorcía el brazo y las entrañas. Por una vez en la vida que llevaban juntos, Sofía lo miró con todo el desprecio y la rabia acumulados, y supo que gritaba por la expresión en la cara de él.

—¡Asesino, asesino, vos mataste a mi hijo!

Lo que siguió ya lo conocía. Otra vez el sopor, el sueño largo, las pastillas. Después, el regreso a casa con los brazos vacíos.

Alfredo siempre fue más fuerte, y de algún modo, Sofía no podía estar sin él. El silencio llenó los espacios y los malentendidos. Y Pilar en el medio, siempre creyéndose culpable de un crimen que no había cometido.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Sus ojos verán la luz del Señor

Tengo que hacerlo, tengo que hacerlo. Se lo repitió varias veces, intentando convencerse. Había dormido mal al lado de Sofía: el ronquido leve de su madre, el cuerpo torcido por no querer moverse para no despertarla. El sueño de su madre le importaba mucho. Ese sueño inducido por el médico: Sofía estaba en un lugar donde ella esperaba que el pasado no volviera.

La oscuridad de la pieza se llenaba de chispas, Pilar abría y cerraba los ojos acostumbrándose a la oscuridad. Nunca le había gustado lo oscuro y eso no había cambiado en años, aún hoy dejaba encendida la luz del baño o del pasillo, alguna vislumbre que le permita distinguir su entorno. Con Ari no, con su abrazo todo era nido, refugio, como agua tibia cayendo sobre su cuerpo.

Ahora él no estaba más, y el oscuro había vuelto.

Los ruidos de esta casa no le eran familiares, aunque bajo ese techo durmieran los responsables de traerla a este mundo. Pasos amortiguados, la luz del baño que se encendía de a ratos, toses, voces en sordina. Su padre no conciliaba el sueño. Conciliar, una palabra que, definitivamente, no iba con Alfredo.

Cuando la luz del día le devolvió la conciencia y miró a su alrededor, se sintió vieja, con la ropa arrugada y el cuerpo sucio.

Se levantó despacio, aunque Sofía no daba señales de despertarse. Acercó la mano y la puso debajo de la nariz de la anciana, y el leve airecito la tranquilizó. Al salir al pasillo, el ronquido de su padre le avisó que había entrado en el sueño profundo de la mañana, ese sueño robado después de pelear con los fantasmas de la noche. Se dormía cuando agotaba a todos en su entorno.

La pieza de la cuidadora tenía la puerta entreabierta, aunque estaba presta al salto ante el requerimiento apremiante del timbre del patrón.

Pilar se miró la cara en el espejo sobre el lavabo. Se vio demacrada, ojerosa. Y allí tomó la decisión. En la cocina, se preparó un café. Abrió una ventana, necesitaba aire. Los ruidos que entraban desde la calle lograron cortar la atmósfera de la noche anterior, con sus dramas, con las consecuencias de un silencio que había durado demasiado.

Marta apareció en la cocina, la saludó y comenzó a preparar el desayuno. Pilar iba a esperar que su madre despertara y luego se iría a

su casa, o a la que ella llamaba su casa. Esta no era más que la casa de sus padres.

El timbre la sobresaltó. Marta se apuró ante el reclamo y salió disparada. A poco, apareció Sofía caminando despacito, con una marca que le cruzaba la mejilla donde la funda de la almohada hizo un pliegue.

—¡Pilar! ¿Cuándo viniste? —inquiere como si la noche pasada fuera solo niebla, humo apenas esbozado—. ¿O dormiste acá?

—Sí, viejita, anoche me quedé, no tenía ganas de manejar tan tarde.

—¿Tomaste algo? —La madre se acerca a la cocina, y quiere encenderla.

Pilar la aparta, la lleva hasta su silla, le dice que ella hará el desayuno, que no se preocupe; el olor del café y las tostadas inunda la habitación.

—Yo tengo que hacer eso —protesta la anciana, pero acepta el cambio de roles. En su cabeza, muy a menudo, todo tiende a mezclarse.

Están desayunando cuando Marta vuelve, y apronta una bandeja.

—¿No se va a levantar? —pregunta Pilar, porque en estos días Alfredo comía en la cocina.

—No se siente bien —explica la mujer.

—¿Se afeitó?

—Recién —dice Marta.

—Entonces está perfecto.

Pilar se descubre fría y fuerte en la respuesta.

Hace meses que le viene tomando el pulso a esta casa, a sus latidos de furia, de tensa calma y de quejumbres lastimeras, y sabe que de hoy no pasa. Quiere hacerlo, y luego se irá a regalarse el mejor de los baños, una ducha larga y ropa limpia. Tiene la boca pastosa, y apura el café que la despeja.

—Deme la bandeja y quédese acá, yo se la llevo —dice mientras se la saca de las manos.

A la mujer la protesta le empieza en el ceño y muere antes de llegar a la boca frente a la mirada resuelta de Pilar.

—Como quiera —dice, y se encoge de hombros.

Pilar aparece en la puerta del dormitorio de su padre. La sonrisa que Alfredo tenía preparada, meliflua, para su cuidadora, troca en gesto agrio y de inmediato, el lastimoso afán:

—No dormí nada con lo de tu madre. ¡Qué soledad más absoluta, Pilar, sin poder moverme!

—Te escuché roncar esta mañana, y estás recién afeitado. No parece tan malo el día. ¿Te sentás para tomar el desayuno?

La avidez de alimentar las células se impone, y con un gesto de

evidente molestia se endereza, toma la taza y mastica una tostada con dulce. Ella se sienta en el sillón, cerca, con su café en la mano.

Cuando ve que el viejo ha tomado y comido lo suficiente, mirándolo le pregunta:

—¿Dónde está enterrado mi hermano?

Alfredo tose, se ahoga, grita hasta que viene Marta con los ojos llenos de reproches. Pilar le está golpeando la espalda a su padre sin piedad por los huesos flacos, sabe que la coraza es de acero.

—Traiga agua, se le cruzó una miga —le ordena a la mujer, que se marcha llevando la bandeja.

Cuando se la trae, Alfredo bebe y resuella, le lloran los ojos y en la nariz chorrea el moco translúcido, pero Pilar sabe que no debe soltar la presa: lo que dijo ha quedado colgado en las orejas de su padre.

—¿Te repito la pregunta?

Él lanza una mirada pedigüeña que choca contra la de su hija. Sabe que ella no va a ceder. Suspira hondo, y dice:

—Vos no sabés nada.

—No me hacen falta los detalles, solo quiero saber dónde está la tumba. Porque hay una tumba, ¿no?

Cuando llega a su casa, sube las escaleras y no demora en desnudarse. El agua limpia purifica su energía, y la libera de la densa capa asfixiante que pareció cubrirla anoche.

Desayuna como si no hubiera comido nada. El aroma de un nuevo café, el pan fresco y la mermelada casera que Ramón le acaba de traer le vuelven el alma al cuerpo. Toma el teléfono y llama a Magdalena. Su hermana se desconcierta, pero hará lo que le pide.

El sol está alto cuando se encuentran. Pilar la está esperando, empequeñecida al costado de las enormes puertas. Magdalena estaciona el auto en una calle interna, bajo los eucaliptos.

—¿Qué pasa? —adelanta la pregunta antes de darle un beso.

—Vamos adentro —dice Pilar—, quiero mostrarte algo.

Caminan por el largo pasillo escoltado de cipreses con la fuente al final, donde los benteveos hacen vuelos rasantes comiendo bichitos y peces en el agua. Pasan frente a tumbas, panteones viejos con ángeles de narices y alas rotas, cruzan gatos gordos y la suciedad grumosa, blanca y gris de las palomas. Magdalena, con aprensión, se cuelga del brazo de Pilar, nunca tan hermana mayor como en este mediodía de secretos por develarse.

—Acá está la tumba de los abuelos —dice Magdalena.

Reconoce las plantas, Sofía ha puesto unos lazos de amor de hojas

verdes y amarillo cremoso. Los rostros en las fotos son queridos y familiares, pero tan lejanos que las dos los miran con un breve estremecimiento.

Pilar camina un poco más lejos. Se agacha y busca hasta dar con una lápida pequeña con malezas que cubren el nombre cincelado. No hay fotografía. El florero está lleno de herrumbre. Lo retira, y va hacia la canilla de agua a unos metros de distancia. Magdalena recién se percata del pequeño ramo de flores en la mano de Pilar. Cuando regresa, con las flores ya acomodadas en el recipiente, lo encaja en el hueco que corresponde, arranca los yuyos y con un pañuelo humedecido limpia la placa.

Francisco Montero. 15 de marzo de 1947. Muerto antes de nacer. Sus ojos verán la luz del Señor. Sus padres Alfredo Montero y Sofía Burdic. Su hermana Pilar.

—Nuestro hermano, Magdalena, nuestro único hermano varón.

Las campanas de la iglesia, que tocan a muerto anunciando que llega un cortejo fúnebre, ahogan el llanto de las dos mujeres abrazadas bajo el sol.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Paloma herida

Pilar salió de su casa a media mañana. Había apuntado en un papel las direcciones y cruzó la ciudad buscando esos lugares, testigos de su vida.

La calle hacía una curva, una especie de rotonda abrazando una plaza, el centro cultural de techos altos que ella conoció como un mercado, y la casa de la esquina, la de aquella vieja que le dejaba usar la hamaca del jardín. Recorrió despacio toda la manzana; el tiempo había hecho lo suyo; solo el colegio se mantenía incólume, con sus muros cerrados y sus ventanas tan altas que un niño no podría espiar la calle sin transgredir las reglas, empinado sobre una silla.

Estacionó el auto frente a la plazoleta. Apoyó la cabeza sobre sus brazos cruzados en el volante y hurgó dentro de sí, como la lengua busca el dolor del nervio en el hueco de una muela para verificar si aún está allí.

En su recuerdo, siempre se estaban mudando.

¿Qué recordamos, y por qué de ese modo, o por qué precisamente esos detalles? se preguntaba a veces. Debía ser porque la vida está hecha de detalles: un objeto, una mirada, la esquina aquella, el color del café con leche, un mar pequeño y oscuro en la taza blanca. Esta escuela, con galerías y arcadas, con una planta de jazmín y en una sala, un fanal con un niño Jesús de colorido rostro vestido de oro.

El vestido de comunión era blanco, de organza; con orlas de puntilla y, en cada onda, un botón hecho flor; con una falda de crinolina por debajo, y en la mano delicadamente enguantada, el rosario y el misal.

La carita redonda, con el tocado y el tul cayendo sobre la espalda. Siete años. Tan escasos, tan para adelante. Se estrena la hostia, el vestido, la religión, la bolsita de tela colgada de la cintura donde el dinero se esconde oscuro en el albor. Un billete a cambio de una estampita: el primer trueque.

Ya vendrían los otros, menos inocentes.

La casa no era de ellos.

Nadie lo había dicho, pero lo sabían. El dueño era un viejo que gargajeaba inmundos escupitajos que había que esquivar en el patio. Su figura encorvada, con sobretodo barcino y sombrero desteñido, bajaba

por la escalera que en ángulo terminaba en ese cuarto, allá arriba, en el techo.

Nunca subieron. Solo imaginaban historias —hilvanadas entre costuras de Sofía—, sobre la avaricia de alguien que fabricaba velas de sebo hechas con grasa que traía del mercado y entibiaba sus pies con un ladrillo caliente envuelto en papel de diario. El viejo bajaba para usar el baño que daba al patio, una puerta grande con banderola. Al lado estaba la cocina, angosta y oscura. El hombre tenía gatos que subían y bajaban con él por la escalera. Sofía los odiaba, odiaba el olor a meadas en sus macetas, esas plantas que trabajosamente crecían entre las altas paredes ruinosas.

Esa casa… El matorral del jazmín con ramilletes celestes asomaba sobre el parapeto de la entrada que daba a un pasillo largo, embaldosado. Contra las ruinosas paredes había un cantero con plantas hostiles, que no necesitan de nadie para sobrevivir. La puerta de vidrio daba a un pequeño estar, donde los sillones de estilo provenzal tapizados en cretona floreada creaban la ilusión de una intimidad al paso, por la inmediatez de la puerta de la única habitación: dormitorio, cama grande, cama chica, una cuna y, al frente, un escritorio de madera oscura con muchos cajones, para los papeles de Alfredo. Litigios, boletas, secretos emparedados entre las duras tapas de las carpetas.

Eso no se toca.

La plaza al frente de la casa era el lugar del aire, el arenero, las hamacas, el momento en que Sofía cruzaba con su bebé en brazos —un remanso entre tanto ajetreo doméstico—, las ollas tiznadas, los pañales, la ropa… No había manera de interrumpir el infernal paso de las horas con su pesada carga. Había que planchar impecables las camisas, cumplir a rajatabla el riguroso horario de las comidas, y en otros momentos, aceptar el apareo silencioso, una injuria que se descargaba en ella dejándola muchas veces perpleja, con la idea de que quizás eso podía haber sido diferente. Claro que no tanto como en las fotonovelas que hojeaba con culpa, a escondidas, ni como en los radioteatros que escuchaba al atardecer, mientras cosía o zurcía algún desgarro en la ropa. Ella curaba los suyos con esas historias que brotaban de las voces encerradas en esa caja de madera en forma de capillita.

Ahora eran dos: la niña grande y la niña chica, esa intrusa que rompió los cimientos del mundo de Pilar, un mundo loco pero en cierto modo ordenado. La nueva quedaba a resguardo, con brazos, con padres, con leche, mientras la otra era arrojada a los leones, al mundo.

Y el mundo es un lugar hostil, Pilar lo sabía. Hasta que aprendemos las reglas, hasta que aprendemos a morder, a pedir, a devolver el golpe.

¿Golpear? ¿Una niña? Sí, los niños aprenden rápido.

Deben hacerlo para sobrevivir.

Le duele la mano. Sofía se la aprieta, no puede soltarse. Camina rápido. Van hacia el colegio nuevo. Lo más lindo que tiene ese lugar es la galería, con arcadas que dan al patio. El patio de los recreos, la galería de las aulas, y esa habitación con olor a flores, azucenas y gladiolos en el cristal de los búcaros. La luz de la lámpara del techo reverbera en una esfera de vidrio, abajo. Adentro de esa burbuja yace el Niño de los pesebres, piernas rollizas, pañal de yeso, mejillas coloradas, ojos pintados, bucles, manitos alzadas como pidiendo que lo levantaran.

¿Cómo respira el niño encerrado, no se ahoga sin el aire?

¡Qué preguntas tiene esta chica!

Su madre camina cada vez más rápido, siempre parece que se le hace tarde. Llegan al almacén, al mostrador con olor a azúcar y aceite. El paquete de papel se arma dándole vueltas en el aire, con un repulgue para cerrar igual que las empanadas. Los rostros se ven distintos mirados desde abajo. Los ángulos de las barbillas, de un brazo en alto, el delantal hasta las rodillas del almacenero: todo se mezcla en tonalidades ocres como las de las fotos viejas, menos el color de los caramelos en los frascos alargados, que brillan como piedras pulidas, joyas de un tiempo que merecía ser mejor. O no.

En la puerta de la escuela Sofía la despide con un beso en la mejilla. Se queda sola frente a las inmensas puertas, los salones, el techo lejano.

Tan sola.

No hay demasiados recuerdos de esos años. La mancha borrosa de un rostro inclinado en el banco de atrás, una mano que escribe, el cabello que cae hacia un costado de la cara; de pie a su lado, la silueta protegida por el hábito negro con un blanco pecho almidonado, duro escudo contra el que rebotaban las risas, los murmullos, las tablas de memoria, los números esquivos, los versos recitados, las preguntas del catecismo. La V dental, la B labial, vino, vaso, vasija, burro, banana, bueno. Una parte de ella sabe que había carencias que paliaba la abuela, la eslovena. Que la cola para conseguir papas o azúcar morena era larga. La V dental. Una P encerrada en una V: Perón vence. Una C adentro de una V: Cristo vence.

Cristo vence. No entendía mucho esa parte de la historia. En La Algarroba había cruces, el corazón de Jesús sangrante de su abuela Isabel y los rosarios haciendo sombras redonditas colgados de un clavo

o en el espaldar de las camas. Si Dios había dejado morir a Jesús en la cruz, era natural que el abuelo Pancho no quisiera a Alfredo. Es más, parecía que lo odiaba. Y a Merceditas también.

Merceditas: la que «se quitó la vida». No sabe si usar esa frase, si tiene sentido. La vida se la había quitado su padre al matarle el amante y entregar a su pequeño recién nacido. Merceditas, desquiciada, solo buscó una soga gruesa y una rama. El resto ya lo había hecho él.

¿Qué sentido tiene volver a ese mundo perdido, borroso, incompleto? Ser pequeña, solitaria, una niña que no salía, que no recibía amigas, nadie se quedaba a dormir en su casa y ella no pasaba la noche fuera de la suya. Una criatura que amaba los libros más que nada en el mundo. La aventura que encontraba en esas páginas la salvaba de recordar, de temblar en esos momentos en que Alfredo enloquecía de furia. A la única persona a quien pudo confiarle la ignominia, la ofensa al pudor, fue a su marido. Esa noche, Ari la abrazó fuerte, ella recuerda hasta el olor de su pecho, la textura de su piel, y su voz diciendo: *¡Chiquita, no hay nada malo en eso, los niños se orinan de miedo, y es comprensible con lo que me cuentas de tu padre!*

Su padre, ese que ahora entra en el último tramo de sus días.

Sabe que va a doler, que ya duele, porque con él se irán los años de su infancia, de su juventud. Sofía ya no es un testigo, y Pilar intuye que va a quedar a la intemperie.

CAPÍTULO VEINTE

¡Se vende campo con muerto y todo!

Todos esperan, la habitación es como una estación de trenes donde en un banco van cambiando los pasajeros. Tristes de antemano, las caras se preparan, los gestos, los pañuelos. El duelo anticipado, este que regala tiempo, que no sorprende, va tejiendo la imagen de un muerto que aún vive pero que, en sus cambios de respiración, en las palabras susurradas, en el color macilento de su piel va dejando escapar la vida. No es la muerte la que llega, es la vida que se escurre entre las sábanas, bajo los párpados que cada vez más permanecen cerrados. Ya no hay sorpresas, ni hallazgos, ni paisajes escogidos. Solo un latido asustado, un corazón bombeando en secas paredes que han perdido la bella elasticidad, la dulzura y la potencia; solo persiste con el recuerdo de mejores días, de emociones perdidas en un laberinto de imágenes, nombres olvidados, luces que cruzan como luciérnagas confundidas en una oscuridad que ya no asusta, por puro cansancio y un atisbo de curiosidad. Pasan hijos, sobrinos; Catalina es la única que, como una esfinge, las manos cruzadas sobre el regazo, habla de cosas que no ha presenciado pero sabe con la fidelidad de una memoria privilegiada, y le cuenta a Pilar las circunstancias en que su hermano llegó al mundo. Justo ahora, en las horas previas a que lo abandone. *La casa de la calle Alvear, allí nació tu papá*. Y Pilar recuerda los balcones, los patios y todas las puertas abriéndose hacia la galería.

La habitación de Alfredo se ha convertido en un salón versallesco, un clima y una época que él disfrutaba en sus lecturas. Las sombras entran y salen, solo falta el dosel de tela cayendo desde lo alto para velar apenas la obscenidad de la muerte cercana y expuesta. Los yernos de Magdalena y una de sus hijas, todos jóvenes, con su piel prolongando el bronceado del verano, sentados cerca de la cómoda departen sobre negocios inmobiliarios. Pilar está sentada a los pies de la cama y pasa la mano por las piernas huesudas que descansan bajo las sábanas. Va notando los cambios en el rostro de su padre, que ya no abre los ojos, que parece haberse entregado.

Dos días antes le había llevado un cd con música, la voz de esa cantante que lo fascinaba. Había recorrido varias casas del rubro y descubierto que no había material discográfico, solo las presentaciones en internet. Consiguió el nombre de un conocedor de la tecnología, uno

de los yernos de Magdalena se lo facilitó, y habían compilado todos esos recitales en el cd.

Cuando llegó esa tarde y puso a andar el pequeño reproductor en la mesa de noche de Alfredo, la cara de su padre fue cambiando y le escuchó decir: *Esta música me lleva a un lugar donde no tengo miedo.*

Una hora después, comenzó a temblar sin continencia. Pilar de un lado y Magdalena del otro lo acariciaban, confortándolo en ese momento de oscuridad, la noche negra del alma, donde el terror y los demonios se soltaban para cubrirlo con sus sombras.

Ninguna de las dos sabía del tormento de esa alma, solo por sus manifestaciones físicas. Pilar le tocaba los brazos, las manos, y acercando su cara al lívido semblante, la nariz afilada, los ojos hundidos en un túnel tenebroso, le dijo:

—Papá, conectate con alguien, alguien que quieras y pedile que te ayude a pasar este trance sin miedo.

Ella pensaba en su abuela Isabel, en el amor que Alfredo le tenía.

Los ojos desvariados detuvieron su loca búsqueda, y mirando directo a los de Pilar pronunció un nombre, fuerte y claro. La voz se había llenado de esperanza.

—¡Brochero!

¿El curita? Ella le había traído libros que hablaban del sacerdote, que iba camino a la santidad.

—¡Entonces, que sea Brochero! —aprobó ella, mientras Magdalena rezaba compulsivamente.

Después de todo un día, su padre respira de manera apenas audible, la boca abierta, los ojos siempre cerrados. Pilar sigue tocando las piernas y los pies, tapados con las cobijas. El murmullo de las conversaciones de los hombres detrás de ella la enoja. Hablan de terrenos y de precios de autos, entreteniendo el desenlace con intercambios de datos. Ella se da vuelta, y con tono irónico les dice:

—La vida y la muerte van juntas, pero esto es sagrado. ¡Se está muriendo!

Los aludidos callan, después susurran, y ella sabe que todo esto no tiene sentido, que ella parece haber perdido el derecho a protestar, pero por lo menos logró que dejaran el cuchicheo fútil.

Catalina también espera, sentada en la silla frente a la cama. No hay ensayo para esta obra, es ahora y es esto. Pilar observa a su tía, tiene los ojos húmedos.

Chico aparece en escena y le dice a su prima que vaya y descanse un poco, que está el joven que hace tres días habían contratado solo para

que se quede al lado de Alfredo, y así turnarse en la vigilia.

Pilar lo había visto, fuerte, de brazos sólidos, manejaba al enfermo con solvencia. Y Marta, la cuidadora, también podía dormir un rato. El muchacho llevó una reposera al lado de la cama, y Catalina decidió irse. *Esto puede ir para largo*, dijo Chico, y fue como un permiso a relajarse un poco, pensar en una ducha y regresar más frescos. El médico había impartido instrucciones para que no hubiera ahogos ni asfixia.

Pilar miró a su padre, una punzada le picó el pecho como una avispa brava, y le tocó la cara en una breve caricia. Estaba tibia.

Cuando salieron a la calle, era entrada la noche. Catalina había venido en un taxi, y Pilar ofreció llevarla hasta su casa. No hablaron. La muerte cercana les había hecho un nudo en la lengua.

En la puerta de la casa, Catalina la saluda y le dice:

—No creo que pase de esta noche, pobrecito.

—Te aviso —le respondió. Esperó que entrara, llave tras llave, y arrancó con furia.

Llegó, subió las escaleras, se sacó la ropa, abrió la ducha y dejó largo rato correr el agua.

Se acostó con el cabello húmedo. Temblaba su cuerpo a la altura del ombligo, y no podía detenerlo. Cerró los ojos, la oscuridad detrás de sus párpados se pobló de filamentos luminosos. El sueño no vendría, Alfredo estaba en su cabeza, sus manos en las suyas, y recordaba el perfil, tan parecido al del abuelo Pancho, y la avidez en los pulmones cansados.

Creyó haberse quedado dormida cuando el teléfono la hizo saltar de la cama. Dos y media de la mañana. Magdalena le avisaba que eran huérfanas.

Cuando colgó, sus brazos eran hilos cortados, como una marioneta al terminar la función. Se tomó su tiempo, sabía que Marta iba a vestirlo y rogaba que su madre no hubiera despertado.

La ciudad, mientras conducía, le pareció indiferente. Tuvo ganas de tocar la bocina, de aturdirlos, de avisar que había muerto un hombre, ese que la había obligado a crecer. Dicen que es bueno tener alguien a quien odiar. Había penado años por una mirada, un elogio, y hoy, eso no importaba soberanamente un carajo. El perdón se había desplegado en cada hora que compartió con él, en la alegría de esa cara, esa mano flaca y amoratada que la saludaba cuando la veía llegar a la puerta de su prisión. *El abate Faria*, decía de sí mismo, comparándose con el protagonista de la novela *El Conde de Montecristo*. Ese abate sabio y conocedor de todas las ciencias, las leyes, la filosofía. Era un buen ejemplo el que había buscado para emularse.

Cuando entró, los sonidos del lugar avisaban que allí alguien había muerto: las voces en sordina, el timbre del teléfono amortiguado. En la cocina, recibió y entregó los primeros abrazos. Caminó por el pasillo, la puerta del dormitorio de su madre estaba cerrada. Dormía aún, bajo los efectos de sus medicamentos. Su padre estaba vestido, saco azul, camisa rosa, corbata. Cuando se acercó advirtió los pelos de la barba. Miró a Marta. La mujer, compungida, le dijo:

—Quise afeitarlo, pero Magdalena no me dejó.

Un pañuelo colorido ceñía la cabeza, apretando la mandíbula antes de que el cuerpo se endureciera. Parecía tranquilo. El muchacho que se había sentado a su lado dijo haberse adormecido, y que al mirarlo, se alertó al no escuchar la respiración. Esperó un momento, acercó la mano bajo la nariz del hombre que tan poco tiempo había acompañado, y buscó ayuda. Marta fue la primera que constató la muerte.

Pilar pensó en la incongruencia: todos pasando delante del monarca, y un paje, un desconocido, se quedó con el último suspiro. Fue el que dijo la palabra. Las palabras. Está muerto. Estar: hallarse en cierta situación. ¿Qué situación era estar muerto?

Fue hacia la cocina. Magdalena y Chico tenían los ojos rojos. Había que buscar al médico, el certificado, la empresa fúnebre.

Pilar los miró hondo, bien a los ojos, y dijo:

—Lo haremos cremar y luego lo llevamos al campo. ¿Están de acuerdo?

Chico asintió. Magdalena titubeó, y expresó sus dudas.

—¿No es mejor en un cementerio?

—Nadie lo va a visitar, vos sabés cómo son esas cosas —le dijo ella.

Magdalena preguntó:

—¿Y si el campo se vende?

Y Pilar refutó:

—Pues ponemos el aviso: ¡Se vende campo con muerto y todo!

¿Puede uno reírse en semejante circunstancia? Puede. Marta, que estaba escuchando, con voz quebrada y aludiendo a las cenizas del que todavía ocupaba su cama, pidió:

—¡No lo tiren en el campo, que lo van a pisar las vacas!

Tardó un poco en entender que Alfredo tendría una tumba bajo el algarrobo.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Yo no creo en estas cosas

Seguir el coche fúnebre, esquivar autos: el tráfico no los dejaba pasar, por momentos perdían el cortejo y Pilar lloraba sin pudor. Ella no se sentía capaz de tomar el volante, y Chico había ofrecido llevarla.

El lugar adonde iban a dejar el féretro, y luego deberían buscar las cenizas, estaba fuera de la ciudad. Cruzaron avenidas y descampados, asentamientos rodeando barrios privados, y al fin, vio doblar la fila hacia una entrada de pedregullo y árboles grandes.

Bajaron todos de los autos. Ella estaba en un estado de consternación que no graba rostros; luego intentará recordar, sabe que hay gente que había venido del norte, del campo. No es sencillo morirse un fin de semana. Era la siesta del domingo. En la sala vio el cajón sostenido por trípodes, los Cristos de hojalata y las falsas antorchas.

Se aferró a la madera y habló. Los presentes guardarían las palabras. Ella no. Dicen que ensalzó al hombre que con poco, hizo tanto. Le dedicó a Alfredo lo que él hubiera dicho de sí mismo.

Luego, con voz monocorde y compasiva —quizás les enseñan a modular sin estridencias lo que deben decir, para que duela menos—, una empleada les avisó que debían despedirse, y dejarlo. *En la oficina les darán los detalles*.

Detalles. Dejar que los huesos y la grasa que ha quedado, los músculos que recorrieron tantos lugares, los ojos que vieron en letras paisajes que jamás visitarán, se consuman en el fuego. Las manos, que aprendieron a pedir y a recibir en esos últimos meses.

Le flaquearon las piernas. Miró las caras a su alrededor, expresiones apesadumbradas, llorosas algunas, ávidas otras de ver los desnudos corazones, y en un rincón, cerca del salón de entrada, divisó el rostro amable de Rodolfo. Trastabillando, fue hacia él y se derrumbó en los brazos que la estrechaban.

Hubo murmullos, nadie lo conocía. *¿Quién es?, ¿pariente, amigo? ¡Parece muy cercano!*

Ella solo se dejó contener, aunque pudo escuchar lo que Chico le decía: que se fuera a descansar, que nada había ya para hacer, que mañana vendrían a buscarlo.

Rodolfo la llevó hasta su auto, y después de ayudarla a subir tomó el

volante y arrancó despacio, crujiendo la granza bajo los neumáticos.

Conducía en silencio, y Pilar apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos detrás de los anteojos ahumados. El hombre no había hecho nada, solo estar allí, sacarla de allí; sin gestos sensibleros, solo sacarla de un lugar espantoso, de esa situación de dolor extremo.

Todas las horas, las de la noche, las del velatorio, se le acumularon como una pesada piedra en la espalda, y el cuerpo era un solo punto de nervios en flor.

Rodolfo abrió el portón y entró el coche ante la mirada asombrada de Ramón, que expresó sus condolencias y los acompañó hacia el interior. Pilar se dejaba guiar, la mano de su amigo en la cintura la sostenía, la confortaba. La llevaba como quien, en la guerra, ayuda a un compañero herido a ponerse a salvo de los disparos. Subió la escalera casi en vilo, la tracción de ese brazo era fuerte. Sin preguntar, solo porque los pies de ella apuntaron hacia una puerta, la llevó a su dormitorio. Y de allí, al baño.

No se opuso cuando le sacó los zapatos, y subió las manos y deslizó las medias de nylon hacia abajo. Siguió con la falda, la blusa, y cuando quedó en calzones y corpiño, se cubrió hacia adelante, y él corrió la cortina y giró la canilla. El agua humeaba cuando Pilar se dejó meter en la bañera. La ropa interior quedó en el suelo, cerca de la alfombra. Sentada, con la frente gacha y los brazos cruzados sobre el pecho, el agua caía sobre su cabeza mientras un hombre le frotaba la esponja espumosa por la espalda, lavaba su cabello, pasaba suave por los brazos, tomaba cada pierna y subía despacio, sin intención alguna, mojando sus antebrazos, la camisa arremangada, el pantalón salpicado, concentrado en consolar a la mujer con el precioso regalo del agua. Y ella lloró mezclando las lágrimas con la espuma, lloró hipando como los niños, como la niña huérfana que Rodolfo estaba bañando.

Él la envolvió en el toallón, secó con dos o tres movimientos enérgicos el cabello y luego buscó la bata que colgaba tras la puerta del baño. Así la llevó hasta la cama y la ayudó a acostarse. Ella se acomodó en posición fetal y él se recostó a su lado, mientras su mano pasaba hipnótica sobre la cabeza de la mujer.

Cuando despertó, estaba sola y el día había avanzado. El celular estaba apagado. Apenas lo encendió comenzó a chirriar vomitando mensajes, llamadas perdidas. Abrió uno solo, un audio que decía, con esa voz tan especial: *Todo va a estar bien*.

Bajó a prepararse un café. Ramón la miraba con conjeturas, preguntas que no podía hacer y una gran curiosidad.

—El señor…

—Rodolfo —completó ella, dando un poco de alivio al hombre.

—El señor Rodolfo se fue temprano, yo no había cenado todavía. A usted le hacía falta dormir, ¿no?

Mientras tomaba el café, revisó las llamadas. De su hermana había cinco. De Chico, dos.

La esperaban a las cuatro en la casa de sus padres.

Al bajar del taxi le temblaban las piernas. Vaciló antes de tocar la puerta. El perro ladró y el sonido le reverberó en las costillas, quitándole el aire.

—La mami duerme —le dijo Magdalena apenas traspuso el umbral —. Y Chico también.

—No quería venir —dijo Pilar.

—Pero hay que hacerlo —contestó la hermana con voz tajante—. Ya limpié todo, saqué lo doloroso fuera de la vista —dijo refiriéndose probablemente al andador, la silla de ruedas, el orinal.

Pilar tuvo ganas de decirle que adónde lo había acomodado al viejo, pero era un comentario que solo acarrearía discordia.

—Chico lo trajo —explica Magdalena, y Pilar teme haber pronunciado lo que pensó: está tan alienada, desenfocada, como en un sueño—. Del cementerio.

—¿Adónde lo pusieron?

—En el placard. En la caja fuerte. Para que no lo vea mamá.

Magdalena quería que en la habitación de Alfredo no se tocara nada.

—Que quede intacta —dijo—, veremos cuando muera mamá.

Miraba los objetos, los medía con los ojos, hacía inventario de los libros, de las prendas que habían cubierto el cuerpo del que había librado tantas batallas. Todo estaba quieto, como esperando que regresara del baño con su andador o que apareciera milagrosamente sano, pañuelo al cuello. Era difícil, casi imposible, pensar que todo ese hombre estaba encerrado en una cajita de madera allí, en el placard. Chico lo había metido en la caja fuerte, como si después de muerto siguiera cuidando su dinero. La reserva, como él decía.

Pilar se sentó en la punta de la cama. Magdalena cambiaba objetos de lugar sobre la cómoda, y luego abrió las puertas del guardarropa y dijo:

—Todo esto lo daremos a algún geriátrico.

Pilar vio dentro del armario, en el suelo, un maletín que ella le había

enviado desde Francia para un cumpleaños; Alfredo lo había apreciado mucho porque allí guardaba todos sus medicamentos, su tensiómetro, algún par de anteojos de repuesto.

—Cuando dispongan ustedes, me gustaría quedarme con este maletín, yo se lo regalé —dijo.

Magdalena gritó:

—¡El maletín no! ¿Creés que podés venir después de treinta años a llevarte las cosas? ¿Quién te aconseja, el noviecito que tenés?

En ese momento, sonó el timbre. El timbre que usaba Alfredo.

Chico, que estaba parado contra el placard, miró a Pilar.

—¿Vos tocaste? —le preguntó.

—¿Yo? —dice aturdida Pilar—. Ni siquiera sé dónde está.

Magdalena murmura entre dientes un apresurado Padre Nuestro. Chico abre el cajón de la mesa de noche, saca el pulsador y lo toca, lo aprieta: es el mismo sonido que acaban de escuchar. El timbre que azotaba Alfredo en cualquier momento del día o de la noche, pidiendo compañía o auxilio.

Pilar mira a su primo.

—Yo no creo en estas cosas —dice Chico; lo guarda con cuidado de que nada lo roce y vuelve a cerrar el cajón.

Pilar siente que le corren las lágrimas por las mejillas cuando afirma:

—Papá está aquí todavía y nosotros estamos hurgando en sus pertenencias.

Los tres salen de la habitación porque Sofía se está levantando de la siesta. Van a la cocina. Magdalena está haciendo una llamada por el celular cuando entra su madre. Se la ve agobiada, y se sienta en su mecedora. Chico pone la pava para tomar mate, Pilar se sienta cerca de su madre y le toma las manos.

—Me duele el cuello —dice Sofía.

Magdalena, que ha terminado la conversación, eleva la voz y le dice:

—Ya te vamos a llevar al médico.

Sofía le responde:

—No necesito un médico, necesito tiempo, estoy triste.

No termina la frase, cuando el timbre vuelve a sonar, agudo, acuciante, desde alguna parte de la casa.

Chico se levanta y va hacia la habitación a buscar el pulsador.

—Debe ser un falso contacto —dice, y lo agita en el aire pero no se produce ningún sonido—. Es mejor que le saque la batería.

Pilar lo detiene:

—No, todavía no. Dejalo así.

Al día siguiente Magdalena, que se había quedado a dormir con Sofía, le cuenta a Pilar que el sonido del timbre las había espantado dos

veces, y que con Marta decidieron sacarle las pilas.

Pilar quería llevar los restos de su padre al campo de inmediato, pero Magdalena argumentó que mejor a fin de mes, que una de sus hijas cumplía años y que había que preparar bien todos los detalles: los traslados, el alojamiento, las comidas.

Pompa y circunstancias.

Todavía no es un fantasma. Lo van convirtiendo en uno cuando se apretujan unos contra otros y se convencen con una sonrisa: *él está bien, ¿no es cierto? Ya no sufre, no hay dolor, yo lo soñé tan sonriente, una luz intensa, que no era de este mundo, le irradiaba la cara, y saludaba con la mano.* ¿Es así o es el deseo de ellos de creer, armado en el cerebro y transformado en imagen onírica?

Han pasado unos días en los que el ánimo va a la deriva, entre la tristeza y mínimos instantes en los que una sonrisa se cuelga en la boca cuando lo traen vivo, sano, joven, a la mesa de los recuerdos. Suceden dos realidades a la vez, como dos trenes en marcha en vías separadas. Los pasajeros de uno y del otro se ven por las ventanillas; en uno, van las evocaciones, el ritmo de una vida, los gestos, las hazañas de un héroe legítimo, tan propio, y brillan los hechos recién lustrados para la ocasión. En el otro van las horas más recientes, las del dolor, el miedo y la agonía; tienen el color de la madera del féretro, el color de la tierra, que caerá a paladas sobre la urna. Y se vuelven cuidadosos a conciencia, atentos a que los dos trenes no choquen. Sería insoportable que las dos realidades se mezclaran.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Su lugar en el mundo

Atardece. El sol se alarga en el camino y brilla en la punta de las alas de los teros que gritan ante la cercanía peligrosa y reptante de un gato que, moviendo los músculos como sedosa onda, pegado al piso intenta cobrar su presa. Es un juego que Pilar sigue fascinada, cámara en mano, sin intervenir. Ha inaugurado esa costumbre, que espera sostener, de espectadora, sin que las emociones la atraviesen. Saludan los teros bajando y subiendo sus cabezas solemnes.

Escucha el motor de una camioneta. En el muro de la entrada, la que tiene dos pilares de ladrillo, descansa la pala de mango largo. Ya hizo lo que tenía que hacer: cavar el pozo al lado del algarrobo. Un pequeño agujero cuadrado en la tierra arenosa, para contener las cenizas del que primero imaginó este lugar y luego lo llenó con su presencia.

Los ecos de las voces llenan el pasillo. Hay olor a carbonada para las empanadas. Esta noche están solos con él, en alguna parte de la casa están sus cenizas. Pilar cree que va a aparecer en cualquier momento, de alguna manera mágica y atemporal: su figura maciza, su paso firme con las botas, el orgullo campeando dentro del pecho, un orgullo cincelado a golpes de miedo, sueños truncos, metas cumplidas, ese melancólico romanticismo que lo invadía con la música que lo llevaba al centro de su vida. Su otra vida. No la que conocieron ellos. La de ese otro hombre, no el que van a colocar en la tierra bajo el algarrobo sino el que les hizo creer a todos que era inmortal. Una llama inquebrantable ardiendo en esa quejumbre de arterias, de latidos, de moléculas, piel que ya no contiene, como si quisiera huir, salirse del cuerpo, mudarse a otra dimensión, volver el reloj atrás y esperar ese otro tren, al que no se subió. *Un hombre necesita dos vidas para poder cumplir todos sus sueños*, había dicho.

Todos se han retirado a sus habitaciones. Mañana vendrá el resto de la familia. A Pilar, desvelada, se le antoja tomar agua. Ha desistido de hacerse un café, la casa repite los sonidos, hace eco, y no quiere molestar a nadie. Al pasar por la habitación de su madre, escucha su

respiración entrecortada, casi un gemido. Se apoya en el marco de la puerta, temerosa de que realmente a Sofía le pase algo, pero unos instantes después se da cuenta de que está soñando.

¿Qué pesadillas, qué fantasmas acosan a esa mujer que, como ella, inaugura el atroz camino de la viudez?

Hace mucho que su viejita, como Pilar la llama, recorre soledades, saltando sobre los recuerdos como piedras claras en oscuro río. Presente y pasado son un revoltijo del que solo Alfredo podía rescatarla. Lo hizo durante estos últimos años. ¿Y ahora, cómo seguirán con ella?

Desiste de pensamientos tan tristes, sin respuesta, y busca a tientas un vaso. Se sirve agua de la canilla y mientras apura un par de sorbos y reconoce el sabor tan dulce del agua del campo, mira hacia el salón donde en la estufa arden todavía un par de troncos.

Estrecha los párpados; cerca del fuego hay una masa oscura, la silueta de alguien sentado. Se acerca despacio, en la mesa, una botella, y un vaso en la mano del que parece mirar el fuego.

Es Chico.

Arrima una silla sin hacer ruido. El perfil de su primo está fileteado por el resplandor de las brasas. Sin hablar todavía, él levanta la botella y Pilar tira hacia un costado del hogar el resto del agua.

Beben en silencio.

El vino alivia la pena, que les pesa tanto como el silencio. Tras los vidrios de las puertas, la luna enfría las ramas del aguaribay.

—Duele como la puta madre —dice él con la voz amortiguada, y Pilar estira la mano para tocarlo—. La mitad de mi vida la pasé con él.

En la cara de Chico brillan las lágrimas, y Pilar siente que sus ojos lo acompañan como su corazón. Es una sensación extraña, ellos grandes, afrontando esta enorme ausencia, y su mente va como una flecha hasta el día en que murió su abuelo. Había abrazado a Alfredo, que estrenaba su orfandad. No hay edad para ser huérfanos, se había dicho entonces.

Y acá están, treinta años después, sorbiendo los mocos, bebiendo la angustia, soltando el dolor, despacio, como el vapor de una caldera.

Pilar había arreglado las cargas con su padre, el perdón y la compasión le permitieron acompañar a ese hombre, otrora colérico, en sus últimos días. Ella estaba en paz, aunque le quedaran algunas preguntas que todavía nadie había podido contestar.

Pero Chico… No debía haber sido fácil estar tan expuesto a los caprichos, los deseos, las órdenes de ese hombre de carácter que mudaba como el viento.

Él está con la mirada perdida en el fuego y Pilar sabe que hay momentos que no se pueden pasar a palabras, en los que el silencio se

habita por completo hasta que todo encuentre su razón y su lugar.

Apura el último trago de vino, la ayudará a dormir, y dejando un beso rápido sobre la cabeza de Chico, vuelve a su cama.

Mañana será un largo día, vendrá gente, y ella… ella es la mayor. Hay que tratar de descansar.

Las mujeres se están arreglando para la ceremonia de sepultar las cenizas de Alfredo. Es extraño pintarse los labios, trazar una línea siguiendo el nacimiento de las pestañas, ponerse un toque de rubor y de perfume.

Creen que no van a llorar más. Y lo expresan.

Pilar:

—No quiero llorar más.

Magdalena:

—Yo tampoco. Ya lo hicimos, y mucho. Hace doce días que vengo llorando.

Pilar recuerda cómo lo veló en las horas previas a llevarlo al cementerio. La imagen de Rodolfo bañándola como a una criatura se interpone y le subleva los colores en la cara; la desestima y retrocede con su mente a la sala mortuoria.

Lo veló como velan las mujeres a los hijos de la guerra, los soldados, como lo hacen en los pueblos pequeños, donde ella vivió los últimos treinta años: de pie, al lado del cajón. Saludando a cada uno de los que se acercaban, contestando preguntas, brindando consuelo a alguno a quien la noticia había sorprendido. De vez en cuando, ella, la mayor, la que regresó después de tanto para «arreglar cuentas», como decían alacraneando los malintencionados de turno, acariciaba el cráneo amarillento donde el pelo raleaba. Sentía el frío, pero no el del hielo ni de la nieve, sino el de la ausencia, del abandono definitivo. La vida al irse deja el páramo. Una cáscara seca.

Retoca el labial, se arregla el cabello frente al espejo del ropero que la refleja completa. Mientras se da un toque de perfume y el espejo le devuelve su imagen, Pilar mira a su hermana: aunque se han vestido las dos con sencillez, la ropa acusa su buena factura.

Otra vez la muerte aquí, en el campo lleno de vida. Ella sabe que Chico, como lo hizo en la ciudad, ha escondido la urna en alguna parte de la casa.

Se contenta de haber decidido, apenas falleció Alfredo, cremarlo y traerlo para acá.

Sofía, que en el momento del deceso estaba durmiendo en otra habitación con la puerta cerrada, al correr de los días se inventó una historia de conversaciones privadas, de gestos, de respiración agitada y agónica, que la tiene como testigo presencial; hechos que nunca ocurrieron, pero que a ella la consuelan. Por una vez en la larga vida que compartiera con Alfredo, su marido le formula un pedido y toman una decisión conjunta: que lo entierren en su lugar más querido. Todo esto le ha dado a Sofía un especial consuelo.

Pilar se lo plantea muchas veces, y le surge la duda. ¿Y si hubiera ocurrido, en una tremenda sincronicidad de deseos, que ella pensara lo mismo que su padre quería? No podrá averiguarlo nunca.

En Sofía el relato, por lo repetido, se hace carne, se hace bronce, tañido de una campana que repica, el agua que horada la piedra, la persistencia; con la disciplina de los de su raza ella logra construir con retazos, como buena costurera, puntada a puntada el relato colorido de su vida pasada.

Alfredo ha hecho un buen trabajo. Él le dejó esas hilachas de una evocación de gracia, solo los momentos de buenaventura, de risa, de compañía. Las miserias, los estragos, le han quedado a Pilar para que complete los casilleros como una adivinanza, a veces curiosa, a veces aterradora, divertida o macabra, con los chispazos que le da Sofía, con su propia experiencia y con lo que le contarán sus tíos. La memoria es luz, o baba gelatinosa, que llena las fisuras, que acolchona el dolor o lo exacerba. Tela por tela, como pelando una cebolla con la incertidumbre de la espera, hasta llegar a la matriz nacarada o al fétido punto en que comenzó a pudrirse de adentro hacia afuera.

Chico entra a la habitación con la urna en los brazos. Su semblante acusa una tristeza solemne, se permite ese caer de las cejas, el ceño, las comisuras de sus labios que tiran hacia abajo. Pilar se acerca, toca la caja y deposita un beso sobre la madera oscura. Magdalena suelta el llanto y de inmediato lo sujeta.

Se escuchan voces, han llegado los hijos de ambas, y Pilar se esconde en los brazos de Noah y de Irina. ¡Están tan bellos, tan estupendos, qué alivio siente al tenerlos aquí! Y orgullo: es grato mostrarlos; vienen de lejos, no han compartido tanto con este lado de la familia, pero tienen esa mezcla de sangres que atrae las miradas. Pilar lo sabe, y secretamente lo disfruta. Siente emociones encontradas, dichos y mandatos que la tironean desde el pasado, como si no hubieran transcurrido los años. *La sangre y la tierra, Pilar, el mejor legado.*

Afuera el día brilla. Magdalena ha dispuesto una mesa con un

mantel blanco cerca del algarrobo, donde el pozo que cavó Chico con el peón estremece por su significado. Hay un candelabro, un misal, las estampitas que Alfredo estrujó, leyó y besó en sus horas de soledad y de miedo, que Magdalena leerá en voz alta delante de la gente que ya está llegando. Los autos reflejan los rayos de la mañana, como la pala de mango largo que ha quedado apoyada en la pirca de la cerca.

Catalina tiene los ojos enrojecidos, y se prende del brazo de Eugenio. Pilar sabe que es un duro golpe para su tía: el único familiar con el que hablaba y se llevaba bien, es ese que van a sepultar. Difícil el trago de enterrar a los que fueron testigos de nuestra vida. En cierta forma, algo de nosotros muere con ellos.

Mientras todo esto pasa por su cabeza, Pilar se acerca al algarrobo y toma la palabra. Por alguna razón, hace muchos años su madre le había dado un sobre con un mechón de cabellos dentro, un grueso montoncito de cabello castaño. Decía la fecha y el nombre de su padre y un lugar: La Algarroba. Era de la primera vez que pelaron a ese niño, que se convirtió en el hombre que hoy enterraban. Pilar dijo:

—Pongo tu cabello con vos, viejo, deben estar juntos, quizás porque alardeabas de ser el único Montero que conservaba la cabellera.

Y el sobre golpeó blandamente sobre la urna. Dio un paso hacia atrás. No olvidará ese momento: el sol que brillaba con la luz de mayo, el algarrobo que aún conservaba el suave verdor y el particular color del cielo sin nubes, quieto como el molino. Todo hacía silencio. Hasta el breve zumbido de los insectos parecía haberse llamado a sosiego. Y ella habló, llenando el aire de palabras enjundiosas, rotundas, al describir lo que había allí, en ese lugar, mucho tiempo atrás.

—Nada —dijo—, nada. Solo monte y tierra. Mi padre construyó todo, con esfuerzo, en sus fines de semana, y mi madre con él. Cada planta, cada ladrillo, postes, tranqueras, con el esfuerzo de un hombre dispuesto a tener su lugar en el mundo. Por eso aquí debe descansar.

En el espacio breve cuando Pilar calla, Chico es el primero en tomar la pala. La levanta con fuerza y violencia, tres, cuatro paladas llenas, y van cayendo la greda, la mica, la arena, esa mezcla de la tierra norteña pegando sobre el brillo lustroso de la urna. Cada uno de los que están más cerca arroja un puñado; ella no, ella ya lo ha despedido de otra manera.

Pilar ha puesto el grabador apoyado en el dintel de la ventana del living que da a la galería para escuchar la canción que tanto le gustaba a su padre: *At the Balalaika*. La melodía se esparce por el aire y les roza las espaldas, mientras la tierra suelta se desmorona en minúsculos aludes bajo la piedra blanca que se puso para marcar el lugar, hasta que trajeran otra grabada con una serie de signos para dejar a las

miradas ajenas el testimonio de una vida y de su final.

La música arrancó lágrimas a Pilar, porque sabía lo que significaba para su padre. Levantó los ojos del suelo, anegados en llanto, cuando vio a alguien de la familia que estaba tomando fotografías.

—¡No tomes fotos, no en este momento! —bramó su voz, desconocida, y la persona a quien ella había increpado retrocedió con la cabeza gacha.

De pronto, como si un demonio quisiera jugar con ellos, la misma canción comenzó a sonar de manera vulgar y vertiginosa en otra versión que nadie había elegido, provocando asombro y molestia. Luego la sonrisa reemplazó al malestar.

Todo era tan bizarro… La tumba, las oraciones y el penetrante olor del asado y las empanadas, que llegaba en oleadas desde atrás de la casa.

Al terminar la ceremonia, Catalina se le acerca y tomándola del brazo en afectuoso gesto, le murmura al oído:

—Parecías el abuelo Pancho cuando lo frenaste al zonzo ese.

Pilar siente el halago del elogio, que viene de la admiración por el jefe de la manada. Pero también una punzada de miedo.

Antes de reunirse con los demás, va hacia donde está su primo, el que ella ha retado, uno de los hijos de Nacho, el hermano de su padre, y le pide disculpas. *No quise ofenderte, es un momento difícil.*

Ha visto a sus hijos caminar entre los árboles, departir amables con sus familiares. Son elegantes y seguros de sí mismos. A Noah lo encontró mirando las fotografías que estaban sobre la estufa, retratos pequeños, algunos de ella y de Magdalena y varios de Alfredo: Alfredo entre las vacas o en el potrero; Alfredo con una pierna subida al bebedero con las botas de caña alta, pañuelo al cuello y mirada de patrón. Pero hay una donde la expresión se ablanda y las manos se estiran para acariciar a su perro. Un perro que entró a su vida para cambiarla, para enseñarle a sentir compasión, amor, lealtad. Alfredo estimaba en alto grado la lealtad. Escasa moneda, decía. Noah está ahora leyendo los títulos en los lomos de los libros de la biblioteca.

—Uno es lo que lee, ¿no? —dice.

Las letras doradas hablan de emperadores, de caudillos, de jefes de Estado y de amores grandiosos. Hay muchos libros de filosofía, esos que intentan descifrar los misterios de la vida, y aun así, piensa Pilar, el misterio mayor, el último, se ríe de nosotros, de tantas páginas escritas, de toda la información incorporada.

—Tantos libros leídos por él y por mí, hijo, y alguna de mis dudas

me las despejó el sonido de un timbre.

—¿Qué timbre, mamá? —inquiere Noah curioso.

—Vamos a caminar —lo invita.

Caminan hasta los corrales, y apoyándose en la tranquera le cuenta.

—Cuando tu abuelo murió, esa misma mañana, él aún estaba en su cama, le dije a Magdalena y a Chico que lo íbamos a cremar y que lo llevaríamos al campo. No era hombre de cementerios. Y ellos aceptaron. Al otro día nos reunimos para hablar, estábamos en la pieza de tu abuelo, cruzamos con Magdalena algunas palabras y sonó el timbre que él usaba para llamarnos. Tres veces sonó entre la tarde y la noche, como advirtiendo sobre nuestra conducta.

—¿Y eso te hizo creer, o tener fe? ¿En qué, Mam?

Pilar miró el perfil de su hijo, abstraído en los terneros del corral, y sonrió. Era muy parecido a Ari, pero había en él parte de Montero, cierta ingenuidad descarnada que podía confundirse con cinismo, pero que ella sabía que era solo una postura después que la tragedia los golpeó.

—Yo creo que el abuelo tenía algo que decir todavía. Es más fácil creer que él tardó en irse, a creer que Dios existe, o un paraíso —Noah estalla en una carcajada—. No me mires así, vos me contaste lo aferrado a la vida que estaba —agrega al notar la expresión sorprendida en la cara de su madre.

—¿Viajaste bien? —le pregunta Pilar.

—Tres aviones, junté millas de viajero, y algunas escalas un poco incómodas, pero aquí estamos.

Irina viene hacia ellos. La que había sido una niña frágil, de huesos pequeños, se había transformado en una hermosa mujer de contextura fuerte, distinguida. Tiene una entonación nasal al hablar que la hace graciosa. Y engañadora. Sus pacientes saben que detrás de su voz aniñada hay una médica de temple. Confían en ella, como confiaron en su padre. Es agradable a la vista con sus pantalones tejanos, botas, y un chaleco con dibujos en la espalda. Pilar le dice:

—¿Y esa ropa?

Irina, haciendo una traviesa reverencia, contesta:

—Mam, en París encuentras lo que quieras, y quise estar a tono.

Los brazos de Pilar se abren para contenerlos a los dos. Irina acerca la cabeza a la de su madre, y afirma:

—Ahora los tres somos huérfanos. Compartimos eso.

Parece más luminoso el aire, como si se limpiara, cuando regresan hacia la casa.

—Mañana nos vamos —dice Noah, incluyendo a su hermana.

Deben haber hablado entre ellos. Los mellizos están tomando sus

decisiones, y ella sabe que vuelan sus propios cielos aunque sientan que todavía, en parte, necesitan a la nave nodriza.

Sabe que dolerá, que verlos irse será otra vez la espina que no deja de hincarla, pero eso se compensa con la alegría de saber que buscan su lugar bajo el sol.

—¿Qué vas a hacer ahora, Mam?

Noah pregunta de frente, sin miramientos. Ella demora un poco, piensa, pero en su cabeza las frases no terminan de completarse. Irina la abraza, y le dice:

—Todo va a estar bien.

Pilar la aprieta contra su pecho. La perturba esa madurez, y la similitud de su frase con la de aquel otro que aún no ha puesto a consideración de sus hijos.

—Y si hay alguien, nos cuentas, que no seamos los últimos en enterarnos.

Pilar siente que le sube la sangre a la cara, tose, es ingrato el momento.

—¿Quién les ha dicho eso?

—Tía Magdalena —le responde Irina.

—Solo tengo un amigo, que me ha venido muy bien en estas soledades. Magdalena inventa, le gusta el chismorreo, es todo.

—No te enojes, no esperamos que te pases la vida llorando por papá. Está bien que estudies tus opciones —dice Irina, pero Pilar es consciente de que a Noah el tema le está resultando incómodo.

—Cuéntenme de ustedes.

Noah aprovecha para describir el lugar donde vive, y las maravillas que encuentra cuando baja a las profundidades del mar.

—Hay que esperar la temporada, pero me sostengo con lo que hago. Soy camarero, paso música, vendo pan en la playa. Hay trabajo para el que se las rebusca —dice.

Su hermana, acomodando el cabello que el viento le trae sobre la cara, toma la posta:

—La gente me pregunta cuándo vuelves. Madame Duclos, la viuda del panadero, viene a darme una mano, limpia la casa, me deja comida preparada, y hasta a veces, oficia de secretaria. ¡Y me mantiene al día con todo lo que sucede en el pueblo!

Han venido riendo, y sin darse cuenta, están ante el algarrobo. Se callan, un poco avergonzados, pero no desarman el abrazo. Miran la tierra removida, la roca blanca que sacaron de un cantero. Pilar les comenta:

—Buscaremos una linda piedra en el cerro Colorado, y la haremos grabar. Quedará bien, con su nombre, las fechas y una frase que me

gusta mucho: Su lugar en el mundo.

—Bueno —dice Noah—, ¡él ya lo tiene, nosotros lo seguimos buscando!

No hay modo de mantener la compostura con este hijo, piensa Pilar, y en secreto, agradece que sea así. La esperanza comienza a germinar en su ánimo.

Es la siesta y todos duermen un rato. Pilar está en la sala, mira los libros y repite en voz baja los títulos, los nombres escritos en el lomo o la portada: Maximiliano Juárez, Chapultepec, Luis XV, Felipe II, César Borgia, Victoria de Inglaterra, José de San Martín, *La dinastía Churchill*, *Molière, vida y obra*, *La última emperatriz de la China*, *Malvinas, la trama secreta*.

La golpea ese título, como un oleaje que la arrastrara en el recuerdo, y tiene que sentarse.

Nunca se habían llevado bien con su padre. Su divorcio de Ismael solo había echado más leña a un fuego encendido entre las palabras no dichas y las miradas de reprobación de Alfredo, el silencio de Sofía y su propia conciencia, la estúpida culpa que la acuciaba por su impenitente rebeldía. Un abrazo, un solo abrazo cuando murió don Pancho, y no se lo dio Alfredo a ella, solo reposó un momento su orfandad estrenada en los brazos de su hija. Después, el vértigo, la persecución de Ari por Tristán, el Coronel, y las peripecias para sacarlo del campo sano y salvo rumbo a otra geografía. Ella se quedó en la estancia para ser testigo de la muerte del militar en manos de su propia mujer, desvariada criatura inmersa en el dolor de la pérdida de su único hijo. Ella se quedó para sacar a la luz los secretos más terribles, horrendos, la muerte de Lisandro, el suicidio de Merceditas, y para presentar en sociedad el fruto oculto del romance desgraciado de esos dos: Chico, el de la cueva.

Luego vino su viaje y todo lo nuevo, y no mirar para atrás. El amor de Ari, el nacimiento de los mellizos, el pueblo en Francia y su encantada cotidianeidad la absorbieron. Hasta el día que la radio, los diarios, la televisión, anunciaron la locura: un militar —otro, otra vez —, envuelto en vahos de alcohol, había declarado la guerra a Inglaterra por las islas Malvinas. David y Goliat. Pero David moriría en el barro, mordiendo el miedo, clamando a gritos por su madre. Frío, desolación, injustas bajas de una contienda encarnizada.

Sentada en el sillón de la sala, acá en el campo, al leer el nombre de las islas nunca recuperadas recuerda la conversación con su padre.

Al enterarse de la insensata declaración bélica, lo había llamado por teléfono, y, después del saludo y sin muchos preámbulos, le dijo

espantada:

—¡Papá, qué horror esta guerra!

Las palabras de Alfredo fueron un navajazo en su oído, cruzando el océano que los separaba:

—¡Ya van a ver esas mierdas!

Suspira, su cabeza apoyada en el sillón. Desde allí ve, a través de la ventana, el jazmín festoneando la galería, y más allá, el algarrobo con la piedra de la tumba. ¡Todo es tan inútil! Cenizas de palabras, cenizas de un hombre, el pasado y sus desencuentros, un montón de cenizas. Se levanta y tratando de no hacer ruido abre la puerta al aire frío, a la libertad.

El perro de Alfredo corre delante de Pilar, negro, la cola en alto. Al pasar bajo el algarrobo, sin que ella pueda impedirlo, olfatea y levanta la pata. Tres hilos de orina oscurecen la piedra.

Despega el acto de todo dramatismo y sigue caminando; el perro, de vez en cuando, se detiene y la espera. Ella se sienta en un tronco grande seco y el animal se le acerca. Lo mira a los ojos: en esa aterciopelada negrura se refleja el rostro del confinado, el abate del conde de Montecristo.

Le llamó la atención que su padre tuviera un perro; nunca le había conocido mascota, ni un cariño especial por ningún animal. Había un perro en el campo, se llamaba Piedrita, que despertaba en Alfredo cierto sentimiento de compañía cuando iba a la estancia. Pero a este, al Negro, instalado en la casa como el jefe de la manada, desnudando los dientes desde debajo de su cama, mordiendo alguna vez a los cuidadores, y a Sofía, y a él mismo, herida tras herida en esa piel de papel quemado por la vejez y el deterioro infernal, a este no se lo podía tocar. Era su compañero. Loco, ladrando enardecido en la cochera, apaleado a veces por una Sofía iracunda, harta de almohadones despanzurrados, de meadas en el comedor o en su cama, de ver sus pantuflas mordidas por ese desgraciado que montó su fuerte y se instaló a dentelladas mientras el patriarca lo alimentaba con los restos de su comida. Compartían la comida. Y el exilio. Eran los desterrados.

Pilar siempre pensó que cuando su padre murió deberían haber matado al perro y enterrarlo junto a él bajo el algarrobo nuevo.

Pilar y Sofía caminan despacio hacia la tumba. El árbol y la piedra blanca señalan el sitio.

—¿Ahí está? —pregunta Sofía.

—Sí —le responde, y su madre se quiebra, se achica, se encorva, y dice:

—Cuánto te extraño, por qué me dejaste sola. Es muy triste —y se le llena de sollozos la boca.

Un rezo se desliza y se desarma en el aire de la tarde, que se ha puesto muy fría. Hay viento norte, y sin embargo, se estremecen las dos. El ocaso contra la sierra desangra preguntas sin respuestas.

—Él está mejor ahora, ya no sufre, fueron muchos años —le dice, se dice Pilar mientras regresan hacia la casa.

Los que quedan imaginan consuelos que se inventan, pura ilusión para no morirse de miedo.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

El hombre se hace árbol

Pilar ha salido a caminar. Le hace bien, la centra, y sus músculos agradecen el esfuerzo; esos recorridos le limpian la mente y su espíritu encuentra un sosiego que busca con anhelo.

Las sierras brillan, y una sola nube hace sombra sobre la ladera hasta que el viento la desliza hacia el norte. El paisaje se recupera de la invasión de gente y automóviles. Cada uno ha regresado a sus cotidianos afanes. Sus hijos ya se fueron, una a Francia, otro al enclave verde en el Pacífico. Se despidieron como adultos, quizás ella era la más vulnerable de los tres.

Magdalena se encargó de llevar a su madre de regreso a la ciudad, con su cuidadora, y Chico y ella se quedaron en el campo un poco más. Los despidió desde la galería, y vio algo extraño: Sofía, sentada en el asiento de adelante, sacaba el brazo con la mano en alto hacia la tumba de su marido.

Luego Magdalena le contó por celular, llamándola desde una estación de servicio donde se detuvo a cargar combustible, lo que había dicho su madre:

—Levantó la mano saludando, viste que andaba aturdida por tantas emociones… Pronunció el nombre de papá, todos los nombres, dijo: «Adiós, Alfredo Francisco Montero Manso». ¡Y soltó la cabeza hacia el pecho, y se durmió más de cien kilómetros! ¡Te juro que pensé que se había muerto!

Cuando finaliza la llamada, Pilar reflexiona y ruega que le duren a su hermana estas ganas de compartir un poco, de unirse, y que no sea solo la ramplona sensiblería que tiñe los sentimientos de una pérdida.

Ha llovido. Brilla el pasto con el sol de la tarde, todo el paisaje tiene un aire renovado por la bendición del agua. El viento sopla llevándose las nubes grises, dejando un cielo veteado de blancos rutilantes. Los árboles levantan sus brazos oscuros, y cerca de los pies de Pilar, donde está sentada en la galería, una mariposa de alas negras y doradas gira y gira y abanica el aire en su volar. Respira hondo y el campo, ese olor tan nuevo y tan viejo, se le mete por los pulmones y baña cada uno de los rincones de su cuerpo. Mira hacia el algarrobo, la piedra luce más

blanca con la lluvia, y pequeñas flores silvestres honran la tumba de manera sencilla. Le dan ganas de llorar, por ella y por él, por el aire que no respira de ese entorno donde fuera tan dueño, donde su esencia cobraba identidad.

Camina hacia los corrales, pasando al costado de la tumba. Le cuesta esa palabra, preferiría decirlo de otro modo, pero no lo encuentra. Sitio donde reposan los restos, las cenizas…

Los gritos de los teros la rescatan de las absurdas cavilaciones, y a los teros les siguen un par de lechuzas de cabezas nerviosas y enormes ojos que parecen ir tras ella cuando pasa a su lado. El árbol solitario de la primera loma se refleja perfecto en un charco en medio del camino. Vuelve sobre sus pasos y se acerca al potrero donde están los caballos. A ella los caballos la tranquilizan, esa fuerza contenida tras el pelaje, los enormes ojos y la mirada espejando un pedazo de paisaje.

Chico viene desde el galpón. Lo ve atareado en poner una montura al moro y decide no molestarlo. No la ha visto, y ella va hacia el sendero estrecho pasando la tranquera y subiendo la loma.

Le gusta este lugar, lo conoce desde niña, esta tierra formaba parte de la estancia grande, que luego de la muerte de su abuela Isabel dividieron entre los hermanos. Don Pancho se enfureció, pero no tuvo más remedio que darle su parte a cada uno de sus hijos.

En su primer viaje, cuando —luego de irse a Francia— pudo regresar a un país que aún llevaba las huellas de la dictadura, comprobó que Alfredo y Nacho, junto con Machingo, conservaban andando La Algarroba. Pero Alfredo tenía su trabajo en la ciudad. Aurora y Catalina, con sus esposos y sus hijos, también armaron una vida, y Nacho comenzó a dilapidar lo que había quedado. Decidieron vender, y la mítica estancia pasó a otras manos. Pilar, al enterarse, sintió una pena inmensa: partes muy importantes de su vida habían transcurrido en la casa de su abuelo.

Tiempo después, en otro de sus viajes a la Argentina pudo conocer lo que Alfredo había construido en ese pedazo de campo donde el tanque australiano y el molino fueron testigos de días felices. Pilar prefiere, y elige, recordarlos así, aunque su vida tuvo un drástico cambio aquel verano del ’53. La evocación la lleva a esa madrugada, donde como un hechizo encaminó sus pasos hacia abajo, hacia los corrales. El abrazo de don Pancho levantándola como a una muñeca rota y llevándola al refugio de su cama, no tuvo la fuerza suficiente para ocultar lo que había visto antes: su tía más joven colgando de los tientos de cuero, meciéndose con los pliegues del camisón al viento.

Hoy, cuando aspira profundo el aire picante de mayo, entre tantas vidas y tantas muertes que quedaron en el pasado, esa imagen duele

aún por ser la primera. Merceditas fue su primera muerta, y de eso, uno no se salva.

Cruje el camino bajo sus pies, el mismo sonido de arena rojiza. Solo ella ha cambiado.

Deambula, se agacha para que las ramas espinosas no la hieran, su oído percibe el canto de los pájaros; los reconoce a cada uno, vivos en su memoria.

Cuando entra en el monte más tupido el tiempo se detiene. Las voces, zumbidos, aleteos imperceptibles; allá donde los árboles se cierran en celoso encaje, las voces son más claras. Y llegan todas juntas, y la llaman en un encantamiento peligroso. Es tan fácil dejarse llevar… *Pilar, venga para acá, traiga un vaso de agua a su abuelo. Pilar, Pilarcita, ¿quiere que le haga una trenza?* Y María aparece con su protectora figura. Ahora el viento trae el sonido de la guitarra de Nacho y el piano de Isabel, y la voz enérgica de Sofía llamando a comer. Un poco más profundo, se dibuja un gemido, una cuerda que se corta, el alarido de un hombre, relinchos, y susurros de amor pasional y primitivo sepultados tras una tremenda explosión.

Pilar quiere salir del monte, tropieza, el pantalón se le ha rajado, se ha lastimado la rodilla. Quiere volver al camino. Asustada, por un momento mira hacia arriba, hacia el cielo limpio, y reacciona. No es el caballo que la volteó aquella vez, no está el Coronel ni la cueva donde pasaron tantas cosas.

Cruza el alambrado. Chico la ve y se apura para llegar hasta ella. Ha reparado en la rodilla que sangra.

—¿Qué te pasó? —se alarma, y en su voz hay un leve y cariñoso reproche.

—No es nada, un raspón, por andar haciéndome la jovencita.

Se toma del brazo del que se ha convertido en su amigo y confidente, como el hermano que no tuvo.

Dentro ya de la casa, él busca los elementos y le limpia la herida.

—No es profunda, el pantalón recibió la peor parte —le dice sonriendo.

A Pilar se le van las manos para acariciar esa cabeza gacha, esa mezcla perfecta entre la dulzura de Merceditas y la firmeza del cantor asesinado.

Se contiene. Mientras él guarda el desinfectante en un botiquín, ella le ofrece:

—¿Querés que cebe unos mates?

—No vendrían nada mal —contesta Chico.

Pilar coloca la pava sobre la hornalla, vacía el mate frío y acomoda la yerba nueva. Él va trayendo leña que coloca en el asador y en el

calefón de afuera de la casa. Es habilidoso y pronto se entibia el lugar, ese quincho que a Alfredo le gustaba tanto.

Esta casa no tiene los misterios de La Algarroba, es más clara, más aireados los ambientes, un buen refugio, confortable para el cuerpo y para el alma. Cada puerta, cada ventana, pintadas de un bonito verde inglés, las paredes blancas, los ladrillos en la vereda dando toda la vuelta a la casa, hablan del esfuerzo de quien la construyó.

Se sientan a conversar. Pilar acerca todas las cosas del mate mientras las llamas crecen en el asador que está dentro del quincho. Ofrece el mate con un copete de espuma, y él exclama:

—¡Así da gusto!

—No te confíes, que es el primero, vaya a saber cómo saldrán los otros.

Los dos se ríen. Pilar piensa en qué clase de hombre se ha convertido su primo; nada está como lo recordaba, nada es estático, ni siquiera el paisaje, tan idéntico a sí mismo: dos incendios grandes devastaron el monte y dejaron los árboles negros, suplicantes y huérfanos de pájaros. El verde volvió, pero entre lo nuevo asomaban las oscuras ramas, locas esculturas después del desastre. Sin embargo, el entorno le brinda a Pilar certezas, sonidos tranquilizadores, las loras chillan igual que cuando ella era una niña, las lagartijas, los chelcos, mimetizados en el verde o en el tronco gris de los árboles caídos, el aguaribay de sedosas ramas y miles de minúsculas florcitas en el suelo.

Este es un mayo extraño. La noche anterior hubo una tormenta furiosa de viento y refucilos y amaneció frío, ventoso, húmeda la tierra, vacíos los potreros; los animales no bajan al agua, solo un caballo blanco ramonea entre los árboles de atrás de la casa, de puro goloso, porque el pasto no falta.

—Andamos pensativos, ¿no? —La voz del que le alarga el mate vacío la vuelve a la realidad.

—Este lugar me produce ese efecto —dice Pilar—, un sosiego que me permite pensar, reflexionar.

—A don Alfredo le pasaba lo mismo.

—¿Don Alfredo? —pregunta sorprendida—. ¿No le decías tío?

Chico atiza los troncos y demora un momento en contestar.

—No me nació nunca… Tampoco él me lo propuso, estaba bien así.

Repentino, el recuerdo la sorprende: Nacho, a su padre, a don Pancho, le decía «señor».

A Pilar le pica la pregunta en la punta de la lengua. Por fin la suelta:

—Chico, ¿qué nombre te pusieron?

Es un terreno peligroso el que transitan sus palabras, pero el fuego es tan vivo que la intimidad se crea alrededor de esos dos seres a

quienes el destino, o como quiera llamarse, ha unido en extraños momentos de sus vidas. Este no es el muchacho asustado y tartamudeante que Pilar conociera en la cueva hace treinta años.

Chico sorbe la bombilla, acomoda otros troncos y vuelve a sentarse. Sus manos por un momento se quedan quietas, pero no saben estar ociosas.

—Siempre me llamaron Chico, me lo puso la mujer que me crió. Ella, dentro de su sencillo modo de vivir en un pueblito de Santiago, mantuvo unida a su familia. Si la miro desde la experiencia que tengo hoy, es una etapa que puedo llamar primitiva, casi animal. Comer, dormir, pelear, defenderme, y luego venir a La Algarroba, donde María se encargó de mí. Fue una buena mujer, me llevaba la comida y me enseñó un par de cosas de la vida. Ari también fue un compañero con quien me encariñé. Por años anduve rondando cerca de la casa, de las fiestas, de la risa que llenaba la galería, el olor de los asados cuando espiaba entre los árboles. A veces veía a las mujeres, a las tías, o a Celeste y Magdalena, y se me quedaban prendidas en la retina. Una mano en el aire, el brillo de un cuchillo, la nariz aguileña de don Pancho, y en los corrales, el pelaje de los animales, los caballos. Machingo sabía que yo andaba cerca pero nunca me delató. Cuando estaba en la cueva y apareciste, y vi tus ojos, ese día, como cuando llegó Ari y de pronto éramos dos en ocultarnos, entendí que podía haber otra vida. Fuiste muy valiente, Pilar, al acostarme herido en la cama de don Pancho a solo horas de su muerte, y declarar mi identidad delante de todos. En ese entonces yo era solo un muchacho asustado, viviendo otras experiencias de tu mano y la de Ari.

Se ensombrece la expresión de Pilar al oír el nombre de su esposo, porque arrastra caras y recuerdos. Y ella ya no quiere.

—Perdón —dice Chico—, te hice poner triste.

—No, no, ya pasa, es natural. Ya no duele tanto, o mejor dicho, duele de otra manera. En algún punto se acomoda, pero a veces es como cuando buscás con la lengua el nervio del diente herido. Seguí contándome —le pide.

Necesita saber qué pasó en todos estos años. Siente cierta culpa, un reproche sordo que le pulsa adentro por no haber tenido registro, solo datos sueltos, titulares de un diario que no se abría para leer hasta las letras más pequeñas. El paraje tranquilo, la otra vida que anhelaba, que cumplió con Ari y con el nacimiento de los mellizos, era completa. ¿Para qué ocuparse de todos los que habían quedado aquí, tan lejos?

Sabía que Alfredo le había dado estudios a Chico, y que los especialistas le habían devuelto sus sentidos dormidos. No era tonto, sino que nadie se había ocupado de él.

—¿Mi viejo te enseñó a manejar las cosas del campo? —pregunta acercándole otro mate.

—Muchas cosas las aprendí en la escuela técnica, siempre me gustaron los animales, los caballos, y Machingo me enseñaba poniéndome a trabajar.

Pilar insiste.

—¿Y papá, qué te dio?

Chico la mira sereno y contesta:

—Los libros. Alfredo me dio los libros.

Ella se estremece. Los dos han recibido el legado: la tierra para poner los pies y las alas que desde los libros los hicieron libres. Sujetos a destinos atados a veces a vidas ajenas, pero con un corazón solitario y valiente, ese que los trajo hasta aquí.

Sin continencia, Pilar se levanta y lo abraza como hermanos. Ella sabe lo duro que es ser la que se fue, tanto como ser este, el que se quedó.

Chico se suelta, algo turbado, y le dice:

—Sobre lo que me preguntaste, me llamo Jesús. Jesús Montero. Cuando me hicieron los papeles, les dije ese nombre. Así se llamaba el hachero santiagueño que me crió.

Pilar va hacia los corrales, las vacas mastican de un lado hacia el otro su modorra. Las loras alborotan el cielo y dejan huellas de espina en la tierra. Una vaca come las hojas más bajas del algarrobo, su lengua pálida y ancha las abraza húmeda, corta y traga, corta y traga. Hay cierta brutal sensualidad en el primitivo acto. Se queda quieta. El viento le trae el murmullo entre las hojas, el canto sutil del pájaro más pequeño. La luz del poniente cruza la copa del algarrobo; es bueno pensar que el hombre se hace árbol, las cenizas que abonan el terreno, allá abajo un mundo que bulle, que amenaza y que protesta cuando clavan la pala para poner otros árboles que acompañen al del muerto, nunca tan vivo. Crece en las ramas y en la memoria, y de tanto contar cosas de su vida, se incorpora al paso de los otros. Y sabe que no está allí, en el territorio de las hormigas, los alacranes y las sabandijas, entre raíces y oscuros meandros buscando el árbol, escondrijos de secretos e innumerables muertes.

No. Él ya ha volado.

Plantamos árboles como sembramos amor y recuerdos: para otros, piensa.

Uhuhuh, las palomas se pasan el santo y seña, y el cuaderno donde escribe se llena de hojas mientras se quiebra el silencio astillado de

mugidos y el balar de las ovejas.

Con Chico y el peón plantamos un roble y un níspero, los trajimos con todo el pan de tierra porque estábamos fuera de época, pero le hicimos una buena cuna de guano de caballo y tierra de la represa, confiando que iban a presar. Tuvimos que prender una fogata en el hueco cavado para el roble, por los millones de huevecillos y de hormigas enloquecidas que corrían de un lado a otro, un desbande incierto, con todas sus estructuras abatidas. El fuego las diezmó, y se elevó la humareda acre y espesa. Esperamos un poco hasta que solo quedaron en el borde del agujero. Por la tarde, después de la quema volvimos. Ahí estaban otra vez, buscando nuevas vías, nuevos senderos, sin contar las bajas, solo instinto para seguir. Por un instante fui hormiga, con todos los descalabros que la vida ofrecía, por el tembladeral en que muchas veces amanecimos, buscando con desesperación una rama, la parte menos escarpada de la montaña para arrastrarnos, y subir, y volver a ponernos de pie. Quizás ese era el secreto: no contar las bajas. Muchas, tantas. Duelen.

Un silbido la distrae. Es un cachalote de plumaje rojizo, la patita y el ojo bravo, y unas plumas aguerridas graciosamente apuntando hacia adelante. El campo tiene ese poder sobre ella, abarca sus sentidos, la doblega y se expande en su interior, llenando con su paisaje cambiante los huecos que dejan los ausentes.

Qué pena me da, saber que al final de este amor ya no queda nada… Pilar escucha el sonido desde el camino, el viento trae tonos deshilachados y en cada loma, al subir y bajar, se hacen más nítidos. Cuando cruza la tranquera, que estaba abierta, la música cesa.

Ve pasar a Chico por el costado de la casa, entra en la sala y va directo hacia el quincho. La guitarra, que solía dormir quieta en un rincón, está apoyada sobre la mesa.

Se vuelve hasta la cocina, donde él está poniendo la pava al fuego.

—¿Estabas tocando la guitarra? —le pregunta.

Él demora en contestar, las manos tienen vida propia en el ritual de preparar el mate; ella lo espera y se encuentra en sus ojos por encima del mate que él le invita.

—Sí, a veces le arranco algunas notas —responde, avaro. Las palabras se deslizan en su boca y hacen que Pilar espere ansiosa el resto.

—¿Quién te enseñó, si se puede saber? —pregunta mientras devuelve el mate.

La yerba recibe golosa el chorro de agua hirviente, se hincha, se esponja y burbujea espumas hasta el borde. Después del primer sorbo,

Chico sabe que no puede escapar, que Pilar lo urge con su mirada, con la postura de su cuerpo, inclinada hacia él, atenta. Los dos han terminado por sentarse en la galería. El sol azota en esta hora en que ninguno hace el amague de pensar en la comida; ya sería tiempo del almuerzo, pero el mate llena esos espacios y es mejor esto, lo que están haciendo, acercándose al borde del espejo donde nos miramos todos.

—Nacho. Nacho me enseñó —responde Chico.

Y tu padre puso el resto, piensa Pilar.

Lisandro, y las notas en el viento, y Merceditas encendida de amor. Un amor tan desgraciado, tan matado apenas brote, un amor que nació desaforado desafiando el férreo látigo.

Pilar piensa que si fuera la hora del atardecer, cuando el sol se esconde al frente de los potreros y se refleja como un incendio en las dos lomitas de atrás de la casa, ella se atrevería. En la penumbra que se va acercando, le pondría una mano en el brazo a Chico, acompañando con la intimidad del gesto le preguntaría: ¿Sabés la historia de tus padres?

Chico la mira, sus ojos tienen una veladura mansa, y Pilar se da cuenta de que tiene su mano apoyada en el brazo del hombre, que la silla está muy cerca —ni recuerda haberla arrimado— y sabe, por esa mirada que la escruta, que en el luminoso mediodía, restallante de sol, de verde, ella ha dicho lo que estaba en su corazón.

—Perdoname —intenta disculparse—, no sé qué me pasó.

Él está cambiando el paso a la yerba, mueve suave la bombilla, y el chorro de agua corta el momento incómodo. Chico no se lo ofrece, sorbe con fuerza, como si en el mate, en ese gesto, hubiera algo muy importante. Está mirando distraído, o ensimismado, el paso veloz de un chelco que cruza sobre los ladrillones de la vereda.

—Sé lo que me contó Machingo. Que él se llamaba Lisandro, y que se fue. ¿Y vos qué sabés? —le devuelve la pregunta a una Pilar que todavía no termina de entender cómo las palabras escaparon de su boca.

—No me hagas esto —le suplica.

—Yo no abrí la puerta —le contesta Chico, alargándole un mate—. De todas maneras, no quiero incomodarte, no es tan grave. Cuando nací, me llevaron lejos porque era la vergüenza de la familia, y cuando ya no me pudieron tener más los que me criaron, vine al campo, a la cueva. Allí te conocí y allí sentí el cariño de Ari y el tuyo. Es lo que sé.

Pilar recuerda haber acorralado a Machingo hasta que no tuviera un resquicio para escaparse y pudiera soltar el secreto que le quemaba en el pecho.

Y comienza a contar.

—Tu papá llegó a la estancia, venía desde Santiago acompañando a un amigo de don Pancho. Guitarrero y cantor. Se enamoró de Merceditas, y planearon escaparse. Fue un amor intenso, una pasión que no podían dominar. Si se la llevaba, el viejo tendría que aceptar una boda para limpiar la deshonra. No contaron con que podrían ser descubiertos. Se iban a encontrar antes del amanecer en la mina, y Lisandro sacó el mejor caballo de la estancia. Belcebú. Unos días antes, cuando Pancho vio al muchacho, porque era un muchacho, montar y acariciar al potro, le había dicho: «No te encariñés con lo ajeno». Nacho era chico, y les cubría las citas a escondidas en la mina. Machingo también estaba al tanto. Y Lisandro desafió la autoridad. Pancho fue a la noche, y se enfrentó con él. Machingo, que además de su ladero era su medio hermano de sangre, no pudo impedirlo. Pancho lo azotó con su rebenque, y Lisandro no se defendió. En medio de la paliza, trastabilló y se desnucó contra una piedra.

Pilar respira hondo, y continúa:

—Pancho lo enterró en la mina, porque la policía no iba a creerle. Y le pegó un tiro a Belcebú. Los puso juntos, y con dinamita voló el lugar. Bajo los escombros, escondió su doble crimen. Así se pensaría que el cantor había huido robando el caballo.

Se detiene al ver la palidez de su primo. Tiene un gesto abatido, los brazos hacia adelante, el semblante sombrío.

—¿Estás bien?

Se le acerca, pero él rechaza la mano, y le dice:

—Seguí. ¿Qué pasó con mi madre?

Pilar lamenta que, en medio de los acontecimientos de aquel verano del 80 —salvar a Ari, la muerte de su abuelo y del Coronel— no pudo encontrar el diario de su tía, esas páginas donde todo estaba narrado en primera persona.

Busca en su interior las mejores palabras.

—Merceditas nunca creyó que Lisandro la hubiera dejado. Lo esperó siempre, y le echó la culpa al padre. Escondió el embarazo, hasta que ya no pudo ocultarse más. La noche en que viniste al mundo, la asistieron la abuela Isabel y María. Cuando naciste, un parto difícil, Merceditas estaba delirando, afiebrada. Don Pancho —sigue Pilar, no atreviéndose a decir «tu abuelo»—, las hizo jurar sobre un crucifijo que jamás dirían nada de lo que allí pasaba. *¡Juren, carajo!*, les gritó, y después, a pesar del llanto y la desesperación de las mujeres, te entregó a Machingo para que te llevara lejos.

Pilar se levanta y va a buscar un poco de agua. Tiene arena en la garganta.

Cuando vuelve al lado de Chico, le asusta lo que ve. Las ojeras han

cavado sombras bajo esos ojos que brillan tristes y feroces.

Sabe que tiene que seguir hablando. Hiel y vinagre en las heridas, aunque ella sea solo el mensajero.

—Cavaron una tumba. Merceditas se la pasaba llorando sobre la tierra. Sabían que, en su locura, quizás un día trataría de ver lo que había debajo. Machingo robó el cuerpito de un bebé del cementerio, y lo vistieron con una batita que Isabel había guardado. Y un día, tuvieron que descubrirlo, para calmarla. Aunque vio los huesitos, nunca creyó que su amante la había dejado.

»Después… ella cambió. Se volvió cínica, enemiga de su padre, tratando de molestarlo por todos los medios. María me contó que se decoloró el cabello, se hizo rubia, y aparecía delante de su padre imitando la voz de Eva Perón, sabiendo que don Pancho la odiaba.

»Quizás, esa noche, antes de quitarse la vida, don Pancho le dijo la verdad, harto de ese acoso de años. Machingo me lo dejó entrever cuando lo acorralé. Dijo que él cortó los tientos, la mañana terrible en que la encontraron. Y que Pancho la tomó en sus brazos. Muy triste, Chico, pero esa es la historia que yo fui armando con todos sus protagonistas —concluye.

Lo mira, no hay nada por agregar, pero Chico tiene una expresión limpia en el rostro, tranquila, y para su sorpresa, le dice:

—¡Ahora entiendo, todo se aclara!

—¿Qué cosa? —pregunta Pilar.

Algo ha cambiado, no es denso el clima de la conversación, hay alivio en la voz del que le explica:

—Machingo al morir me dejó su parte del campo, la del faldeo en la sierra, donde la vertiente no se seca nunca. No tenía hijos, ni había pariente que reclamara. El escribano Paz le tomó su testamento y Machingo agregó una nota de puño y letra. *Chico, espero que algún día, me perdones. No lavo mi culpa, eso será de Dios, pero te lo debo. Es tu derecho, que tengas parte del campo de tu abuelo, mi hermano.*

Pilar siente pena, y también alivio. Hay una especie de mandato que el clan impone o necesita. Uno de sus integrantes es el encargado de descubrir lo oculto. Lo vivió en el verano del ’53, en el del ’80, y ahora vuelve a estar en el mismo rol. El árbol se mueve, agita las ramas para dejar que entre la luz.

Ahora, ella, Chico y Catalina comparten un dolor candente: no hay tumba, no hay cuerpo para enterrar y llorar. Ari, Celeste, Lisandro…

No volverán a hablar sobre este tema. No hay nada más para decir.

Pasan unos días, hasta que Pilar va tomando conciencia de que Chico le

retacea ciertos recuerdos referidos a Alfredo. O se los cuenta, pero desde un lugar donde a la emoción le cuesta dibujarse entre las palabras. Sus viajes con Alfredo, los negocios que su padre emprendía en otros lugares, Chico los describía con detalles: trenes, colectivos, autos, paisajes, qué vaca compraban o llevaban a ese campo adquirido antes de recibir este pedazo en herencia. Pilar le pregunta cómo era Alfredo, qué soñaba, qué quería hacer. *No sé*, contesta Chico, y no hay más que decir. ¿Es realmente así, o Chico preserva al único padre posible que la vida le había dado?

Con el mismo cuidado con que hablaba con Sofía, Pilar comienza a bucear en la memoria de su primo. Hay un Alfredo que él había disfrutado o sufrido y que ella quería imperiosamente conocer. Pilar piensa que hablar con un Montero siempre es caminar sobre terreno minado; quizás todas las rivalidades, llevadas al extremo del rencor enconado, eran el resultado de malentendidos, conjeturas, banalidades que se transformaban en secretos de Estado, hasta que el motivo primigenio quedaba como un punto perdido en el pasado. ¿Cuánto tendría Chico de ese legado? Le había notado en frases, acotaciones al conversar con otros, una especie de cinismo que se obtiene sobre los restos de una dignidad maltrecha, un camino adoquinado de rebeldías, y esa mezcla de admiración con temor que le infundía Alfredo.

A la noche, acallados los sonidos y en la habitación serena, deja que los renglones se pueblen de las cosas vividas. Había un hombre detrás del nombre, el traje, la corbata y los anteojos. Ese es el que anda buscando. En su computadora abre el archivo con las fotos de la casa, esa que visitó llevada por no sabe qué instinto antes de que su padre muriera, la de los pisos de baldosas coloridas y puertas altas con banderolas. La casa de sus bisabuelos, de los abuelos de Alfredo. Ahora es un centro cultural y las habitaciones están llenas de música, de bailes, de gente que pasa y que no habita. En la remodelación habían sacado la inmensa puerta de la entrada y yacía acostada en el último patio, con su aldaba y su ranura de metal para que deslicen las cartas. Con una llave mordió la madera y arrancó una astilla, y después se animó y haciendo palanca con una pinza que le pidió al asombrado administrador sacó cuatro clavos: uno para su padre y los otros para ella, para Magdalena y para Chico.

Se detiene en el discurrir del pensamiento, mira las fotos de las habitaciones, un detalle del techo de cristal abovedado, los vitreaux, y dos fotos. Una tomada desde la vereda de enfrente, donde la casa antigua parece aprisionada entre dos construcciones más modernas. En el frontispicio, se ve el rostro de una mujer con una corona ondeada, como si le hubieran levantado todo el cabello hacia arriba. Más abajo

—acerca la imagen a la pantalla y la agranda—, ve los ojos hundidos, la nariz afilada y la boca abierta, ávida de aire.

Es la cara de su padre agonizante.

La mañana es fría. Amaneció el pasto escarchado, los animales no han bajado al corral. La noche anterior habían decidido con Chico ir a buscar la piedra para la tumba.

Salieron a la hora de la siesta. Kilómetros sin asfalto. Pasaron por el pueblo, perezoso, siguiendo el clima en el ritmo de sus horas, y siguieron por la ruta hasta llegar al camino donde el matiz de la tierra le da nombre al lugar: Cerro Colorado.

El cerro les sombrea el cielo, se los oculta con su presencia que impone respeto de roca; piedras, verde y nubes, canciones que brotan desde los aleros pintados en que los dueños de la tierra, los aborígenes, contaron en dibujos su historia junto al río del poeta.

Al bajar de la camioneta, a Pilar se le velaron las botas con el polvo de la cantera. Chico iba adelante, él conocía a la dueña. Una mujer que pulía piedras, y escribía a puro golpe de cincel y martillo.

Entre todas las rocas, les mostró la que les estaba preparando. Alisada, con las primeras letras ratificando, implacables, la noticia. A Pilar no le gustó. Algo le decía que no era la adecuada. No era justo que la artesana siguiera labrando el nombre, las fechas. Mientras pensaba cómo desestimarla, se le vino su padre a la mente diciéndole: *Siempre hay que tener un plan B*. En esas divagaciones, giró la cabeza y vio la otra piedra. Grande, de un rosado perfecto, con las tonalidades del cerro, rugosa, con crestas que dividían de manera caprichosa el espacio.

—Esa —dijo.

Chico se le acercó. La mujer le dijo que le parecía muy grande, y Pilar le respondió:

—Sólo la cargaremos una sola vez.

Era una piedra importante, para un hombre importante. En cuclillas, Pilar dibuja sobre la superficie con el dedo los nombres, el apellido, la cruz en un rincón a la izquierda, y las fechas abajo, en dos planos divididos por una protuberancia que ella recorre con la mano, y explica:

—Aquí hay noventa años, ¿entiende?

Y cuando se endereza, toca el hombro de la dueña de la cantera involucrando a la mujer, con ese gesto breve, en esa historia. Ella sonríe y acepta:

—Se la trato de terminar para el sábado.

—Vamos —le dice Pilar a Chico—. Hagamos algo antes de que alguien venga a elegir la nuestra.

La tarde se esconde tras el cerro, masa rojiza y silenciosa viendo pasar a los hombres, las hormigas, el tiempo.

Esa noche, Pilar ve a Alfredo en sueños mezclados y locos. Ismael y Ari. Se despierta en medio de la noche, aterida: a los muertos no les gusta volver. Uno se da cuenta cuando vuelven en sueños, tienen el mismo rostro pero sus actos, los movimientos que el ojo tras el párpado cerrado se desespera por atrapar, no son genuinos. Conservan algún rasgo, una distorsionada versión de ellos mismos, la mirada aviesa, el rictus irónico que precede al daño verbal, en síntesis, una mala copia del que fueron. Y no les gusta ser invocados. Vienen a disgusto, y uno se despierta con una amarga sensación de pérdida más grande que la primera, cuando dejaron su cuerpo.

Así lo ha soñado a Ismael, su primer marido, y se demora en la cama buscando los detalles. Estaban en un hotel, y el enorme espejo del baño, que ocupaba casi toda la pared, se había hecho añicos. Ella tenía vidrios molidos en la garganta. Ismael la besaba con desgano, con la boca pastosa del que recién se despierta, la saliva espesa.

Se levanta a lavarse los dientes. Enjuaga varias veces su boca con el agua fresca, carraspeando para sacar la arena fina que siente en la garganta y en el paladar, se frota la lengua con una toalla.

Sabe que no estaba dormida, que eso había pasado en el sueño, y se esfuerza por apresar los detalles. La luz de la mañana desarma hasta las últimas imágenes, dejándola exhausta y maltrecha como una tarde nublada de sexo infructuoso.

La mente le bulle de preguntas y reflexiones: ¿Quién llega al final de la batalla? ¿El que se enloqueció en los primeros metros, azotando a su caballo hasta que espume su boca y los ojos extraviados giren enloquecidos en las órbitas, o el que modera el pulso y espera y el tiro sale certero, logrando su objetivo, su anhelo, la meta tan ansiada? La paciencia es un ejercicio diario. Saber esperar en este vértigo de luces de colores falsos nos asegura el brazo firme y el corazón templado.

Pilar entiende que debe llegar hasta el final de los recuerdos, ir a donde está el agua empantanada y meter las manos en el barro inmundo.

Los caballos. La fascinación por sus ojos, por el hocico fuerte que toma el azúcar o el maíz con una gentil osadía y a ella le deja la humedad de

la saliva brillando en sus palmas. Hunde otra vez las manos en el balde y ofrece. Es hipnótico ese ondular de los belfos, el caballo podría morderla con sus grandes y amarillentos dientes y sin embargo, solo toma su ración de granos y retrocede un par de pasos, como si necesitara esa distancia para verla mejor. En el ojo se ve reflejada, y atrás el molino y un par de nubes nadando en un cielo de hilos de azúcar, de esmalte purísimo; ni el artista más perfecto podría superar ese prodigio.

Una estampida, el fuerte golpear de las patas en el suelo, el toro toma una carrera corta y eleva su mole brillante y excitada sobre la vaca, que trastabilla un poco por el peso del animal. El miembro del toro, de un rosa vivo, desollado, goteando largo, un poco inclinado, busca el agujero tibio para desfogar. Pilar siente la misma agitación que un siglo atrás. Milenios de amor, de dolor y de pesar habían deshojado sus calendarios, pero en su entraña el temblor no tenía memoria, ni tiempo ni espacio. Solo era. Mira hacia todos lados, como si los pájaros, o el caballo, las loras o el aire, y la tumba de su padre, la llamaran a sosiego, y le brota la vergüenza, y con la misma fuerza la destierra.

Camina hacia la casa. La siesta se acomoda contra las paredes blanqueadas. Está sola. Entra al dormitorio y cierra las persianas. En el hilo de luz giran briznas y motas de polvo. Se acuesta, y la mano va bajando hasta llegar al ojo del huracán, un punto donde las terminaciones nerviosas se hacen ramillete con las venas y las arterias, un minúsculo y sencillo botón de carne, centro de las pasiones más locas y de los amores encendidos.

Vuelve a otra casa, a la estancia en que habitaban los fantasmas, al corral donde ella, escondida tras un árbol, vio al potro con su miembro como el brazo de un niño, la vulva de la yegua que guiñaba espasmos y el abuelo que le gritaba a Machingo: *Dale que ya es tuya*, mientras Machingo guiaba el ardor del caballo a esa cueva de placer infinito.

Y ya no está el ángel que espiaba, que podía cortar la mano con su espada flamígera. Ni siquiera la tumba bajo el algarrobo, nada la detiene. La mano vibra sola, tiene ritmo, cadencia, y el oleaje tibio la eleva, tan arriba, arriba sin edad, sin hombre, sin hijos, solo ella volviendo a sí misma.

Sin embargo, hay un pensamiento que la traiciona. Rodolfo.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Como las hormigas

Trámites, papeles, hay trabajo en la ciudad. Alguien que desaparece deja asuntos para resolver. Ella ha regresado primero, Chico vendrá después de terminar algunos quehaceres con el ganado.

Cuando entra a la casa, cae en la cuenta de que ese lugar se le ha hecho familiar, que tiene parte de ella, y al dejar su maleta en el dormitorio y mirar hacia el baño, el recuerdo de lo ocurrido allí enciende su cara: una vergüenza privada, pero, debe reconocerlo, hermosa. Un sentimiento nuevo, que cuesta explicar. Es posible, reconoce, que todo sea mucho más simple de lo que parece.

La voz de Rodolfo, la genuina alegría de escucharla, se lo demuestra cuando lo llama para avisarle que ha regresado.

Se verán esa noche. Cerca del mediodía irá al estudio de Eduardo, el escribano. Él la espera, hay que hablar de algunos asuntos del campo; no el de Alfredo, sino el que perteneció al abuelo de Ari, colindante con La Algarroba, y que durante años se había arrendado para que Ari y ella tuvieran una renta. Un ganadero de la zona necesitaba más hectáreas para criar sus animales; al ser más plano que La Algarroba y que el campo de Alfredo, era propicio para sembrar rectángulos de pastura y había grandes corrales para el cuidado de los terneros. Era una suma interesante de dinero, que le administraba el escribano.

La mano de Eduardo es cálida, como su sonrisa y su mirada tras los gruesos cristales. Ha engordado un poco y su barba luce canas, pero es el mismo, el confiable, atento escribano.

Pilar reconoce la importancia de gente previsible, en la cual depositar el patrimonio, pero también compartir la vida como en aquel verano del ’80. Dentro de lo circunspecto de la profesión, se esconde un hombre de fino sentido del humor que fue capaz de jugarse en momentos difíciles, cuando hubo que tomar decisiones rápidas y extremas.

Es sencillo volver atrás con él.

—¿Café, agua?

—Café, gracias —dice Pilar.

La secretaria llega con lo requerido, la bandeja con café y unas masitas.

Los dos se miran, y saben que están conectados por el calor de aquel

verano y las peripecias en las que el escribano se había visto inmerso con riesgo de vida, cuando el Coronel que andaba detrás de Ari, del judío que se le escapaba, el último integrante de una familia que se había encargado de aniquilar, los encontró a ellos: Pilar y Eduardo, requisados en el camino solitario, a merced del lobo. Y cuando hubo que conseguir la morfina que aliviara el final de su abuelo. Y después, mientras ella estaba en el cementerio, en el sepelio del viejo, cuando Eduardo, en su propio auto, acompañado por el fiel Machingo, llevó a Ari hasta las salinas donde una avioneta lo esperaba para sacarlo de la zona de peligro en busca de la libertad.

Lo observa: el entorno de la mesa vidriada, la ventana mostrando el cielo donde los edificios crecen de un día para el otro, y detrás del hombre, una vitrina antigua con patas de madera que llega hasta el techo, con los estantes que exhiben objetos de otras épocas, plumas, máquinas de escribir, monedas, sellos.

—Mi pequeño museo —explica Eduardo al ver los ojos de Pilar recorriendo con interés el muestrario.

Y como si quisiera explicar, o dar otra impresión —no la del escribano detenido en el tiempo—, con los ojos brillantes, dice:

—Hice el camino de Santiago de Compostela.

Ella permanece callada; no quiere estropear la confidencia, hacer ese viaje era un anhelo que Eduardo le había compartido hace tanto tiempo, y ese silencio lo llena el amigo con las palabras. Le describe el cansancio, los pueblos, las piedras en el camino, las empinadas callecitas en las que el dolor aprieta las piernas forzadas, alguna ampolla, las puertas con rostros y voces que alientan y saludan a los peregrinos, los hostales, y un lugar en especial donde llegó al atardecer, y lo trae aquí, sobre la mesa con papeles. *Una iglesia muy antigua*, dice, y el sol que le daba de una determinada manera, encendiendo las paredes, y adentro, una boda.

—Se escuchaban las voces del coro cantando, una en especial que pensé que era un ángel. Creo que no olvidaré nunca esos sonidos, y la luz de ese cielo.

Las manos le tiemblan, y, como si se percatara de que ella no ha venido para eso, baja la cabeza y hurga en las carpetas que tiene frente a él.

—Acá están todos los recibos —enumera—, balances, los gastos de alambres y una perforación de agua que hicimos para reforzar el viejo pozo.

Pilar sabe que todo está correcto. Año tras año, con Ari o sin él, el dinero del campo se depositaba, y muchas veces fue muy útil en la educación de sus hijos o alguna contingencia en la vida allá en Francia.

Ahora podía disponerlo de inmediato, aquí. Una parte se la enviará a sus hijos.

—¿Tiene tiempo para almorzar? —lo sorprende ella con la pregunta.

—Sí —contesta él sin vacilar—, en el último piso hay un lindo restaurante.

Salen y van hacia el ascensor. El espejo los descubre y ambos se ríen, porque sin necesidad de explicar, sus pensamientos han sido similares: el tiempo y sus tremendas jugarretas.

—Sin espejos sería más fácil —dice Eduardo, mientras abre la puerta a un lugar muy luminoso.

Las mesas redondas están bastante alejadas unas de otras, dando privacidad a los comensales. Eduardo se adelanta y busca la que, por el trato que le brinda la moza, es habitual o su preferida. Los ventanales no escatiman el paisaje y hacia donde se dirija la mirada, se ven torres, las redondas cúpulas de las iglesias, la mole imponente de la catedral y el cielo surcado por cientos de palomas.

Ordenan el almuerzo, una ensalada con pescado, y coinciden en beber agua mineral, él debe seguir trabajando.

—El vino lo beberemos en otra ocasión —dice Eduardo. Hay un leve tono de anhelo en la frase.

—Claro —contesta Pilar—, corresponde brindar porque todavía estamos aquí.

Las palabras de Ari al levantar las copas, *Lejaim*, decía, «por la vida», la asaltan. Pero esta vez, ya no las percibe como un golpe en la oscuridad; sabe que con el tiempo todo lo compartido va cambiando de tonalidad, de los rojos furiosos a los de un delicado amanecer. Ese pensamiento, y la belleza de los tejados coloniales en contraste con los espejados y altos edificios, le producen ansias de plasmarlo en un lienzo.

—¿En qué se ha quedado pensando?

La voz de Eduardo la sobresalta.

—Perdón —dice Pilar—, me robó los pensamientos esta vista tan hermosa de la ciudad.

Llegan los platos, y disfrutan del sabroso y liviano almuerzo.

—Cuénteme de usted —dice ella, sorteando gentil su distracción.

El hombre limpia su boca con la servilleta, toma un trago de agua y le dice:

—Estoy dejando algunas tareas, pronto voy a jubilarme.

—¡Qué palabra fuerte, no sé si me conforma su origen, el jubileo, la alegría! —exclama Pilar.

Él la mira sorprendido y espera que se explique.

—Quiero decir, que cuando estoy ahora con usted, es tan vívido

todo lo que atravesamos juntos hace treinta años, que siento un vacío en el estómago como si todo se hubiera evaporado, un chasquido de dedos del gran bromista y, como dice mi madre, a otra cosa mariposa. ¿Tiene planeado qué hacer con su tiempo ocioso?

La moza interrumpe para saber si van a pedir el postre.

—No, gracias —dice Pilar—, solo café. Bien negro.

—Para mí también, con una gota de leche —agrega Eduardo—. Tiempo ocioso… qué juego de palabras. Llenar el tiempo que se va con… ¿nada?

Se ríen. Está liviano el aire. Pilar se levanta, tentada por ver hacia afuera. Están muy alto, y desde allí se divisa el patio recoleto de un convento, una galería con columnas y pasadizos de vereda entre el pasto y los arbustos por donde se pasea un hombre, los brazos hacia atrás, las manos juntas. Vislumbra en la vestimenta el cuello clerical. Ella piensa que está rezando mientras camina. O quizás, decidiendo alguna cosa.

Se ríe mientras le cuenta sus suposiciones a Eduardo, que también se ha puesto de pie y mira lo que ella le señala.

—En aquel techo —dice él marcando una línea con el dedo—, vi una monja sentada, los pies hacia el vacío, y otra que le hablaba asomada en la ventana, esa pequeña —Pilar observa lo que le indica, en el piso siguiente al patio donde el sacerdote aún camina.

—¿Una monja? ¿Se estaba por arrojar al vacío y la otra quería impedirlo?

Las preguntas se disparan una tras otra y Eduardo carcajea, es una situación extravagante, apenas unas frases y la curiosidad femenina hace el resto.

—No —contesta, y vuelven a tomar asiento; el café humea en las tazas. Mientras lo endulza, él le dice—: Me preguntaste… Perdón, la he tuteado.

—Está bien —replica Pilar levantando su mano—, ¡ya es hora!

—Lo que te estaba contando, sobre las monjas… —prosigue Eduardo, disfrutando de ese instante en que ha captado toda la atención de Pilar.

Ella está apoyada en la mesa, el torso hacia adelante, y las chispas de la curiosidad le encienden la mirada. Sigue siendo hermosa, piensa él, aunque ha pasado tanto tiempo. Aquella, la apasionada, la bella mujer de relampagueantes ojos verdes, tenía una historia sobre sus espaldas, y eso la hacía más atractiva.

—¿Ahora la distracción es tuya?

Se sobresalta, la mente lo ha llevado lejos, y se obliga a seguir con el hilo de la conversación.

—Pensaba en otros tiempos… —se franquea, aunque sabe que quizás no es una buena idea.

—Aquellos días, Eduardo, esos que a veces me parecen ajenos, tan extraños… Ari me dijo al irse que en ese campo, el del abuelo, haríamos nuestro hogar cuando todo el horror pasara. Y que estaríamos juntos para siempre.

Él interrumpe el peligroso camino que ha tomado la charla, y le dice:

—La monja es un personaje de un cuento que estoy escribiendo, quizás mi tiempo se llene con eso, que muchas veces quise hacer. Y con la cría de canarios.

—Eso es muy lindo —dice Pilar—, mi abuelo tenía pájaros, y un canario en especial; le tapaba la jaula con un trapo al anochecer porque seguía cantando con la luz de la cocina.

Lindo, dice, pero piensa en la limpieza de las jaulas, y en esos pequeños cuerpos sin plumas recién salidos del huevo, la piel que parece que se va a romper, delgada lámina llena de venas, y esos picos abiertos, piando y reclamando.

Otra vez, como si algo la inquietara, se levanta y espía la calle, allá abajo, la plazoleta, la estatua del cura Brochero y el enjambre. No, enjambre no, hormigas. Como las del campo, una multitud en diferentes direcciones, caótica en apariencia, pero el flujo crece, decrece y se expande ordenado.

Se da vuelta, y hace la pregunta:

—¿Cómo se hace, Eduardo, para atravesar una brecha, un agujero enorme de treinta años, como un territorio bombardeado?

Él la mira, sonríe, una sonrisa serena, madura, relajada.

—Se comienza de nuevo, y se sigue, Pilar, se sigue hacia adelante.

Sin contar las bajas, piensa ella. *Como las hormigas*.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Cómo se cuenta una vida

Cuando sale del edificio, ve que está cerca de un centro comercial al frente del cual hay una peluquería que le había recomendado Magdalena.

Quiere arreglarse el cabello; los días de campo, el viento y la tierra —porque no se ha privado de meterse en los corrales, en los que el polvillo flota a cada estampida de los animales—, lo han resecado, y necesita un poco de cuidados.

No hay mucha gente, pero debe esperar un rato. Es un salón con sillones rojos y con varios jóvenes yendo y viniendo en ese mundo de tijeras, adornos, colores artificiales, donde el deseo más profundo es cambiar, verse distinto, ser otro en el tiempo que dure el tinte, los bucles, el peinado para una noche especial. Toma una revista de la mesa ratona que tiene enfrente; artistas, mujeres en trajes de baño diminutos, la frivolidad extrema en imágenes de fotografía estupenda.

En la pared, entre dos sillones con sus respectivos espejos, un plasma inmenso desparrama música, bailarines con brillos en sus trajes bajo los reflectores, y un *tam tam* de estruendo, de sonidos tribales, los pies fuertes en el suelo, el cuero de los tambores golpeando como un corazón desde el centro mismo de la tierra.

Se abre la puerta, y entra una mujer. El vientre anuncia que está muy avanzado su embarazo, y esta impresión se refuerza cuando, ante las preguntas pertinentes, responde resoplando: *Estoy en fecha*.

Le ofrecen asiento, agua, café. Sus palabras promueven miradas furtivas, algún comentario sobre la posibilidad de que nazca aquí, entre peines, cepillos y secadores; una amenaza al sistema controlado del lugar, donde lo imprevisible puede ser la caída de un elemento de trabajo o un color que no supera las expectativas, pero donde la eventualidad de un nacimiento se vive como una amenaza.

Pilar la observa con discreción: una mujer que va a parir y que quiere verse linda. Mejor ahora, piensa, porque después vendrán las noches en vela, el llanto, descifrar los motivos del llanto, andar durmiéndose en cualquier lugar, buscando las horas de sueño sacrificadas al niño, fuente de toda demanda.

En el caso de ella, dos. Dos niños.

Mientras a su alrededor todo sigue, en la burbuja encantada ella

recuerda cuando se enteró de que iba a ser madre.

Ari había conseguido trabajo en ese pueblo francés que aparecía en un recodo del sendero de montaña, y se desplegaba como una postal de ensueño. Un médico que quería retirarse, anciano ya, y que había conocido a Vicktor, el tío sobreviviente del gueto de Varsovia; esa amistad ayudó a que se instalaran en el poblado de la campiña. Ari había rendido para revalidar su título, y pudo hacerse cargo del consultorio. Su colega se iría a vivir con una hermana para estar cuidado en su vejez, y les cedía la casa.

No había muchos médicos parisinos que quisieran dejar la gran ciudad y vivir en el campo. Para la pareja de exiliados, en cambio, era la posibilidad de comenzar una historia, dar vuelta la página, una vida nueva.

Ese día, en especial, cuando corroboró que tenía un atraso considerable en su período menstrual, fue a la farmacia y pidió lo necesario para hacerse una prueba de embarazo ante la mirada cómplice del boticario. Cada noticia en el pueblo era motivo de comentarios, especulaciones, festejos o tristezas; todo se compartía, y Pilar, reacia al principio, había logrado encontrar el justo equilibrio para pertenecer a la comunidad. Ari merecía su esfuerzo social.

Volvió a la casa, dejó su bolso, tiró el abrigo y pasó al baño. No podía abrir el paquete, el nerviosismo la aturdía. Al salir, estaba conmocionada.

La naturaleza obraba de manera caprichosa. En algún momento de su matrimonio con Ismael, había hecho el intento, con ese pensamiento estructurado sobre absurdos argumentos cayendo en lugares comunes, sensibleros. La trampa biológica. Cuando ocurrió lo que deseaban, quizás Ismael tenía la esperanza de que eso ataría a Pilar a su destino. Fue un error. Tremendo. La violencia se había instalado mucho antes entre ellos como una compañera indeseada, pero pertinaz. Fue tan desastroso, que le pusieron término al embarazo en una tarde triste y sórdida. Después, el divorcio. En aquellos tiempos, creía con certeza que estaba diseñada para los fracasos. Y la maternidad quedó relegada, como algo que quizás no era para ella.

No podía soportar la ansiedad, era la hora en que Ari debía estar de regreso; había ido a un pueblo vecino para asistir a un paciente que estaba pasando unos días en la casa de uno de sus hijos, y al enfermarse no quiso que nadie más que su propio médico lo atendiera.

Lo esperó en la puerta. La primavera estaba en el aire, ella amaba esos cambios de estación, había nieve en la cima de las montañas, pero en el valle, en las laderas, bajo una sutil lámina de escarcha aparecían triunfantes, frágiles con sus corolas rojas, las primeras amapolas.

Vio la camioneta y el corazón se aceleró, y sus pies la llevaron adelantando el cuerpo. Él detuvo la marcha con una expresión preocupada en el rostro ante la urgencia de su mujer. Abrió la puerta y ella lo abrazó. Ari solo pudo abarcarla y apretarla contra su pecho.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Y ella le mostró la cara desnuda, bañada en lágrimas.

—¡Estoy embarazada!

Jamás olvidará la mirada del que acababa de comprar el boleto para la inmortalidad.

Se casaron una mañana en el Municipio, antes de que el verano madurara en el valle. El vestido vaporoso de gasa florida, que la modista del pueblo había hecho entre risas y miradas de afable complicidad, marcaba el talle bajo los pechos henchidos y abría el vuelo sobre el vientre que ella lucía con orgullo. La vida le ofrecía otra oportunidad.

—Por acá, por favor, en este sillón.

La voz del asistente de la peluquería la regresa y las voces la aturden un poco, es peligrosa la evocación y se impone estar atenta aquí.

No sabe cómo justificar la decisión que tomó cuando el estilista, con una gran sonrisa, le preguntó qué quería hacer.

Al salir, en el auto, el espejo le devuelve el resultado de su impulso: la melena corta y el atrevido tono rojizo que lucía en su juventud. Cuando decidió no seguir con lo que consideraba una tiranía, estar pendiente del crecimiento de su pelo para cubrir las canas, se sintió liberada. Hoy se siente indulgente: nada dura tanto, ni siquiera esa decisión. Ella es otra. *Día por día, paso por paso*, se dice mientras da vuelta la llave y arranca. Está con tiempo para darse un buen baño, y elegir la ropa.

Descubre que, a pesar de todo lo evocado en el local, tiene verdaderas ganas de ver a Rodolfo.

El espejo de la sala, antes de salir, le regala una imagen que, a pesar de las dudas y sus miedos, es muy agradable. El cabello brilla, una leve onda sobre un costado de la cara, su boca pintada de rojo, la camisa color lavanda con la pollera más oscura; las medias realzan sus piernas, y se ha calzado un par de zapatos de tacón más alto de lo habitual.

El abrigo de paño azul, comprado en París, le da el último toque. Una señora elegante, pero el pelo y la boca son una hermosa transgresión.

Cuando suena el timbre su cuerpo se envara, el pulso se acelera, y domina esos estímulos al ir a atender. Él quiso buscarla, y que ella no

manejara. Antes de abrir, desprende un botón más de su camisa.

Un hombre en la puerta, sonriendo, estirando la mano, dando un beso en la mejilla. El perfume, el olor de la ropa, el saco con los parches de cuero en los codos. Se percibe que acaba de ducharse, que no viene de otro lado, él se ha preparado tanto como ella.

Hace frío en la calle, eso ayuda a disimular la turbación hasta que suben al auto.

Las manos de Rodolfo sobre el volante, y Pilar vuelve a ver la espuma del jabón, la camisa arremangada, y la esponja que la recorre desde la cabeza hasta los pies.

—Elegí un lugar donde la comida es exquisita, y los dueños son gente conocida.

Él está hablando, su boca se mueve, las frases tienen sentido; lo que no encaja allí, en el nido calefaccionado, son sus recuerdos. Por la ventanilla, la ciudad le muestra las luces de la noche, el asfalto brilla húmedo con una llovizna que empaña los vidrios.

La mano baja del volante y toma la de Pilar, que descansa sobre la pierna. Ella lo mira, solo hay una sonrisa, un leve apretar, no ve dobleces, no hay nada más que ese plano, no debe escarbar, aun a riesgo de equivocarse. Este hombre es el plato de sopa caliente con el que Sofía la esperaba en aquellos años primeros de la Facultad: reconfortante, reparador, sin preguntar de qué batallas viene.

Estaciona en una calle ancha, de amplias veredas; hay bastante gente en el local, pero la mesa donde los ubican tiene un cerco de cañas sobre el que se teje una enredadera selvática, que separa el lugar. Hacia un patio interno, plantas que crecen en desmesura buscando la luz entre las paredes. Es agradable, la música acompaña, pero no aturde.

Desde el interior, se acerca sonriendo un hombre moreno de abundante melena canosa y pantalones con tiradores bordados, cruzados sobre un pecho amplio y vientre acorde. La voz sorprende por la potencia, modulando las palabras con dulce entonación.

—Santiago, Pilar —los presenta Rodolfo, y el dueño, que de él se trata, expresa su contento de que estén aquí.

—¡Amigo, ya era hora de que pongas los ojos en otras cosas que no sean ladrillos, hierros y planos!

A Pilar le cae bien de inmediato. Es llano, afectuoso, tiene los ojos pardos y chispeantes. Un hombre vital. Detrás de él, su mujer, Tatiana. Pequeña, talones inquietos, el cabello negro trenzado cae por la espalda; sus ojos le recuerdan a Pilar a una gata que vivía en el granero, en Francia, donde ella pintaba. La gata había sobrevivido el ataque de un mastín, y llevaba las cicatrices como banderas.

Se descubre atenta a esas voces, a estos nuevos personajes en su vida

que trae Rodolfo. No sabe si en ella quedan energías para esos comienzos, lo había ejercitado demasiado, hablar, brillar, moverse de acuerdo a los gestos del otro, un baile que muchas veces la dejaba exhausta. Prefiere escuchar, atenta a las vibraciones de estos humanos nuevos, y untando el pan con un exquisito escabeche de verduras que acababan de dejar en la mesa. Al segundo bocado, los anfitriones se despiden con un alegre: *Que lo disfruten.*

Rodolfo la observa y levanta la copa de vino, invitándola al brindis. Ella lo imita, y dice:

—¿Por qué brindamos?

—Por nosotros, por este momento, ¡y por tu espléndido color de cabello!

El maquillaje no alcanza para cubrir la turbación, siente la cara que hierve, y bebe un buen trago.

Cuando llegan los platos, rabas doradas y ensalada de hojas verdes, el apetito de Pilar se abre al aroma, a los colores, y esa actitud en cada bocado complace a su compañero.

—Me encanta cuando una mujer disfruta la comida sin remilgos.

—Cuando era jovencita —le dice ella—, salíamos con alguien y solo tomábamos café, o algún sándwich. Nos cuidábamos, quizás demasiada lectura romántica, no había que mostrar ninguna función del cuerpo: ni hambre, ni sed, ni ganas de ir al baño. Supongo que era el modelo que nos inculcaron, y además, no hablar, no decir nada de nuestras cosas ni las de la familia.

Ella misma se asombra de su verborragia, y de la expresión en la cara de Rodolfo. Sorprendido, y… no quiere pensar que parece apenado. Toma otro trago de vino y oculta sus ojos bajo los párpados, jugando con una miga de pan.

—Hoy a mediodía —sigue, llenando el silencio sin percibir que es reconfortante— le pregunté a Eduardo, mi escribano, cómo se olvida, cómo se atraviesa una brecha de treinta años con nuestra vida y con la familia. Las personas no son mojones que dejamos en una ruta, y que al volver encontraremos igual que como los recordamos. Cuando perdemos la cotidianeidad, hace agua por todos lados.

Rodolfo mastica una raba concienzudamente, tomando ese tiempo para pensar lo que ella dice, o lo que quiere expresar. Al fin, se explaya:

—Creo que la vida es un continuo fluir, que no hay certidumbres, no hay reglas, solo tratar de no cometer los mismos errores, pero aun en esto, a veces, puedo equivocarme. Porque hasta la repetición es experiencia. Pero estábamos en que cuando joven no comías nada en tus citas.

Y Pilar se da cuenta de que él otra vez le voltea el tablero, como si

no tomara en cuenta sus disquisiciones.

No puede menos que reírse.

Esa intención suya de hacer un rejunte, porque de eso se trata su discurso: de contar pedacitos uniendo los puntos, pero sin que aparezca nada en el dibujo. Es agotador, acepta, y ante la pregunta que ve formulada en los ojos de Rodolfo, se explica:

—¿Cómo se cuenta una vida?

Las manos de él vuelven a estirarse por sobre la mesa para tomar las de ella, y dice:

—No hay que contar, se vive desde el punto en que uno se encuentra, y al transcurrir de los días se va construyendo. Perdón, ¡tengo deformación profesional! —agrega y se ríe—. Además, ¿cómo sé si lo que cuento es verdad o algo que mi mente acomodó a su antojo para que quede mejor? ¿Qué sería interesante para el otro, si no me tomo el trabajo de ir conociendo, de a poco, su pensamiento, su manera de ser, y de estar en el mundo? Hay que tener cuidado de no mirar tanto hacia atrás. Ni tampoco demasiado hacia adelante. Creo que los dos excesos traen penurias.

Pilar siente como si esas palabras estuvieran especialmente dirigidas a ella. Se contiene, no cree que el comentario sea personal, sino general.

—Como las hormigas —murmura, y al ver las cejas enarcadas de él, le cuenta sobre su experiencia en el campo.

Sin contar las bajas. Solo seguir.

Se escucha por el lado de la cocina la voz de Santiago, y Pilar aprovecha para preguntar:

—¿Hace mucho que son amigos? —y señala con la barbilla hacia los dueños del local.

—Bastante, ellos vinieron de San Juan —eso explica la tonada, piensa Pilar— y se instalaron hace unos diez años, los volteó una crisis y volvieron despacio a levantarse. Son luchadores, Santiago es platero, hace verdaderas joyas, y Tatiana es una experta en plantas medicinales. Son dos locos lindos que la vida me puso en el camino.

Pilar cae en la cuenta de que ella no tiene amigos acá, que en Francia la adoptaron los de Ari y algunos de su propia cosecha, pero acá, está desguarnecida de ese lazo especial.

—¿Puedo preguntarte sobre tu vida amorosa? —avanza.

Siente que ha hablado mucho de sí misma, antes, en ese desafortunado encuentro donde hizo una catarsis desnudando sus dolores, carencias, y luego, cuando él la bañó en un acto de una tremenda humanidad, pero que, dado el rumbo que parece tomar la relación, la abochorna todavía.

Necesita tener algo de él.

—No hay mucho para contar —dice el hombre—. Me casé apenas recibido, estaba de novio con una compañera de la facultad. Teníamos una mirada bastante parecida en lo profesional, yo había asimilado algunas experiencias en Brasil y en Venezuela sobre adaptar la ciudad, el ámbito, al individuo, sin modificar demasiado su entorno. A poco de casarnos, su padre le puso un estudio con la idea de que si tenía que fracasar, eso no sucediera porque le faltaron medios dignos para el trabajo.

»De todas maneras, a la distancia, no puedo decir que haya habido una sola razón para que nuestro matrimonio no funcionara. Fue una sumatoria; quedé relegado, los planes en común se redujeron a meras conversaciones, y la vida fue pasando, yo en mis cosas y ella en las que le proveía el padre. Cuando nos dimos cuenta de que el barco hacía agua, hicimos lo clásico: buscar un hijo. El lazo que nos pondría a mirar otra vez hacia el mismo lado. John Berger, un escritor que admiro y cito a menudo, dice: «Cada par de ojos inevitablemente debe cargar con su propio horizonte». El resto: tratamientos costosos, desgastantes, para quedar embarazada. Dos veces comenzó el proceso, y las dos, fracasó. Llanto, frustración, culpas mutuas.

Rodolfo interrumpe el relato, llena la copa de Pilar y la propia. Toma un largo sorbo, y prosigue.

—No hay mucho más que esto. Siento que parece un poco simplista reducir esos años a unas cuantas frases, pero he aprendido a sintetizar. Y sigo reduciendo a unas cuantas palabras. No creo que haya sido amor. Ella quería adoptar, y yo no. Así de simple. Toda la familia encima, la culpa, el reproche, que si tenía medios y ganas, un niño es un niño. Adhiero con lo último, pero supe que no tenía ni amor ni ganas. ¡Y acá estamos, comiendo rabas, y no perdices!

Pilar se ríe, una carcajada que le lleva la cabeza hacia atrás, el humor de Rodolfo la divierte. Finales felices, comiendo perdices. Así terminaban los cuentos de la niñez.

—¿Y ella qué hizo, volvió a tener pareja? —La maldita curiosidad femenina…

A él no parece molestarle la pregunta, porque con el último bocado dice:

—¿Lena? Sí, y adoptaron dos niños.

Lena… debe ser Elena, piensa Pilar, pero no preguntará más.

—¿Y cómo se sabe cuándo es amor? —dispara ella, aun a riesgo de que su pregunta suene trivial.

Su conjetura no es real; Rodolfo se queda pensando. La moza les pide disculpas, retira los platos, enumera los postres.

—¿Helado casero? Una espuma, lo hace Tatiana —le cuenta él y ella se pliega al entusiasmo.

No pretende más que esto, piensa mientras hunde la cuchara en el manjar. Sabe que él la mira, que observa sus gestos, y no le importa. Lo que temía, su cuerpo, ese que ve en el espejo y al que se ha ido acompasando al correr del tiempo, todos los temores de desnudarse delante de un hombre que no fuera aquel que fue testigo de los cambios, van desapareciendo. Él la ha visto, cuando la bañó. Piensa que los ojos que la recorrieron no midieron el deterioro, la carne vencida por las más elementales leyes de la física. No tiene necesidad de corroborarlo; aunque no posee las certezas, en su alma sabe que Rodolfo confortó, bajo el agua, a la niña vieja, a la orfandad estrenada.

Santiago cruza el salón, en la mano otra botella de vino. Pilar esboza una protesta, pero el corcho salta con un sonido gutural y alegre, y comparten otra copa.

Si bien está un poco mareada, la liviandad en el ánimo compensa cierta torpeza en modular las palabras o pasar los pensamientos en limpio. Se ríe de todo, por todo. Flota en un clima afable, entre amigos.

—Debo irme —dice de pronto, como si recordara una obligación.

—¿Dejaste algo en el fuego?

La chanza de Rodolfo suelta carcajadas que estaban dormidas, en un escondite de miedo y de culpas.

—No, pero quiero hacerlo mientras pueda caminar.

Espera una contestación chabacana, algo como: *Te llevo en brazos*, o una zoncera parecida.

Rodolfo, en cambio, se levanta, busca el abrigo de ella, la ayuda a ponérselo, y mientras los dueños le reiteran el gusto de verlo, y que vuelvan cuando quieran, la va guiando entre las mesas hasta la calle, que la enfrenta con el viento helado de la noche. Mira hacia arriba, entre las ramas desnudas del árbol, un cielo estrellado, límpido, que anuncia la escarcha.

Allí, justo cuando lo necesitaba, el brazo de Rodolfo la rodea, la acurruca contra él, y tomando su barbilla, mirándola a los ojos, se acerca y la besa. Suave, lento, un beso que se va animando mientras ella afloja el cuerpo y se concentra solo en sentir.

Cuando la acompaña para subir al auto, ella se debate entre la belleza del momento y todo lo que todavía tiene por hacer.

Mientras conduce, Rodolfo no le suelta la mano y la comunión sigue, una corriente que enlaza a estos dos seres cruzando la ciudad dormida.

Ninguno ha dicho nada, pero Pilar se da cuenta de que van hacia su casa. Sabe que él tiene un departamento en el centro, pero no han tocado el tema.

Siente el estómago lleno, no debió comer tanto, lo hizo con deleite, y el vino, y la entrada con bastante pan, rematado con el helado… La mano se suelta de manera espontánea.

Él parece no registrarlo.

Están llegando. Ella sabe que debe tomar una decisión; el beso de Rodolfo le cosquillea todavía en la boca.

—Te convido un café —dice apenas el auto se detiene, y se baja sin esperar que él pueda ayudarla.

Con cierto nerviosismo que se trasunta en el tintineo del llavero, busca la cerradura y abre. Se adelanta por el salón, la casa está tibia y huele a leña, Ramón ha encendido el hogar, pero ella sigue hacia la cocina. La luz ilumina la mesada, las ollas, se felicita de que todo esté arreglado y busca llenar la cafetera de agua; sabe que él ha venido detrás, y mientras saca el café y lo vierte en el filtro, se da vuelta y lo invita a sentarse.

—Bonito ambiente —dice él, y observa en una mesa, al costado, fotos y papeles junto a la computadora.

—Es un buen lugar de trabajo, es cálido, tiene mucha luz y veo el parque por el ventanal. Es hermoso al amanecer, cuando solo los pájaros andan sobre el pasto.

—¿Tu casa en Francia era así?

La pregunta de Rodolfo le revela, como una afirmación, lo que no pasó a palabras en todo este tiempo donde las emociones, el duelo, los descubrimientos, le han llenado las horas. Es verdad, esta casa tiene mucho de parecido con la de allá.

—Dicen que buscamos lugares que nos recuerden otros donde fuimos felices… —agrega el hombre, que parece sentirse cómodo aquí, con la taza de café en la mano y con Pilar que acerca la silla.

—Sé que te debo una explicación —comienza ella—, salimos, disfrutamos de una hermosa cena, nos besamos, y ahora…

—¿Crees que te voy a pasar factura, Pilar, que debo recuperar la inversión llevándote a la cama?

Le arde la cara de vergüenza, quiere salir eyectada por la ventana, o rebobinar la película. *No quise decir, no fue mi intención*, farfulla, no le salen más que letras amontonadas, está aturdida, el vino, una pesadez en la cabeza, las piernas flojas, *me disculpas, quisiera descansar*, es tan absurda la situación que se levanta, pero él también endereza el cuerpo y sin dejar que reaccione, la abraza.

—Pilar, somos grandes, no hay problema ni apuro, no quiero incomodarte, solo que disfrutes cada cosa que hagas, con los ojos abiertos. O cerrados, como te guste.

Y otra vez la hace reír.

—Creo que tengo miedo, miedo de mí, y me falta mucho por hacer, por averiguar. Mi padre está muerto, pero quiero saber cómo fue su vida. Quedan mis tías, y Chico, y mi hermana, es un laberinto, pero debo recorrerlo. No creo tener la energía para encarar una relación, y todo lo demás.

—Entiendo —murmura él, su boca está tocando el cabello, cerca de la oreja de Pilar, y ella se estremece—. ¿La verdad, estás buscando la verdad? Pero cada uno de los que me nombraste, tendrá la suya, o por lo menos la manera de contarla o de recordar. Y no es cierto que no puedas hacer las dos cosas, conocerme y encontrar lo que buscas. Puedo ser una oreja confiable y además, sé cocinar.

Es tan grato tenerlo cerca, que todo el andamiaje de excusas comienza a desmoronarse. Sin embargo, privilegia la noche hermosa, los momentos vividos, y aunque él, al acompañarlo hasta la puerta, echa una ojeada involuntaria hacia la escalera que lleva al dormitorio, sigue firme.

Al abrir, una ráfaga de viento gélido los hace retroceder y tiene que hacer un esfuerzo para no abrazarlo: él ha colgado en su cara una expresión de desamparo.

—Tienes el auto a un metro —le dice ella, interpretando el gesto—, nos veremos pronto.

Y él la besa, un beso largo, intencionado, con gusto a café y a promesas.

En la cama, no quiere pensar ni cuestionarse, solo guardar este momento, con el miedo, otra vez, el miedo de que lo que se ama, se evapore.

Eso es lo que está experimentando con sus miedos: soltar, habiendo destilado hasta el último suspiro como un perfume exquisito. Para ser feliz, hay que aprender a perder.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

¡No lo vayan a tirar donde lo pisen las vacas!

Desde hace días le da vuelta en la cabeza la idea de volver a ver a Marta, la cuidadora de Alfredo hasta que él murió.

La llama por teléfono y la invita a su casa, quedan de acuerdo en el día y la hora. Pilar no sabe qué es lo que quiere con este encuentro, pero intuye que Marta sabe cosas que pueden aclarar más lo que ella está buscando de su padre.

La espera temprano en la tarde. Mira el reloj un par de veces y acomoda la punta del mantel, donde ha dispuesto un pequeño servicio de té. La hija de Ramón, que viene a ayudar con la limpieza, le ha dejado un bizcochuelo alto, esponjoso, oliendo a limón y amarillo de huevos. Pilar le había encontrado el punto, el latido a la casa en lo doméstico; se había entregado al devenir natural de ciertas cosas que hacía Ramón y otras que descansaban en las manos de la joven de algo más de treinta años, menuda, de andar inquieto, ojos pequeños y vivaces y una mata de pelo que doblegaba con hebilla y cinta. En el tiempo que llevaba viviendo allí, la atención de su ropa o la preparación de una comida sencilla estaban a cargo de Estela. Estelita.

Pilar necesitaba esto. En su otra vida —porque estar con Ari, amarlo, parir sus hijos y perderlo era otra vida—, toda la casa era de su dominio. Hoy estaba feliz de que ciertas tareas cotidianas fueran responsabilidad de otros.

Disfrutaba del jardín y del patio con sus rincones de sombra y de fulgurantes colores en canteros prolijos con la curiosidad del paseante, del viajero. En ocasiones, esas mínimas novedades de brotes y de bulbos, de poda y tierra carpida, la detenía un momento a conversar con el que se ocupaba de la vida de esas plantas, ya que la muerte venía sola.

Volvió a mirar el reloj, tomó el celular y envió el mensaje corto. No obtuvo respuesta. ¿Se habría arrepentido Marta? Atardecía. Tuvo que levantarse a encender la luz del pequeño jardín de invierno, acristalado como una pecera, desde donde dominaba gran parte del paisaje del jardín. Se sirvió un café.

Sintió el timbre lejano y se levantó. Vio a Ramón acudir hacia la puerta de calle. Luego, escuchó los pasos que se acercaban.

Pilar y Marta se abrazaron con cariño, o con esa emoción de haber

compartido al hombre que les ocuparía los pensamientos y las palabras; una era hija, pero la otra ostentaba ciertos derechos adquiridos de intimidad y de territorio.

Ramón dijo: *Si necesita algo me llama,* y se retiró.

—¿Té? ¿Café? ¿O alguna bebida?

Se acomodaron en los sillones, y al mirarse, se entendieron.

—¿Van bien las cosas? —dijo Pilar.

—Sí, me puse un negocio, trabajo con mi hijo. Comidas para llevar. Es duro, pero vamos pudiendo.

¿Por dónde empezar? ¿Cuánto querría contarle sobre su padre?

—Yo lo extraño mucho a don Alfredo —dijo Marta, aliviando la incomodidad de Pilar.

—Cuénteme.

—No había nada que él no supiera. Cualquier tema. Si yo me metía en líos de créditos, papeles, él me aconsejaba. Me salvó muchas veces de meter la pata en trámites, compras o juicios.

Pilar se lo imagina: Alfredo resolviendo desde su lecho, entre los libros, con el gruñir del perro bajo la cama. *Él sabía de todo.*

Tiene un vacío en el estómago; quiere saber y sin embargo, siente que está pisando un terreno desconocido, con un testigo de primera fila.

Toma coraje, se anima.

—¿Hablaba de nosotros?

—De usted —contesta la mujer—, decía que había seguido sus pasos. Que había hecho lo que él no pudo.

Cruzando la barrera del tiempo, incluso la de la muerte, Pilar ve la similitud. Como su padre, se fue joven de la casa y mantuvo esa ríspida relación con su progenitor. La rebeldía, el tratar de diferenciarse para terminar reconociendo los parecidos; ese espejo contra el cual luchó toda la vida.

Presta atención a lo que le sigue narrando su visitante.

—A mí me daba pena con don Chico —qué gracioso suenan esas dos palabras juntas, «*don Chico*»— porque atendía todas las cosas, del campo y las de la ciudad, y don Alfredo no le reconocía el esfuerzo. Por ahí, traía algún negocio bueno, de comprar o vender vacas, y su papá le negaba. Decía que no se metieran en sus cosas.

Esa frase. En uno de sus viajes —sus padres todavía no estaban tan enfermos— a Sofía la habían operado de cataratas, y Pilar sugirió que debían tener a alguien de manera permanente para que los acompañara. No olvidará los ojos de Alfredo brillando de furia, al decir: *¡No se metan en mi economía, ni en mis cosas!* Ella había osado pisar su territorio.

—Doña Sofía también se enojaba con él por eso. Se sentaba en el sillón, al lado de la cama, y si hablaban del campo, ella decía de un arbolito que había elegido para llevar, y él la contradecía. Mezquinaba los elogios. Ella entonces golpeaba con los dos pies el suelo, nerviosa, y se iba para la cocina.

Marta mira a su alrededor, el parque. Su anfitriona le sirve otra taza de té, la torta se desgrana entre los dedos de la que sigue hablando. Sus ojos miran hacia arriba, hacia adentro, buscando entre los recuerdos. Y cuando emerge, tira sobre la orilla lo que ha pescado. A Pilar le parece escuchar la voz de su padre detrás de las palabras de la cuidadora.

—«Mi madre era buena, me tapaba algunas cosas. Mi padre era áspero.» Así dijo: áspero.

—«A nadie le importó mandarme lejos, solo. Los curas me pegaban. Cuando era chico, me metieron pupilo.» ¿Se imagina un niñito patitas flacas, ocho años, valijita de cartón, lejos de su familia?

Ya era más grandecito cuando, en el refectorio, el gran salón de comedor donde estaba prohibido hablar, el cura, allá, en la punta, leía en voz alta la vida de los santos y él hablaba con su compañero, desafiando el orden. Otro cura, que los vigilaba vino por detrás del chico y le pegó con una regla de madera en la espalda. Alfredo se dio vuelta y con violencia, clavó el tenedor en el vientre voluminoso del sacerdote, rasgando la sotana. Se levantó y comenzó a correr. El cura, furioso, lo perseguía trabajosamente, hasta que el niño bajó por la escalera a la pileta de natación, vacía en esa época. Desde allí, tenedor en mano, gritaba, insultando, instigando al fraile: *¡Vení, la puta que te parió, vení, pegame!* Por supuesto, fue expulsado de inmediato.

«A los dieciocho, me mandaron al cementerio del pueblo, a sacar los restos de mis abuelos, los padres de mi mamá, que habían muerto hacía muchos años, para ponerlos en una urna. Huesitos en una bolsa. En esa época uno se hacía hombre muy rápido.»

«Tuve muchas mujeres, más de sesenta —¿ese número dijo?, pregunta Pilar—, pero jamás la hubiera dejado a Sofía. Ella solo me tenía a mí. Yo era todo para ella. No puedo morirme. Ustedes no pueden arreglarse sin mí.»

«Yo me escapaba al cine, a salir con mis amigos, no era de hombres andar llevando a la mujer. Cuando cobraba, una vez al mes, la llevaba al teatro, al cine o a comer.» Hablaba de Sofía como de una joya, algo que él había conseguido, y que debía cuidar.

La tarde las abraza. No están solas: sentado a la mesa, Alfredo comparte con ellas. Más vivo que nunca, aun viviendo su muerte.

La cuidadora le cuenta de esos momentos.

—Lo vestí, camisa rosa, la mejor corbata, saco azul. Lo peiné, le puse

perfume, y aun así sentía que todavía faltaba algo.

Pilar piensa: ¿Lo habrá besado, como María a su abuelo?

Marta sigue contando, con fruición; sabe que Pilar atiende con todos sus sentidos, y recrea y agrega y acomoda los recuerdos, los remoza, y siente que ella es importante.

—Magdalena no quiso, si no, yo lo hubiera afeitado. Él no dejó un solo día de afeitarse.

—¿Y de Magdalena, qué decía?

—La quería mucho, ella había quedado muy bajo el ala del padre a pesar de que estaba casada, y lo acompañaba al campo. Venía y ordenaba todo, la ropa, la heladera, le gustaba todo organizado. ¡Nos tenía zumbando!

Las dos se ríen, es una buena descripción de su hermana. Como se debe ser. El deber ser. Ser como…

Por oposición, la insurrecta: Pilar.

Ella sabía que, en cierta oportunidad, Marta le había levantado la mano a su padre. Era un episodio un tanto difuso, ambiguo, Magdalena se lo contó, pero luego, como el prisionero que no puede prescindir de su carcelero, Alfredo minimizó el hecho —por supuesto después de dramatizarlo—, y todo siguió su curso.

Pilar observa que, mientras la mujer cuenta estas intimidades, los ojos se le humedecen. Ella creía en lo que estaba diciendo. Pilar piensa qué lazos extraños se tejen entre el que yace impotente para actos cotidianos y el que tiene que satisfacer sus necesidades; ese que cobra su dinero, pero que va ganando en poder, en territorio, donde la familia no quiere estar. Nadie tiene el estómago adiestrado para las miserias, el denigrante transcurrir de los días con sus avatares intestinales y otras yerbas, teñido por las emociones.

Sin embargo, Marta no quedó afuera del influjo del viejo seductor.

—Me peleaba, mucho. Amenazaba con echarme, cuando yo no me quedaba todo el tiempo con él. Un día me hizo que leyera la Biblia, en un lugar que me señaló. Yo estaba distraída, y leía rápido, y su papá me reprochó diciendo que atendiera, que pensara en lo que estaba leyendo, era una historia que hablaba de una mujer llamada Marta, y de María…

—Espere, ya vuelvo —dice Pilar y se levanta con premura y va hacia adentro de la casa.

Regresa con un libro en la mano, y abriéndolo, le señala a la mujer:

—¿Será esto lo que le hizo leer?

Marta acerca el rostro al libro, y se calza mejor los lentes, y lee:

—«Camino adelante, llegó Jesús a una aldea y una mujer de nombre Marta lo recibió en su casa. Tenía ésta una hermana llamada María, que sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra, mientras que

Marta andaba afanosa en los muchos quehaceres del servicio. Intervino Marta y dijo: 'Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje sola en los quehaceres? Dile, pues, que me ayude'. Mas el Señor le contestó: 'Marta, Marta, tú te preocupas y te apuras por muchas cosas, y solo es necesaria una. María ha escogido la parte mejor, que no se le quitará'».

Pilar toma el libro que le tiende Marta, se aleja un poco y lo deja sobre la mesa. Vuelve a sentarse y pregunta:

—¿Qué le dijo mi papá cuando terminó de leer?

La mujer levanta la cabeza, y responde con un aire triunfal en la voz:

—Que yo era esa Marta, y que en vez de hacer tantas cosas en la casa, o de estar en la cocina con su mamá, debía atenderlo a él, acompañarlo y escucharlo.

Pilar la mira, absorta, sin saber qué decir ante lo impensado del relato.

Marta también calla recordando ese momento, ese hombre que fue importante en la vida de las dos. Y de Sofía.

Sin que ella le pregunte, sigue.

—Su papá decía que su esposa era como una reliquia, como si el haberse casado con ella fuese un gran logro. Pero peleaban mucho.

—¡Si lo sabré! —exclama Pilar, en un diálogo que no pensaba se haría tan íntimo.

—Doña Sofía se molestaba porque él no reconocía cuando alguien hacía algo, todo lo que ella hizo en cada viaje, los árboles que eligió para plantar, la casa, las malas decisiones de él al elegir a los albañiles o los materiales… Era una cadena de reproches, don Alfredo le echaba en cara que muchas veces viajaba solo porque ella se quedaba a cuidar a sus padres enfermos. Las broncas eran porque él guardaba la plata, y no le daba para sus cosas.

La plata.

Pilar lo recuerda, de espaldas a la puerta, en su pieza, contando el dinero a escondidas. Como si le adivinara el pensamiento, Marta dice:

—Se enojó un día porque entré sin golpear, había cerrado la puerta del dormitorio y estaba con un fajo de billetes, acomodándolos, no sé, creí que me iba a tirar con algo por la cabeza de lo furioso que estaba.

Pilar siente una rabia que la atraviesa, un clamor justiciero de pena por su madre, por los viajes que hubiera querido hacer y no pudo. Alfredo solo iba a su campo y volvía, no hubo nunca nada que suscitara interés suficiente para cambiar sus hábitos, sus trabajos como empleado, el traje como una segunda piel y su casa.

—Se ha hecho tarde, la he distraído mucho, le agradezco que haya venido —se disculpa levantándose, y yendo hacia la puerta, indica que la visita concluye.

Marta toma su cartera y la sigue hacia afuera. Un hijo viene a buscarla, ya vio el mensaje en su celular, pero antes de salir agrega:

—¿Supo lo de las alianzas?

Pilar se detiene, los ojos son los de un niño al que le muestran el parque de diversiones.

Están en la entrada de la casa, y la mujer saca una carta de la manga.

—Parece que los anillos de casamiento se perdieron, algo pasó —Pilar sabe bien qué sucedió, pero calla, espera—, y no mucho antes de que don Alfredo se pusiera muy enfermo, le dijo a su mamá que iba a comprarle las alianzas. Ella pareció contentarse, pero una mañana, en que él la hizo enojar hablando tonterías de Chico —su mamá lo defendía mucho— le dijo que no quería ningún anillo, que se fuera a la mierda. Don Alfredo quedó dolido un par de días, triste, callado. Ahí vienen a buscarme —dice Marta y se despide, se dan un beso en la mejilla.

Pilar sabe que pueden suceder otros encuentros, pero esta tarde es irrepetible. No tiene ganas de comer. Pasa por la cocina y se prepara un café. Cuando va subiendo la escalera con la taza en la mano, recuerda la mañana siguiente a la muerte de su padre. Estaban en la cocina Magdalena, Chico y ella, decidiendo el destino de los restos y Marta, en un rincón, al escuchar sobre la cremación y lo de llevar las cenizas al campo, exclamó dolida, sin continencia: *¡No lo vayan a tirar donde lo pisen las vacas!*

Todas las facetas de un hombre, los sentimientos que despertaba en otros, eran misterios que se iban develando de a poco.

Antes de dormir, supo con certeza que volvería a encontrarse con Marta.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Nacho

Pilar ha hablado con el hermano de Alfredo, con Nacho, su tío. Le prometió visitarlo y él le reiteró su gusto por la llamada y le dijo que iba a buscar en su archivo mental. Cuando colgó el teléfono, supo que él tendría tema para toda la tarde con su mujer.

Las aguas se mueven y hay que pescar en ellas.

Siguiendo esta línea, ha llamado también a Catalina y Aurora. En los tres —un poco más acentuado en las mujeres—, con distintas gradaciones, vislumbró que a pesar de tener todos la misma costumbre de poner la desconfianza y el sarcasmo por delante como un increíble pero vetusto mecanismo de defensa, hay una luz esperanzada que se cuela entre las conversaciones sobre males, achaques, visitas al médico, caídas y otros tópicos comunes. ¿Se puede llamar alegría? Vidas largas, gastadas, complicadas en enredos inútiles, que hoy, con sorpresa, reciben ese llamado, la voz, el tema, el motivo.

A cada uno, ella le expresó su deseo: *Ustedes tienen los recuerdos, y yo quiero que me los cuenten*. Tanta historia vieja de rencores, de cosas no dichas, esas grietas que empiezan de a poco y se agrandan con abismos que se llenan solo de preguntas, conjeturas vanas, cuando el que estaba del otro lado muere. *Finit*, *caput*, *morire*. Un nombre grabado en una piedra, cenizas bajo un árbol.

Quiero saber, dijo en cada llamada. Ahora, la pelota estaba en la cancha de ellos. Juntar fotos, recuerdos, armar el archivo, como quisieran y pudieran. Les ha dado la ventaja de avisarles, pueden inventar, fabular o acomodar los recuerdos de la forma que más les guste o que menos les duela. Cuando los tenga cara a cara, sabrá que aun dentro de lo inventado, o de las verdades a medias, se está tejiendo una red tan delicada, hasta un poco perversa, anudándose perfecta para acunar al hombre más importante de su vida: su padre.

Estaba aprendiendo a ver. Le dolían los ojos por esa mirada nueva, enceguecedora. El pasado volvía con una fuerza inusitada, y como a Paulo, el personaje bíblico, la había volteado del caballo. Treinta años eran un suspiro en el continuo devenir de las historias, y no iban a callarse las voces solo porque ella hubiera vivido fuera de ese entorno. Como los hongos que brotaban perfectos y rotundos bajo los robles y nogales después de la lluvia, y que ella recogía para deleite de Ari y de

sus hijos, de esa manera salían los recuerdos, y ella debía atar los cabos, reflexionar para entender.

La vida la ponía aquí, después de la muerte de su padre, sin problemas económicos —el dinero le alcanzaba para vivir con holgura —, y con tiempo de sobra. Sabía que no sería fácil y que estaba eligiendo meterse en aguas desconocidas, pero también tenía la certeza de que ya no había regreso.

Sin embargo, algo que comenzaba a crecer dentro de ella, una emoción que no se permitía aún poner en palabras, la sostenía de una manera casi irracional: la presencia de Rodolfo le daba fuerzas. Sentía una inquietante curiosidad hacia ese sentimiento impensado hasta no hacía mucho tiempo. Como un caramelo en el bolsillo de un niño, que lo anhela y sabe que quiere disfrutarlo, pero lo reserva tocando el papel, presintiendo el aroma y la dulzura, con una enervante morosidad.

Habían transcurrido apenas unos meses después de la muerte de Alfredo. Pilar acomodaba el sentir, el cuerpo y la vida en esa casa donde la glicina se hacía desear, como un capricho de la naturaleza —¿o era suyo el capricho de verla florecer?—, cuando sonó el teléfono. Siempre el teléfono provocando sobresaltos.

Chico le avisaba que habían traído a Nacho desde el pueblo a un hospital de la ciudad. Su estado era grave.

Pilar agradeció haberlo visitado en su último viaje al campo. Su tío, en el reparto de la herencia, se había quedado con la casa del pueblo. Esa, la de los dos balcones a la calle, de donde ella había visto entrar y salir tanta gente cuando murió Merceditas.

¡Tan vívidos son algunos recuerdos de su infancia! Esa infancia interrumpida por la muerte o por la primera sangre, allá en el tanque australiano, cuando su primo Francisco le preguntó al volver de sus correrías: *Pilar, Pilarcita, ¿te has lastimado?* La sangre que chorrea al costado de la bombacha, una línea roja bajando por la pierna. Y la noticia del nacimiento de su hermana. Todos esos sentimientos la abrumaron mientras estacionaba el auto y se aprontaba a tener una charla con su tío.

Espió a través de las puertas vidriadas mientras esperaba que la atendieran. El verde inglés de la pintura, los pisos de mosaicos antiguos de vistoso dibujo, los sillones en el comedor —los sillones de Isabel, aquellos de las reuniones, de fiestas o de trifulcas—, el reloj de péndulo que estaba en la estancia: cada objeto pertenecía a distintos lugares, y para quien los había vivido o habitado a todos, era perturbador.

Uno de los hijos de Nacho la hizo pasar. Sintió la mirada curiosa sobre esa prima que venía de tan lejos. Lo besó; era un hermoso muchacho, todos esos primos eran hermosos. Frutos de una cosecha tardía, se dijo sonriendo. Había oído que Nacho era un buen padre.

Conversaron en la cocina espaciosa mientras tomaban unos mates. Luego siguieron hablando en el banco de plaza, donde el patio se ensanchaba, generoso, en plantas, en galería con varias piezas que abrían sus puertas hacia el aljibe. Desde el brocal, levantando los ojos al cielo interrumpía la luz una torre de la iglesia del pueblo.

La conversación con su tío había sido fructífera. Nacho le contó que cuando se dividieron los campos Alfredo fue a buscar a La Algarroba una marca de ganado que le pertenecía. Ante el pedido, don Pancho se la había arrojado con fuerza, y el hierro se quebró al tocar el suelo. Los objetos, las cosas, eran botín de guerra, motivo de rencores, disputas, territorio marcado con la orina de los que se repartían, no lo material, sino las migajas de un amor: el de su padre. El abogado de la familia, harto de tanta demora, de peleas y berrinches, tomó un día palitos más cortos y más largos, y de esa manera arbitraria pero eficaz entregó rastras de plata, sulky, rifles, juegos de copas y otros enseres, terminando así con años de desavenencias.

—¿Vos supiste lo del balazo?

Los ojos de su tío se encienden cuando ella le contesta que no sabe de qué está hablando.

—Tu papá compraba derechos y acciones, fracciones de campos. Uno de esos, cerca de aquí, estaba ocupado, los tipos no se querían ir, y cuando Alfredo intentó entrar a los tiros, lo hirieron en la mano.

Pilar piensa que quizás se equivoca, pero Nacho parecía divertido, o contento, al contarle este humillante episodio.

Se despidió, y al subir al auto se percató de que había olvidado los lentes de sol. La puerta de calle había quedado entreabierta. Caminó por el pasillo, y al llegar a la cocina vio a su tío con la máscara de oxígeno cubriendo la cara crispada. Levantó los anteojos de la mesa, y con la cabeza gacha salió sin hablar.

Se encuentra con su primo en una salita fuera de la habitación de la clínica y él le cuenta que lo había traído en una ambulancia, boqueando, arañando el aire con su mirada ansiosa: la asfixia vuelve a los ojos filosos, desesperados.

A Pilar la impresiona la extrema delgadez del que fuera el seductor, el hijo guitarrero y cantor de don Pancho, arruinado por el cigarrillo, el alcohol, las noches húmedas de rocío cuando volvía de sus serenatas a

caballo, o en su camioneta. El casamiento tardío lo había enderezado un poco, los hijos. Pero llevar el título de bala perdida y oveja negra era muy fuerte. Nacho fue el que se quedó con el viejo, a su sombra, páramo y refugio, inexorable destino del que no busca caminos desconocidos.

Sale de la habitación con unas tremendas ganas de respirar aire puro. En la calle, hasta el vaho de la avenida llena de autos le resulta aliviador. Atrás queda la seca y ardiente palma de la mano que estrecha, el beso rápido sobre el pómulo huesudo, el bigote que sigue la curvatura de un ánimo que jadea, que titubea como la llama de una vela sometida a un viento fuerte. Cuando vuelve a su casa —qué rápido decimos que es nuestro el lugar donde se guardan nuestros silencios, las paredes que nos escuchan respirar— y después de una ducha que borra los olores del hospital, la taza de café la renueva.

Se obliga a pensar para atrás, muy atrás. Ella sobre el caballo, su cara contra la espalda de su tío, puro hueso fino, si hasta puede recordar la textura de la camisa, el olor del hombre y su fama que desbordaba los límites del pueblo. Mujeriego. Le gustaban los caballos. Recuerda el brazo deformado por una fractura que soldó mal. Eso no lo frenó. No había límites para transgredir. *Mujer ajena, pero dispuesta, no tiene pena*. Sus borracheras, sus andanzas nocturnas, mientras su madre rezaba y su padre, el caudillo, puteaba a diestra y siniestra, eran memorables. En una de ellas, a la madrugada, apareció su camioneta en medio de la represa, con el agua a mitad de las puertas. Don Pancho, desde la galería, gritaba a los peones: *¡Saquen a ese borracho de ahí antes de que se ahogue!* Nacho no estaba dentro del vehículo, solo lo había dejado sin freno en la entrada y este se deslizó hasta el espejo de agua. En alguna pieza, dormía el sueño de los irresponsables.

Todos sabían de la predilección que tenía el viejo por ese hijo, y él le correspondió quedándose, mirando cómo el aire se encendía en los pulmones de su padre, durmiendo con un solo ojo, esperando, temiendo. Ese verano del ’80, a ella y su tío los unió el cariño y el terror. La muerte tenía diferentes caras: la enfermedad era una; la del Coronel, el lobo, era otra. Tanto vivido, días intensos, y hoy… Luego del exilio de treinta años, el hombre que vio en la cama, asesando, era apenas una sombra del que guardaba en sus recuerdos.

Después, la noticia. La muerte que estaba en los cálculos de ese cuerpo, de esos pulmones, contra toda esperanza de Nacho y de su familia. Lo llevaron al campo y lo velaron en el pueblo. Pilar no fue. El ritual que rodea a la muerte la conmocionaba. Aún conservaba el recuerdo de aquel velorio, el primero: para un niño, el primer muerto es la frontera donde termina la infancia. Ver en el cajón a su tía

Merceditas, el olor de las flores y aturdirse ante el tirón de la mano de su madre, que la obligaba a despedirse con un beso, la boca nueva en el frío rostro, y frotarse después la boca con la toalla en el baño, y salir a jugar en el patio de la casa del pueblo, llena de extraños curiosos, ajenos.

Vio a muchos otros muertos, a su padre, pero no a su Ari, su marido, que descansa en aquel país construido sobre los mártires.

Cuando volvió a ver a Chico en el campo, hablando de estas cosas él le había comentado sobre lo que consideraba su destino:

—A mí me toca bajar a los ahorcados, ir detrás de las ambulancias, levantar a los caídos de los caballos o a los que se pegan un escopetazo. Hay que verle los ojos de frente a quien se da cuenta, tarde, de que no quería morir.

Y Pilar, con su pertinaz rebeldía, le había respondido:

—No es destino, uno puede elegir.

Pero Chico se quedó con la última palabra:

—No siempre.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Huesos pintados de rojo

Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.
Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte.

MIGUEL HERNÁNDEZ,
«Elegía»

Menuda, derechita como un cuchillo clavado en la arena, que aunque no se vea, uno percibe todavía el vaivén, cimbrando para mantenerse entera. Como cuando le dieron la noticia de que su hija no volvería jamás.

Los susurros en la casa, el teléfono y el desbande; los que se quedaron para acompañar el dolor más grande al que puede verse sometida una madre, mordiendo el odio, la impotencia, frente a la mayor de las torturas: imaginar lo que ha sufrido ella, su hija, la rubia jovencita, la desconocida y batalladora, enarbolando el estandarte de la igualdad, escupiendo las injusticias, arrastrada como tantos a ser un número más de los desaparecidos.

En su dormitorio, las paredes guardaron durante años el perfume, los sueños nocturnos, los suspiros, las fotos, las palabras y la ropa que languideció de pena en el ropero.

Y esa madre viajando, preguntando, año tras año esperando el milagro, y la puerta que nunca se abre, el timbre que nunca suena.

Un mechón de pelo rubio, trigo exangüe envuelto en papel de seda que grita mudo buscando el viento y la vida que lo habitaba. Una muestra para unirse a huesos, huesos cansados, maltrechos, hartos de esa espera sin nombre bajo tierra de vergüenza.

Su hermano Alfredo, el viejo pájaro que en ese entonces era un hombre joven, la asistió. Cuando nadie quería mostrarse en una reunión, en una misa de pedido misericordioso, él estuvo allí. Pasando esas mañanas con ella, en la cocina con ventana a la calle, juntaban

fuerzas.

Maldiciones.

Si las maldiciones mataran, no hubiera quedado en este mundo ningún uniformado. Por lo menos, en este país.

Este país.

La tía Catalina debía saber mucho más de lo que decía. Casi treinta años habían pasado, llenos de ausencia, sin un cuerpo para enterrar, para cerrar esa tragedia.

Celeste el nombre de la infortunada, como sus ojos. El pañuelo blanco en la cabeza de Catalina. El odio negro instalado en las venas enfriando todo sentir, dejando solo un punto, neurálgico, ardiente, de intenso y vivo recuerdo. Colores de la tragedia.

Tanta letra escrita, tanto dicho, tanto callado. «La humanidad comienza en una tumba». Eso nos distingue: el primer muerto con sus huesos pintados de ocre, de rojo, color de la sangre y de la vida. Distingue, manifiesta una diferencia; no son los restos de un animal sino de un hombre. La falta de esos rituales póstumos, funerarios, hace que la herida no sane nunca y transforma al muerto en un fantasma. Eso es lo siniestro.

Con Catalina comparte el no tener el cadáver, no haber visto el cuerpo muerto del ser amado, aunque Pilar, en su viaje adonde Ari encontró la muerte, pudo pararse frente a una lápida de mármol con letras en hebreo que decían: «El inmolado por la Patria».

Cómo no va a odiar Catalina a los militares, a esos animales sanguinarios que le arrebataron a Celeste. Peregrinar tanto tiempo, y ni una señal, ni un cadáver, ni huesos para enterrar y llorar. Pilar siente un remordimiento, cierta culpabilidad sin sentido que se despierta cuando ve a Catalina. La imagen, el recuerdo del Coronel, ese cosquilleo, el coqueteo no tan inocente de aquel verano del ’80 le martiriza la conciencia. No hubo nada, ni un beso, pero al conocer la historia de la desaparición de Celeste, que coincidió con los preparativos de su viaje a Francia, sintió ese escozor de culpa. Pocos meses después de que ella se reuniera con Ari en París, su madre le había escrito diciendo que no creían que estuviera viva. Celeste llevaba desaparecida tantos años como ella en el exilio.

Fue muy extraño, quizás porque era su prima más chica, más afín a la edad de Magdalena, su hermana, que a la suya. Cuando vio a Catalina, la pátina de piedra negra que había cubierto sus ojos, entendió: era la misma expresión que tantas veces había empañado la mirada de su esposo, de Ari, cuando pensaba en sus seres queridos

masacrados. Quizás esa rabia, la impotencia, la necesidad tan humana, sensible y extrema de tomar venganza, vivía también en Catalina. Un punto doloroso, que a veces cubría todo el cuerpo y la mente, enlutando, enrareciendo el clima de toda relación entre ellos y los que los amaban.

Ari y Catalina, sin haberse visto nunca, estaban hermanados en el odio y en el dolor, que ahora le había llegado a ella. De una u otra manera, por sangre, por amor, por esa empatía que dan los años de compartir pan y lecho, amaneceres, el café de las mañanas, el haber parido sus hijos y deslizado en ese devenir del tiempo que había pasado sin que ella hubiera tomado verdadera conciencia. Hoy la atropellaba, le saltaba al cuello. Los mártires no descansan, no encuentran el lugar del reposo, del justo descanso.

Shoshana, Gabriel, León, Ari, Celeste, inmolados en el altar de los crímenes que denigran la grandeza de la raza, que nos acotan, mezquinos, el espectro luminoso del alma que se expande, que busca la alborada nueva, la necesaria calma.

Hace la llamada telefónica de rigor. No era usual caer así como así, había que avisar antes y esperar que el ánimo de Catalina, como el viento, fuera favorable. Cuenta, sin entusiasmarse demasiado, con cierta intimidad ganada en los últimos meses de la vida de Alfredo. Atiende Eugenio, su primo, le cuenta, con una alteración evidente, que él y su madre acababan de llegar del campo y se encontraron con una desagradable sorpresa: les habían entrado a robar en la casa y todo era un verdadero desastre, revuelto.

Catalina viene al teléfono y Pilar la conforta, y le pregunta si quiere que vaya. La negativa es inmediata; su tía habla conmocionada, quiere recostarse, ya verá qué hace por la tarde, necesita descansar, se ha levantado muy temprano para preparar el regreso desde el campo. Ella no insiste y vuelve a ofrecer su ayuda para lo que necesite. Que la llame, le dice.

Pasa la siesta, llega la tarde y Pilar está inquieta. Se da una ducha, se viste y va hasta la cochera. Hace mucho calor.

En el auto, enciende el aire acondicionado. No quiere llegar estropeada, no sabe qué le espera. Pero debe ir.

Eugenio abre la puerta, está vestido con una remera gastada y pantalones cortos que acentúan su estatura, y lleva el cabello largo atado en una coleta. Tiene manchas de polvo en la ropa y en las manos.

Se alegra al verla.

—¿Se puede pasar, o me van a largar los perros? —bromea Pilar

mientras avanza hacia adentro.

La escalera de anchos peldaños se hace codo brusco, y al doblar, un tramo y el descanso, al cual se abren todas las puertas: los dormitorios, el baño, el balcón que se estira sobre el patio. Está segura, sin mirar siquiera, de que el viejo jazmín está igual, amarilleando pimpollos aromáticos al lado del asador.

Hay desorden por todos lados. Ropa tirada en el suelo, los discos de pasta, el viejo combinado, los grandes auriculares. A pesar del caos, todo está como hace años, dolorosamente parecido a sí mismo. Anclados todos, los vivos y los muertos, a un momento de sus vidas. Catalina está acostada en la cama, que parece más grande ante la pequeñez de su figura. En camisón, tiene una bandeja sobre las rodillas y está tomando una taza de té con unas tostadas. A su alrededor, hay papeles en el suelo, impidiendo el paso, más ropa, cosas revueltas. Pilar se acerca, no le da tiempo, la besa y le dice:

—Si el viejo estuviera vivo, estaría aquí. Por eso vine.

Con delicadeza, se recuesta al lado de su tía. Los ojos brillan en el rostro pálido, demacrado. Catalina termina su merienda y Pilar retira la bandeja, que Eugenio se lleva de inmediato.

Ella no sabe qué decir, y toca el brazo de la que comienza, por fin, a contar. Las palabras llenan el espacio libre del dormitorio. Hace mucho calor, la puerta del balcón está abierta, como si no importara: ya entraron, violaron la intimidad, tocaron todo lo guardado, lo preservado celosamente en el tiempo.

—¡Mirá lo que hicieron estos desgraciados!

Endereza el torso, se sienta mejor en la cama, y Pilar se atreve, estira la mano y acaricia el brazo delgadito, la hermosa piel marchita. Catalina se deja, poco, pero se deja. Luego se estira y alcanza unas fotos, hay muchos recortes de diario amarillentos de oscurecidas letras: negro mensaje, torturas, desaparecidos, martirio recortado a tijeretazos y guardado prolijo, papel que conserva el odio de la mirada que leía, la de su tío, atravesado por el dolor más grande que pueda sufrir un ser humano cuando llegó a sus manos aquel libro donde todos los horrores se hicieron realidad, ya no en el imaginario, sino con los testimonios. *Nunca más*, se llamaba el libro. Para que nunca más pase, nunca más te volveré a ver, nunca más escucharé tu risa, el ondular de tu pelo, la ternura de tu abrazo. Al tocar los recortes de periódico imaginó las noches de espanto, los ojos turbios de rabia, el escroto encogido, el miedo que se mete primero con la dignidad y la hombría. Él solo pensaría por qué no la defendió, por qué no se la trajo la última vez que se vieron, espalda con espalda, en ese banco de la plaza. Quiso terminar con todo, pegarse un tiro, dejarse morir, salir de esa realidad

abyecta. Pero la maldita esperanza de encontrarla algún día lo mantuvo vivo.

Pilar suelta los papeles como si quemaran en sus manos.

Mientras mensuran los daños, una y otra vez conjeturan con Catalina y Eugenio cuándo y por donde entraron los ladrones. Ha sido la noche de la tormenta grande, porque hay barro en los pisos; la puerta violentada es la del balcón que asoma sobre el patio, duele la herida en la madera, en el vidrio hecho añicos.

Abajo, en la cocina, Eugenio recibe al amigo que sabe de cerrojos y de llaves. Pilar se levanta en un intento de ayudar, de acomodar aunque sea un poco el desastre.

—¡Esperá! —le advierte la tía—, ¡no vayas a pisar!

No especifica qué, y ella se agacha y con cuidado se asegura dónde pone el pie: sábanas, pantuflas, ropa sin estrenar, cajas y cajas de zapatos. Catalina se para a su lado y abre una, y saca el zapato de una princesa de cuentos de hadas. Brillan las piedras, el taco fino para un pie diminuto. El de ella.

—Tengo la cartera que le hace juego —explica mientras mete la cabeza en el ropero que tiene las puertas abiertas, desnudando tanto.

Y con movimientos nerviosos, por fin, la encuentra. La muestra con ojos de raro contento.

—Si querés, un día te la presto.

Y Pilar vuelve, por un instante, a los años de la adolescencia y juventud, a los amores locos, a la compañía cómplice, a esta casa cobijando sus secretos.

Catalina se detiene un momento para ir al baño. Mira todo el desastre y se apura, necesita orinar, pero su mirada parece querer grabar todos los detalles, los objetos desperdigados. Pilar escarba en los papeles, su nariz husmea, como cuando niña recorría las piezas, los corrales, el monte. Se levanta atraída por algo que brilla allá abajo, estira la mano y lo saca: un bellísimo collar de perlas, con broche de finas gemas engarzadas. Y más abajo, entre los recortes de diarios, un cuaderno. En un solo pensamiento unido a la acción, Pilar lo rescata del olvido, de la traición, y se lo pone dentro del pantalón, entre la cintura y la espalda. El corazón amenaza salir por su boca. Catalina regresa apurada, y la sobrina levanta el hallazgo precioso.

—¡Pensé que se lo habían llevado! —grita eufórica la mujer ante una alegría impensada en esas circunstancias.

Llama a Eugenio, se asoma a la escalera, le muestra el collar y el hijo se alegra por ella. Luego, con su habitual sentido del humor, agrega:

—¡Tengo un amigo que revende estas cosas!

—¡Hacete el loco! —advierte la madre, pero su ánimo está

cambiando, se aliviana un poco el aire lleno de energía nociva, y regresan a la cama cubierta de fotografías.

Pilar toma una, y ella de inmediato se la saca de las manos. Y recostadas, pasan los dedos, las miradas, por esos rostros de tantos que no están: abuelos, bisabuelos, tíos, una pléyade de vidas pasadas, que el ultraje muestra hoy mezcladas, sin orden. Otra vez el corazón le late acelerado cuando se ve, niña, allí, al lado del árbol de Navidad. Y Magdalena chiquita, y Eugenio, Celeste y Patricio y Francisco. Ese árbol de Navidad, en aquella casa, la de don Pancho Montero.

Con codicia recorre las imágenes buscando su rostro, el de sus padres, y las pistas, alguna luz que le alumbre el camino oscuro, resbaladizo. Su mirada se detiene ávida en las caras de sus padres; están posando, Sofía lleva un vestido de seda con pliegues sobre el pecho y un casquete con plumas le ciñe los costados de la cabeza. Alfredo la está tomando del brazo, aunque tomar no defina el gesto. Los dedos aprietan sobre la piel dejando la marca mientras esperan que accionen el disparador. El hombre tiene los ojos cerrados, cuidando que no se escape la mínima expresión de alegría o la rabia y el descontento que brotaba sobre el labio superior, bajo el bigote. Los dedos, esa presión dominante, lo traicionan: dueño de la mujer y de las palabras o gestos que pudieran hacerlo quedar mal. Expuesto. Como si la fuerza de esos dedos pudiera cobrar vida, y hablar y gritar. Cada dedo de su padre era un alarido pequeño, de sangre, de huesos, de nervios dirigidos desde el corazón, del cerebro. El señor Miedo.

Catalina es mezquina, y Pilar baja los párpados poniendo coto a su interés para que la dueña de casa no perciba las ansias. Años han estado estas cosas bajo llave, la del cordón de seda, gastado de tanto abrir y cerrar las puertas; allí había hibernado esta cartulina, hasta este día del robo. Bendijo a los ladrones, bendijo su miseria, porque solo entrando ellos al santuario habían hecho posibles estos hallazgos.

Las fotos que con deleite fue encontrando están sobre una silla. Debe pedirlas, y esperar. Cuando lo hace, Catalina estira el brazo y las agarra. Titubea. Los mecanismos aprendidos no se desactivan tan fácilmente. Pero ella, como Alfredo, sabe de lealtades. Pilar aprovecha ese mínimo espacio, y le dice:

—Si me las prestás, les hago una copia y te las devuelvo.

Su tía la mira a los ojos, y decreta:

—Está bien, pero me las cuidás mucho.

Catalina toca las fotografías, y Pilar no sabe si es más fuerte el deseo de posesión sobre esas cartulinas o los sentimientos que pueden despertar las personas retratadas. Todo es confuso en su cabeza, en la de ella, que se mueve entre los escombros del doble cataclismo: el de su

vida y el que dejaron los criminales.

Cuando se levanta para irse, rogando que no se note el bulto de lo que esconde en su espalda, agradece haber elegido una blusa amplia, suelta sobre el pantalón. Se despiden y sube al auto. Después de varias cuadras de manejar mirando hacia atrás por el espejo, se detiene en una plaza. Sus manos tiemblan cuando saca el cuaderno de su escondite. Todavía, a pesar del tiempo, conserva su cubierta de papel marrón.

Pilar sabe que ella es un ladrón más.

Catalina la llama por teléfono. Han terminado de enrejar su casa, aquel balcón volado sobre el patio, con la planta de jazmín tan antigua como la casa. El robo que sufrió la ha obligado a transformar su hogar en un fuerte. Aunque ya lo había amurallado antes, con el peso de los recuerdos.

Hablaron de las fotografías y de las cintas de la Virgen, las cintas para los enfermos, esa Virgen vieja, rota, que había pertenecido a su padre y al padre de su padre, y que le había prestado a Alfredo para que lo acompañara en su enfermedad. Ahora, la imagen estaba en la casa de Pilar, que promete llevársela.

Catalina está cansada. De toda la conversación, de todo lo que comparten cuando Pilar le cuenta lo que ha encontrado entre los papeles de Alfredo, surge indeleble, pesada, una frase:

—Cuando te matan una hija, porque la mataron, nada puede ser importante. Esto, como otros problemas, se arregla; lo otro, jamás.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Los bellacos de Isabel

Escuchó la voz cascada en un mensaje del contestador. Era su tía Aurora que quería saber de ellos, cómo iba llevando Sofía el duelo. Pilar la llama, y cuando escucha su voz, contenta por el llamado, siente que todo está bien. Aurora dice que tiene una tarjeta de invitación de los quince años de Pilar, y pregunta, deseosa de que ella le diga que no:

—¿Vos la tenés? Parece una tarjeta de casamiento, con solapas y letras doradas.

Pilar la tiene, o por lo menos, sabe que en la casa de sus padres estaba; sin embargo, le contesta que no lo recordaba, que posiblemente, que en alguna parte, que quizás. Hay un tono de contento en la voz de su tía, lo que le abre una mínima brecha para decirle:

—Aurora, quiero hablar de Alfredo, ese hombre que conocí en los últimos tiempos más allá de que sea mi padre. Un romántico al que le gustaba el cine, la música clásica.

Del otro lado del teléfono, la voz dice:

—Vení un día y te cuento.

En la sala de espera del banco, hay dos ancianos confundidos ante el monitor que les pide datos para soltar un papelito con un número. Pilar se les acerca. La reconocen, luces mínimas en los ojos llenos de nubes. El olor a cuerpo sucio le ultraja la nariz, aun así, es estrecho su abrazo. No era casual encontrarlos allí. Los acomoda en unas sillas y se sienta a su lado. El pasado les hace un cerco donde todo, la gente, los sonidos al cambiar los números iluminados en el tablero, todo queda afuera. Se encierran en la mirada, náufragos los tres en el turbio mar de las evocaciones. Sabe que es terreno resbaladizo, peligroso; no es fácil hablar a calzón quitado después de tantos años. Y lo hace de la única manera posible.

De frente.

—No me llamaste —dice Aurora, abriendo el diálogo con un reproche.

—No, estuve ocupada y…

Antes de empezar una justificación prefiere decir lo que siente. Dice que era un tiempo para sanar, que nada importaban las viejas dudas y

rencillas que ni siquiera en el fondo penumbroso de la memoria podían obtener respuestas.

—Me gusta zurcir —explica—, me gusta reparar. Es hora. Solo quiero que me cuenten su niñez, quién era Alfredo, ese hermano mayor.

Hay que aguantar a pie firme esas miradas. La desconfianza anidaba en esas almas desde siempre. Pilar, en ese mínimo espacio que ofrece la duda, coloca las palabras que pueden abrir la puerta.

—El caballo se llamaba Solito —la voz de Aurora tiene la cadencia de quien está recreando un momento precioso—. Yo iba en el anca. Alfredo llevaba las riendas, procurando que el animal fuera más rápido le pegaba con la fusta y me atizaba en las piernas desnudas, así que llegaba siempre llorando.

Nunca supo cuántos de los golpes eran involuntarios.

Mirándola mientras habla, Pilar experimenta una alegría absurda, como de poética justicia, por aquellos fustazos en las canillas de aquella chiquita que se hará grande y mudará sus afectos como las víboras su piel. La envidia, ciertos rencores viejos, los lugares que ocupan en el orden de nacimiento, y después las peleas por la herencia. Solo así, hurgando en los meandros del inconsciente, pueden entenderse, o por lo menos aceptarse, esas disputas casi infantiles por un objeto, la mitad de un juego de copas, un rifle, un sulky, una rastra con monedas e iniciales ajenas. Como si en ese pobre gesto de tironear como perros un pedazo de carne seca o podrida hubiera un deleite, una venganza por cobrarse, una deuda de amor que no fue dado, viejas rencillas, alianzas que el viejo Pancho había hecho, dividiendo para reinar.

Pura mierda viajando de una generación a otra.

Como si se le hubiera dado permiso, o se lo permitiera ella misma, Aurora sigue hablando. Pilar le pregunta por la ausencia de esa abuela, la que vivía en la ciudad y que hubiera podido mitigar la orfandad de estar pupilo en el colegio de los curas.

—La abuela hubiera sido más cariñosa —explicó la mujer—, pero la tía Justina no la dejaba.

Esa tía era aquella que quedó soltera, que una vez fue hermosa y que probó el amor hasta que su novio murió en un accidente. Y su carácter se tornó avinagrado, recalcitrante. Jamás buscó a Alfredo en el colegio, esos grises fines de semana. Era un niño solitario. Una vez quiso quedarse a dormir pero la tía Justina le dijo que en la casa no tenían frazadas suficientes. El fin de semana siguiente se le apareció a su abuela con un atadito de frazadas sacadas del colegio bajo el brazo. Fue

doble la reprimenda, por hacerlo, y por andar como indigente en la calle. Nadie, en esos años, andaba con paquetes de ropa en la mano, a excepción de los mendigos.

«Los bellacos de Isabel», así les decían.

Aurora, como si el clima que había creado Pilar en esa sala de espera la incitara a hablar, sigue uniendo recuerdos como una niña engarza botones coloridos en un hilo para hacer un collar. En una de esas visitas a la gran casa de su abuela, la de los patios inmensos, las puertas con banderolas y los salones alfombrados, quedó sola con Catalina. Su abuela y su madre habían salido a comprar zapatos y no las llevaron. Enojada por esto, Aurora se encargó de cortar con una gran tijera que encontró en la pieza de costura, al fondo de la casa, todos los flecos de seda de los visillos de las ventanas. Pilar imagina la escena, los oscuros recintos, sillas altas, los tapices y rincones intimidantes, y esas niñas pequeñas a las que la mesa les daba a la altura de la cabeza, y que la usaron de refugio ilusorio cuando se dieron cuenta de la magnitud del desastre: sobre las baldosas coloridas del piso, blancas cintas de seda, de hilo, una tremenda transgresión al orden de esa casa fría, sin amor.

—Que no vengan más aquí los bellacos de Isabel —dijo la tía Justina.

Se despiden, y Pilar los ve irse balanceando la vejez que los acorrala, que les permite apenas esos pequeños gestos de libertad ilusoria: poner y sacar dinero de una cuenta bancaria. Como Pancho Montero: no delegar ni resignar territorio y poder.

Chico le avisa que ha muerto el marido de Aurora. Quizás fue providencial que los encontrara en el banco aquel día. Mejor morir a vivir mal, piensa, el deterioro físico es perverso y la mente queda prisionera de un armazón doliente. *El idiota solemne*, lo había apodado Alfredo, su lengua encarnizado cuchillo bañado en el veneno del desprecio. *Aurora cree que está casada con Borges*, se mofaba, en alusión al gusto por la lectura del que acaba de morir. Hoy, con la perspectiva que le dan el tiempo y la experiencia, Pilar entiende que al fin todo se trataba de celos, de espacios de poder.

Se recuerda adolescente, cuando por alguna desavenencia con Alfredo, recibía una cachetada que hervía por lo injusta y corría por la calle sin mirar atrás. Nadie la corría. Alfredo no iba a poner a la luz los trapos sucios. Esos se lavan en casa, con sangre. Cruzaba el puente, el río; todavía no la tentaba con su caudaloso paso, no era tiempo aún de pensar en acabar con todo. Solo correr, y buscar en las calles sinuosas esa casa, la del fondo con alambrado, donde se enredaban las guías

llenas de flores como campanas azules y desde la cual se veía de nuevo la curva del río. Quizá no es tan precisa la memoria, había un eucalipto, el tronco blanco, las hojas grises como puntas de lanza en el suelo, patio de tierra y una puerta con tejido mosquitero. El olor de la casa es lo que no se olvida: humedad, muebles antiguos, cuadros. Y la biblioteca, ese mueble vidriado que guardaba uno de los tesoros más preciados: los libros. El otro era la conversación. ¿De qué hablaban? De la vida, de números, fórmulas. Ella no era muy buena para las matemáticas, y la física y la química eran un suplicio que solo podía equilibrarse con los otros libros, los de aventuras.

Ese hombre al que después, por la discordia plantada entre los hermanos, no vio por años.

Ahora llega a la casa funeraria, sin saber por qué. Espíritu de clan, supone. Avanza entre los parientes. Allá atrás distingue a Chico y a Magdalena y eso la tranquiliza. Al primero que saluda es a Francisco. Su primo tiene una mueca torcida que se le ha hecho carne, la misma que tenía de niño en aquella foto navideña. Se lo ve desaliñado, la boca sumida por la falta de dientes, el vientre hinchado. El abrazo de Pilar es corto, compasivo, pero sabe que no habrá otros.

Sigue caminando, el cuerpo macizo de Patricio cubre el paso, se abrazan y él le dice al oído: *Ellos nos hicieron viejos.* Demora un poco en entender, ve su pelo canoso, las arrugas, el gesto derrotado en el borde de los ojos. *Ellos.* Comprende que su primo se refiere a los padres, longevos, tiranos.

Al fin, llega hasta donde está la flamante viuda, que le sonríe con un gesto de niña perdida, de extrema vulnerabilidad. Se sienta a su lado. Aurora la mira fijo. Dice:

—No sé si voy a poder salir adelante.

Pilar le habla de Sofía, su madre, con la misma experiencia de tantos años al lado de Alfredo, y cómo está viviendo el día a día.

—Papá decía que hay que transcurrir la diaria —le comenta.

La anciana parece haber depuesto las armas, un aflojar en esa estructura rígida, y ella le acaricia el brazo, le pasa la mano por la espalda encorvada, cubierta con un saco de hilo que no es suficiente para abrigar el frío atroz que le muerde los huesos. *Tengo frío*, ha dicho, y le ofrecen un té. Pilar, que aún sigue con la mano en la espalda, frotándola suave para infundirle calor, la atrae hacia ella para abrazarla o para que su cabeza descanse en el hombro de la sobrina. Eso dura un instante, y luego siente la rigidez que vuelve. Aurora se aleja. Los Montero son así, piensa Pilar.

Abre la cartera y le muestra su libreta de apuntes mientras le dice:

—¿Te acordás cuando nos encontramos en el banco? El caballo con

el que ibas a la escuela se llamaba Solito, y no sé si los azotes que papá le daba para que marchara eran para vos o para el caballo.

Desde el fondo acuoso y cansado de los ojos, una luz se enciende, y Pilar sabe que por unos momentos ha captado su interés, separándola del féretro que a pocos metros guarda los restos amarillentos y rígidos de su compañero de ruta.

—Sesenta y cuatro años de casados y cinco de novios —le dice a Pilar, o lo larga al espacio.

Ratifica con eso una empecinada permanencia.

—La perra se llamaba Conga, ¿verdad?

La pregunta de Pilar, que ha recuperado terreno y le ha tomado la mano, sacude a Aurora. Sin darle respiro ni resquicio por donde huir, prosigue:

—El tío la ataba en la reja del balcón con una corbata, cuando te visitaba.

Ya el interés es completo, y Aurora dibuja una sonrisa de dientecitos manchados pero propios surgiendo de las innumerables capas de la hipocresía, de las formas, mostrando un rostro ingenuo, el de la joven novia apoyada en el balcón.

—Cuando esto pase, porque esto va a pasar —dice Pilar refiriéndose a las exequias, y a la pérdida—, voy a ir a visitarte. Vamos a ver fotos.

Pilar mira a sus primos, a los amigos, cada uno forma parte de un grupo, está prohibido deambular en solitario por esos salones donde las coronas de flores flanquean a ese hombre cada vez más extraño. El muerto. Desconocido entre esos tules blancos. Ella no entendía por qué estaba tan cambiado. Alguien se lo dijo: le afeitaron el bigote en la terapia intensiva. Qué sacrilegio, no poder morir con el mismo aspecto que uno tuvo toda su vida, la pérdida de identidad absoluta. Ni vivo ni muerto.

Catalina se acerca, le avisan a Aurora. Llevan años distanciadas, con intervalos de banderas blancas, de forzados armisticios para negociar alguna trivialidad —un ternero extraviado, un peón infiel, un robo—, y acumular papeles de actas, presentaciones, sellados y firmados por las autoridades pertinentes: el juez de paz, el intendente. Muchos de esos expedientes habían sido pergeñados por Alfredo, que acudía siempre en auxilio de sus hermanos.

Catalina le pide a Pilar que la acompañe hasta al lado del cajón. Murmuran dos o tres frases referidas al muerto, comentan el tema de la ausencia del bigote; ambas han apoyado las manos en el borde de la madera y los tules bordados les rozan los dedos. Pilar piensa en los años mozos de sus tíos, cuando compartían horas en el campo: bañarse en el tanque australiano, vivir aquellos tiempos de magnífica libertad.

Los hijos del estanciero, la prosapia y la elegancia de las prohibiciones, el recato, los pecados cometidos, confesados o guardados por labios sellados de por vida. Las peleas, las vanidades, las rivalidades, un desierto del pasado y del presente minado por las negras emociones, disputas por un alambre, una puerta de un potrero, la sombra de un árbol para allá o para acá, han constituido el camino estéril de vidas que se justificaban en el odio. Los rencores, viejos como sus pieles, son profundos y la alegría ha dejado huellas mínimas, superadas por los pesares.

Catalina se ha refugiado en su desgracia: la ausencia sin cadáver de su hija desaparecida. Y no hay causa alguna en este mundo que pueda mover la aguja de sus sentimientos a partir de ese indescriptible hecho. *Qué me van a contar a mí,* es su frase predilecta. Y derechita, pequeña pero letal como un puñal florentino, comparte estos momentos con su sobrina.

—¿Cómo está Eugenio? —le pregunta Pilar, refiriéndose a una molesta dolencia que tiene su primo.

Catalina le contesta con entusiasmo:

—Le estoy haciendo una dieta muy estricta, come cada tres o cuatro horas, todo cocido. Le hago peceto al horno en una asadera con aceite en spray y envuelto en papel metalizado.

—Para guardar los jugos —acota Pilar.

—Sí —dice Catalina—. Lleva orégano, un poco de sal, salvia y romero, nada más.

Las manos de las dos siguen apoyadas en el féretro. Si las almas tienen algún registro de memoria, la del tío se está relamiendo de solo escuchar la receta. Su esposa, Aurora, no se distinguía por la abundancia de sus platos. Al contrario, era frugal, casi mezquina, diría algún mal intencionado.

—Vamos a sentarnos —invita Pilar, y se alejan.

Qué solos quedan los muertos ante tanta conversación, las voces que se desbordan, como si las risas, las anécdotas, el palmearse las espaldas y revivir momentos pasados ahuyentara el pensamiento hostil, amargo, de que cualquiera de los presentes puede ser el próximo.

Eugenio ha caído enfermo. Un malestar que comenzó en su estómago; luego, como una marioneta a la que le cortaran los hilos, ya no pudo caminar. La realidad los ha atravesado a él y a Catalina como un rayo, otro más en esas vidas que parecían haber llegado a cierto sosiego, cuando la crispada rabia deja paso a la aceptación, cubriendo sus días con una pátina de normalidad. Catalina, con su empecinado trajinar,

siempre ocupada, siempre llena de quehaceres, arrastraba a Eugenio en su afán.

Pilar va verlos. Recorre los pasillos del hospital y cuando llega a la habitación están solos, madre e hijo, sentados en la cama, dos náufragos en una isla que el mar amenaza comerse minuto a minuto. Eugenio tiene la misma mirada de niño asustado con que lo recuerda en los días de campo. No termina de digerir la noticia, un diagnóstico agorero. Catalina habla y habla de lo que hace, comidas, diligencias, salidas bajo la lluvia, o que ha ido a pie hasta el banco. Su cuerpo, cada vez más pequeño, parece ablandarse cuando la abraza.

Ante la llegada de visitas, de una en particular, Pilar le pregunta qué opina. Catalina le contesta:

—He aprendido a hacer así —y con el gesto desnuda los dientes en una sonrisa forzada.

Pilar le dice:

—Limpiate, tenés pintura de labios.

Catalina se pasa los dedos por los dientes.

—¿Ya está? —pregunta.

—Ya está —le contesta. Y se quedan en silencio tomadas de la mano.

Ella sabe, piensa Pilar. Ay, Dios mío, cuánto sabe. Cada vez que Catalina habla con ella deja entrever una línea, un esbozo, y luego desenrolla la alfombra y Pilar se acuesta allí y espera. Desde el fondo de sus ojos viene una luz que se enciende cuando descubre el interés de la sobrina. Hay una pequeña alegría que se permite, dentro del páramo de sus circunstancias, cuando ella le toma la mano y llora, como la última vez que se vieron.

Ha llegado a la casa, esa casa que tenía la ventana de la cocina hacia la calle y en la planta alta el balcón, largo, cruzado de punta a punta por un cantero lleno de helechos. Todas las ventanas, las puertas y el balcón ostentan ceñidas rejas. Después del robo, Catalina y Eugenio se han atrincherado tras hierros, pasadores, llaves dobles, puertas de chapa. Eugenio bromeaba sobre supuestos incendios y cómo perecerían achicharrados él y su madre, sin poder salir del fuerte construido para que ningún intruso se atreviera a entrar. Esos que no robaron prácticamente nada, para que Pilar se enterara de tantas cosas que de otro modo no habría sabido.

El día del robo fue el principio, luego vino la enfermedad de Eugenio, la garra inmunda, injusta, de un dolor que la vida podría haberse ahorrado. Tanto golpe en una sola espalda pequeña, abatida por unos momentos, y luego a darle a todo, como ella sabe. El hospital,

la vigilia, la incertidumbre, los médicos y los tratamientos. Acondicionar la casa, el baño, para el enfermo iracundo, sorprendido, con enojos hacia adentro y hacia afuera.

Muchos años juntos, demasiados. Eugenio cargó la culpa de ser el que sobrevive. Celeste quedó intacta en las fotos, la ropa, los recuerdos, los juguetes, y en el odio que se metió en las venas de Catalina, hirviente los primeros años, frío mortal después.

Catalina y Pilar nunca antes habían hablado así, y ahora, unidas por ese tejido invisible que se va formando, está junto a su tía en las esperas, en la escucha atenta y amorosa para que fluya el río de lava de sus dolores, encajonado en la férrea disciplina de no claudicar. Despacio, en presencia o por teléfono, se va haciendo esa delicada intimidad, una verdadera rareza por el carácter de Catalina y por todos los años que Pilar estuvo afuera.

Afuera de la familia y, ahora lo siente, afuera de sí misma.

Hermosos años, se dice, que le dejaron el olor a pétalos de rosa en las manos, el sonido del viento en el bosque, el olor del mar y las gaviotas gritando ensordecedoras, hundiendo su pico en el oleaje. Toda su vida pasada era una sucesión de pinturas, rojas, ocres, azules amables, verdes de promesa, los hijos, el amor, el sosiego que aparecía a la vuelta de una esquina, y luego el rojo estallido de su corazón junto con el de la bomba, la que destrozó el cuerpo de su amado y su bucólica vida. Y después de partirse ella en fragmentos, uno por uno, miles de pedacitos dolientes ardiendo en preguntas inútiles que nadie podía responder, juntó los pedazos y volvió a casa.

Alfredo se convirtió en el tema de conversación con Catalina, el pretexto, a veces; otras era Eugenio, o los olvidos de Sofía y la historia familiar.

Esa tarde, en especial, Pilar no podrá olvidarla. No espera mucho, quizá por eso recibe tanto. Le lleva confituras y flores para la Virgen, y cuando toca el timbre, una gran sonrisa la recibe. Ese cuerpo de pequeños huesos se entrega en el abrazo, corto pero cariñoso. Toman el té, saborean las masas, y sin quererlo, desandan el camino. O quizás no es desandar, sino crear uno nuevo. Catalina se presta, Pilar saca las fotos que ha ido encontrando: las de Isabel, su abuela, jovencita, sentada en la galería en la casa de campo, esa galería con cenefas de hojalata y postes de madera sosteniendo el techo. Isabel está sentada en una mecedora y a su lado hay otra joven de pie, mirándola. Pilar le pregunta a Catalina mientras despliega las fotos sobre la mesa:

—¿La abuela era una persona triste? No sonríe mucho…

Catalina mira el rostro de su madre, y contesta:

—Mamá era muy buena, discreta. Nunca la escuché pelear con papá.

—¿Pero se reía? —insiste Pilar.

Catalina no responde, está hurgando en un sobre plástico y saca papeles.

—Mirá esto —y le muestra un papel amarillento—. Propaganda demócrata.

—¿De qué año?

—Mil novecientos cincuenta y uno. Leélo —dice Catalina, y Pilar sabe que eso significa que lo lea voz alta, y lo hace.

¡Quiere Ud.!

¿QUIERE UD.: que el costo de la vida suba más?
vote por los peronistas

¿QUIERE UD.: que la carne la paguemos a cinco pesos el kilo y las alpargatas a siete pesos?
vote por los peronistas

¿QUIERE UD.: que los pobres sigan sufriendo por la carestía de la vida?
vote por los peronistas

¿QUIERE UD.: que los empleados extraños al Departamento sigan cobrando grandes sueldos sin trabajar?
siga votando por los peronistas

VOTANTE: no se deje engañar, como en la otra elección, vote por su viejo Partido al que perteneció siempre.
Consiga y lleve su voto con tiempo, nunca le pesará, votando por su partido.

De esa raíz venía su padre, del viejo partido conservador.

En una de las fotos que tenía enfrente, desparramadas sobre el hule de la mesa, estaba su abuelo, don Pancho, de pie: imponente, traje con chaleco, la frente amplia, el pelo fue retrocediendo desde su juventud, los ojos…

—¿No se juntaron nunca papá y el abuelo para aclarar sus diferencias, para encontrarse?

La pregunta desconcierta a Catalina; no era ese rumbo el que

pensaba para la conversación, ella solo quería mostrar sus tesoros, las reliquias de un pasado que es un lugar enorme si no lo llenamos con estas cosas.

—Esperá —le dice, y vuelve hacia las escaleras. Sube, y Pilar queda con su pregunta que se desarma en el silencio, hasta que su tía regresa.

Despliega los papeles y su rostro tiene luz, como quien trae regalos a un niño. Las manos cubiertas de pecas, los dedos con las uñas pintadas, los anillos, forman una imagen que Pilar grabará en su retina y en su alma. Las fotos muestran una criatura sentada en una terraza, se ven los edificios atrás, reconoce el Palacio de Tribunales. La chiquita, que no debe tener más de un año, lleva un vestido floreado y juega con el zapato diminuto que se ha sacado del pie.

En la otra, reconoce a su tía, bella, joven, y a su esposo, y la criatura de la foto anterior está parada, descalza, sobre una columna, sostenida por una mujer de cabello ondeado que lleva un vestido veraniego… Pilar mira de cerca la imagen. ¡Los vestidos de la niña y de la mujer son de la misma tela!

Levanta su cabeza, Catalina sonríe, y le dice:

—Son vos y tu mamá.

Las lágrimas simplemente salen, corren con una libertad que la libera, una alegría que se le desparrama por el cuerpo. Y pasando las manos sobre ese pasado, Pilar toma las de Catalina y agradece, con la sonrisa, con los ojos, con todo el cuerpo.

Para evitar el desmadre de tanto sentimiento, Catalina le regala uno de los volantes porque tiene varios. Pilar siente que algo grande está sucediendo en su vida, como si estuvieran pasando una película delante de sus ojos. Su tía dice que le presta las fotos para que les saque una copia. Eso vuelve todo a su ritmo natural, cada uno tiene un papel y lo sigue sin desviarse demasiado del libreto.

CAPÍTULO TREINTA

Como los esclavos en los barcos

Pilar la llamó antes de salir, con Aurora nunca se sabe. Sin embargo, atendió el teléfono y declaró su alegría y su espera.

Llueve a cántaros, le cuesta conducir. El viento desnuda los árboles en ráfagas húmedas y arremolina las hojas, algunas se pegotean al parabrisas, amarillas y ocres, y el agua burbujea en las alcantarillas, veloces ríos urbanos despeñándose en las bocas de tormenta. El paisaje que se abre a cada movimiento de las escobillas, *rash, rash*, que en semicírculo limpian la visión y guían el andar. ¿Sería así esta visita? Desecha los pensamientos, es mejor no tener expectativas. No quiere comparar con sus idas a la casa de Catalina, pero es inevitable. La última había sido fascinante. *Veremos*, se dijo mientras busca la calle, el número de la casa, arrimando el auto a la vereda.

Ve el leve movimiento de la cortina en la ventana, una mano que lleva la intención de mirar y el soltar pensando haber sido visto. Baja del auto y toca el timbre.

Patricio, su primo, le abre la puerta, y ella siente ternura por sus canas, el paréntesis de los surcos en su cara y su mirada dulce que se enciende con la sonrisa. Parece contento de verla. Cuando entra, Aurora la recibe y en el tono de su voz se filtra sin querer una alegría impensada. Sus manos tienen las manchas de la vejez, pecosa la piel de su rostro, el cabello rubio y con canas; lleva puesto un chaleco de lana, pantalones y zapatillas de entrecasa. De algún modo, a pesar de conocer el carácter de Aurora, Pilar percibe que hay un abandono sutil de las defensas, que las armas descansan en los rincones de esa casa llena de fotos enmarcadas, de pinturas, esculturas, de objetos que le resultan familiares por su permanencia a través de los años. La mesa está servida, la porcelana vieja, con su tono marfil y pequeñas nervaduras con flores esmaltadas de colores, el mantel de hilo. Aurora hace el gesto de tomar la tetera y Pilar se le adelanta. Sirve las tres tazas. Patricio trae de la cocina un plato con bizcochuelo y otro con galletas. Beben y comen. La conversación se desliza con suave declive, en el borde de la intimidad.

Pilar saca de su bolso fotografías y papeles. Es el principio. Aurora mira las fotos, se reconoce en algunas y en la letra de un escrito de cuando ella era una niña: *A los chicos de La Algarroba, Alfredo, Nacho,*

Merceditas, Carmen, y abajo dice *Pedro y Sara*. Y continúa: *Esta mañana ha pasado el camión de Maldonado y compraron galletas. Catalina y yo las comimos todas en el pasillo a la siesta. Catalina se empachó.*

—¿Recordabas esto, tía? —pregunta Pilar, invitándola a la confidencia.

—La verdad que no —dice Aurora—. Recuerdo haberlas comido, pero no este escrito. —Y entrecerrando sus ojos, como si la luz del pasado fuera demasiado intensa, agrega—: El camión pasaba una vez cada quince días, se compraba el azúcar, la harina, el aceite, mecha para las lámparas, hilos y caramelos o galletas.

La mujer no ha preguntado de dónde obtuvo esa reliquia Pilar, y a ella ni se le ocurre decir que se la dio Catalina. Por mucho menos que eso, podrían retirar los embajadores.

Aprovechando la hendija por donde vienen esos recuerdos, Pilar pregunta:

—¿Es cierto que papá les volteó el ranchito que hicieron con tus hermanos para jugar?

Su tía la mira con un dejo de desconfianza, como si quisiera adivinar dónde está la trampa de la pregunta, pero enseguida elige seguir el juego de la evocación. Está viviendo algo impensado para su edad: encontrar un interlocutor atento para desgranar esos pedazos de pasado, esa mezcla como de piedritas de colores, caracoles, frutos secos y bichitos muertos que llenaba sus bolsillos luego de sus andanzas por el campo.

—Sí —dice—, levantamos la choza con lonas y arpilleras, palos y horcones. Hasta un quinqué teníamos. Llegó Alfredo montado en su petiso, lo enlazó y nos la tiró encima. Llegamos a la casa hechos una sola lágrima para acusarlo, pero nadie le hizo nada.

Aurora toma y ofrece otra taza de té, Pilar piensa que el momento mágico se ha ido. Sin embargo, en un tono más alto que el de la conversación, la dueña de casa le ordena a su hijo:

—Patricio, traéme el álbum de fotos que está en el cajón del ropero de mi pieza.

Su primo, que estaba fumando parado junto a la ventana para que saliera el humo, tira el cigarrillo impulsándolo entre el índice y el pulgar. ¡Ese gesto! A Pilar le vuelve la imagen de su abuelo, don Pancho Montero, sentado en la galería de su casa, en La Algarroba, arrojando el cigarrillo lejos.

Patricio regresa. Aurora toma el álbum y Pilar espía. Ve una pareja, Aurora y su tío; hace tan poco que ha muerto, poco más de un mes, pero aún no han hablado de él. El tanque australiano al lado del molino, y ella y Magdalena chiquita, Celeste y Eugenio tan pequeños,

tan vivos, y Aurora y ese escultor amigo con el cual compartían los veranos.

Pasan las hojas del álbum, de la vida, y de pronto aparece la escena perfecta. Aunque la imagen está en blanco y negro, Pilar, con los ojos de la memoria, ve el color borravino del sillón grande, la tela sedosa, la blandura de sentarse en almohadones rellenos de pluma. Es Navidad y ellos posan para el retrato: Alfredo tiene una expresión adusta; Sofía, enfundada en un elegante vestido ceñido al cuerpo, ha compuesto su rostro para la ocasión pero no le sale, luce asombrada o asustada; Magdalena sentada entre los dos, chiquita, vestida de plumetí rosado, flequillo y cabello hasta los hombros. Y Pilar… Es ella esa jovencita sentada sobre el brazo forrado del sillón, las piernas cruzadas, las manos unidas sobre las rodillas, palmas abajo, levantando un poco los dedos, el vestido idéntico al de su hermana. Su madre las vestía iguales, a pesar de la diferencia de edad. La barbilla desafiante, los ojos risueños, el cabello martirizado hacia atrás, sujeto con una banda elástica en cola de caballo. Desde la frente hasta los pies, el cuerpo entero dice: aquí estoy.

Aurora se lamenta por no poder darle esa foto porque está pegada en el álbum, pero ella desactiva el mezquino gesto sacando de su bolso la máquina de fotos y mientras Patricio sostiene el álbum para que la luz de la lámpara del techo no se refleje, captura el recuerdo. Sabe, porque todo viene con nitidez a su mente, de qué noche se trata. Se domina, quiere seguir conversando. El perturbador momento le parece eterno, pero intuye que no se han dado cuenta pues su cara no expresa la revolución interior.

—Mirate —dice Aurora señalando a la jovencita en otra imagen en el tanque australiano.

Pilar ya ha visto esa foto en la casa de Catalina, sin embargo, aparenta sorpresa, alegría. Aurora tiene ahora en las manos la tarjeta de invitación de los quince años de Pilar, la cartulina de color marfil conserva el dorado en el borde y en las letras. Y también le da una foto de Alfredo, un recorte de diario amarillento de una campaña política.

—¿Los tenés? —le pregunta, y sus ojos viejos y acuosos, con ese brillo socarrón pegado como una lámina sobre la humedad de las pupilas, parece correrse un instante en un relámpago de cierta ternura, como la de una niña que ofrece a otra una manzana.

Pilar la acepta, son tan valiosos como escasos estos instantes, y muerde la manzana.

—¿Otra taza de té, más torta?

Sigue la ronda girando entre el álbum y las preguntas. Patricio, que se ha sentado cerca, le comenta:

—El viejo —se refiere a su padre, al muerto— me pegaba con una varilla de paraíso. Cortaba la ramita, le pelaba las hojas y la hacía cimbrar en el aire. Un día me dio en las piernas unos cuantos azotes. Me dejó marcado. ¿Te acordás que vivíamos cerca?

—Sí —le dice Pilar—. Desde tu patio, donde estaba el paraíso, se veía el río. Yo iba a que el tío me enseñara las matemáticas.

El olor del río, húmedo y oscuro, le inunda la remembranza.

—Bueno —le dice Patricio—, yo fui a tu casa para mostrarte mis marcas. Y vos, sin decirme nada, te levantaste la remera y te diste vuelta para que yo te viera la espalda cruzada de cintazos, con magullones y heridas donde te había alcanzado con la hebilla. Como los esclavos en los barcos —termina Patricio, que sentado, apoyados los codos en las rodillas, deja caer sus manos grandes abiertas como pidiendo disculpas.

Pilar, que lo ha escuchado sin interrumpirlo, traga saliva y entibia la voz para poder decir lo que quiere, lo que siente.

—Es cierto. Así fueron las cosas por aquellos años. Pero la vida me regaló la fortuna de estos últimos, donde nos encontramos con papá, y lo pude amar y cuidar como nunca lo había hecho. Estamos en paz.

Aurora, con una expresión extraña en los ojos, que sorpresivamente semejan los de un saurio, le dice:

—¡Es que vos eras rebelde! Tu papá era muy correcto.

Correcto. Que no tiene error ni defecto. La niña que hay en Pilar piensa que todos sabían, y nadie hizo nada. Pero contiene todo lo que podría decir, no hay para qué, esta mujer que tiene enfrente, como otras personas y hechos de su vida, es parte de ese cúmulo de cenizas donde ella busca, para entender, para entenderse.

Anochece, ha parado de llover y se despide. Mientras conduce de regreso hacia su casa, siente un ardor intenso que le pulsa adentro, muy adentro, desde ese tiempo tan lejano. Ella pensaba que todo estaba arreglado, acomodado como cajas prolijas por la sumatoria de encuentros, de tardes compartidas con Alfredo donde hilaban frágiles los vínculos, el entramado sutil de una relación que tenía mucho dolor. Cada vez que le llevaba libros, que entablaba conversaciones interesantes, que escuchaba música, cada vez que tomaba los pies de su padre para darle un reconfortante masaje, para regodearse con la expresión placentera que se extendía en su rostro mientras sus manos recorrían la superficie corporal más terrena, supuso que así balanceaba la historia. Nunca pensó que la redención exigía expiación. Porque quizás la redención no era algo que le atañera, o por lo menos ella no encontró ese recurso, para traer a la luz toda la violencia, la tragedia sorda que fue la vida de todos en ese período de la infancia, la

adolescencia y parte de su juventud.

Las palabras de Patricio vuelven, enroscadas sobre sí mismas, guardando en el centro el huevo de la serpiente. La imagen de su propia espalda con los verdugones donde la hebilla corta, magulla, con la piel tumefacta y morada en los bordes de las heridas, era un recordatorio, una vívida afirmación de la ley, de la autoridad ejercida desde la fuerza más bruta, la que venía del miedo a la mirada ajena. La hija rebelde, la que no entendía los límites, iba a tener que aprender con sangre. Y con sangre fue.

El único consuelo que le queda es pensar que el balance no se haría quizás directamente con ella, que la vida le había dado a Alfredo cárcel en su dormitorio, cárcel en su cuerpo. El que a hierro mata…

Al guardar el auto y caminar desde la cochera hasta la casa por el camino de granza que brilla mojada, intenta que nada la distraiga. Teme perder las imágenes que llegaron al ver las fotos en el álbum de Aurora, y lo conversado, más lo que borboteaba por debajo de las palabras, y se apresura a entrar antes de que Ramón la vea, aunque sabe que está atento a sus idas y venidas o a cualquier reclamo o necesidad suya. Es un hombre prudente, y ella lo agradece.

En la cocina, mientras espera que hierva el agua para preparar el café, relajada, con ropa cómoda, pone sobre la mesa las fotos, los papeles y sus cuadernos. Pasa a su computadora la foto que ha tomado en la casa de Aurora.

Con la taza en la mano y el aroma del café a su alrededor y en su boca, se sienta y agranda la imagen.

Recordarse niña.

La mente de Pilar salta, a veces, como una langosta que devora lo que viene del pasado y lo guarda; otras, como una mosca, del encanto dulce de una flor a la mierda hedionda de la evocación dolorosa.

Retacitos.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

La culpa de todo la tiene Perón

Te quiero, país, pañuelo sucio, con tus calles cubiertas de carteles peronistas, te quiero, sin esperanza y sin perdón, sin vuelta y sin derecho, nada más que de lejos y amargado y de noche.

JULIO CORTÁZAR

Era Navidad, las mesas largas, los tíos, la abuela Isabel, el abuelo, unas guitarras: siempre había amigos de don Pancho amenizando esas reuniones con sus cantos. Estaban todos, mucha comida, el perfume de las mujeres, el olor penetrante de los cigarrillos, los chicos jugando en las galerías, y adentro, en el comedor, la violencia de una disputa.

Como siempre, dando la nota, Catalina dispara y la abuela Isabel tuerce la boca un poco mordiendo lo que no puede decir, esas cosas atragantadas que de vez en cuando se transforman en un ataque bilioso, que la tira a la cama después de vomitar espumarajos verdes de rabia vieja.

Llovía. El cielo de la noche era turbio como turbios eran los pensamientos, la urgencia de marcharse de Alfredo. Sofía juntaba sus cosas, a las niñas, irse, dejar atrás esa puerta grande de rejas y de vidrio, las luces de la araña llena de caireles que reflejaban caras, sonrisas, modales.

Ellos se iban y los que quedaban llenaban los huecos del incidente con canciones, con un aplauso de parte del dueño de casa.

—¡Aquí no ha pasado nada! —dijo, y tintinearon las copas, y el sonido metálico de los cubiertos.

Solo Isabel tenía ese gesto de dolor que mañana se hará jaqueca, vómito, tecito de yuyos, su hermana al lado, la solterona, la poco agraciada, y en la pieza oscurecida por las cortinas esperará que pase sin hacer mucho ruido, para no despertar al dragón.

Aquí no ha pasado nada.

Caminaban esas calles desiertas escuchando las voces y las risas tras las ventanas, árboles con luces titilando promesas, algún borracho bamboleante con su historia al hombro. Ellos, los fugitivos: Sofía apretando inmisericorde la mano de Pilar, Alfredo llevando en brazos a

Magdalena. La llovizna moja sus caras, los zapatos nuevos, el peinado laborioso, las cintas de raso que sujetan el cabello de las niñas.

Un taxi aparece cuando Sofía se ha detenido en la parada del colectivo, es muy tarde, y esa llovizna que malogra la Navidad… Ante su asombro, porque sabe que están muy cortos de dinero, Alfredo levanta la mano y el coche de alquiler frena, y se acerca un poco más a la vereda. La mujer no pregunta, solo se acomoda en la oscuridad del asiento, Pilar queda apretujada entre sus padres, Magdalena pasa a la falda de Sofía.

—¡Mala noche para andar en la calle!

El chofer habla y no hay nadie que conteste. Alfredo va con la mirada perdida en las luces que se reflejen en el asfalto mojado, mientras su mano aprieta el dinero que, con disimulo, le deslizó su madre en el bolsillo.

El viaje es costoso, pero él está envalentonado, caliente la sangre por la discusión. Maldice a su padre, que otra vez lo ha sacado de quicio, ese alardear con su estancia y con sus vacas, y él con ese empleo que apenas le alcanza para parar la olla. Quiere llegar pronto y acostarse, evitar la mirada llena de reproches de su mujer. Magdalena se ha dormido y Pilar siente un hueco en el estómago; ninguno ha probado bocado, pero se queda quieta. No será ella la que abrirá la boca, ya aprendió que es mejor volverse invisible hasta que todo pase.

En la pieza de la casa alquilada en donde duermen los cuatro, su padre se desviste en un rincón y se mete en la cama grande, tapando su cara con el brazo. Sofía acuesta a Magdalena en la cuna y le pregunta en susurros a su marido:

—¿Querés que te prepare algo de comer?

—Andate a la mierda —el hombre escupe las palabras mientras se da vuelta hacia el otro lado.

Sofía le hace un gesto a Pilar. Salen. El patio tiene una claridad brumosa por la escasez de un foco pequeño, desnudo, en el muro que lleva a la cocina. Su madre entra, enciende la luz y pone una ollita en el calentador, de un canasto de metal saca dos huevos y los tira al agua. Corta dos rebanadas de pan y Pilar, con mucho cuidado para no hacer ruido, busca dos platos, cubiertos y el salero. De abajo de un repasador, Sofía saca una milanesa que había sobrado del mediodía y la corta en dos, y reparte. Casca los huevos y se sientan a comer la frugal cena, porque todo lo que preparó para la ocasión había quedado en lo de sus suegros. En silencio, pues no son posibles para ninguna de las dos ni las preguntas, ni las explicaciones.

Pilar había escuchado la última frase de su abuelo, la que desencadena la ira de su padre y lo lleva a buscar la calle:

—¡Cagate por peronista, carajo!

En el registro de su memoria, iban quedando las señales. En la esquina vivía una señora muy elegante, que usaba un collar de perlas aún dentro de su casa y que la dejaba jugar en su jardín, donde una hermosa hamaca de madera le servía para mecer sus ratos de ensueño: una palmera con su racimo de frutos anaranjados, y el techo de chapas y de cenefas con filigranas, eran para Pilar castillos y paisajes como los que iba descubriendo en los libros.

Hasta ese día en que la señora no le permitió la entrada.

—Preguntale a tu papá —le espetó mientras cerraba con fuerza la reja con un pasador de hierro.

No se atrevió con Alfredo, pero pudo hacerlo con Sofía. Su madre no era de insultar, pero ante lo que ella le refería, le soltó:

—¡Vieja de miércoles, como ella es radical no aguanta a los peronistas!

Lo que ella pudo entender, en definitiva, de todos estos hechos, era uno, irrevocable: la culpa de todo la tenía Perón.

La radio transmitía mensajes amenazantes. En la calle, la gente buscaba refugio en otros rostros, en voces que tranquilizaran, o en correr hacia sus hogares. Cuando los primeros aviones comenzaron a volar al ras de los edificios y los estampidos confundían el cerebro, las palabras *obús, tanque, metralla*, se dibujaban en el aire cargado de presagios funestos. Comenzó a funcionar el telégrafo sin hilo: un mensaje se replicaba, una llamada telefónica, y se montaba una escena que nadie podría saber cómo terminaría. Derrocamiento, ajusticiado, revolución, ruidos, urgencia, corridas. Sofía buscando ropa, armando un bolso con las prendas que iba levantando de la cama, del armario, medicamentos, pares de anteojos de repuesto, una caja de fotos, siempre las fotos forman parte del bagaje de la vida. Un tío asustado y con premura al volante, el motor en marcha, las voces que susurraban, las calles desiertas, y ese silencio pesado, agujereado de preguntas y de miradas que espían tras las persianas.

Cruzaron la ciudad buscando calles que imaginaban más tranquilas; las veredas, los jardines, tenían una pátina de luctuosa espera. Apretujados en el asiento del automóvil, lo inusitado de la situación los hacía acercarse más. Pilar trataba de entender y su madre, una mueca dura en la cara, la mandíbula tiesa, no podía relajarse, no hasta verlo, hasta saber que el hombre de la casa estaba a salvo.

La puerta grande de vidrio y rejas se abre rápido; el que conduce el auto se despide, ha cumplido su parte y ahora debe buscar refugio.

Entran a esa casa, a la que no habían vuelto desde aquella noche de Navidad.

El hall con la lámpara en el medio del techo, la puerta que da al largo patio, el dormitorio del abuelo. En la cama grande de don Pancho está Alfredo, el semblante pálido en contraste con la sombra oscura de la barba. Las mujeres van y vienen alrededor, el abuelo está en otra habitación.

Pilar se arrima y mira el cuerpo exánime, los ojos cerrados. Los anteojos descansan en la mesa de noche. Su madre va hacia el otro costado, arrima una silla y le susurra algo al marido. Una de sus tías se ha llevado en brazos a Magdalena y nadie repara en Pilar, que toma los anteojos de su padre y se desliza hacia el piso.

La frescura de las baldosas traspasa la tela de la falda y de la bombacha, provocándole un estremecimiento. Queda sentada entre la mesa de noche y la pared, y se hace invisible.

Quieta, ve pasar a su madre. El abuelo está en el escritorio, no lo ve pero puede oler su presencia sentado en el sillón escuchando todo lo que pasa en la casa. El abuelo supo antes que nadie lo que pasaba. Le avisaron en el campo, y se vino a la ciudad.

Isabel, su abuela, murmura contrariada su enojo porque Pancho se había llevado a Nacho para esta aventura. Otilia, la tía vieja, la de los ojos como puntos vivos detrás de los gruesos cristales y pelo ondeado sobre la frente, trae una taza de té para Alfredo.

—Tapale los pies, frotale los brazos —le dice a Sofía, que le soba las manos al que se deja hacer.

Entonces Pilar levanta los anteojos de su padre y se los pone.

El ruido la ensordece. Las bombas, los pedazos de mampostería de las paredes cayendo sobre toda esa gente que corre y grita, sangre en las veredas, los tanques avanzando por la avenida, pesadas moles con los cañones apuntando hacia la plaza. Escaleras que pierden sus peldaños, bombas que explotan contra los adoquines y contra los muros coloniales, uniformados que disparan a mansalva. Un soldado avanza por el medio de la plaza apuntándole a un hombre que camina adelante con los brazos tras la nuca. En la esquina de la plaza, el abuelo y su tío Nacho, el más chico, agachados, buscan entre el gentío. Habían estado en una confitería hasta que el dueño les dijo que se fueran, y al bajar las persianas de metal quedaron indefensos ante tanta tropelía.

Don Pancho va aplaudiendo con un pañuelo blanco entre las manos, un gesto de apoyo y de beneplácito para con los atacantes del régimen peronista. Tropieza con el cuerpo de un hombre que, con las manos abiertas, mira hacia un cielo oscurecido de humo, de aviones volando bajo, ametrallando muros, árboles, baldosas. Una bala perdida y en

recorrido desvariado encuentra la espalda del soldado que llevaba al prisionero. Cae pesado hacia adelante, su arma se dispara en el camino al suelo, y el que llevaba queda de pronto quieto en medio de la plaza. Verlo, tomarlo de un brazo y arrastrarlo, obligándolo a caminar agachado, es todo un movimiento continuo. Su abuelo es ese hombre que lleva a su hijo, le saca los anteojos, el saco, y lo mete en el auto. Escapan de allí como del mismo infierno.

—¿Qué hacés en el suelo, pavota, y con los lentes de tu padre?

El grito de Sofía saca a Pilar del extraño momento; su madre se los arrebata y ella queda con las manos vacías.

—Andá para afuera, que el horno no está para bollos —dice la tía vieja.

Ella se levanta y sale. La luz del patio la marea. Camina vacilante, el perfume de septiembre asoma en la diáfana luz. Se queda parada y su madre, como loca, grita corriendo hacia ella con un fuentón de hojalata en la cabeza y la trae de nuevo hacia adentro, mientras el avión pasa rozando los techos y el tableteo de la ametralladora se le queda grabado para siempre en la memoria.

«Ni vencedores ni vencidos».

«Ha terminado el sistema de ocultación de la verdad, el país quiere conocerla, por más que sea dura y penosa: diez años de irresponsabilidad y corrupción nos han llevado a la situación más desastrosa de nuestra historia económica.»

«El país se ha empeñado en hacer lo que nadie puede cumplir, impulsado por una tremenda insensatez, ha tratado de consumir más de lo que produce y así ha gastado las reservas monetarias…»

Sofía está inclinada con la cabeza gacha, como si así su oreja pudiera acercarse más a la radio y descifrar las palabras que dice el que ha provocado tamaño desastre.

Aún están en la casa del abuelo. *Las cosas están fuleras afuera*, les había dicho el tío que pudo llegar hasta la casa de Alfredo y sacar algunas cosas, sobre todo la ropa que le pidió su hermana. El tío Vilco, con sus ojos claros, un «pasado por agua», como les decía el abuelo Pancho a los inmigrantes, los que llegaron en los barcos desde países de nombres extraños trayendo en los baúles la tristeza, como un polizón indeseado pero previsible. Los niños no saben lo que es la tristeza, pero la huelen, los atraviesa, la melancolía de los grandes es pegajosa, está en las manos, en la punta de los dedos, en las palabras que se quedan en las gargantas que se angostan: un hilo de recuerdos secos que se ahogan en el vino, en el trabajo duro.

Proscripto. Una palabra que define la forma de vida en la cual todos los ojos parecen converger sobre ese, el exiliado que no se va, el desterrado que se queda, aunque la tierra bajo sus pies le sea ajena o negada.

Toda acción tiene consecuencia.

El plato de comida que se debe terminar rebañando con el pan; el pan oscuro, el azúcar oscuro, las papas escasas, las largas colas de gente para conseguir el alimento.

La gente oscura.

Solo recordamos aquello que ha dejado huella, triste o alegre.

Pilar busca en esos pasadizos esquivos de la memoria que la asaltan por las noches, porque es a la noche, cuando cesan los ruidos, que es más fácil traerlos de regreso.

Brilla a lo lejos por su blancura la espuma bordada de la mantilla. No se entra a la iglesia con la cabeza descubierta, solo los hombres se sacan el sombrero.

Y vuelve su tío, el que los sacó de la casa para salvarles la vida en una imagen borrosa de color verde: la lona del jeep, el color de la carrocería. Ese tío que volvió al lugar que abandonaron con urgencia, el pasillo, el jazmín celeste. La puerta estaba abierta, un vidrio roto, las cosas revueltas, las plantas en maceta con el pan de tierra dado vuelta, raíces al aire. *Buscaban armas, supongo*, dice su papá al escuchar al que traía las noticias.

Don Pancho, Sofía, Isabel y las tías andaban por la cocina, preparando comidas. Eran muchos, y habían traído carne del campo.

Para eso uno tiene, decía el abuelo. *Para echar mano cuando la taba cae de culo.*

Culo no se dice.

Escucha que su abuelo va a la cárcel. Las mujeres aprontan unas viandas para que lleve. Un hermano suyo y un amigo están presos. Por peronistas. Esperan expectantes el regreso del hombre, que con una risa mala —Pilar está aprendiendo a distinguir— se jacta mientras cuenta la desgracia de aquellos. *¡Les han quitado los cinturones y los cordones de los zapatos! ¡Devoraron lo que les llevé! ¡Infelices!*

¿Por qué Alfredo olvidó, o no contó, que lo salvó el padre? Porque así guardaba un objeto para odiar. Él necesitaba odiar para crecer.

Como ella.

En momentos como este, en que ciertos hechos se expresan poniendo de manifiesto verdades del tamaño de un puño que le golpea en plena

cara, Pilar desearía fumarse un cigarrillo.

Deja todo como está, lo ordenará mañana, necesita acostarse, necesita dormir. Mientras sube los escalones siente que le pesan los huesos, no se aliviana tan fácil la carga aunque se iluminen los escondrijos, los vericuetos de un pasado que, en definitiva, solo a ella le importa.

Se acurruca en la cama, añorando desesperadamente un abrazo. Y se asombra, porque no es el abrazo de Ari. Extraña el de Rodolfo. Revive el momento del baño, del consuelo a la niña. En un impulso, sin permitir la reflexión, lo llama al celular.

La voz la sosiega, tan precisa como si la hubiera estado esperando. Entonces, en la oscuridad, le cuenta lo vivido, las visitas a sus tías, los acontecimientos que se han ido sumando alejando el día de la muerte de Alfredo.

Su propia voz se le torna desconocida susurrando historias, como cuando niña podía oler su propio aliento pegado contra la rejilla del confesionario.

No sabe cuánto tiempo llevan hablando, él la induce con palabras de interés, de consuelo, de esperanza.

Cuando el río se calma, él le dice que quiere verla. Se activan los sensores, se dispara alguna alarma, pero todo lo que ha sentido no es en vano. Le dice que sí. Que ella también quiere verlo. Se llamarán mañana. Cuando termina la conversación, Pilar cruza los brazos sobre el pecho, se acomoda mejor y en sus oídos aparece la música de un vals.

¿Un vals? Pilar, Pilarcita, el piano, el piano de la abuela. Lo que quieras, Pilar, todo está en tu mente, en tu corazón. El tiempo no existe, y todo está sucediendo de nuevo. Por la intensa magia del recuerdo.

En el fárrago de acontecimientos en que intenta acomodar sus emociones y la historia pasada, el presente se le impone como desafiándola a vivir el hoy, y el hoy se personifica en un nombre: Rodolfo.

La tarde siguiente a la llamada nocturna, lo espera. Vendrá a buscarla, irán a pasear a las sierras. Es un precioso día, la luz parece atravesar las cosas y ella mira como si estuviera limpiando sus ojos, estrenándolos.

Se esmera en el arreglo, en el vestido que descubre su piel, los tacones chinos que estilizan sus piernas y dejan ver las uñas pintadas de los pies, el perfume, el cabello con su tinte rojizo. Lo que ve la deja

satisfecha, lleva un saquito por si refresca al anochecer y la cartera colgada al hombro.

Se descubre con una urgencia, una expectativa que creía olvidada o fuera de su realidad. Cuando escucha el timbre, sale y los dos se ríen sin motivo al saludarse, solo por verse. Disimula un poco la turbación mientras sube al auto y emprenden la marcha.

Se ha propuesto no tocar ni un solo tema de los que la desvelan y entristecen; necesita algo diferente, aire, luz, música.

La ruta está despejada, y el paisaje cambia a poco de salir de la ciudad. No han decidido rumbo ni destino. Hay música suave y ella siente la intimidad; la inquieta, pero se entrega. Es hermoso el aire, las ventanillas están un poco bajas y hay olor a lluvia. Ve los charcos entre los arbustos de la orilla, y comenta:

—Acá ha llovido anoche, o esta mañana.

Rodolfo suelta una carcajada que lo rejuvenece; su pelo tiene un desorden adolescente, quizás el ánimo con que ha tomado esta salida.

—¿Vamos a hablar del clima? No es un muy buen comienzo, pero sirve para romper el hielo… —y sin darle tiempo, le toma la mano, le pone la palma hacia arriba, se la besa y luego se la cierra.

A Pilar le arde, un punto luminoso en el puño cerrado, como si tuviera una luciérnaga atrapada.

—¿Cómo va la casa? —pregunta para empezar una conversación; está cohibida, como fuera de lugar.

—Despacio. Estuve viajando por un par de obras grandes, y como siempre, lo de uno va de furgón de cola. Pero avanza. Me gustaría que vengas, es bueno tener otros ojos cerca de lo que uno va haciendo.

Ella siente que tiene tierra de cementerio en las manos, que todo es horrible, y se lo confiesa.

—Pilar —dice y gira la cabeza para mirarla, otra vez la mano toma la de ella, apretando levemente—, yo tampoco tengo a mis padres, hace mucho que se fueron, y en lo que va del año he perdido a dos amigos. Estamos en una edad en que es casi lógico que se produzcan las ausencias. Razón de más para morder cada minuto que tenemos.

Ella persiste en una actitud que después, deplora.

—Tu casa avanza y yo parezco hundirme con cada nuevo suceso.

Pero él (*bendito carácter*, pensará ella después) sostiene su postura animosa:

—Creo que no es así, que es tu percepción. No sos aquella Pilar que lloró asustada en el avión. De esos escombros va apareciendo una mujer nueva, que a mí me gusta mucho. Que ha pasado situaciones difíciles, pero que conserva el humor cuando va a enfrentarse con la niebla donde vive su madre. Que tiene dos hijos que han encontrado, o

lo están intentando, su lugar en el mundo. Tu mirada, Pilar —dice y la asombra—, tiene compasión. Y mantener un corazón compasivo cuando se atraviesan infiernos, cuando la tentación es amurallarse, fundirse en el dolor y volverse de acero, como intuyo que hicieron tus tías, es meritorio. Me produce gran ternura y admiración. ¡Demasiadas palabras! ¡Vamos a tomar el té! —exclama mientras acomoda el auto cerca de un pinar donde hay una casona de techo de madera, con frutales atrás y las sierras que se van azulando con la hora.

Ella lo sigue por un camino empedrado con canteros de flores amarillas de pétalos gruesos, hábiles para aguantar el sol y la escarcha de las mañanas. No es difícil sentirse bien con ese hombre que, dentro de sus ocupaciones, se hace el tiempo para confortar a esta mujer que está aprendiendo a vivir otra edad, otra circunstancia.

En su casa, a solas en la cama, piensa en la hermosa tarde: en la dueña de la casona, una alemana que parece salida de una postal; las confituras; la tetera puesta en la mesa para repetir hasta el hartazgo; el paseo por la huerta entre árboles viejos y senderos que guardan tantos pasos; las colmenas; el sonido de agua un poco más lejano, todo bajo una luz dorada donde los insectos giran en vértigo ante el anochecer que se acerca. Ella se arrebuja en la campera fina que atinó a traer, y él le suma el brazo sobre la espalda sin otro afán que abrigarla. Todo es pausado, como el beso con el que se despiden. No hay prisa. Ninguna. Sería una torpeza avanzar cuando los dos ya tienen experiencia.

Aunque… Pasa los dedos por su boca, y en la oscuridad, antes de dormir, piensa que cada vez es un poco más fuerte el sentimiento y el deseo de volver a verse.

Oxígeno. Rodolfo es una gran reserva de oxígeno para llenar los pulmones y seguir, porque si hay algo que ella sabe es que no hay otra opción que la de ir a fondo hasta conocer lo que vino a buscar. Seguir de cerca esas vidas que se enlazan con la suya por la sangre, y que forman parte de una historia antigua y otra que está sucediendo.

Sabe que eso la hará libre.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Matar al cordero

Eugenio había pasado todos los escarnios de los feroces tratamientos, las sesiones de rayos en la cabeza, un misil a sala de máquinas que llamaban «cirugía radioactiva», y las drogas: litros de veneno en su sangre para combatir el mal, nacido en sus propias células.

Había atravesado esos días nuevos primero con enojo, y después como quien está tratando de sacarse un problema de encima. Nadie sabía, y todos sabían, que había un plazo, que terminadas todas esas terapias —que, milagrosamente, no le provocaban náuseas ni los demás efectos que el común de la gente sufría— había que hacerse los estudios y esperar el veredicto.

Atenta a esto, Pilar lo llama por teléfono. Su primo está solo. El resultado lo tendrá el lunes; es viernes y su voz suena hueca, como si no supiera habitarla, quizá porque los sentimientos son abrumadores y no sabe dónde colocarlos. Una voz de trapo mojado, así suena.

Intenta arroparlo como cuando era chico y se bañaban en el tanque australiano; él y su hermana salían chorreando agua y ella lo cubría con una toalla. Aquel niño se había vuelto un hombre esquivo, iracundo, que acepta al cabo de un rato dejar entrar las palabras tibias, consoladoras.

Pilar pregunta por Catalina.

—Está en el campo —responde Eugenio—.Mejor así.

—¿Mejor?

Él no le contesta. Le cuenta que ha tenido fiebre por la noche.

—Estoy como si me hubieran cagado a palos —le confiesa a su prima.

—Es natural —le dice ella—, semejante tensión, hacerte los exámenes y luego tener que esperar el resultado es como si te hubiera corrido un tigre. Ahora baja la adrenalina y estás agotado. Descansá —le sugiere—, hay que intentar llenar las horas hasta el lunes.

—Quiero y no quiero que sea lunes —se anima a decir Eugenio.

—Buscá a tus amigos. Si me necesitás, llamame, no te quedes solo.

Cuando cuelga el teléfono, Pilar siente una congoja en el pecho. Catalina y Eugenio son dos náufragos, y el mar y sus alrededores se han vuelto un abismo que amenaza engullirlos a los dos.

Pilar da vueltas en su cama, el insomnio es pertinaz. Se levanta y abrigándose con una bata baja las escaleras. Hace frío, la primavera aún está solo en el almanaque. Pone la pava al fuego, busca una taza, se tomaría un té.

Sus pensamientos bullen como el agua que pronto hierve, y se distrae en el humeante chorro sobre las hojitas de té. El líquido rojizo baña la porcelana. Sabe que, al detenerse en esos detalles, demora la catarata de pensamientos y sentimientos que la abruman.

Sentada, mirando por el ventanal la oscuridad del jardín que hace más cálido su refugio, piensa en Alfredo. Su padre hubiera sabido qué decir para confortar a su hermana. Catalina sufre la soledad de los inclaudicables, los duros, los que no piden nada. Cuando volviera del campo, Eugenio ya tendría las respuestas al miedo, a las preguntas más terminantes de la vida humana: vivir o morir. Ese hombre que no se permitió dejar huella en un hijo, en una mujer que lo acompañara en estos trances, y esa mujer que secó su matriz a hierro candente cuando le quitaron la posibilidad de volver a ver los ojos de su hija, aunque fueran ojos enojados.

Celeste, por lo que supo, se enfervorizó en la causa revolucionaria tirando por tierra toda la estructura burguesa a la que pertenecía. Para crecer hay que matar, y ella lo tomó como consigna. Abjuró de todo lo establecido, erigida como una pequeña antorcha para cambiar el mundo. Su padre se quedó con el dolor de haberla visto por última vez en la Capital, en el vértigo anónimo de una estación de trenes. Catalina guardó la madeja de pelo rubio que se cortó Celeste antes de huir. ¿No era suficiente desgracia para una familia?

Cuando piensa en ese mechón de cabello, viene con vértigo la imagen.

Era verano. Los más chicos, Magdalena, Patricio y Celeste, se ponían los trajes de baño para ir a sumergirse en la frescura del agua en el tanque. Pilar entró, y en la penumbra, vio brillar la piel blanquísima de su prima, las piernas delgadas con cierta convexidad graciosa y el triángulo perfecto del pubis, un manojo de trigo maduro. Retrocedió ante la risa y protesta de las jovencitas, su hermanita tenía sobre los hombros unas marcas blancas de las tiras del bañador. Nunca Celeste estuvo más viva que en esa imagen. No quiso imaginar ningún maltrato sobre ese esplendor. Deseó intensamente que su prima hubiera tenido horas de amor, de alegría, antes de fundirse en ese magma perverso que se engulló a tantos sin escupir aunque solo fueran los huesos. Ahora recuerda que había un novio que militaba con ella, pero que, por esas locuras del destino, salvó la vida: lo habían «blanqueado», hecho visible, en una cárcel, y eso le permitió exiliarse en el extranjero.

Pilar apura otro trago, el calor del té la reconforta. Sus pensamientos son tenebrosos. Apaga las luces mientras sube por la escalera camino al sueño.

Esta noche le duelen todos los muertos. Alfredo, Ari, hasta su abuelo: cualquiera de ellos habría sido bueno para el consejo, la charla, el abrazo. No hay nadie. Desecha la idea de llamarlo a Rodolfo, no es justo que sea el depositario de los coletazos en su alma de los quebrantos familiares.

De la pequeña biblioteca, que invita a la lectura bajo la lámpara de pie, saca el libro de hojas de seda. Repite el ritual que siempre hacía su padre: abrirlo en cualquier página y leer lo que apareciera.

«Cuando el ángel exterminador pase para herir de muerte a los egipcios, verá la sangre por todo el marco de la puerta y pasará de largo por esa casa. Así el Señor no dejará que el destructor entre en la casa de ustedes. Éxodo, 12:23»

Pilar lee una y otra vez las palabras, y como si algo se le hubiera revelado, se levanta de un salto y se viste a los tropezones: un pantalón, un pullover de Ari —el único que guardó después del desastre—, en la muñeca el reloj de Alfredo. Toma las llaves del auto y baja casi corriendo hacia la noche.

La ciudad está vacía. Conduce sabiendo que debe hacer algo, aunque no sabe cómo y qué. Las palabras de la Biblia le taladran la cabeza: matar el cordero y con su sangre pintar las puertas.

Cuando llega, la casa de Catalina está envuelta en sombras y rejas y solo alumbra la luz del porche, mínima. Sin pensar que alguien puede verla y sospechar de su actitud, abre la cartera, mete la mano y baja del auto. La marca de su lápiz labial dibuja todo el marco de la puerta, oscura línea roja que brilla como sangre en la oscuridad.

Maneja de regreso con la mente vacía, solo rogando con toda su alma que el ángel pase de largo.

Días después, maldice su estupidez, su crédulo pensamiento infantil y mágico. Eugenio está desahuciado, y Catalina, enojada, le dice por teléfono:

—Encima de todo lo que nos pasa, un loco nos pintó la puerta de rojo. Creo que nos quieren volver a robar.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Ella se lo buscó

Es media mañana. Sabe que Catalina estaría inmersa en los quehaceres de la casa con una voluntad y dedicación inquebrantables, a pesar de estar convaleciente de una bronquitis. Cada vez que hablan por teléfono, Catalina enumera las tareas, como si ese rosario de logros —hacer las compras, preparar la comida, ir al campo, juntar la hacienda, pesarla, volver a la ciudad, encargarse de los mínimos detalles de la vida diaria de ella y de Eugenio— fuera un ancla, una luz para no caer en la negrura de la realidad. Sobre todo, hacer las compras y cocinar diferentes platos para su hijo: alimentarlo se ha convertido en su obsesión.

Una y otra vez a Pilar le venía a la mente una imagen: alguien cruzando un puente sobre abismos horripilantes, un puente hecho de maderas, cuerdas y lianas que se bamboleaba peligrosamente al paso de ese pie pequeño. Quizás el contar lo que ha hecho en el día le sirve de consuelo a Catalina cuando por fin deja caer su cada vez más magro cuerpo en la cama grande. Aun así, a pesar de la hora, la llama.

—Hable.

La voz de su tía se ilumina y eleva el tono, el color de los sonidos que se forman entre el aire, las cuerdas vocales y la lengua se llena con la tibieza de la cercanía.

—Estaba solita —le dice a Pilar—, y me metí en el túnel del tiempo. Me acuerdo de tantas cosas… Eugenio tiene un buen día y se ha ido a las sierras, a la casa de unos amigos.

Pilar siente crecer dentro de ella la curiosidad, que se hace emoción casi física. El teléfono se apoya mejor en su oreja y adelanta el cuerpo, relajado pero alerta.

—Me acordaba de la abuela Carmen —dice Catalina sin que Pilar le haya hecho la pregunta—. Vivía a una cuadra del palacio municipal, iba a la misa de Santo Domingo en carruaje.

—¿En carruaje? —pregunta Pilar mientras trata de ubicarse en la época, en el año de estos recuerdos.

—Yo también le pregunté lo mismo —hilvana Catalina—, porque la iglesia estaba muy cerca. Y la abuela me dijo: por los barredores.

—¿Los barredores?

—Sí, los vestidos eran tan largos que arrastraban el ruedo por el

suelo, llevando todo a su paso. Por eso no iban a pie. Fijate que tengo una carta —la voz se hace íntima, sabe que puede despertar la codicia con su comentario— donde una tía mía, Ofelia, le escribió a mi madre, y decía: *¡Isabel, vas a tener que prepararlo a Pancho, porque este año la moda acorta las faldas y se verán los tobillos!* ¡Imaginate la época!

Pilar escucha los tonos de la voz, las inflexiones, el esfuerzo de la respiración mientras su tía despliega en su oído imágenes sonoras.

—La casa de mi abuela tenía una balaustrada blanca con pilares y entrada para carruajes. Después se mudaron a otra, muy cerca de la iglesia del Carmen. Temprano, por las mañanas, los curas le enviaban una canasta de verduras y frutas frescas para mi abuela y para su hermana Chabela, que vivía en la casa de al lado. Mi tía Chabela se casó con un hombre muy adinerado, y al no tener hijos testó a favor de la iglesia. Yo la vi cuando las acompañaba a misa: mi tía tenía un reclinatorio en la iglesia revestido de brocato blanco y terciopelo y en letras pequeñas su nombre. Letras de bronce.

—¡Qué memoria la tuya, Catalina! —elogia Pilar, esperando que el viento siga soplando benéfico.

—Otra de las hermanas, Juana, se hizo monja de clausura, y solo los hermanos la podían visitar muy de vez en cuando. La escuchaban a través de la pequeña abertura con esterilla por donde se vislumbraba su perfil, la cabeza cubierta por un velo. Las penitencias, los castigos, eran dormir sobre la cama de cemento sin colchón.

—¡Qué crueldad! —exclama Pilar, imaginando a través de la voz de su tía los tormentos de esa otra—. ¿Por qué se haría monja?

—Vaya a saber. Era un honor para la familia entregar una hija o un hijo a la iglesia.

Pilar, entonces, piensa en su tía Carmen, la hermana de Alfredo, también monja. Sin demasiada esperanza, pues Catalina está hablando de sus tías abuelas, bastante lejanas en el tiempo y en la emoción, aprovecha cuando esta suspira y hace una pausa para hilar otro recuerdo, y le pregunta:

—¿Y tu hermana? ¿Cómo era tu hermana Carmen? Yo la vi una sola vez, cuando murió la abuela Isabel. ¿Te acordás de ella?

Pilar ruega que Catalina no se evada, huyendo de un tema que quizá no le guste.

—Ella fue siempre rara. No parecía de la familia. Cuando nos dijo que quería ser monja, papá se le rio en la cara. Mamá, en cambio, lo tomó bastante bien. Nunca me quedó muy claro de dónde le había picado esa fe loca, y su idea de irse tan lejos. Nosotros… —se demora un momento, un pequeño silencio cargado de significado— somos católicos, pero no al extremo de abandonar todo. Vos te debés acordar,

porque eras chica, pero ella vino el verano que mamá cayó enferma.

Que mamá cayó enferma, dice, pero no aclara por qué. Merceditas se balancea eternamente colgada de la cuerda en el algarrobo que está al bajar hacia los corrales, pero Catalina no la menciona.

—Me acuerdo —dice Pilar—. Fue cuando murió Merceditas. No puedo olvidarme de que mamá me obligó a besarla en el cajón.

El silencio se carga de estática, de respiraciones, hasta que Catalina, con un tono de voz desconocido, más vivo, como si las cosas estuvieran ocurriendo en ese preciso instante, suelta entre los dientes apretados:

—Ella se lo buscó.

Cuatro palabras. Entre las hilachas de recuerdos brilla el desaire, el sentirse menospreciada cuando encaró con su belleza y su desfachatez a aquel guitarrero de ojos atormentados y él se fue a fijar en la mosquita muerta.

Pilar se queda sin aliento, no sabe cómo seguir, se ha metido muy hondo. No hay muchas maneras de volver.

Catalina invoca quehaceres domésticos, la comida de Eugenio…

—Está muy linda la charla, pero las cosas acá no se hacen solas.

Pilar cuelga el teléfono. Ha quedado perturbada, le cuesta el regreso de ese lugar del pasado, el verano del ’53, y ella, tan chica, leyendo el diario de su tía Merceditas sin entender. Y luego, en aquel otro viaje, en 1980, donde aprendería tanto del amor, el dolor y la muerte, comprendería las líneas escritas en el cuaderno marrón y ataría todos los cabos sueltos con la fidelidad de María, la criada, la que sabía todo, hasta soportar el peso del cuerpo de don Pancho en noches oscuras, y callar.

No puede olvidar una imagen. Cuando murió su abuelo, María lo lavó y lo vistió, preparando su cuerpo en la muerte. Y ella, que la estaba viendo sin querer por la puerta entreabierta, recuerda cómo se agachaba María sobre el perfil del águila, tan frío y tan lejano, para darle el último beso. O el primero, el que nunca se dieron en vida.

Sin poder evitarlo, se le atraviesa la imagen de Marta, la cuidadora de Alfredo, aunque está segura de que su padre no hubiera llegado a tanto. Y recuerda la frase de su padre, que Marta le contó, referida a la primera vez que la mujer iba a bañar a Alfredo. *Tenga en cuenta que le confío mi pudor.*

Todo se mezcla en este desvarío donde la voz de Irina es una luz, un camino a seguir: *Si estás allá, mamá, es porque algo tienes que arreglar.*

Se prepara un café, no está con ganas de almorzar, quiere aprovechar esos momentos para recrear algunos hechos, que la

conversación reciente con su tía hicieron regresar de forma tan viva que todo se confunde en su cabeza.

En su dormitorio, escondido en el ropero bajo unas mantas, está el diario. Lo saca como si el tiempo no hubiera pasado, como si su tía Catalina, o algún otro, anduvieran atravesando con ella las fronteras del pasado y pudieran volver, rapaces, a robar ese cuaderno donde el dolor de Merceditas se encrespa en los renglones de cada página envejecida.

Se apoltrona en el sillón, y mientras sorbe el negro líquido caliente recorre las líneas. Su corazón tiene muchos más años que la última vez que leyó esa intimidad, y el haber parido a sus hijos, y perdido a su amado, la vuelven más abierta, más sensible para entender lo que antes solo le había provocado pena.

> […] Nacho los guió; el Ford quedó en el camino, y por la senda secreta aparecieron Machingo y Catalina. No puedo recordar sus rostros, solo algunos gestos, Nacho estaba asustado, era muy chico, mi hermana quiso apurarme en preguntas y se encontró con mi silencio.
> No hablamos en todo el camino de vuelta. Nadie salió a recibirme, mamá protegida en la oscuridad por su dolor de cabeza, y mi padre en su escritorio, su templo, rodeado de trofeos y de cucardas políticas. Ahora que todo pasó, puedo escribirlo, pero en ese momento mi cuerpo y mi alma eran una enorme herida gritando ¿Por qué me dejaste, Lisandro, mi amor, mi único amor, por qué, por qué?
>
> […] Supe sin que nadie me dijera, que él no volvería, verdad implacable y absoluta que confirmó el hecho de que dejara su guitarra en manos de Nacho. ¡Oh, mi Dios, cómo abracé esa madera, oliendo, lamiendo, buscando el calor de sus manos, destrozándome las mías tajeadas en sus cuerdas, de tanto apretarlas persiguiendo su recuerdo! Todo fue en vano. Nunca más lo vi. El alma abandonó mi cuerpo, ese cuerpo que, con el tiempo, comenzó a cambiar.
>
> […] Tirito de frío. Por las noches me torturo pensando qué hacer. Han pasado los meses, ya no es solo el dolor por la ausencia y el abandono de Lisandro, sino mi cuerpo que se rebela cada mañana, esa basca que termina en espumarajos de bilis oscura; me arde la garganta de tanto vomitar. María sabe, todavía no me ha dicho nada, lo he visto en su cara cuando me encontró ajustándome el corsé. No como casi nada, y eso ayuda.»
>
> […] No habrá boda, ni con Cristo ni con nadie terrenal. Me siento tan sucia, pero no tengo valor para quitarme la vida…»
>
> […] No existo, o parece que nadie me ve. Mamá llegó un día a mi pieza,

y bañada en lágrimas, me abrazó, y luego estuvo largo rato en silencio con mis manos entre las suyas; sin preguntas, se ha marchado.
María fue la encargada de darme las noticias; no debo usar más corsé, y tengo que comer. Esto que me pasa parece seguir adelante, el espejo me devuelve de perfil una silueta combada, en leve crecimiento.
Papá ha regresado, y sin querer, escuché la conversación con un visitante, quizás alguien del partido: «Mi amigo, Perón crece como una mancha de aceite, y hay que tratar de que no nos embarre. Ministro de Guerra ahora, mañana presidente; nos ha jodido en política, pero no creo que se meta con el campo, la plata va a entrar a chorros con el mundo hambreado. Vamos a esperar, que si sigue, alguna virtud le habremos de encontrar. Braden anda paveando, tibiecito y haciendo bulto por el Interior, no le veo uñas al caso, y la CGT metió 250.000 tipos en Diagonal Norte y Florida, sí, ahí mismo, donde nos tomamos aquel cafecito, ¿se acuerda? Ahora se escucha Perón sí, otro no. Sencillito y contundente, ¿no le parece?»

[…] Transito en otro mundo, todos parecen tener una vida, la casa sigue su quehacer diario, mamá puso a dos chinitas a cardar colchones, y el polvo que levantan me hace estornudar. El comisario llega y dice que Japón se rindió. Don Eustaquio, el puestero del Bajo, dice que Alemania va ganando, que lo leyó en *El Pampero*, y «si *El Pampero* lo dice, don Pancho, miente él y no yo». Nada de eso tiene que ver con el hijo de Lisandro, que ahora me atrevo a decirlo, nacerá pronto. Todavía espero que él vuelva, y me abrace, y me lleve lejos de esa mirada llena de reproches, que hoy es solo indiferencia.

[…] El frío ha llegado, es crudo este invierno, pero me conforma la alegría de verlo a Nacho. Debería volver en estos días, aunque María dice que no va a venir, que se queda con Catalina en la ciudad, anda flojo en el estudio y ella lo va a enderezar. Cada vez me siento más sola, ni los leprosos del sanatorio deben estar así, por lo menos están con otros leprosos.

Pilar deja el cuaderno sobre la mesa. Las lágrimas le impiden seguir; de todos modos, es suficiente. El patriarcado se cobró otra víctima. La defensa del nombre, del honor, es motivo de separaciones, de asesinatos: el robo de un niño a su madre, la abuela con dolor de cabeza —como Sofía, como Magdalena—, la violencia enquistada en la matriz familiar, la vergüenza. Y el odio a Perón.

Recuerda lo que pudo sonsacarle a la vieja María en ese verano del ’80. Ella le contó cómo Merceditas se había teñido el cabello de rubio y, peinada con un rodete, entraba a la sala donde su padre reunía a los amigos conservadores. Con voz aflautada, imitando a Eva, a la Perona, le hacía pasar bochornos increíbles.

Cuando baja a la cocina a almorzar, tiene la decisión tomada: ese diario debe llegar a las manos de Chico. Ya encontraría el cómo y el cuándo. Su corazón está aliviado.

A estos días, Pilar los guardará como especiales, de descubrimientos. Catalina le da esas perlas, preciosos datos de dónde seguir alumbrando en la oscuridad, en los que Alfredo y sus hermanos van tomando una identidad vívida, cada uno con sus matices, angelicales o perversos.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

¡Cerrá!

Todo comienza a precipitarse. Eugenio empeora, y las conversaciones de Pilar con Catalina se espacian. El hijo pasa por crisis morales y físicas. Se irrita, enojado por gestos que Catalina hace para mantener el ilusorio orden en el caos de sus vidas. Cuánto dolor, cuánto no dicho, tragado y vomitado ahora, en el paroxismo de la furia; un hombre encolerizado que mira sus días sin poder ver el futuro.

Los dos siguen la rutina, infernal maquinaria que los fue llevando hasta el punto exacto donde están hoy, ateridos, sin poder abrigarse mutuamente, solo lamentando la vida que han transitado juntos. Chico se incorpora a ese paisaje bélico, intentando de manera infructuosa que Eugenio tome una decisión. Al primo se le ocurre que si el enfermo se alejara de ese lugar, sería más favorable para una posible recuperación. El arrojo no aparece: hay que ser valiente para irse. Tanto como para quedarse.

Eugenio despotrica contra la mujer que le dio la vida y no hay reproches directos, palabras genuinas, abrir el corazón y drenar el maloliente chancro, no; solo el caudal de lava líquida que brama en un murmullo que se hace queja, rezongo, mezquina letanía que mata tanto como la enfermedad. Como la soledad: ellos viven juntos, pero nunca se han hecho compañía.

El timbre del teléfono siempre le produce desasosiego a Pilar. Es Catalina; su voz está atravesada por urgencias, temores. Eugenio agoniza y cuando ella llega a la casa se encuentra en la puerta con su primo Patricio, al que su tía también ha llamado. Chico está en el campo.

La escalera se le torna larguísima, las piernas le pesan, no quiere subir.

Hay tres médicos del servicio de emergencia, todos están en el dormitorio de Catalina. De vez en cuando van y controlan cómo Eugenio se va muriendo.

Pilar se sienta en el sillón del hall, a veces se para y se apoya en el marco de la puerta. Arriba de un viejo tocadiscos lleno de discos de pasta, ha puesto un vaso de agua y toma sorbos a cada rato.

Siente mucha pena por ese primo que morirá sin dejar mujer ni hijos que lo lloren y recuerden. ¿Por qué Catalina la llamó primero a ella? Es lógico, ella se lo había repetido cada vez que hablaban, cada vez que de alguna manera su tía se las ingeniaba para que no fueran a la casa: que Eugenio estaba molesto, otro día triste, otro irritable, o ella tenía tanto para hacer… Había ahuyentado a toda la parentela, mintiendo y alegando que su hijo sufría una molesta gastritis.

El único que llegaba sin avisar era Chico. Una hermosa y estrecha relación se había formado entre esos primos desde mucho antes de la enfermedad de Eugenio. En todos los años que Pilar estuvo afuera, ellos se habían hecho amigos para el asado, los mates, la complicidad con las mujeres, cosa que Pilar descubriría después: que Chico tenía una particular seducción con las mujeres.

Cuando ve que la respiración de Eugenio cambia, que los ojos giran desvariados en un movimiento perturbador, y que Catalina habla y habla sobre ella, sobre el día, las horas pasadas, Pilar va a ver a los médicos. Están sentados en la cama de Catalina y tocan los libros, intrusos permitidos, no como los otros, los de los allanamientos, los que buscaban a Celeste. Los hombres la saludan. Ellos hacen su trabajo: han intentado encontrar una cama en terapia en alguna clínica, pero le explican que el procedimiento burocrático es lento, que es posible que no aparezca, y que dadas las circunstancias —que esta madre ya perdió una hija, realmente perdida, sin cuerpo ni sepultura—, les parecía mejor que todo sucediera acá, que Catalina tuviera la mano de su hijo hasta la muerte.

A Pilar la acomete una sed intensa, sale y baja la escalera, busca otra botella de agua. Desde el celular, llama a Chico. Es noche cerrada ya, y convienen con su primo que no tiene sentido que salga como loco a la ruta. Que espere a que amanezca. Ella lo mantendrá informado.

Hace otra llamada: Magdalena contesta y promete ir de inmediato. Necesita alguien confiable cerca, y sabe que su hermana es esa persona.

Hay dos amigos del moribundo. También llega una mujer delgada, trigueña, que ya había visto en el sanatorio: una antigua relación de su primo que había terminado, y que él había revivido cuando cayó enfermo. Parece compungida, y después de ver al que ya no puede contestar ninguna pregunta y lanzar unos gritos, baja precipitada por los escalones y sale a fumar al lavadero. Debe tener más o menos la edad de Eugenio; uno de sus hijos la acompaña, un joven de pelo muy corto y ojos desafiantes.

Pilar saca agua de la heladera y bebe con una sed brutal, una

desesperación de su garganta; es una manera de escapar por unos momentos de la atmósfera agobiante de la sala, arriba, donde todas las ventanas están cerradas. Sale al patio, el jazmín le evoca imágenes de otros tiempos, cuando la risa jugaba en ese lugar. El cielo está nublado, encapotado techo que oprime. Hace calor en la noche brumosa.

No sabe cómo, quizás por esa inclinación a conversar trivialidades que acaece cuando la muerte anda cerca, le pregunta a la mujer que arroja el humo con fuerza frunciendo la boca, de cara al piso.

—Me dijeron que tenés una nieta…

Si la otra quisiera pelear, como todos sus gestos indican —es feroz la tristeza, embroncado el rictus—, esta hubiera sido la ocasión. Podría decirle: *¿quién te lo dijo, la vieja loca que no me soporta?* Pero esas son sensaciones que quedan bajo la piel, en la garganta seca de no hablar. O de hablar con la persona equivocada. Para alivio de Pilar, contesta:

—Sí, una nena. Se llama Catalina.

Se le escapan las palabras sin que el cerebro haya tenido injerencia, salen locas, sueltas:

—¿Igual que mi tía?

El sonido del timbre quiebra, oportuno, el momento incómodo, los murmullos y el aire ominoso de la casa. Pilar sale casi corriendo a abrirle la puerta a Magdalena, que la abraza.

—Se muere —le dice—. No creo que le quede mucho.

Su hermana sube la escalera, ella detrás. Puede ver la espalda que se crispa, los brazos que se acercan, la mano que toma la de Eugenio, la de Catalina, y arrima la silla, y las dos manos, ahora juntas, se incorporan a sus voces, al rezo junto a la cama del que estertoroso burbujea sus respiraciones. No se puede pensar, en esas circunstancias. O se piensa demasiado. La cabeza de Pilar es una olla metálica llena de grillos enloquecidos que braman en sus oídos, rebotando atrás de sus ojos. Catalina sigue el rezo, intercalado con reclamos: *Si estaba bien, hoy le di de comer y me di cuenta de que no podía tragar…*

Pilar se asfixia, la puerta del balcón está con llave, asegurada con pasador y doble cerradura. Busca el vaso de agua que dejó sobre el tocadiscos, su mente quiere irse de allí. Al ver los auriculares le llega el recuerdo de su tío, el padre del moribundo, de sus ojos enormes, que abría más cuando lo ganaba el fervor en las explicaciones. Él escuchaba música clásica, sacra, con esos auriculares. Un día, hace tantos años atrás, Pilar era muy joven, fue a visitarlos. Catalina no estaba, había viajado al norte y él, mientras escuchaba su música preferida, le dijo: *Si tuviera en mis manos todo el dinero que le puse al campo, podría dar tres vueltas al mundo.*

Uno de los médicos cruza delante de ella y va al lado de Eugenio.

Toma el pulso, se escucha el sonido del aparato al desinflarse, Pilar no quiere ver, y es Patricio el que se lo informa:

—Ya está. Murió.

Cuando se da vuelta, Magdalena sostiene la mano de Catalina, que sigue sentada velando la muerte; la vida se ha escapado, el color que cubre la piel es tan inmediato como una nube que pasa por el cielo y oscurece la visión. Es algo que Pilar ha visto en su abuelo, en su padre; ese amarillento pergamino en que se convierte la carne al huir el ánima; cáscaras de personas, esos que fueron hombres odiados, amados, vidas llenas de dudas, de verdades, de detalles mínimos y de miedos enormes, pequeños destellos en la inmensa noche estrellada de la humanidad.

Catalina está ahora en la pieza de al lado, y Pilar cae en la cuenta de que Eugenio acaba de morir en el dormitorio más grande, el que era de Celeste. Acompaña a Magdalena, van a elegir ropa para amortajarlo. Pero la tía les gana de mano, les arrebata las prendas elegidas al azar y va tomando camisa, pantalón y medias, sería absurdo elegir calzado, y todo va a parar a las manos de los amigos, que se han ofrecido para ese último gesto.

Pilar intenta sacarla a Catalina hacia el dormitorio, los médicos se marchan dejando un apretón de manos. La casa se silencia.

En la cocina, ya hierve el agua. Té o café, qué más da. Todo sucede fuera de los ojos de la dueña de casa, que recibe instrucciones, sugerencias sobre la sala velatoria y todo el ritual que acaba de ponerse en marcha y no se detendrá hasta que el cuerpo quede absolutamente fuera del mundo de los vivos.

Uno de los amigos de Eugenio hace las llamadas, se va, al rato regresa y le pide a Catalina dinero. Mucho.

Pilar la ve levantarse, ir hacia su dormitorio, con el amigo por detrás. Ella aprovecha para ir al baño. Mientras vacía su vejiga, mira a su alrededor. Nada ha cambiado desde hace treinta años. Los azulejos verdes, el botiquín; la única novedad son un par de agarraderas de plástico en la ducha para quien ya no va a necesitarlas. Da escalofríos que nada cambie, en toda la casa. Cuando sale y va hacia la pieza, su tía está contando dinero sobre la cama, y al verla aparecer, le sisea: *¡Cerrá!*

Pilar retrocede, y al volver sobre sus pasos mira hacia la pieza donde Eugenio, con un pañuelo o una corbata sujetando su mandíbula, inaugura su tremenda soledad de muerto. Baja las escaleras buscando aire, agua, palabras, cualquier gesto humano que la rescate de ese naufragio donde algunos saben cómo llegar a la orilla. Ella boquea, todavía, la atmósfera pesada, tangible, de la muerte.

Se prepara un té, y cuando ven bajar al hombre que lleva el pago necesario para que todo empiece, saben que en un rato se llevarán el cuerpo; esa es la denominación ahora, y así seguirá.

Magdalena sube llevando un té con galletas para Catalina. Llega más gente, que Pilar solo suma como caras, gestos de tristeza, esa caída en las puntas de las cejas y en las comisuras de los labios hacia abajo. Toma su té, como si el hacerlo fuera el acto más importante del mundo. Su atención puesta en el humo, el color; el líquido desciende por su esófago y la consuela porque le ocupa esos lugares en que la mente trae la cara de Eugenio, los ojos de Eugenio.

Escucha el motor de un auto y se asoma por la ventana. En la oscuridad brilla el furgón, o es una ambulancia. Qué importa. Los hombres en la noche, desconocidos de largo delantal para llevarse a otro desconocido.

Pilar va por la escalera, adelantándose. Sabe que no pueden subir una camilla, el codo en ángulo recto lo impide, y le urge llegar antes al dormitorio de la tía.

Su hermana y Catalina están recostadas en la cama grande. A la luz del velador, que no tiene pantalla, en los anteojos de su tía se reflejan dos niñas asustadas, cada una disimulando como puede; la más chica trata de que su tía se alimente un poco mientras Pilar, con la taza todavía en la mano, casi vacía, las mira. La anciana, vivos los ojos, con la agenda en la mano, les ordena que busquen papel y lapicera y apunten los nombres de las personas a quienes deben llamar. Parientes, amigos… Pilar busca en su cartera la libreta de notas, y espera. Cada uno de los que están en la casa tendrá una parte de esa tarea.

Al reparar en algunos nombres que ha anotado, sabe que varios han pasado holgadamente los ochenta años y que una llamada a las cuatro de la mañana no es muy adecuada. Decide llamarlos cuando pasen algunas horas.

Ella también se ha recostado al lado de su tía, que recorre la lista como si eso tuviera la máxima importancia. Se arrima un poco más al cuerpo pequeño, a esas piernas cruzadas con zapatos como de niña, y le habla en voz un poco más alta, como si con eso pudiera cubrir lo que está ocurriendo, esos hombres que bajan la escalera cargando en un cubrecamas tomado de las puntas el cuerpo de su primo.

La madre, huérfana de hijo, parece no darse cuenta. Catalina ha quedado desguarnecida, en el páramo de la mayor desdicha que pueda imaginarse.

Pilar se levanta, *voy al baño*, anuncia, y sale. En la habitación de enfrente, la cama de sábanas revueltas, vacía, es un aviso mudo del nunca más.

Espía por el recodo de la escalera, ha bajado en puntas de pies, y desde allí ve el cuerpo sobre la camilla tapado con una sábana blanca.

Vuelve arriba y les avisa a las mujeres. Catalina salta, se apura, no acepta un brazo, solo baja enajenada.

—¡Eugenio, chiquito, pronto vamos a estar juntos, esperame, ya voy a ir con vos!

Las sobrinas la sostienen en la entrada cuando las puertas de la ambulancia se cierran y el vehículo se aleja. Otra vez en la planta alta, intentan que la doliente madre se recueste, descanse un poco, antes de que comience el velatorio.

Pilar quiere cerrar una ventana en la pieza donde murió su primo, Catalina la detiene:

—Dejá, lo hago yo, yo sé. Hay que cerrar para que no se meta alguno.

Ella quisiera gritarle: *¿Qué importa? ¿Qué es peor que la muerte que entró y se llevó la vida de tu hijo?*

El amanecer se cuela sin permiso por los vidrios, ya es el primer día sin ese ser que acaban de llevarse. Así comienzan los duelos, llenando de fechas, de hechos pequeños, el almanaque piadoso que marcha para que llegue el ansiado consuelo.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Andan robando mucho

Una sala pequeña, un refrigerador con bebidas, la cocina chiquita, en la mesada una bolsa de nylon de la que asoma un pan francés. Café instantáneo. La puerta del baño enfrente. A las dos horas de comenzado el velatorio, la puerta del baño ya queda abierta, la luz prendida, y el tarro de residuos rebalsa de manera obscena los papeles húmedos y arrugados.

La gente orina mucho en los velorios, se mea de miedo.

Desde la salita, por una ventana se ve la tapa del cajón forrado en raso blanco lleno de pliegues, como un traje de novia pegado a la madera.

Pilar va hacia allí y observa a su primo. Eugenio tiene una sonrisa de algodón bajo el labio. Al lado, la corona con su pie de metal; en la cinta morada que la cruza, unas palabras escritas en letras doradas: Tu Mamá.

Duele. Magdalena le contó que temprano, cuando llegaron al lugar con su tía, esta recorrió el catálogo de ofrendas florales y eligió una.

El rosario mitiga con sus letanías. Francisco se acerca y tiene un abrazo más sentido, los ojos hinchados. Dicen que bebe, mucho.

—Que se mueran los viejos es natural, estas muertes son las que duelen —se lamenta. Eugenio tenía unos años menos que él.

Una empleada informa que hay que apurarse, el horario es estricto porque es domingo. El amigo de Eugenio, el que se ocupó de llevar el dinero a la cochería —Catalina después habla de las ventajas de tener reservas en casa, por si acaso— va y viene gestionando un nicho. La madre quiere que el hijo esté cerca de los otros familiares, padre, tío, abuelo, como si la cercanía de esos otros nombres de la familia de su marido le dieran tranquilidad. Parece que por fin se ha conseguido.

Es duro ver a la madre limpiar con un pañuelo la boca del hijo, y tocarle la cara por última vez. Esa cara que al fin está en paz. Todos en esa sala están pensando lo mismo: Qué vida de mierda, perder los dos hijos, pobre mujer.

Pilar y Magdalena caminan juntas en el cementerio, como juntas se sentaron en los peldaños de la escalera en la casa de Catalina. Desde allí, como dos niños que contemplan una escena de adultos ellas miraban la camilla, la sábana blanca y a Catalina, que con una voz trizada, finita, de arena y llanto, gritaba: *¡Esperame, Eugenio, que me voy a ir con vos!*

Eso recuerda Pilar mientras toma el brazo de su hermana. Su hermanita.

—Te ves mal —le dice—, y no creo que sea solo por esto. ¿Qué te pasa?

Magdalena se demora en contestar, Pilar le aprieta el brazo urgiéndola a que hable.

—Federico quiere el divorcio.

—¿Cómo?

—Después te cuento, no es lugar —dice Magdalena. Ya están llegando al panteón inmenso.

Pilar respira hondo y pregunta:

—¿Hay otra?

Magdalena con un suspiro, mientras se limpia los ojos —porque todos lloran por el muerto—, contesta:

—Hay otro.

No alcanza a pensar en esa frase, cuando llegan a la puerta de la cofradía. Las paredes llenas de cuadrados, de lápidas con retratos ovalados y portafloreros de bronce, de hierro, nada que atraiga la vista, las miradas huyen hacia el piso, los árboles, las flores.

¿Vivir para terminar en un hueco en la pared?, piensa Pilar.

Catalina había reaccionado con violencia cuando le preguntaron si quería cremarlo. El cajón raspa en el cemento sin alisar, un chirrido que espeluzna como los algodones en los orificios de la nariz de Eugenio.

Finalizado el sepelio, van hacia los autos y los más allegados se dirigen a la casa de Catalina. Estremece, es rara la sensación de volver allí. Una prima, mujer mayor también, se quedará con ella.

Pilar siente pena, compasión, muchas emociones juntas desde que su tía la llamó el día anterior. No puede dilucidar los gestos de la vida, del universo. ¿Es un regalo ver morir a alguien, un privilegio para tomar conciencia y actuar en la propia vida? Chico la insta a decidir rápido cuando en la vereda le dice: *«Vamos»*, y la acompaña hasta su auto.

Al irse, ve a Catalina detrás de las rejas de la puerta, que con la llave en la mano saluda como diciendo: *«Voy a estar bien»*.

No ha tenido ocasión de seguir hablando con Magdalena, que se marchó desde el cementerio porque ansiaba ir a cambiarse la ropa que

tenía puesta desde que su hermana le avisó que Eugenio agonizaba.

Al llegar a su casa, Pilar se va desnudando sin que le importe dejar todo tirado en el piso. Necesita el agua cayendo sobre su cabeza, sus ojos doloridos de llorar.

Mientras el agua corre en una ablución litúrgica llevándose la sensación de suciedad, las imágenes regresan una y otra vez. Ella se había quedado en la puerta, mientras su primo, adentro del cajón, entraba en ese hueco en la pared. Celdas de un panal horrendo. Congela todo lo que le viene en catarata, como si fueran fotografías en papel que guardaban en su interior secretos innombrables.

Luego de secarse, al abrir las ventanas al sol de la tierra descubre que ella también está asombrada de la fortaleza férrea de Catalina cuando miraba hacia arriba, a las alturas, donde metieron en un útero de cemento seco los restos de su hijo. Cuánto mejor, se dice, hubiera sido una tumba en tierra, donde uno puede arrodillarse a rezar, a tocar el pasto, acomodar las flores, limpiar la lápida, rozar la foto y sentir bajo los dedos la mejilla aún tibia, como uno recuerda. Pero Catalina tenía rodillas duras. Sin embargo, al estar tan alto, por una vez Eugenio ha quedado más arriba, obligándola a torcer el cuello como cuando miramos el vuelo libre de un pájaro en el cielo.

Sin pensar demasiado, llama a Rodolfo. Él está volviendo de un viaje en auto, y le promete ir apenas llegue y se dé un baño.

—Si estás cansado, lo dejamos para después, mejor a la noche.

—De ninguna manera —le contesta él con la voz intensa, como si contuviera el ansia, o quizás ella lo imagina…

Agradece que venga ahora, en la siesta; Ramón se ha tomado el día, y ella no tiene ganas de dar explicaciones.

¡Como si alguien te las pidiera, a tu edad! Se reprocha sin dureza, la divierte esta liviandad de espíritu, a pesar de que aún quedan esas nubes en el ánimo.

Cuando lo ve en la puerta de la casa, sabe que ha hecho lo que necesita.

—¡Me sorprendiste con tu llamada!

Se le acerca. Su cuerpo se ha ido acostumbrando, de a poco, a la cercanía, el roce, los besos, el olor particular del hombre. Ella le abre paso hacia la cocina, que está fresca por las enredaderas que cubren las paredes que dan al parque.

—¿Querés café? —pregunta mientras se arrima a la mesada.

—Te quiero a vos.

Pilar se tensa sin saber si va a saltar, a correr, o a quedarse.

Las manos en su cintura, el aliento en su oreja, le provocan una

laxitud olvidada, impensada. Gira el cuerpo, y los ojos, la sonrisa, la expresión de anhelo que otras veces ha visto en un hombre y que la hacían vibrar al saberse deseada, están en este, este que no admite más dilaciones.

La liviandad de su blusa y de la pollera amplia es una débil barrera para las manos que toman con delicadeza su espalda, su cara, para besarla con dulzura urgente, con una morosidad de disfrute torturante para la mujer, que no quiere negarse, que sabe que no hay motivos para hacerlo, aunque la cabeza le bulla de pensamientos inconvenientes, traidores: si los escuchara, Rodolfo ya estaría en la vereda. Entre besos, las manos vivas y ansiosas se atreven sobre sus pechos, y Pilar siente la suavidad del encaje del corpiño que Rodolfo acaba de desprender. Las manos abarcan y suben la falda, ella lo frena y camina hacia la puerta.

Trastabillan, la mesa los detiene, la rodean y van hacia la escalera. Esta vez es distinta de cuando él la llevó con su duelo al hombro, como una criatura. Hoy los pies detectan los escalones sin verlos, de tan apretados que van.

Ella alcanza a decir:

—Estamos grandes…

Él la calla a besos:

—Lo haremos como grandes, entonces.

Con suavidad precisa la va desvistiendo, y ella quiere oscurecer la siesta. Cruza con torpeza la habitación, está aturdida y manotea las cortinas, y al volverse, caen los dos sobre la cama entre risas. Se besan, mucho, sabios, lento. Las últimas prendas vuelan y Pilar siente el vello del pecho de Rodolfo sobre sus pezones que se encrespan, toda ella es agua en remolinos, abrazada, tibia, y es sencillo, las rodillas se separan y la carne entra en la suya, y florece en humedad dormida, en el suave empuje que se vuelve enérgico, haciéndole arquear la columna. Sus huesos, sus años de doliente abstinencia, de sequía y de hambruna emocional y física, la hacen buscarlo, elevar sus caderas, abrazar la espalda, y se acomodan, él la espera, y cuando claudica, ella ayuda con sus manos, y los besos siguen sin pausa, Pilar escucha los sonidos de los cuerpos que rebalsan y murmuran y sueltan quejidos, aromas, la transpiración brota y resbala y están mojados, sus entrañas se ablandan y cobijan y los espasmos duelen, tanto tiempo, duele hasta su útero, que recuerda y se contrae, y él, sabiendo que aún falta más, con su hombría en retirada frota el clítoris, arriba y abajo, apoyado en los codos, mientras la luz traviesa entre las cortinas que mueve el viento juega en la cara de la mujer que se muerde los labios para no gritar, hasta que no aguanta y los sonidos brotan de la hembra que vuelve

desde una selva de oscuros y pesados silencios.

Cae la noche y descansan abrazados. Pilar no quiere moverse, no quiere saber ni hablar ni romper ese clima que el universo le regala en la burbuja de su dormitorio.

Por fin, se levanta y busca la bata. En el baño, enciende la luz. Esta no es ella. Ve la cara raspada y enrojecida por el roce de la boca, de la barba. Hay un moretón pequeño en su pecho izquierdo. Abre las canillas y se ducha en un contento nervioso, nuevo, extraño pero intensamente bello, con la belleza de lo que no se esperaba más.

Le cede el lugar a Rodolfo, que viene tan campante con su cuerpo macizo, con las maldades que la naturaleza puede hacerle a un hombre, la cintura engrosada, la carne que mantiene hidalguía de actitud ante la fuerza de gravedad; pero la sonrisa, como si algo lo divirtiera, supera cualquier defecto. Eso, y su estilo como amante.

Pilar le deja un beso y baja a buscar el café que nunca tomaron.

Cuando regresa con la bandeja, cafetera, y torta para recuperar fuerzas, él ya está de vuelta en la cama. Comen desaforados. El olor del café, de la vainilla horneada, se mezcla con el de sus cuerpos, y cuando terminan Rodolfo vuelve a abrazarla. Cada beso, las caricias y emociones nuevas, alejan el aura triste de la muerte de su primo. La vida avasalla en su ilusión, y ella necesita imperiosamente sumar horas buenas sobre la pesadilla y el dolor.

Él se va en la madrugada. Durante la noche la tormenta descargó una lluvia con rayos y truenos, ahora queda alguna estrella perezosa y el rocío empañando los vidrios. Lo besa en la puerta de calle, como dos adolescentes en trampa. Se queda apoyada en la ventana hasta que escucha el motor que se aleja. Al acostarse huele las sábanas, el aire y la almohada como un animal en celo. Ya lo extraña.

Cuando se despierta, luego de otro baño, desayuna. Intenta pensar cómo habrá sido la primera noche de Catalina al quedarse sola en su casa; imagina su figura pequeña —el cuerpo sin formas femeninas, todas las curvas se han hecho aristas, ángulos, límites de una fortaleza de huesos vestidos— subiendo las escaleras. Sus ojos, que de vez en cuando se mojaban ante la palabra, la empatía del que llegaba a ofrecer sus condolencias; sus ojos, piedras pulidas por el viento de un desierto que nadie quisiera cruzar, mirando todo el escenario vacío.

La primera noche, en el dormitorio que abre su puerta justo enfrente de esa imagen: la de la cama que acunó la muerte de su hijo. No hay manera de eludirlo. Al entrar, sentirá su última respiración en la espalda, la foto congelada, el perfil quieto y la corbata con que

inmovilizaron la mandíbula cerrando esa boca que dijo tanto y no dijo nada.

Con culpa por sentirse tan bien, la llama para preguntarle cómo ha amanecido. Catalina dice:

—¿Y cómo creés? He dormido solo un poco, hasta las tres de la mañana.

Pilar recuerda la tormenta feroz de la noche anterior, que ella pasó abrazada a Rodolfo. Pero hoy hay sol.

—¿Tu prima está con vos?

—No, se fue anoche temprano, cuando empezó a tronar; dijo que tenía las ventanas de su casa abiertas.

—¿Y ahora qué estás haciendo?

—Estoy lavando la ropa de la cama de Eugenio.

Como siempre, el asombro acompaña a Pilar en cada conversación con su tía.

Dos veces, en esos días, ve a Rodolfo: una cena en el restaurante de los amigos, y un café después de visitar la obra de la casa. Él viajará por quince días, a inspeccionar otras obras en Mendoza. Se despiden sabiendo por anticipado que el reencuentro será magnífico. Certezas locas, irracionales, que nacen de esos momentos compartidos, de la intuición que dejaron dormir y que ahora los acompaña para marcarles el camino.

Una semana después, vuelve a llamar a Catalina, que apenas saluda dispara:

—¿A vos te parece que mi hijo pase su cumpleaños en un cajón?

No es solo la pregunta lo que sobresalta a Pilar, sino la construcción de la frase, lo absurdo del enunciado. Pero nada puede ser lúcido o razonable en un momento así, todo se mezcla, se confunde. Es verdad: hoy sería el cumpleaños de Eugenio.

Catalina le cuenta que ha ido al cementerio y ha regresado contrariada. La cofradía tenía horarios acotados, estrictos, estaban cerradas las grandes puertas de vidrio y las rejas del panteón.

—Pero apoyada en el vidrio, pude verlos a todos —se refiere a su hijo, su marido, los suegros y un cuñado—. Los tengo a diez cuadras, puedo ir cuando quiera.

Sin embargo, los empleados le dijeron otra cosa, y por eso está molesta: las visitas al lugar donde descansan los restos mortales de sus seres queridos queda supeditado a las huelgas, al cese de tareas o al humor de quienes trabajan allí.

—Si los vieras —le comenta a Pilar—, tomando mate cocido y sin

hacer nada.

Catalina no dice, no nombra, pero Pilar cree que ella terminaría de cerrar todas esas historias si encontrara los huesos de Celeste. Ha quedado guardiana de sus muertos, y heredera de sí misma. Pilar se estremece ante ese pensamiento, y libera el nudo de la angustiosa revelación: el saber que su tía no se ha hecho rama, nido, no hay nadie para abajo ni para arriba. El páramo, el verdadero páramo.

—Ayer estuve con Sofía —le comenta Pilar en el silencio de la línea.

—¿Cómo está tu mamá?

—Perdida, como siempre. Para hablar con ella hay que hacer pie, ir probando el terreno. Lo recuerda a papá joven, cuando la siguió en la calle y se pusieron de novios.

—Y así fue —acota su tía, virando suavemente el viento hacia una conversación de evocaciones.

—Mamá me cuenta esa parte de su vida. Pero, por ejemplo, no se acuerda de dónde fue su fiesta de casamiento.

Catalina remonta la memoria y dice:

—Me acuerdo perfecto. Fue en la casa de tu abuela, en la pensión. Tu abuela sacó todos los muebles de la pieza que después fue su dormitorio, la que tenía una ventana que daba a la calle. Había muchas cosas ricas, y hasta un mozo y una torta de tres pisos. Estuvo muy bien servido.

Pilar pensaba en una fiesta donde el que se luciera fuera el estanciero: carne con cuero, cabritos o un agasajo en el mejor salón de la ciudad. Catalina sigue con su descripción:

—Yo me puse un vestido de seda que me hizo Sofía. Bueno, tengo mucho que hacer —dice abruptamente, y se despide.

A la fiesta la pagaron los inmigrantes, los eslovenos, piensa Pilar cuando cuelga el teléfono.

Es lunes por la mañana, y cuando vuelve a llamarla, su tía está dando vuelta la casa buscando un reloj que era de Eugenio.

—Acá hubo mucha gente —dice.

—Ya lo vas a encontrar, debe estar en algún lugar que no revisaste, no te preocupes —la conforta, mientras recuerda que apenas sacado el cuerpo de Eugenio, al volver a la pieza, Catalina tomó un reloj pulsera de malla negra de la mesa de noche y dijo: *Este lo guardaré en el ropero, lo tenía puesto.* Pilar le pregunta si no es ese el que está buscando.

—No —responde tajante —es otro, dorado, tenía dos, vos sabés que él coleccionaba relojes.

Cuando cuelga, preocupada por la salud mental de Catalina,

pendiente de esos detalles absurdos ante tamaño hueco que ha hecho la tragedia en su vida, lo llama a Chico y le comenta lo ocurrido. Su primo la tranquiliza:

—No son valiosos, Eugenio compraba imitaciones de relojes de marca. Quizás la tía no lo sepa. Debe estar por ahí. Quién se lo va a llevar, son sus miedos que no la sueltan.

Al paso de los días, Catalina cuenta que estos se le van llenando de trámites, de papeles. Todo lo que Eugenio, con cierta previsión, dejó firmado para hacerle fácil por lo menos esa parte a su madre, ella lo traspasa a su nombre. En el aire, en conversaciones o el ánimo de los amigos íntimos del que ha muerto, queda la idea de que algunos bienes eran para ellos; pero pronto se dan cuenta de que, aunque esa voluntad póstuma se haya expresado verbalmente, Catalina lo desestima de modo rotundo. Todo eso lo compró ella, con *su* plata. Y recalca el posesivo.

En las charlas que mantiene con su sobrina, se quiebra por instantes cuando le habla del olor del perfume, de todas las cosas que compraba su hijo, al que le encantaba comprar.

—¿Tenés comida? ¿Necesitás que te lleve algo? —la interroga solícita Pilar en una de las charlas.

—Tengo de todo, Eugenio y yo hicimos una compra grande en el supermercado, no me falta nada.

No me falta nada.

El reloj perdido, que buscó por horas, al fin apareció, y expresó una alegría desmedida para el tamaño del hecho. A veces, Pilar imagina a Catalina como un pequeño vampiro que aletea entre las alacenas repletas de comida y se golpea contra las paredes llenas de cuadros, de pinturas, de finos cristales, con sus ojos hundidos reflejados en la gran chocolatera de plata labrada y en el lustre de la mesa. Otras, como a un insecto, o mejor un pájaro, rota un ala, arrastrando su dolor en cada tramo de la escalera.

Pese a cualquier pronóstico agorero, Catalina sigue adelante con rutinas, siempre llena de trabajo. Solo hay algo que todavía no puede hacer: viajar a su campo. Necesita tiempo, es lo que hacía siempre con su hijo, y es perturbador no tener más al compañero de tanta vida.

Se acerca la Navidad, y todas esas fechas son difíciles para los que están de duelo; las pérdidas se acrecientan cuando llegan esos días.

Es un tema difícil para tratar, pero a esta altura de las circunstancias con Catalina ya no hay temas ríspidos. Pilar se ha acostumbrado, como es su estilo, a ir de frente.

—Catalina —le dice—, nos juntamos con Magdalena que viene sola, Chico y Sofía y Marta, la cuidadora. Nos gustaría que nos acompañaras.

—Te agradezco, querida, pero quiero quedarme en casa. Estoy muy triste, cada día es peor, ¿qué Navidad voy a festejar con mi hijo en un cajón?

Pilar intenta una débil defensa de la reunión: con la familia estará cobijada, acompañada. No hay caso, Catalina está amurallada en su desgracia.

Al dolor de la ausencia de Eugenio sumaba a Celeste y a su marido. Pilar sabe que los muertos no son buena compañía, que los recordamos y queremos volver a tenerlos como eran: vivos, sanos, amorosos. Catalina vuelve sobre las últimas horas de Eugenio, y lo hará una y otra vez, y Pilar pondrá de nuevo el oído compasivo, como lo hace con Sofía. Las repeticiones parecen tranquilizar, un mantra, un hechizo contra lo indecible de las tragedias. Toda desaparición tiene esa pátina de tragedia, el drama convive con la estupidez, con los comentarios banales, con la risa, que se escapa como un pecado inadvertido y que se esconde pronto con culpa. «Solo el tiempo…» es la frase trillada a la que echamos mano cuando no quedan palabras.

Catalina interrumpe sus pensamientos y le dice en tono confidencial:

—¿Sabés quién vino esta mañana a pedirme que vaya al campo porque el juez la ha citado a Aurora? Francisco.

—¿A pedirte qué? —grita alterada Pilar, sin poder evitarlo.

—Sí —cuenta Catalina—, me dejó con dolor de cabeza y tuve que recostarme un rato. Hasta se ofreció a llevarme él al campo, para que declare a su favor.

Catalina enumera ciertos datos que convergen en un solo tema. Una puerta. La entrada de un campo. Una servidumbre de paso. Se trata del litigio de Aurora con un vecino colindante, en el cual estaba involucrada Catalina. Un embrollo que solo sus protagonistas podían comprender.

Pilar piensa que las puertas sirven para salir o entrar, para acabar con algo dando un portazo, para irse, para recuperar la libertad, para llegar a casa y por fin descansar. Pero esta puerta es aquella de la que hablaba Alfredo. *Una puerta vale más que una hermana*, había dicho. Pleitos de años, de poder ficticio, de viejos que como niños trazan una raya, un círculo en la arena, y metiéndose en él creen que la magia los protege, que las murallas invisibles no dejarán pasar a nadie. Sin embargo, toda línea es permeable al odio o a la muerte.

—¿Y te vino a molestar justo en esta fecha por ese tema para que vayas a mentir por ella, por Aurora? No puede ser más desubicado ese pelotudo.

Pilar se asombra de su propia razón, ha vomitado su pensamiento en el teléfono con alma de cuidadora, de quien protege a la que, como sabe, no necesita de ningún escudo. El dolor es acero, diariamente esculpido en el torso y en la espalda de la que quedó.

—No te preocupes —dice Catalina—, no pienso hacer nada, me perjudicaría a mí misma por ayudarlos. Me dejó con dolor de cabeza —reitera.

Y Pilar vuelve a preguntarle si quiere pasar las fiestas con ellos.

—Te agradezco, Pilarcita, pero quiero estar sola. Además, no quiero dejar la casa vacía, andan robando mucho.

Ha comprado un árbol de Navidad, pequeño. Lo armó en una mesa de arrimo, cerca de la estufa. Es la primera Navidad sin su padre; hubo muchas sin él, solo que esta vez es definitiva. Le duelen más las ausencias de sus hijos.

Se reúnen en la casa de Sofía. Cenan y acuestan temprano a su madre. Luego con Chico y Magdalena toman una copa de sidra, el champagne a Pilar le hace doler la cabeza. Intercambian regalos luego del abrazo. La ausencia de Alfredo los ronda, pero comprueban que *no hay nada, o casi nada, a lo que el hombre no se acostumbre.*

—Es de Camus la frase, pero aplica hoy. ¿Verdad? —les dice a su hermana y a su primo.

Las hijas de Magdalena comparten el festejo con las familias de sus maridos; para Año Nuevo estarán con su madre.

Pilar recibe y contesta un mensaje en su celular, y cuando se levanta para buscar su cartera y despedirse, Magdalena le dice:

—¿Era tu noviecito?

El ánimo de Pilar está confuso por la fecha, por lo extraño de estar sin Irina y Noah, pero no hay intención de responder nada torpe. Magdalena tiene esos arranques, resabios de vida pasada, celos, vaya Dios a saber… Sin contestar la pregunta, le sugiere:

—¡Vos deberías buscarte uno también!

Se ríen mientras se abrazan.

Pilar entra al dormitorio de su madre, se agacha y la besa en la frente. Sofía abre los ojos y le dice:

—No estés mal.

—¡Estoy bien, mamá, no te preocupes!

Pero Sofía repite, pasando la mano por la mejilla de su hija:

—No estés mal.

¿De qué rincón, en el estuario de lagunas y ríos donde navegan y se ahogan o emergen las imágenes y los sentimientos, sale esa frase? ¿Es

por ella misma, por su estado, o habrá visto, con los ojos del alma, cómo se siente su hija?

En el camino hacia su casa, Pilar va repitiéndolo como un mantra, que se le hará carne cada vez que un inconveniente surja: *No estés mal.*

Regresa temprano de la reunión, no quiere cruzar la ciudad con los conductores aturdidos por la ingesta de alcohol y la parafernalia de los fuegos artificiales. Es una noche calurosa y los festejos siguen en las veredas, hay botellas en las verjas y niños haciendo explotar cohetes.

Tiene un vino espumante, la casa está silenciosa; en el parque, Ramón ha colgado luces de un pino, que titilan en la oscuridad. No hay nadie, el casero ha partido temprano a pasar la fiesta en lo de unos parientes y no volverá hasta la noche siguiente.

Pilar saborea esa soledad. Cuando termina de poner en la mesa unos chocolates, avellanas, nueces, escucha el timbre.

El corazón le late como si estuviera nuevo, joven, atorado de emociones. Rodolfo está en la vereda, los brazos cargados de paquetes envueltos en papeles dorados, rojos, moños y flores.

Ella lo besa rápido y alivia la carga, llevando algunos regalos hacia adentro. Dejan todo en la mesa del comedor. Hay urgencia, y el beso se hace largo, profundo, húmedo y libera en sus cuerpos sustancias que ni imaginan, provocando una euforia inmediata.

—¿Querés abrirlos? —invita el recién llegado, y ella, con la curiosidad de una criatura, toma la primera caja—. ¡Tenés que romper el papel, eso da suerte!

Rasga, las uñas buscan descubrir, y encuentra una preciosa bata de seda con dibujos de peonías y dragones bordados, que la deslumbra; hay libros, y en un paquete pequeño, una caja de música. Cuando con cuidado le da cuerda y abre la tapa, la bailarina gira al ritmo del vals. Pilar rompe en llanto y Rodolfo se asusta y la abraza, y la cajita sigue sonando. Llora el recuerdo de sus quince años, se ve bailando con su padre, que aún está enojado porque se pintó apenas los labios y tiene arqueadas las pestañas, enriquecidas con el cosmético (las tías lo habían hecho), y su abuelo y los tíos con el clavel en la solapa…

—No te preocupes —le dice y se seca las lágrimas, él le ha dado un pañuelo, qué tranquilizador es un hombre que lleva pañuelos en los bolsillos, piensa—, ha sido un recuerdo tonto que me sorprendió; hermosa, gracias, es muy bella.

Él pasa sus labios por las mejillas salobres, y húmeda la boca, la besa. Encara hacia la escalera ante la débil protesta de Pilar, que señala las delicadas confituras y el vino en la mesa. Él levanta la botella y un

par de copas, ella la fuente de chocolates y suben como si un incendio los corriera. La cama es refugio, todo parece más sencillo allí, y se atreven. Rodolfo la recorre con las manos, se miran, la luz del velador queda encendida y los ojos se encuentran, se esfuerza en dejarlos abiertos cuándo él entra en ella. Suave, potente, empuja con firmeza y en uno de los embates, le dice imitando la voz del viejo barbado del trineo y renos:

—¡Feliz Navidad, jo, jo,jo!

La risa de Pilar lo expulsa del paraíso, y cuando se recuesta a su lado es ella la que acaricia el miembro húmedo y lo regresa a un maravilloso estado de urgencia, de poderío, para seguir con el placer.

Cuando, en un descanso, se levanta y desnudo abre el vino y sirve dos copas, Pilar teme que el recuerdo del otro la turbe; pero este, el que tiene enfrente, puede hasta con los fantasmas. Las golosinas se derriten en la boca mientras la luz sobre el parque va tocando los árboles, devolviendo el verdor en este verano inolvidable.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Telar de desdichas

Chico le cuenta a Pilar que Catalina le pidió que la llevara al campo. Quizás ella aún no se atrevía a decir que no manejaba su camioneta como tiempo atrás. Ese declinar era el único que mostraba, a pesar de que la había partido un rayo. Perder un hijo es ser atravesado por un rayo, chamuscado pellejo que de alguna manera y por misteriosos motivos sigue con vida.

Atendió el campo, vendió ganado, escuchó condolencias; todavía tenía un resto de energía para asegurarse la supervivencia. Antes de regresar a su casa, quiso pasar por el geriátrico donde habían llevado a su primo, un hombre muy enfermo, padre de dos hijas. Una tenía cáncer y quizás ese había sido el motivo para internarlo, no podían hacerse cargo de él.

Lo encontró perdido en su mente, desmejorado, en silla de ruedas, negándose a comer. Cuando lo trajeron pareció aceptar, adaptarse. Se movía un poco con ayuda. Pero la repentina noticia de la muerte de su hija, apenas tres días después de su internación en el geriátrico, lo aniquiló.

Catalina, parada al lado de su primo, con cierta atávica lealtad hacia la manada, se impacientaba ante la indolencia de las enfermeras. El lugar era deprimente; los pinos, los edificios con techos a dos aguas, sombríos, y los pasillos con ventanas por donde el calor norteño trataba de invadir, guardaban la memoria de épocas pasadas cuando allí funcionaba el leprosario, refugio y prisión de los desgraciados a los que la enfermedad devoraba literalmente: un dedo, una oreja, la punta de la nariz, como si un escultor desvariado se entretuviera en la maleable arcilla viva. La energía de aquellos seres sobrevivía su ausencia, como si el dolor se colgara de las ramas y se aferrara a los marcos de las puertas intentando quedarse pringoso, malsano. Hoy solo lo habitaban los viejos, enfermos y algunos desquiciados, como ese que se había acercado de pronto pidiendo dinero a los gritos, y al cual una empleada había ahuyentado arrojándole un vaso de agua. *Como a las gallinas*, le dijo Chico.

Catalina le pidió a Chico el teléfono móvil —había dejado el suyo en el campo—, y llamó a la hija de su primo, que recibió todas las perdigonadas. Le describió con detalles la falta de alimento, el

deterioro y el enojo doloroso que tenía el hombre al que la vida le había mostrado mejores caras, risas, cantos, mujeres y vino, como el vals. Hoy la música era otra.

—Telar de desdichas —le dice Catalina a Pilar al contarle el estado de su primo —, en manos de esas negras cursientas.

—Quizás sea lo mejor —intentó consolarla.

—¿Cómo va a estar bien lejos de sus cosas y de su casa? Se le murió la hija que había decidido que él estuviera internado allá para poder curarse ella, y el destino hizo todo lo contrario. Ella murió y él quedó.

A Pilar le causaban ciertos estremecimientos estas historias, pero ella no había tenido intimidad con esas primas. Las brechas del tiempo suelen ser insalvables, y se van perdiendo las ganas de construir los puentes. Solo con Eugenio había podido, y aún sufría su ausencia.

En cada conversación con Catalina aparecía la presencia del hombre que, como Peter Pan, no quiso crecer, y se hizo mayor de edad pero no desarrolló el potencial de ser padre. Quizás, piensa Pilar, en la casa de Catalina no había lugar para niños. Demasiados objetos, obstáculos para las manos infantiles, para el retozar natural de la infancia. La sabiduría insondable de la naturaleza.

Los ojos grandes de Eugenio, el humor incisivo y el tono exasperado cuando hablaba con su madre, eran el sello de aquel que se quedó en el nido. El error de quedarse demasiado en el lugar equivocado. Hubo varias mujeres en la vida de Eugenio, algunas por largos períodos, pero nada tan firme como para edificar una construcción propia. Sus pies estaban en el territorio de Catalina, que era hogar y cepo.

Eugenio amaba y detestaba por partes iguales el campo. En la última charla que habían tenido, Pilar se percató de que el campo era su refugio pero sin Catalina. Su madre lograba, con su acendrado autoritarismo, sin permitir demasiadas injerencias ajenas, que Eugenio detestara esos viajes cada vez que tenía que acompañarla.

Chico se lo había advertido, como supo Pilar, que si quería curarse debía irse de la casa de su madre. Pero el miedo y la vulnerabilidad de su estado, no se lo permitieron. Pilar lo vio en un ensamble perfecto, en una danza de dos, de gritos, de quejas, rezos y sacrificios. Sacrificio de Catalina esmerándose en cuidados, en detalles delicados, para alguien que no podía apreciarlos por un enojo que le venía de lejos, desde aquellos días en que se llevaron a su hermana. La casa que se llenó de confuso y penetrante dolor, de la espera perpetua de Celeste y él en medio, buscando entre oleadas de miedo ese coraje que ostentaba su madre. Catalina lo hacía presente con un cartel luminoso que anuncia el dolor, el espanto, pero detrás solo hay aire, cables y alambres tensando el cartel, manteniéndolo en alto para que nadie olvide. No el

sufrimiento, tortura y ausencia de Celeste, sino su dolor de madre.

Pilar sueña con la casa de pensión de su abuela, grande, blanca, el abrazo de un amigo, escaleras. En alguna parte, siente que ese lado del mundo, el de los sueños, es tan confuso, y sin embargo algunos fragmentos brillan, eternos o únicos. ¿De qué se alimenta el viento? De las cosas que se van. Aferrarse a los objetos y a las cosas materiales es comerse el pan del viento.

La despierta el canto de los pájaros. Es noche cerrada aún, y cantan. Qué imagen tan perfecta, tan fuerte, de esperanza. Ellos saben que la luz vendrá. Por eso cantan. *O quizás*, pensó Pilar, *el secreto sea cantar para que la luz aparezca*.

La noche siguiente tiene otro sueño. En este Ari la visitaba, estaba feliz y ella también. Él le regalaba un reloj con el vidrio oscuro: un reloj sin tiempo.

Hacía varios días que no hablaban por teléfono. Apenas reconoce la voz de Pilar, Catalina lanza una catarata de palabras enumerando todo lo que tiene que hacer.

La sobrina puede ver las letras, las frases subrayadas con el tono urgente, la necesidad de mencionar cada gesto, cada compra, la limpieza de la casa, los pagos… Llueve hace tantos días que eso impide que su tía viaje al campo.

—Pero todo está bien, tengo gente de confianza —explica, y cambiando de tema, le reprocha—: No fuiste al velorio de mi primo.

—Vos sabés que no tenía lazos con ellos, solo de muy chica los he visitado —se excusa.

—No había nadie —¿a quién se estará refiriendo como nadie, piensa Pilar?— al lado del cajón, mi prima Florcita y yo. Las negras culonas de las nietas iban y venían. Muy triste.

Mientras Catalina sigue hablando, ella recuerda a la prima que nombra, Florcita del Valle, el nombre que se les ocurrió ponerle. Una mujer hermosa, con una vida azarosa en dolores y un divorcio muy joven, pero que con un buen hombre al lado pudo enderezar el barco en un matrimonio largo y tranquilo. Alfredo la quería mucho, y la ayudó en esos avatares. Alguna vez tuvo un campo, pero lo vendió. Don Pancho, ácido y cruel, decía que en ese campo verían las luces rojas del burdel. Por entonces el divorcio era una mala palabra y sin embargo ¡cuánto dolor se hubieran ahorrado muchos separándose!

Cuando Pilar escucha que la respiración de su tía se ha calmado y

que la conversación puede ir por carriles normales, aprovecha para traer a colación el tema de la libreta.

—Estuve viendo la libreta que le diste a Chico, ¡es increíble lo que el abuelo Pancho anotaba allí! —exclama.

Ya está… La puerta de las maravillas se abre, y Catalina se transforma en el mago que saca su galera y *voilá*…

—Papá me la dio un día, se le ocurrió que le arreglara una biblioteca que tenía dos puertas de vidrio y los cajones pesados debajo, ¿te acordás?

Pilar se acuerda, claro que se acuerda. El olor de ese lugar, los ladrillones del piso, la caja fuerte, las fotos de los caballos con las patas en el aire llegando a la meta con el último aliento, lanzando espumarajos.

—Ese día —sigue Catalina—, papá me pidió que le arreglara sus papeles. Allí estaba la libreta. ¿Viste la primera anotación? Año 1919.

Pilar se da cuenta de que la charla no será entre ellas dos, que llegan del pasado los queridos muertos, tan vivos como pueden y quieren recordarlos.

—Son increíbles esas anotaciones —dice Pilar—. Al principio me pareció la letra de papá, hasta que por la fecha me di cuenta de que eran del abuelo Pancho. Los nombres de los caballos de pura sangre y esos dibujos de las patas de las gallinas…

—¡De los gallos! —corrige Catalina—. Les cortaban un dedo para diferenciarlos. Los gallos de riña.

Y mientras Catalina describe el círculo armado con maderas y recubierto de lonas pintadas de rojo, Pilar puede ver los ojos bravos, las patas en el aire, los picos carniceros y el plumerío entre los gritos infernales de los presentes, gritos de aliento, puños apretando los billetes, y entre el gentío, apiñado contra el cerco que semeja el aquelarre taurino, Pancho, un poco más atrás, tranquilo, con sus ojos que se parecen a los de su gallo, el Asil Calcuta, como apuntaría después en su libreta negra.

Él los había estudiado bien mientras los criaban y entrenaban. El gallo parecía apático y sin exteriorizar emociones cuando su preparador lo tenía sujeto antes de la pelea, acariciando sus alas, haciéndole el amague de soltarlo una y otra vez, hasta que esos ojos perlados y la cresta roja como carne viva se proyectaban en un salto de uñas y plumas en el aire, el espolón listo, giros y giros alrededor del rival, mareándolo, mientras el pico buscaba salvaje las zonas vulnerables.

En esos instantes frenéticos, Pancho y su gallo eran uno solo. El olor del triunfo.

Igual en la política, igual con sus hijos o con los gallos. Todo era

suyo, no quería ni podía perder.

Pilar se estremece. Todos estaban muertos, pero en el árbol familiar esos hechos saltaban en los genes y aparecían en una conversación trivial, alguna puja por objetos que en realidad manifestaban reclamos antiguos de amor negado.

De todos los recuerdos hilados por Catalina en esa conversación, ella prefiere quedarse con otro relato: el del nacimiento de Nacho. Como era diciembre, a los chicos los habían mandado a una de las piezas del fondo a armar un pesebre que venía en una revista y que había que pegar sobre cartón. Uno de los primos dijo que él había visto cruzar por arriba de la represa a la cigüeña, volando con la pata quebrada por el peso del bebé. Cuando al fin Nacho nace, en manos de la comadrona que asiste a Isabel, los llaman a todos los hermanos y se lo ponen un rato en la falda a cada uno.

Catalina sigue, como si hubiera obtenido un permiso especial dentro de su tragedia para ir hacia el pasado, y sonríe.

—Con Aurora, con Nacho, que era chiquito, y Pedro y Sara, y otros chicos que estaban en la casa, armamos una choza con arpillera y horcones. —Pilar conoce la historia por boca de Aurora, pero no tiene coraje para interrumpirla—. Robamos una gallina, le retorcimos el cogote y la pelamos. Enterramos las plumas para que no nos descubrieran. La hervimos en una olla, sobre fuego de ramas. Cuando estábamos entretenidos en eso, tu papá vino montado en un petiso alazán y con un lazo, lo revoleó en el aire, enganchó los horcones y nos volteó la casita sobre nuestras cabezas. Lloramos como locos y fuimos a acusarlo pero nadie le hizo nada. Y él se reía.

—¡Ah! —exclama Pilar recordando—: Quería preguntarte. El otro día, cuando me hablaste de tu primo en el geriátrico, me dijiste que estaba hecho un «telar de desdichas». Me sonaba esa frase. ¿Es de algún libro?

—Claro —le dice Catalina—, del *Martín Fierro*. Mi papá lo leía.

Cuando se despide, Pilar cree vislumbrar de dónde saca fuerzas Catalina para seguir viviendo. El pasado y los objetos la apuntalan. *¿El abuelo Pancho leyendo El* Martín Fierro*? ¡Vamos a ver perros cagar violines!*

Un día cualquiera uno se despierta y acomete las tareas que se ha propuesto, toma un café, ordena papeles o recuerda una película que vio por televisión. O quizás fue que lo escuchó en una película. Hay caballos, es un atardecer que va dorando el entorno, que espuma los límites de las cosas, en otras los resalta, y hay un hombre que va hacia

el corral y busca y grita: *¡Papá!*

Ese es el momento en que el corazón parece detener su paso, una milésima de tiempo en que se descubre, con un dolor pequeño que se agranda y arde, que uno ya no tiene a quien llamar así.

Pilar pensaba en ella y en Magdalena, a su hermana se le llenaba la boca cuando decía «mi papá». Chico, en cambio, nunca tuvo el privilegio, o la costumbre. Y está Catalina, cuyos oídos no escucharán más la palabra «mamá». *La vieja*, le decía Eugenio, pero en la intimidad, en los años anteriores al rayo que los partió, Celeste y Eugenio llenaban la casa con ese «mamá».

A veces sucede que se pronuncia y no hay nadie para escucharlo. Desencuentros, que le dicen.

Los pensamientos de Pilar giran en círculos como la cuchara en el café que iba a beber. Marzo avanza sólido en el enorme fulgor de las margaritas del jardín, en las cáscaras verdes y relucientes de las mandarinas. Si hubiera un color para ese mes, le pondría el amarillo. El estallido y la espera antes de la decadencia, de la lentitud de la savia, el dormir de la tierra.

Atardece en la casa que se había hecho familiar, y ella mira fotos viejas cuando suena el teléfono. Se alarma. Es medianoche allá…

Mientras la voz de Irina entra por sus oídos contándole de sus pacientes —porque se había hecho cargo de los que heredó de su padre y había sumado nuevos—, ella imagina la ladera sacudiéndose la última nevada y las flores apareciendo entre las piedras en el comienzo de la primavera, el consultorio de su hija, el olor a pasto quebrado por las botas toscas, la piel curtida de los lugareños, la ropa sencilla y las manos que se abren y aletean pesadas en el aire haciendo preguntas o disculpándose, ateridas y enojadas por lo inesperado. Esa avalancha de información, tan lejana a todo lo que estaba viviendo aquí, es como una invasión amorosa que la deja preocupada, queriendo saber. Cuando su mente iba a hacer lo que sabe, es decir, cerrarse, no absorber más datos, una frase como un cuchillo corta la tela tensa del cuadro.

—Conocí a alguien.

La frase basta para recordarle a Pilar que no solo lo que ella acomoda por estos días es importante, que la vida ha seguido, irrefrenable, en otros lugares. Siente la punzada de la culpa de no haber estado allí. Ser testigo. Ver pasar a los corredores y vivarlos. No lo había hecho, por lo menos, no en el último tiempo. Estaba corriendo su propia carrera.

La voz de su hija la trae aquí y ahora, en el preciso instante en que un corazón se abre a otro.

—Esperé un poco para contarte, hasta estar más segura.

Hacía tiempo que Pilar no sentía esa emoción, esa tibieza por dentro, como un trago de un buen vino que le calentara el ánimo.

—Es pintor. Artista. Como vos.

La palabra resuena en el corazón de Pilar, en ese punto amoroso afín a su hija. Siente, a pura intuición, que esto es bueno para Irina, tan sensata, tan responsable. Quizás este hombre le aporte la dosis de espíritu liviano, de volar. Quiere con todo su corazón que su hija vuele, con ese maldito afán de que ellos hagan lo que ella no hizo a esa edad. Y sin embargo, si hace memoria, puede pescar perlas en el pantano. Los años en la universidad, aunque inconclusos por estar inmersa en las pasiones, en el barro infernal de algunos amores, tenían recuerdos que la reconciliaban con ciertas etapas: una noche estrellada, un hombre que se demoró en el abrazo después de tomarla, el sonido de un poema recitado a los pies de la cama, un café batido y bebido mirando llover, mientras Ives Montand sonaba aguardentoso y sensual en los discos de pasta. Debía perdonar y perdonarse.

—¿Cómo se llama? —pregunta, para comenzar ese camino de conocimiento del hombre que abraza a su niñita, que la ama como a una mujer.

—François. Voy a escribirte o hablamos después, más temprano. Debo trabajar mañana, decime cómo van tus cosas.

—He encontrado tantas mentiras… —expresa Pilar.

Callan las dos, hasta que Irina le dice, convencida de sus palabras.

—Todos mentimos, mamá, de una u otra manera. Vos te mentiste mucho tiempo al lado de papá.

Pilar siente que el silencio en el teléfono la desnuda, como si alguien abriera la puerta del baño cuando se está en la más íntima de las acciones humanas.

—¿Qué quieres decir? —pregunta, porque conoce a su hija y sabe que espera que ella le abra la puerta.

Un océano en el medio y la voz que cruza y repara, conforta.

—Viviste la vida que papá quiso, pero creo que te mentiste a vos misma pensando que si lo acompañabas todo se iba a acomodar. Si estás allá es porque hay una parte tuya todavía por entender, por averiguar. Te extraño, mamá. Pero si vas a regresar a casa, es mejor que ates todos los hilos y te contestes todas las preguntas, por lo menos las que creas que son importantes.

Pilar está sorprendida. Esta Irina que le habla no es ya la joven tímida que medía todos sus pasos. El amor parece sacar de ella lo mejor. En una ráfaga pasa por su mente aquel tiempo en que, devastada por la muerte de Ari, su hija la cuidó como a una criatura desvalida.

—Tienes razón —le dice—. Debo buscar y recorrer algunos lugares,

encontrar las piezas y armar ese paisaje tan lejano pero que hoy, cuando converso con las tías, a veces se despeja y otras se oscurece. Otro día te cuento con más detalle. Hablame de vos. ¿Estás enamorada?

Irina contesta rápido, y segura:

—Sí, mucho. Es un ser muy hermoso.

Es fácil y sencillo escuchar los detalles sobre el hombre que ha entrado en la vida de su hija.

Se ríen juntas, y no se siente la distancia, los corazones de las dos están muy cerca. Se despiden, pero queda flotando en el aire todo lo compartido.

Pilar se queda pensando en las palabras de Irina. Es verdad que ella fue detrás del sueño de Ari. Pero eso no podía borrar los años que pasaron juntos. Busca en la cómoda su cuaderno, allí donde registra sus emociones:

> Mi bello, rústico y noble Ari. Mi pequeño león. ¿Morir por qué? ¿Por los ideales? Yo que aún conservo el olor de tu semen en mis dedos, que aunque pasen los años estará en mi memoria, que guardo en mi lengua el rizado y rubio vello de tu pubis cuando hundía mi boca en él, y mi aliento te hacía gemir y gritar de placer. Mi querido amante. Te regalé mis ojos para seguirte en las mañanas, cuando emprendías tu caminata hacia las montañas. Guardé el áspero frote de tu barba, la suavidad de la tela de tu camisa a cuadros, y sé que te llevabas la tersura de la seda de mi camisón en tus manos. En las noches primeras, antes de que nacieran los niños, cuando acurrucados vencíamos el miedo, no había pasos afuera, el lobo estaba muerto, ya no iba tras tu sangre después de beber la de tu abuelo y la de tus padres. Sudado, solías despertar y yo te abrazaba hasta que tu mirada extraviada encontraba un punto en la realidad de nuestra cama, nuestra casa, y se calmaba. Y un día tras otro se acomodaron en el almanaque, en los árboles del parque, en las casas de tus vecinos y pacientes, y en las líneas en el marco de la puerta de la cocina con las que marcabas la altura creciente de los mellizos. Los besos en la cara, el aleteo fugaz de sus manos infantiles, el viento fresco de sus pasos corriendo por la casa, y los libros, los aromas, la ropa de la escuela, juguetes, que fueron mudando hasta que se marcharon a la universidad. Ari querido, toda la casa para nosotros de nuevo. Disfruté esa mañana esplendorosa, recuerdo esa luz tan especial del otoño que iluminaba tu silueta. Aquel otoño. Y volvimos a descubrir nuestros cuerpos. Con pudor primero, luego te paseabas por la casa desnudo y me traías café a la cama, y tu sexo pendulaba entre tus piernas, una promesa entre el vello dorado. ¿Cuánto duró? ¿Por qué no pude verlo?

El leer su intimidad expuesta la sonroja. Mira hacia los costados,

como si alguien pudiera ver esas palabras escritas desde la pasión; el tiempo la ha tornado más pudorosa, y recostando la cabeza en el sillón, cierra los ojos y va hacia ese lugar, ese tiempo.

Ari llegaba de la consulta y bebía un cognac, y mientras ella preparaba la cena él veía la televisión. Pilar no sabía cuándo había empezado, solo las noticias, a las que ella no les prestaba atención: la vida diaria, un niño con una fractura, la panadera que dará a luz su quinto hijo. El farmacéutico, ese ser tan especial, con sus anteojos sin marco y su afición por la ópera, había aparecido colgado de un viejo castaño. Cuando Ari volvió de llenar todos esos papeles que solo decían hora, día, un permiso para ser enterrado, ella le preguntó una y otra vez:

—¿Por qué matarse así, estaba enfermo?

—De tristeza, supongo —le contestó él, apesadumbrado—. A veces, querida, uno descubre que la vida no es lo que solía ser, y cierta apatía comienza a invadirte.

—¿Eso te pasa a ti? Por la manera en que lo dices…

Hay cierto temor en las palabras de Pilar, temor a que Ari pueda contestarle que sí.

—No, no, son conjeturas, pedacitos que unimos sobre la vida de alguien, seguramente mentirosos.

—¿Por qué no tomó veneno, o pastillas, teniendo todo a mano en su botica? Podría haber preparado la poción perfecta y dormirse…

Ari sonríe y le dice:

—Esa es una visión muy femenina. Los hombres no morimos así.

Hoy, pasados tantos años, Pilar recorre con su memoria el momento y recuerda detalles, el aroma de la casa, el color de los ojos de Ari, pero no puede definir si entendió «los hombres morimos» o «los hombres no mueren» así. Morimos. Un plural que lo incluyó con anticipación en lo que sería la tragedia.

Aunque le explicaron, quizás con demasiados detalles, que la muerte había sido instantánea, por años tuvo el mismo sueño: entre la humareda, escombros, latas y chapas incandescentes, ella caminaba tratando de juntar todos los pedazos del cuerpo de Ari. Sabía, de algún modo, al despertar bañada en sudor viscoso, ese que nos brota por los poros cuando el terror pasa la frontera de la realidad, que había encontrado su cabeza, sus párpados abiertos recogiendo la última mirada. Su cabeza sola. Una de esas mañanas, deambulaba entre las horas del día esperando la noche para poder seguir buscando. Olía la tinta del tintero de vidrio verde, tocaba la lapicera quieta al costado del recetario, saltando de un objeto a otro, verificando qué se había llevado

en su magro equipaje. ¿Era porque iba a volver pronto, terminada su búsqueda, o porque sabía de alguna manera que sus días terminarían así? Como un héroe. Como una víctima, como Gabriel, León y Shoshana.

El mundo no había cambiado nada, no tuvo tiempo de mover la aguja, pero ya no estaba aquí. Una y otra vez, Pilar piensa que la diferencia la había hecho en el pequeño villorrio, en cada uno de los pacientes a los que había curado, confortado, ayudado a entender lo incomprensible. Ese fue su talento. Su vida había sido más valiosa que su muerte.

Su muerte. Un pantallazo en las noticias. Alguien le acercó la grabación. Una y otra vez miraba esa imagen: detrás de la humareda, de la gente que corría, de los heridos, aparecía su nombre y su cara. Su cara del pasaporte, su cara formal, no la que ella había recorrido con sus dedos, con sus besos, en la cueva antes de la partida, o en la cama con el abuelo muerto en la otra pieza, y ellos dándose vuelta la piel hasta que los cuerpos exudaban el amor brutal y tierno que se tenían.

Alterada, con ese enojo que la atravesaba de impotencia, Pilar añoraba la rotunda solidez de sus pasos, el sonido de su voz, las entonaciones que se perdían, y se desesperaba. Al principio, la escuchaba en el grabador, donde Ari había dictado artículos médicos. Lo ponía en su mesa de noche y cuando oía el «clac» de la tecla que saltaba dando fin a lo grabado, la volvía a apretar una y otra vez, con el cuerpo tenso y dolorido, los ojos secos de espiar en la oscuridad el milagro.

Si Ari solo le hubiera dejado una carta, un papel donde después de leer lo que fuera, después de incorporarlo a su ser, le pasaría la lengua, lo olería, rasparía con las uñas hasta levantar cada letra y tocar abajo el papel gastado por el frote, captar con el resto del amor que le quedó el verdadero pensamiento del que tomó la lapicera. La intención siempre estaba del otro lado de las letras.

Buscó esa carta, azotó los libros en el aire, no dejó un rincón sin revisar, el escritorio, bolsos, sobres… Como un ladrón, hundió un cuchillo en los almohadones del sillón que contenía a su marido en las horas de lectura.

Irina la salvó de ese revoltijo de plumas y telas tajeadas, loca de toda locura, desesperada por el vacío que le dejaba la ausencia. Su hija la rescató. La bañaba como a una criatura, le lavaba el cabello, porque ella se había alejado de los más elementales cuidados. Nada le importaba. Ya ni siquiera la idea del suicidio era tentadora: no quería reunirse con él en una macabra eternidad, lo quería de vuelta, vivo, locuaz, amante.

Noah, en cambio, hizo lo mejor que sabía hacer, se salvó a sí mismo, y eso, como madre, le daba paz.

Había sido tan egoísta, como si la muerte de Ari fuera solo de ella, como si Irina y Noah no hubieran quedado huérfanos. Se había apropiado de todo el dolor, como Catalina con Celeste.

Los hijos. Ese tremendo misterio. La sorprende su propia carcajada, corta, filosa. Ella también había sido hija, y quizás Alfredo y Sofía se habían hecho preguntas. Alfredo ya no estaba, y en cierta forma Sofía lo había acompañado con su mente.

Ari iba y venía en su memoria, pero no de ese modo; ya no negociaba con la angustia, esa que la torturaba en los primeros tiempos haciéndola tiritar, apretados los dientes, crispados los puños como en infantil berrinche, intentando con voluntad pura que todo volviera a ese instante en que Ari le dijo que se marchaba. Una película en reverso; lo hizo muchas veces. Desde el punto exacto en que arde el cielo en llamaradas y ominosa humareda, y los pedazos del automóvil que lo llevaba vuelan por los aires. Retroceder y hacerlo bajar, hermoso, su ropa rústica, su cara sonriente, los ojos rodeados de arruguitas, y sus manos, sus hermosas manos dispuestas a la ofrenda. Verlo junto al grupo de soldados haciendo planes, y antes, acomodando su precario equipaje en la habitación designada. Y seguir hacia atrás, la ruta al aeropuerto, el entorno febril, alerta, con el viento del desierto que trae voces, y subir al avión. ¿Qué pensamientos lo habitaron mientras volaba hacia su destino? ¿Estaba ella allí, con su carne y con su alma que compartieron tantos años? Nunca sabemos cómo existimos en el otro. ¿Y si solo recordaba la última vez, cuando ella llenó el aire de la casa con reclamos, con empecinado afán, para que él no hiciera lo que la sangre le pedía?

Conjeturas. Quizás Ari, por el intenso amor que se tenían, decidió no tomar en cuenta sus exabruptos, ser benévolo en su juicio y sopesar los vínculos que se habían formado año tras año de placentera compañía; entonces, en las horas de vuelo estuvieron unidos por el pensamiento y por la idea de que, cuando terminara esa misión dictada por sus ancestros, volvería a sus brazos. Nunca lo sabrá, pero puede elegir qué y cómo recordar, para que le ocasione menos sufrimiento.

Se levanta, sacudiéndose las telarañas de remembranzas. Se le ha destemplado el cuerpo en la quietud. El sol ya no calienta, la tarde se va rápido. Pone un chal sobre los hombros, abre las dos hojas de la ventana y aspira el aire. El viento lleva las hojas caídas, como una vieja costumbre. Allá en un rincón del parque, Ramón se afana con el

rastrillo, y más lejos las sierras se encarnan con los colores del atardecer. Siente el vacío. Todo parece en orden, con su ritmo, cada uno haciendo lo que tiene que hacer.

En ese preciso y precioso instante, la golpea una revelación: Irina y Noah tampoco tienen a quién decirle «papá».

Sin embargo, a ese pensamiento le suceden otros. Gratos.

Irina inaugura un amor, Noah es feliz, y ella… ella tiene a Rodolfo.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Las tardes con mamá

Cada vez que va a ver a su madre, Pilar debe templar su ánimo. La atmósfera de la casa le produce un decaimiento, un peso sobre los hombros.

Sofía viene por el pasillo, ese lugar por donde habían pasado tantos. Todas las puertas se abren hacia ese corredor oscuro, cada puerta una historia, una agonía, cada capa de pintura nueva no logra cubrir totalmente los sonidos, los sueños, los olores de la ropa, del aliento, de las madrugadas, perfume de manzanas pasadas en el sudor avinagrado y la acetona del miedo.

Pilar va por el pasillo rumbo al baño. El lugar no ha sufrido cambios importantes. A la derecha, el dormitorio de Sofía, la cama grande, el televisor enfrente; entra y se le aprieta la ternura cuando mira los estantes con libros, juguetes de peluche, muñecas, una en especial, negrita, con sus apretados rulos de plástico, argollas doradas en las orejas. En las paredes, las fotos: Sofía y su madre, Sofía y su hermano. Es la misma habitación donde murió su abuela. Vuelve a verla, tibia y rolliza, con el delantal y las manos llenas de harina. En un rincón, sobre una mesa pequeña, todos los santos: de yeso, en estampitas, cruzados de ramos secos de olivo cubiertos de polvo. El crucifijo en la pared, del que cuelgan algunos rosarios. Su madre reza por todos, hace cadenas de oración, pide por otros con esa generosidad de manos abiertas, que ahora traslada en las invocaciones.

La ve caminar delante de ella. Arrastra los pies, el talón no se despega del piso, solo se desliza, no tiene ni el agarre ni el juego vital punta-taco-punta. Le mira la espalda, la cadera engrosada, la suave piel de la nuca, y ve a su abuela, rotunda presencia eslava, ocupando un lugar tan importante en el espacio como en la vida de la familia. Y recuerda el sonido tartamudo del bastón de su abuelo y la sonrisa de zorro asustado, ojitos pícaros, que aguantaron hasta aquel momento en que decidió apurar el tiempo y acortar el sufrimiento. Y ve a Alfredo, su padre, caminando hacia el baño, girando la cabeza, el brillo del cristal de los anteojos que lanza un destello, las manos desesperadas que aferran el andador.

Por el pasillo vamos todos, piensa, *y a veces somos demasiados*.

Pilar busca a Sofía para llevarla a su casa. En el auto, sujeta con el cinturón de seguridad, tranquila, su madre devora con los ojos el paisaje que la inunda por el parabrisas o la ventanilla. Parques, el río, un edificio, son motivo de alegría rayana en lo infantil. Paladea cada cosa como un sommelier cata un vino. Han comido en una agradable paz, la señora que la acompaña es discreta y la ayuda en los menesteres íntimos. Están a los postres, su cara de niña disfruta del helado, y cuando Pilar le pide que se recueste un rato —hay un dormitorio en la planta baja—, elogia la cama grande y las sábanas con flores.

—Esto es un palacio —exclama mientras Pilar la ayuda a acostarse.

Entorna la puerta, la escucha gemir, un quejido, un suspiro de pena, y ella se recuesta en el sillón grande de la sala de estar, desde el que puede ver los árboles. La empleada ha salido un momento al parque. Está muy gris la siesta, Pilar lee un poco, el diario ya es viejo a esta hora. Escucha música, Chopin, y los pensamientos la atrapan. Piensa en Sofía, en sus días solitarios. *Lo extraño*, le dijo hace un rato mientras le mostraba fotos y veía pasar las imágenes frente a sus ojos. *Nos llevábamos bien, él no fumaba ni bebía.* Como una inmensa nube, el olvido le ha tomado la cabeza, un olvido que de alguna manera él ha inducido con sus relatos.

Pilar cierra los ojos y por un momento dormita. Escucha sus pasos, su presencia. Sofía se asoma y le dice:

—Dormí, dormí.

—No, está bien, solo descanso el cuerpo.

Entonces se sienta a su lado y conversan.

Pilar le hace lugar, se endereza, le toma las manos. Sofía habla con enojo de la mujer que la cuida, se molesta; ella la conforta y le comenta lo difícil que es encontrar alguien que la acompañe. Hablan de los hijos de Pilar, de sus vidas, del nieto de Magdalena que nacerá en enero.

—Cerca de tu cumpleaños —le dice Pilar.

—¿Llegaré? —la pregunta queda flotando entre los helechos.

—Por supuesto que sí —le responde la hija, y se apresura a preparar el té.

La tarde se llena de esos momentos, una confitura, la música, buscar los valses que Sofía le pide, no recuerda el nombre, solo le hace el gesto de tocar el violín. André Rieu. Mueve el cuerpo, las manos atrapan los años que se fueron, los traen, las rodillas duelen menos al compás de un vals. Después quiere escuchar al mejicano, al que adora, conoce algunas frases de las canciones y las deja salir sin vergüenza. Disfruta con sus ojos y su sonrisa que no tienen edad.

—A mí me gustaba mucho bailar, a tu papá no, no sabía.

De la casa de sus padres, de esa vieja caja de metal donde guardan

las fotos familiares, Pilar ha sacado algunas sin pedir permiso. ¿A quién debería pedirlo? ¿A Magdalena, la quisquillosa? Ya las pondrá de nuevo donde estaban; por ahora, las disfruta. O quizás las pegue en un hermoso álbum, para que su madre recorra su vida en imágenes. Antes de que se esfume todo.

Le muestra una foto de él, joven, vital, sano.

—Lo extraño mucho —dice Sofía.

—Lo sé —es lo único que se anima a contestarle mientras le toma las manos.

—Nos llevábamos bien, con nuestras cosas, claro, pero bien.

Me saco el sombrero, piensa Pilar mirando hacia arriba, suponiendo que arriba queda el cielo. Su padre aprovechó esos días donde, preso en su cuerpo y en la habitación, desplegó su seductora manera de infiltrarse, despacio, entre las neuronas apáticas, olvidadizas, en ese territorio en penumbras donde cada palabra con que él plantaba mínimos datos germinaba en frondosa evocación. Él era el héroe, alimentado desde el profundo y humilde lugar donde Sofía se situó toda su vida.

Le muestra otra foto grupal en la que ella, sentada en el suelo con las piernas recogidas hacia un costado, abraza el retrato de un poeta. Hay varias mujeres, muchos hombres también, sentados, parados, en el patio de la asociación que los reunía a ellos, los eslovenos.

—¿Me das helado?

—Pero si ya comiste…

—¿Cuándo?

—Hace un rato…

Y niega con la mirada, hasta que Pilar le muestra la mancha de helado en su blusa. Se ríe y le dice:

—Lo mismo dame otro poco.

Mientras come, sigue mirando la foto. El dedo torcido por la artrosis toca las caras.

—Los conozco a todos —dice, y a la hija le salta el corazón al escucharla—. Estos anteojos no me ayudan. Mi mamá —dice, y Pilar se prende a ese rostro terso de los ojos oscuros y grandes.

El dedo sigue, toca una cara redonda coronada por una trenza, sonrisas que el tiempo diluye, es difícil encontrar la expresión de los ojos porque la foto es muy vieja. Se detiene en una mujer rubia.

—Esta —recuerda de pronto— se llamaba Vera, y el padre vendía huevos en una bicicleta. Y a esta —se detiene un momento en el rostro delgado de una chica de peinado austero— la violó el padre.

Sus palabras tienen un filo triste, herrumbrado, recuerdo de una vida atravesada por ese dolor inconmensurable.

—¿Cómo? —pregunta Pilar, y quiere creer que es el desvarío de su mente envejecida.

—Sí —responde—, era renguita, se casó, el marido se dio cuenta enseguida, ella no tuvo más remedio que contarle la verdad.

Pilar piensa en la época donde la virginidad era un valor.

—Lo denunció —explica Sofía, firme y contundente en la evocación, y agrega—: La policía se lo llevó.

¿De qué rincón de su mente, ese túnel oscuro con destellos de nítida revelación, salió este suceso?

—Estos anteojos no me sirven de mucho —se disculpa por no seguir identificando esos rostros de gente muerta, que ella trae hasta el presente con un par de frases.

Pilar deja las fotos a un lado, el interés de su madre se esfuma en segundos.

—¿Tomamos otro té? —invita

Los simples gestos de hervir el agua, acomodar las tazas, animan la tarde. Mira las manos de su madre, las uñas arregladas, los nudos de las articulaciones, y piensa en todas las caricias y en la deuda que la vida tiene con ellas. O quizás no, ¿quién la ha erigido en justiciera? Nada puede cambiar, ni un gesto ni un detalle del pasado de Sofía, solo puede poner un poco de consuelo en su presente.

Repara en que Alfredo ya hizo su trabajo: le dibujó destellos de bonanza en el pedregoso camino que transitaban juntos. Ni una palabra del odio, la ira, la explosión que amenazó tantas veces destruir la casa hasta los cimientos. Ellos han ardido como teas, y han salido purificados del incendio.

Un día cualquiera, aprovechando el clima desapacible —llueve y el viento azota la siesta—, en la casa de su madre están arreglando el placard. Sofía da vueltas alrededor de Pilar, que saca prendas y las acomoda sobre la cama doblándolas con prolijidad. En un estante ve los paquetes, las toallitas para esas maldades y debilidades con las que el cuerpo nos sorprende.

Hablan de Alfredo.

—Él era bueno, no fumaba ni tomaba —repite Sofía—. Yo quiero soñarlo. —Mira a Pilar mientras expresa en voz alta su deseo. Desde que Alfredo murió que ella pide que se le aparezca en sueños.

—A la noche lo escucho, me llama: ¡Sofía, Sofía! Es su voz, como antes —explica.

Pilar le ha contado cómo lo soñó ella. Alfredo en un auto, en el asiento de atrás; lo llevaban y él la saludaba con la mano,

resplandeciente el rostro, sonriendo. De una manera puramente intuitiva, emocional, la hija le refiere a la madre su conclusión ante este sueño: *Creo que me avisó que estaba bien, que había llegado a su lugar, su alma estaba bien. Feliz.*

—¿Vos querés soñar con él? —le pregunta Pilar, mientras camina hacia el dormitorio de su padre.

Se estremece al abrir los cajones, pasa la mano por las camisetas, una bufanda, y encuentra lo que busca: las medias de color bordó. Su madre la ha seguido, y la observa sin comprender.

Vuelven a la habitación de Sofía. Le muestra los calcetines que trae en sus manos, y le dice:

—Vas a dormir con los pies calentitos, y vas a soñar con él.

Él es el hombre que ella extraña tanto.

Pilar ruega que su deseo se haga realidad, y los ojos de Sofía brillan esperanzados. Creyendo.

Dale, viejo, mostrate con ella, como lo hiciste conmigo, piensa alocada, fuera ya de todo raciocinio. *Mostrale que estás bien, en paz y libre. Que no te duele nada, ni el cuerpo ni el alma, viejito, hacelo de nuevo, hacela feliz.*

Sofía maneja mejor el miedo; un miedo que no puede avanzar en territorios devastados, caminos lisos, vidrios mojados, por donde los recuerdos se deslizan, se escurren sin tener a qué asirse antes de la destrucción. Pilar le acerca una palabra, un color; ha aprendido a llenar esos puntos suspensivos, esos espacios que se producen en cada conversación cuando Sofía intenta recordar. Ayudar a su madre a completar la desmemoria la obliga a transitar un lugar, a traer al presente su pasado.

La bruma que envuelve a la infancia comienza a disiparse. El pan huele a pan recién sacado del horno, el asco hacia el pescado comido en el barco hasta el hartazgo se hace más vívido, el sonido de las olas vuelve más auténtico, no real sino creado por una mente que se ha llenado de enormes agujeros en los que flotan las palabras que ya no serán pronunciadas. Pilar piensa, entonces, para qué el esfuerzo, el intenso desgaste de huesos, sangre y neuronas, puestos al servicio del trabajo de perseguir sueños imposibles. No hay respuesta, no puede haberla porque la pregunta está mal planteada. La vida es el misterio más profundo, sublime y miserable, la vida se concede. Y se va. Eso es todo.

Va a pasar unas horas con ella. El grito de alegría de la madre pega en los vidrios de la ventana y se le queda adentro, aunque solo haya visto su boca abierta y sus brazos en alto. Sofía corre a su encuentro y la abraza, y se ríe.

En la intimidad de la cocina, Pilar pone la pava, busca las tazas. *A vos te gusta el café*, insiste Sofía.

Pilar saca la galera del mago y hace que aparezcan las palomas, los pañuelos, las luces, los aros de colores y el tambor que redobla. Cómo redobla.

—Yo lo quise mucho. Él me quiso mucho —repite Sofía—. Él era muy bueno. Me siguió en la calle. Así lo conocí. Yo subí al colectivo y él también subió, aunque yo sabía que él no era de mi barrio. Después me enteré de que lo hizo porque quería saber dónde vivía yo… Él pidió que lo enterráramos bajo el algarrobo —acota abruptamente, como es su costumbre desde que la enfermedad le va ganando la mente—. ¿Cuántos años estuvimos juntos?

—Como setenta.

—Muchos, ¿no? —dice Sofía, y se ríe, y vuelve a cambiar de tema—. Él respiraba así —y hace el gesto: frunce la cara, abre la boca, estira el cuello y jadea cortito— y después no respiró más. Qué va a hacer: ¡a lo hecho pecho! —declara, y agrega—: A otra cosa, mariposa.

Pilar recuerda que poco después de morir Alfredo, Magdalena y Chico la habían llevado para hacer los trámites de la pensión y Magdalena le contó cuando volvieron que su madre, que siempre firmaba la libreta del colegio, con su nombre, la inicial de su apellido y después el «de» con el apellido de casada, los sorprendió: en los innumerables renglones en los que debía poner su firma, estampó, con total solvencia, con esa letra hermosa, un poco inclinada hacia la derecha, su nombre y su apellido de soltera.

—¡Mamá! —le dijo Magdalena, asombrada—. ¡Cambiaste la firma!

—Por supuesto —le contestó Sofía—. Ahora soy viuda.

A otra cosa, mariposa.

Pilar la llama por teléfono.

—¿Qué estás haciendo?

—Viendo televisión —contesta Sofía—. Para salir a caminar hay viento fuerte. Cocinar puedo.

—¿Saliste esta mañana?

—No… no me acuerdo.

—¿Y qué comieron?

—Qué comimos… ¿Qué comimos? —le grita a un interlocutor que

está cerca y completa su memoria, que rellena esos agujeros por donde se le escapan los recuerdos más cercanos—. Ravioles.

—¿Te pusiste las medias de papi, las bordó, para soñar con él?

—No —contesta. Su voz suena molesta, decidida—. Ahora pienso en mi mamá.

—¿En la abuela? —Pilar cambia el rumbo de la conversación—. ¿Y qué pensabas de tu mamá?

—En lo trabajadora que era. En que una vez, al almacén vinieron a comer esos, los de la posta…

—Los policías —le recuerda.

—Sí. Y comían gratis. Un día ella se cansó y los siguió, y le quitó la gorra al comisario y le dijo: hasta que no me paguen no te la devuelvo.

Brilla el recuerdo, como monedita nueva. Cuando Pilar se dispone a seguir con el tema, Sofía la sorprende:

—Ahora viene el día de la madre, y ¿sabés qué quiero? Pueden juntarse las dos, vos y Magdalena, un poquito cada una.

—¿Y qué es lo que te gustaría?

—Un vestido. Ya viene el calor. Crep georgette. Con estampado de flores.

—¿Un chemisier?

—No. Un vestido para salir. ¿Parezco muy caradura? —pregunta, y a Pilar le parece ver los ojos traviesos.

—No, mamá, es mejor así, si no, siempre terminamos regalándote toallas o sábanas.

—Gasa no, gasa no. Crep.

—Sí, mamá, crep con flores. Se usa.

—Te mando un abrazo grande.

Chico y Magdalena le han comprado un vestido, Pilar le lleva ropa interior.

—Mirá, mamá, son de tres colores —y le muestra las bombachas, una blanca, una marfil y una negra.

—Claro —dice Sofía—, porque estoy de luto.

¿Cómo se puede llevar luto en la bombacha? ¿Qué neurona lúcida se despierta y hace ciertas conexiones para expresar esa frase? Pilar piensa en una especie de duelo genital, erótico, en la ausencia de la carne que llena las cavidades, en la completud de ciertos actos perfectos y tan lejanos. *Estás peor que ella*, se reprocha por el dislate de su pensamiento.

A solas con su madre, en su dormitorio, buscando la ropa que Sofía iba a usar para las fiestas, sentadas en la cama grande, Pilar le

pregunta:

—Mamá, ¿cómo eras vos con los Montero, con la familia de papá? ¿Cómo te sentías?

Sofía gira la cabeza y toma la mano de su hija.

—Yo era un lunar. Eso, un lunar.

—¿Qué querés decir?

—Que ellos eran distintos.

La llama por teléfono antes de que se vaya a dormir. El anochecer es ventoso, y Pilar le cuenta, a propósito del viento que sopla fuerte en el techo de la casa, de madera y chapa, que le recuerda las películas de vaqueros que le gustaban tanto a ella y a su abuelo esloveno. Dos películas, a veces tres, en el cine Cervantes o el Ópera.

—Hasta que salíamos con olor a pólvora en la ropa —le dice riendo, y agrega, por esa extraña sensación de volver a ser niña que la invade, por el profundo deseo de que ella vuelva a ser la que era—: Hay mucho viento, silba entre las chapas, y la verdad, viejita, me da un poco de miedo.

Sofía le contesta, muy suelta de cuerpo:

—Por eso te digo que deberías buscarte un compañero.

—¿Voy a una Unidad Básica?

—Digo, deberías casarte de nuevo, así no tendrías miedo en estas noches feas.

—Bueno, tampoco son tantos los días de viento, ¿no?

—Y si no, te venís a dormir a casa.

Cortina de tiritas de ternura que caen cuando cuelga el teléfono.

Están mirando fotografías; las de la caja de metal en la casa de sus padres, que a Pilar la atrae tanto.

La foto estaba bien abajo, junto a las pelusas y pedacitos de otras fotos que no resistieron el tiempo y se rompieron. La saca y se la muestra a Sofía.

—¿Sabés qué es esto? —le pregunta señalando al grupo de hombres y mujeres en un patio de tierra apisonada, en el medio, las maderas haciendo frontera de un lado y del otro, y las esferas en el suelo.

—Claro —dice Sofía—, la cancha de bochas. Y esa es mi mamá. La conozco por el delantal.

La mujer de vientre prominente, agrandado por el delantal, sonríe a la cámara. La trenza le hace marco al rostro redondo.

Después, Pilar toma su computadora, y le muestra más fotografías.

Sofía se sorprende.

—¿Cómo tenés todas esas fotos ahí?

—Son las mismas que te puse en el álbum que te regalé.

—¿Qué álbum? ¿Dónde está?

Pilar busca en el placard, en la baulera, como cuando se recuerda una prenda en especial y se vacían cajones y armarios hasta encontrarla.

—¡Aquí está! —grita victoriosa la hija, y la madre ríe contenta al ver el regalo primorosamente envuelto en un delicado papel.

Se sienta a su lado, y el dedo torcido por la enfermedad y el trabajo arduo señala, nombra, caras, emociones, gente amada que quedó en el paisito verde, amigas, momentos, sus padres, su hermano. De pronto, se detiene en una imagen, parece una inauguración, la de un templo, están todos subidos a un palco de madera, Pilar ve el trajecito sastre y las piernas de las que siempre se ufanaba, zapatos de tacón, medias finas y el pelo en ondas cayendo en cascada. Sofía se le acerca al oído, y susurra lo que guardó setenta años:

—El cura, al despedirme, me dijo despacito: «*Después de las seis, estoy solo*».

Una cachetada a la inocencia, y seguir viviendo con esa herida en su ingenuo corazón. Y escuchar la misa en un banco, bien atrás, para poder salir más rápido. Culpable de llevar esas palabras en sus oídos. No hubo nada más que eso, pero quedó como una espina clavada en la confianza.

Pilar piensa en las barreras que caen cuando ya no hay filtro, permisos de la mente que ya no tiene miedo. Y se alegra de estar aquí, de que ella busque su apoyo y saque esos clavos herrumbrados de su memoria frágil, huidiza y selectiva. De disfrutar de esa sonrisa pícara, cuando le dice:

—¡Todavía me debe estar esperando ese viejo!

Celebran el poder decir, el poder compartir, que nada se quede oculto, tan oculto que deba esperar toda una vida para ver la luz.

El recuerdo de su madre, como un vertiginoso pase de magia, lleva a Pilar a otro tiempo, allá por sus diecisiete, y a otro sacerdote, el que les enseñaba religión en el colegio. Nariz grande, fumador empedernido; la sedujo con sus ojos o rozando sus manos mientras le marcaba la página del libro, y ella fue un par de veces a su casa, al lado de la parroquia. Unos besos sobre un sofá, y el ojo largo por si venían esas mujeres que lo alimentaban y le lavaban la ropa con celo extremo. Sus manos le apretaron los pechos por sobre la blusa. Era un hombre grande, cincuenta años, o quizás menos. Se desilusionó pronto. El olor del cigarrillo en su aliento verdoso de tomar mate, el hecho de que

estuviera vestido de civil, lo puso en un lugar por debajo de donde lo tenía con la sotana o con el atuendo ceremonial al dar la misa.

Pero él era el adulto. Asesinos de la inocencia.

Como una puerta que se abre y deja entrar un viento hediondo, se ve, más atrás, diez o doce años, cruzar la calle hacia la peluquería de enfrente, la del gallego, el que tenía una hermana que cantaba en el patio con una bonita voz. El sillón grande, el espejo y la mesa de patas altas con un estante bajo, donde las revistas eran su tentación. Se ve en el reflejo del cristal, agachada en cuclillas buscando esos deleites para leer, y el hombre que se le acerca por detrás y con sus dos manos en sus pechos, botones apenas bajo la blusa, los aprieta como si la ayudara a levantarse. *¿Encontraste lo que buscabas?,* le pregunta y en el espejo los anteojos ocultaban la intención, la distorsionaban, el brillo de su cabeza pelada, las manos como garras.

No cruzó nunca más.

A nadie le llamó la atención. Asesinos de la inocencia.

—¿Puedo tener novio? —pregunta Sofía, alterando la condición racional del diálogo inicial y sacándola de remembranzas inútiles.

Crispada, con una tremenda sensación de orfandad y abandono, Pilar levanta la voz y le pregunta:

—¿Quién soy yo, y cómo me llamo?

Sofía la mira como si fuera la otra la que parece haber perdido el juicio, y le contesta con tono sobrador:

—Pilar, sos Pilar, mi hija mayor.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

La hija mayor

La hija mayor. Qué tremendo peso, pensó Pilar. Qué gran cagada de la naturaleza, ser la hija mayor. ¿Se habrá dado cuenta Magdalena de que no era la segunda sino la tercera, si el niño hubiera vivido? El orden en los nacimientos tiene un significado, aunque lo descubramos cuando somos grandes. ¿Se contestan algunos interrogantes con este conocimiento? Ojalá. Hablaría con ella, pronto. Se debían una larga conversación.

Llama a su hermana por teléfono. Esa tarde Magdalena puede.

—¿En tu casa? —pregunta la más chica.

—Sí, tomamos un café y conversamos un poco.

Se habían cruzado varias veces en esa especie de cambios de guardia, mientras vivían sus respectivas vidas y miraban cómo la de su madre se esfumaba en rutinas, en los pasos elementales, los eufemismos, las frases repetidas: ¿fue al baño?, ¿se bañó?, ¿vino la peluquera?, y verificar los rulos rubios, el olor a perfume subiendo desde los suaves pliegues del cuello de Sofía.

La más chica, piensa Pilar. Todo lo que eso significa. Doce años de ser ella la única, y que apareciera en su vida lo que en los primeros tiempos fue juguete y luego carga para su infantil espalda. Si alguna vez lo verbalizó, su madre la superó sin quererlo, por lo menos de manera consciente, cuando decía: *«A los ocho años yo llevaba mi casa»*. Celebrar como una hazaña el final abrupto y torpe de la infancia, cercenada por el trabajo. O quizás solo lo contaba como algo natural.

Cuando llegue Magdalena, espera poder compartir estas cosas que ella se va enterando en las conversaciones con su madre. Como lo que le dijo la última vez. Pronunció un nombre: señorita Amuchástegui. *«Era mi maestra de segundo grado, le faltaba el brazo* —dijo mientras hacía señas como cortando por encima del codo—*, un accidente, lo había sacado por la ventanilla. Esa señorita le pidió a mi mamá que me dejara seguir en la escuela, que ella me llevaría y me traería de regreso. Vivíamos cerca de las canteras, donde los paisanos y mi papá picaban piedras. Mi mamá había puesto un comedor donde cocinaba para todos».*

Ante el pedido de la maestra, la madre de Sofía había respondido:

«No, tiene que ayudarme a servir las mesas». Ahí terminó la educación. La niña ya había aprendido a leer y escribir, era suficiente. Cuando conoció a Alfredo cosía, bordaba y tenía su virginidad para el altar. Era suficiente. Eso, y su lealtad sumisa.

Tanto por hablar. ¿Por dónde comenzar, con una hermana, cuando las veces que se han visto en treinta años, o las cartas y los correos electrónicos, han sido tan escasos? Pilar sabe que no hay culpas en esto, Magdalena ocupó el lugar que la vida quiso, no le quitó nada, aunque en aquellos días de la infancia la sintió como una intrusa. Hoy sabe que de una u otra forma, Alfredo solo podía mirarse a sí mismo, y a sus circunstancias. El mundo es como uno lo percibe. La más chica, la menor, tantos rótulos, y ese padre que aprovechó cada hendija de vulnerabilidad para meterse y ocupar todos los lugares.

El poder inconmensurable de los locos. Porque rendirle pleitesía fue costumbre, y hábito, y todo el entorno bailó su música, contrariado, sin poder despegarse de la telaraña. Pilar se dice si no era cruel su razonamiento, pero en realidad, cada uno de los integrantes había sido funcional a los otros. No juzgar era lo más difícil, sobre todo cuando uno es una víctima más. O un depredador. Papeles que se eligieron en esa obra que ahora debe airearse, dejar que entre la luz, para que el final sea diferente. Se reprocha poner expectativa en este encuentro con su hermana. Es mejor dejar que todo suceda, como debe ser.

Magdalena llega un poco agitada, nerviosa. Aun así, Pilar percibe que su actitud, la manera de sentarse en el sillón, adelantando el torso y cruzando las piernas, es la de una mujer que todavía está en una etapa vital. Sensual o sexual. Después de la segunda taza de té y de una generosa porción de torta, como si ese cuerpo necesitara el regocijo celular que otorgan los dulces, la recompensa —*no debería*, dijo mientras su lengua recorría el borde de sus labios donde el azúcar ha dejado huella—, bebe un poco más, limpia la boca con la servilleta y saca de la cartera el paquete de cigarrillos.

—¿Me das uno? —dice Pilar alargando la mano y Magdalena le acerca el atado sin disimular su sorpresa.

—Creí que lo habías dejado hace años.

—Sí, pero hoy quiero fumar.

Solo en ese instante el silencio hará nido entre las dos, mientras el humo sube y las rodea.

Después, con un ruido de cadenas herrumbradas que se sueltan con estrépito para que la compuerta se abra, el dique cede y las palabras salen a borbotones.

¿Te acordás?

Y aparece una imagen, luego otra, pueden regodearse en ellas.

Los vestidos largos que Sofía les había hecho a Celeste y a Magdalena para ir a bailar a un club nocturno. Fue después de una fiesta familiar, las chicas habían querido salir y Pilar, sola esa noche, las escoltó. Las dos tenían sus novios en ese momento, pero el manual de las buenas costumbres ordenaba ese cuidado. Y la época que se vivía. Los años setenta fueron ruptura, pero también violencia, la política no quedaba fuera de la vida social.

—¡Me hacían sentir vieja al ponerme de chaperona! —dice Pilar, y se ríen, la risa roza la tetera, los platos con masas finas que la invitada disfruta como una criatura golosa.

—¡Vos nos parecías tan experimentada! Conociendo cosas, haciendo cosas que nosotras ni soñábamos —confiesa Magdalena.

—Mejor así —dice Pilar—. Me adelanté a una época, fui pionera de dolores y quebrantos, y creo que mientras más el viejo me golpeaba, más rebelde me hacía.

Se ensombrece la cara de Pilar, como si una nube cruzara el parque. Suelta el recuerdo, y se sirve café.

¿Cómo se sigue? Los bautismos, los cumpleaños, los partos y tantos otros eventos en los que no estuvo, a partir de una sola decisión: seguir a Ari. El costo de las elecciones.

—Lo que sucede —dice Pilar—, es que si en el momento que decidimos, supiéramos… Aunque creo que si me hubieran dicho lo que pasaría, habría hecho lo mismo. ¿Seríamos las personas que somos hoy, sin nuestras decisiones?

—Es muy complicado para mí, verlo de esa forma —contesta Magdalena—. Yo creo que habría querido otra vida, más mía, más relajada, tanto trabajo, criar a las chicas, ¡y Federico, que nunca fue una mansa paloma!

—¡Pero estabas enamorada cuando te ibas a casar!

—Creo que sí, o por lo menos pensaba que eso era amor. Te vas acostumbrando, y los días se suman, colegios, dentista, los primeros bailes, van creciendo… Yo fui —dice encendiendo otro cigarrillo— la que juntaba las pulseras de aniversario. ¡Por algo las llaman esclavas!

—¿Qué te despertó? —pregunta Pilar, aunque sabe que se puede encontrar con la misma mirada de sus tías; su hermana es desconfiada, recela, se mide.

Sin embargo, Magdalena se abre. Se la ve relajada, se sirve café y como si estuviera cómoda, la mira y dice:

—Vos. Siempre intenté seguir la senda correcta, la que marcaba Dios, papi… Creo que el orden está invertido —advierte con una risa

corta, ronca—, porque, supongo que a nivel inconsciente, veía que a vos te iba muy mal con la rebeldía. Mis días eran iguales, y se preveía una vejez, no sé si como la de mami, pero un futuro cortado por la misma tijera. Federico me maltrataba, dejándome en un lugar gris, como si todos los logros fueran suyos, como si el trabajo de la casa y con los hijos fuera trivial. Las chicas veían ese comportamiento, y cuando empezaron a salir, y entablar relaciones con muchachos, temí que sufrieran lo mismo. Por suerte, las tres son muy independientes, como si hubieran elegido otro modelo; pero cada tanto de algún problema me entero, somos confidentes y lo vamos sorteando. Creo que el miedo no me dejaba actuar.

—¿Miedo a qué? ¿Te levantó la mano alguna vez?

Magdalena mira el parque, la tarde se está yendo, han hablado tanto y siente que todavía queda mucho, pero este es un buen comienzo. En el alma, una emoción nueva, de amparo, de respaldo con su hermana.

—No es solo eso, es la violencia en el trato, ese hacerme sentir que no valía nada, que si él no traía el pan, nos moríamos de hambre.

—¿Y el diploma, no has trabajado acaso?

—Eso intento hacer ahora, creo que no es tarde pero por muchos años me dejé convencer, porque acá éramos dos, de que yo debía estar en casa.

Pilar tiene un recuerdo de Sofía contándole sobre una mujer, y se lo brinda a Magdalena.

—¿Sabías que la mami tuvo una clienta a la que le hacía la ropa, que estaba tan satisfecha por el trabajo que le ofreció poner una boutique para que ella fuera su modista? Solo le pedía que le hiciera los moldes, que otras empleadas iban a coser. Y el viejo dijo que no. Su respuesta en realidad fue: *Mi mujer no trabaja fuera de casa.* ¡Ridículo, si se piensa todo lo que cosía mamá por las noches!

—¡Ves! —le dice Magdalena—, ¡vos viviste cosas que yo no recuerdo, porque era muy chica!

—Pero en algún lugar ese registro debe estar, porque repetiste algunos esquemas —la voz de Pilar suena molesta, y cuando se da cuenta, confiesa—: Mi enojo no es con vos, es conmigo. Todos hemos jugado un papel, Magda —y le achica el nombre inaugurando otro tiempo, otro modo de comunicarse, de quererse.

Y por fin, se anima a preguntar:

—¿Me vas a contar por fin lo del otro? Me cuesta creer que Federico sea homosexual, sobre todo después de lo que me fuiste diciendo. La vida no tiene límites para sorprenderme. Hasta pensé que mejor que el viejo esté muerto… Imaginate su cara, al enterarse.

Pilar frena su lengua. Intuye que la ha dejado ir muy lejos. La cara

de su hermana expresa humillación, asombro.

—¡No sé si reírme o enojarme porque pensaste que Federico era gay, o porque ni siquiera contemplaste la posibilidad de que fuera yo la que tuviera un amante!

Pilar solo atina a manotear el atado de cigarrillos y encender uno; el humo puede disimular un poco su semblante consternado. Es verdad, su juicio fue apresurado, pero partió de la base de que su hermana jamás haría nada fuera de la ley. Un error tras otro.

Tan callada, tan compuesta, con ese aire a la abuela Isabel, torciendo apenas la boca ante alguna circunstancia desagradable o fuera de tono, Magda, la de los tonos pastel y la casa impecable, tenía una aventura. El impulso la domina y se levanta, y abraza a su hermana desde atrás y le da un beso en la cabeza.

—¡Perdón, por favor! ¡Hablá, me muero de ganas de saber, de escucharte!

Magdalena disfruta el abrazo, y cuando Pilar acerca el sillón al suyo y se sienta, mirándola a los ojos le dice:

—Fue sin pensar. Mariano… mi dentista, se había separado no hacía mucho tiempo. Él es un poco menor que yo y nos contábamos muchas cosas, dentro de la posibilidad que te da tener la boca abierta —dice, riendo y más compuesta—. Cuando pasó lo que pasó, primero por supuesto le eché la culpa a él, que andaba probando cosas nuevas, hasta que entendí que yo también había puesto lo mío: cómo me preocupaba por la ropa que me pondría en cada ocasión, el perfume, o quedarme un poco más de tiempo en el consultorio, qué sé yo, señales que le debo haber puesto en el camino. Era inocente, hasta ese día en que no solo me dijo que tenía lindas piernas, sino que me dio un beso entre esos olores de pastas y desinfectantes. ¡La sorpresa fue lo que yo sentí! Todos esos años siendo la mejor, burreando con la casa, con la cocina, y nunca alcanzaba para un elogio, para reconocerme.

Pilar siente que quiere decirle tantas cosas, que cuando estuvo con Marta, la cuidadora de Alfredo, ella le contó de esa costumbre de su padre de no mirar ni elogiar los logros ajenos, como si de esa manera pudiera manejar mejor los hilos, las circunstancias, el control de los mínimos, para ser él el máximo.

—¿Y te animaste a abrir la puerta?

Pilar ha apoyado la mano en la pierna de Magdalena, que siente en el calor que transmite la intimidad estrenada.

—Sí.

—¿Y? ¡Me tenés en ascuas! —protesta ansiosa Pilar.

—Supongo que me convertí en mentirosa de la noche a la mañana. Salidas, dentista, compras, qué sé yo, inventando excusas para verlo.

Descubrir a la mujer que yo no conocía, o que estaba dormida.

—¿Con orgasmos incluidos? —lanza la pregunta Pilar sintiendo que se desbarranca, pero que su hermana no lo va a tomar a mal.

—¡No me lo creerías, pero tengo la sensación de haber estado anestesiada todos estos años! Yo me casé enamorada de Federico, pero con el tiempo todo se fue diluyendo, haciendo mis días iguales, responsable de todo menos de mí misma.

—¿Te descubrió?

La complicidad es una nube que las envuelve como la noche al parque. Son jóvenes de nuevo, como en aquellos días donde el romance, el amor o los desatinos ocupaban su vida, tiñendo las horas de un color que hoy se revive nostálgico, distinto. Mujeres maduras, resucitando.

—No hizo falta, mi alegría me delató. Era demasiado, y él supo que no era por su entusiasmo ni su apoyo. Creo que le duele más su cáscara de macho alfa, que el hecho de que me haya acostado con otro. Por supuesto, usó todo el arsenal, desde llamarme puta, inservible, nunca fuiste nada, nunca serás nada sin mí. Por ahora, me estoy parando en mis pies. Las chicas… bueno, es el padre y son apegadas, pero creo que en el fondo se sienten aliviadas.

Se miran. Una luz distinta las alumbra hoy. La del descubrirse hermanadas no solo por la sangre, sino por las vivencias.

Pilar alguna vez quiso la vida de Magdalena, y en parte, con Ari logró cierta paz, pero hoy siente que no todo fue dicho en ese largo matrimonio. Su hermana emuló a Sofía tratando de no romper las reglas, porque había visto el resultado de la rebeldía en los golpes y enojos de Alfredo.

A la vuelta del camino, hoy se encuentran en sus parecidos, en sus diferencias; ya no hay quien mire, quien juzgue, quien señale con el dedo.

—El ojo de Dios —dice Pilar, y ante la extrañeza de Magdalena por la frase, le explica—: En el catecismo, había un dibujo de un triángulo y adentro un ojo. Ese ojo que vigilaba, sin cuerpo, sin brazos ni manos para tocar, un solo ojo, no entiendo por qué, era monstruoso, lejano, midiendo los actos, los pecados, las caídas. El corazón sangrante de Jesús en la pieza de la abuela Isabel, en el campo, ¿te acordás?, me daba una profunda pena, y eso nos cargaba de culpas porque ella decía que era por nosotros, por portarnos mal. Ya no hay nadie, Magdalena, nadie que pueda juzgarnos.

Se levantan las dos y, abrazadas, sienten el llanto que sube y lo dejan, se dejan, es tan necesario. Cuando pasa, cuando enjugan las lágrimas, hablan.

—¿Necesitás algo? ¿Dinero? ¿Dónde vas a vivir? —se atropella la mayor.

—No, tengo todo bastante controlado. Federico no es tonto, sabe que sé muchas cosas, no le conviene pelearse. Estamos negociando, él se ha ido a un departamento arriba del estudio, el que usaba para sus aventuras, que yo tragué y no miré cuidando la compostura, la familia. Me quedé en casa, veremos cómo se arregla lo monetario. Estoy trabajando, llevo y traigo expedientes como una principiante, pero me gusta, me mantiene alerta, ocupada. Tengo la posibilidad de encarar un negocio con unas amigas. Una casa de té. Habrá que aprovechar mis conocimientos, tantas tortas, masas, y cosas ricas, ¡que ahora me paguen por eso!

Se ríen como si recién salieran del agua del tanque, en el campo, encrespada la piel y los ojos rojos, con toda la vida por delante.

Pensó en su madre. No tenía noticias desde hacía dos días, en los que se había dado una tregua para estar sola. Sofía cambia, el deterioro se hace más evidente, y había tenido un episodio de ira: le había levantado la mano a su cuidadora con insultos gruesos. A ella la llamaron después para contarle, y Chico, que parecía encargarse de todo, ya había conseguido una reemplazante.

Pilar, al enterarse de estos ataques de furia de su madre, con una conducta ajena a su modo de ser, sugirió una visita a su médico.

—Quizás —le dijo a Chico—, puede haber otras pastillas, otro tratamiento.

El mismo médico que atendía a Alfredo es ahora el de Sofía. A veces, piensa Pilar, es como una revancha de su madre captar toda la atención y tener las cosas que había tenido su marido. Solo que el tiempo no le jugaba a su favor. El tiempo que Alfredo había tomado de la vida de Chico, y en menor medida, de la de Magdalena y la de Pilar, ya no estaba disponible para dilapidarlo en el altar del amor filial.

Ni bien llegó a la Argentina, Pilar se dio cuenta de cómo funcionaba el esquema de la familia. Siempre había un hombre para sacar las castañas del fuego, tratando de no chamuscarse los dedos. La tarea no era fácil. Chico cumplía con los deberes que, antes de que lo postrara la enfermedad, habían sido de Alfredo. Era el administrador perfecto de los bienes y de las emociones. El ávido lector se había convertido en filósofo y distribuía los tiempos entre el campo y la ciudad, donde dormía en la casa de los padres de Pilar. Archivaba papeles en carpetas, iba al contador, al supermercado, al banco, conseguía los medicamentos de Sofía y llevaba adelante todo el andamiaje de los

sueldos, desde las cuidadoras de la anciana hasta el del encargado, el peón que se ocupaba con él del campo.

Magdalena hacía una visita semanal para ver a su madre y organizaba su ropa, o alguna ida al médico, ayudando a su primo a sostener ese delicado mecanismo que Alfredo había pergeñado y que Chico seguía con matices propios.

Cuando Pilar llega a la casa de su madre y con la joven que la asiste los fines de semana preparan el té, todo parece normal.

Mientras toman el té, Sofía en la cabecera, ensimismada en pescar con la cuchara un pedazo de pan que se lleva a la boca con fruición, a Pilar se le representa su abuelo, el padre de Sofía, con el mismo gesto, el pan lleno de líquido y las gotas que corrían a un costado de la boca, costumbres de viejo alivianando el masticar.

—¿Sabés lo que me dijo cuando llegué? —le cuenta Pilar a Chico, señalando con la barbilla a su madre—. Que me tenía que poner a dieta.

Chico acompaña la risa y agrega de pronto, encrespado:

—Sí, la mujer se fue por ese motivo. Se había servido un plato más de comida.

Pilar nota su enojo contenido.

—Vos —dice Chico, y se dirige a Sofía, en una familiaridad ganada en años—, vos la echaste. Le dijiste «negra de mierda». No hay empleada que dure. Esta es la última que te busco.

Sofía, con la cuchara en alto en viaje a la boca, responde:

—No me acuerdo.

—Sí que te acordás. La insultaste y la pobre mujer se tuvo que ir.

Sofía traga, y en los ojos claritos una mirada zorruna desmiente el *«lo lamento»* con el que termina el tema. Pilar le susurra a su primo:

—Creo que de verdad no se acuerda.

Chico resopla y contesta:

—Sí que sabe. Se hace la loca.

Sofía parece concentrada en su alimento, el ceño fruncido, una niña vieja. Y Pilar percibe que entre los pliegues de su cara, detrás de la afable sonrisa hay engañosos abismos de pleitos, de revanchas, a los que asomarse cuesta caro. Y ella piensa que no tiene ganas de pagar ese precio. Por primera vez desde que Alfredo murió, siente una peligrosa y entumecida indiferencia. O quizás sea el miedo a confrontar con la inquietante cara de la vejez, la ajena y la propia.

Sofía tiene una luz interior que atraviesa capa tras capa de su ajada piel, de la grasa que recubre las caderas y el vientre, de los pechos que

se proyectan hacia afuera y hacia las axilas. Hay un fuego en ella, cuando no engaña con su perfil de muerta, que la hace peligrosamente viva, una tremenda vieja que quiere vivir. Aquella que le hablaba a Alfredo diciéndole que no había que temer, que al final un día todos tendríamos que morirnos para dejar lugar a los que vendrían atrás. En esas ocasiones, Alfredo temblaba incontinente, con el desasosiego de un terror al que no podía darle nombre. No era la muerte, era dejar de ser, no podía entender el mundo sin él, sin su presencia. Sofía alegaba que ella estaba lista, y que no temía morir. Sin embargo, cada día que pasa se reafirma en sus células ávidas, sus rodillas cansadas, sus manos donde las uñas lucen arregladas, filosas. Uñas que aún pueden tomar su parte del botín, aún pueden pelear para seguir.

Pilar recuerda cuando murió Eugenio, el graznido de Catalina diciendo: *Eugenio, pronto me voy con vos.* Palabras genuinas de un momento terrible. Hoy, pasados unos meses, Catalina le dice: *Aumenté un kilo, estoy mejor, voy en trepada.* No es lo mismo subir que ir en trepada, agarrando cada rama, cada piedra, cada saliente de las rocas. Quizás la promesa de reunirse con su hijo pueda esperar un poco. ¡Tiene tanto para hacer! Una vez en la semana poner en marcha la camioneta, el auto, las motos de Eugenio, pagar y pagar impuestos, de los vehículos, de la cochera, y está esperando para ir al campo. *«Tanto por hacer, Pilar…»*, le dice en el teléfono. Demasiado ocupada para morir.

Cada uno se aferra como puede. Pero Catalina está lúcida, con coraje para seguir. Sofía, en cambio, tiene todas las conexiones de sus neuronas colapsadas, agujeros por donde se caen a puñados los recuerdos. A veces, alguno logra emerger y se delata con un brillo en la mirada, pero se apaga casi al nacer. Sofía parece guardar un secreto, como una venganza impensada en irse despacio a los lugares privados, pero de vez en cuando hace su número y después de la tropelía enarbola su olvido como una bandera blanca, no de rendición sino de lucha sorda, extraña.

Pilar piensa que nadie quiere irse de este mundo de mierda, de carne que se arruga, que cae, que no deja de anhelar la caricia que nos haga olvidar que somos ese ser en retirada, y soñamos todavía con un beso que cambie la sangre y encienda luces en las venas y nos deje ciegos de amor. Esa loca esperanza que viene cuando alguien se nos acerca con la intención de tocarnos, esa esperanza que mantiene encendida la llama.

Pero el primo de Alfredo, luego de la muerte de su hija, se entregó en el geriátrico. Lo volteó su propia cosecha, la realidad del odio enconado de su mujer, una sombra vieja para escuchar solo el bramido de su desprecio, de su dolor, enquistada bolsa purulenta en pellejo de

carne que alguna vez fue bella, que bailó flamenco sobre una mesa una noche de Navidad. Pilar lo tiene en la memoria, antes de la pelea entre Alfredo y su padre. Si los dos contrincantes, los que se trenzaron esa noche navideña ante los ojos atónitos y asustados de los niños y la complicidad incómoda de los grandes, estaban muertos, ¿qué quedaba de todo eso? El dolor se desvanece y queda solo la imagen, las palabras que ya no tienen peso, los rostros que se diluyen en el tiempo, recuerdos estériles. Sin embargo, los más bizarros todavía encienden pequeños fuegos, que deben alimentar con otros recuerdos. Canibalismo de la memoria. Con eso se llenan los agujeros del amor.

Pilar sabe que todos los participantes de esta gran opereta van haciendo mutis por el foro de una manera a veces cruel, a veces discreta. Se están yendo, y ella no ha terminado de contestarse las preguntas. Recuerda lo que le dijo Magdalena: que su madre, a la noche, gritaba «mamá, papá»; quizás esas eran las respuestas, un grito de ayuda, de pedido de amor, tan largo como la vida.

Quiere que Sofía tenga nuevos recuerdos, generarle nuevos recuerdos. Los que tiene están tan manoseados, gastados o mentirosos; la memoria miente, cambia las cosas de lugar o deja otras estáticas, duras como lápidas, doliendo todo el tiempo. La única salida es hacer nuevos lazos entre las neuronas hartas, sacudir el hoy hasta que caigan pequeñas, baratas o preciosas, las moneditas recién acuñadas. Es la única salida cuando el pasado nos muerde la nuca y no da tregua. Vivir hasta el último instante con los ojos abiertos.

Solo presente.

Antes de irse Pilar, quedan de acuerdo para la cita con el médico de Sofía.

Esa tarde húmeda, con una llovizna pertinaz y molesta, se juntan los tres con Sofía en el consultorio. Magdalena parece contrariada, el ceño fruncido, las manos nerviosas; se sienta al lado de la cuidadora, una mujer joven, callada, que observa el ir y venir de los pacientes en el atestado lugar. Pilar se le acerca y le susurra al oído:

—¿Qué te pasa?

—Esta mañana fui a tribunales a firmar los papeles del divorcio.

Otra vez, Pilar siente que no es el lugar para conversar. Sofía está sentada, mueve los pies, inquieta, no le gusta, pregunta por Chico, y Pilar le dice que está estacionando el auto. Le hace una seña a Magdalena, y se disculpan:

—Ya volvemos, mamá, vamos hasta afuera a fumar, te quedás un momento con ella —dice la menor, señalando a la empleada.

La joven asiente. No hace mucho que está trabajando en la casa y se va acostumbrando a no contradecir a la anciana, que murmura extravagancias, o repite lo mismo, o no recuerda lo que acaban de hacer o de comer. Todo se borra al cabo de unos minutos de la mente de Sofía.

En la vereda, una ambulancia recoge a un anciano que se descompuso en la sala. Lo cargan, y las puertas del vehículo abiertas dejan ver a un paramédico y una de las hijas, supone Pilar, al lado del enfermo. La hija es una mujer grande, como ellas, y el anciano, que levanta un brazo delgado, los dedos como finas ramas torcidas, le recuerda a su propio padre y se le estruja el estómago.

Magdalena fuma y Chico la secunda.

—Creí que lo habías dejado —le comenta Pilar.

—Yo también creí —dice Chico exhalando con fuerza el humo en la llovizna.— ¿Qué vamos a hacer si el médico nos dice que ya no se puede manejar en casa esto?

Esto. El andamiaje erigido con empleadas que no duran, la ira o los dislates de Sofía tirando manotazos, o echando con violencia a quien quiera lavarla o darle sus pastillas.

—¿Un geriátrico? ¿Y quién va a tomar la decisión? —Magdalena llena de preguntas el aire.

—Nosotras, con Chico. No es fácil, pero hay que saber cuándo desistir. Vamos adentro, ya debe estar por tocarle el turno.

Su madre espía hacia afuera, se la nota contrariada, quiere irse a casa. El médico se asoma y vocea su nombre. Con dificultad, la llevan hasta la puerta del consultorio.

—Ella sola, después ustedes —dice el galeno, el mismo que asistía a Alfredo.

Los tres quedan parados, mirando la puerta que se cierra. Unos minutos después se abre, los hace pasar poniendo el cuerpo a un lado, para ir luego a sentarse tras su escritorio. Sofía esta frente a él.

—Es hora de ponerla en un hogar. Va muy para atrás, solo les traerá desasosiego, no podrán vivir ustedes, no es justo, hay buenos lugares, necesitan vacaciones.

—Sí —dice Sofía, y mirando a Chico, aplaude y exclama—: ¡Nos vamos al campo!

Chico apoya la cabeza contra la puerta, los ojos rojos, Magdalena estrangula un sollozo que le sube por la garganta y Pilar siente ese temblor allá abajo, en el lugar donde el espasmo se hace miedo.

Cuando, sola en su casa, piensa en lo vivido, otra vez siente deseos de llamar a Rodolfo para compartir su dolor y sus dudas. Pero sabe, porque él le ha contado, que sus padres murieron cuando él era

jovencito y con pocos meses de diferencia.

La longevidad es una gran carga, se dice. Cuando uno está bien, es grato, pero no es lo común. Lo usual es este calvario, con Alfredo fue de internaciones y de perpetua vigilia y desasosiego. Sofía tiene menos achaques del cuerpo, pero su mente es una tela vieja cribada por las polillas infames.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

No se metan en mis cosas

—Era él, te lo juro, era el viejo hablando por su boca. A través de ella. ¿O no recuerdan lo del timbre? —dijo Pilar.

—No vas a empezar de nuevo con eso —protestó Magdalena—, esto es el carácter de ella, es jodida, y no hay manera de torcerla.

—Se verá —dijo Chico—, no podemos llevarla a la fuerza.

Los tres están en la vereda de la casa de Sofía, Chico iba a llevar a Magdalena a su casa.

Las cosas no son como empiezan, sino como terminan. Los tres, en distintos momentos del día, habían pronunciado esa frase. La que decía siempre Alfredo.

Se despiden. Chico dice:

—Haré hasta donde pueda.

Y Magdalena agrega:

—Hoy es así, mañana se verá.

Mientras conduce hacia su casa, Pilar reconstruye lo que ha ocurrido.

El médico personal de Sofía, para aliviarles la sensación de culpa, había prescripto que su paciente debía ser llevada a un hogar. Una palabra contradictoria porque Sofía ya tenía hogar, el propio, aunque no podía seguir allí. Las caídas recurrentes, el cuerpo que se negaba a las más elementales funciones, la cantidad de pastillas que debía ingerir, los cambios en las cuidadoras, sus olvidos, y el hecho de que le era muy dificultoso caminar, hacían que la decisión de llevarla a un «ancianato» —porque no era otra cosa—, fuera irreversible. En los últimos meses, la pendiente por la que se deslizaba su madre se había hecho más notoria, un retroceso que llenaba de tristeza a todos. La ausencia de Alfredo, el gran conversador, el que manejaba los hilos de la casa y de la vida de su mujer entre otras, se hacía evidente. La viuda languidecía, o tenía algún acceso de furia contra la mujer que la cuidaba. Los filtros, las capas de impostura social se iban haciendo más borrosos, una sutil venganza después de años de usarlos obligada por sus circunstancias.

Juntos hicieron la visita al lugar, una casona blanca y antigua en el medio de un parque, Chico y Pilar llegaron primero, ella miraba los árboles añosos, escuchaba los pájaros, y pensaba que eso era un

atenuante a tan inhóspita decisión.

La encargada del hogar comenzó a explicarles cómo era un día allí, mientras Pilar pensaba qué difícil era envejecer con la mente perdida, los recuerdos desparramados, inconexos, como las pelusas del diente de león al soplarlas. Alfredo, en cambio, había conservado hasta el último instante su lucidez, solo la agonía lo durmió, y cruzó la frontera sin sentirlo. Como todos rogaban.

Magdalena llegó en ese momento y manifestó su disgusto.

—Esto me enoja —exclamó, y Pilar, haciendo eco de lo que pensaba ella y seguramente Chico, le contestó:

—Nadie está por gusto aquí, pero hay cosas que son necesarias y hay que atravesarlas.

Pilar pensó que todo lo hablado con su hermana aquella tarde en que la confidencia se dejó estar entre ellas, no había dejado rastros. O quizás era esta situación de mierda, tan de mierda, lo que parecía desbaratar lo logrado.

Cruzaron el parque, agosto se demoraba en las hojas secas, pero un vibrante verde aparecía en las puntas del fresno y del plátano, el viento arremolinaba restos del invierno y las loras gritaban bien arriba, en los pinos viejos. *Quizás ella pueda ser feliz aquí*, pensó, *el sonido es igual al del campo*.

—Hay más verde, más luz que en su casa. Se ampliará su paisaje, que es solo ir de su cuarto al baño o a la cocina —terminó el pensamiento en voz alta.

Su hermana fruncía el ceño, y Chico, ocupado como siempre en los detalles, miraba el tamaño de la pieza que le asignaban a su tía, devenida en madre por decisión de ambos. Los tres tenían el mismo dolor en las tripas. Todos los argumentos de Magdalena, sobre que las personas debían morir en su casa, y en su cama, se caían ante una realidad que los superaba. Pilar le había dicho, ante esta postura de su hermana: *No es adonde morir, sino cómo vivir*.

La casa de sus padres se había ido adaptando a las condiciones físicas de sus dueños y todavía estaba la silla de ruedas de Alfredo detrás de unos muebles, como un recordatorio de lo que el tiempo, el deterioro, pueden hacerle a un cuerpo. El baño estaba lleno de objetos que levantaban la altura de los sanitarios, semejantes a los asientos de una nave espacial. Chico se rió cuando su prima hizo el comentario, imaginando la nave y que pudieran eyectarse de la misma.

Pero Chico estaba cansado. Sus estudios, una mirada profunda sobre sí mismo, sus circunstancias, y el hecho de *andar noviando*, como le había dicho Sofía, eran actividades que le requerían una energía que ya no tenía para el cuidado de la anciana. *Noviando, así me dijo*, les contó

él a las primas. La anciana, a pesar de su mente frágil, con su memoria emocional había captado que este hijo que le dio la vida andaba enamorado. *Lo han boleado grande al charabón*, habían dicho las tías Catalina y Aurora, molestas porque Chico ya no estaba dispuesto incondicionalmente a sus pedidos. Quizás habían pensado que la sempiterna soltería de su sobrino les sería siempre funcional, y ahora las sorprendía.

Pilar sentía nostalgia por sus hijos. Necesitaba a sus hijos.

Magdalena todavía juntaba los pedazos de su vida pasada con Federico, y el trabajo y los nietos mitigaban sus avatares.

Todos estos motivos, más la orden médica, los empujaron a recorrer lugares cuyos nombres aludían a un poético tiempo: Refugio otoñal, Mi descanso, y otros por el estilo.

No era sencillo dar este paso, pero cada uno sabía que no podía tomar el cuidado de Sofía; hasta Chico, que atendía todo lo económico y doméstico entre el campo y la ciudad, estaba dando un paso al costado. Quizás, como les había dicho Pilar, su madre recibía los restos de la atención, Alfredo los había extenuado, sacándoles una energía que hoy no parecía que estuvieran tan dispuestos a entregar.

—No es egoísmo —les dijo Pilar cuando salían del lugar elegido—, nosotros tenemos una vida, y las fuerzas para cuidarla no son suficientes aunque tengamos la mejor voluntad.

Magdalena fumaba, todavía estaban en la vereda, el parque a sus espaldas y la avenida tumultuosa enfrente.

—Es silencioso adentro pero la pieza me parece demasiado chica —dijo luego de arrojar el humo por su boca con fuerza.

—Es solo para dormir, por la noche y a la siesta, el resto del día tienen actividades, mucho más de lo que hace en su casa —agregó Pilar.

—Vamos hasta mi casa —dijo Magdalena—, tomamos un café y hablamos.

Cuando llegaron, Pilar pensó que a pesar de los años la casa estaba igual a como la recordaba. Esa pasión por las galerías, por las columnas, la madera y las plantas. Enredaderas y jazmines. Aún no habían decidido con Federico si la vendían. Él ya estaba en pareja; las malas lenguas decían que era una relación vieja, o porque fuera verdad, o para tapar un poco el hecho de que la infiel había sido su esposa. Pilar pensó que su hermana había sido muy valiente.

Hoy, el asunto de mayor importancia era Sofía.

Todos los argumentos se barajaron mientras hervía el agua y la

hermana más chica preparaba la mesa para una merienda.

—¿Alcanza el dinero? —preguntó Magdalena mirando a Chico.

Él administraba los bienes después de la muerte de Alfredo, con el consentimiento de todos; solo era seguir con lo que venía haciendo mientras su tío vivía.

—Alcanza.

Magdalena advirtió:

—Muchos empleados, entra y sale gente todo el tiempo, hay que tener cuidado.

—¿Con qué? —preguntó Pilar.

—Con sus cosas de oro, hay que sacarle los anillos, los aros —dijo Magdalena.

Pilar quedó con la taza en alto, como si el tiempo se congelara. Creyó ver en los ojos de su hermana el brillo de los de su tía cuidando los miles de objetos de su casa, y todo se le mezcló en la mente, pasado y presente, lo que supo de la familia de Ari, el tío Vicktor, el gueto de Varsovia, los trenes llenos de judíos temblando, las montañas de zapatos, de anteojos, de alhajas… Sin reflexionar, exclamó:

—¿Y si mamá tiene una muela o diente de oro, se los arrancás con una pinza antes de llevarla?

—Es para que no se los roben… —protestó Magdalena, pero Pilar, aun entendiendo el argumento, lo sentía como un despojo.

Estaban en carne viva, y una chispa podía provocar un gran incendio.

Al fin, se habían despedido poniendo una fecha al traslado de Sofía, a quien le iban a decir que era para rehabilitar sus piernas.

Confiaban en que la palabra de Chico bastaría para convencerla. Y en la nebulosa en que su cabeza flotaba, pescando de vez en cuando alguna piedrita con la tonalidad de algo vivido y hundido en el saco sin fondo de la memoria, quizás el nuevo lugar pasara a formar parte del presente y borrara lo que todavía conservaba sobre su casa. Unos días atrás, caminando con su cuidadora hacia el baño, se detuvo en la entrada de una de las habitaciones, donde, cuando llegaba a la ciudad, dormía Chico, y dijo. *No sabía que tenía esta pieza*. Cuando Pilar lo comentó a los demás, agregó: *Quizás sea providencial ese olvido, y ayude a que se acostumbre en el hogar.*

Todavía le costaba decir esa palabra. El «hogar». Parecía una burla. Aunque era agradable, no pudo dejar de ver a los que allí moraban. Caminando con andadores, algunos en su habitación, acostados frente a un televisor, otro en una silla de ruedas, el brazo con la aguja recibiendo un suero… A pesar de que le decían que alguien tocaba la guitarra los lunes, y los ejercicios de fisioterapia de los otros días, y el

pintar y dibujar —y hasta peluquería, si lo deseaban—, no era fácil digerirlo.

Se tomaron una semana. Magdalena fue una tarde a organizar la ropa de su madre, ver que estuviera limpia, revisar los medicamentos y preparar la valija.

Ese día se hablaron por teléfono en la mañana. Chico la llevaría con la acompañante que tenía en su casa desde los lunes hasta el viernes, una alegre mujer de mediana edad que la cuidaba con esmero. Pero no era suficiente. Los fines de semana eran un desasosiego constante. Cambiaban los rostros, probaban empleadas, pero Sofía se veía desmejorada, y sus caídas eran frecuentes. Por fortuna, nunca se había fracturado ningún hueso. *Una eslovena dura*, decía de sí misma.

O con mucha suerte, acotaron otros.

Así las cosas, el momento llegó. Magdalena iría desde su casa, cercana al ancianato, y Pilar desde la suya.

La noche fue difícil, se desveló, anduvo dando vueltas por la casa. Tomó un té mirando la oscuridad del jardín, y se encontró orando, pidiendo a su padre, a Alfredo, que los guiara, que pusiera luz en su criterio para hacer lo que fuera mejor para Sofía. *Lo correcto y perfecto*, había dicho Chico. ¿Cómo saber qué era lo correcto y perfecto?

¿A quién le pedía?, se interrogó Pilar ante la segunda taza de té, resignada a no dormir. No iba a repetir el gesto, como aquella otra noche en que buscando respuestas sobre la salud de Eugenio, abrió la Biblia en cualquier parte como hacía su padre. La avergonzaba haber cruzado la ciudad dormida, y en la casa de Catalina, gastar todo su lápiz labial en la piedra alrededor del marco de la puerta para que el Ángel de la Muerte pasara de largo. No había sido así. Eugenio murió, a pesar de su infantil pero sincero gesto.

¿Pensaba que Alfredo la escucharía? ¿Dónde estaba su padre? Buscó su computadora y conectó un canal de películas musicales. Los valses vieneses llenaron la cocina, subieron por la escalera, se asomaron a las ventanas, movieron las cortinas y le hicieron brotar las lágrimas. Los compases marciales, los trajes y las luces de los salones, los bailarines, pasaban ante sus ojos nublados de llanto. Lo vio bailando en sus quince años, en su casamiento con Ismael, en fiestas familiares, dos o tres compases, Alfredo era más de escuchar que de bailar, la pose era para la foto, pero esta música lo había acompañado en sus últimos meses. Y era ella la que confortaba trayendo los compases que alegraban el alma del viejo.

Aumentó el volumen. El vals del Emperador. Se levantó de la silla y bailó alrededor de la mesa. Todo parecía disolverse con la música, los años violentos, los golpes, el maltrato que recibió y que, a su vez,

propinó a Ismael, infringiendo las reglas. Con Ari se había redimido, y de ese modo, el perdón pudo llegar a su corazón.

Con la música, esa que trajo sosiego al alma torturada por vaya a saber qué fantasmas y pesadillas, Alfredo se había unido a Pilar, sin necesidad de explicar demasiado. La música que lo hacía sentirse joven y viril, la de la oscuridad del cine donde un hombre, era un hombre.

Era posible que convocara a su alma, sabiendo que era una situación absurda, tanto como la vida misma.

Cuando su cuerpo y su mente se saturaron de notas, y de compases, cerró la computadora, apagó las luces y se fue a la cama.

El pedido estaba hecho.

Acordaron encontrarse a las cinco de la tarde. El día se le fue en acomodar papeles, y en escribir un poco. Necesitaba hacerlo. Recordó los ojos de su padre, esa mirada terrible, que fulguraba desde el punto más lejano, como la cabeza de un alfiler que asomaba al herir y no se retiraba a primera sangre, cuando decía:

—Si yo no estoy, ¿quién va a cuidar de ella? —Y miraba a su mujer, pero haciendo un omnipotente círculo con la mano en el aire, agregaba —: De todos ustedes.

«Todos» involucraba a sus hijas, ya mujeres bien grandes, a Chico y a su cuidadora, Marta, quien sonreía, y le decía:

—No se preocupe por nosotros, descanse usted tranquilo, don Alfredo.

—¡Descansar, no saben lo que quisiera descansar!

Llega más temprano que los otros. Toca el timbre, y el portón de reja se corre en silencio. Recorre los metros que la llevan hacia la oficina, un espacio vidriado al final del parque; le cuesta mirar la casa a su izquierda. El pasto está seco y la pileta de natación, cubierta por una lona gruesa sucia de polvo, es un cuadro deprimente. O ella lo percibe así. La supervisora se levanta de la silla tras el escritorio y se apura a abrirle la puerta. Pilar le pide un vaso de agua.

Cuando se lo trae bebe unos tragos, siente la garganta seca.

—Esto no es fácil —dice, y lamenta de inmediato caer en un lugar común. Cuántos se habrían sentado allí a contar sus cuitas, en el intento de sentir menos culpa ante el hecho de dejar al ser querido entre extraños.

—Entiendo cómo se siente —dice la mujer—, yo tuve que poner a mis abuelos en un hogar, sacándolos de su casa a ochocientos kilómetros de aquí. Mi madre estaba como usted y como sus hermanos, ya no tenían paz.

Pilar no explica que Chico es su primo, no es el momento. Piensa que la mujer tiene razón, es eso, el desasosiego más el hecho de que Sofía es infeliz. ¿Cómo se da felicidad a alguien cercano a los noventa años, con la mente carcomida por las termitas de la enfermedad?

En el escritorio contiguo, otra mujer cuenta dinero. Los fantasmas que acosaban a Pilar vuelven: ancianos encerrados, golpeados, dopados. Aleja los estúpidos pensamientos, le han explicado que pueden venir a la hora que quieran, que el lugar es abierto para tranquilidad de los familiares.

Toma otro sorbo de agua.

El repicar del teléfono interrumpe la conversación. La encargada escucha y su cara va cambiando de expresión.

—Sí, ella está aquí —dice, y le pasa el teléfono—. El señor Montero.

Chico la saluda y le explica que no hay manera de sacar a Sofía de su casa. Que no ha creído lo de la terapia física. Que mejor, vaya ella para allá.

Las mujeres de la residencia se miran entre ellas cuando Pilar se disculpa:

—No quiere venir. Y no la vamos a traer a la fuerza.

—Por supuesto —dicen—, que venga primero a ver. A conocer.

Cuando se despide y sale, la vieja casona está silenciosa. Si hubiera escuchado voces, alguna risa, estaría más tranquila. Solo los pájaros pían bajo el sol.

No mira para atrás.

Mientras conduce hacia la casa de sus padres, piensa en lo extraño de lo que sucede. Suponía que sería sencillo para Sofía, y más difícil para ellos.

Llega, estaciona y cuando golpea la puerta, el corazón le retumba como su puño contra el vidrio. La cuidadora le abre y se encoge de hombros, en un gesto inequívoco de *qué le vamos a hacer*.

En la cocina, Magdalena y Chico toman mate. Sofía está sentada en su silla, con los ojos cerrados. Tiene las cejas pintadas a lápiz, largas, artificiales, como una actriz de cine de los años cuarenta.

Pilar saluda y le dice, cuando su madre la mira:

—Nos dejaste esperando, al fisioterapeuta, a la gente de la casa, un lugar con parque, para tomar sol y conversar…

La interrumpe la frase, dura:

—Vos también estabas con ellos, entonces. Confabulados.

Pilar se sienta enfrente de su madre, le toma las manos, ella las retira.

—Me querían llevar sin avisarme a un geriátrico, yo no me muevo de mi casa. ¡Esta es mi casa! —dice, con énfasis en el posesivo.

Pilar interroga a los otros con los ojos; nunca habían pronunciado esa palabra, geriátrico.

—Las cosas no son como empiezan, sino como terminan… —les dice, recordando una frase de Alfredo.

Chico se ríe de los nervios, y explica disculpándose:

—¡Acabo de decirle eso mismo a ella! —y señala a Magdalena, que enarbola el discurso de nuevo.

—¡Era un lugar para que te hicieran caminar!

—Sí —dice Pilar—, si no, vas a terminar toda endurecida…

Sofía la mira, y los ojos y la voz producen escalofríos:

—De mi casa no me voy, y les retiro mi cariño a los tres.

Pilar, chica, niña, retada, murmura:

—¿Y cómo hay que hacer para que nos quieras de nuevo?

Ella está segura, aunque digan que está loca, que es su padre el que habla por boca de Sofía, que cortando el aire con el filo de la mano, ordena:

—No se metan en mis cosas.

En los días siguientes, Sofía vuelve a sus confusiones, a la maraña de imágenes, a la lengua apretada contra los dientes mientras los ojos giran incrédulos y luego vacíos, intentando pescar las esquivas palabras.

Su cuidadora le cuenta a Pilar que la señora habla otra vez de su esposo, tema que parecía haber olvidado.

Por las noches produce un gemido largo, como un niño exhausto de pedir por su madre o como el balido de un cabrito. Sofía atraviesa páramos sin nombre, que nadie podía ni siquiera imaginar. Cuando emerge, y si le preguntan, suele decir que lo ha visto.

¿A quién?

A él, dice con tono exasperado.

¿A Alfredo, su marido?, le preguntan, y el rostro de la anciana se relaja un poco.

¿Ha soñado con él? ¿Le hablaba? Su acompañante trata de guiar el recuerdo que resbala tras los ojos de Sofía.

Quiero que me toque.

La frase suena en el teléfono, y atraviesa a Pilar como un balazo en la frente.

—¿Eso dijo mi mamá? —inquiere incrédula a la que se lo contaba.

—Sí, y me lo repitió varias veces.

Atravesada por la pena, se descubre rogando que su madre encuentre, entre los cráteres del bombardeo, un instante en que Alfredo

la hubiera contentado. O quizás la soledad era inaguantable, y Sofía claudicaba añorando lo que siempre quiso: un amor de novela.

Las cajas de bombones, las películas, los paseos tomada de su brazo, los besos a hurtadillas, los ojos de tantos siguiéndolos, espiando cualquier atisbo de ardor: eso estaba vívido en su memoria. Los recuerdos que había plantado Alfredo en un acto de defensa, de amor, o de infantil anhelo de inmortalizar su imagen. La singularidad de los detalles, que cobran importancia porque no va a haber otros. No hay recuerdos neonatos esperando para ser vividos.

La tarde pinta de amarillo los vidrios esmerilados de la cocina, esas dos ventanas pequeñas sobre la mesada. Si uno se sienta en determinado lugar, lo enceguece un rayo que ilumina el mantel de hule. Pilar tiene una fugaz remembranza: la masa transparente para el strudel, ese exquisito postre. Su madre se embadurnaba las manos con manteca y las metía por debajo de la fina masa como trabajando una tela delicada, como los vestidos que cosía, y sus dedos se movían suaves, estirando, hasta que toda la mesa quedaba cubierta, y arriba caían las rebanadas de manzana y los arabescos de miel y de manteca derretida.

Días felices, de algún modo previsibles. El calor del horno, el olor de las manzanas, venían de tan lejos, desde el otro lado de los mares, buceando las recetas, las costumbres, hasta los gestos repetidos en la sangre de las mujeres partidas en dos por el exilio, las guerras, los amores desencantados. Porque si miraba, piensa Pilar, como debe verse a quienes nos precedieron, el amor les había sido esquivo, arisco, una vislumbre de romance inventado por sus corazones ávidos, por historias que viajaban de pueblo en pueblo, leyendas de ardiente candor.

Su abuela no amó a su esposo, eso dio vueltas por la familia sin desovillarse del todo hasta después de su muerte. Su nieta mayor, Pilar, lo supo. Cometió el error de dudar. Quizás por ser la preferida de su abuelo, por esos momentos que hicieron de su infancia un lugar más amable con el cine, las revistas, los helados, cada gusto que su abuelo le había dado, o porque él era esmirriado, con el pecho hundido, la nariz y los ojos del zorro, ella dudó.

Su abuela se hamacaba una tarde, mirando por la ventana de su dormitorio, y girando apenas la cabeza cuando la vio entrar, dijo:

—Leopoldo tiene otra.

—¡Abuela!

La palabra enfática llevaba consigo la desaprobación. Y como tantas otras veces, cimentado el prejuicio de que en esa pareja ella era la fuerte y él la víctima, no se la tomó en cuenta. Está grabado a fuego en

la mente de Pilar ese día en que, al salir del colegio, fue a la casa de hospedaje para pasar la tarde y volver luego a su casa con las manos cortadas por las manijas de las bolsas llenas de víveres. Costumbres de la abuela, para ayudar a la economía exangüe de Alfredo. El hecho había sucedido un rato antes de su llegada. La abuela, con el coraje que le daba el alcohol y la fuerza que tenía por naturaleza, le había atizado en la cabeza a su marido con el flit, esa maquinita con tamborcito y bombeador que lanzaba una nubecita dulzona cuando las habitaciones se oscurecían para atrapar el fresco de la mañana. Un viejo de expresión lastimera con la frente partida. Sangre oscura en la camisa a cuadros. Un viejo y una jovencita, entrando a la guardia del hospital. Volvieron, él con un parche en cruz cubriendo la afrenta, ella enojada con la mujer que se la había infringido.

—¡Pobre abuelo!

Y pasó la muerte, y se llevó todo. A la abuela, al supuesto engaño, y dejó al viejo solo con su hija, Sofía, y con el yerno que no lo soportaba; Alfredo se enloquecía con el ruido del bastón, de la pierna rígida, del jarro de lata pegando contra la mesada cuando su suegro hacía su desayuno. Los mismos sonidos que él repetiría en el pasillo, con el andador y con su pertinaz insomnio, en su vejez de triste rabia tensa.

Sofía duerme la siesta, y Pilar aprovecha y recorre la casa. La galería cubierta con el toldo, con el asador al fondo, las plantas en maceta, los copones de cemento con helechos lánguidos a los costados. En la pared, a despecho del tiempo transcurrido, un clavo solitario, donde recuerda que colgaba la jaula, que tiene colgados ahora los jirones de aquella mañana, la del velorio de su abuela. El rosario se demoraba a su alrededor, un zumbido de avispas sagradas pidiendo en este valle de lágrimas. Y el abuelo con sombrero de felpa, el verde que se ponía para ir al cine con ella, con el bastón, el pañuelo que asomaba del bolsillo del saco y un paquete de pastillas para el aliento en una mano, y en la otra, la jaula con el canario.

—Yo me voy con vos —le dijo a esa Pilar joven, enredada en un amor oscuro con su vida hecha añicos y vuelta a juntar.

—Abuelo, esta es su casa, no haga problemas, todavía no enterramos a la abuela.

—Tu papá no me quiere… —le dijo y el reclamo asomaba detrás de las palabras.

El acontecer, ese deslizarse de las cosas que rodean a la muerte, los llevó lejos del diálogo de ese momento. Pasaron los años suficientes para no relacionar ese instante, esa queja, con el balazo en la cabeza.

El abuelo se pegó un tiro.

Demencia senil, dijo el médico. Con él se fue la música de la armónica, el cine, la amante que le descubrieron, muerta ya su mujer, cuando robaba cosas de su hija o de su yerno y las vendía. Alfredo buscó a la infeliz y la encontró, era una enfermera que había vivido en la pensión, y la cubrió de miedo y de amenazas; él sabía qué palabras usar para que dejara de entretener al viejo sobándole las verijas, hurgando en una bragueta con olor a orina para ganarse unos pesos.

Era cierto, entonces, se dijo Pilar, pero ya no estaba la oreja ni la sonrisa triste de su abuela para confirmarlo.

Como ciertas eran las peleas en sordina; en la habitación a puerta cerrada, la vieja llorando despacito, el viejo murmurando perversas frases en su idioma, el idioma en que se dijeron te quiero, o ayúdame, o te escribo, vamos a estar juntos. Una vez hubo guerra de bastones, dos espadachines iracundos, de cama a cama, librando las últimas batallas del odio o la venganza.

Pilar escucha la voz de la casa, va hacia la ventana y espía la cama de Alfredo, adonde ahora duerme la empleada. Oh, las burlas del destino: en la cama del patrón de estancia, se acomoda el sueño alerta de una inmigrante de facciones aindiadas que custodia el intranquilo gemido de Sofía, y sus desastres nocturnos de pañales y sábanas mojadas.

En la mesa de noche, con su porte, sus botas y bombachas, el dueño de la tierra, esa donde ahora descansan sus cenizas, vigila desde la foto enmarcada en plata.

Yo le pido disculpas, le había dicho la empleada, *cuando me acuesto y voy a darle la espalda. A la noche, a veces, veo una sombra en el pasillo, y no es la luz de los faros de los autos en la calle, es don Alfredo, y me persigno, y le digo que ya voy, y cuando me levanto, la señora me necesita justo ahí, en ese mismo instante. Él nos cuida a las dos.*

Sofía viene caminando, los ojitos ensiestados, despeinado el cabello, arrastrando su humanidad hasta la reposera.

Ese domingo, sola con Sofía y la cuidadora, Pilar ha emprendido la tarea de abrir el placard de su padre. Las cosas de Alfredo. Camisas, corbatas, sacos de vestir, su ropa interior, una gorra, el calzador de mango de nácar, y un cajón lleno de papeles. Hay planos, hojas amarillentas de juicios, trifulcas jurídicas, nada demasiado personal. Protegidos en un sobre de plástico transparente, recortes de revistas con fotos de Eva y de Perón. No sabe qué busca, tampoco si busca algo; quizás la punta de una madeja enmarañada que la sostenga y la lleve

hacia ese hombre con el que había tenido tantos desacuerdos. De los peores. Los del silencio. No hablar sobre los temas que dolían, y permitir la gélida muralla contra la que chocó durante tantos años su hambriento corazón.

Subida a una silla, abre las puertas de la baulera. Polvo, una araña de patas finitas y largas corrió asustada sobre carpetas llenas de hojas de periódico, olor a papeles viejos, a tierra. Estornuda una y otra vez y comienza a bajar cajas repletas de fotografías amarillas.

Sofía está sentada en un sillón y observa todo este trajinar.

Pilar se sienta a su lado para mostrarle lo que va encontrando. En sus manos tiene una fotografía donde Alfredo parece dar el puntapié inicial, se ve una pelota a sus pies, quizás un partido de fútbol entre empleados, él de riguroso traje y corbata. Hay mucha gente alrededor. Cree que era en uno de los empleos públicos que ocupó su padre; la política tenía esas ventajas. Un poco más atrás se ve una mujer de traje con falda y zapatos de tacón bajo, sencilla. Cuando se la acerca a Sofía para que la vea, una lucecita mínima aparece en los ojos.

—Era la secretaria de tu papá. Aurora me dijo que salía con él pero no le creí.

Pilar siente que le suben los colores a la cara, la sangre bombea distinto en su corazón, calor y una tristeza en la garganta, ganas de llorar. ¿Qué sentido tendría para su tía, en aquellos años, decirle a su cuñada que su marido le era infiel? Carecía de todo sentido y de lógica. Como hermana, podía protegerlo, pecar por omisión, pero no por traición. Aguas turbulentas movían esos destinos para hacer algo así. Alfredo pagaba el precio del que se fue, el que intentó salir de bajo la sombra del árbol grande. Como ella, como Pilar.

Bendice la enfermedad de Sofía: el olvido era arena del desierto moviendo las dunas de aquí para allá, modificando el paisaje a cada instante.

—Aurora no era buena —agrega Sofía, una frase suelta que queda flotando en el aire enrarecido por el polvillo. Y sigue—: Cuando compramos los muebles para la casa del campo, los de algarrobo, ella vino de visita y no pudo decir nada por la rabia que tenía. ¡Envidiosa! ¡Mezquina para cocinar! Un día pasaron por acá, y yo tenía la mesa cubierta de empanadas. El marido abrió grandes los ojos y le dijo: Así tendrías que hacer vos. ¡Lo mató de hambre a ese hombre!

Pilar recuerda el velorio del tío y a Catalina dándole la receta del peceto al horno con las manos puestas sobre el cajón, y suelta una carcajada que se le hace ronquido por imprevista, y que sobresalta a Sofía.

Acercándose a su madre la abraza haciéndole cosquillas.

—Salí, salí —dice Sofía, y se ríe, y se olvida.

Pilar vuelve a la caja. Entre los papeles hay hojas con renglones llenos de firmas, como si Alfredo hubiera ensayado una y otra vez su letra, su manera de presentarse en un escrito. La letra con ángulos agudos inclinada sobre los renglones. Hacia la derecha. Bien a la derecha.

Es difícil, cada vez más, hablar con Sofía. Sus ojos, quizás lo más vivo de su cara, lanzan brillos difusos, erráticos, estertores de una mirada que va hacia adentro y se golpea contra oscuras paredes, oquedades, musgo pegajoso de tiempo que no se deja asir, que ofrece en los recodos una luz que se aleja como si alguien corriera adelante, huidiza sombra que deja al que la sigue en penumbras tristes. Como si las horas desovaran redondos huevos del tiempo. Huevos estériles, que nunca darán nada.

Pilar intenta, con energía inusitada, pescar en sus propios recuerdos esas imágenes de un Alfredo gracioso, por momentos patético, en anécdotas intimistas, domésticas; como cuando Sofía usó un frasco vacío de vidrio oscuro de un tónico que bebía su marido para reforzar su corazón, y lo llenó con alcohol yodado que usaba para los cortes o heridas. Alfredo llegó un día y sin titubear se tomó una cucharada.

—¡Sofía! —gritaba sacando grande y roja la lengua fuera de su boca.

O cuando en la casa donde Pilar pasó su adolescencia y parte de su juventud, esa casa con el pasillo que unía todas las habitaciones, Alfredo había salido al patio en calzoncillos, celestes y amplios, a hacer sus habituales ejercicios respiratorios y llegó una visita imprevista. Sofía, sin saber que su marido se encontraba allí, invitó a la amiga a ir hacia el fondo, que estaba más fresco. Alfredo escuchó y se dio cuenta de que no tenía escapatoria: la única puerta era la de la cocina. Saltó por la ventana de su dormitorio, que daba al patio, y cayó pesadamente del otro lado. Y otra vez el grito: *¡Sofía!*

—¿Te acordás, mamá? —le dice Pilar, entusiasmada por compartir esos momentos. Y Sofía le contesta:

—La verdad que no. ¿Querés un cafecito?

Pilar tiene hoy la certeza de que la mente de Sofía es un territorio devastado, como esas imágenes que están en el televisor: paredes vacías de voces, solo ruidos, y los fugitivos huyendo despavoridos, sin rumbo, como los pensamientos de su madre. Sofía vaga entre el humo sin pasado ni futuro, con la tristeza como una segunda piel. La ira, acumulada en todos esos años como una bomba letal, ha hecho implosión destruyendo todo, hasta esos buenos momentos que Pilar

intenta infructuosamente recuperar.

La energía que gasta en traer lo que se ha ido, se propone ponerla en otras cosas. No dibujará más en la arena, efímera letra que borra el viento y el mar. No vale la pena. Es hora de abrazar. Nada más.

Magdalena y Pilar pasan la tarde con su madre. La más chica ha traído lo necesario para hacerle la manicura a las uñas de Sofía. Largas y fuertes uñas.

—Creo que hay que cortárselas un poco —le susurra Pilar—, se rasguña, y se infecta las heridas.

Sofía advierte el tono de voz, y pregunta, inquieta, curiosa, vivaces los ojos adormecidos:

—¿Qué pasa?

—Que te las voy a limar un poquito —le dice Magdalena, y comienza el trabajo.

La cabeza rubia agachada sobre las manos de dedos nudosos le provoca a Pilar una sensación nueva. Estrena otra ternura, no la que sentía cuando su hermana era pequeña y necesitaba sus cuidados, y ella renegaba por el peso de la responsabilidad. En el tiempo que han pasado juntas desde su regreso, han puesto voluntad en construir el puente, tan frágil, un puente de alas de libélula como las que juntaban en el campo flotando en el agua del tanque, cuando el juego era el único motivo para llenar los días.

—Vas a cumplir años pronto—le dice Pilar mientras las uñas van tomando una forma almendrada, perdiendo lentamente el filo con una nubecita de fino polvo.

—Noventa —declara Sofía.

—¡Estás viejita!

Y queda un espacio, el silencio se asienta sobre las tres invitando a pensar que Sofía está cansada, que es demasiado, los achaques de la edad, la soledad, pues aunque siempre hay alguien cerca y recibe visitas, olvida a poco lo vivido y repite el sonsonete de la soledad. Como Alfredo. *Estoy en una soledad absoluta.*

Las hermanas se apoyan en el breve y significativo silencio. Pilar piensa que la noche anterior la había desvelado ese tema: ¿Para qué vivir tanto? Y no era por desear que la muerte llegara, sino quizá domeñar ese sentimiento de culpa, de abandono que no era tal; ni ella era niña, ni Magdalena, ni el mismo Chico. No se podía volver el tiempo atrás. Si Sofía claudicara…

La frase se formó clarita, la vio en el aire, con la levedad de las mariposas que huyen espantadas, rotas, ante la vehemencia de esas

otras que salen de una boca ávida:

—¡Yo quiero vivir, a mí me gusta estar viva!

El sonido del timbre en la puerta de calle cortó el patético momento.

Cuando todo parecía haber encontrado un ritmo, una rutina quebrada solo por algún malestar, Sofía tiene un repentino ataque de ira. La empleada no logra digerir las ofensas —no son personales, le explican — y un manotazo de la anciana al querer bañarla, o cambiarle la ropa, trae otra vez el desasosiego. Chico anuncia que *acá, se acaba todo*. El ánimo se descalabra, nadie quiere buscar de nuevo, revisar antecedentes, hacer un muestreo, y después adiestrar y vigilar; mucha gente improvisada, deseosa de un techo, comida y sueldo, aparece sin ninguna experiencia o la mínima dosis de compasión para cuidar a un anciano.

Se vuelve a barajar la posibilidad del geriátrico. Chico les recuerda a sus primas que ya perdieron la seña, bastante cuantiosa, cuando no pudieron dejarla la última vez. Los tres saben que no hay tantas opciones, pero se resisten a la idea.

Chico decide llamarla a Marta, la antigua cuidadora, para preguntarle si conoce a alguien que quiera hacer este trabajo. Alguien idóneo y honesto. Cada vez que Magdalena hace recuento de objetos y enseres de la casa, falta algo. Ropa, calzado, algunas cosas de valor.

Están los tres reunidos mientras Sofía, en una reposera, mira televisión. Esperan la llegada de Marta, que, casualmente, está sin trabajo y manifiesta su contento ante la chance de volver a cuidar de Sofía. Ha sufrido algunos traspiés económicos y está sola. Hijos grandes, y ella con ganas de hacer unos pesos para salir de deudas. Redondo para todos. Pilar está contenta, no solo porque conocen a Marta, sino porque se aleja el geriátrico como salida.

No quieren cantar victoria. Todavía hay que ver cómo se llevan las dos mujeres. Pilar se los comenta.

—Mamá estaba celosa de Marta porque el viejo acaparaba todas sus atenciones.

—Hay que ver si se acuerda de ella —dice Magdalena.

Cuando suena el timbre, los tres se eyectan de las sillas.

—¿Quién es? —se alerta Sofía, los ojos brillando de curiosidad.

Cuando Marta entra, recibe los saludos afectuosos y no pueden evitar las lágrimas. Quizás el hecho de encontrarse en el lugar donde tanto pasó provoca esa desmesura. El compartir las vivencias de una época de gloria, cuando el sistema marchaba aceitado por las órdenes del dueño de casa. Las horas de dolor se mitigan ante esos recuerdos

mejores.

Se arriman adonde está Sofía, que en un raro despliegue de fuerza se ha levantado sola y camina hacia ellos. Marta le sonríe, y se le acerca. Están mirándose a los ojos, Sofía pone su cara bien adelante, y la observa con detenimiento.

—¿La conocés? —dice Pilar.

Su madre lanza un grito de alegría:

—¡Cómo no! —y la abraza, y se deja abrazar, pero no ha dicho ningún nombre.

Marta la hace sentar, y tomando sus manos se las acaricia.

—Voy a cuidarla, voy a vivir acá con usted, vamos a coser ropita para las muñecas y haremos cosas ricas para comer.

A poco, todo va tomando un ritmo natural. Magdalena explica los medicamentos, los horarios, el pulso de la casa, y Pilar observa a Sofía, que sigue las conversaciones, los movimientos, como quien entra tarde a una obra de teatro y quiere saber de qué va la trama. Sonríe, imitando el bienestar que parece rodearla, pero de vez en cuando sus pies se sacuden con fuerza contra el piso y la boca se le frunce en un gesto contrariado.

Pilar se acerca a Marta, y le dice en voz baja:

—Ya no habla mucho de mi papá. Lo ha borrado. Si ella no lo nombra, no le busque el tema, no vaya a ser que recuerde quién es usted. Es raro, Marta, pero nos vamos acostumbrando.

Nos vamos acostumbrando, piensa mientras conduce el auto hacia su casa. Y eso, no sabe si es bueno, o es terrible.

CAPÍTULO CUARENTA

El último viaje

Es la hora de la siesta. Un cegador cielo nublado ilumina la pieza y Pilar demora el cuerpo cansado sobre la cama, pero en su cabeza hay un latido que se hace palabras y la impulsa a levantarse. Recuerda haber visto esa mañana higos maduros en la higuera al lado del tanque. Se calza las zapatillas, sale de la casa y, como en otros tiempos, cruza entre los hilos del alambre curvando la espalda. El zumbido de las abejas impone distancia, pero ella no teme. El mismo viento que soplaba en La Algarroba, el de su juventud y el de ahora, le trae una sensación familiar. Como los caracoles a la vera del camino, aunque todo está en permanente cambio hay cosas y hechos que son eternos. Nosotros atravesamos el tiempo.

Se sienta en una piedra bajo un algarrobo negro a recuperar el aliento. Braman las chicharras y el sol castiga los pastos. Unas nubes blanquecinas pasean sobre su cabeza, dándole otra vez respiro por un rato. Piensa en su madre y en el viaje a Costa Rica que tiene por delante. Quiere ver a Noah. Ha pasado el tiempo suficiente, quiere abrazarlo, olerlo, sentirlo cerca. Aunque tiene la tecnología y ha podido hablar y verlo en la pantalla, nada puede compararse al abrazo estrecho.

Sofía quedará en su casa al cuidado de las mujeres que la cuidan, la mantienen limpia, alimentada, le ponen sus ruleros y acicalan su cuerpo. Magdalena y Chico supervisarán todo. No sabe si volverá a verla con vida, y no la entristece la idea; es como si se hubiera despedido de ella hace mucho tiempo, cuando los nombres se borraron y cuando en los ojos le aparecía la mirada enojada de su abuela eslovena, o de Alfredo.

Chico pasa a su lado en la camioneta, va a buscar unos peones para descargar y embolsar el maíz. Detiene un momento la marcha al ver a Pilar, que ahora va remontando una cuesta. Ella le dice:

—Me estoy despidiendo. Esta es mi última caminata.

—No será para siempre —dice Chico.

—Nunca se sabe —le responde.

Cuando él se va, ella piensa en la maravilla del instante, y en que se lo lleva puesto en los ojos, en los oídos, como el viento en la piel.

Hay una luna que amedrenta al mirarla con fijeza, porque su majestuosa luz lechosa sobre el campo nos sitúa como una brizna de pasto, un punto pensante a merced del viento de los tiempos.

En la oscuridad detrás de la casa, Pilar respira profundo, inhala y sabe que el aire entra con todo lo que ve y lo que escucha, con la luciérnaga, la sombra del algarrobo, la quietud extrema de un sapo esperando soltar el látigo de su lengua para atrapar al insecto desvariado por la luz. Exhala, y suelta lo que le pesa, los suspiros gemebundos, erráticos, de Sofía, que deambula en alma y duerme en cuerpo.

Hoy ha estado más confundida que de costumbre.

Ha sido heroico traerla al campo, trasladar tantos elementos para el día y las noches de una anciana y su cuidadora, que ahora, libre por un rato, juega con su celular mientras entretiene los oídos con el televisor. Chico se ha recostado a leer en su dormitorio y ella puede repasar el día.

Esa tarde, hablaba con Sofía y con Magdalena. Su hermana había llegado en el ómnibus; Chico la había buscado en el pueblo, y toman mate y hablan de los hijos. Pilar cuenta de Noah, de su vida nómade y libre. Sofía, sentada en la reposera, cierra los ojos y frunce el ceño, se contraría con el viento que alivia y que despeina.

Pilar, en el intento de incorporarla a la charla, le dice:

—¿Sabés quién es Noah?

La anciana, abriendo grandes los ojos y con un gesto de suficiencia, le contesta:

—¡Cómo no voy a saber, es el hijo de esa mujer que no me acuerdo el nombre!

El olvido cae igual que un montón de tierra sobre las cabezas de las hermanas, que se miran entristecidas ante una realidad que avanza impiadosa, tan certera como el sol que las deslumbra en esa tarde singular. Cuando formulan las preguntas sobre quién es cada una y Sofía les descubre el nombre, o les dice hija, suspiran y acomodan ese punto doloroso en el pecho.

En otro momento de la tarde, Marta se entretiene conversando con ellas y Sofía, sola en su pieza, va al baño y deja su pañal y su ropa interior sucios y aparece cubriendo sus vergüenzas con un ligero vestido. Cuando su ayudante la lleva a lavarse, le dice:

—Esto me pasa porque usted no me cuida.

Cuando Pilar le reclama su conducta, Sofía le contesta, torciendo la cara y la boca para disimular como quien cuenta un secreto, y señalando a Marta:

—¡Esa es una yegua!

La mujer le cuenta a Pilar que Sofía reclama presencia tanto como lo hacía Alfredo. Magdalena recuerda que a la empleada que cubre los fines de semana Sofía le ha dicho, pidiéndole más atención: *«A usted, ¿no le pagan?»*

Ahora, en la tarde transparente de un verano irrepetible, Sofía declara, después de escuchar hablar de Noah:

—Un hijo que se va para siempre no tiene más nada. Ni madre ni familia ni hermanos.

Sorprende la reflexión, pero si se escarba un poco en la memoria, son frases o mandatos que Alfredo cultivaba. Como si al respirar más de sesenta años el mismo aire, su esposa se identificara con el egoísmo de atrapar, como el sapo a los insectos, a los hijos o al que se pusiera a tiro en la demanda. ¿Quién es bueno y quién es malo? ¿Cómo se define el concepto para aquilatar a un ser humano, y en qué tramo de la vida se lo juzga, de acuerdo a qué leyes y circunstancias?

Sofía era la altruista y Alfredo el patrón de estancia ególatra, incapaz de ver más allá de sus apetitos. Hoy, ese modo de ser, ese carácter, lo ostenta Sofía. Roles invertidos, aprendidos con odio, enquistados de manera inconsciente. Mimetismo de los largos matrimonios.

En el campo, Pilar siente que se pierde la noción del tiempo. Caminar, sacar fotografías, entretenerse con los pájaros, y después las charlas fraternas con Magdalena y con Chico.

La sobremesa se ha estirado, la siesta es calurosa, han abierto una cerveza y disfrutan porque anoche ha llovido. Están hablando del precio de los campos de la zona. Chico, con la singular verborragia nacida de las dos cervezas y de la intimidad del momento, les comparte el recuerdo de cuando Aurora quiso vender su campo.

—¡No te puedo creer! Es imposible, ella nunca se desprendería de la tierra —se asombra Magdalena.

El que más entusiasmo había demostrado era el marido de Aurora, cansado tal vez, como el de Catalina en su momento, de poner dinero en ese pozo ciego que tragaba y devolvía poco, y con los años. Se midió y se negoció. Ella quería el pago en dólares, todo junto. La transacción se iba a hacer en una escribanía, y allí se encontraron con el comprador. Ante la vergüenza del comisionista y el enojo contrariado de su cliente, que tuvo que salir de allí a caminar por una calle céntrica con un bolso lleno de dinero, Aurora desestimó el negocio. Alegó pretextos inaceptables sobre vacas que quería vender y que no habían sido vistas, aunque el interesado dijo que no hacía falta, que las

compraba igual. El arreglo se desarmó en pocos minutos.

¿Qué pensamientos habrían cruzado por la cabeza de Aurora? Quizás la desconfianza, esa que los Montero llevaban como signo de inteligencia. Pensaría que, si le daban todo ese dinero, era posible que su campo valiera más. Dios sabe qué elucubraciones manejaban sus pensamientos.

Lo que Pilar sabe con certeza al oír este relato es que eran todos hijos del miedo. El miedo gobernaba los pasos de sus tíos y de su padre, como antes los de su abuelo.

—Hay tantas cosas que me voy enterando ahora… —reflexiona—. Nacho me contó lo del balazo en la mano del papi…

Chico interviene:

—Sí, fue cuando el viejo Pancho lo mandó a sacar a una gente que usurpaba un campo…

—No —corrige Pilar—. ¡El campo lo había comprado él mismo! Una fracción de tierra. Él buscaba esos negocios un poco estrafalarios, y cuando fue a ocuparlo lo recibieron a balazos. Él contestó, porque iba armado, y le atravesaron la mano con un plomo. Catalina me completó el cuento. Ella lo fue a buscar con Aurora en medio de la noche, y Rogelio, su marido, los esperó en una clínica de la ciudad. Lo operaron de urgencia y salvó la mano gracias a ese cirujano.

—Pero nunca habló de eso… —dice Magdalena.

—No le gustaba contar cuando perdía —dice Chico en tono zumbón.

—Por suerte pude preguntarle a Catalina antes de que se pusiera loca. Les cuento otra de la tía…

Antes de que se cortara la relación con ella, que se había hecho estrecha después de la muerte de Eugenio —supone Pilar, también por el miedo a que le roben, a que le saquen sus cosas—, en una conversación telefónica Catalina le contó que iba a hacer testamento. Que no estaba dispuesta a que sus hermanos o parientes se quedaran con algo suyo, aquellos que jamás estuvieron con ella cuando las cosas pasan, ni cuando desapareció Celeste ni cuando murió su esposo, ni durante la enfermedad y la muerte de Eugenio. Tampoco los había dejado llegar, pensó Pilar; las manos cerradas no pueden recibir. Recuerda que, aprovechando el rumbo que iba tomando la conversación, ella le dijo a su tía:

—Catalina, si vas a hacer testamento, solo te voy a pedir una cosa.

El silencio en el teléfono es tenso, hasta que ella sigue hablando.

—Quiero que le des mi nombre, si es tu voluntad, a la gente de Derechos Humanos, donde está todo lo referido a Celeste. Si te enfermás o te pasa algo —no puede, carajo, no puede decir morirte, no pudo con Alfredo y tampoco con ella—, quiero que recurran a mí si

encuentran los restos, y yo te prometo que, desde donde esté, vendré a darles sepultura para cerrar esta historia de dolor.

La sorprendió la aspereza en la voz de Catalina al responderle.

—¿Cuántos años tenés vos?

Pilar contestó la pregunta, tan fuera de contexto en esta conversación íntima.

—¡Sos vieja! —le dijo Catalina—. ¡Vos también vas a estar muerta! Que se encarguen ellos, los de Derechos Humanos, de lo que tengan que hacer.

Cuando Pilar colgó el teléfono, su mente guardó los tonos, la intención, y pensó que Catalina era incapaz de delegar, de dejar ir ni siquiera la idea de un hueso, un resto humano de su hija.

—Genio y figura —dice Chico bostezando—. Me voy a hacer una siestita.

Sofía duerme hace rato. Pilar y Magdalena también se recuestan.

Las dos hermanas, en camas contiguas, tienen la extraña sensación de estar viviendo una de esas siestas de cuando una era niña y la otra una jovencita, compartiendo la fresca habitación mientras el calor arde afuera.

Pilar acomoda el cuerpo apoyándose sobre un brazo, y mirando a su hermana le dice:

—¿Sabés que hace poco, navegando por internet, tuve la tentación y puse el nombre de Celeste?

Magdalena se endereza un poco, en sus ojos hay una chispa de curiosidad.

—¿Y qué encontraste?

—Quizás algo que Catalina nunca contó, o que vos sepas pero que yo no sabía…

—Contame —dice Magdalena.

—Encontré el registro nacional de víctimas del terrorismo de Estado. Ahí está todo. A Celeste y a la amiga con la cual vivía las sacaron encapuchadas de un hotel cerca de la Terminal, en Buenos Aires.

Pilar recuerda el nombre de su prima Celeste en medio de muchas palabras, en un expediente. Celeste la dulce, la niña caprichosa y consentida, la bailarina, la abogada, la rubia con ojos grandes del color de su nombre. ¿Cómo conectar a esa joven con la que se llevaron a los golpes, arrastrándola hacia su desgracia?

Le costó encontrarla entre los numerosos rostros de aquellos desaparecidos con los cabellos peinados al estilo de aquella época. Su fotografía no estaba. Hasta de esa manera había desaparecido. Mientras

la buscaba, miraba esas caras, los ojos con sus destellos más significativos, faros que iluminaron ideas, errores y sus propias muertes. Algunos vieron irse los rostros de sus seres queridos desde la ventanilla de un avión, con el miedo atrapando sus órganos como una tenaza violenta hasta que estaban en el aire; aun así, llegando a otro lugar, todavía quedaba esa costumbre de mirar sobre el hombro, nunca sentirse a salvo. Niños jugando a ser verdugos, a explotar bombas y creer que podían mover la aguja. Del otro lado, la fría muerte, con papeles sobre un escritorio, una lapicera que marcaba un nombre, una calle, y ese trazo, al identificarlos, los hacía desaparecer. Abducido. Chupado. Sustraído. Detenido. Desaparecido.

Después de la muerte de Eugenio, Catalina le había contado a Pilar un detalle de la desaparición de Celeste: su viaje a Buenos Aires, para hablar con un primo de su padre que era Teniente General y al que Pancho agasajaba mandándole cabritos del Norte. Quería pedirle que hiciera averiguaciones sobre el paradero de su hija. Pancho estaba muerto, pero ella confiaba en ciertas lealtades familiares.

Cuando subió al jeep, escoltada, o vigilada, según como se vea, por el soldado con el arma lista, y comenzaron a andar por caminos rodeados de parques, de bosques de verde prolijo, se dio por muerta. Nadie sabía que ella estaba ahí. Anduvieron mucho tiempo hasta llegar a las caballerizas.

Ella habló con su pariente, y quedaron en verse en el departamento de él. Por la tarde tomaron el té, y le dijo que se ocuparía.

Nunca se supo nada. El militar tenía su lealtad puesta en otra parte.

—Podrían haberla salvado como se salvó el novio, el que la metió en política, ¿te acordás?

—Sí —dice Magdalena mirando el techo del dormitorio, como si allí estuvieran las imágenes—. No era muy alto, pelo largo peinado hacia atrás, tenía un bar o algo así en una avenida. ¡Cómo se nos van las cosas de la cabeza! —se queja—. Tengo miedo de terminar como la mami…

—Por favor, dejá de pensar pavadas, sos joven y tu mente está perfecta.

El reproche de Pilar lleva una tremenda expresión de deseos, es una frase voluntariosa, optimista y absolutamente irreal. Ninguno sabe qué hay en la próxima estación.

—Lo que sí creo —agrega—, es que mamá quería olvidar, que sus células hicieron lo que su alma pedía. Porque nunca pudo procesar su vida, no hubo perdón o pedido de disculpas para mitigar el daño. Pero también puedo equivocarme, no fui su almohada, y ellos encontraron la forma de arreglarlo. Muchas veces lo escuché al viejo contarle a la

mami los momentos románticos que habían vivido juntos. Plantando recuerdos como quien planta árboles. Quizás eso fue armando un sedimento amoroso, y cuando fue olvidando, quedó más arriba, y el dolor sepultado muy hondo. No sé si el viejo se enmendaba con esos relatos, pero entretuvo muchas horas de su mujer. Y le tuvo paciencia, virtud ajena a su carácter. Y tolerancia a sus olvidos. Revoleaba los ojos para hacernos ver lo difícil de su vida… Volviendo a lo de Celeste, te cuento que Rodolfo —cuando pronuncia el nombre espía la cara de su hermana, que se ríe abiertamente—… ¿Qué pasa?

—Nada, me causa gracia cuando lo nombrás — dice Magdalena.

—Es una buena persona, y me hace bien tenerlo en mi vida.

Lo dijo. De corrido y sin respirar. Se lo dijo a ella misma. No quiere hablar de Ari, nunca pudo hablarlo con Magdalena.

—Te decía que acompañé a Rodolfo a una reunión de amigos, y allí me presentó a una mujer que había estado presa en la dictadura. Raquel. Abogada, menuda, inquieta, linda sonrisa, pero los ojos, mirá Magdalena, los ojos llevan todas las historias grabadas en las pupilas. Creo que a veces logramos ocultarlo, pero a la larga no dejan de emerger. Nos sentamos aparte, se dio la conversación y le pregunté si había conocido a Celeste.

—¿Qué se te dio por ahondar después de tantos años?

La pregunta de Magdalena le plantea lo que ella aún no verbalizara. Desde su convicción, le contesta:

—Me hacía ruido, desde que volví, que en cada conversación con Catalina nunca mencionara los motivos por los que Celeste se había involucrado en una organización subversiva, nada sobre sus valores, sus deseos, sus sueños. Catalina solo hablaba de su propio martirio, su dolor inmenso, lo que hizo, hacía y hace ella. Pero Celeste seguía muda desde el pasado, tan silenciosa como su desaparición. Sentí que quería saber de ella, la parte suya que no conocí. Cuando comencé a decirle esto, exactamente lo que sentía, Raquel lo tomó como si fuera una conversación interrumpida, como si nos hubiéramos conocido desde mucho tiempo atrás. Y yo sentía que era necesario meterme con ella en esos días en que no presté atención a esa realidad, ocupada en proyectarme lejos, a otra vida, con Ari. La vida nos brinda esas oportunidades.

Sin darse cuenta volvieron a esos años de vulnerabilidad absoluta, donde la vida no valía nada.

En realidad —le había dicho Raquel—, *venían a buscar a mi marido, y como no lo encontraron, me dijeron que los acompañara. Se habían descolgado como arañas por los techos y las paredes de los vecinos, y adentro, me invitaron a que los acompañara. Íbamos por el pasillo hacia la*

calle; hasta ahí no me habían tocado, pero cuando vi que el auto no tenía patente, y que ellos tampoco se identificaron como policías, me negué a subir. Me agarraron de los pelos. Yo estaba embarazada.

Estaba en la cárcel cuando apresaron a mi esposo. Militábamos en la efervescencia de la Facultad, leíamos todo lo que tuviera que ver con esa ansiedad de cambiar las cosas. Ahí nos conocimos con Celeste. Era bonita, seductora, dispuesta. Con esa carita de nena, el cabello atado en una coleta, viajaba a Rosario y a otros lugares, era correo.

Magdalena tiene una clara imagen de su prima con un vestido largo, de fiesta, en la inauguración de una boite en una villa serrana, al lado del lago. Interrumpe un momento el relato de Pilar para comentarle lo que ha venido a su mente:

—Íbamos a bailar, nos reunimos en casa, Celeste se había comprado ropa, una capelina negra, un tapado largo y…

—¿Qué pasa? —dice Pilar ante el silencio brusco.

—Ella se burlaba de nosotras, de Lilita, mi amiga de toda la vida, y de mí, porque todavía —los ojos de Pilar la empujan a terminar la frase — éramos vírgenes. Por ahí se nos perdía con el novio, que tenía un bar con nombre alemán, ya me voy a acordar.

Pilar siente que las mejillas le arden; sabe que Celeste, como ella, huyendo de férreos mandatos, había quemado etapas.

—Sí, estaba de novia con el mismo que la mete en política. Vos sabés que un día, de camino al Banco, cruzando la plaza, me lo encontré a Patricio. Terminamos tomando un café, y él me contó que una vez volvían del campo con Catalina, habían estado como una semana allá, y se toparon con Celeste que venía de la calle. Catalina le enrostró sus salidas, que la habían visto, cómo estaba vestida, si la camisa amarilla y el pantalón verde, o al revés, y Celeste bajó la escalera furiosa, *¿cómo sabés, me estás siguiendo vos también?*, le gritó. Supongo que se refería a los militares. La tía le contestó: *Yo sé todo*. Catalina jamás comulgó con las ideas de su hija. Y la rabia contra los militares le viene después de que se la llevan. Aún hoy enarbola la prosapia, los blasones y los escudos familiares. Al pedo —dice Pilar—, ¡al reverendo pedo!

Magdalena la observa asombrada, no es el lenguaje que acostumbra usar su hermana, y espera, como si faltara algo por decir.

—Hemos vivido como esquizofrénicos —se despacha Pilar— entre esos viajes a la estancia, el apellido, el abolengo y los sombreros emplumados y la realidad de nuestra casa, sostenida miles de veces por los abuelos, los inmigrantes. Ni un kilo de carne de esas vacas, ni un puto hueso de esa cantidad de hacienda alguna vez fue a nuestra olla. Vos eras muy chica… pero mejor no me enfervorizo, y te sigo contando

lo que me contó esa mujer.

Se habían sentado en un rincón, y mientras Raquel hablaba, Pilar la observaba. Era bella, la cara de rasgos angulosos, el cabello largo como una adolescente, la sonrisa generosa cuando se lo permitía, como si los músculos hicieran su trabajo pero el alma se expresara con delicados destellos que suben hasta los ojos.

—En la cárcel las celdas eran chicas, todo cemento, hasta el lugar para poner el colchón. A veces hasta eso nos quitaban; pero como estábamos blanqueados, es decir, éramos presos legales, visibles (fue un poco antes del Golpe), nos sacaban de vez en cuando y nos llevaban a otras habitaciones en la parte de adelante de la cárcel, amplias, de techos altos, y podíamos pasar la noche con nuestra pareja. Celeste vino de visita varias veces, el novio estaba preso, y en esas horas nos juntábamos a escuchar radio, a tomar mate, a compartir lo que era imposible en nuestros calabozos. La última noche que la vi, sabíamos, olíamos el golpe. Hasta las bichas se pusieron más locuaces.

—¿Las bichas? —pregunta Pilar.

—Las guardianas. Algunas eran mejores, otras eran perversas. Como algunas de las detenidas. La cárcel saca lo peor y lo mejor de uno. Pasamos la noche hablando y le reproché, por miedo: *¿A qué viniste, querés que te cuente cómo son las celdas donde yo estoy? Te van a fichar, o capaz no te dejan salir.* Celeste se rió. *Eso no va a pasar*, me dijo muy segura. Al novio le decían el Trosko. Como a las tres de la mañana nos vinieron a buscar para llevarnos de regreso a nuestros lugares de encierro. Al cruzar el patio, el cielo estaba muy nublado, y un helicóptero daba vueltas encima de nuestras cabezas. Fue la última vez que la vi. Mi hijo nació al mes siguiente. Una de las bichas les avisó a mis padres. Se lo llevaron casi enseguida. No lo vi por años, me trasladaron a otras cárceles y cuatro años después me dejaron en libertad. Creo que, a diferencia de nosotras, que nos fuimos haciendo fuertes desde la nada, desde la mierda que nos hacían sentir los milicos, ellos nos tenían miedo. Hicimos agujas con restos de huesos. Recuerdo una vez que nos quitaron una caja de metal con hilo que habíamos conseguido, y dijeron: «Se lo sacamos porque estas son capaces de hacer un cañón».

Raquel siguió contándole a Pilar que en la Facultad leían una revista llamada *El Obrero*, que editaban unos comunistas alemanes en la Argentina.

—Éramos grupos de la Juventud Peronista, luego el Partido Revolucionario Argentino del regreso de Perón. Celeste militaba en la

Organización Comunista Partido Obrero, los cuadros políticos que se fueron haciendo violentos. Nosotros no, habremos tenido un par de escaramuzas. Pero todos —curas tercermundistas, amas de casa, trabajadores sociales— fuimos puestos bajo el paraguas nefasto de la palabra «subversivo». Subversivo: el que pretende alterar el orden social o destruir la estabilidad política de un país.

Pilar le preguntó algo que le daba vueltas en la punta de la lengua:

—¿Por qué tantas embarazadas, tan jovencitas?

Raquel se quedó pensativa un momento.

—Creo que la pasión y la creencia en un futuro posible, en que nuestros hijos bailarían libres en las plazas, influyó. La biología hace trampas y al final, gana. No pudieron, aunque fue su intención, aniquilarnos, borrarnos de la faz de la tierra. Estuvo orquestado al mínimo detalle.

Pilar recordó el dolor de Catalina al no tener una tumba donde ir a cerrar el duelo, y volvió a preguntar.

—Si muchos culpables, militares, están cumpliendo condena, ¿por qué no dicen dónde están los cuerpos, dónde los tiraron o enterraron? ¿Es muy infantil o mágico mi pensamiento?

Raquel la miró. Había encendido el tercer cigarrillo desde que comenzó la charla. Rodolfo estaba cerca, conversando en grupo copa en mano, intuyendo que Pilar había encontrado a alguien importante para sus búsquedas.

—Creo —contestó por fin la mujer, expulsando con suavidad el humo—, que tenían el mismo sistema de los militares franceses en Argel.

Ante los ojos de su interlocutora, llenos de preguntas, Raquel explicó:

—Muchos cadáveres de argelinos asesinados por los ocupantes franceses durante las revueltas previas a la caída de Argel fueron incinerados masivamente en hornos de cal. Como hicieron los nazis. No hay cadáver, por lo tanto, están desaparecidos. Ni vivos ni muertos. Confesar el dónde sería reconocer su existencia.

Se interrumpió ante Rodolfo, que se acercaba con dos copas en la mano.

—Deben tener la lengua seca —les dijo riendo mientras se las alcanzaba y volvía a alejarse después.

El vino fresco las animó. Raquel continuó:

—Supe que Celeste estuvo afuera unos años. Se fue con el novio, después creo que se enfermó el padre, y como había tantas denuncias internacionales de lo que estaba ocurriendo acá, se arriesgó a volver. El padre mejoró, pero les hicieron unos allanamientos en la casa, sin

encontrarla, y se fue a Buenos Aires.

—Sí —agrega Pilar—, mi tío la vio por última vez en la Terminal de Retiro. Yo unos meses antes, cuando murió mi abuelo.

—Su suerte estaba echada. Los tipos no dejaron de llevarse gente hasta el borde mismo de la democracia.

Qué locura, pensó Pilar. Los ideólogos de la masacre y el genocidio eran del mismo país que le dio amparo a su marido, y luego a ella.

—Espero no haberte cansado —dijo Pilar, haciendo ademán de levantarse del sillón. Raquel la tomó del brazo, y con una sonrisa, le dijo:

—No la olvides. Y gracias, porque volví a recorrer esos infiernos y agradezco otra vez estar viva. ¡Hasta un nieto tengo!

A Pilar le quedaba una última duda:

—Creo, a riesgo de parecer muy simplista, que Celeste fue un resultado: abuelo caudillo y estanciero, padres burgueses, muchos enfrentamientos con su madre. Pero en el caso tuyo, ¿qué te impulsó?

Raquel sonríe y contesta.

—Una abuela antifranquista, una casa abierta a mucha gente, las dos ramas de mi árbol, una próspera y de elite, la otra dignamente pobre, y la vida, que nos lleva en ese río y nos arrastra, aunque pensamos que nosotros decidimos. Quién vive, quién muere, todo es azar.

Y cuando la abrazó, le susurró nuevamente: *No la olvides.*

Magdalena tiene los ojos llenos de lágrimas.

—¡Qué fuerte, vamos afuera, voy a hacer unos mates, me ha dado frío todo esto!

En la galería, Marta barre la tierra que el viento arremolina desde el camino. Las loras en concierto aturden desde el aguaribay. Sofía levanta el puño hacia las ramas con un gesto violento, y Chico anda caminando allá en los corrales.

Las hermanas buscan los sillones y se ubican un poco más lejos, cerca del alambrado; en una mesita, lo necesario para el mate.

—Hice pastelitos —dice Marta, y deja la escoba para volver con una fuente de masa dorada y corazón de dulce—. ¡Están calientes todavía! Mientras ustedes charlaban yo amasaba —se ufana, sonriendo.

Hincan el diente en el sabroso regalo, y Pilar piensa si la mujer las habrá escuchado.

No importa, es algo más de esta familia, como de tantas otras. Eso la conforta. Nadie es tan original, son solo gradaciones de la gran comedia de la humanidad.

Limpia la cabeza mirando el verde, escuchando las loras, oliendo la

grasa en que fritaron esa exquisitez que se deshace en su boca. Hay cosas que jamás cambian.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Verdades bajo las piedras

Chico, conocedor del movimiento de los campos aledaños, cuando Pilar le transmite su idea no vacila: lo harían esa tarde.

Al subir a la camioneta son nuevamente aquellos, los del año ’80, los compañeros de aventura.

El camino hacia La Algarroba había sido desviado; los nuevos dueños no querían que quien pasara viera la casa de cerca. La rodean y Pilar puede espiar, entre los algarrobos, la represa que la saluda con sus reflejos. Siempre, cuando era una niña y corría con sus primos o caminaba con Serafina o con María, esas mujeres que formaban parte del paisaje de su vida, escuchaba las voces del monte que le hablaba claro, cercano, dulce. Los otros apenas veían las vacas, los caballos, los fardos de alfalfa, y antes, mucho antes de que ella viniera a este mundo, las carreras de caballos y los gallos de riña y los gallineros poblados de una variedad de razas que a su abuelo lo enorgullecían.

Todo estaba así solo en su recuerdo; la casa que ve desde lejos, con su techo rojizo, parece haber cambiado de color. Chico le había contado que la galería de ladrillones y cenefas como encajes, donde ella se entretenía en ver caer las gotas de lluvia, había sido reemplazada por arcadas de cemento.

—No pidamos permiso —susurra Pilar.

Han cruzado el alambre, y agachados, pasan bajo un islote de mistoles; el aire trae el olor del agua barrosa en las orillas, donde las patas de los animales se hunden mientras levantan sus hocicos chorreantes. Una garza de patas rosadas hace equilibrio sobre un poste de alambrado; fascina la blancura de sus plumas.

No se distraen y van buscando viejas señales. Chico va adelante; camina entre dos mundos, el del pasado y este. Su mirada va tras sus propias huellas, el corazón se solivianta con la memoria de la afrenta, de los años que pasó escondido en la cueva como un animal, como un fenómeno de circo, bastardo, contrahecho, espiando las vidas de los otros, el transcurrir de los días, de los años.

Cuando Ari llegó, en esos meses le abrió un mundo de estímulos, su mano se cerró alrededor de un lápiz y la hoja de papel fue un desafío nuevo. El médico, igual que él, estaba herido de vida. Los ojos de Ari brillaban de ira, que se acumulaba peligrosamente y resaltaba en esa

vena que, hinchada, viboreaba atravesándole la frente. También hubo risas, y la íntima complicidad de los perseguidos, de los excluidos. Se cuidaron el uno al otro. Juntos estaban esa noche en que el Coronel se abalanzó sobre Pilar, cerca del tanque y de las caballerizas. Chico le alcanzó el palo y Ari le atizó por detrás el golpe a ese milico, el mismo que lo perseguía con saña inusitada.

Y Pilar. El primer abrazo de una mujer en años. Muchas veces pensó cómo dolía la ausencia del primer abrazo, el de su madre. Su prima no solo lo estrechó con un amor estrenado, nacido quizás de su corazón compasivo o de la rebeldía: ella había leído el diario de Merceditas. Hasta el diminutivo la había dejado joven, intacta, solitaria en el panteón de los mártires…

Se concentra en buscar y distinguir el lugar, que estaba alejado de la casa grande, con un acceso difícil; no era sitio bueno para pastura ni nada que les llamara la atención a los dueños actuales.

A Pilar las flores, el sonido profundo del monte, le perturban el espíritu. El olor del pelaje del caballo, la rama que la volteó, el rostro de Chico (aún no conocía su existencia) sobre el suyo cuando volvió en sí: esa visión quedó en su memoria, a pesar de que el que la auxilia es el Coronel con sus anteojos oscuros de aro metálico, afeitado, impecable. Sacude la cabeza, enérgica, para ahuyentar esos pensamientos. Se detienen. Su primo ha dado un rodeo en la roca rojiza cubierta de maleza, y más abajo se vislumbra la hendidura en la piedra. Las manos del hombre se esfuerzan arrancando ramas, no quería esperar, volver a la camioneta a buscar alguna herramienta.

Una corriente de aire fresco les da en la cara. Olor húmedo, a oscuridad y a secretos. Chico manotea con fuerza y libera la entrada de la cueva. Trepa un poco, y sentándose en el borde, mete las piernas por el agujero, hace pie en la primera saliente —a ciegas podría hacerlo, miles de pasos suyos habían quedado allí grabados—, y se desliza hacia abajo sin temor. Cuando toca el piso, estira los brazos hacia arriba y ayuda a Pilar en el descenso. Se escuchan respirar, y Chico saca una linterna del bolsillo del chaleco. El haz de luz ilumina los rincones, y cada objeto descubierto es una imagen en sus recuerdos que estalla en su cabeza, burbujas de un tiempo que creía olvidado. Las camas, la mesa, la pequeña alacena en la pared, algunos enseres, la escoba vieja, la redondez de un plato, y allá arriba, en el hueco de la piedra, un bulto. Chico le pasa la linterna a Pilar y estira los brazos, cuando lo toma se esparce una nube de polvo, y mientras baja el hallazgo escupe hacia un costado.

Los ojos se acostumbran a las sombras, y desde el fondo, arriba, entra filtrada por las ramas una luminosidad; viene del hueco que, en

otra época, servía de ventilación al refugio.

Sobre la mesa, Chico apoya una valija de cartón, cuya cerradura al abrirse con un chasquido suena como un disparo acelerando su respiración. Pilar cree ver una lagartija, algo que corre huyendo de los intrusos. Ellos han quebrado un sistema: las arañas y los minúsculos insectos, las piedritas que han rodado cuando sus pies rasparon los escalones, provocan esa ruptura del orden. Por razones desconocidas

—¿la temperatura, el encierro, el clima seco de la zona?— la mantilla de niño que está en la valija tiene el tejido endurecido, intactos los ramilletes bordados entre los hilos. Si por alguna mágica circunstancia esa prenda pudiera contar los pensamientos que guiaban esos dedos, Merceditas sería una presencia palpable, sus ojos que guardan lágrimas, la boca que recuerda besos, el largo cabello que alguna vez hizo cosquillas en el pecho amado, cuando se recostaba sobre él.

Una corriente eléctrica estremece a Pilar. Está cruzando fronteras intangibles. Se aferra a los dedos de Chico, no hay necesidad de hablar, y le pasa la mano por la espalda; no son ya aquellos del pasado, pero están unidos por la experiencia vital que los aguardaba agazapada para tocar sus almas. Pilar los ve, Chico y Ari riendo juntos cuando los iba a visitar a escondidas; él recuerda a María trayendo la comida, o una cobija, hasta algún caramelo. Machingo, en cambio, le había dado la maestría, el uso de los sentidos, y la posibilidad de un porvenir en un acto póstumo.

Pilar se aleja un poco. Curiosa, sigue alumbrando los recovecos; todavía hay algunos libros, los toca y se le humedecen los ojos, las páginas oscurecidas, mordidas, quizás alguna rata, un libro de Medicina que Ari habría olvidado en la huida para salvar la vida. La muerte de don Pancho, la del Coronel, Chico herido y presentado a la familia, ella que se marchó a la ciudad para preparar su viaje definitivo a Francia: parecía otra vida.

Abre el libro, y la letra, que conoce, hace que el corazón le bombee enloquecido mientras alumbra más cerca el papel.

¡He conocido a la mujer de mi vida, lo sé, es hermosa, y me ha robado el alma con sus ojos! Mis penas se desarman en sus manos, en su voz, y me permite creer que hay porvenir, a pesar de todo. ¡Pilar querida, qué dioses caprichosos te han enviado!

La silla que recibe su cuerpo cruje, viejos los tientos y el respaldo, y Pilar llora con el llanto de los milagros. Esas palabras le dicen que el amor estaba allí, y que se fue con él detrás de una quimera, de un destino, pero eso no puede invalidarlo. Chico le ha puesto una mano en el hombro; acompaña hasta que pase, él también ha leído lo que había

esperado tanto tiempo en la oscuridad.

Pilar sabe que es hora de dejar que Ari se vaya para siempre, sin culpas, para darle espacio a otro amor distinto, pero genuino, merecido.

Cuando levanta el libro para guardarlo en su morral, se abren sus hojas y algo cae al suelo. Lo levanta, y alumbra. Es una fotografía donde reconoce, con dificultad, a Celeste muy pequeña, con su pelo rubio, el flequillo, los ojos claros, en brazos del padre, joven, parado frente a la represa de la estancia ¿Qué hace allí? Cuando se la muestra a Chico, le pregunta:

—¿Es posible que haya estado escondida acá?

Los dos remueven unas cobijas deshilachadas, corren la cama. Detrás hay un pañuelo, que al abrirlo suelta un perfume viejo. Algo brilla entre la tela. Es una cadena fina con un colgante: una letra C.

—¿Celeste? —insiste. Chico está mudo—. ¿Vos sabés algo?

Al fin, forzado, habla.

—La trajimos con tu papá, yo le mostré el lugar, fueron unos días; la buscaban, hicieron un allanamiento en su casa y le dijeron al padre: ¡Cuide a su hija! Se quedó hasta que organizó su viaje a Buenos Aires, quizás pensaba que en una ciudad grande se perdería…

—Los lobos huelen en cualquier parte —completa Pilar.

—Ni los padres sabían del escondite, para que si sufrían un apriete nada pudieran sacarles. Ella habló con tu viejo, y él lo organizó. Machingo y María le traían lo que necesitaba, creo que si se hubiera quedado escondida, quizás hoy estaría viva. Habrá sido un mes, más o menos, yo le hice compañía, aunque por aquellos días no tenía mucho para ofrecer. A veces ella caminaba como un animal atrapado, otras se encendía haciendo planes y proyectos para huir o para sacar a los milicos del gobierno. Anduvieron algunos uniformados, y otros de civil, husmeando cerca del campo. Nacho los entretuvo y se fueron; con ese antecedente, sin saber si volverían, ella decidió irse. La llevamos una noche a la ciudad, se encontró con una amiga y se marcharon a la Capital. El resto me lo contó tu viejo. Al no tener noticias, Catalina viajó, hizo la denuncia, y el policía que se la tomó, le dijo: *Lo hecho, hecho está.* En el juicio (porque hubo un juicio al milico que comandaba la zona donde ella desaparece), Catalina se enteró por el conserje del hotel cómo las sacaron por las escaleras. Uno de ellos, gritó riendo: *¿Así que estas son las que quieren cambiar el mundo?*

Un cansancio repentino le toma el cuerpo a Pilar. Tanto dolor guardado en el espacio de una roca, el aire que respiraron los fugitivos, el olor del miedo, los muertos clamando justicia, Merceditas, Lisandro…

—¿Sabés que tu padre está enterrado aquí a pocos metros? —le pregunta.

Chico también ha buscado una silla, y apoya la cabeza sobre sus brazos cruzados en la mesa. Pilar ha dejado la linterna alumbrando hacia los escalones; no ve la cara de su primo, pero imagina sus pensamientos. El orgullo, la rabia, el falso honor, hicieron del abuelo Pancho un asesino. Y de él, un huérfano. Un paria.

Pilar tantea el morral que le cruza el pecho, y saca el cuaderno. Es un acto solemne cuando toca el brazo de Chico, que levanta la cabeza, y se lo ofrece. Sin verlo, Chico sabe lo que es. Un temblor lo sacude, y por fin, las lágrimas guardadas pueden encontrar la puerta, roto el dique, sueltos los sentimientos.

Ella se levanta y lo abraza, hasta que el huracán va cediendo. Mientras guarda todos los hallazgos en su bolso, le dice:

—Vamos, necesitamos aire.

Suben y cuando la luz de la tarde que se está yendo los deslumbra, van hacia unas piedras bajo un algarrobo. Los dos encienden un cigarrillo, y Chico se sienta y abre el diario. Pilar se aleja, camina por el sendero que recuerda, los molles y la jarilla le hacen sombra y custodian sus pasos hasta un mistol, donde, sentada en el suelo, apoya la espalda en el tronco. Zumban las avispas, debe haber agua cerca, cascarudos furibundos pelean en la arena y un jilguero larga el canto, arriba, en las ramas, como si fuera el último día del planeta.

O un buen comienzo, piensa mientras saborea el tabaco. *Debo dejarlo*, se promete, y cierra los ojos.

Debe haberse dormido, porque cuando los abre la noche ha llegado callada, y tiene frío. Se endereza, siente ruidos y desanda el sendero. Hay olor a quemado; se alerta, en el campo el fuego es un enemigo terrible, pero se tranquiliza: en un hueco en la tierra hay una pequeña fogata. Presume que Chico está quemando el diario. Quizás sea una ilusión, pero la espalda de su primo parece más derecha, aliviada quizás de su penosa carga. Esperan en silencio hasta que se apaga la última chispa. El hombre levanta las cenizas, las deshace aún tibias con sus manos y las cubre con arena.

Van hacia la camioneta. Chico tiene los ojos rojos. El camino lo hacen en silencio. Los faros duelen contra la oscuridad, y un zorro encandilado cruza dejando solo el recuerdo de la cola plateada y rojiza.

Magdalena les sale al encuentro, las luces del parque están encendidas.

—Tuvimos un problema con una cubierta y anduvimos espiando la casa grande —explica Pilar, librando a Chico de mentir.

Él pasa directo hacia su pieza, y Pilar, que va a entrar al baño, al

verlo parado frente al espejo de Alfredo, le dice:

—¿Qué ves cuando te ves?

Él se da vuelta, y sonriendo le contesta:

—Veo a este hombre que soy. Y me gusta.

Esa noche, Pilar se desvela. Escucha la respiración profunda de Magdalena que duerme dándole la espalda y busca con cuidado en el suelo. Con el celular alumbra adentro de las zapatillas, las sacude boca abajo en el piso —a los alacranes les encantan esos refugios—, se las pone y sale del cuarto tratando de no hacer ruido.

La puerta de entrada está vencida y hay que levantarla un poco para que no raspe. No han querido cepillarla, porque esa luz que quedaría sería el espacio justo para que se deslice una víbora. La luna ilumina el frente de la casa, se ve la tranquera a lo lejos, la mancha oscura del algarrobo y la piedra debajo. Busca una silla; hay una manta sobre ella, deben haberla dejado al entrar, se la coloca sobre los hombros y se sienta cerca del aguaribay. El silencio la envuelve, hasta que, quieta, abriendo los ojos al cielo mudo que titila engañosos mensajes, comienza a escuchar los latidos, los del universo y los de su corazón. El viento del este refresca. El oído comienza a percibir los murmullos, los miles de sonidos que la noche exhala desde la oscuridad, y ella se deja abrazar por la manta de Sofía y por la tremenda necesidad de ser parte, otra vez, de algo que su entendimiento no razone, solo sienta.

Se alerta, teme que sea un animal, vuelve a su recuerdo el león que baja de la sierra para matar las ovejas, los cabritos, pero cuando va a pararse, la voz de Chico le susurra:

—Soy yo, no te asustes.

Su primo aparece en el lugar donde la noche se hace más clara, fuera de la sombra del árbol, y va en busca del sillón.

Cuando se sienta, Pilar le dice:

—¿Estos sillones son los que estaban en la casa vieja?

Así de disparatada comienza esa conversación que durará hasta que claree detrás de la casa.

—Vos tampoco podés dormir, por lo que veo —susurra Pilar—. Hay algo que me da vueltas en la cabeza, y que quiero preguntarte, porque entre lo que me has contado y lo que he visto, me perturba.

—Dale —dice Chico—, estamos de liquidación. Saldos y retazos.

Ella se ríe, ha descubierto el humor, a veces ácido, a veces infantil, de su primo, y lo disfruta.

—Si Machingo te dejó el campo, y seguramente cobraste como hijo de Merceditas tu parte en la venta de La Algarroba, ¿por qué no te

fuiste cuando te paraste en tus pies? ¿Por qué quedarte con alguien que te sometía?

Los dos han mirado hacia el algarrobo que sombrea la tumba, como si de alguna manera pudiera corporizarse el dueño de la tierra y *sacarlos cagando* —esa sería la expresión justa— a punta de pistola

Pilar recordó lo que le había contado su primo: que alguna vez, en uno de esos pequeños campos que Alfredo compraba, salió a los balazos gritando su nombre, marcando el territorio cuando quisieron entrar a ocuparlo unos avivados.

Chico absorbe la pregunta, y despacio, le dice:

—El campo lo estoy trabajando, siempre me di maña para atender todo y está muy cerca de aquí. El dinero está guardado, o invertido en algo de ganado; no me hace falta mucho para vivir. Pero si escarbo en mí, rascando bien adentro, te contesto con la verdad. Cuando me presentaste, herido, en medio de la cama del abuelo Pancho, escandalizaste a todos. Eso me dio fuerzas para aguantar lo que vino. Las tías bramaban, Catalina sobre todo, incluso me amenazaron diciendo que cuando murió la abuela Isabel dividieron los campos pero Merceditas estaba muerta, y yo no existía en esos años para ellos. No protesté, no tenía fuerzas ni herramientas para pelear algo así. Al poco tiempo, Machingo se descuelga con el legado. A tu viejo le daba por las pelotas, me hacía problemas, tenía rabia porque no se lo di para que lo manejara, pero yo agachaba el lomo, le seguía la corriente, y mantuve mis cosas aparte. El escribano Paz me ayudó mucho. Alguna vez anduve haciendo averiguaciones en Santiago del Estero, y seguí el rastro a la familia de Lisandro pero lo que encontré fueron caras, nombres, gente grande, no familiares muy directos, y la mala fama de que el cantor había desparecido con el mejor caballo de don Pancho. ¿Cómo se vuelve atrás en la infamia? Aprendí que la verdad no la tiene nadie. Cuando me contaste lo que sabías, sentí que de una manera, que no creo premeditada pero aun así perversa, el viejo Pancho me hizo vivir años al lado de la tumba secreta donde había enterrado a Lisandro y a Belcebú. Como sea, Alfredo era mi familia, la única que tuve, la única que tengo. Sentí que le debía la educación, la pagué con creces pero me enseñó mucho, y tu vieja fue la madre que me puso la vida. Una vida que me da la oportunidad de vivir en el lugar que quiero, libre. Cada uno, Pilar, acomoda el pasado como menos le duele. Pronto va a amanecer —dice y se levanta, y devuelve el sillón a la galería aún en sombras—, mejor dormimos un poco.

Cuando ella vuelve a su pieza tratando de no despertar a Magdalena, siente que Chico le ha dado un regalo. Acomodar el pasado como menos duela.

A los pocos días, Sofía se ha puesto *inavenible* —como solía decir Isabel—, con arranques de ira que luego pasan; no desea estar en el campo, y deciden volver a la ciudad. Cuando emprenden el regreso cargados como gitanos, Pilar mira la casa, los corrales, y sabe que será el último viaje de su madre.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Limpia de todo pasado

Vaya Dios a saber por qué coincidencia, pero en la misma semana que Aurora se cayó en el campo y se quebró un hueso de la pierna —lo que le acarrearía, tiempo después, no poder movilizarse más allá de su dormitorio—, Catalina tuvo el ataque. Lo sufrió a la madrugada. Quien la encontró dijo haberse alertado porque en las mañanas siempre lo llamaba, y eso no había sucedido.

El hombre, amigo de Eugenio —y todo hacía pensar que esperanzado heredero—, le servía, la llevaba al campo y era dócil depositario de quejas y desplantes. Maltratos que parecía soportar estoico, pero quejándose con cuanto cristiano se cruzara en su camino. Pilar fue una de esas personas, en una ocasión en que visitó a Catalina; se encontraron en la vereda, ella entraba y el otro salía. Apenas preguntó por su tía, el hombre, Licho para los amigos, con su cara de perro apaleado agachó la cabeza encanecida y comenzó su plañidera queja: *Me va a matar, está insoportable,* y largó la andanada referida al carácter insufrible de la vieja señora.

Ese día, Pilar se allanó y le dijo que a Catalina se la aceptaba o era mejor batirse en retirada. El hombre le contó que Eugenio le había dejado muchos amigos a su madre —y hacía señas con las manos, una circunferencia con los dedos—, pero que cada vez eran menos, hasta quedar él solo.

—No cambiará —aseveró Pilar—. Ella es así. Me extraña que esté viva, después de tantas tragedias. Creo que la muerte no la alcanza porque está tan ocupada.

Lo dijo sonriendo, una broma entre tanto luto, haciendo alusión a las palabras de su tía cuando Eugenio murió. *«Esperame, pronto voy a estar con vos»*.

Y ese comentario, supone Pilar, le costó la relación con su tía. Aunque, si lo analizaba, Catalina actuaba con un sentido de supervivencia astuto y coherente; Licho era funcional a sus planes.

Sin embargo, a pesar del distanciamiento por los chismes malintencionados de ese edecán de turno, fue hasta la casa apenas Chico le avisó lo que le había pasado.

Su primo le describió el cuadro con que se había encontrado el hombre cuando abrió las puertas con las llaves que Catalina le había

dado para que regara las plantas en su ausencia. Todavía respiraba cuando la levantó del piso, la cara helada por haber estado contra la baldosa fría, torcida la boca en un rictus cruel, el brazo paralizado y la mano agarrotada sobre la llave del ropero. Solo asomaba el cordón rojo de seda con la llave que escondía vaya a saber qué cosas.

Cuando Pilar llega a la casa, sube las escaleras y se para en la puerta del dormitorio. El cuerpo de su tía es un bulto mínimo en la cama grande tapado con la sábana. La otra mano es una araña de patas chuecas, con las uñas pintadas de un rosa nacarado. Un hilo de saliva cae brillando por el costado del labio inútil.

Los ojos, cavernas con un punto de infierno anidando en el fondo, vigilan, entre feroces y espantados, los movimientos alrededor. Una enfermera se ha hecho cargo. Licho se mueve rápido, tomando el mando de ese barco lleno de fantasmas y de posibles tesoros. Cuando se acerca a la cama, advierte que los ojos de Catalina son muy parecidos a los del abuelo Pancho, aunque a su abuelo la ternura se los había suavizado. Estos son afiebrados pedernales donde la luz resbala sin ánimo de habitar esas oscuridades. Odio, rencor violento, la rabia del que no puede dominar ni siquiera su cuerpo, arden en esa mirada. La misma mirada de Alfredo antes de que la gracia lo tocara, dándole paz y una buena muerte.

Catalina hierve por dentro, aprisionada en un cuerpo de huesos rígidos, de sangre que se oxidó con los recuerdos. Pilar busca con esfuerzo un poco de compasión para ese ser, ese espejo en el que el universo ha permitido que se vea a ella misma cuando enquistó el dolor de la muerte de Ari y se lo apropió, haciendo trinchera embanderada en la pérdida.

Ante el temor de Licho, que la vigila pero no se atreve a detenerla, Pilar se acerca a la cama. Abre la cartera, saca el pañuelo y lo despliega en la falda de su tía, que brama preguntas mudas, y cerca de la mano que todavía mueve le deja la foto y la cadena. Esta vez, Catalina no podrá decir: *Lo sé todo*.

Se da vuelta, no quiere llevarse ni siquiera la imagen del asombro, o de la pena. Nada que pueda ser un lastre en la vida que quiere construir.

Cuando sale del dormitorio, mira por última vez la casa, las piezas de sus primos, y baja las escaleras. Para ella, la historia se cierra aquí. Catalina queda en las manos que ella misma había elegido. Y eso está bien.

Antes de salir esa mañana, le preguntó a Ramón cuál era la habitación más luminosa de la casa.

—Uno de los dormitorios —le dijo él— que no hemos abierto todavía, tiene dos ventanas grandes, una al este y otra al oeste.

—¡Perfecto!

Fue a verlo; no tenía demasiados muebles, y Ramón quedó en buscar un ayudante y despejarle el mayor espacio posible. A nadie le molestaría que guardaran ese mobiliario en el altillo, un lugar enorme que abarca por lo menos dos habitaciones.

Cuando subió al auto, el corazón le latía contento; estaba animosa, dispuesta, quizás con un poco de temor. Estacionó frente al lugar que le ha mostrado una vez Rodolfo, y ni bien entró, al sentir el olor y mirar la variedad de cosas que allí ofrecían, supo que esto era lo elegido.

Se recluyó dando diversos motivos, para no alarmar a nadie. Magdalena le reprochó el silencio, o el secreto; Chico le dijo que no se preocupara por nada. De vez en cuando, Pilar interrumpía el trabajo para hablar con la cuidadora de su madre. Sofía estaba igual, con algunos días en los que apenas caminaba; a veces, a la hora de comer, levantaba la cuchara o el tenedor y lo dejaba a mitad de camino, como si en el corto trayecto hubiera olvidado hacia dónde iba el movimiento. En otras, como quien despierta de un sueño inducido por un hada malvada, conectaba cosas, datos.

Marta le contaba los detalles y luego le pasaba el teléfono a Sofía, que contestaba con risas cortas, monosílabos, hasta que Pilar concluía la conversación con un:

—¡Te quiero mucho, viejita!

—¡Yo también! —respondía enfática Sofía.

Cuando sale de la habitación que Ramón ha vaciado, cierra con llave y mete la llave en el bolsillo de su pantalón.

El casero asiste a este inusual proceso dejando la comida; ella le ha dado instrucciones precisas, y en determinados horarios pone en la mesa del hall, donde las habitaciones confluyen, agua fresca, frutas, quesos y dos termos con café y té. En un par de ocasiones, Ramón podría jurar que la escuchó cantar en francés con una hermosa y afinada voz.

Una tarde la ve pasar hacia su dormitorio con un delantal manchado, sucio. ¿Estará decorando el lugar? Quizás ha hablado con los dueños de la casa y planea comprarla, o lo ha hecho ya y la habitación es para alguno de los hijos que viven lejos, en otro país…

Conjeturas, porque el día en que había llegado una camioneta

cargada de cosas y subieron grandes paquetes, él no estaba; Pilar lo había mandado a buscar víveres al mercado y se enteró después, por el jardinero del vecino.

Todo es extraño, no quiso que su hija limpiara, apenas el dormitorio de ella, sacar la ropa para lavar, pero en los horarios pactados y solo dos veces en la semana.

El señor Rodolfo había pasado una tarde, y le dejó frutas en una canasta. La señora Pilar no había bajado. Ella lo llamó después para agradecerle y decirle que no se preocupara, que cuando terminara le contaría, que estaba bien, que le permitiera guardar esto hasta saber si tendría éxito en su proyecto. *Cuando todo pase*, dijo.

Más de tres semanas.

Ramón no puede detenerlo ese día en que lo atiende en la entrada y él pasa a su lado y sube las escaleras de dos en dos, y desde arriba, le dice:

—¡No se aflija, yo me encargo!

Rodolfo golpea la puerta donde Pilar se encierra, y luego de unos ruidos que no supo identificar, la puerta se abre y ella aparece, manchadas las manos, salpicado el largo guardapolvo de todos los colores del arco iris. No puede evitar mirar hacia el interior de la habitación. Apoyadas en las paredes desnudas, las pinturas escandalizan los ojos, pinceladas de sombras y luces brillando en el óleo como brillan los ojos de la sorprendida pintora.

—¿Esto era lo que escondías con tanto afán? Algo sospeché, pero luego temí y me preocupé, y además, para qué mentir, ¡tenía tantas ganas de verte!

Y la abraza sin importarle que se ensucie su camisa. La besa, un beso largo; Pilar, exhausta pero extremadamente vital, le responde con pasión, con la alegría del que termina su trabajo y recibe el premio con el corazón confortado.

Ramón retrocede discreto hacia las escaleras con una sonrisa que se le extiende por toda la cara. *¡Es hora de que pasen cosas buenas por este lado*!, piensa.

Rodolfo, al separar el cuerpo deshaciendo un poco el abrazo, no resiste la curiosidad y mira por sobre el hombro de Pilar. Le cuesta tragar, la saliva se espesa en su garganta, los ojos se le agrandan, como si quisieran cubrir todas las imágenes que tiene frente a sí.

Está conmocionado. La crudeza de algunas figuras, los rostros en las sombras, una mezcla de humanos y animales, mujeres con lenguas que giran alrededor de las cabezas del que tienen al lado, gorros

cardenalicios, sotanas, coronas de espinas, mujeres de blancos pechos y de oscuros ojos. En otra de las telas, un estallido de rojos, púrpuras, negros y anaranjados sobre hierros retorcidos y humeantes, y esas manos que se abren desesperadas hacia el cielo; no necesita que se lo diga, son las de Ari. Más allá, una niña con un moño en la cabeza, medias cortas, la falda rasgada en la mitad mostrando un glúteo rosado, infantil e inquietante; delante de ella, un monte verde, intrincado, donde un pájaro de fuego resalta entre el follaje oscuro. Rodolfo va de una punta a la otra mirando con deleite, con asombro creciente. El triángulo con el ojo, el ojo de Dios, vigila; más abajo, dos cuerpos entrelazados que trasuntan húmedas pasiones, lujuria y dolor, a pesar de la luz que les regala una ventana con un sol naciente. Los caballos, el molino y las víboras enroscadas, y hasta líneas como alas, mariposas, ángeles…

El hombre está atravesado por la experiencia, descubrimientos y emociones de increíbles tonalidades; su olfato experto le dice que esto es un milagro de esos que ocurren muy de vez en cuando. Y él es testigo y parte. Retrocede, y ante la mirada expectante de Pilar, exclama eufórico:

—¡Querida, esto es maravilloso!

No le hace falta más, ella se desliza en el hueco del abrazo que se ofrece y que la despoja del guardapolvo, van hacia el hall.

—Tomemos un café, lo necesito —invita.

Quiere una pausa que le permita ordenar los pensamientos, los elogios. El cuerpo ha bombeado adrenalina desde hace tantos días en frenéticos golpes de pinceles, espátulas, trementina, fijadores y el particular olor del óleo.

Con la taza en la mano, saboreando con todas sus ganas, mirando hacia la muestra de sus obras le dice:

—Mi Guernica. Mi propia guerra conmigo misma y con mis fantasmas.

Rodolfo la mira deslumbrado; esa mujer es una inagotable fuente de sorpresas. Alguna vez habló de que llevaba un diario, y él creyó que por allí haría un libro con tantas historias. Sabía también de su afición por la pintura, pero, prejuicioso, creyó que era el entretenimiento de una mujer en la campiña cuando terminaba los quehaceres hogareños y esperaba que su marido volviera.

¡Estupideces masculinas!

Ante sus ojos está la obra de un verdadero artista. Y eso lo sofoca. Necesita tenerla abrazada, desvestirla, mimarla, y no vacila, llevándola casi en andas hacia el dormitorio. Las imágenes todavía anidan en su retina, y esas imágenes lo excitan: la muerte y el sexo, brutales y

perversos en las pinturas, le muestran la parte más secreta de Pilar, la que no podía alcanzar aunque la penetrara, aunque su lengua explorara los más recónditos pliegues de su cuerpo, y esa inaccesible esencia lo enloquecía, intangible, volviéndolo un macho exigente con él mismo, dando lo mejor de su masculinidad hasta dejarla plena, hasta sentir que varias veces, como una interminable secuencia de espasmos en la íntima carne, Pilar era suya, engañosa y fugazmente suya.

La luz que huye se demora en la mujer mojada y temblorosa, que se acurruca contra el hombre cuyos ojos brillan como los del primer hombre sobre la tierra.

Cuando, vestidos y relajados, bajan a la cocina para recuperar las fuerzas, Pilar, sin dejar lugar a la protesta, le informa la decisión que ha tomado:

—Me voy a Costa Rica. Necesito ver a mi hijo, hablar lo que nunca hablamos. No es lo mismo por teléfono ni con esa imagen que me miente cercanía en la computadora.

Él ha quedado con un tenedor en el aire. El plato de pastas que preparó Pilar en un santiamén ha sido literalmente devorado, ella ha comido a la par, y un buen vino se ha escanciado en las copas.

—¿Y nosotros? —Rodolfo inaugura la palabra, el modo, una forma de decirse ante ellos y ante el mundo.

—Nosotros ya nos tenemos, solo habrá que buscar el cómo y el cuándo. Somos adultos, libres, podemos viajar, querernos, hacer lo que se nos dé la gana, pero debo terminar lo que empecé.

Pilar se levanta y abraza a ese regalo de la vida, y besándolo muy suave, le dice:

—Será tan hermoso ese *nosotros*, cuando me libere de todo lo que me estuvo martirizando por oculto, por secreto…

—Creí que con las pinturas lo habías logrado… —protesta él como un niño que no quiere soltarla, que la necesita como jamás a nadie.

—Ese modo de expresarme es una parte, y me hace muy feliz, pero hay otras cosas; estaré fuera un mes, a mi regreso hablaremos, quizás deba ir después a Francia… arreglar algunas cosas…

Él la interrumpe y la abraza, y enfatiza su sentir:

—Yo puedo vivir en cualquier parte, mi trabajo lo hago viajando, ¡lo que sé es que no concibo este camino sin tu compañía!

El corazón de Pilar se expande como si pudiera abarcar todo el amor del universo, y se aferra a Rodolfo, a su piel, su olor y sus besos. Las palabras son tan valiosas que las guarda como un tesoro, el premio después de las batallas. Pero no está ciega, esta vez no. Todavía falta, y

no arruinará este amor por no terminar de cerrar las historias.

Limpia, repite para sí, *quiero estar limpia de todo pasado.*

SEGUNDA PARTE

PURA VIDA

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

El mundo es redondo para darle la vuelta

Cuatro de la mañana. Hace mucho calor dentro del avión.

Otra vez volar. Otro destino. El asiento es incómodo. Ha elegido pasillo, como si de alguna manera siempre pensara en huir. Le parece escuchar una voz que le dice: *¿Hasta cuándo vas a correr, Pilar?* Hasta llegar a Costa Rica, a los brazos de Noah, se responde.

Cuando la aeromoza explica dónde están las puertas de escape y cómo colocarse la máscara de oxígeno ante una emergencia, insistiendo en que primero debe ponérsela uno mismo y después auxiliar a otros, entiende el mensaje como si fuera personal. *Esta vez, Pilar, te ocuparás totalmente de vos. Es tiempo de hacerlo.*

Se había cuestionado largo y tendido el porqué no permitir que Rodolfo la acompañara al aeropuerto. Para hacerlo, él tendría que haber cancelado un viaje de trabajo, y ella no lo aceptó. Mejor así, tuvieron una hermosa cita en su casa, sin dramatizar, aunque su corazón alegaba otros argumentos.

Sin embargo, Chico se ofreció a llevarla apenas ella le contó de su decisión. Su primo no era el tipo de persona que le diría: ¡Estupendo, te va a hacer muy bien! No emitía opiniones a menos que le preguntaran, y en los últimos tiempos, volcado al estudio intensivo de una disciplina holística, su carácter había cambiado, como si todas las piezas hubieran calzado en su lugar. La ayudó con las maletas y los trámites. En la espera, mientras tomaba un café y revisaba su celular, Pilar se dio cuenta de que este se había averiado y no podía enviar ni recibir esos mensajes instantáneos que nos brindan sosiego: *ya llego, te espero, cuidate*. El miedo se hizo calor intenso en la garganta, subiendo hasta su cabeza, pero después dio paso a la sensatez de entender que, a veces, estas cosas ocurren.

—Como mi abuela, cuando vino de Eslovenia —le dijo a Chico—. Con muchos menos recursos que yo, sin hablar más idioma que el propio.

—O como mi madre —dijo inesperadamente Chico—, que se cansó de esperar que mi padre la buscara. Todo es incierto —agregó su primo.

La sorprendió. Pensó que el discurso era certero, pero debía internalizarlo. La dependencia no era solo de las personas, también la

tenemos con los objetos. ¿De qué se alimenta el viento? De las cosas. Las cosas son el pan del viento. Esperar que te amen, que regresen, que el mundo vaya hacia atrás. Cuando uno se vacía de pasado, hay lugar para lo nuevo. Esperar es malversar las horas, el pecado más peligroso y castigado.

—Comienzo mi cuarentena —le dijo a Chico.

Él sabía a qué se estaba refiriendo. En los estudios que había emprendido se hacía mención a esto. Cuarenta días estuvo Jesús en el desierto, cuarenta años el pueblo judío en Egipto, cuarenta días se espera en un barco para volver a tierra, cuando hay peligro de alguna peste, cuarenta días tarda una mujer en recuperarse de un parto. Pilar supo que le iba la alegría de su vida futura en ello.

La familia con sus redes, con sus tóxicos efluvios, había envenenado sus días. Al llegar tan lejos y tan hondo en los secretos, para poder disfrutar de lo nuevo del amor, del arte, necesitaba respirar otro aire, mirar otro cielo, donde los pájaros y las nubes le mostraran que había otra vida, diferente, limpia. Chico, en apariencia, lo estaba logrando sin irse, en un viaje interior entregado a esa búsqueda, intercalada con el trabajo del campo y el cuidado de Sofía, a quien trataba como si fuera su madre. No estaba ya Alfredo en el medio con sus demandas, con su humor cambiante que nacía de su dolor y de sus frustraciones y que causaba tanto daño a su alrededor.

La muerte de Alfredo los había liberado a los tres.

Magdalena, tras su divorcio, había tomado las riendas de su vida —que había estado sujeta a la de su padre y luego a Federico—; había tocado fondo. Recién entonces su hermana descubrió el potencial que tenía para el trabajo y para una independencia emocional difícil, porque el lugar que había elegido en esa historia era estar donde hubiera un hombre como sostén económico. Una mierda confortable. Y una de las formas de escapar había sido tener un amante.

Recuerda lo gracioso de los malentendidos, cuando pensó que su cuñado Federico era gay, y el enojo entendible de Magdalena, porque ella no la consideró capaz de embarcarse en una aventura. Muchas sorpresas en el camino recorrido desde que volvió de Francia.

Mientras veía alejarse a Chico para buscarle una botella de agua, pensó cómo habían sido las cosas al principio, cuando recién llegó de su voluntario exilio.

Todos eran extraños entre sí. La sombra del viejo era tan grande que no dejaba entrar un rayo de luz, o en rigor de verdad, ellos no supieron salir de esa sombra. Al desaparecer, comenzando a marcharse primero en lo físico, luego en sus cosas, sus lugares, y de una manera brutal, de la mente de Sofía, los había aliviado.

Sofía lo condenaba, en un acto de tremenda justicia y de gracia providencial, al olvido, recordando solo lo que quería recordar. *La cabeza de mamá es un balde agujereado al que le viertes agua, y la pierde a los pocos minutos*, le había comentado a Magdalena días atrás. Sofía vivía con dos cuidadoras, y Chico se alojaba en la casa cuando no estaba en el campo.

—¡Tan lejos te vas! —exclamó Magdalena cuando su hermana le contó sobre la intención de viajar.

—Quiero y necesito —le contestó ella— ver a Noah en su hábitat, dónde vive, dónde ha hecho amigos, o amores. La última vez que lo vi fue cuando murió papá, necesito abrazar al niño que se ha convertido en hombre.

Mirando el flujo incesante de la gente en el aeropuerto, pensó en aquel niño al que le encantaba jugar, montar a horcajadas sobre la espalda de su padre. Ari siempre encontró el tiempo para ir a pescar al río, para enseñarle a nadar; tuvieron esa complicidad, como la tuvo con ella en el gusto por la pintura, por la naturaleza, y en atraparlos en las imágenes fotográficas.

Ese amor por la libertad había llevado a su hijo a vivir entre monos y cocodrilos. ¡¿Buzo?! Había visto los videos que Noah le enviaba, el dedo pulgar en alto invitándola a que disfrutara, que todo estaba bien, la boquilla del oxígeno en la boca, los ojos risueños detrás de la máscara y su pelo ondeando como algas en el agua, largo, descolorido por el sol y el mar. Ese mar verde, oscuro y misterioso, donde su hijo descubría la maravilla y, a veces, el asombro que ni tiempo tiene de ser miedo cuando pasa un tiburón cerca. Como su padre, Noah buscaba pasar sus propios límites, sentir «la pura vida» como dicen en el lugar donde está.

Apenas ella se recuperó un poco de la tragedia de la muerte de Ari, él había tomado una mochila y primero fue a Latinoamérica, desde la Argentina de su madre, hasta México. El dolor por la muerte de su padre lo llevaba consigo pero, como ella había notado en las últimas conversaciones, estaba concentrado en una búsqueda personal y sus días tenían los colores y los acentos de nacionalidades y culturas diversas. *El mundo es redondo para darle la vuelta*, le había dicho riendo en la pantalla de la computadora, su rostro lleno de vida, cuando ella le reclamó dónde o cuándo iba a parar.

Pilar terminaba pasando los dedos por la pantalla en una absurda caricia, cuando se apagaba con un *glup*, ese sonido acuático que daba por finalizado el contacto virtual.

Ella había estado equivocada. Sus hijos no le pertenecían, eran esos «otros» que parió y que había entregado al universo esperando que

tuviera la bondad de cuidarlos. Hurgar en el pasado tiene un precio, y ella lo había pagado. La familia, armar y ordenar ese árbol de ramas tortuosas, le había llevado tiempo y energías. A cada uno de ellos le agradeció, los honró y despidió en paz, aun a los que todavía estaban vivos. Cada uno fue su maestro, un espejo para reflejar las sombras, la parte más oculta del alma, cubierta capa tras capa de mandatos, creencias, mezquindades ajenas, secretas, que ella sacó a la luz.

La voz que anuncia las turbulencias y pide no levantarse ni sacarse el cinturón de seguridad la trae aquí, al hacinado avión, donde otra vez le tocan estas incomodidades, el miedo, el antiguo miedo que mordía la mente como un perro hambriento dispuesto a devorarla. ¿Vendría en su código genético ese miedo? ¿Era el terror de María, su abuela, arrojada al incierto viaje hacia lo desconocido? Como sea, se prometió superarlo.

Sería tan sencillo dejarse ir, caer en la histeria que brota alrededor… En la fila del otro lado del pasillo va un hombre contrahecho. Lo había visto en el aeropuerto mientras despachaba su equipaje, sentado en una silla de ruedas. Ahora tiene las piernas flexionadas sobre sí mismas; su cabeza enorme no guarda proporción con el cuerpo, y sus largos dedos huesudos veteados de manchas blancas, seguramente por una enfermedad, tocan la pantalla que tiene frente a los ojos buscando frenéticos los naipes que van apareciendo. Juega al solitario. A su lado, una mujer de rostro avejentado, con ojos aún vivaces, le habla y de vez en cuando, si las turbulencias lo permiten, pasa con dificultad delante del hombre y va al asiento de adelante, donde conforta a la que parece ser su madre.

La anciana luce agobiada, la curvatura de la espalda, el cabello sin brillo, las manos nudosas que retuerce entre sí. Toca errática la pantalla, esperando que algo ocurra, pero no entiende las ventanas luminosas, las flechas, y se queja porque no logra resultados mientras el hombre, a sus espaldas, seguramente su hijo, bambolea la cabeza para mirar por el espacio de los dos asientos y le grita órdenes. *¡Tocá con el dedo, ahí, seguí donde dice continuar, hasta que te aparezcan las películas y elegís la que quieras ver!* Sencillas instrucciones para quien estuviera familiarizado con ello, pero la mujer sacude los hombros, todo el cuerpo es una negativa mientras en la pantalla las opciones aparecen y desaparecen. Al fin, dejando caer las manos sobre sus rodillas, desiste. La otra mujer, que ha regresado a su asiento, repite el proceso de pasar con dificultad delante del hombre para ir hasta donde la anciana masculla su contrariedad, y le pone una película.

Pilar piensa que eso es la vejez: la película la eligen los otros.

¿Solo en la vejez? ¿No había seguido ella el sueño de Ari? Había tomado la forma de otro recipiente, amoldándose porque el amor era bueno y ese cuerpo querido siempre estuvo dispuesto a contenerla. Su pasado, la carga de ser Pilar Montero, esa carga manifestada en la familia y en la geografía, se aligeró al ir tras su amor; llevó la parte necesaria para siluetear una identidad y luego, en la agreste compañía de los lugareños, su alma aprendió a reflejar las tonalidades de las almas de sus vecinos y fue parte del proceso del cambio de Ari, que sencillamente siguió siendo él mismo. Su madre, Shoshana, y su padre, Gabriel, habían dejado la impronta en él de estar al servicio del otro, de oler el dolor ajeno y percibir cómo calmarlo.

A diferencia de él, Pilar venía de las contradicciones. Del orgullo por el territorio. *La tierra y la sangre, el mejor legado*, decía don Pancho, y a través de los años ella vio despedazarse a los hijos de ese hombre, por la tierra, los objetos, el poder ilusorio de las posesiones.

Pilar portaba como una oscura semilla la percepción del mundo como un lugar de quebrantos, de sospechas hacia el que se considerara distinto.

Ari cargó con otra simiente: la del perseguido, refugiado, matado mil veces. En los años de bonanza, ese germen durmió sin tiempo ni espacio dejando que él fuera su amante, su único amor, el que se ocupó de tantos cuerpos y de tantas almas, y luego, un día, sin una causa o hecho exclusivo —que ella supiera—, como siguiendo las voces que escuchamos en sueños, despertó y se abrió, haciéndolo renegar de todo para marcharse a cumplir un mandato ancestral. Para ella, un mandato injusto.

¡Qué ilusa! Pretender que la vida, ese magma caliente o gélido que se recrea una y mil veces, que cruza los hilos de manera ciega, arbitraria, caprichosa, le brindara lo que pedía. Hasta ese día en que los ojos de Ari le demostraron que adentro de cada ser anida un extraño hasta para uno mismo. Esa mirada. Una mirada de amor, pero amor gastado por los años, el aroma de un sentimiento que ha ido mutando, nostálgico de lo que fue perfecto en su esencia. ¡Tantos reproches absurdos! Su marido se iba, y nada pudo detenerlo.

Rechaza los pensamientos, sabía que eran producto del anclaje a los recuerdos de otros vuelos, otros aviones.

Otra vez el anuncio con la prohibición de levantarse de los asientos.

Las pantallas informan datos, menos 50° la temperatura en el exterior del avión. En realidad, reflexiona Pilar, quizás todo esto es un

invento de la mente, cuando subimos y nos instalamos en la nave ni siquiera pensamos lo que vamos a hacer. Esta cabina es el sueño, no nos imaginamos tan lejos de la tierra; el hecho de estar con otros, las voces, las rutinas de a bordo nos distraen, como la música, las comidas, las películas.

Apoya la cabeza en el respaldo y la gira hacia la izquierda. Su compañero de viaje es un hombre corpulento, de piel atezada por el sol; en el lugar al lado de la ventanilla, su mujer duerme un sueño pesado bajo los efectos de una pastilla. Apenas se sentaron, ella le había pedido a su esposo, a los gritos, que le tomara fotografías con el celular para enviarles a sus hijos. Él lo había hecho con una docilidad, una mansedumbre callada. Pilar pensó en las vacas.

Conversa con él un rato, es agrónomo, trabaja en el campo. Son temas que le agradan así que hablan de siembra, de rutas anegadas, de tambos que cierran, del éxodo de los ganaderos corridos por la agricultura invasora; la soja, el maíz y el trigo eran mejor negocio que las vacas. Amén de sufrir las inundaciones: ella recuerda imágenes de animales con las patas ocultas en el agua.

Su destino final es Cuba. *Un all inclusive*, le comenta mientras reciben un insípido refrigerio con las disculpas por no poder servir algo más sustancioso, por las turbulencias. *Me voy a desquitar en el hotel*, le dice.

Al otro lado del pasillo, el pasajero contrahecho se enrosca sobre sí mismo, la enorme cabeza sobre el respaldo delantero, buscando un imposible descanso por las condiciones desfavorables del vuelo. Le hace acordar a Quasimodo, el personaje de *El jorobado de Notre Dame*.

Entran y salen de los molestos barquinazos, con intervalos cortos de tranquilidad. *Una metáfora de mis dos últimos años*, se dice Pilar.

El jorobado intenta darle ánimo a su madre pasando la mano entre los dos asientos. La mujer parece estar al borde del colapso. De nuevo, la otra mujer que debe ser la hija va en su auxilio ayudándola a enderezarse y caminar hasta el baño, que se antoja un recorrido infernal para las dos.

Alguien vomita, se escuchan los sonidos y un ayudante de a bordo le acerca las bolsas de papel.

Pilar le comenta a su ocasional compañero de vuelo, con el cual han agotado los temas de conversación, que las rodajas de plátanos disecados que la azafata les trajo en bolsitas de papel le saben a trozos de madera terciada.

Él asiente y repite:

—Voy a resarcirme en el hotel all inclusive adonde vamos. Mesas cubiertas de todos los manjares.

Pilar se escucha hablar y se sorprende de las palabras que le brotan sin continencia, sin filtro:

—Mire a estos dos —dice mientras señala al jorobado y a su madre —, escuché que le pedían a la azafata dos sillas de ruedas para que los esperen en el aterrizaje. Usted que espera gozar de su estadía suculenta, aquel niño que llora atrás nuestro, y yo, que por primera vez siento un miedo desconocido aunque he viajado antes sola, y que anhelo abrazar a mi hijo, y que él me cocine, porque es muy buen cocinero. Todos, más esos otros que no vemos, asustados, desvelados, compartimos algo: vamos en el mismo avión.

El hombre abrió más grandes sus ojos claros, y no se le ocurrió qué contestar.

Las turbulencias les dieron un respiro, y Pilar aprovechó para caminar vacilante hacia el baño. Tenía las piernas entumecidas.

Sentada en el inodoro, en ese pequeño cubículo que vibraba más cerca de los hierros zangoloteados, escucha ruidos y zumbidos que no se oían en la cabina. En el espejo, se ve los ojos enrojecidos por el cansancio y la falta de sueño, el labial agrumado, y al mirar hacia abajo, la riñonera atada a la cintura sobre la piel donde guarda el dinero y las tarjetas de crédito. Se siente vieja, enferma, haciendo gestos conocidos en el cuerpo de una extraña reflejada en el cristal.

Se lava la cara, limpia el labial con papel, dibuja su boca con un trazo nuevo y regresa a su lugar.

Allí no está Rodolfo como la vez de su regreso. Esto debía hacerlo sola.

La pareja a su lado dormía. Quasimodo jugaba en la pantalla; sus dedos veteados de blanco se movían a gran velocidad sobre los naipes virtuales. Quizás, pensó, la única similitud era la giba en la espalda. Como Chico, cuando lo conoció. De alguna manera, su primo había logrado que la deformidad se atenuara, solo quedaba la idea de una espalda un poco cargada. Es probable que el aliviarse de sus problemas, muchos ajenos, y la muerte de Alfredo, y esos amores en los que incursionaba, hubieran hecho parte del milagro. La señora mayor había soltado la cabeza hacia adelante, en franca entrega; tres veces había preguntado cuánto faltaba para llegar, y siempre le contestaban lo mismo. Poco.

En la pantalla iluminada frente a ella, un globo terráqueo con el dibujo del avión trazando una gran línea curva simula el curso del viaje y su destino, que ilusiona por lo cercano.

La misma maldita opresión en las tripas, esa urgencia para orinar, pensando si Noah estará esperándola al aterrizar ¿Y por qué no habría de estar? La tecnología que nos libera y conecta, cuando se malogra —

como le había pasado a ella con su celular— es un motivo más de angustia.

Falta hacer una escala, y luego tomar el otro vuelo a San José.

Su compañero despierta y se aboca a mirar el aeropuerto virtual en la pantalla. El aeropuerto de Panamá es una gran rueda cuyos rayos terminan en los diferentes puntos de embarque.

—Cuando lleguemos —se oye decir Pilar—, ¿me ayudaría a encontrar mi puerta? Es la doce.

—Nosotros tenemos la treinta y cinco —le dijo la mujer al marido hablando por primera vez, pues había dormido casi todo el trayecto—. Pero vos podés acompañarla mientras yo hago unas compras.

Pilar no percibe ningún tono de posesión o de celos en la voz. Es tranquilizador, sobre todo en estas circunstancias, no inspirar esos sentimientos, no ser una amenaza para otra mujer. Es bueno y triste a la vez.

Recuerda una frase que le había dicho una amiga, a cuento de este tema: *Antes* (y antes era el cuerpo como una flecha lanzada al vacío, la turgencia, la agilidad, el aroma picante del sexo calmado), *cruzaba la calle y paraban los autos. ¡Ahora, me ayudan a cruzarla!*

No seas exagerada, le había dicho Pilar, pero ambas sabían que debajo del humor, la verdad asomaba su hocico de rata. Sin embargo, los momentos de pasión con Rodolfo la hicieron cambiar esa idea, y se sonrojó recordando la despedida.

Vuelve con su mente a Noah. Ella intuye que su hijo tenía otras respuestas para sus viejas preguntas.

El aterrizaje es suave, y cuando, acomodados los bártulos en manos y hombro comenzaron a salir del avión, Panamá se escurre, nublado, húmedo y asfixiante contra los cristales del pasillo, hacia la entrada. Inmenso. Lleno de gente de todos los colores. No como el De Gaulle. No europeo, o africano, o chino. Una multitud, la mayoría latinos, de paso hacia otros destinos, algunos viviendo en esta Babel americana.

Siente vértigo, y sin pensar, toma del brazo a la mujer de su amable acompañante, que le dice al marido: *Ayudala*. Sus ojos devoran los escaparates, las vidrieras atractivas del shopping. Se despiden las dos con un breve saludo, y mientras camina con él hacia la puerta de embarque correspondiente, Pilar le dice:

—No sé su nombre.

—Abel —contesta.

Ella piensa que es realmente apropiado a esa cara, a ese cuerpo. Un tipo bueno.

—Mi madre era muy religiosa —explica él con una sonrisa.

Pilar tiene la boca seca, el estómago en rebeldía, pero con un conato

de humor que le otorga la compañía en esa soledad de la muchedumbre, le pregunta:

—¿Cómo se lleva con su hermano?

Abel tarda un poco en entender, y sonriendo replica:

—¡Bien!

Los ojos de ella van y vienen entre los rostros, locales, números, carteles, hasta que el número doce aparece y suspira aliviada.

Abel se lo señala, y le indica: *Allí hay un bar, y el baño*, como si en la cara, en la boca que no puede modular por la falta de saliva y en el andar agobiado, estuvieran registradas sus necesidades más elementales.

Le ofrece la mano, grande, ancha; la de Pilar se pierde en ella, y se despiden. Lo compadece; sabe que cuando este buen samaritano llegue a donde está su esposa, su tarjeta de crédito habrá sufrido un saqueo considerable. El precio de la tranquilidad se paga en cuotas.

Está exhausta, con una rara fatiga, como si todo el tiempo contemplando el sufrimiento de su familia, lo llevara sobre los hombros. El fin de una era.

Se siente pesada, invisible en el flujo de gente, inmersa en un mecanismo que no puede controlar. Se dirige al baño; en la puerta, una larga fila de mujeres, latinas, europeas, de cabellos rubios, o ensortijados y ásperos, teñidos de amarillos, azules, magenta. Mira esas pieles, los olores afrentan la nariz. Su vientre la tortura, pura llama, ardor, y alguna punzada que la estremece mientras su mente trata de pensar.

Cuando por fin es su turno, se adelanta y su pierna izquierda flaquea, haciéndola renguear. Una mujer alta, con un aro de metal prendido en una de sus fosas nasales, le señala el baño para discapacitados con una mirada de conmiseración. No se detiene a explicar el equívoco; quizás no lo haya: ella está mal. Cuando entra lo agradece, porque el tamaño del baño le permitió acomodar sus cosas, el bolso, el abrigo, la computadora y la cámara de fotos. Lamenta haber cargado lo que no usaría en el avión. Creyó que era riesgoso, por los robos, embarcarlo en la bodega. El miedo. Siempre el miedo atándole los tobillos. Creía haberlo dejado atrás, en las pinturas y en el abrazo de Rodolfo, pero el infame es como un ácido, infiltrado aún en sus células, escondido en ese recoveco ínfimo de su mente.

Todo se manifestaba en su cuerpo. Protestan las tripas pidiendo ser vaciadas, pero solo se permite aliviar la vejiga. No hay medios allí para higienizarse si se produce la hecatombe presentida. Lo hará en el baño del avión.

Sale sin mirarse al espejo, solo capta el reflejo de muchas mujeres

peinándose, lavándose las manos, y piensa qué fácil es para los hombres. Eso, en algunas cosas. Cuando su padre enfermó, como el mismo declaraba, de los «Países Bajos», la próstata —ese órgano vital para la masculinidad— lo había hecho parir molestias, como antes los cálculos renales. De tanto marcar territorio se le espesó la orina, hasta ser pura sangre. Como los caballos del abuelo. Y los gallos.

La tos de alguien a su lado la saca de su divagar.

Es un hombre obeso, de raza negra, con gorra de visera y barbijo, y se desorbita tosiendo. Los ojos semejan los de un pescado en la orilla, boqueando con el anzuelo clavado en la boca. Al frente, en una silla, una mujer también negra, también con gorra de visera que parece ocultar la cabeza desnuda, le alcanza un celular con el que ella había estado hablando. Al hombre la voz le sale oscura, machucada al chocar contra el barbijo, que se infla y desinfla con los movimientos de la boca.

Pilar desvía la mirada del hipnótico cuadro.

El monitor, bien arriba en la pared, informa que faltan veinte minutos para abordar.

Toma un par de sorbos más de la bebida cola que ha comprado en el bar para elevar el azúcar en su sangre, y busca en su bolso un calmante para los espasmos que se suceden en sus entrañas.

A cada trago que da, arrecian las toses de su vecino.

Pilar, tráigame un vaso de agua, decía la voz de don Pancho en la galería de La Algarroba mientras escupía sus gargajos que explotaban temblorosos en la arena.

Hoy, aquí, camino a encontrarse con Noah, piensa en lo absurdo de los recuerdos. Ella tiene ahora más edad que la de su abuelo en el momento evocado. A sus espaldas, una larga cadena de muertes que se hacen más notables con el paso del tiempo; cualquier experiencia puede desencadenar las evocaciones, cenizas de un pasado construido sobre cenizas.

Llaman para embarcar. Levanta sus cosas, y boleto y pasaporte en mano se pone en la fila. Es el último tramo del viaje, eso la mantiene esperanzada. Camina por la manga e ingresa al avión. Es pequeño, de dos asientos a cada lado del pasillo. Pone su bolso y su abrigo en el compartimento sobre su cabeza, y se sienta.

Ve pasar al señor del barbijo, que se acomoda un par de asientos detrás de ella. La tos sigue pertinaz, como si quisiera arrancar de cuajo las molestias.

Una joven de rasgos orientales le pide permiso para pasar al asiento de la ventanilla. Pilar la observa con discreción: pulcra, ropa de calidad, anteojos para sol de cristales redondos y el celular como una

prolongación de su mano.

Una mujer del personal de a bordo reparte papeles de migración para completar y entregar al arribo. Un par de veces Pilar le pide ayuda a la joven, que disipa sus dudas en un castellano perfecto y educado. Se siente insegura, temerosa, aferrándose a los seres que amablemente se cruzan en su camino.

Cuando ve que su compañera de vuelo usaba el móvil, se le ocurre pedirle que le avise a Noah que ella está en el avión hacia San José. Quiere saber si él la va a esperar.

Lili, que así se llamaba la joven, acepta de buena gana. Pilar le muestra el papel en el que ha tenido la precaución de apuntar el número del celular de su hijo.

Los dedos de Lili tocan sinfonías sobre las teclas, y de repente, en el visor aparece la cara de Noah con la máscara de buceo y la boquilla en la boca, el cabello ondeando rodeado de plateadas burbujas, los ojos vivaces y nítidos. Pilar grita sin continencia: *¡Mi hijo!* provocando varias caras de sorpresa.

Lili sonríe y con dulzura le dice:

—Ya le escribí que usted viaja a mi lado, y que llegará a San José.

—¿Y contestará? —pregunta ansiosa Pilar, que en ese instante es solo madre.

—No —dice Lili—, porque ya estamos por despegar, pero lo ha recibido —y le muestra el mensaje tildado.

Una tilde, piensa Pilar, puede acomodar los latidos de un corazón.

Vuelve a sentir el retortijón en el bajo vientre. Apenas apagadas las luces que obligan a mantener el cinturón puesto, se levanta y enfila hacia el baño. El desastre es inminente.

Cuando baja la ropa y se acomoda en el inodoro, al girar la cabeza hacia la izquierda ve su cara estragada por las emociones y el profundo cansancio. Como en un sueño, se recuerda niña, cuando se escondió en el armario grande del baño y espió por el filo del miedo a don Pancho, pantalón a media asta, enojado, puteando contra algo que le había caído mal: *Deben ser los guisos de Catalina*, mascullaba en tanto se escuchaba la revolución de la tripa, despeñándose en cascada con sonora pedorrera.

Mientras sus vísceras se vacían de la misma manera, Pilar entiende que a su abuelo y a Alfredo, como ahora a ella, lo que les hacía ese efecto era el miedo. Cagarse de miedo no era una metáfora en su familia.

Catalina le había referido un episodio de su abuelo, a quien había acompañado, por pedido expreso, a una escribanía por unos papeles de la herencia de sus padres. *Tus bisabuelos*, había puntualizado. Era un

litigio para dividir en lotes lo recibido. En el relato de la tía se adivinaba la molestia; tardaron horas porque una cuñada de Pancho se había llevado un juego de platos, y otra lo sacó a relucir. El acto no se reanudó hasta que toda la vajilla se trajo a la escribanía y se hizo inventario. Miedo a perder territorio. Miedo a que las coordenadas cambien. Ese temor heredado, que en ella estuvo larvado, esperando por años —corre Pilar, y nadie la corre—, hoy se expresa en su más humillante y sencilla manera.

El miedo con sus mil caras, el de la oscuridad, el de los golpes, ese que le hacía orinarse en la cama cuando ya iba a la escuela, el terror a esos ojos, a esa cachetada, al cinturón, a perder el amor si hablaba, si mostraba al mundo el drama oculto tras las puertas cerradas. El miedo, sabe hoy, de que si el corazón decidía por la libertad, podía transformarse en esa montaña de inmundicia que en un torbellino el agua arrastraba. ¡Cuánta mierda puede guardar un ser humano en su alma, en su cuerpo! Se lava, dándose maña para hacerlo en tan diminuto espacio. Escucha golpes en la puerta, pero aún no puede salir. Debe adecentar su cara, sus manos, enderezar la espalda.

Cuando, ya compuesta, sale, la mujer que acompañaba al de barbijo le hace señas desesperadas uniendo sus rodillas en una contorsión extraña, agitando una mano en el aire.

La deja pasar y se aleja hacia su asiento. Despejados su malestar y su ánimo, puede comenzar una conversación con Lili. Es panameña de ascendencia china, consultora de marcas, aunque ha estudiado Arquitectura. Vive en Panamá, pero viaja por todo el mundo. Pilar, otra vez en el papel de madre —qué relajante es ese lugar—, le cuenta el motivo de su viaje: alejarse de dolores y pérdidas, y encontrarse con su hijo, que se ha zambullido, literalmente, en la vida. Lili, a su vez, le habla de sus padres y abuelos chinos que querían dejar todo atrás, incluidos los recuerdos del comunismo, de las persecuciones y de la muerte.

—Son posturas entendibles, y respetables —acota Pilar, que ha vuelto a ser ella misma—. Somos un resultado. Ellos, nuestros ancestros, se siguen manifestando en nosotros en gestos, color de ojos, cierta tendencia a la melancolía, cierto letargo emocional…

Lili gira un poco el cuerpo hacia ella demostrando interés, y dice:

—Mis hermanas y yo vamos a todas partes, a diferencia de mis padres que nunca quisieron volver a China.

—¿Pero comes comida china, y observas algunas costumbres del país? —pregunta curiosa Pilar.

—Sí —reconoce la joven—, pero tengo días de comida italiana, o japonesa o árabe, ¡y vivo en Panamá! —agrega entre risas.

—Para mí, es solo un lugar de paso libre de impuestos y un paraíso fiscal —reconoce en su ignorancia Pilar.

—Es como una plataforma suspendida, intercultural, no hay una identidad porque siempre ha pasado de unas manos a otras —acepta Lili—, pero amo este lugar húmedo y pegajoso, con una diversidad de flores, de plantas y animales como no hay en ninguna otra parte del planeta. En la ventana de mi oficina, a veces, los tucanes golpean los vidrios con sus picos.

—Y no todo el mundo ve los tucanes, ¿verdad? —acota Pilar.

—Es cierto —dice Lili completamente entregada a la conversación, que se ha ido haciendo coloquial, íntima—. ¿Tiene usted esposo?

Una sombra oscurece los ojos de Pilar, cuando contesta:

—No, él murió.

—Lo lamento, no quise incomodarla. Lo siento —vuelve a disculparse la joven.

—Está bien, hace algunos años ya, no te preocupes.

Lili, quizás en su intento de salir de ese momento incómodo, la sorprende con una pregunta:

—¿Existe el alma gemela?

—Bueno —sonríe Pilar—, ya vamos adelantando si consideramos que existe el alma, que estamos habitados por el ser que no tiene fin ni principio. Ese ser es feliz en sí mismo. Nosotros arruinamos bastante el propósito. La mente buscando conflictos, problemas y felicidades lejanas. Fuera de nosotros. Para estar bien con otro, debo estar bien conmigo, porque si no, solo encontramos el reflejo de nuestras necesidades.

Mientras Lili procesa lo que escucha, Pilar deplora no haber entendido a Ari. Necesita exculpar esa última conversación y condensarla en el íntimo abrazo, en el largo beso que le dio al despedirlo. Quiere terminar con esos recuerdos, porque Rodolfo se aparece de miles de maneras y ella todavía no logra acomodar su culpa con la realidad hermosa que la vida le presenta.

—¿Usted la encontró? —pregunta Lili, interrumpiendo el doloroso pensamiento.

—No sé si llamarlo alma gemela, pero sí era, y es aún, amor.

Amor… Y porque no lo deja ser, ese lugar lo ocupa el miedo. Por eso va hacia Noah: no para que él la ame, sino para que la incite con el ejemplo de su vida a que renazca el amor que duerme dentro de ella. El amor a todo. Sabe que su miedo, en el fondo, es a la vida, a volver a amar, lo que implica el riesgo inevitable de sufrir.

—A veces —le explica a la muchacha—, parece secarse la fuente. Últimamente la he alimentado de energías tóxicas y ajenas.

—No siempre podemos elegir nuestra dieta, ¿verdad? —dice Lili con un exquisito sentido del humor mirando el carro metálico que se acerca con bandejas, jugos artificiales y galletas envasadas—. Creo que nos queda la libertad de decir que no, aunque pasemos un poco de hambre. Al hambre podemos acostumbrarnos.

—Solo que no hay que dejar tanto tiempo el estómago vacío

—termina Pilar, y las dos se ríen, alivianando el aire encerrado de la cabina.

—¿Quién te puso ese nombre, Lili? —le pregunta. La charla se ha hecho cálida, como la de dos amigas.

—Es un nombre fácil de pronunciar para la lengua china, pero tengo mi nombre chino. Ese es el que vale: Xi˘ao ti¯anshı —y sonó en la boca de Lili: Chiajinshi,

—¿Y qué significa? —se intriga Pilar.

—Pequeño ángel.

Pilar tiene una rápida reflexión y la comparte con Lili. Le cuenta del hombre que la había sostenido en el anterior vuelo y que se llamaba Abel. Ahora le ha tocado un ángel.

—Voy a tener que revisar mis creencias —le dice riendo.

—¿Usted es católica?

—Sin profesar. No creo en ese Dios encerrado en los templos, me encuentro con esa energía en la naturaleza y en la gente. Tengo empacho de misas, como decía mi padre.

—Empacho… —repite con dificultad Lili.

—Perdón, es un modismo nuestro, como indigestión, exceso de comida. Demasiada religión. Más que religión, demasiada doctrina —agrega—. Cuando se busca mucho, se piensa mucho, el conocimiento excesivo impide conectarse de una manera espontánea con el ser.

—¿Pensar es peligroso entonces?

Lili la empuja hacia un lugar difícil, pero le gusta. Por momentos, hasta se le olvida que están volando.

—No —dice, y hay firmeza en esa palabra—, lo peligroso es no vivir por pensar en demasía.

Ella sabe que se está refiriendo a Alfredo, y el coletazo de la revelación le pega en la cara.

—¿Cuánto falta? —le pregunta a Lili volviendo aquí, al avión, para salir de esos lugares donde no le convenía quedarse demasiado. *No en este momento*, se dice.

—Poco —le contesta Lili.

De inmediato, a Pilar le vuelve la imagen de la mujer y su hijo el jorobado, los del otro vuelo. *Poco*, le decían cuando la vieja hacía la misma pregunta.

—Eso se le contesta a un niño, o a un anciano, debo parecer muy vulnerable, de lo contrario me habrías contestado: media hora, cuarenta minutos…

Las dos ríen otra vez, juntas.

—No se aflija más —le dice la joven—, yo la acompaño cuando lleguemos. —Pilar supo que el pequeño ángel percibía el desamparo de esta mujer grande, y sola.

Aterrizan con suavidad, ya están en suelo costarricense. Junta sus cosas y agradece haber llegado. Su cuerpo se ha hinchado, sus piernas acusan el paso de tantas horas, de las turbulencias, de estar quieta.

Y también su ánimo. Se ha perdido a sí misma buscando en la vida de los otros. Sus tías, Catalina y Aurora, están secas, prisioneras en laberintos con paisajes iguales y cruzados por idénticos rencores, repitiendo la historia una y otra vez en el final de sus días, brasas apagadas de un fuego muy viejo. En cambio, con Alfredo, con Sofía, incluso con su abuelo Pancho, había hecho las paces. Cuando se puede conocer con intención plena y comprender, como hizo ella, la niñez, las frustraciones, los espejismos que enceguecieron a otros, hay una especie de expiación, de redención. Incluso aunque ellos no lo supieran. Basta con que ella lo sepa. Cada uno tenía su lugar en el concierto, a veces cacofónico, de ese clan. Y ella tiene el suyo.

Pero en el camino ha perdido la alegría. Se siente semejante a una roca donde han anidado murciélagos, aves oscuras, seres de ojos sin luz, de dientes gastados por el odio, pequeños dientes manchados que han olvidado la frescura de una sonrisa honesta. El motivo de este viaje es recuperar la alegría. Cuando ese sentimiento anidara en ella otra vez, estaría lista para la vida que había dejado esperando.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Modo Tamarindo

La sala espaciosa del aeropuerto la despeja un poco. Hay que activarse, y Lili le señala la fila entre los cilindros de metal unidos por cordones.

Cuando le llega su turno frente a la caseta vidriada, ofrece la cara, los documentos, y la empleada le pregunta sobre la dirección exacta donde va a estar. Ella no la sabe. Solo sabe el nombre del pueblito en la costa. Tamarindo. *Allí vive mi hijo, es buzo, y me está esperando afuera.* La voz se resquebraja, se astilla, el miedo amenaza volver. La mujer recepta la verborragia, los ojos enrojecidos de esa argentina, le pregunta cuántos días se va a quedar y sin mirarla sella el pasaporte.

El sonido brusco le da alivio, como cuando se nos pierde un niño en la multitud y después de un tiempo eterno lo encontramos. Ahora sabe, porque lo ha vivido en otros viajes, que son resabios de los miedos de su abuela, de su madre, los *pasados por agua*, los que venían sin certezas dando un salto al vacío en sus vidas. De eso también debía despojarse. Honrarlos y despedirlos.

Cuando termina el trámite y se da vuelta, busca a Lili y no la encuentra. ¡Allá está! Sus ojos la distinguen, y su corazón se alegra como si la conociera desde siempre. La joven la acompaña hasta la cinta, y le dice:

—Por acá vendrá su equipaje. Su hijo contestó el mensaje, agradeciendo mi gentileza.

Pilar, en un movimiento espontáneo, la abraza acercando su cabeza a la de Pequeño Ángel.

—¡Gracias, muchas gracias! —le reitera mientras la ve alejarse.

Llegan sus maletas, unas manos amables la ayudan a colocarlas en un carro de metal, pasa los controles y sale a la luz de la mañana en San José. Viene del frío de su ciudad y se encuentra con el caluroso y húmedo verde, y se asombra por la altura de los árboles que bordean las construcciones.

Tres hombres se lanzan hacia ella con carteles en alto, *taxi, taxi*, ofrecen, gritan. *No, gracias, espero a mi hijo*, responde, como si ese hecho le importara a esta gente que busca pasajeros para llevar.

Mira a su alrededor. Sus ojos perforan el aire, buscan en la calle, las veredas, la avenida, el interior de los automóviles que vienen bajando por la curva de asfalto. Noah no está por ningún lado.

La punzada comienza, insidiosa, ladina, no mide tiempo ni espacio, para el miedo, cinco minutos es lo mismo que una hora.

Pero… si Lili dijo que le contestó el mensaje… y que la esperaba… Duda, todos los temores pasados se le acumulan en la espalda haciendo presión sobre sus vértebras, pidiendo espacio para ocupar hasta el último resquicio de su mente y de su cuerpo.

Su mano aferra el brazo de un taxista de forma dramática, incuestionable. El hombre se sorprende, y ella enarbola el papelito con los números escritos, la única conexión con su hijo, y le suplica, le dice que se va a caer allí mismo, que está sola. El hombre mide la urgencia, y ante la posibilidad de un escándalo intenta hacer la llamada. Pilar se ve atropellada por los fantasmas, no está preparada para una pérdida más, ni siquiera en su imaginación. En la garganta, la angustia es una cuerda que se retuerce sobre sí misma, agarrotando los músculos.

Cruzando la calle, viene Noah. Alto, como todos los Montero, el cabello largo y descolorido en las puntas por el sol y el mar, pero su rostro…

Pilar pone el puño en la boca para ahogar el grito, para no gritar el nombre del otro, del que ya no volverá. ¡Tan parecido a su Ari, este hijo que se ha convertido en todo un hombre!

Él la ha visto, se acerca y abre sus brazos, y ella se refugia y suelta el llanto atrapado. El taxista mira a Noah, y dice:

—¡Está nerviosa la mamita!

Noah exclama:

—¡Ey, solo me atrasé quince minutos por el tráfico! —y se ríe, el sol brilla en sus ojos de tigre, en el mar encerrado en las pupilas.

Detrás de Noah, que contiene el llanto de esa madre-mujer que encontró sus límites físicos y emocionales, que se disculpa y pide perdón por el desborde, viene un amigo, pura fibra, caoba la piel y descolorido el pelo, venezolano hasta para respirar. Joshua.

Los tres se dirigen hacia donde está estacionado el automóvil. Pilar se deja llevar, más calmada. Es una experiencia nueva que sea Noah el que la conforte, que guarde sus cosas en el baúl, y mientras salen de la ciudad le vaya mostrando lo que se abre en el camino.

Las manos sobre el volante, el perfil acentuado por la barba con reflejos rojizos, el lazo elástico que se ha puesto sujetando el cabello hacia atrás como un guerrero oriental, le muestran a un joven que ha madurado a la intemperie.

Al comienzo de esos viajes, en los que Noah parecía escapar de todo dolor, Pilar creyó que era por ella, que ella lo había desamparado, tan

inmersa estaba en su propio sufrimiento. Más adelante se percató de que aquello fue lo mejor que le había ocurrido a su hijo: despegarse de historias ajenas, sacudirlas como esa pátina blanca que formaba la sal en su piel al secarse cuando emergía de las profundidades. Mientras él salía como una flecha disparada al vacío, ella se propuso meterse hasta el cuello en las realidades familiares, en todo aquello que ignoraba o que no había tenido tiempo para averiguar. Hasta que la mierda le llegó al labio.

La selva la distrajo dándole la bienvenida a cada lado de la ruta, rumbo al pueblo donde viviría con Noah. Un arco de triunfo de verde restallante bajo el sol. Árboles inmensos, con lianas que se lanzan desde las alturas en vertiginosa búsqueda para hundirse en la tierra.

—Pronto esto se llenará de orquídeas —dice Noah, como si supiera dónde va la mente de su madre.

Ella tiene aún las toxinas amargas del viaje, pegoteada su piel por el calor y el recuerdo físico de la experiencia reciente: enfermos, viejos, turbulencias, ángeles, sensaciones, malestar físico. Y no puede dejar de contarlo mientras avanzan sobre el asfalto.

—Ma —dice Noah, ¡qué lindo escuchar su voz nombrándola!—, ya llegaste, acá todo es más relajado. Ya pasó. Modo Tamarindo, tranquila.

De la misma manera que solía usar Ari para quitarle dramatismo a la situación más tremenda, Noah trata de explicarle que si sigue mirando para atrás se perderá lo nuevo.

—¡Pura vida! —le dice Joshua desde el asiento trasero, donde viaja acostado.

Un cuerpo joven, de camiseta y pantalones cortos, que de vez en cuando se endereza y poniendo el rostro en el espacio entre las butacas, hablaba, se ríe a carcajadas, indica con el dedo algo en especial y va guiando a Noah porque conoce mejor la ruta. Siempre hacían el trayecto en colectivo, pero para buscarla a ella han rentado un auto.

Le costaba a Pilar seguirle la conversación, Joshua hablaba a gran velocidad, como si las palabras reventaran contra sus dientes muy blancos pidiendo salida.

Se lo dijo. Los amigos soltaron la carcajada.

—¡Y eso que me esfuerzo para hablar más lento! —se disculpó el joven.

Ella le pregunta por su país, por su familia. La mirada de Noah le advierte que quizás no es atinado preguntar. Sin embargo, Joshua no parece molestarse por la curiosidad.

El dolor hace burbujas entre las letras, dibuja situaciones. Él enviaba dinero ganado con mucho esfuerzo para paliar en algo la situación que atravesaban los suyos, en esa locura desatada que había devastado a su

país.

—Yo ahí no vuelvo —dice poniendo detrás de su espalda el hambre, las persecuciones, los presos, los magullados por los palos de la policía, la libertad cercenada—. Las víboras dominan.

Mordió la frase, y Pilar sintió en su cuerpo el dolor del muchacho. A poco, los jóvenes están hablando de mujeres, de fiestas, del ritmo enlentecido de los dos en ese lugar elegido para transcurrir este momento de sus vidas.

Ella todavía está conmocionada por el viaje, y trata de limpiar su mente para dejar entrar el entorno. Los árboles tienen una altura que nunca ha visto, distintos a los añosos algarrobos del norte, o a los robles de su casa en Francia; estos se pierden en el cielo, y abajo, intrincado follaje, un oscuro universo donde la luz es esquiva. Fincas con casa de madera, algunas humildes, otras coloridas, azules y amarillos que contrastan con el verdor de los pastos. Caballos, ganado diferente al que conocía, *cebú, carne muy dura*, le dice Noah cuando ella le señala los animales grandes con giba. En algunos jardines, flores como campanas de un rojo escandaloso.

Esa desmesura la inquieta. Aunque va al lado de su hijo, un oscuro temor vuelve a invadirla. Pensó que el malestar había cesado con el incidente en el avión, pero otra vez siente las punzadas en el vientre. La selva ha dado lugar a la planicie, campos raleados, camiones, carros con caballos y automóviles entorpecen el paso, van lento, *así manejan los ticos*, dice Noah sin encontrar el modo de rebasar los vehículos.

La náusea le llena la boca de saliva caliente.

—Estoy muy descompuesta, necesito ir al baño —murmura, y Noah ve la palidez extrema y las gotas de sudor en la frente y sobre el labio de su madre.

El motor ruge cuando pisa el acelerador a fondo y comienzan a adelantarse a camionetas con jaulas llenas de pollo, o con las cajuelas rebosantes de gente apiñada; ella trata de mantener la atención en los detalles para alejarla de la urgencia acuciante de sus vísceras.

Joshua, que había dormido la mayor parte del trayecto, dándose cuenta de lo incómodo y difícil de la situación da las indicaciones para encontrar una «soda», como les dicen allí a los restaurantes, casas de comida o de venta de bebidas.

Entre coches estacionados, ven un lugar con galería y salón, techumbre de paja y las mesas ocupadas por los comensales compartiendo el almuerzo.

Noah deja el auto en el medio de la calle, baja y le arroja la llave a Joshua para que lo estacione bien. Va tras Pilar, que cruza el local como una exhalación y corre hacia el sanitario siguiendo la indicación

que le ha dado una empleada al advertir la urgencia.

Otra vez. Como Alfredo, como Pancho. Esos espasmos que le daban antes de salir hacia algún evento, para luego, con mucho esfuerzo, controlarse, compuestos, incólumes, como ella frente a las puertas de la Terapia Intensiva. O la de los aeropuertos. Campeones de los desastres.

La desesperación del tripería que azotó a Alfredo cuando lo descubrieron con otra mujer en la calle. Lo mismo que le sucedió a ella, cuando atendió el teléfono y aquella voz le avisó que el cuerpo amado de Ari había volado en pedazos.

El miedo a vivir. A involucrarse otra vez en los sentimientos.

Allí supo que debía aceptar que ese tren llevaba la muerte como pasajera, y esa aceptación implicaba que nada nos pertenece y que el verdadero disfrute era no poseer nada, dejar que las cosas, las personas, los hechos, fueran como pájaros libres, con sus alas reflejando el color de los sentimientos, y verlos pasar, ardiendo, bajo el sol de un cielo perfecto.

Cuando sale, con la cara lavada, las manos frescas, hasta el cabello se ha mojado buscando despejarse, ve a Noah parado contra un poste de la galería; su semblante refleja preocupación.

—Ya estoy bien —le dice tranquilizándolo—, podemos seguir viaje. —¡Creo que he dejado sin papel higiénico a toda Costa Rica! —exclama al subir al auto.

La risa se queda un largo rato rebotando contra los vidrios, guardada para ellos, repartida en todas las células del cuerpo. Cierra los ojos dejándose abrazar por el momento, la compañía de su hijo y el amigo, la selva que crece indomable a la vera del camino, desconocida pero amable.

Piensa en el monte de su infancia, el campo donde estaban las cenizas de Alfredo, allí donde pensó que conocía todos los secretos hasta que apareció el lobo, el Coronel. A pesar de ello, cada uno de los lugares donde le habían ocurrido hechos especiales, al final balanceaban las desgracias con el amor, el terror con el asombro de la aventura y de los descubrimientos.

Todo, al final, es como lo percibimos. La rama del árbol haciendo sombra en nuestra ventana era un monstruo, hasta que encendíamos la luz. Esa luz es la que ilumina hoy el lugar más secreto de sus pensamientos, de sus emociones, mostrándole que el mundo tiene sus peligros, pero que no es el inhóspito páramo que describían Alfredo y Catalina, donde, tras las murallas, los enemigos agazapados esperaban para quitarles lo suyo, o para burlarse si se mostraban débiles. Recordó un libro de un autor italiano, *El desierto de los tártaros*, que le trae una imagen: los soldados con los ojos ciegos de mirar el horizonte, día tras

día, año tras año, y los tártaros que no llegaban nunca.

Siente el roce de la mano de Noah en su brazo y su sonrisa la llena por dentro. Empieza a relajarse. Está acalorada. Había salido de su ciudad con una temperatura de un grado, y aquí, el calor húmedo la sofoca a pesar del aire acondicionado en el auto.

En el bolso de mano trae una muda de ropa. Cuando se lo dijo a Noah, él le ofreció detenerse en un lugar al paso para que pudiera cambiarse. Un tinglado, mesas sencillas, un mostrador y el baño. Se divierte al ver los malabarismos que debe hacer para despojarse de las prendas de abrigo, medias, zapatos cerrados, y mudar a un pantalón pescador hasta las rodillas, una remera mangas cortas y sandalias. Completa su atuendo con un chaleco liviano por la utilidad de sus varios bolsillos. Al mirarse en el espejo sobre el lavabo, ruega que así como cambió su ropa pueda mudar la piel, las escamas blindadas. El sudor que brota es purificador.

Al salir, expuso su rostro cansado pero expectante a las miradas del encargado, a quien agradece al devolver la llave del baño. Mira hacia las mesas. Un par de sonrisas en respuesta a la suya le bastan. Noah la espera al costado del auto con una bebida fresca en la mano.

—¿Mejor? —le pregunta mientras abre la puerta.

Los primeros tragos de líquido, una gaseosa con aloe vera, la reconcilian con su cuerpo.

—¡Un café me vendría bien! —le dice a Noah, que conoce su debilidad por la infusión.

—Vas a ver el que te preparo al llegar con mi cafetera italiana, me la regaló Davide, el dueño de la academia de buceo.

Hacía bastante tiempo ya que conocía la vida de Noah por fotografías en las redes sociales, o videos que él le enviaba y que la dejaban sin aliento: arrojándose desde un puente sobre un río en Ecuador, suspendido sobre el abismo y sujeto solo por un arnés elástico, abriendo los brazos y gritando al viento, o buceando en esas aguas de un verde turbio que no dejaban ver nada, y donde, de improviso, lo rodeaba un cardumen de peces multicolores mientras él mostraba su dedo pulgar en alto y, con el índice, señalaba más abajo, a los tiburones girando en ronda.

Este viaje debía servir para poder entender esa manera de vivir que había adoptado Noah. Muchos genes bailaban en la sangre de este hombre. Por todas las ramas del árbol familiar estaba ese anhelo de ir más allá del horizonte, y confiaba en que su hijo sabía cuidar de sí mismo. Los Montero se aferraban a la vida con la desesperación de un refugiado. Del lado de Ari llegaban los valores, el espíritu de sacrificio, la mirada hacia los otros tomándolos como un espejo. Esa mezcla,

sumada a lo que del árbol venía bajando de los inmigrantes eslovenos, y su crianza en la paz del pueblo junto a la educación parisina, hacían un cóctel muy interesante e imprevisible.

Pone su atención en el camino. Cambia la selva y el terreno se hace más llano, más seco hacia la sierra. El pueblito se le presenta con sus calles de tierra empinadas, casas con tejas o de madera, locales coloridos, telas al viento, mujeres, niños, camionetas poderosas, carros, bicicletas, algún caballo. Todos los carteles están en inglés.

Cuando se lo comenta a los jóvenes, Joshua dice:

—Norteamericanos, italianos, las mejores casas, las fincas, los hoteles, todo lo compraron o construyeron ellos. ¡Y argentinos, muchos, esos vienen en cardumen!

Dejan a Joshua en una esquina cerca del hostel donde vive; al otro día partía hacia Roma y de allí a Suecia, a encontrarse con una novia, en una extravagante aventura amorosa. En el viaje le había contado a Pilar que a la sueca la conoció aquí y que ella le dijo que fuera para su país, aunque allá estaba de novia.

—¿Un trío? —preguntó ella asombrada, y agregó—: No creo que funcione, o lo aguantes, Joshua, ustedes son latinos, y los latinos aceptan dos mujeres y un hombre, ¡pero no dos hombres y una mujer!

Noah estuvo de acuerdo con su madre, pero Joshua dijo que iría a probar.

Ella lo mira alejarse, y piensa qué clase de amor baila en el aire de ese lugar del planeta donde su hijo había recalado.

El auto toma un camino de tierra, una pendiente, y gira para subir por una explanada de cemento. Han llegado. Un suspiro audible sale de su pecho.

—Ahora vas a descansar, es lo que te hace falta —dice Noah, mientras busca el equipaje de su madre para subirlo por las escaleras.

Su departamento está en el primer piso, con una larga galería que oficia de balcón, un mirador hacia las montañas por la izquierda y un bosque de árboles muy altos a la derecha.

—Ahí viven los monos que te despertarán mañana —dice Noah.

El mundo de Noah, piensa Pilar, *un lugar exótico, una vida extravagante; por ahora, solo quiero una ducha y una cama.*

El agua fría la despeja; sale con fuerza, la golpea; se restriega con ganas y lava su cabello. Cuando termina, su hijo ya prepara la mesa. Una cocina amplia y dos dormitorios enfrentados con el baño al medio; un sillón largo, una mesa y cuatro sillas, y camas de dos plazas en ambos cuartos: eso era todo.

El pescado asado se ve bien, acompañado de tomates y unos huevos. Noah pone un par de cervezas bien frías sobre la mesa. Ella hace honor

a todo con un apetito recuperado y voraz.

No puede hacer mucho más. El cansancio le traba la lengua. Cuando pone la cabeza en la almohada el sueño tarda un poco, hasta que todas las imágenes que venían detrás de sus párpados, que habitaban todavía en sus pensamientos, dejan de pasar.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Un cangrejo ermitaño

Un sonido gutural, ronquidos y gritos, la despiertan. Cinco y media de la mañana, le indica el reloj de Chico, un objeto que en este momento parece de una vida muy lejana.

La luz que entra escandalosa la despabila. Mira a su alrededor. Antes de acostarse había traído un par de sillas, una para la valija y otra para que cumpliera el papel de mesa de noche. Mira por la ventana y ve el movimiento en el follaje. Una nueva y extraordinaria emoción la atraviesa. Su corazón, cansado de otros avatares, agradece los sonidos y la luz.

¡A cuántas ventanas se había asomado, y qué diferentes percepciones recordaba de ellas! *Lo mejor,* pensó, *es quedarse con la última, que en realidad es la única.* Nada nos pertenece, ni siquiera la fragilidad de los recuerdos; son como las alas de las mariposas, que si se las toca pierden la capacidad de volar.

El olor del café y del pan tostado termina de despejarla. Noah se mueve con soltura en el espacio doméstico, con los gestos del hombre acostumbrado a vivir solo. La curiosidad enrolla las preguntas en la lengua de Pilar, pero algo le advierte que no debe hacerlo. Este no es el pequeño que jugaba en el bosque buscando ardillas, el de las mejillas atezadas por el frío cuando arrojaban bolas de nieve con su hermana y su padre en el jardín de la casa. Esos días se habían ido, y aunque tratara de sostenerlos en la memoria, eran solo postales de un tiempo que no regresaría. La negación, el enojo, daban lugar paso a paso a la aceptación. Un proceso lento para sus cicatrices.

Había ocupado todos los roles: esposa, madre, viuda, huérfana. Hoy rescata el de madre. No sabe qué va a pasar en los próximos días, es una experiencia nueva salir de la férula del dolor y de los mandatos, una Pilar que Noah no necesita conocer. Él vive hacia adelante, por su juventud y porque la tristeza que acarrea mirar hacia atrás no lo cautiva.

Aunque también es cierto que, como los árboles del manglar, alimentados con agua dulce y salada, con sus raíces al aire, él debía saber de dónde venía y qué sangre se mezclaba en sus venas. Unir su experiencia con el bagaje que ella traía, una maleta llena de espejos en los cuales Noah se podía mirar. Alguna semblanza de Alfredo, a quien

él admiraba como se vislumbran ciertas vidas que uno no conoce; solo eso, el brillo de una personalidad forjada con anécdotas, dichos, conductas. Pilar piensa que los días por venir develarían la incógnita.

Hacen planes. Noah se tomaría un poco de tiempo de uno de sus trabajos para estar con ella y estudiar para los exámenes de buceo.

Preparan una canasta con víveres, bebidas, unas sillas playeras, el mate, toallas y sombreros, que el joven miraba con diversión. Él salía con lo puesto para todos lados.

Ella, como un niño al que sacan de paseo después de una larga convalecencia, absorbe cada detalle, rostros, olores, árboles, callecitas empinadas, basura sin recoger, y lo que nunca había visto: monos cruzando la calle en altura, sobre un cable de acero. No le alcanzan los ojos y el alma para absorber tanto y tan nuevo.

Los árboles se yerguen como esculturas vivas, los troncos retorcidos donde la imaginación dibuja rostros de duendes y monstruos, y las largas lianas forman cabelleras que buscan el suelo o suben hacia la luz del sol.

El mar la deslumbra. Noah conoce senderos, recovecos de la selva, y se intuye por el olor que cambiaba en el aire y la claridad que avasallaba al ralear los árboles, que el agua está cerca. Bajan del auto y el disfrute empieza en espumas, olores, sonidos que mezclan el de las olas y con el de las aves que buscan alimento en vuelos frenéticos.

Soberbio. Sencillo.

Pilar camina en la arena, su mente ocupada en los mínimos detalles, en la espesura de la selva a sus espaldas, y adelante la magnificencia del agua.

Playa del Conchal, Langosta, Flamingo y la del Pirata, son solo carteles en las rutas hasta que su hijo se las despliega en su mejor versión.

En Langosta, donde la arena está cercada por grandes rocas negras volcánicas cubiertas de musgo, descubre, sentada en una hoya de agua que el mar ofrece como una bañera natural, el universo que vive en un metro cuadrado. Babosas, peces, caracoles. Allí ve por primera vez al cangrejo ermitaño.

—Se llama así —le explicó Noah—, porque no tiene caparazón propio, su abdomen es muy blando y ocupa las conchas vacías de caracoles. Cuando va creciendo comienza a buscar otros más grandes. A veces, en esas mudanzas ocurren peleas con otros cangrejos porque les va la vida en ello, cuando están sin la cubierta los depredadores aprovechan.

Ella piensa en Noah. Su hijo ha decidido vivir en una tierra donde llueve durante meses y otros tantos hay una sequía recalcitrante. El joven que habita este lugar se ha transformado en un hombre que parece necesitar cada vez menos cosas. Le llama «casa» a todo espacio en el que mora, como el cangrejo que toma la concha vacía de cualquier crustáceo y la hace propia. *Mi hijo es un cangrejo ermitaño. Como yo.*

La casa de Noah tiene ruidos propios. Las cañerías, las tuberías por donde circula algo que ella ignora, y los pájaros afuera que gritan, se imagina, en la eterna lucha de matar o ser devorados. Noah le dice que ha visto mapaches hurgando en las bolsas de basura. La noche anterior, en la que se quedó leyendo y él salió con sus amigos, ella pensó que él también es un cazador. Eso lo lleva por los Montero. Aunque, para ser justos, los eslovenos no se quedaban atrás. Él le contó que vio una lechuza enorme y que luego escuchó los chillidos desesperados que venían del nido donde se llevaron a cabo los asesinatos.

A ella le cuesta conciliar el sueño mientras se adapta a ese exótico entorno.

Una tarde, mientras el sol dora su piel y el agua encrespada que tiene ante sí, Noah, sentado en cuclillas, prepara el mate cuando alguien grita su nombre. Él se levanta de un salto.

Dos muchachos vienen caminando por la playa, uno pequeño, con el cabello trenzado en rastras, mechones apelmazados formando una mata intrincada, el otro alto, rubio, cara de gringo. El más pequeño corre y se abraza efusivamente con Noah. Ella los ve contra la luz, el mar a su espalda, los perfiles, los cuerpos vibrando de alegría por el encuentro.

Cuando se acercan sabe enseguida que son argentinos por la mirada anhelante que le echan al mate. Álvaro, el más bajo, se pone en cuclillas con los pies en el suelo y las rodillas casi tocando el pecho. No resiste la tentación de decirle que es muy buena postura para parir y defecar.

—Déjeme con lo último, nomás —dice Álvaro, entre carcajadas de los otros dos.

Se han conocido con Noah en México. Pilar, con su cámara, se queda un poco apartada de la escena siguiendo el vuelo magnífico de los pelícanos sobre las olas. Las voces le traen los temas de los que hablan los jóvenes: los mejores lugares para ir, las bebidas gratis, dónde están las mujeres o dónde conseguir un sitio para dormir a bajo costo.

Después de ponerse al día, y con la promesa de encontrarse por la noche, comienzan a despedirse. Pilar aprovecha para pedirle a uno de ellos que le tome una fotografía con su hijo. Así lo hacen y al fin, parten. Noah se ve pensativo, mirando el mar, el sol ardiendo a lo lejos; sin que él se dé cuenta, Pilar le toma una foto.

En casa se sacan la arena del cuerpo, lavan su ropa en la ducha, y listos para el descanso —Noah bucea al día siguiente, temprano—, luego de una comida ligera, mientras él habla por celular tejiendo la red con sus amigos, ella mira las fotografías. Vuelve a deslumbrarse; por eso le atraía tomar imágenes, que le permitían recrear el momento, vivido primero. La luz del atardecer les da en la espalda creando un efecto mágico. Los dos ríen, y ella se da cuenta de que está apoyada en el cuerpo de su hijo, que la supera en más de una cabeza de altura, y el brazo sobre su espalda, protector, le arranca otra sonrisa. Se ven plenos, felices. Todo cobra sentido después de un viaje tan accidentado. La otra imagen es la de Noah. Un instante donde el resplandor dibujó el perfil, el brillo de los ojos, el cabello que se enrubia en las puntas, y Ari que aparece bajo ese rostro, en ese pelo. La inmortalidad está en los genes, en la maravillosa y empecinada manera de quedarse cuando ya nos hemos ido, definitivamente.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Los ojos del cocodrilo

Cerca del mediodía llegan a la playa. Hay lanchas, botes, mucho movimiento, turistas a caballo. Ese es el lugar donde pueden llegar a avistar un cocodrilo.

Noah baja del auto para averiguar los horarios en que podrían visitar el manglar, y ella escucha un grito nombrando a su hijo. Una mujer delgada como una vaina seca, de dientes bellos y ojos vivaces extrañamente hartos: esa es la impresión que tiene Pilar cuando se baja del auto para ser presentada.

Virginia es la amiga española de Noah. Nerviosa, movediza, como esos cables que se cortan y quedan en el suelo y uno intuye que pueden comenzar a dar brincos a puro destello y olor del azufre. Esos ojos, que parecen no haber visto todo lo lindo que quisieran, cuando se posan en Noah son pura fiesta.

—¡Lo adoro! —exclamó ante Pilar, y elogia el parecido entre ella y su hijo.

Noah se aleja un momento a saludar a otro amigo y ellas terminan hablando de los ojos de los cocodrilos. Pilar dice que no quiere irse sin haberlos visto.

—Tengo una amiga que los tiene así —dice Virginia—. Lagartona —y las dos ríen—. El que suele aparecer por acá ya no van a poder verlo hoy, por la marea. La gente le tira pollos para que no se coma los perros.

Pilar agregó:

—Yo tengo una tía, se llama Aurora, y sus ojos son como de un saurio desconfiado y mezquino. Come todo a su alrededor, pero no perros ni pollos como los de acá. Se ha comido a sus hijos.

Noah vuelve al auto y se ríe al ver a las dos mujeres hablando como si fueran viejas amigas. Se despiden y quedan en juntarse una noche de esas.

Él ya tiene los datos del manglar.

Llegan al parque. Estacionan el automóvil bajo unos árboles y Noah baja a preguntar en un galpón con bancos y aberturas que muestran el río, las lanchas y a lo lejos, la unión espumosa con el mar.

Hay un hombre sentado en un banco y con los codos apoyados sobre una mesa, hablando por celular. Pilar se queda mirando desde el refugio del auto, el calor afuera es insoportable.

Noah regresa enseguida.

—Podemos hacer el viaje en un rato —dice.

—¿En cuánto tiempo? —pregunta ella mientras se aprestan a bajar sus cosas, el bolso donde ha cargado agua, unas frutas, repelente; los mosquitos son asesinos allí, y si se internan en el manglar serán presas muy apetitosas.

El encargado la saluda con la mano y sigue hablando por el teléfono móvil. Es domingo, y eso parece hacer todo aún más lento. Cuando termina, dice que el lanchero está en camino, que en quince minutos llegaría.

Pilar toma asiento en el banco largo dando la espalda a las grandes aberturas que muestran el río. Una lagartija en los escalones de piedra que llevan hacia la arena mueve la cabeza arriba y abajo, en una especie de danza o saludo. *El calor te está afectando*, piensa. Saca el repelente y le ofrece a Noah, que se estaba pegando con la mano en la pantorrilla. Él le pone a ella en la espalda. Ha salido con el traje de baño y un vestido playero, y las sandalias con tiras ajustables que le van cómodas. La ropa le parece inadecuada para esta travesía, pero cuando se lo dice a Noah él la tranquiliza:

—Está bien, ma, vamos en la lancha y es cubierta.

Pasan los minutos y el que tenía que transportarlos no llega.

—¿Vendrá? —dice Pilar, y Noah le contesta:

—Aquí en Costa Rica, cinco minutos son media hora.

Ella repara en que su hijo está perdiendo el acento gutural de su idioma de origen y se ha acomodado al español de una manera natural, quizás también porque habla mucho en inglés. Por sus estudios de turismo, se mueve con fluidez entre las diferentes lenguas. Pilar admira eso. En los años con Ari se acostumbró al manejo del idioma de los pobladores, a giros y modismos localistas, con ciertas dificultades, pero los mellizos habían nacido allí y habían compartido la escuela con los niños vecinos. Era gracioso escucharlos en la mesa, mientras la familia desayunaba, ir y venir de un idioma a otro cuando su padre o su madre les hablaban.

—¿Has llamado a tu hermana? —le pregunta mientras mira el río que se hace sombra tras un recodo.

—La semana pasada. Está bien.

—¿Te contó de su novio?

Pilar se arriesga en ese terreno. Noah es celoso de la intimidad propia y ajena, hay que ir con pie de plomo, a veces estallaba como un

polvorín y luego era agua calma.

—Sí, me mandó un par de fotos. Está tranquila, dice que van bien.

Por primera vez, ella repara en que los mellizos están incursionando en un terreno nuevo, separados y cada uno con su propia vida. Lo que había comenzado en la universidad, ahora tomaba otro cariz. Los destinos se bifurcaban como los meandros de ese estuario que van a visitar.

Se dirige al guardia y le pregunta si será posible ver los cocodrilos.

—A veces sí y a veces no, de acuerdo a la naturaleza —le contesta el hombre con el acento característico de los ticos, como los llamaban allí.

—¿La marea está bien a esta ahora?

—Está término medio.

—¿Los cocodrilos llegan hasta ahí? —pregunta señalando los bancos de arena más abajo, por donde en ese momento pasa un hombre a caballo.

El caballo parece apurar el galope, levantando remolinos de arena y agua a su paso. Al ver cómo movía la cabeza hacia un lado y al otro, ella piensa que parece asustado. Los animales presienten cosas antes que los humanos.

El lanchero, sin mirarla, con los ojos en el río, le responde:

—Yo no los vi, pero mi compañero, que estaba el otro día, vio al comeperros. ¿Ve esa casa allá entre los árboles? —y señala hacia la izquierda de Pilar—, de allí se comió los tres perros. Y hace como veinte días agarró a un gran danés. Mi compañero me contó que helaba la sangre los gritos que pegaba el desgraciado animal.

Mientras el hombre cuenta, ella siente que el calor la cubre como una baba hirviendo. Son las tres de la tarde y el agua burbujea con una caliente y fétida vaharada. En algún punto, está arrepentida de haber insistido en hacer este paseo. El hombre sigue con su relato.

—El dueño del perro, un italiano que tiene una finca grande, buscó un arma y le disparó varios tiros al cocodrilo. Enrabiado estaba el gringo. Vino la policía y le hicieron una demanda. Por suerte no lo mató, si no, le caía todo el peso de la ley.

—¿Cómo? —pregunta, pensando en el pobre perro.

—Claro —dice el guardia—. El cocodrilo está en su lugar. Otra cosa sería si el cocodrilo se mete a su casa. Allí podría usted matarlo. Pero aquí está protegido. Apareció a los pocos días de nuevo, y el perro después.

—¿No se lo comió? —pregunta, fascinada por la terrorífica historia. Y el hombre explica:

—No, el bicho los abre, los deja que se pudran para que estén blanditos y luego los vacía y come todo lo de adentro. En el puente

grande —dice como si Pilar supiera dónde queda— se tiró un nicaragüense borracho. Encontraron solo la cabeza, y los cangrejos le vaciaron los ojos.

Pilar toca el brazo de Noah, una extraña y ominosa sensación la domina.

—¿Y si vamos a la playa y otro día venimos acá?

La carcajada de Noah la refresca.

—¿Tienes miedo? —le dice.

—Un poco —acepta ella.

—No pasa nada. Es aventura. Para mí también es la primera vez.

Antes de que ella le pueda responder, escuchan el motor de la lancha que se acerca: frágil, de fibra de vidrio, con un techo con cañas y tela y seis asientos de plástico. Encalla en la parte más baja de la playa y Noah y Pilar comienzan a bajar los escalones hacia el río.

—Si viene el cocodrilo —le dice Noah mientras chapoteaban en esa zona abierta—, vos corrés hacia la lancha y yo lo peleo.

Y se ríe. Cómo se ríe.

Pilar mira hacia las sombras, allí donde el río se hace engañoso, calmo, bajo las raíces enroscadas, ondulantes en formas perfectas, donde el manglar se cierra. Los lancheros son jóvenes, morenos, brillosos la piel y los dientes. Los ojos tienen un tinte amarillento quizás natural, o quizás, como muchos por ahí, por el alcohol que macera los hígados como el cocodrilo tierniza sus presas. Al sol.

Con esfuerzo, logra subir a la lancha. Una pareja de cincuentones sube con ellos. Hablan en inglés. El motor se enciende entre ronquidos tartamudeantes, uno de los muchachos empuja la lancha para sacarla de la arena, salta luego ágilmente a su interior, y luego parten.

En instantes, el horizonte se hace ancho y el cielo piadosamente nublado se puebla de ibis y águilas pescadoras. Han ocupado las sillas del frente; atrás va la pareja, que saca muchas fotos con el celular mientras repiten: *Nice*, *nice*.

El lanchero les explica el manglar, las tonalidades diversas, blanco, negro, rojo. Un viento frío y otro caliente se les enroscan sobre las cabezas.

—Acá se une el agua dulce con la salada —dice el piloto y guía.

El reflejo de la luz hierve con burbujas brillantes en la línea del horizonte. La belleza es imponente.

La lancha enfila hacia uno de los pasadizos estrechos; las raíces están tan cerca que casi se pueden tocar. El olor penetra por la nariz y eclosiona en el cerebro en imágenes. Pilar mira la punta de la lancha, que de vez en cuando se acerca demasiado a la orilla para mostrarles pájaros exóticos: zancudas de patas y dedos larguísimos, con pico

afilado y ojos redondos de alerta, levantan vuelo y hundiéndose en el agua emergen con un pez en el pico, pequeños destellos de escamas plateadas en ondulante agonía. Se arriman tanto a la orilla que las ramas raspan el techo de la embarcación en un arañazo chirriante. Pilar experimenta esa aprehensión que se tiene ante lo desconocido. La aparta. Esto es hermoso, no lo ha vivido nunca, y mejor aún en compañía de Noah.

Los dos llevan sus cámaras fotográficas en las manos, expectantes y compartiendo esa pasión por atrapar la belleza, el instante. Noah tiene la vista de un ave rapaz, le señala el correr errático y anaranjado furioso de los cangrejos y los nidos de barro de las termitas, enormes sobre los blancos troncos de los árboles.

—Cocodrilo a la izquierda, sobre la orilla —avisa el lanchero. La izquierda es donde está Pilar.

—¿Dónde? —pregunta escudriñando los grises y verdes de la tierra detrás del manglar.

—Allí —el dedo de Noah le señala el montículo grisáceo con las crestas del lomo, la cara ancha, el hocico hundido en el suelo; solo los ojos demuestran que allí hay un cocodrilo, tapado con barro que deja secar al sol: el disfraz perfecto.

La distancia que los separa es corta, y Pilar puede verle bien los ojos color miel oscura. Como un relámpago malicioso se cruza por su mente la mirada de Alfredo en esos momentos en que se volvía socarrón, con esa habilidad para hacer creer a cualquiera que él tenía todas las respuestas. O la de Catalina, cuando Chico o ella le contaban algo y los interrumpía diciendo: *«Yo sé todo, yo sé todo»*.

La lancha cruje y vuelve a sentir la amenaza. El enorme animal no se ha movido, la luz engañosa jugando a mostrar lo que no es y ocultando lo que está.

Lentamente, y con quejidos, la lancha retrocede. Ella sabe que se están arriesgando con el tiempo, la marea está baja. Enfilan de nuevo hacia un túnel estrecho, allí donde las leyes son otras. *Somos intrusos*, piensa Pilar, *debemos entrar con respeto*. Ya llevan como una hora recorriendo, entrando y saliendo del laberinto, cuando el lanchero viene a mostrar lo que tiene sobre el brazo.

—Un cangrejo tigre —dice. Y Pilar ve en el caparazón, en efecto, los rasgos del felino. Las pinzas son doradas y puntiagudas.

—¿Quiere tenerlo? —le pregunta el hombre.

Ella acepta y siente los pinchazos de las patas. Es hermoso, le brillan los ojos como dos piedras y se queda quieto en su brazo desnudo. Noah le toma una fotografía. Ella, al levantar la vista para devolver el cangrejo al agua, sabe en la mirada de Noah que al subir a esa lancha,

al compartir esta aventura de respirar el aire que su hijo respira y tocar con amor y respeto la naturaleza, se acerca al corazón del niño que había parido. Aquel niño que volvía del bosque con piedras, hojas, con animales para adoptar. En el pueblo decían: «hace honor a su nombre». Lo seguían los pájaros y los animalitos: perros vagabundos, caballos, hasta las vacas. Lo había visto cuando caminaron hasta los potreros, en ocasión del entierro de Alfredo. Los dos se habían apoyado en las maderas de la tranquera, y por el costado habían comenzado a venir despacio los terneros como si de sus manos, o de su cuerpo, emanara un influjo hacia todo lo que tuviera vida. Ahora, en ese periplo de viajes, de miedos, de superar sus propias fronteras para verlo, tiene la certeza de que a Noah cualquier lugar le es chico, siempre necesita ir un poco más allá. Al principio, le había echado la culpa a Ari por el abandono; luego de que él murió, andaban los tres por la casa como autómatas. Pero ella también había abandonado a sus hijos, apropiándose de todo el dolor.

Las explicaciones del guía la traen aquí. Esos pensamientos todavía tenían el poder de atraparla, pero con alivio siente que eso ocurre cada vez menos y que cuando pasa, no duele igual y se van como esa bandada de ibis blancos aleteando al ras del agua. Siente la ligereza en el ánimo. Ahora le describen los nidos de las termitas; dice el lanchero que los periquitos los toman para anidar, y al nacer los polluelos los alimentan con los dueños de casa, las termitas. Toda una metáfora.

—Los nativos —dice el guía—, vienen a buscar las pianguas, que son parecidas a las ostras y muy apreciadas.

—¿Y caminan por aquí adentro? —pregunta ella, viendo lo inexpugnable del manglar.

—Vienen apenitas abre el día, más que todo mujeres, y cantan y comparten sus cosas.

La conmueve esa mención sencilla de una tarea dura. Imagina a esas personas con el barro a media pierna, justo a la hora en que el manglar se desnuda con la marea baja del amanecer. Salir de su cotidiano andar doméstico, los niños, el aseo, el lavado de la ropa, y entrar en el misterio de ese lugar donde uno puede convertirse en otra persona; oscura piel, duro destino. Sin embargo, piensa, esa es su mirada. El hombre le dice que al estar juntas, se cuentan sus cosas rodeadas por el sonido del agua y de los miles de seres que habitan allí.

—¿Y cómo hacen con los mosquitos? Aquí son asesinos —dice mirando la nube de jejenes sobre el barro estancado donde los cangrejos, con su costado de anaranjado fluorescente, trepan con rapidez.

—Ellos tienen una manera —explica el lanchero—. Se comen las

termitas y entonces sudan mucho, un sudor amargo que no les gusta a los mosquitos.

Pilar absorbe con todos sus sentidos lo que ve y lo que escucha. El olor del río es penetrante, y cuando el guía les muestra otro cocodrilo, abrazado a un tronco que asoma desde la tierra sobre el agua, ella sabe que ha estado dormida. Todo lo que ha dejado atrás es eso, pasado. Un lugar donde fue a pescar y encontró perlas y mierda, como aquellas que se meten en el manglar cada día, solo que esa cosecha es sustento diario. Su búsqueda en los pantanos de la memoria se había iluminado con los recuerdos de infancia de Alfredo, de Sofía, de Catalina y de Aurora, en un caleidoscopio que había que saber mirar. Cada uno de ellos ha sido su maestro, un espejo en el cual ver sus miserias dormidas y la posibilidad infinita de hacerlo distinto, de trascender. El apego a las cosas, al territorio, es pura ilusión. Catalina se había aferrado a la vida de Eugenio como una piangua a las rocas, y Eugenio se había ido.

Mira el agua, que espuma furiosa tras la lancha, y desea con todo su corazón que se lleve lo oscuro de sus recuerdos. La lancha se acerca a la orilla y se clava contra un gran tronco. Para sorpresa de los pasajeros, el guía dice:

—Vamos a hacer una caminata. Veremos los monos.

—Creo que no he venido vestida para la ocasión —dice Pilar sonriendo y mirando con recelo la orilla lodosa, agujereada por las cuevas de los cangrejos que entran y salen como en un juego de niños: aparezco, desaparezco.

Noah baja primero y le da el brazo. Ni siquiera trajo sus zapatillas; sus sandalias van a tener que soportar el barro y servirle para sortear todas las raíces que brotan como lagartos o serpientes a su paso.

Uno de los muchachos abre el camino y el otro grita:

—Ya vuelvo, traeré el machete.

—El machete, ¿para qué? —Pilar no puede disimular su inquietud.

—¡Para los tigres! —dice Noah, divertido al ver los ojos abiertos de asombro de su madre.

—Es para cortar alguna rama o arbusto que nos impida el paso —dice el guía—. A los monos los vamos a localizar por sus aullidos, pero el manglar puede estar muy cerrado.

Comienzan a caminar en fila. Noah va delante de Pilar, mostrándole. La rueda gira ahora en dirección contraria: ella aprende de su hijo.

Mira hacia arriba. Los árboles son una bóveda, la nave de una gran iglesia, y entre las ramas, pedazos de cielo surcados por las aves. Un tronco seco se alza en el medio de un claro, lustrado de lluvias y de soles; una escultura perfecta refugio de tantos seres, ardillas, lagartijas, un gran vecindario asomando en cada agujero de la madera. Así se ve

ella, con su piel donde las estaciones han dejado su huella, llena de escondrijos por donde asoman los fantasmas, o los duendes del bosque que nunca se habían ido de su alma, solo esperaban el momento de volver a aparecer. Y el momento es este.

Siente el mismo asombro que cuando en el campo caminaba alejándose de las voces de la casona buscando los misterios de la siesta, de la vida, de las muertes que contempló, integrándolas de manera natural a su paso, y todo era tan sencillo que dolía al revelarse. *De algún modo*, piensa, *somos inmortales*.

Ari camina con ella en las piernas, en la sangre, en los gestos y en los valores de su hijo. Alfredo y Sofía habían encontrado un lugar en sus células y en las de Magdalena. Merceditas, la joven de triste destino, y Lisandro, masacrado en manos de su abuelo Pancho, moraban en el cuerpo de su primo, en Chico, en los sonidos de la guitarra que producían sus dedos y en esa tendencia a meterse hacia adentro como lo hacía su madre.

Los recuerdos y reflexiones aparecen y se esfuman con la misma velocidad de los cangrejos en su vertiginoso paso. No hay nada más. Los sonidos guturales, primitivos, de los monos, ya se oyen cerca. El brazo de Noah se levanta mostrándole la maravilla: familias enteras en los árboles, madres llevando a los pequeños sobre su lomo. El lanchero explica cuál es el líder, el que marca el camino para que los otros lo sigan. Las colas se enroscan en las ramas y sostienen todo el peso, las plantas grisáceas de los pies, tan humanos, con ese dedo que hace de pinza para saltar de un lugar a otro dejando el follaje sacudiéndose violento.

Pilar toma su cámara y se acerca despacio, alejándose un poco del grupo para seguir los malabarismos de una hembra con su pequeño aferrado al cuerpo. Ella come hojas tiernas que corta y lleva a la boca, y el hijo se llena los ojos de todo lo que lo rodea; ojos como piedras negras, redondas, reflejando la luz de la siesta. Lo atrapa en la foto, pero la imagen la captura a ella. Vuelve a sentir la emoción de ser vulnerable a la belleza, a lo efímero del instante.

El regreso es distinto. El vacío ocupa su mente, antes tan inquieta, un vacío que se llena de verdes, del fulgor del sol tocando el agua. La oscuridad ya se adueña del manglar. Al bajar la marea se ven islotes de arena que a la ida estaban cubiertos por el agua.

Bajan de la lancha, y Pilar se toma una fotografía con los dos lancheros al lado del cartel donde la silueta del cocodrilo avisa que esos son sus dominios.

—Qué hermoso, hijo —le dice a Noah—. Lo he disfrutado mucho, y más todavía porque tú no habías hecho este paseo.

—No —le reconoce él—, ni me imaginaba que fuera tan grande el estuario, con tantos pasadizos de agua. Los que vivimos acá no tenemos mirada de turista. El tigre no ve lo que tiene en sus pestañas, solía decir papá.

Con el atardecer oscureciendo el camino, engullendo las siluetas, los dos se quedan pensando unidos por el recuerdo de aquel tan querido.

—¿Duele mucho, Noah? —se atreve a preguntar.

Noah levanta una ceja, con un gesto característico muy parecido al de ella. Está decidiendo qué va a responder. Al fin comienza a hablar:

—Al principio tuve mucha rabia, y una tristeza que no me dejaba. Me ataba a los pensamientos una y otra vez, sentía culpa, me cuestionaba si yo no lo había querido lo suficiente, si se lo había demostrado…

A Pilar la asombra la similitud de sentimientos, que en ella sumaba la culpa por los reproches que le había lanzado a Ari cuando él decidió irse a Israel sin medir las consecuencias.

—Pero con el tiempo —continúa Noah—, cuando estuve fuera de casa estudiando y viajando, comprendí que cada uno de nosotros había armado su propia película. La de papá no tenía que ver con nosotros. Por más amor que le diéramos, era una cuestión de su ser, de su alma.

Pilar siente que las lágrimas silenciosas le corren por la cara, limpiando viejos dolores. Noah, en unas simples frases, la exculpa con una redención entrañable.

Él le toma la mano y le dice:

—No llores.

Suben los escalones en silencio. Noah, al prender las luces, le dice:

—Descansá, yo cocino.

En su habitación, Pilar baja las fotografías de su cámara a la computadora. El paseo con todos sus detalles se despliega en la pantalla. Una imagen en particular la estremece: volver a ver, ahora con detenimiento, los ojos del cocodrilo, es una experiencia muy intensa.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

El hogar soy yo

El sol es inclemente, y caminando por las calles atiborradas de gente, de olores a especias y a frituras, de venta de artesanías, Pilar decide comprar un sombrero. Elige una capelina de paja de colores vivos, rosas y azules, que le cubre la mitad de la cara con sus alas a los costados. El espejo de la tienda le devuelve una imagen que le gusta: su piel muy clara y que venía del invierno, con pocos días en la playa y al aire libre se ha bronceado y su aspecto es el de alguien más joven. Noah le toma una fotografía con su cámara, más profesional que la de ella.

En el supermercado, fascinada por la variedad de frutas, carga el carrito de compras con piñas, papayas, mangos y plátanos para fritar. Delante de la estantería donde, en macetas suspendidas, hay orquídeas magníficas, se queda quieta un momento y luego comienza a tomar fotografías. Noah se retuerce de la risa y entre carcajadas le dice: *¡Ma, parecés una japonesa sacándole fotos a todo lo que ves!* El singular mote lo dirían después los amigos de Noah, fotografiados hasta el cansancio. Otras palabras preciosas, inauguradas en su estadía en el pueblito recostado sobre el Pacífico, le llenan el cuerpo de un hormigueo grato cuando alguien las pronuncia: *la mamá de Noah*.

Se detiene frente al stand de los cosméticos; la vendedora, con una dulce cadencia en el hablar, le ofrece esas coloridas ilusiones tan necesarias para las máscaras que se usan para salir a la calle. Toma un lápiz labial rojo tomate y lo agrega al carro de las compras. Cuando salen camino al auto, ve en la entrada del centro de compras un buda inmenso rodeado de jardines y cascadas de agua. Le pide a Noah que la espere, saca el espejo de su bolso y estrena el labial. Su boca encendida sonríe mientras pide que le tome una foto al lado del Buda. La felicidad cae sobre ella como las gotas que la salpican desde la fuente.

Quiere plasmar todo lo que ve en imágenes: las redondeces de las mujeres, sus caderas generosas, la que vende collares y sombreros con todos los sombreros puestos sobre su cabeza, el policía de lentes oscuros, los que beben en la calle, la música, el vino coyol, ese que fermentaba como la sangre del diablo en el hueco cavado en el tronco de la palmera. Un vientre hueco que gestaba infiernos. Los había visto caminar por los senderos de la montaña, cuando Noah buscaba la salida

hacia la playa: hombres que se bamboleaban, las caras sudorosas, mano en alto saludando y una sonrisa infantil en la boca torcida bajo los amarillos ojos extraviados.

El calor ayuda, no hay fuerzas para trabajar demasiado en ese paraíso protegido donde la basura se acumula a orillas de las rutas, donde desaguaban las sangrías de las letrinas. El contraste con los edificios de los hoteles frente al océano y las casas de los ricos en la playa, es escandaloso. Sin embargo, también es perfecto, cada cosa tenía un motivo, una razón de ser. Pilar está aprendiendo a ver de otra manera, sin la omnipotencia de pensar que puede cambiar esa realidad. La aguja puede moverse en la relación con su hijo, y en la propia mirada a ese mundo nuevo. Nada más que eso.

A la hora del almuerzo van hasta la tienda de buceo. El italiano que la regentea, de pelo rubio desteñido por el sol y el agua del mar, musculoso, con ojos vivaces y claros, los saludó efusivo:

—Noah, pedimo passta, van a mangiare conmigo —dice en una graciosa mezcla de castellano con su idioma natal.

Es un hombre que ha visto muchos paisajes, desde plataformas submarinas para buscar petróleo hasta los desiertos de Marruecos, y ahora los verdes y húmedos tropicales. Una corriente de empatía une a Pilar con el buzo. En el fondo de la casa hay palmeras tan altas que debe doblar el cuello para seguirlas, un jardín de plantas exóticas, y a unos metros, la arena y el mar. Un poco más lejos, la oscuridad de la selva. Le parece reconocer el lugar.

—Allá —señala el anfitrión—, il coccodrillo afferrato al stúpido con una tavola da surf.

Noah completa la información:

—Sí, me llegó en el celular. Un norteamericano se metió en la entrada del manglar a surfear, justo en el lugar donde el río se une al mar; el *comeperros* lo tomó primero de la cara, jugando, zamarreándolo, y cuando el infeliz quiso nadar escapando hacia la orilla le masticó la pierna.

Saca su móvil y muestra la foto: el hombre tirado en la arena, desprendida su extremidad de la rodilla para abajo, el pie en una postura antinatural. Se distingue apenas el rostro, los ojos cerrados. Pilar aleja la vista de la pantalla, estremecida. En ese lugar habían paseado con su hijo.

—¿Sigue vivo? —pregunta.

Sin conocer a la víctima de su temerario accionar, la mente repele las imágenes de la enorme boca y los dientes feroces sobre la blanda

carne, trizando los huesos como ramitas secas.

—Sí —responde Noah—, le amputaron la pierna hasta el muslo, pero no se espera demasiado.

Pilar piensa en la enorme pérdida de sangre, el shock hipovolémico, todos los sistemas colapsados y la mente deshecha por el terror en su estado puro. Para una cirugía de esa envergadura, deberían juntar conocimiento y muchas horas en el quirófano neurólogos y traumatólogos, trabajar juntos cada fibra, cada nervio, cada hueso destrozados. Cuando lo dice en voz alta, Noah exclama:

—¡Ma, esto no es Houston! La medicina es muy básica, por lo menos en los pueblos.

Pilar se promete no agregar esta información a los miedos que alimenta por el hecho de que Noah viva acá.

La comida llega, se ve exquisita, pastas nadando en salsa roja y mucho queso rallado. La mesa y las sillas al aire libre, el mar en la línea de sus ojos y esa mezcla perturbadora de selva con frutos y animales, y el peligro que vuela en un insignificante mosquito, en víboras y cocodrilos, le despiertan el instinto. Siente que está viva, con temores que va desechando o aceptando, pero intensamente viva.

Cuando va a sentarse, ve al perro atado con una cadena. Es un ejemplar mezcla de varias razas, la mandíbula cuadrada, las orejas cortas, las patas arqueadas y el pecho ancho, desproporcionado con el resto del cuerpo. Cuando da unos pasos para verlo más de cerca, Davide la detiene:

—Non ti acerque, e bravísimo, e si non ti vedere conmigo o io ti llevo, podere morderte.

Abajo —porque están como en una terraza, pero en terreno desparejo, y el patio sigue con grandes árboles—, otro perro ladra sin pausa; la saliva dibuja hilos centelleantes en el aire, a la luz del mediodía.

—Son hermanos —dice Noah—, pero no pueden tenerlos juntos, porque se destrozan.

Están sentados a la mesa comiendo, cuando aparece Sarah, instructora de buceo: ojos grandes, pelo negro y sonrisa amplia. *Linda chica*, piensa Pilar mientras observa a Noah de reojo. Este ofrece la silla, busca la comida para la joven, trae otro vaso. Se los ve bien juntos, comparten información, ella acaba de traer a dos turistas que han buceado, tiene el pelo húmedo y es grato verla. Pilar reflexiona con nostalgia que la vitalidad es un bien que no apreciamos lo suficiente cuando es abundante y natural.

Davide comienza a contar, a propósito del perro que mira con ojos acuosos la escena, agazapado detrás de las plantas.

—Aquí al lado, vino a vivere un chino. Y no mi prégunta si possere pasar. Entra sin permiso, y cuando lo ve a Strillo…

—¿Así se llama? ¿Qué significa el nombre? —lo interrumpe Pilar.

—Strillo, alarido, chillido —dice Noah.

—Sí —continúa el dueño de casa—, el chino pasa, y cuando el perro se le viene, le dice, moviendo la mano: *¡Shu shú!* Strillo saltó en el aire y le masticó il braccio, tutto il costado del corpo, colore porpora, melanzana.

—Berenjena —acota Sarah, que habla un poco de italiano.

—¡Pobre chino! —se conduele Pilar, entre las risas, y agrega—: ¡creía que los chinos se comían a los perros, no al revés!

Entre un bocado y otro de los tallarines que Sarah engulle haciendo un ruido gracioso, la joven dice:

—Yo comí perro.

Se detiene en el aire el tenedor de Pilar, atenta a lo que acaba de oír. Sarah disfruta. Noah le pregunta:

—¿Fue en tu viaje a Tailandia?

—No —contesta ella—, allí estábamos bien, pero con mi amiga nos relajaba el ambiente, tan preparado para el turista, que quisimos probar la aventura y cruzamos a Camboya. Todos los platos allí tienen muchas especias y picantes, y todo, pero todo, va con arroz. A mí el estofado con cúrcuma y trozos de carne me parecía de cerdo, pero un poco más oscuro. Después supe que era perro. —Ante la mirada de los otros, hace su descargo—: No lo vi, no era mi amigo, ni mi mascota, solo era comida para mi hambre. Más difícil que eso fue ir al supermercado, buscar jabón y encontrar unos panes de ceniza que no hacían espuma, una verdadera desgracia. Y la pobreza. Todo de post guerra, triste.

Pilar mira los hermosos dientes de la joven, piensa que han masticado carne de perro y cae en la cuenta de que prejuzga, que nadie sabe qué es bueno o malo, cultural o ético, hasta que está inmerso en los hechos.

El celular que suena en el morral de Sarah interrumpe la conversación. Ya han terminado de comer, y luego de planificar el trabajo para un par días después con Davide, Noah y Pilar se marchan.

—¿Mañana no vas a bucear? —le pregunta Pilar mientras van en el auto. Hace mucho calor y quiere descansar un poco.

—No, tenemos un paseo —contesta, sonriendo divertido—. Un paseo en barco.

Pilar se recuesta en su dormitorio, Noah escucha música, le ofrece un café delicioso y acuerdan ir a la playa un rato después. Se adormece, el ventilador gira moviendo el aire pesado, húmedo, y los bichos se estrellan contra la tela mosquitera de la ventana.

—Va a llover más tarde —comenta Noah mientras cargan en el baúl del auto sillas, mantas para la playa y una conservadora con frutas y bebidas frescas. Pilar lleva su bolso y el sombrero. Noah va con lo puesto, su pantalón de baño, el equipo de mate, ojotas, el pelo atado en una coleta.

Deciden ir a una playa cercana, porque las tormentas son fuertes y si los sorprende muy lejos, en caminos de montaña, el auto quizás no resista el lodazal que se forma de inmediato.

Dejan el auto estacionado delante de un hotel y Noah le señala el pasadizo al costado, entre plantas de fulgurantes hojas y árboles inmensos, desde donde se ve la playa y el mar. Ella se detiene en cada maravilla; las iguanas azules, de crestas prehistóricas y andar solemne, cruzan delante de sus ojos, otras pequeñas reptan sobre los grises troncos de las palmeras. Sale del ensueño cuando sus pies se hunden en la arena pesada. Sin hablarlo, caminan alejándose de los bañistas allá donde el mar hace bahía, y de los ruidos de las motos de agua surcando el oleaje; a los dos les gustan los lugares más secretos, silenciosos, y van lo bastante lejos hasta encontrar un árbol solitario, refugio para el sol que castiga sus cabezas. Las raíces expuestas son ideales para poner sus cosas, bolsos, mantas playeras; Noah hace bromas sobre su aspecto de chino cargando los bártulos de su madre, que llevaba protector solar, anteojos, libros, un cuaderno y lapiceras para tomar notas y tantas cosas más, como todo morral de mujer.

En cuanto la ve sentada sobre la manta, él corre hacia el agua. El cuerpo contra la luz reflejada en las olas, la espuma rompiendo en la playa y las largas brazadas alejándose, la colman de sentimientos gratos. Es testigo de ese resultado, de ese hombre que ahora la cuida a ella. Siente asombro y una alegría desmesurada. Todo, los olores, el viento, la piel que absorbe ávida las cremas con que la untaba, los ojos ardidos por el resplandor, la arena metiéndose en su traje de baño, todo era motivo de celebración. Como el prisionero al que se le abren las puertas después de la oscuridad y del dolor, y que cegado por la libertad debe esperar a que su cerebro procese lo nuevo, así inaugura ella esos días siendo parte de un universo más vasto, sin mezquindades, ancho como el horizonte.

Detrás suyo, mansiones con jardines que llegan hasta la playa; se ven los porches con sillones, hamacas de tela colgadas en las galerías, el lujo, los empleados que pasan con blancos delantales y el jardinero sacando hasta el mínimo hierbajo que cortara la prolijidad del parque.

Se levanta y camina hacia el mar. Los caracoles en el trayecto de sus pies, los cangrejos y los pelícanos pescando a ras del agua, cerca de Noah, son el mejor espectáculo. Toma una rama caída y escribe en la

arena: *Carpe Diem*.

Ni pasado, ni futuro, solo ahora.

Su hijo sale del agua, chorreantes los cabellos. Cuando se seca un poco busca sus cosas y comienza a cebar mate.

Pilar se acerca y le recibe uno mientras él apronta su máquina de fotos. Una bandada de pájaros blancos centellea en el cielo, y cuando le muestra la toma en la pantalla para que ella lo aprecie, ve el orgullo en su cara. Capta la esencia del instante con un ojo voraz, artístico, vital. El niño de corbata y uniforme escolar, el joven de cabello prolijo y traje en la graduación, están muy lejos de este, que ha elegido vivir bajo sus propias reglas.

Se saca el pareo y camina hacia el agua. El mar la endulza en oleadas tranquilas sobre sus piernas, y cuando se confía llegan más grandes, con más fuerza, hasta dejarla de rodillas, barrenando con su trasero como un trompo humano. Las carcajadas de Noah son estruendosas mientras captura en imágenes la vergüenza de su madre. Ella logra ponerse de pie, y saltando, piernas abiertas, brazos en cruz, se entrega a la cámara, empapada de pies a cabeza.

Se enjuaga la arena con la boca llena de sal y la piel ardida, y ríe ella también. No hay ojos críticos, solo ser. Y estar ahí, presente.

—Ma, vamos a tener que irnos, viene una brava —dice Noah señalando hacia las sierras, donde las nubes oscuras se acumulan con el vientre lleno de rayos.

Juntaron las cosas rápido y emprenden la marcha. En la playa, antes de subir por el sendero se detienen a mirar lo que el mar ha dejado. La pata de una mesa, torneada, blanca de sal, la madera desnuda de tanto andar en el agua; Noah la levanta y Pilar le saca unas fotos y le dice, apurada:

—¡Llevémosla, no la dejemos aquí!

La tormenta cubre el horizonte oscureciendo la tarde, y con la carga cuesta caminar. Suben el tramo al costado del hotel y meten todo en el baúl. Apenas cierran las puertas del auto, el agua comienza a caer en torrente, golpeando con fuerza inusitada las chapas y dificultando la visibilidad. Salen hacia la ruta y Pilar siente un temor reverencial ante la naturaleza que se expresa indómita, indiferente a estos seres que en el refugio ilusorio de la cabina tratan de ponerse a salvo.

Noah detiene la marcha y desciende en medio del diluvio.

—¿Qué pasa, adónde vas? —atina a preguntar su madre.

Bajo la catarata, puede ver a su hijo levantar una rama muy grande que cruza la ruta y arrastrarla hacia la orilla de los árboles. Cuando regresa, dice:

—No se veía, alguien se la iba a llevar por delante.

Pilar lo observa, primero empapado y serio, y luego sonriente.

—¡No pasa nada, vamos, todo está bien! —le dice.

Mueve los botones del tablero y la música llena el espacio, olas de sonidos guturales, animales, pájaros. Es el cantante imitador que Noah le había hecho escuchar anoche, Gennady Tkachenko; es como si la tierra expoliada, triste y pródiga hablara en esas voces, desde el bosque y desde los rincones más profundos. El olor del mar, sus algas y el misterio de su poder emanan de la madera que llevan en el baúl, haciéndolos generosamente parte de un mundo misterioso y magnífico. Pilar quiere imaginar de dónde habrá partido ese mueble, de qué naufragio, qué mantel lo adornó y cuántos se sentaron alrededor de un plato caliente sostenido por él. Piensa en ella y sus hijos con Ari. Ese resto de algo que formó parte de un mundo pequeño, arrojado al mundo grande, como ellos mismos, en diferentes direcciones; pero cada uno llevaba en su corazón la simiente, el germen de esas vivencias.

El hogar soy yo, piensa, *donde vayamos, podemos repetir el modelo de la vida, reunirnos, aunque seamos individuos en permanente cambio*. Ese era el secreto, elegirse otra vez, no por el pasado, sino por quienes son en el presente. Tiene ansias de Irina, de abrazarla, de ver en sus ojos reflejados sus días con amor nuevo, sin padres, sin hermano, tocando todo ese entorno que le es familiar, el consultorio, la cocina, los dormitorios, el granero donde pasó la felicidad y ella, Pilar, no supo verla. Eso no volvería a ocurrir. La felicidad son esas burbujas viajando por su sangre, oro líquido grabando los instantes, hasta el miedo atávico ante lo desconocido la hace vibrar de felicidad. Ese era el principio de la existencia. No malversar las horas de la vida.

—¡Esta música me detona tantas cosas, como si fuera directo al alma! —exclama tocando la pierna desnuda de Noah.

Su hijo, que aprecia el silencio tanto como ella, maneja sumido en sus pensamientos, y emerge y le sonríe.

—¡Sabía que te iba a gustar!

Tanto sintetizado en unas palabras cuyo significado lleva implícito la atención voluntaria: para conocer a alguien, se debe querer hacerlo. Su hijo la conoce, no por dichos sino por haber compartido esos años de crianza, donde uno cree que enseña algo y en realidad, lo que queda es lo que vemos hoy. Una empatía genuina junto a chisporroteos evitables, conexiones neuronales y todo lo que el subconsciente guarda. Incertidumbres iluminadas por el amor.

Se permitía esas reflexiones mientras miraba el torrente que bajaba sobre el parabrisas, dejando ver apenas fragmentos de verde, de asfalto anegado, de las luces de un semáforo parpadeando bajo el agua.

Ya estaban cerca. El auto trepa la pendiente en curva y llegan.

Mientras suben por las escaleras, Pilar piensa que su hijo con sus actitudes le demuestra el ser solidario que va descubriendo en gestos: lo llaman los amigos y él sale pronto a socorrer al necesitado, a brindar detalles de cosas que él ya ha hecho, desde cruces de frontera hasta manejar cualquier vehículo, siempre dispuesto.

La lluvia cae con fuerza por las chapas de la canaleta, y antes de entrar, la pata de madera queda apoyada en la galería, con su historia y la arena de la playa brillando ajena en los mosaicos.

Se bañan. Noah prepara un revuelto de huevos y arvejas, y ensalada. Comen en la noche iluminada de relámpagos, y ella se acuesta a mirar las fotos del día en su computadora. Los rayos del sol sobre el agua, sus huellas en la arena y las letras dibujadas, *Carpe Diem*, le regalan ese recordatorio de un día bueno, el volver a pisar la vivencia recreándola en la imagen y logrando estirar la alegría, si eso pudiera explicarse de esa forma.

Noah aparece en la puerta con el móvil en la mano. Todos en Tamarindo tienen las noticias al instante, por mensajes. No hay radio ni televisión en esta casa.

—Ma, en el lugar donde estuvimos hoy, al poco rato que nos fuimos un rayo mató a un nativo.

Pilar siente el frío que la atraviesa, como quien va por un camino a oscuras y una luz se enciende y los pies se detienen en el borde del precipicio. O cuando uno va en la calle manejando y siente la vibración, una frenada, y sabe que se ha salvado por un pelo. A su mente viene el turista desgraciado en boca del cocodrilo que vieron el día anterior, y ahora este suceso. Le expresa a Noah su preocupación, así como viene a su cabeza.

—¡Yo tengo estrella propia, ma, nada pasa, todo está bien! Hay que saber cuidarse. Vos me dijiste un día que la vida no es para tibios, y lo aplico, pero no mastico vidrio. ¡No estoy tan loco! Cuando escucho tiros, me agacho — y termina diciendo con una carcajada—. Vamos a dormir, no hay mucho por hacer con este diluvio.

Pilar se acurruca, la lluvia sigue cayendo, afuera los árboles se limpian, y por la sierra, pequeños ríos se agrandan y el lodo baja cambiando la forma de las barrancas, y haciendo acopio para las épocas duras; las semillas murmuran despertando y los monos duermen abrazados entre el follaje espeso.

Con una punzada de culpa se promete hacer algunas llamadas mañana. Es pequeña la punzada, y se marcha enseguida: es perfecto lo que vive, el egoísmo necesario para el disfrute sin nubes en ese incomparable cielo propio.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Todos somos ladrones y mentirosos

Amanece con los gritos de los monos, y cuando mira a través del mosquitero ve las manchas negras trepando entre las ramas de los árboles. Se puede oler la humedad en el aire, pero no hay ni una nube en el cielo. En la cocina, Noah prepara café.

Mientras desayunan le cuenta:

—Te va a gustar el barco en el que daremos un paseo, que nos regalan por derechos adquiridos: yo solía vender ese tour en la playa, les llevaba los clientes. Los dueños son una pareja con cinco hijos; él es médico, pero dejó la profesión para dedicarse a este trabajo, vive en el barco y su familia en tierra. Vamos a dar una vuelta primero, por si necesitás hacer alguna compra; el barco sale a mediodía.

Pilar tiene muchas ganas, no solo del paseo sino de conocer a ese personaje y a la mujer que acepta esa vida.

La luz de la mañana se astilla contra el parabrisas, han dejado los vidrios bajos y el sol le pega en el brazo que apoya afuera. Va con el traje de baño, un pareo colorido ajustado que anuda bajo el pecho y los pies desnudos con sandalias, más el bolso de paja y la capelina. *Allá comemos,* le había dicho Noah, *y hay números musicales; se hace una parada cerca de una isla para que los turistas hagan snorkel*.

Hay mucha gente en el pueblo, aprovechan que no llueve. Un arroyito corre en las zanjas que bordean las veredas. Ella va al banco, mientras Noah se ocupa de su equipo de buceo. Le gusta ese anonimato, mezclarse con la gente, los lugareños y los visitantes. Encuentra un asiento de madera bajo un árbol, y solo respira mirando a su alrededor. Los pájaros bajan, se animan cada vez más cerca, pasan mujeres con niños en brazos. No hay nadie que siga modas, el calor obliga a prendas livianas, coloridas, los cabellos trenzados, ojotas en los pies. Huele los aromas de este mundo, frutales, ácidos, ásperos o sutiles, frituras que salen de los carros de los vendedores ambulantes, mezclados con el olor de la gasolina, y por encima de todo, el olor del mar. En esos momentos sin tiempo, ella puede ser cualquiera, una más, en la multitud.

Cruzando la calle, viene Noah. Otro más, no su hijo sino un hombre que busca su lugar bajo el sol. Ese pensamiento es una epifanía liberadora.

Cuando estacionan el auto bajo los árboles, a pocos metros de la playa, hay mucho movimiento: gente que pasea a caballo por la orilla, vendedores de artesanías o de helados y bebidas con su conservadora colgada de los hombros. La arena es una superficie blanca, larguísima, que se pierde en el horizonte. Los barcos pequeños, lanchas, botes, se balancean en el agua en hipnótico vaivén.

El sol golpea con fuerza mientras caminan hacia el grupo que espera ser transportado. La lancha que llega tiene una apariencia frágil, pero Pilar se ha propuesto seguir a su hijo. Acepta la mano del lanchero, un hombre risueño, corpulento, que conoce a Noah a juzgar por el efusivo saludo y el cuidado con que la trata a ella. Se sientan en el banco, y cuando emprenden la marcha golpeando sobre las olas, la espuma al alcance de la mano los salpica. Es vigorizante.

El barco está allá, a lo lejos, con su vela al viento. La lancha se arrima, y la escalera es otro desafío para Pilar. Cuando pisa el último travesaño, acepta la mano del capitán. Delgado, fibroso, con cabello largo entrecano y ojos movedizos, viste pantalón y camiseta, y va descalzo. La escolta con gentileza hasta unos almohadones mullidos, en el suelo del barco. Ella se recuesta en el que está al lado del timón. Desde ese lugar tiene una vista privilegiada: el mar a sus espaldas, y el capitán, en una butaca suspendida sobre una base de hierro, que maneja el timón con sus grandes pies.

Se llama Hermes. Hace honor a su nombre, dios de los viajeros y de las fronteras, pero también de los ladrones y mentirosos. Cuando Pilar se lo dice, el hombre ríe y enciende un cigarrillo.

—Todos somos ladrones y mentirosos —dice desde allá arriba para diversión de Noah, que disfruta de la conversación y del asombro en los ojos de su madre. Su corazón se alegra al verla dorada por el sol y con una vitalidad renacida.

En las próximas horas, hasta ser deslumbrada como un bautismo con la puesta de sol más imponente que viera en su vida, Pilar será parte de un clima festivo, de comidas picantes, de música en vivo, mirando sin recato a los que, como ella, buscan estas emociones.

La mujer de Hermes, Candy, rubia y con la piel curtida por tantos soles, atiende a sus pasajeros con una sonrisa luminosa. Jóvenes con mallas minúsculas, hombres grandes de vientres blancos como peces, niños de color, mujeres mayores con mallas enterizas que guardan pechos redondos… El inglés se mezcla con el alemán y las cadencias cubanas o chilenas del español. Comen y beben. La cerveza corre espumosa mientras el barco avanza en mar abierto hasta las islas lejanas.

Allí, entre las rocas, los pájaros hacen pie un instante para lanzarse

al oleaje en busca de su presa. No hay respiro, Pilar vive la experiencia de ser solo ella en comunión con los demás, con la naturaleza. La sonrisa de Noah es otra recompensa que ese día le regala. El sol se recuesta en millones de chispas incandescentes cuando emprenden el regreso. La noche los encuentra camino a casa, cansados, felices; ella ha tomado muchas fotografías, pero las mejores las guarda en el alma.

Cuando se acuesta, después del baño y de una comida ligera, solo siente gratitud. Desde ese pequeño rincón del planeta, su pensamiento abraza a Irina, Sofía, Chico, Rodolfo, Magdalena, con un amor inmenso, imposible de describir. Sabe que está sanando, sin necesidad de ponerlo en palabras.

Noah le avisa que tendrán una visita. Su amiga Tina, la alemana que vive en Nicaragua, vendrá a quedarse un fin de semana. Pilar se descubre tomando todo con una naturalidad que la alivia. Ella no es la dueña de casa. Ella también está de paso.

Tina es hermosa. Pelo rubio dorado y largo, nariz respingada, ojos claros, y una avidez de niña que descubre los placeres que para Pilar eran naturales.

—¡Noah! —grita—, ¡tienes agua caliente en el baño! —Pilar le alcanza shampoo y suavizante, y un jabón perfumado—. Me quedaré un rato largo —avisa, encantada—, y dormiré bajo techo —dice dejando traslucir las condiciones en las que vive.

Cerca de la selva, las paredes no cierran del todo, queda un espacio arriba, antes del techo, explicará después, en la cena. Es tan joven, y anda por el mundo explorando, un mundo mágico y hostil de acuerdo a donde uno se pare, y si es hombre o mujer.

Al prepararse para dormir, Pilar cierra su puerta con discreción. Tina dormirá en la pieza de su hijo y ella siente que todo está bien. Otras son las reglas en este lugar del planeta.

Por la ventana con mosquitero, la luz del balcón dibuja extraños arabescos en la pared de la pieza, y el gecko —esa pequeña lagartija que hace una especie de cloqueo, reptando por las paredes cerca de la luz que le proveen los insectos con los que se alimenta—, acompaña ese momento, esa experiencia. Se duerme sin sueños, como un desmayo, pierde la conciencia y por fin, descansa.

Apenas levantados, Pilar se entera de que Tina viaja con una pareja de amigos alemanes que están hospedados en un hostel. Vendrán a la playa con ellos. Cuando los recogen, Simon y Lisa se presentan y pasan

al asiento de atrás. Pilar los mira con curiosidad. La joven es opulenta, de grandes pechos y piel blanquísima que muestra ya los ataques del sol en manchones de un rosado encendido. El muchacho, en cambio, está escondido tras innumerables tatuajes. Los brazos tienen dibujos desde el hombro hasta la mano.

Pilar gira el cuerpo hacia ellos y le pregunta sobre los tatuajes. El joven va mostrando, y Noah traduce del inglés al castellano:

—El tigre para tener fuerza; la manzana para que no falte alimento; el timón para ser dueño de mi destino; la brújula para no perder el rumbo; un marino y un velero para viajar por el mundo; el número trece porque necesitamos la suerte, y una Virgen con los ojos llorosos y la boca cosida, porque lo que ve la entristece y no puede decir nada.

Los jóvenes con los que la vida la va cruzando son una caja de maravillosas sorpresas. Pilar extiende su mano y la pasa sobre los azules trazos indelebles. Una original forma de decretar destino, o de pertinaz expresión de deseos, formulados en tinta. Están felices, y cuentan que se casarán en octubre. Lisa tiene las mismas chispas en los ojos que todas las mujeres del mundo cuando piensan en ese paso, la fiesta, el vestido, el viaje de bodas. Luces de colores, globos que explotan en el aire, palomas en vuelo, fuentes cantarinas, son las imágenes que vienen a la mente de Pilar.

La distrae el increíble paisaje a la vera de un camino de sierra, escarpado, que a veces raspa la chapa del auto abajo con un chirrido que espeluzna. Ve fincas; imponentes cuerpos de cebú de cuero blanquecino y agrisado en la giba y colgante debajo del cogote, y a su lado, las garzas blancas en extraño acompañamiento; caballos, lagartijas en las ramas desafiando a la gravedad, y árboles de altura desmesurada que se van achicando, más anchos y achaparrados. El aire trae un olor picante. Noah sonríe, y ella sabe que esconde un secreto. El camino se angosta, cuesta subir, y de pronto, se despliega en abanico el paraíso terrenal. Pilar siente que la boca se le abre, la mandíbula cae, el asombro se hace físico y palpable. Ahí abajo está el mar y el oleaje, la selva a pocos metros del agua y un peñasco en el medio, una montaña de piedra plana arriba y con arbustos, árboles, semillas que los pájaros y el viento llevaron para que germinen en sus oquedades.

Cuando colocan las sillas, que hunden sus patas en la arena blanca, y Pilar se sienta, la sangre le late briosa. La naturaleza y la vida, trayendo a su hijo a este lugar, le ofrecen sus dones. Solo le piden a cambio que limpie su corazón de toda carga.

Se levanta y camina hacia los árboles. El contraste entre la luz del cielo reflejada en el agua y la oscuridad del follaje es fuerte. Escucha los gritos de los monos y, cámara en mano, se aleja del sonido del mar

poniendo toda su atención en lo alto. Allá están. Se arrima al tronco de la palmera, de altura vertiginosa, donde no percibe, confundida con el gris de la corteza, a la iguana gigantesca que parece dormir bajo los frágiles párpados.

El mono ha visto a Pilar y ella levanta la cámara, acerca la imagen. Los ojos del animal reflejan la luminosidad del aire como esferas de piedra negras. Baja la cámara y él parece cambiar de actitud. En la mano, hojas recién cortadas. Desciende un par de ramas y come, le ofrece a ella su masticar, el curioso movimiento de sus patas, la cola enroscada al árbol y su escroto blanquecino desnudo, que cuelga sin pudor. Ella aparta la vista y regresa hacia la playa. Cuando se da vuelta, el animal ha vuelto a sus cosas y sube para unirse con otros. *Nada aquí es personal, Pilar, todo sucede, mires o no mires. Una hermosa lección para tu ego*, se repite mientras busca la silla para gozar del espectáculo.

Simon y Lisa están recostados en las lonas, hablan, leen. Noah y Tina juegan en el agua como dos cachorros y en su retozar la llevan a un lugar lejano, muy atrás en el tiempo. Los chapuzones en el tanque del molino en su adolescencia, cuando cuidaba a los más chicos, las niñas con sus bañadores infantiles de talle fruncido y ella con su malla entera roja.

El viento del mar, en este ahora feliz y libre, le trae el sonido de la guitarra y el aroma de una tarde que ardía, espuma de luces sobre aquel lugar. La evocación es tan intensa que no puede desecharla, el lazo que la lleva hacia los recuerdos es insistente, inevitable.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Secretos al sol

El tanque australiano era su mar conocido. La mayor cantidad de agua que había visto en su vida. La higuera dibujaba encajes sobre la superficie y en los pies persistía la viscosa lama que cubría el fondo, desagradable al tacto y provocando las risas ante lo resbaladizo que los hacía caer una y otra vez en el oleaje tan familiar. Todo esto quedaba en la mente de Pilar, mientras sin querer volvió a cruzarse con esa mirada. Luego llegaron los mates, la tortilla al rescoldo, los chicos saliendo del agua, gritando felices. Se alejaron hacia un osario y jugaban con los huesos de los animales blanqueados por un sol furioso, que ahora se retiraba tras las sierras dejando esa brisa que aliviaba el calor y las pieles calenturientas.

El viento que soplaba al salir del agua le encrespaba los pezones, y le hervían las mejillas con una vergüenza extraña cuando sentía que le miraban los pechos. Porque eran ojos que no debían mirarla así, aunque se desviaran bruscamente y se posaran en otra parte. La voz que pertenecía a esa cara hablaba de otras cosas con los demás y Pilar sentía una vergüenza que le ardía como los hombros con el golpe de sol.

Subió los tres escalones bajo el agua y emergió chorreando. Los ojos de Alfredo y de don Pancho cortaban el aire como espadas, llenos de reproches mirando a la jovencita, hasta que, empujada por esas voces sin sonido, su madre le alcanzó la toalla y las sandalias; eso le evitaría andar descalza y llenarse de arena y espinas o de lodo los pies. Tomó su ropa y fue tras el algarrobo más robusto. Por debajo de la toalla, fue bajando con dificultad el traje de baño, la tela mojada estaba fría, y sintió que se le erizaba el vello de los brazos. El atardecer llenaba de sombras el monte. Fue un instante, se sintió espiada y al darse vuelta una sombra se movió ligera entre los troncos del corral. Apuró sobre la cabeza la liviana tela del vestido, la toalla resbaló hacia la arena sin que pudiera asirla aunque manoteó el aire con desesperación, y subió trabajosamente los calzones por las piernas. Sintió una emoción turbia, como si le quitaran algo; un robo extraño, intangible, que la privó del sosiego, el goce que le daba el campo y en especial ese lugar.

La oscuridad apremiaba a levantar campamento, ir a los autos y preparar el pequeño viaje hasta la casa de los abuelos, que estaba a

unos pocos kilómetros. Llegarían para la hora de la cena. Cuando subió al auto, apretujada entre los primos y su madre, buscó a su alrededor. Allá adelante, a caballo, iba el que la había espiado.

Se acurrucó junto a Sofía, que la separó con brusquedad diciendo*: ¡Todavía estás mojada y te has ardido! ¡Seguro esta noche me das baile, con la fiebre!* Se enroscó sobre sí misma, apretando las rodillas contra el pecho. No había mucho para ver, solo el camino bordeado de árboles que a esta hora se tornaban amenazantes uniendo sus ramas al paso de los autos.

Llegaron y pronto la mesa larga se llenó de bullicio, de comida, mientras los bichos se estrellaban frenéticos contra el sol de noche, el olor de las chichinas hediondas mezclado con el aroma del asado, porque alguno las había pisado o espantado de un sopapo.

Pilar comió poco, se entretuvo con las conversaciones, y entre la algarabía, alegó dolor de cabeza y se despidió. Se alejó hacia el dormitorio, levantó toalla y camisón y pasó al baño por la puerta que comunicaba ambos, sin pasar nuevamente por la galería. Quería aprovechar para bañarse antes de que alguno necesitara entrar, y se quedó bajo el agua fría, que se estrellaba en miles de gotitas contra sus hombros martirizados por el sol. Se lavó el cabello y se secó con cuidado. Al mirarse al espejo, vio su cara brillando a la luz de la lámpara de querosén que temblaba sobre un estante. Su piel estaba bronceada, y cuando se paró en puntas de pie para ver un poco más —el espejo era pequeño y estaba colgado alto—, sus pechos jóvenes asomaron, blancos, perfectos en contraste con la marca del bretel.

El pensamiento volvió, incómodo: su padre y su abuelo la miraban para que se cubriera rápido, como si mostrar el cuerpo fuera un pecado. Aunque ella ya había cruzado la frontera del placer y había pagado el precio por ello, aquí, en el campo, se sentía virgen de nuevo. Lo que la perturbaba no eran esas miradas sino esa otra que la había seguido. Igual que la de los muchachos que la perseguían y la enamoraban, pero este era prohibido.

Deslizó el camisón sobre su cuerpo y volvió al dormitorio. Quería dormirse temprano. Con la luz que venía desde el baño, buscó los fósforos en la mesa de noche y encendió su lámpara. Luego, cerró la puerta. La cómoda en el rincón del cuarto le devolvió su imagen temblorosa en el espejo. Su madre la había convencido de que no debía temer; esa era la pieza de su tía Merceditas. ¡Y vaya si lo sabía ella!

Aún recordaba aquellanoche, cuando escuchó el sonido extraño al entrar de improviso y el Cocho, el perro más grande, salió corriendo, casi volteándola en el camino hacia la puerta entreabierta. Asustada, Pilar volvió sobre sus pasos y se metió en su cama, nerviosa. Al

amanecer, cuando salió guiada por vaya a saber qué Dios o qué designios, vio a su tía colgada del cuello en la rama del algarrobo grande, allí donde oreaban los cabritos que sangraban exánimes sobre la arena. Una niña asustada, levantada en vilo por el abrazo de su abuelo, que la devuelve a su cama y después se ocupa de bajar a su desgraciada hija.

Habían pasado seis años desde esa mañana, y Pilar había aprendido a convivir con los fantasmas; tanto que a veces se cuestionaba si realmente así habían ocurrido los hechos. Cuando nadie habla, nadie nombra, ni dice, ni acepta, la memoria falsea, descree y, vacilante, piensa que lo ha inventado. Por eso, esta noche ya no temía; abrió la puerta que da al campo, y la luz de la luna iluminaba los ladrillones del piso. Giró la ruedita, la mecha de la lámpara bajó, y a poco solo quedó el olor del querosén en la oscuridad. Los ojos pronto se acostumbraron y cuando se acostó apenas quedaba un punto luminoso en el espejo, que brillaba en contraste con la oscuridad.

Afuera, el monte elucubraba mensajes de alas, de chillidos, lechuzas, y cruzando el camino, en el viento se debatía en gemido corto el molino maneado. Desde la galería le llegaba la luz que pasaba por la hendija entre la puerta y el piso, y las voces de su familia, las risas, el aroma de los cigarrillos. Todos fumaban y bebían, menos su padre. Alfredo tenía siempre los sentidos alerta, como si los enemigos estuvieran rodeándolo. Pilar escuchó a su madre decirle que no tuviera miedo, que ellos lo ayudarían. *¡Qué sabés vos, de estos, no tenés idea con quiénes tengo que pelear!* «Estos» eran su familia. Los que compartían la mesa, Aurora, Catalina, sus maridos, Nacho, los abuelos. Se escuchaban los pasos que iban y venían, los ruidos de los platos y cubiertos, su madre y María que levantaban la mesa para servir el postre, mazamorra, dulces de durazno, higos en almíbar. La guitarra cubrió los otros sonidos como una manta de abrigada espuma, y la voz se esparció por la galería hundiéndose aventurera más allá de la oscura masa de árboles.

Pilar se adormeció. El calor del sol la había afiebrado y el aire que entraba por la puerta entreabierta la refrescaba.

No supo qué hora era, el cuerpo se le había enfriado, no se escuchaban ruidos y la casa dormía, cuando alguien entró rápido y cerró la puerta que daba hacia el campo. Sintió el olor del tabaco, y el bigote que le rozó la cara la alertó de quién era el intruso que se le acostó encima.

Unos minutos o instantes de opresión sobre el pecho, y allá abajo la carne de él, que era grande, que entraba y salía causándole un dolor

molesto y una sensación extraña, desesperante. Angustia. Quiso gritar, pero el grito no se formaba en la garganta. Sabía que por el calor, el abuelo Pancho dormía en la galería con el revólver a su lado, por si aparecía el puma que andaba haciendo tropelías en el ganado.

Le dolían los hombros porque los dedos del hombre se le clavaban sujetándola contra el colchón; después bajaron un poco para estrujar los pechos cubiertos por la fina tela; él resopló, gimió en el hueco de su cuello, hubo unos embates más enérgicos, y dejándola mojada, confundida, se levantó y salió del cuarto como había entrado.

Ella se quedó quieta, escuchando el latir de su corazón asustado. Se enderezó, y muy despacio, en la oscuridad, fue hacia el baño. Tanteó en el estante, encontró el platito y los fósforos, y encendió la vela. Se lavó hasta el ardor.

Cuando volvió a la cama pensó en la mártir aquella cuya historia le contaban las monjas. María Goretti. Catorce puñaladas recibidas para que no la violaran, decían las monjas. Aquí no había puñal. Solo el abuelo durmiendo con el revólver a mano.

El aire salobre del mar y los jóvenes jugando la distraen del recuerdo, que ya no duele.

La memoria es resbaladiza, con agujeros; los resplandores y espejismos volvían y trataban de unirse, de juntarse para formar una figura, un hecho que tuviera sentido. Como la mañana aquella, la de Merceditas, esta otra noche también se diluía. Por la misma puerta por donde entraba Lisandro había entrado el ladrón. Nadie supo, nadie dijo, y toda la vida siguiente no hubo una sola mención del hecho. Su padre, su abuelo y el ladrón de esa noche de verano, estaban muertos. Sin embargo, sabe que era necesario, y providencial, que el recuerdo hubiera decidido emerger desde las profundidades justo aquí y ahora.

Mientras las olas rompen contra la playa, Pilar se recuesta ofreciendo el rostro desnudo al sol, agradeciendo al universo. Ella está viva, y recordar ya no hace daño. Son solo eso, jirones, tan efímeros como el vuelo del pelícano que pesca y luego se deja llevar un momento por el agua embravecida de espumas.

Hoy, pasando la vida por el tamiz del tiempo, puede vislumbrar ciertos hechos. La atmósfera en la estancia, en esos días compartidos, estaba impregnada de un erotismo soterrado que se filtraba en los movimientos de los cuerpos, en las búsquedas, los disimulados modos de mostrar y de desear en secreto. Los Montero eran sólidos, y los hombres o las mujeres que los acompañaban se entrenaban para hacerles la vida amable. Sin embargo, en el pecado estaba la

penitencia. Con los años, cada cónyuge fue el carcelero, un testigo cómplice y esclavo, genuflexo en apariencia pero en la intimidad —y después de manera insidiosa, en público—, las miradas de desprecio o de inquina eran cada vez más frecuentes. La presión aumentaba con los años y los sojuzgados se transformaban; no hacía falta hablar, a veces bastaban los gestos, la boca apretada en las fotografías, y los hombres que habían llevado al altar a Catalina, a Aurora, eran solo ojos.

Los ojos pueden ser granadas, puñales, veneno, cuando saben ciertas verdades. Y ellos las sabían. Su única carta era la que conocían en la intimidad. Como los perros, que aprendían a esquivar las patadas y con los años adquirían la destreza para conseguir el bocado, se fueron animando. El marido de Catalina, con el cráneo abierto por un tumor y el dolor de perder a Celeste, y el de Aurora, con la solemnidad de su postura, la frente amplia y la boquilla entre los dedos, se volvieron sólidos con los años, hartos de proveer tiempo, dignidad, dinero, porque muchas de sus ganancias iban a esos campos que no rendían tanto o que lo hacían a largo plazo, para sostener la imagen de los estancieros. Fueron, como Sofía, la contención y el enemigo. Nada es gratuito. Así había sido ella con Ismael, pero la vida le había dado otra oportunidad: Ari.

La mirada de Pilar se fascina con el romper del oleaje y cada embestida arrastra las imágenes en su mente, dejándola embebida de recuerdos como el agua a la arena. Ella está aquí, hurgando en esas vidas sin saber, a ciencia cierta, si lo que recuerda tiene visos de realidad. Fragmentos de memoria. Sin embargo, se daba cuenta de que esa manera de pensar exculpaba, como si ella tuviera la potestad o el derecho para hacerlo ¿Hasta dónde habían llegado Catalina y Aurora con sus amigos, los jóvenes artistas? Piensa en sus tías ahora; detrás de sus caras momificadas con la expresión perpetua de la desconfianza, debajo de la piel del saurio, escama tras escama, subsistían el aletear de las pestañas acicaladas, el susurro de la seda al cruce de las piernas y aquellas escenas prohibidas. Secretos que ella intuía sin poder probar que hubieran sucedido.

Los dos artistas habrían abrevado en esas fuentes, lascivas y ladinas. Esposas con maridos complacientes, resignados, con esa resignación hidalga fruto de la ira contenida. Y del amor. Maridos que amparaban lo que no parece necesitar refugio; mujeres nacidas entre el encaje y la seda, pero capaces de dormir a la intemperie, con corazones preparados para la guerra. Cualquier guerra. Ganar era su plan, su meta, su sistema de vida. No se puede torcer un destino trazado tan exacto con el semen y la sangre de los viejos, tan inconfundible como el silbido de una bala.

¿Se quisieron alguna vez esas hermanas? Pilar no podía aseverarlo,

pero había algo que las unía: el pecado, o la posibilidad de cierta lujuria pudorosa. De las dos, Aurora fue la que mantuvo, en cierto modo, un mejor matrimonio.

Cree que los celos eran un motor importante en esta relación fraterna. Corrieron los rumores, cuando Aurora llevó a uno de los bohemios sin avisarle a Catalina. Juntas viajaban al campo y se preparaban para atender por unos días a los artistas. Cuando llegaban a hospedarse en la estancia bajo la mirada tutelar del viejo Pancho, a quien le encantaban estas visitas, uno se extasiaba con la forma de los árboles, las piedras, los rostros, y el otro bebía con sus ojos la luz de un cielo cambiante, que iluminaba desde una brizna de pasto hasta el brillo colorado y negro del lomo de los animales. Paseaban por los senderos entre los árboles con canastas con refrescos y dulces, y las risas se enredaban entre las ramas, los nidos, los alambres. El silencio despertaba sospechas. Regresaban al atardecer, con una tela a medio terminar húmeda de pinturas, uno; el otro, con bocetos en un cuaderno; ellas, con los rostros enrojecidos por el sol, o por un bigote que se había frotado buscando la boca esquiva. El anochecer, en una galería iluminada por lámparas de querosén, era propicio para esconder o disimular la expresión satisfecha por la buena compañía, o un cuerpo que quedaba tensando como una cuerda esperando, quizás, la noche. La oscuridad que devora y no convida, dice la canción. Y estas mujeres no convidaban. Comían solas.

Todo lo oculto, en algún momento, pugna por emerger por una fisura, una grieta que se forma entre las capas del tiempo. Tan sencillo e inexorable como el sol que comienza a ocultarse sobre la línea del horizonte. Un horizonte en llamas, como las evocaciones de esa mujer echada sobre la arena mientras su hijo se le muestra saltando, parándose sobre las manos, formando con sus piernas un triángulo abierto de puro músculo. Sobre el brazo curtido por los soles implacables, luce un tatuaje con el rostro del Buda joven que sostiene en sus manos la flor de loto. La plácida expresión del dibujo es lo que él intenta lograr en su camino.

Noah se le acerca y dice:

—¿Hacemos unos mates?

Tina se recuesta junto a ella, su piel tersa y el largo pelo rubio mojado, que sujeta con una hebilla.

—Cuéntame de tu trabajo —le dice Pilar.

La muchacha se sienta en cuclillas y comienza a narrar.

—Trabajo en una fundación alemana para organizar la educación o

enseñar a hacer huertas a los nicaragüenses. Ahora estoy en una tarea más administrativa.

—¿Y cómo es la gente? —pregunta Pilar.

—A los niños —dice Tina mientras su mirada se pierde entre el oleaje— les encanta jugar. Y las mujeres, aunque somos tan distintas, podemos conectarnos en algún punto. Pero los hombres… —un rictus le tuerce la boca.

—¿Muy bravos, machistas? —arriesga Pilar.

La alemana, en su español dificultoso, le explica:

—No puedo salir cuando se hace de noche, no es bueno. Los hombres se muerden la boca así —y hace el gesto de morderse el labio inferior con deseo contenido— y me gritan: «Ey, leidi, ey, leidi, andas muy lejos de tu tierra, gringa».

Pilar se estremece. Cuánto encierra esa frase, donde puede percibirse la soledad de la extranjera, la proximidad de la selva, o de cualquier rincón oscuro que pueda ocultar a los hombres con su primitivo ser.

—No salgo sola, andamos en grupos. Los varones, aunque vayan por la calle con sus mujeres y sus hijos, lo mismo se muerden la boca y me miran.

Pilar aprovecha que Noah ha vuelto al agua para preguntarle a Tina:

—¿Dónde está tu hogar?

—En Alemania, porque ahí nací. Mi abuela murió el año pasado —una nube cruza los ojos de la joven.— Mi hermana, que ahora la veré pronto, está en Vietnam. Tengo dos sobrinos, pero conozco uno solo.

—¿Y tus padres?

Pilar se anima a la pregunta al ver que Tina se ha relajado, recostándose en una postura de afectuosa intimidad. Allá en el oleaje se ve la punta del snorkel de Noah, que anda mirando la belleza bajo el mar de agua traslúcida.

—Mi mamá se enfermó de cáncer, yo tenía siete años cuando ella murió. Y mi papá no pudo cuidarnos, se emborrachaba. Creo que era demasiado para él.

¡Qué ganas de abrazarla tiene Pilar! Pero en el carácter de Tina, la efusividad es de a poco. La ha visto abrazada a Noah, pero como el náufrago se aferra al pedazo de madera que lo mantiene a flote. Aunque ella sabe que cuando Tina se vaya, tendrá recursos para seguir flotando en ese mundo de experiencias que son sus viajes, su trabajo y los distintos países que va recorriendo. Y habrá otros amores.

Pilar se levanta, y la invita a ir juntas al mar. Se toman de la mano, Tina sujeta a la madre de Noah, que lucha contra el oleaje tan potente como esos rezagos de pasado, recuerdos que pugnan por asirla,

hundirla, y con esa mano amable, de otra sobreviviente como ella, comienza la redención. No hay redención sin expiación, y ella ha expiado todos sus pecados. El agua la bendice, la sal arde en las heridas pero ese dolor las ha curado.

—¡Pura vida! —grita, y los hace reír.

Qué locura, una mujer mayor haciendo suyo, en carne y espíritu, el lema de ese lugar precioso, un punto en el mapa, un mapa que está cambiando su horizonte, expandiendo su pecho, salobre el agua en su boca y una pureza inexplicable en su corazón.

Lo ha escrito en su cuaderno, y al hacerlo van cayendo las piezas. Recordamos como podemos. Ahora, en este mismo instante en que la luna llena blanquea el aire y hace más negras las sombras de las sierras y los árboles, con su piel caliente por el sol del día, la playa, el mar, piensa Pilar en aquella otra noche, medio siglo atrás. Pero todo se ve diferente.

La pregunta que no hizo, las palabras que no pronunció ni cuando volvió a La Algarroba para calmar esa espina que dolía. La vida le dolía en ese verano de 1980. Él, su tío, había salido a recibirla, y ella no dijo nada en todo el verano, en el que hubo espacio para conversaciones, momentos de estar solos en el auto, en la casa. El recuerdo estaba sepultado bajo los escombros, como Lisandro y el caballo Belcebú en las profundidades de la mina. Como si nunca hubiera ocurrido.

No lo recordó cuando volvió a cerrar la historia con su padre, treinta años después. Tuvo oportunidad cuando fue a su casa. Y en el hospital, cuando lo vio y lo tocó, apretó su mano afiebrada y miró sus ojos voraces, intentando asir el aire con cada pedazo de su cuerpo.

La noticia de la muerte de su tío no le produjo más que un ramalazo fugaz de pena. Ella era parte del clan, y el clan se protege a sí mismo. Solo que cuando ya los protagonistas han muerto, la lealtad es para los fantasmas, y los fantasmas no saben de esas cosas. Hoy, en este momento de su vida, esa noche vuelve, clara y cierta, para que se haga las preguntas que se callaron por años.

¿Por qué no gritó? ¿Fue el temor a que don Pancho despertase al escucharla y desgraciara su nombre en la propia sangre? ¿O fue el miedo al juicio, a que dijeran que ella lo había seducido o buscado con la mirada? Algún *gesto de coqueta*, eso decía su madre al ver virar su corazón enamoradizo de uno a otro galán. ¿Y sus fantasías, cuando niña, a caballo, apoyaba la cabeza en la espalda de su personaje inolvidable, ese tío tan joven, tan distinto al resto de la familia? Hoy descubre por qué la conmovió tanto la cajita de música que Rodolfo le

obsequió en Navidad. Sus quince años. En la fotografía que la esperaba en la caja de metal, como tantos otros recuerdos, para saltarle al cuello, ella está bailando con su padre, y entre los invitados que aplauden, el ladrón, clavel en la solapa, cigarrillo en mano, no puede ocultar a la cámara la mirada codiciosa hacia la cumpleañera.

Cierra el cuaderno con un sonido fuerte, como un latigazo en la noche espléndida.

Noah y Tina ya se han duchado y brillan jóvenes y hermosos, con la expectativa prendida a la piel perfumada de promesas solo por eso, por ser jóvenes. Pilar se apura para bañarse y vestirse, y salir con ellos.

La callecita en bajada los lleva hacia el murmullo, hacia los tragos y la música bajo la luna preciosa de Tamarindo.

Llegan a un hostel rodeado de jardines. En la piscina reverberan las luces de los faroles. Hay hamacas colgadas de los postes, y todos los amigos de Noah festejan el cumpleaños del dueño. Manu. Español, alegre, con hijos pequeños. Le preparan una sorpresa: han confeccionado máscaras de papel con su rostro para taparse los propios; todos son Manu, multiplicado en tantos. Lo traerán con un pretexto, anda en la calle. Los complotados se esconden en una de las habitaciones, Pilar incluida. El calor, los sudores y los perfumes la rodean. Noah, Tina y varios más, se han echado en la cama grande, otros parados, o en el baño, hacinados entre risas sujetas con esfuerzo, murmullos, esperando la señal para salir en tropel.

Pilar siente la energía que le brota. Está entera, juntando todos los pedazos, y este lugar le abre la mente y el corazón. Había estado encerrada en un mundo pequeño, con vapores que amenazaban con extinguir su alma, pero el recorrido por el pantano le descubrió las facetas del clan que servían para sobrevivir, y las que debía desechar. El mundo grande se le muestra y está lista para tomarlo, para vivir la aventura del resto de su vida.

Gritos, algarabía, abrazos. Sentada en una hamaca colgante, alguien le acerca una cerveza y varios jóvenes la rodean. Uno se sienta a su lado y la conversación fluye como la música. A poco de avanzar en algunos temas, ella siente que les falta madre, o quizás la sensación de ser escuchado; hay una cercanía grata en los brazos que la estrechan, que la buscan para las fotos.

Hablan de mujeres, de relaciones. Tamarindo es un lugar de encuentros fugaces que se esfuman al paso de los días, intensos, sexuales, en un clima sensual. *¿Dónde está el romance?* Es la pregunta que acaba de formular un amigo de Noah, un Noah que mira a su

madre desde el otro lado de la galería: Pilar está en su territorio y ella lo sabe, pero disfruta de andarse toreando con su hijo. Compartir es toda una experiencia para los Montero.

Quien pregunta, uno de los tantos Matías que hay allí, se refiere a que no hay tiempo para esos pasos previos de espera inquietante, de disfrutar la conquista. A veces, el nombre de los protagonistas de ese baile, acople de cuerpos luego de una tarde de playa y noches de alcohol, es lo primero que se olvida. Pasan los turistas, los estudiantes, los pasajeros de un viaje donde se intenta probar todo, los placeres del paladar y los del sexo, que se viven intensos, frágiles, y se acumulan como las fotos en el celular.

Ella sabe que están expuestos a los peligros de la inmediatez, pero ha visto, en ese mismo lugar, algunos que se han casado, con proyectos de familia. Un casamiento en la playa; Noah le hizo a la novia unas tobilleras con piedras para enjoyar los pies descalzos. Esa pareja hoy está allí, la mujer ansiosa hasta la obsesión por engendrar un hijo, y Pilar, impulsivamente, le toma la mano, y palma arriba, lee en las líneas de la vida. *Acá hay un bebé*, dice, y Orne, que así se llama la joven, destella luces en la piel, en los ojos, y ella aprieta en puño esa mano como guardando el secreto. Fran, el futuro padre del sueño vislumbrado, ríe feliz. Hay magia en esa noche, en la que ahora un peludo fisicoculturista vestido con un bikini de colores se acerca al cumpleañero, que espera sentado en una silla, los ojos vendados con un pañuelo. Le baila alrededor, se le sienta en las piernas, y por fin libera sus ojos y le muestra la sorpresa, entre las risas que no cesan.

Cuando el grotesco finaliza y todos terminan nadando vestidos en la piscina, Pilar siente que los músculos de la mandíbula y de su abdomen están agarrotados de tanto reírse.

De allí, salen para ir a escuchar a un guitarrista francés en otro hostel. Tony Putaggio y su compañero Johan Blanchard. El lugar está cerca, la noche es propicia, luna llena, *después te llevo al mirador*, promete Noah mientras pasan entre los asistentes. Colmado el recinto, los patios, de muchachos y chicas apenas salidos del secundario, franceses, holandeses de piel encendida por el sol y rostros iluminados por la excitación. Están solos con sus aciertos y sus errores. Pilar los mira y los abarca en un amor inusual, que nace de sus propios recuerdos de aquella edad.

Los primeros sonidos, las sillas que se acomodan alrededor de los artistas, la sacan de sus pensamientos. Los dedos moviéndose en las cuerdas la despabilan. La música la lleva, lejos, Francia está allí, con una proximidad peligrosa, sus pies y sus manos se mueven al compás, y corre, y hay calles, ríos, flores, el olor del pan, y Ari, tantos años de

amor y de bendiciones, y ella regodeándose en la desgracia. Los dedos de los músicos la tocan, siente las caricias de un pasado de bonanza, tan pacífico que ella no apreció en su profunda verdad; tenía la creencia de que no había amor sin tumulto, sin pasión violenta, y la adrenalina era una adicción.

Nadie puede quitarle lo vivido, la inconmensurable belleza de lo que la vida le dio, y la perturbadora realidad de lo que se fue.

Pilar llora, los ojos bajos. Más allá, Noah y Tina beben una cerveza inmersos en su mundo, y ella llora agradecida por darse cuenta de que la felicidad era esto. Descubrir que estar vivo tiene un precio.

Recién hoy, con lo que los acordes que ese francés transpirado y sonriente le regala sin saberlo, Pilar muerde los dientes pidiendo perdón por toda la queja, la mierda, la disputa, el desencuentro y una búsqueda que la hacía girar en círculos hasta enfrentarla con su rostro en el espejo.

Levanta la mirada. Noah la observa y a la luz escasa, difusa de los faroles de papel, ve sus lágrimas. Se acerca y preocupado, le habla:

—¿Ma, estás bien? ¿Quieres irte?

Pilar le toma las manos y niega con la cabeza.

—Todo está perfecto, estoy tan feliz que duele.

Noah se queda a su lado, y si el tiempo pudiera detenerse, ella guardaría ese momento para toda la eternidad.

El universo se abre en abundancia, ha cruzado el desierto y no debe mirar atrás. Todo está aquí: su hijo, su hija a quien espera ver pronto, Rodolfo que, lo sabe, la aguarda. Todo a su tiempo. En estos días no pudo, ni quiso, hablar con nadie, pero confía en que, al verla, ellos sabrán que valió la pena.

Cuando el concierto termina, y después de abrazar con énfasis, en esa noche húmeda y calurosa, al todavía más húmedo guitarrista y agradecerle su maravilloso don, se marchan.

—¡Vamos al mirador! —grita Noah, eufórico, contagiado del humor de su madre.

Es empinado el camino que lleva hacia un hotel de lujo, recostado en la montaña. Al apagar el motor, el silencio estrellado cae sobre ellos y la luna se muestra distinta, amarilla, dorada, flotando en el cielo cribado de luz. El suspiro de Pilar es audible, el viento sopla refrescando la noche y ella solo se deja estar.

Noah mira hacia arriba, apoyado en el auto, y Tina se acuesta sobre la calle, pequeña muñeca rubia, vestido azul, las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Mañana seguiría su camino, pero en este

momento es solo una niña de zapatillas blancas mirando la luna. Pilar piensa que su corazón podría estallar. La belleza de los instantes se le revela en ese estar presente.

CAPÍTULO CINCUENTA

Todo está bien

Recordando la llegada a Costa Rica y el cansancio del viaje hasta Tamarindo de su madre, Noah decide para el regreso ir un día antes a San José, pasar la noche y que Pilar tome su vuelo en la mañana.

Salen del departamento, cargan las maletas. Ella siente la punzada de la angustia y se obliga a pensar, a reafirmar su creencia: Noah está bien, lo extrañará, seguro, pero pudo disfrutar estos días benéficos, iluminados de experiencias vitales, de tomar su brazo para sostenerse, de acariciar su pelo viendo una película tirados en la cama, el placer de verlo en plenitud, desafiando el mar. O quizás es una percepción equivocada y la competencia es solo consigo mismo, en sus propios límites, pero al mar entra con respeto. Lo ha visto en los videos, con cardumen de peces y un tiburón, o la manta raya de sombra gigantesca pasar a su lado. En secreto, Pilar anhela que llegue a su vida la mujer que lo ame y lo comprenda. Que se enamore, su cangrejo ermitaño. Será lo que deba ser.

Tendrán cuatro horas de viaje para compartir. El día es espléndido y ahora ella puede apreciar el paisaje sin molestos trastornos. Va liviana, su cuerpo no solo lleva un saludable bronceado sino que su andar es ágil. Noah no ha sido indulgente: caminatas por la arena, viajes, el mar con sus golpeteos han moldeado sus músculos, y los días de silencio, ese silencio que se impuso para no hablar con sus seres queridos, la han purificado. Noah había mantenido la comunicación con mensajes en la red social; de allá no había novedades sustanciales, y con Irina también tenía un contacto estrecho. Todos habían seguido con sus vidas, y eso era una profunda lección de humildad para Pilar. La omnipotencia de sentir que podía tener injerencia en los otros era una ilusión. Somos importantes para el otro en el amor. Solo el amor nos configura, dando identidad a lo que somos y a lo que brindamos.

Ese silencio impuesto de no escuchar la voz de los otros tenía un sustento grabado a fuego; su oído se había agudizado, limpiado los ruidos, y así como aprendió a identificar los cantos de los pájaros, el sutil siseo de las patas en vuelo al tocar el agua, los truenos, el viento y los guturales mensajes de los monos con el mar incesante de fondo, así había buceado en las profundidades de su alma. Había aprendido a escuchar. Debía tener la paciencia suficiente para descifrar las sutiles

gradaciones en las almas de los otros, como cuando espiaba el manglar hasta que sus ojos ardían para ver el cocodrilo. Hoy, sentía que dentro de lo impredecible de la existencia podía, en alguna medida, tener cierto control sobre sus sentimientos.

Una mañana, cuando Noah había salido a bucear, ella miró su computadora. Las fotografías que su hijo había tomado en el viaje por Latinoamérica eran un muestrario de rostros, niñas bolivianas en las salinas, cubanos bailando en las calles, colombianos, peruanos, chilenos, mujeres ancianas, surcada la piel por soles y penas; los otros, en su desnudez bajo la cámara vistos con los ojos del alma. Como los de Ari. La generosidad y la mezquindad viajaban juntas en la sangre y uno decidía a quién cobijar.

La voz de Noah la saca de sus pensamientos. Le muestra los cambios en el verde, roja la tierra, fulgurantes las palmeras, los árboles que se abrazan sobre la ruta. Los ojos no le alcanzan y la música que Noah le hace escuchar la embelesa. «*Por las calabazas / que me dio la joba / mi negra matrera / me paso las horas / y también los días en la coyolera. / Montando a caballo / voy siempre en su busca / y aunque no me quieeera / queriendo olvidarla / me voy a ahogar penas / bebiendo coyol, bebiendo coyol, bebiendo coyol*». Las manos de Noah tamborilean en el volante con la música pegadiza; Pilar imagina el hombre adobado de alcohol, la vida que lleva otro ritmo, otro latido, y Noah busca otro tema.

—Escucha, ma, escucha esta letra:

El rojo nace sobre las ramas,
entre el rumor de la resolana.
Arden los ojos de las iguanas
sobre la piel arde la mañana.
Bajo la paja crecen dolores,
mueren misterios,
crepita el roble.
Arden los versos,
arden los nombres,
pájaros ciegos
que el viento rompe.

Que se queeeema el cielo,
que se quema el agua,
y en las humaredas
lloran las ranas.
Que se quema el sueño
que se quema el alma.

Son lenguas de muerte
esas llamaradas.

Nadie lo hizo,
nadie responde
solo cenizas
de monte a monte,
nadie vio nada,
nadie vio dónde…
y un niño juega
entre los tizones.
Que se queeema el cielo,
que se queema el agua
Una luna negra se levantó,
una luna negra…
Una nube amarga en el corazón,
una nube amarga…
Humo de jaragua, murió la luz,
humo de jaragua…
Que se quema el sol,
que se quema el canto
con la guitarra.

Pilar oye y ve el mismo dolor que en los incendios en su campo, todo el vergel arruinado a la espera de la lluvia, para volver a empezar.

—¿Quiénes son los que cantan? —pregunta interesada; las letras hablan del compromiso social de sus autores.

—Malpaís. Así se llaman. Muy buenos.

Piensa que es corto el tiempo para conocer un lugar, su gente, su modo de estar en el mundo. Ese modo que Noah hizo propio, tranquilo, sin perder el entusiasmo y la capacidad de gestionar su vida.

—Así manejan los ticos —dice mientras trata de rebasar un camión que enlentece todo el tránsito.

Ve puentes sobre un río caudaloso y ancho como el horizonte, árboles pletóricos de flores. Una víbora cruza el asfalto, Noah se la señala rápido. Ve los últimos monos pasando de rama en rama antes de que cambie la geografía y comience lo urbano, las casas de colores y el olor molesto, inconfundible: el olor del hombre y sus máquinas.

San José no tiene demasiados edificios. Es una ciudad colonial pegada a las sierras, llena de motos y con el más disparatado modo de circular que Pilar jamás haya visto. Noah se conduce con verdadero profesionalismo; parece como si nadie respetara las reglas, solo

marchan como insectos desvariados bajo el sol. Cuando llegan al hostel donde van a alojarse, sopla un viento fresco que la estremece, y entran por la cochera que da a un patio con galería. El mural en la pared con soles, lunas, monos y pájaros coloridos la recibe con alegría. Los mosaicos de los pisos son joyas dibujadas, pasillos hacia donde se abren puertas grandes con banderolas, techos muy altos. Fotos de artistas, pinturas de mujeres de raza negra, sensuales, y por los pasillos, gente joven moviendo sus vidas de un lugar a otro. El que los atiende y los registra tiene el cabello en rizos largos sobre las orejas, un poco puntiagudas, que le hacen susurrarle al oído a su hijo: *Parece el hobbit*, un libro que Noah amaba, *El señor de los anillos*. Noah aprueba con su cabeza, cómplice, y ella siente que nada puede hacerla más feliz que esa conexión que tiene con su hijo.

Se sorprende de cómo se ha ido amoldando en este viaje increíble, y ahora pasará la noche en este lugar donde, con criterio, Noah le ha reservado una habitación para ella sola. Cuando gira la llave y abre es un sitio muy amplio, cama grande y otras marineras, el baño con esos viejos depósitos para el agua arriba y con cadena para tirar. Se recuesta, saldrán más tarde a comer algo. Se olvida de que allí anochece temprano, la oscuridad la envuelve y cuando abre los ojos las luces de la calle encienden de tonos amarillentos la pieza.

Tarda un poco en darse cuenta de dónde está. ¡Tantos cambios! Pero una fuerza la impulsa, se levanta y prepara una ducha; el agua la despeja, y cuando ya vestida y perfumada sale en busca de Noah no hay pensamientos en especial, solo hambre.

Las costumbres y horarios del lugar les juegan en contra: todo está cerrado. En un momento, se extravían. Noah no conoce la ciudad tan a fondo, y al pasar las vías del tren el panorama cambia. Las casas parecen aplastarse contra la barranca, la basura se acumula en las veredas, las ventanas mantienen bajas las persianas, y los transeúntes, muchachos con camperas y cabezas cubiertas con capuchas, van provocando en ella la percepción del peligro, de lo desconocido. Sabe que allí corre la droga, como en tantos sitios del mundo. El júbilo de la mañana se hace aprensión, hasta que después de muchas vueltas y sofocos logran regresar hacia el centro.

Una pizzería los recibe, el mozo engestado y violento levantando las mesas y barriendo con furia. *Un mal día*, dice otra moza, la que les toma el pedido, *no vino su relevo y está desde la mañana.* Comen rápido y en silencio. Ella apenas pasa una porción, pero Noah devora y bebe una cerveza como si no hubiera un mañana. Salen, y el aire más frío los apresura hacia el auto. Una cara distinta de lo que ella estaba viviendo, y que le da otra mirada.

Pilar sabe que Noah se quedará un par de días allí, y eso la alerta. Luego, en la cama, escucha motos y risas en la calle y mira por la ventana; son hombres que pasan borrachos. Se acurruca, mientras le ofrece su hijo al universo. *Nada te pertenece, nada está bajo tu control.* A pesar de todo, se duerme profundamente.

La alarma del celular la sobresalta, y en poco tiempo está vestida y con las maletas en la puerta. En el auto, solo tiene ojos para mirar a quien no sabe cuándo volverá a ver. Compran un café y panes en el camino y desayunan en el auto, en una calle sin tránsito.

El aeropuerto se le antoja diferente, porque ella no es la misma. Se ríe para sí: lo ridícula que debe haberse visto, nerviosa y expectante, cuando Noah no llegaba. Estacionan y van hacia la entrada. A un costado, un precioso carro pintado en rojos y amarillos brillantes, con una rueda grande fileteada en dibujos que le recuerdan algunos que ha visto en Buenos Aires o en el sulky de su abuelo, la sorprende y alegra. Pide a una mujer que pasa que le tome una fotografía junto a Noah y el carro. Luego se sientan a esperar la señal para comenzar el embarque.

La mano de Pilar toca la de su hijo para llevarse en las yemas de los dedos la más mínima huella, grabada para recordar. El estómago le tiembla, las entrañas sienten el tirón de la despedida.

—¿Te vas a cuidar?

—Sí, ma, todo bien —contesta el hombre que nada entre tiburones, sonriendo a quien lo ha parido.

Todo bien, se repite cuando ya en la fila para revisión, esa que lo aleja cada vez más, se pone en puntas de pie girando hacia atrás para verlo, su altura, el desparpajo de sus pantalones hasta la rodilla, el desenfreno de su pelo rebelde y largo, y la sonrisa, la mano en alto, hasta que, después de ser requisada como un talibán, debe pasar la puerta que se lo oculta definitivamente.

Todo bien, se repite en la espera, mientras se llena los ojos con la imagen en su máquina de fotos. El brazo de Noah sobre sus hombros, y ella empequeñecida ante ese amor. Todo está perfecto.

El viaje a Panamá se le hace corto, y cuando baja busca la puerta que le corresponde con una decisión que a ella misma la sorprende. La sala de embarque está colmada y la tonada cordobesa la abraza; vienen de Cuba, de Colombia, bronceados y cargados de paquetes, y cuando se acomoda en su asiento el clima es familiar, aunque no conozca o no hable con nadie.

Las voces se entrecruzan, las últimas llamadas por celular y toda la parafernalia antes de comenzar lo que ya nadie ve como un milagro.

Volar a través del cielo. Sonríe con la imagen en su mente: una silla pasando entre las nubes.

Ha dormido la mayor parte del viaje, y cuando aterrizan, su ciudad llena de luces la recibe y todo lo vivido se le acumula en el alma, y un sollozo se trunca en la garganta. Duele dejar tanto atrás, pero sobre ese desprendimiento persiste la belleza formidable de esos días, días de sanar, de ver el mundo grande en lo imperceptible, el paso rápido del cangrejo ermitaño. Mi casa soy yo.

Su celular es un objeto inútil en su bolsillo desde que se averió en ese mismo aeropuerto, pero ha tenido la precaución de cargarle la batería. Mientras espera su maleta al costado de la cinta y saca de su bolso de mano un abrigo porque siente mucho frío, el sonido la sobresalta. Está sonando. Toca la pantalla y contesta sin entender, solo aceptando el portento.

Las rodillas se le aflojan cuando escucha la voz que le dice:

—Estoy esperando aquí afuera.

Son las dos de la mañana. Aturdida atraviesa los largos pasillos alfombrados; allá a lo lejos, detrás de los vidrios opacos, se levantan los brazos de los que han venido a buscar a alguien.

Cuando las puertas se abren, y cruza, el hombre avanza y le saca la valija de la mano, y la abraza; se necesita, en ese instante, un refugio para una mujer que ha dado vuelta su alma poniendo cada cosa en su lugar. Lo que importa.

Ya habrá tiempo de preguntar cómo supo, quién se lo dijo, qué le pasó a su teléfono que revivió de ese modo mágico; ahora solo hunde la nariz en el pecho de Rodolfo, siente su aroma y el beso que la enfrenta con la Pilar más feliz, más joven, más completa.

Todo está bien.

La casa parece diferente, pero es ella la que ha cambiado. Ramón está despierto a pesar de la hora, y hasta podría decirse contento a juzgar por su expresión y la ligereza con que se encarga del equipaje. Los ambientes están tibios y hay olor a café en la cocina.

—Vendrás cansada —dice Rodolfo viendo las ojeras indisimulables de Pilar, aunque su piel quemada por el sol le dé un aspecto impactante.

—No voy a negarlo —le contesta ella—, quiero dormir, pero creo que estoy pasada de vueltas; mucho para procesar en mi pobre cerebro.

Lo mira, *está hermoso*, se dice, y sonríe por su propia osadía en describirlo así. Están sentados en el sofá, cerca del hogar, el olor de la leña le hace cosquillas en la nariz y lagrimean los ojos, en las tazas la

borra del café dibuja destinos impensados, y las manos se rozan y acarician dedo por dedo. Se abrazan, se apoyan uno en el otro. Nadie se apura, todo está por venir, solo se tocan, se huelen, con una alegría que no necesita de palabras.

Sola ya en su dormitorio —Rodolfo volverá luego de que ella haya dormido y descansado lo suficiente—, abre una maleta solamente para buscar el camisón y después de un reparador baño, se acuesta. Tras los párpados cerrados, las imágenes bailan, la aturden, aeropuertos, su hijo — ya le avisó que llegó bien—, el cocodrilo, las voces en la pizzería, el barco, los monos, el miedo en la ciudad nocturna, y vuelta acá, al abrazo de Rodolfo, al frío en contraste con el calor húmedo de verdes profundos. La música que oyó en el auto, bebiendocoyolbebiendocoyol, le picotea como un pájaro el cerebro y enciende la luz, se levanta, y baja a la cocina. Tiene sed, toma agua mientras se prepara un té. Mira el reloj en la pared. Cuatro de la mañana. Piensa que seguramente ya estará levantada, preparando su día en el trabajo.

Marca el número.

—¿Mam?

—¡Irina! Mi querida, qué hermoso escuchar tu voz. Ya estoy de vuelta, todo bien.

—Sí, Noah me avisó.

—¿Te llamó?

—Mam, hablamos casi todos los días, él me iba contando lo que hacían.

Eso que ella desconocía le produce una punzada de celos y luego, una íntima, infernal alegría que se le desparrama por el cuerpo. ¡Esos hijos suyos se aman de una manera propia, y están unidos en ella y a través de tanta distancia!

—¿No has dormido nada? —pregunta Irina; sabe que su madre apenas lleva unas horas de haber llegado.

—No pude, demasiada excitación. Ya dormiré, no hay problema, escucharte me calma, ¡me pone tan bien, hija, que no puedo explicarlo! ¿Cómo estás, cómo andan tus cosas?

Pilar está entrenada, ese oído que se hace fino cuando el silencio llena la línea del teléfono.

—¿Pasa algo?

—Mamá, voy a tener un bebé.

La noticia la abruma y la despabila.

—¡¿De cuánto estás?!

—Cuatro meses.

Cuatro meses, tantos días, semanas, latidos que se escuchaban sin necesitar sus oídos, el destino, o la vida, le haría pagar su lejanía, su

agotarse en sí misma con sus fantasmas.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes?

—Quería estar segura, mam. Es una nena.

—¿Ya lo sabes?

—Sí, François estaba ansioso. Más que yo.

Irina se ríe con una carcajada plena, y Pilar piensa que su hija va a ser madre con la misma decisión con que abrazó la medicina y se hizo cargo del consultorio del padre. Su pequeña. Ya no la necesita. Eso le duele. Pero quizás debió estar antes con ella.

—¡Mam, no aguanto lo que tengo que decirte! ¡François hizo una exposición con tus obras!

—¿Con mis cuadros? ¿Los que dejé allá?

—¡Sí, con esos y con los que trajo Rodolfo!

—¿Rodolfo?

—¡Mam, la gente muere por saber de la pintora desconocida! ¿Mam? ¿Estás ahí, me escuchas?

Pilar, teléfono en mano, corre hacia la habitación donde vació todos sus dolores y emociones extremas en las telas. Abre, y las paredes desnudas la estremecen. Articula las palabras con dificultad, no responden sus músculos y su voz es oscura, extraña.

—¿Dónde están mis cuadros?

—Mam, no te enojes, Rodolfo los cuidó, viajó con ellos y los trajo enteros, perfectos. Es una revelación, te voy a pasar los recortes de las críticas, aunque tu amigo —y se ríe Irina, se ríe como cuando era una niña— se encargó de comprar todos los diarios y se los llevó en papel para dártelos.

Pilar ha llegado al sillón del hall y se desploma, su cuerpo es una maraña de reacciones, su mente se llena de preguntas; la breve explicación de Irina no le alcanza para comprender esa red que tejieron en su ausencia, mientras ella recibía el don de la gratitud. Su hija, Noah, Rodolfo, y vaya a saber quiénes más ayudando en este formidable plan a través del océano.

—Mam…

—¿Sí?

—Quiero que vengas, te necesito conmigo.

¡Ah! ¡El universo tiene tantas maneras de expresarse!

Es primavera, se huele en el aire, en la vida y en las venas de Pilar.

—¡Claro que voy, lo más pronto posible!

Ser abuela y exponer sus obras.

—¿Han elegido algún nombre? Aunque es demasiado pronto todavía…

Irina le responde:

—Valentina. Se llamará Valentina.

—¡Es precioso! ¡Muy atinado para venir a esta familia de locos! —exclama Pilar.

El cuerpo le baila, aunque está quieta. Ahora sabe qué esperar. Cuando cuelga el teléfono, pronuncia el nombre con dulzura. *Valentina.* Y un ruego que se hace propósito y certeza.

Que sus ojos no lloren mis lágrimas.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

El año de las glicinas

El cielo encapotado y el silencio de la casa le alargaron el sueño. Abre los ojos y mira a su alrededor. Le cuesta pensar; un par de días atrás, el sol y los gritos de los monos eran su despertador. De a poco, acomoda los acontecimientos recientes: el viaje de regreso, Rodolfo esperándola y las noticias que le dio anoche Irina.

El celular, que había revivido en el aeropuerto y que anoche silenció, tiene varios mensajes. *¿Llegaste? ¡Da señales de vida!* ¡Si hasta le parece escuchar la voz de Magdalena! Chico, en su habitual estilo, ha escrito: *Espero que hayas llegado bien, por acá todo en orden.*

Ella había usado el celular de Noah para avisar de su regreso, aunque no había dado el horario preciso.

Se levanta, se pone la bata y va hacia la ventana. El parque duerme las últimas siestas del invierno tardío, los pinos oscuros enfrían la tierra, solo unos gorriones pían juntos y las nubes se acumulan al sur. ¡Qué contraste! Todo parece más lóbrego ante los recuerdos soleados.

En la pared del jardín, la glicina ha despertado. Ella no la ha visto todavía. Brote nuevo rezumando vida, azulado brote que esperó lo que había que esperar.

Es hora de merienda más que de almuerzo; Ramón le ha dejado pan, mermeladas, café, y un par de tazas del oscuro y caliente brebaje la predisponen para comenzar a programar sus próximos pasos.

Hace algunas llamadas. *Estoy bien, muy cansada, mañana nos vemos*. El diálogo es casi idéntico con su hermana y con Chico.

—¿Resucitaste? —es lo primero que dice Rodolfo al escucharla.

—Estoy bien, dormí de un tirón, es raro despertarse aquí…

—No es muy bueno para mi estima que no me extrañes —le susurra él.

La voz enronquecida le mueve recuerdos, sensaciones, que descubre quiere repetir.

—Vas a tener que explicarme muchas cosas —le dice en un reproche divertido, anhelante.

—En el oído, para que nadie se entere —le contesta Rodolfo, y la piel se le eriza, se siente tan viva…

El efecto Tamarindo, se dice, para encontrar un motivo a la alegría por sí misma. Va a venir esta noche para cenar juntos. Tiene tiempo,

aunque se aturda en urgencias, en hurgar en las valijas, en buscar en el ropero un atuendo acorde a su emoción, a su estado de ánimo.

Al bajar de nuevo las escaleras, una sombra se escabulle por la puerta de la cocina que da al patio.

—¡¿Ramón?!

El nombrado regresa y al entrar se saca la gorra, el cabello revuelto y la cabeza gacha.

—¿Necesita algo?

—Sí, Ramón, me gustaría saber cómo salieron de esta casa mis cuadros…

El hombre sabe que es mejor hablar, y explica:

—El señor Rodolfo vino con la señora Magdalena.

—¿Magdalena?

—Sí. Él le mostró los cuadros, y dijeron que no era justo que quedaran guardados sin que los vea la gente. Los ayudé a embalarlos, el señor dijo que había que hacerlo con cuidado, que tenían que llegar intactos. ¿Hice mal?

El casero se muestra preocupado, y Pilar no pretende alargar ese malestar.

—Todo está bien, Ramón, ha sido una sorpresa que me han preparado con mi hermana y mi hija. Voy a necesitar algunas verduras, veamos qué tiene en el invernadero. Lo demás, le hago la lista y me lo compra.

Cuando queda sola, se pregunta: *¿Cómo llegó Rodolfo a Magdalena?*

Prefiere hablarlo con él.

Se da el gusto, con el espíritu tranquilo, de tomar una siesta tardía. En realidad, es una especie de ensueño, de balance de cuerpo y de alma. Se va acomodando al presente, aunque su mente una y otra vez regresa hacia donde fue feliz, de donde la naturaleza, la gente y su hijo la devolvieron renovada. Todo lo que vive hoy, su pensamiento sobre cada uno de los que compartieron su vida en los dos últimos años, ha cambiado. No hay juicio, ella es un observador que aprendió a elegir, como le dijera Chico, a recordar lo que menos duela. Se ha hecho la promesa de mantener ese sentido. Está preparada para lo que venga sin cargar con sufrimientos pasados. Ha podido escupir la bola de pelo, algo que aprendió al ver los gatos, que se lamen y lamen y luego se atragantan con los pelos. Ella se había regodeado lamiendo sus heridas, y atragantado angurrienta con su propio dolor.

En las ventanas, la tarde se oscurece. Salta de la cama y baja a la cocina, se calienta un café; sobre la mesada, Ramón ha dejado lo que le había pedido. Con energía renovada, pela, corta, lava, aceita una asadera y enciende el horno.

Mientras las verduras y el pollo se cuecen, aprovecha el tiempo para ordenar sus maletas. Saca los regalos; a Sofía le trajo un pequeño mono de peluche, que con seguridad disfrutará como una niña. Hay collares hechos por Noah con piedras de África, de México, fósiles de caracoles; semillas que intentará germinar; caracoles y frutos duros, de madera, que al tocarlos sueltan un polvillo de arena fina que la conmueve por todo lo vivido en esas playas. En el bolsillo de la valija hay papeles, sus cuadernos y un sobre con acuarelas preciosas: monos, una nicaragüense con sus brazos llenos de collares y sombreros en su cabeza, el cocodrilo ondulante y de hocico feroz, y la que más le gusta: mujeres tomadas de espalda, disfrutando de una caminata junto al mar. Sesentonas, o más, con sus cuerpos libres, los trajes de baño solo cumplen con la función de cubrir algunas partes, y vientres, brazos, todo se muestra en una afirmación de vida. Como ella se siente hoy.

Desnuda, se mira en el espejo. Las marcas donde el sol no la tocó, los pechos blancos, el vientre, su pubis donde el vello escasea, sus piernas bronceadas, los brazos acusan la derrota de la carne, pero todo, en conjunto, se mueve al compás de la pura vida. La presencia de Rodolfo en el aeropuerto y esa tranquilizadora manera de estar, afable pero apasionado, le producen un cosquilleo de ansiedad allí, exactamente en el centro de las sensaciones; cada instante vivido con él, grabado en su mente, acciona el impulso nervioso y su cuerpo responde. El agua caliente, el vapor que la envuelve, la espuma corriendo sobre la piel, son un deleite, un regalo que agradece. Tanto como la urgencia, la expectativa para esperarlo.

Arrebujada en la bata, se demora en untarse el cuerpo con una crema que compró en la feria de Tamarindo; tiene una fragancia sensual, mezcla de frutas y flores. El dorado rojizo que le han dejado las horas al sol se nutre y brilla al alimentarse con el cosmético.

Elige la lencería, seda y encaje, y se va vistiendo. Desecha algunas prendas que había separado antes y termina con un conjunto, una remera suelta y un pantalón cómodo, y calzado bajo. Cuando busca su reflejo, le gusta lo que ve. Una mujer plena, cuyos ojos tienen una luz especial. El perfume y la boca pintada completan el arreglo.

Cuando desciende las escaleras, el aroma que viene desde la cocina es exquisito. Reduce un poco la temperatura del horno y busca un vino en los estantes. El sonido del timbre la sobresalta, no hay edad para ciertos rituales. Cruza la sala, donde los troncos chisporrotean en la estufa. Abre la puerta y lo que registra primero es la mirada amorosa, apreciativa, de Rodolfo, que legitima su aspecto.

El beso es largo, detrás de la puerta que cierran para guardar el calor de la casa, y cuando se apartan, él dice:

—¡Mmmm, qué huelo aquí!

Ella le sigue el tren de la broma:

—¿Mi perfume, o la comida?

Y mientras van hacia la fuente de esos olores, se pregunta si es posible estar tan bien y se responde. *Se puede.*

Rodolfo descorcha el vino. Ha dejado el paquete con masas que traía colgado de los dedos por un hilo, y ella saca la fuente del horno.

—Yo lo trozo —dice él.

Recibe las tijeras y va apartando las presas. Ella sirve las verduras con su propio jugo de cocción.

Están contentos, se sientan a la mesa y comen, levantan las copas, y el calor del vino y del ambiente caldeado les sonroja la cara. Los vidrios empañados no dejan pasar la noche que se cierra fría sobre el parque. Si alguien los espiara, vería una pareja mayor, con los ojos sin edad, disfrutando del placer de un buen plato y de la mutua compañía.

Al terminar, él ayuda con el aseo de la vajilla y ponen en marcha la cafetera. Con la bandeja lista, el café y las confituras, van hacia el sofá junto al hogar.

Taza en mano, Rodolfo sabe que es tiempo de explicaciones. Y pasando una masa con un buen trago de café —ella, con delicadeza, le limpia el azúcar que blanquea la comisura de la boca— comienza su relato.

La visión de las pinturas de Pilar lo había conmocionado, y al paso de los días, la idea comenzó a gestarse en su cabeza. Recordaba lo que ella le había dicho sobre el deseo de Irina y su pareja de hacer una exposición con la obra de su madre. Se referían a los cuadros que Pilar había pintado y dejado en la casa en Francia. Rodolfo pensaba lo que harían si vieran lo que él vio, la magnificencia, las perfectas pinceladas del dolor y de la resurrección de esta mujer a quien él amaba tanto.

Y tuvo la cordura de discernir que lo que quería hacer no era movido solo por los sentimientos, sino por el arte, la maestría que se vislumbraba detrás de cada trazo.

Pilar había partido hacia Costa Rica, y él decidió ir a su casa. Vencer la reticencia de Ramón cuando le pidió el número de teléfono de Irina —que el casero dijo no tener— y salir de allí con el de Magdalena, fue todo un triunfo.

La hermana de Pilar acudió a la cita después de su llamado; supuso que fue por curiosidad, para ver de cerca al hombre que se mantenía en un saludable anonimato. Y él descubrió, al principio bajo una pátina de desconfianza, a una mujer agradable, educada y dispuesta a

acompañarlo en la aventura.

Ramón no entregaría las obras, a menos que fuera alguien más que ese hombre al que había visto algunas veces llegar con Pilar. Pero antes de eso, había que hablar con Irina.

—¿Qué te dijo mi hija? —la curiosidad de Pilar interrumpe el relato.

—Creo que le caí bien de entrada —dice Rodolfo—, apenas escuchó mi nombre, y luego… bueno, le dije que te quería.

Pilar lo mira. Se ha levantado a encender la lámpara de pie para iluminar la sala, quiere ver los cambios en la expresión de él mientras cuenta todo lo pergeñado entre varios, porque también Chico ha participado. Se sienta y le toma las manos.

—¿Le dijiste que me querías? —pregunta solo para deleitarse con la repetición de la frase.

—Sí, que te quiero, y que si ella veía tus cuadros entendería de qué estaba hablando.

Pilar se le recuesta en el hombro, él pasa su brazo por la espalda y la atrae hacia su cuerpo y se queda acurrucada, mirando el fuego, escuchando el sonido de esa voz que se ha vuelto familiar y necesaria.

—De acuerdo con Magdalena, vinimos. Ramón no nos sacaba el ojo de encima —cuenta él, riéndose—, pero tu hermana le dijo, en un tono que no admitía réplica, que éramos gente grande, que no era su costumbre andar paveando y que esto era muy importante.

Ella se ríe. Puede, sin demasiado esfuerzo, imaginar la escena: la voz de Magdalena imponiéndose… Si hasta había pellizcado el alma de su padre, aquel día en que tuvieron esa discusión en el dormitorio de Alfredo, con las cenizas en el placard.

—¡Es brava la menor de las Montero! —exclama Rodolfo al escuchar ese relato, que Pilar intercala en el suyo.

Y sigue contando:

—Con Irina nos pusimos de acuerdo y saqué el pasaje, y me fui. Contraté una empresa especialista en traslado de obras de arte, ellos se aseguraron de que los cuadros estuvieran perfectamente embalados, a la temperatura correcta, colocados en bodega de manera vertical, y lo más importante, con agentes en la Aduana que permitieron su embarque, con papeles en regla, sin fronteras restringidas.

Pilar sirve otro café. Está asombrada, e íntimamente halagada, de todas las molestias que este hombre se ha tomado para cumplir con los planes.

—¿Quieres algo fuerte, whisky, licor? —ofrece.

—Prefiero que terminemos ese rico vino —dice él, y va hacia la cocina.

Regresa con las copas y la botella y las coloca sobre la mesita ratona.

Lo observa, y la sensación que la invade es una mixtura entre el sentimiento que le inspira y el efecto en su cuerpo: algo en su pecho se entibia, se expande, la piel, sus manos, toda ella responde a la presencia de Rodolfo. Se levanta y el impulso la lleva a besarlo, sorprendiéndolo.

Es grato tocarse, percibir los olores del otro, su perfume y el propio, el que exhalan las células abiertas como flores, mecidas por el viento del deseo.

Impensado. Impropio. Inesperado. Increíble.

No se necesitan las palabras. Las manos se liberan de mandatos, de pensamientos, solo se mueven en busca de lo que quieren, de lo que les gusta, y despiertan en cadena más emociones, más necesidad de estrechar los abrazos.

Ella se aparta con una sonrisa en la boca ardida, donde el labial ha desaparecido, y mirando a Rodolfo, que en la suya tiene una aureola roja, se ríe y lo limpia con una servilleta.

De la mano aún, vuelven a sentarse. Es precioso el placer así, sabiendo que cuando quieran pueden retomarlo, como un anticipo de lo que vendrá.

Él busca la copa, se sirve, le ofrece y beben unos sorbos. El alcohol y estar con ella lo pone locuaz. Con ánimo vigoroso le cuenta el viaje a París, el aeropuerto y su encuentro con Irina.

—Estaba allí, preciosa, se había sacado un pañuelo que tenía en el cuello para agitarlo. Nos habíamos mandado unas fotos por mensaje de celular para reconocernos. No habría hecho falta, ¡se parecen tanto! El modo de caminar, de mover las manos, una forma de inclinar la cabeza hacia un costado, como si lo que uno está diciendo fuera lo más importante del mundo… Me sonrió y me dio dos besos, uno en cada mejilla, y me sentí bendecido, si puede entenderse de labios de un agnóstico.

»Fuimos al estudio de François, su novio, un tipo encantador, delgado, enérgico, de ojos claros que se iluminaban al contarme sus planes y al mirarla a tu hija. En la pantalla de la computadora tenía tus pinturas, las fotos que yo le había enviado, y me hablaba fascinado de la exposición que planeaba para unos días después.

»Irina, viendo mi cansancio, le dijo: «Después la seguimos, Rodolfo debe reponerse del viaje». Cargó mis cosas en el auto, y François quedó encargado; antes habíamos llamado a la empresa que traía los cuadros, para que los pusieran en el lugar que indicamos. Cuando subí al auto, me relajé.

—Irina tiene esa particularidad —dice Pilar—, te conforta, sabe qué hacer, ella es como un lugar donde reposar, confiable. Sale a su papá…

Se le escapa, no quiso traerlo a este lugar, en este momento, pero salió, y es Rodolfo el que la ayuda en el trance incómodo.

—Es bueno que lo digas, las personas no desaparecen solo por haberse marchado; tus hijos llevan sus genes, y además, si hablas así, es porque lo has perdonado en tu corazón. El perdón, Pilar, deja lugar para otros sentimientos. ¡Y yo estoy esperando ese lugarcito!

La abraza llevándola hacia él, y sigue contando:

—El camino al pueblo, las casas, la montaña, y luego, al llegar, encontrarme entre esas paredes… Al principio sentí celos. Luego, me percibí como un intruso, hasta que Irina me hizo pasar y me empujó a ocupar una habitación, y que me pusiera cómodo.

—¿En qué pieza te alojó? —pregunta con curiosidad.

—En la de Noah.

Perfecto, piensa, *yo no lo hubiera hecho mejor*.

Rodolfo no le cuenta su deambular por la casa mientras Irina iba a ver un paciente, su búsqueda de las señales, indicios, del que pasó tantos años allí. Alguna fotografía sobre la estufa, libros en la biblioteca y en el consultorio. Miró por la ventana, sabiendo que ese paisaje a través de las ramas del nogal y del castaño habían alumbrado otros ojos, y ahora estaba él. La sensación de extrañeza dio paso al respeto hacia el que ya no estaba, y al cálido despertar de su conciencia por la certeza de que sus sentimientos hacia Pilar eran sinceros.

—Conocí el granero donde pintabas y te imaginé haciéndolo. En ese momento te sentí muy cerca de mí, como si la distancia no existiera. Fue hermoso.

Los ojos de Pilar están llenos de lágrimas, tantas novedades y sentimientos la han conmocionado. Se acurruca, se deja estar, es tranquilizador, el universo acomoda mejor las piezas y aceptar ha sido el secreto. Como los surfistas que había visto en la playa esperando la mejor ola, y luego dejándose llevar por el caprichoso ondular de las aguas, ella se había hundido en las frías y oscuras profundidades y supo disfrutar del benéfico y tibio aire cuando emergió en la superficie.

Rodolfo atiza el fuego y del costado de la estufa saca otro tronco, lo arrima y se agacha, sopla y espera hasta que el calor se extiende y aumenta. Luego sigue hablando.

—La sala que eligió François era imponente. Mucha luz, no muy grande, una casona blanca, elegante, en medio de un parque tan cuidado y espléndido que cuando llegué, tuve culpa porque no estabas allí. Pero los chicos lo planearon así. Yo caminaba entre el público y espiaba sus reacciones, la expresión de sus caras, ante cada cuadro. Y las que experimenté en carne propia al ver los que Irina había traído del campo. La originalidad, la belleza, la compasión que tenía quien los

había pintado, eso pensé, logrando separar la obra de ti misma. El manejo de la luz requería no solo una mano experta, sino un ojo conectado al alma. Y eso lo vi, y lo vieron muchos de los que asistieron a la muestra.

»François viene de una familia adinerada —explica—, de marchand, su madre tiene una galería de arte cerca de los Campos Elíseos. Eso ayudó a visibilizar la muestra, pero luego fueron las críticas y el buen manejo publicitario: no estabas allí, no te conocían, y eso aumentaba la curiosidad. Sentí un orgullo insano, desmesurado, quería gritarles que te amaba, que eras mía, y ahí me di cuenta de que, de esas dos frases, solo una era verdad. Te amo, pero sin posesión, porque sería una falta de respeto, un alarde de machismo devaluado.

Pilar lo calla poniendo los dedos sobre sus labios. Y luego acaricia ese rostro querido, ese que se le cruzaba cuando miraba el mar, cuando descansaba después de un día de emociones, ese que la contuvo, que supo percibir su orfandad cuando la bañó, atravesada por la pérdida de su padre.

Despacio, con la ansiedad contenida del goce por venir, suben las escaleras abrazados. Nadie lleva a nadie, los dos acomodan sus fuerzas, sus deseos, y la alegría que les alborota la piel y el alma por lo genuino del sentimiento. Todo está bien.

Eduardo la espera con todos los papeles listos. Por el ventanal del estudio la luz dibuja ese paisaje que ella comenzaría a extrañar en pocos días.

El café los demora, él la observa. Pilar tiene la mirada perdida en los techos vecinos, o quizás en su camino interior. No quiere hablarle; a veces, estos momentos son delicados. Él ha visto tanto en años de escribanía, tantas historias ajenas que de una u otra forma han tocado la suya. Por fin, ella habla:

—Papeles. Papá cuidaba mucho sus papeles, como si la vida dependiera de ello. Sin embargo, cuando revisé en los cajones, en su baulera, no pude encontrar nada personal. Escrituras de dominio, planos, recortes de periódicos, pero no algo que haya querido dejar, una carta, frases sueltas, pensamientos…

Lo está mirando de frente, los ojos coinciden, y Eduardo aprovecha para conectarse con la que considera su amiga.

—No todas las personas escriben sus emociones, quizás sea una forma de preservarse, discreción o quizás no piensa que va a morir. Creo que no se deben buscar respuestas cuando la pregunta la inventamos nosotros, no la vida. ¿Es más importante una carta, que

puede escribirse bajo determinado estado de ánimo, que un abrazo, que los instantes que decidimos compartir en conciencia?

Los ojos de Pilar se abren en el asombro, ese que trae consigo el conocimiento, el que nos deslumbra cuando nos damos cuenta. Ni Alfredo ni Ari dejaron mensajes póstumos, el secreto radica en recordar todo lo compartido con cada ser que se nos cruza en la vida.

Eduardo se mira las manos, se las frota entre sí, no quiere el temblor que lo perturba y baja la vista; no tenía intención de ser tan enfático. Pilar se levanta, y tomando la cabeza del escribano entre sus manos le da un beso en la frente, y le acaricia el pelo, y él siente el profundo amor que lo traspasa, que lo inunda; un amor de un humano a otro, sin que haga falta narrar lo cotidiano, la suma de los días.

Cuando Pilar se va, cuando de ella solo queda el perfume en el aire, él se guarda el abrazo, las gracias, y esa frase: *Hasta que nos volvamos a ver*.

Eso es un acto de fe.

La esperan. En la puerta, Chico adelanta el abrazo inaugurando una emoción, un hábito. Quererse. No desde el recuerdo dramático o extremo, sino en lo cotidiano. Magdalena y Sofía están en la cocina. La mesa con mantel bordado luce las tazas que habían salido de la vitrina, donde dormían un sueño inmerecido. Hasta las flores pintadas en la porcelana parecen vivas, nítidas.

Pilar abre los brazos y Sofía se le acurruca contra el pecho. La frase le resuena en el corazón: *¡Yo quiero ser tu hija!* ¿Qué parecidos, qué semejanzas se movían en esa mente, qué anhelos de amor, de hogar, de madre? Emocionada, le acaricia el cabello y la ayuda a sentarse.

—¡Por fin! —dice su hermana, y el beso en la mejilla completa el ritual del encuentro.

Marta entra y saluda con alegría a la viajera. Hay un bizcochuelo dorado en un plato, tibio aún. Magdalena acerca la tetera, y por unos instantes el silencio los arropa. No esos espacios duros, helados entre las palabras que dolían o las que no podían pronunciarse.

Pilar es la primera en hablar.

—No sé cómo agradecerles…

Y Magdalena, riendo, exclama:

—¡Mostrando lo que trajiste! —Igual que cuando era niña, y abría regalos de Navidad o de cumpleaños.

—Tomemos el té —dice Chico, tratando de poner orden.

Inútil intento. Marta acerca una silla, Pilar abre el bolso y saca el monito de peluche, que Sofía recibe con exclamaciones de gozo, una

manta mejicana tejida en vivos colores para Magdalena y un reloj para Chico. Cajitas de tapas con semillas incrustadas, cartulinas con acuarelas, el mono y el cocodrilo iluminan los ojos de Sofía, y los colgantes con piedras que ha enviado Noah hacen las delicias femeninas.

El ambiente se caldea por comer juntos, por compartir. Les habla de Noah, de Costa Rica. Ellos le cuentan la aventura de los cuadros, hacen bromas sobre Rodolfo.

Pilar siente que la casa la abraza como si adivinara que ella se había ido y exhalaba suspiros, sonidos de pasos, música; el refugio para la intemperancia del mundo, un hueco en la espesura para los animales heridos. Aquí morían los elefantes, como su padre, dejando en su familia un caleidoscopio, imágenes singulares de un hombre distintas para cada ojo. Cada uno de los integrantes del clan era parte, color y destello, y al girar las ruedas y darles la luz mostraban otras figuras. Dos años atrás, ellos eran otras personas, desconocidas entre sí. El dolor y la voluntad de averiguar quiénes estaban detrás de los personajes habían sido más fuertes que el orgullo, los celos y los mandatos.

—¿Cuándo te vas? —pregunta la más chica, sirviendo otra ronda de té.

—Creo que en unos diez días, debo arreglar algunas cosas

—contesta Pilar.

—¿Y Rodolfo…?

Magdalena deja en el aire el interrogante y Chico levanta la mirada del reloj que su prima le había traído.

—Nos vamos a arreglar —comienza a explicar Pilar, y su madre, con intensa curiosidad, dice:

—¿Tenés novio? ¡Yo quiero un novio! ¡Chico tiene novia también!

Se ríen a carcajadas, es tan absurdo todo como absurda es la vida misma. Y genial, magnífica, imposible de definir, de entender. Quizás ese era el secreto: no pasar por la mente, solo sentir y vivir.

—Al tuyo ya lo pudimos conocer —dice Magdalena en referencia a Rodolfo—, pero este chúcaro, todavía no la muestra.

Pilar observa a Chico, todos los cambios en este tiempo que transitaron juntos, donde lo ha sentido como el hermano que la vida le dio reemplazando al otro, al que no llegó a nacer. Chico refleja paz. Una paz que gestiona todos los días, y que ella sabe, no es negociable.

—Estoy bien —dice el hombre, y con eso parece quedar cerrada la cuestión.

Pilar acerca una silla a la reposera donde su madre se apoltrona y le toma las manos. Acaricia las palmas, los dedos deformados por los años, por el trabajo; una oleada de pena y de rabia la subleva; tanto

esfuerzo en ese cuerpo, limpiar, parir, coser, lavar, cocinar, copular, verbos que en sus conjugaciones incitan a la mente a mirar, a ver los movimientos sin pausa, sin descanso, todos esos días, esos años, llenos de horas para otros. Le pide sosiego a su alma: no hay nada que pueda hacer, Sofía ha transcurrido su experiencia vital de acuerdo a sus elecciones y sus circunstancias. Como Alfredo. Como ella y todos lo que aquí están.

Las frases que ha ido guardando cada vez que su madre hablaba —*estoy muy sola, los días son grises, yo ya no soy nadie*—, todavía resuenan, duelen, y sin embargo, sabe que Sofía tiene la mejor vida que pueden ofrecerle. Todos están viejos, unos más que otros. Mañana, quizás su madre no recuerde nada de esta tarde; el tiempo no existe, ella acumula días de humo que se dispersan como cuando niños cortaban la flor del diente de león, esa bola de semillas como plumas, y al correr llevándola como una ofrenda quedaba solo el tallo en la mano. La humildad nace y crece con el sol de la confianza. *Aprender a confiar que lo que es, es lo mejor, que hay otras leyes que rigen las vidas sin nuestra mirada omnipotente, es una bendición. Líbranos de la culpa…*

Los ojos se le llenan de lágrimas, quisiera quedarse… No, no es eso, sabe que la vida es hoy, y lo que vendrá. Noah se lo enseñó. Y Rodolfo, y la misma Irina, que la espera. Intenta no divagar en lo que será ese reencuentro y vuelve aquí, a la cocina. Magdalena la mira, y se levanta y la abraza sin hablar.

—Hacemos lo que podemos —le susurra, y Pilar sabe que Magdalena la entiende, que ella, Chico y Marta, y la hermana de Marta, Nilda, que cuida a Sofía los fines de semana, son una cofradía. Sostener, contener la vida dentro de ese cuerpo, hasta que el reloj se detenga.

Magdalena la lleva aparte por el pasillo.

—Vamos al baño —explica ante la mirada curiosa de su madre.

—¿Qué pasa? —pregunta Pilar. Están en la puerta del dormitorio de Sofía.

—Ayer —dice su hermana—, estaban escuchando la radio mamá y Nilda, una canción romántica sobre abrazos apasionados y demás, y la mami le dijo: Yo hace mucho que no… ¡No sabes la cara de Nilda cuando me lo contaba!

Pilar piensa que el tiempo no existe para el alma y el cuerpo ávidos de amor.

—Y no solo eso —sigue Magdalena—, sino que se acordó del papi, de su nombre, noviazgo y otras yerbas. Dice Marta que se calma y está feliz cuando escucha música.

Como el viejo, piensa Pilar, y Magdalena concluye:

—Quería que lo supieras… Bueno, volvamos a la cocina para que no

se inquiete.

Pilar tiene la plena certeza cuando el pensamiento se forma en su mente: el cocodrilo ha vuelto.

Inauguran el mate, y los sorprende diciendo enfática:

—¡Magda, Chico: no dejen que se les escape un solo minuto de vida!

Sofía se sobresalta y sus ojitos se avivan; algo está pasando, no por su mente, que se deshilacha, sino por su corazón, siente las vibraciones de la energía genuina, de la verdad, y se agarra de las manos de Pilar con fuerza, la mira, y de nuevo esa frase:

—¡No estés mal!

La luz amarilla de la tarde cruza sobre la mesa, un polvillo dorado dibuja siluetas volátiles, y en cada respiración de los que están ahí, el tiempo se detiene solo para ella, para Pilar, para que los vea pasar. A todos. Cada uno ondula y se mezcla con los otros y con ella. Ella que respira lo que sabe. Fragmentos de aquellos ancestros que viajan por nuestras células, nadie muere, la línea no existe, es solo un parpadeo intenso, eterno y frágil. Todos somos todos.

Otra vez la casa vacía, silenciosa. El hombre recorre la sala, la cocina, se detiene por un momento, pensativo. No sabe expresarlo. La señora, al despedirse, cuando él le estiró la mano lo abrazó. Corto, pero lo abrazó. Había llegado a encariñarse con ella, a pesar de sus rarezas. Aún le parece escuchar la risa escandalosa, hasta las lágrimas, cuando él avisó que la glicina había florecido.

Sube las escaleras para ver que no se hubiera dejado algo, aunque desde la ventanilla del auto donde el señor Rodolfo la llevaba al aeropuerto ella le dijo sonriente, casi gritando como una jovencita:

—¡Si encuentra algo, Ramón, se lo guarda de recuerdo!

Abre las ventanas. Hay mucho olor a papel quemado, y en la estufa, un puñado de cenizas.

Agradecimientos

Si puedes, creo que es una buena idea alternar tus cosechas. Una vez que has escrito una novela que está basada en hechos y es realista y grande, horriblemente cercana a lo que pasó, entonces, es quizás una buena idea que tu próxima novela sea lo más extravagante posible. Sí: si puedes, alterna esas cosechas.

NORMAN MAILER

Estas palabras están en un libro que me regaló Alberto Díaz, editor de Emecé Planeta, un hombre de vasta y probada experiencia en las lides editoriales, pero sobre todo, es quien considero mi amigo. De eso se trata esta página, de agradecer esas manos, las conversaciones, las sugerencias y el aliento bienhechor; las fuerzas para seguir, cuando el camino se angosta, y la noche cae sobre nuestra creación.

A Alberto, entonces, mi respeto y cariño, por tantas. Avatares literarios, emocionales, económicos, y él siempre estuvo allí. Mediador, diplomático, hombre de bien; sin olvidar nuestros almuerzos de novela.

A Mercedes Guiraldes, por confiar, año tras año, en que la cosecha será buena. En esta, en especial, donde puso amor y ojo atento para un trabajo de orfebrería buscando la excelencia del texto.

A mi amiga, Graciela Fernández, correctora y coaching, cuya capacidad profesional y sentido común, impidieron muchas veces el naufragio de las letras, poniendo remos, y aliento cuando la tormenta amenazaba con hundirnos. Literalmente.

A Marta Kuhar, por su compañía, su amistad en los días negros, y en los inefables. Saber reír con uno, alegrarse por los logros, es más fuerte que el consuelo.

A Eduardo Paz, por ser quien es. Mi amigo. Siempre.

A M.T.S. Gracias por la confianza y por su lucha.

A las cuidadoras. Por estar allí, cuando la realidad golpea fuerte. Gracias.

A mi hijo Nicolás Loza, por abrir las puertas de un mundo increíble, en un viaje fundamental para mi vida. Él y sus amigos de Tamarindo me iluminaron el alma.

Para esa experiencia, el apoyo logístico y afectuoso de Mónica Reyna, responsable de que yo fuera y volviera, cómoda y entera; Lili

Wong y Abel, los seres que el universo puso en mi camino. María Cecchetto, por el aporte conómico, indispensable para el viaje a Costa Rica. El dinero se devuelve, la actitud y consejos a distancia no tienen precio.

Mis talleristas de El Club de la Cicatriz, que supieron de mis alegrías y quebrantos y cobijaron con su cariño el tiempo de la escritura.

A mis amigos médicos, Silvio Marchegiani, Alberto Marangoni y Cayetano Galetti, por hacer que el cuerpo acompañe con dignidad, a la mente y al alma. A Marcelo Doña, responsable de mi sonrisa.

A mis hijas, Gabriela y Mariana Chudnosky, por entender y apoyar; me enorgullecen con sus vidas. Somos tres mujeres que buscan su lugar bajo el sol.

A mis hermanos, Guillermo y Chabela Loza, por el lazo que nos une, elegido una y otra vez; por aceptar los parecidos y las diferencias.

A mi madre, Gloria, aunque no sepa. Su corazón recuerda lo que la mente ha borrado.

Para mis nietos, Valentina, Kiara, Frida, Mateo, Ivo. Que ellos hereden la confianza, el amor y la paz. La sal de la tierra.

¡Seguinos!

¿Te gustó este libro? Te recomendamos...